

El evangelio de Dios

CONTENIDO

1. El pecado, los pecados y el pecador 1
2. El amor, la gracia y la misericordia de Dios
3. La naturaleza de la gracia
4. La función de la ley
5. La justicia de Dios
6. La obra de Cristo: la redención 107
7. La obra de Cristo: la resurrección para nuestra justificación
8. La obra del Espíritu Santo: iluminación y comunión
9. La manera de ser salvo: la fe versus la ley y las obras
10. La relación entre la fe y las obras en Santiago 2
11. La manera de ser salvo: la fe versus el arrepentimiento
12. La manera de ser salvo: no es por la confesión ni por la oración
13. El camino de la salvación: la fe en contraste con amar a Dios o ser bautizados
14. El camino de la salvación: la fe
15. La salvación es eterna: razones positivas (1) 297
16. La salvación es eterna: razones positivas (2) 321
17. La salvación es eterna: argumentos en contra de ello (1)
18. La salvación es eterna: argumentos en contra de ello (2)
19. La salvación es eterna: argumentos en contra de ello (3)
20. Las medidas que Dios ha tomado con respecto a los pecados de los creyentes: la disciplina y la recompensa
21. Las medidas que Dios ha tomado con respecto a los pecados de los creyentes: los requisitos para entrar en el reino de los cielos
22. Las medidas que Dios ha tomado con respecto a los pecados de los creyentes: la disciplina en el reino (1)
23. Las medidas que Dios ha tomado con respecto a los pecados de los creyentes: la disciplina en el reino (2)
24. Las medidas que Dios ha tomado con respecto a los pecados de los creyentes: la Gehena de fuego en el reino
25. Las medidas que Dios ha tomado con respecto a los pecados de los creyentes: la limpieza y la confesión
26. Las medidas que Dios ha tomado con respecto a los pecados de los creyentes: el lavado de los pies

PREFACIO

Como se ha hecho manifiesto para muchos lectores cristianos por toda la tierra, el hermano Watchman Nee recibió la comisión especial del Señor de presentar a los creyentes la verdad de la plena salvación. En la primavera de 1937 el hermano Nee dio una serie de veintiséis mensajes sobre las verdades básicas del evangelio de Dios a la iglesia en Shanghái, China. Estos mensajes constituyen el contenido de estos dos tomos. Los asuntos abarcados son amplios, y van desde la condición pecaminosa del hombre antes de la salvación, hasta su destino en la era venidera. En el primer tomo, el hermano Nee presenta aspectos específicos de la salvación, esto es, los pecados del hombre; el amor, la gracia y la misericordia de Dios; el carácter de la gracia; la función de la ley y la justicia de Dios; la obra de Cristo y del Espíritu Santo en la salvación; dos puntos cruciales de la salvación; y la fe como el camino de salvación. En el segundo tomo, el hermano Nee trata en detalle lo que es la seguridad eterna de la salvación y la manera en que Dios elimina los pecados de los creyentes en esta era y en la venidera. En estos dos puntos Watchman Nee presenta respuestas persuasivas basadas en las Escrituras, donde menciona varios puntos de vista comunes entre los cristianos.

Estos mensajes fueron dados por el hermano Watchman Nee en chino y se transcribieron a mano. Los manuscritos se tradujeron luego al inglés y fueron revisados según se estimó necesario. Hasta donde fue posible, se preservó el carácter hablado de los mensajes. Muchos de los ejemplos que el hermano Nee usó corresponden a su vida en la China de aquellos días. [Cuando el hermano Nee cita las Escrituras, se usa la versión Reina Valera para el Antiguo Testamento, y la Versión Recobro (Living Stream Ministry) para el Nuevo Testamento].

Estos mensajes demuestran la comisión que dio el Señor a nuestro hermano, así como la impartición de la revelación contenida en Su Palabra. Que el Señor bendiga ricamente a todos aquellos que lean y vean estas verdades que dio el Señor por medio de nuestro hermano.

Los editores

CAPITULO UNO

EL PECADO, LOS PECADOS Y EL PECADOR

LA NATURALEZA DE ESTA REUNION: LA ENSEÑANZA DEL EVANGELIO

Esta noche comenzaremos una serie de reuniones de estudios bíblicos. Pero antes de comenzar, me gustaría decir primero unas pocas palabras acerca de la naturaleza de estas reuniones. Yo no sé si algunos de los presentes vienen por primera vez. A algunos de los que vienen por primera vez se les hace muy difícil encontrar nuestra dirección. Muchos se han quejado de que la calle en que estamos ubicados es difícil de encontrar. Algunos incluso han llegado a decir que aunque estuvieron sentados aquí, no sabían cómo volver después de la reunión. No sabían qué camino tomar para llegar a cierto taller que habían visto al venir aquí, y no sabían cómo ir a la parada de tranvía o de ómnibus. Aunque estuvieron aquí, no estaban seguros de cómo llegaron, y apenas se acordaban del camino en que vinieron. Este es el caso de muchos creyentes en su vida cristiana. Si usted les pregunta si han creído en el Señor, ellos dirán que sí. Pero si usted les pregunta cómo han creído, ellos responderán que no están seguros. No entienden en lo absoluto la manera en que fueron salvos.

Estas reuniones no son reuniones de avivamiento ni reuniones evangelísticas. Aunque el tema de estas reuniones es el evangelio, no son reuniones evangelísticas. Esta vez no estamos predicando el evangelio; por el contrario, estamos enseñando el evangelio. ¿Por qué necesitamos enseñar el evangelio? Muchos han sido salvos y se han convertido en cristianos, pero aún no saben cómo se convirtieron en cristianos. Lo que hacemos hoy es decirle a la gente cómo se han convertido en cristianos. En otras palabras, les estamos diciendo que ellos doblaron al sur por la calle Aiwenyi y caminaron directo al taller que vieron, y que luego doblaron de allí a la calle Wen-teh donde estamos ahora, y que sólo tomaron unos pocos pasos desde allí para llegar a la ventana de nuestro local de reuniones, que doblaron a la entrada del local pasando cerca del canasto de basura hasta llegar a la puerta, y luego entraron. Esta vez no estamos persuadiendo a la gente a entrar; más bien, les estamos diciendo cómo entrar.

Si algunos de los presentes no han creído en el Señor, tal vez se decepcionen. Lo que estamos haciendo esta vez es mostrarles a aquellos que han creído cómo han creído. Tal vez algunos hermanos y hermanas estén claros acerca del evangelio; incluso tal vez ya sepan lo que estamos diciendo. Pero espero que el Señor nos bendiga y nos dé nueva luz. Usted debe entender que estas reuniones son de estudio bíblico y están dirigidas para

aquellos que han creído pero no saben cómo han creído. Esta vez no los aliento ni lo reavivo. Sólo estoy indicándoles la dirección. En otras palabras, en estas reuniones no soy otra cosa que un guía de turismo.

EL PECADO, LOS PECADOS Y EL PECADOR

Comenzaré con algo muy básico acerca del evangelio. Sin embargo, espero que en cada reunión avancemos un poco. En esta primera reunión, abarcamos un tema que la mayoría de la gente no quiere escuchar, pero que es inevitable. El tema de esta reunión es el pecado, los pecados y los pecadores.

La Biblia le presta mucha atención al asunto del pecado. Podemos entender la salvación sólo cuando tenemos un entendimiento claro acerca del pecado. Si queremos conocer el evangelio de Dios y la salvación de Dios, debemos conocer primero lo que es el pecado. Debemos ver primeramente cómo el pecado nos ha afectado y cómo nos hemos hecho pecadores. Sólo así entenderemos claramente la salvación de Dios. Primero consideraremos el abecedario. Debemos ver qué es el pecado, qué son los pecados y quién es un pecador.

LA DIFERENCIA ENTRE EL PECADO Y LOS PECADOS

Se puede ver fácilmente la diferencia entre el pecado y los pecados: *el pecado* está en singular y *los pecados* está en plural. Sin embargo, debemos distinguir entre el pecado y los pecados. Si usted no puede diferenciar a los dos, le será imposible entender su salvación. Si alguien no entiende la diferencia entre el pecado y los pecados, aunque sea salvo, probablemente su salvación no tiene claridad. ¿Qué es el pecado según la Biblia? ¿Qué son los pecados? Déjenme darles primero una breve definición. El pecado se refiere al poder que está dentro de nosotros que nos motiva a cometer actos pecaminosos. En contraste, los pecados se refieren específicamente a los actos pecaminosos individuales que cometemos exteriormente.

¿Qué es el pecado? No me gusta usar términos como “el pecado original”, “la raíz del pecado”, “la fuente del pecado”, o similares. Estos términos fueron creados por teólogos y para nosotros son innecesarios. Seremos más simples y consideraremos este asunto según nuestra experiencia. Sabemos que en nosotros hay algo que nos motiva y nos fuerza a tener ciertas inclinaciones espontáneas; nos obliga a tomar el camino de la lujuria y la pasión. Según la Biblia esto es el pecado (Ro. 7:8, 16-17). Pero no solamente existe tal pecado dentro de nosotros que nos fuerza y nos obliga, sino que también existen los actos pecaminosos individuales, los pecados, que se cometen exteriormente. En la Biblia los pecados están relacionados con nuestra conducta, mientras que el

pecado está relacionado con nuestra vida natural. Los pecados son actos cometidos con las manos, los pies, el corazón y aun con todo el cuerpo. Pablo se refiere a esto cuando habla de los hábitos de la carne (Ro. 8:13). Pero ¿qué es el pecado? El pecado es una ley que controla nuestros miembros (Ro. 7:23). En nuestro interior hay algo que nos obliga a pecar, a cometer el mal, y este algo es el pecado.

Si queremos diferenciar claramente entre el pecado y los pecados, hay una porción en las Escrituras que debemos considerar. Son los primeros ocho capítulos del libro de Romanos. Estos ocho capítulos nos muestran el significado completo del pecado. En estos ocho capítulos encontramos una característica sobresaliente: desde el capítulo *uno hasta 5:11, solamente la palabra pecados se menciona; el pecado no se menciona*. Pero desde 5:12 hasta el final del capítulo ocho, encontramos el *pecado*, y no los *pecados*. Desde el capítulo uno hasta 5:11, Romanos nos muestra que el hombre ha cometido pecados ante Dios. Desde 5:12 en adelante, Romanos nos muestra qué clase de persona el hombre es ante Dios: él es un pecador. El *pecado* se refiere a la vida que tenemos. Antes de Romanos 5:12, no hay mención de que lo muerto reaviva, pues el problema allí no es que uno necesita ser avivado, sino que los pecados individuales que se han cometido necesitan ser perdonados. Desde 5:12 en adelante, tenemos la segunda sección. Aquí vemos algo fuerte y poderoso en nuestro interior, que es una ley en nuestros miembros, el pecado, el cual nos obliga y arrastra a cometer actos pecaminosos, o sea, pecados. Por esto existe la necesidad de ser liberados.

Los pecados están relacionados con nuestra conducta. Entonces, la Biblia nos muestra que necesitamos perdón por nuestros pecados (Mt. 26:28; Hch. 2:38; 10:43). Pero el pecado nos atrae y nos obliga a cometer actos pecaminosos. Así que, la Biblia nos muestra que necesitamos ser liberados del pecado (Ro. 6:18, 22). Una vez me encontré con un misionero que hablaba acerca del “perdón del pecado”. Inmediatamente me levanté para tomar su mano y le pregunté: “¿En qué parte de la Biblia dice ‘el perdón del pecado’?” El respondió que había muchas partes. Cuando le pregunté que si me podía encontrar una, él dijo: “¿Qué quiere usted decir? ¿No puede encontrar ni una parte que diga esto?” Yo le dije que en ninguna parte de la Biblia están mencionadas las palabras *el perdón del pecado*; sino que más bien, la Biblia siempre habla “del perdón de los pecados”. Los pecados son perdonados, no el pecado. El no creyó mis palabras, así que buscó en su Biblia. Finalmente me dijo: “Sr. Nee, es muy extraño. Cada vez que se usa esta frase, hay una ‘s’ agregada”. Creo que ustedes pueden ver que los pecados son perdonados, no el pecado.

Los pecados son exteriores. Por eso deben ser perdonados. Pero hay algo más en nosotros, algo fuerte y poderoso que nos obliga a cometer pecados. De esto no necesitamos perdón; de esto necesitamos ser liberados. Al instante en que ya no estemos

bajo su poder y no tengamos nada que ver con esto, estaremos en paz. La solución para los pecados viene por medio del perdón. Sin embargo, la solución al pecado viene cuando ya no estamos bajo su poder y no tenemos nada que ver con él. Los pecados tienen que ver con nuestras acciones y se cometen uno por uno. Esa es la razón por la cual necesitan ser perdonados. Pero el pecado está dentro de nosotros, y nosotros necesitamos ser liberados de él.

Por lo tanto, la Biblia nunca dice “perdón de pecado” sino “perdón de pecados”. La Biblia tampoco habla de ser “liberado de los pecados”. Yo le puedo asegurar que la Biblia no dice eso. Más bien la Biblia dice que somos “liberados del pecado”, no de los pecados. De lo único que necesitamos escapar y ser liberados es aquello que nos tienta y nos obliga a cometer pecados. Esta distinción está clara en la Biblia.

Yo puedo comparar los dos de la siguiente manera:

Según las Escrituras, se dice que el pecado está en la carne; mientras que los pecados están en nuestra conducta.

El pecado es un principio en nosotros; es un principio de la vida que tenemos. Los pecados son actos cometidos por nosotros; son actos en nuestro vivir.

El pecado es una ley en nuestros miembros. Los pecados son transgresiones que cometemos; son actividades y hechos reales.

El pecado es lo que somos; los pecados son lo que hacemos.

El pecado está en la esfera de nuestra vida; los pecados están en la esfera de la conciencia.

El pecado está relacionado con el poder de la vida que poseemos; los pecados están relacionados con el poder de la conciencia. Una persona es gobernada por el pecado en su vida natural, pero está condenada en su conciencia por los pecados cometidos exteriormente.

El pecado es considerado como una sola entidad; los pecados son considerados caso por caso.

El pecado está dentro del hombre; los pecados están ante Dios.

Del pecado debemos ser liberados; de los pecados debemos ser perdonados.

El pecado está relacionado a la santificación; los pecados están relacionados a la justificación.

En cuanto al pecado uno tiene que vencer; en cuanto a los pecados uno debe tener paz en el corazón.

El pecado está en la naturaleza del hombre; los pecados están en la conducta del hombre.

Figurativamente hablando, el pecado es como un árbol y los pecados son como el fruto del árbol.

Podemos dejar claro este asunto con una simple ilustración. Al predicar el evangelio, a menudo comparamos al pecador con un deudor. Todos nos damos cuenta de que ser un deudor no es algo placentero. Pero debemos recordar que hay una gran diferencia entre el hombre que tenga deudas y el que tenga la disposición de incurrir en deudas. Una persona que pide prestado una y otra vez no le importa mucho usar el dinero de otro. La Biblia dice que los cristianos no deberían ser deudores (Ro. 13:8); no deberían pedir prestado de otros. Una persona predispuesta a pedir prestado puede llegar a pedir doscientos o trescientos dólares a alguien hoy, luego otros dos mil o tres mil dólares de algún otro mañana. Aun si él es incapaz de pagar sus deudas, y sus parientes o amigos tienen que pagar por él, después de unos días va a empezar a pensar en pedir prestado otra vez. Esto muestra que pedir prestado es una cosa, pero tener una disposición a pedir prestado es otra. Los pecados que la Biblia describe son como las deudas exteriores, mientras que el pecado es como el hábito y la disposición interiores; es como la mente inclinada a pedir prestado fácilmente. Una persona con tal mentalidad no se detendrá de pedir prestado sólo porque alguien haya pagado su deuda. Por el contrario, puede llegar a pedir más porque hay otros que pagan sus deudas.

Por esta razón Dios trata no sólo con el registro de pecados, sino también con la inclinación al pecado. Podemos ver que es importante tratar con los pecados, e igualmente importante es tratar con el pecado. Sólo cuando vemos ambos aspectos nuestro entendimiento acerca de la salvación está completo.

¿QUIEN ES UN PECADOR?

Ahora necesitamos preguntar: ¿Quién es un pecador? Yo sé que algunos de los hermanos y hermanas presentes han sido creyentes por más de veinte años. Algunos incluso han servido al Señor por más de quince años. Mi pregunta puede ser considerada como básica en la Biblia. ¿Quién es un pecador? Creo que muchos

contestarían que un pecador es alguien que peca. Si usted mira en el diccionario, temo que la definición de pecador será alguien que peca. Pero cuando usted lea la Biblia, tendrá que rechazar esta definición, porque no es que el que comete pecados es un pecador, sino que el pecador es el que comete pecados. ¿Qué significa esto? Muchos de nosotros hemos leído el libro de Romanos. He escuchado a muchos decir que Pablo, al probar que todos en el mundo son pecadores, menciona en el capítulo tres que todos han pecado y están destituídos de la gloria de Dios (v. 23). Dios busca a los justos y no encuentra a ninguno, busca a los que le entiendan y lo buscan, y no encuentra a ninguno; todos han mentido y se han apartado (vs. 10-13). Entonces, parece que Pablo está diciendo que todos en el mundo son pecadores. Cuidado. No sea tan apresurado a decir esto. ¿Menciona Romanos 3 al pecador? Si alguien puede encontrar la palabra *pecador* en Romanos 3, se lo agradecería. ¿Dónde se menciona al pecador en este capítulo? Por favor, observe que nunca se menciona al pecador aquí. Algunos han dicho que por causa de que Romanos 3 dice que el hombre peca, eso prueba que el hombre es un pecador. Pero Romanos 3 no menciona al pecador. Romanos 5 habla del pecador. Por lo tanto, tenemos que marcar la diferencia: Romanos 3 trata del problema de los pecados, y Romanos 5 del problema del pecador. Lo único que Romanos 3 nos dice es que todos han pecado. Solamente Romanos 5 nos dice quiénes son los pecadores.

Todo aquel que nació de Adán es un pecador. Esto es lo que Romanos 5:19 nos dice. Si usted mira en *New Translation* de J. N. Darby, verá que él utilizó las palabras *han sido constituídos pecadores*. Todos somos pecadores por constitución. Cuando usted hace un currículo, hay dos cosas que usted debe de poner. Una es su lugar de nacimiento y la otra es su profesión. Según Dios, todos somos pecadores de nacimiento, y somos los que pecan como profesión. Por ser pecadores de nacimiento, siempre somos pecadores, sea que pequemos o no.

Una vez estuve dirigiendo un estudio bíblico con los hermanos en Cantón. Yo les dije que hay dos clases de pecadores en el mundo: los pecadores pecaminosos y los pecadores morales. Pero no importa si usted es un pecador pecaminoso o un pecador moral, sigue siendo un pecador. Dios dice que todos los que nacen de Adán son pecadores. No importa qué clase de persona usted sea; mientras usted haya nacido de Adán, es un pecador. Si usted peca, es un pecador pecaminoso. Y si usted no ha pecado, o mejor dicho, si ha pecado menos, es un pecador moral, o un pecador que peca poco. Si usted es de la nobleza, es un pecador noble. Si usted se considera a sí mismo un santo, es un pecador santo. De todos modos, usted sigue siendo un pecador. El mayor error en la actualidad entre los hombres es considerar que un hombre es pecador sólo porque ha pecado; si él no ha pecado, él no es considerado un pecador. Pero esto es un concepto erróneo. Sea que usted peque o no, mientras sea un hombre, es un pecador. Mientras

haya nacido de Adán, es un pecador. Un hombre no se hace pecador porque cometa pecados; más bien, él peca porque es un pecador.

Por lo tanto, amigos míos, recuerden la Palabra de Dios. Nosotros *somos* pecadores; no *nos convertimos en* pecadores. No necesitamos convertirnos en pecadores. Una vez estuve hablando con un hermano y había un termo frente a él, y él dijo: “Aquí tenemos un termo. Si orase ‘quiero ser un termo’ ¿qué ocurriría?” Yo dije: “Ya es termo. No necesita ser uno”. De la misma manera, una vez que somos algo, no necesitamos convertirnos en eso.

Aunque nuestros pecados son perdonados, seguimos siendo pecadores. Podemos llamarnos los pecadores perdonados. Pero muchos creen que ya no son pecadores. Ellos piensan que si decimos que aún somos pecadores, significa que no conocemos muy bien el evangelio. Pero esta tal vez no sea la verdad. Pablo no dijo que sus pecados no fueron perdonados. El dijo que era un pecador (1 Ti. 1:15). ¿Ha visto la diferencia aquí? Si usted le preguntara a Pablo si sus pecados fueron perdonados, él no podría ser tan humilde como para decir que no. Pero Pablo humildemente decía que él era un pecador. El no podía negar la obra de Dios en él. Pero tampoco podía negar su posición en Adán. Aunque hemos recibido nueva gracia en Cristo, Dios no ha quitado totalmente el problema del pecado; aún somos pecadores. El problema del pecado no estará totalmente resuelto sino hasta que aparezcan el nuevo cielo y la nueva tierra. Sin embargo, esto no significa que no hemos recibido una salvación completa. Por favor no me mal entiendan. En unos pocos días llegaremos a este punto.

Lo que debemos ver clara y correctamente es que todo el mundo es pecador. Sea que usted haya pecado o no, mientras sea un hombre, es un pecador. Cuando algunos escuchan el evangelio, ellos pasan todo el tiempo razonando acerca de qué tantos o cuán pocos pecados han cometido. Pero ante Dios sólo hay una cuestión: ¿Está usted en Cristo o en Adán? Todos los que están en Adán son pecadores, y mientras usted sea un pecador, no hay nada más que decir.

Entonces ¿por qué Pablo habla en Romanos 1—3 acerca de todos los pecados que el hombre comete? Estos pocos capítulos nos muestran que los pecadores pecan. Los primeros tres capítulos de Romanos prueban que un pecador es conocido por los pecados que él comete. Pero Romanos 5 nos dice qué clase de persona es un pecador en realidad. Una vez fui a Jian Kiangsi y me encontré con un hermano que era guardia de seguridad. El no creía que yo fuera un predicador y un obrero del Señor. He aquí el problema. Yo soy un obrero del Señor y un siervo de Cristo, pero él no lo creía. Por lo tanto, le tuve que probar que yo era un predicador. Le di muchas pruebas. Al final él creyó. De la misma manera, ya somos pecadores. Pero esto no se ha probado todavía.

Los primeros tres capítulos de Romanos demuestran que somos pecadores. Estos capítulos nos dan la evidencia. Al mostrarnos que hemos pecado en tales formas, estos capítulos nos prueban que somos pecadores. El capítulo cinco dice que somos pecadores, pero los tres primeros capítulos prueban que somos pecadores.

Déjenme contarles otra historia. En Fukien, había unos ladrones y secuestradores que anteriormente habían sido cristianos nominales. Aunque eran ladrones y secuestradores, sus conciencias aún funcionaban, hasta cierto punto; por lo tanto, si descubrían que habían secuestrado a un pastor o a un predicador lo liberaban sin pedir rescate. Entonces, cuando alguno era secuestrado, decía que era un pastor o un predicador de tal denominación. ¿Qué podían hacer los ladrones entonces? Después de cierto tiempo, hallaron una manera. Cada vez que alguno dijera que era pastor, los ladrones le pedían que recitara los Diez Mandamientos, la oración del Señor y las Bienaventuranzas. Aquellos que los recitaran deberían ser pastores, entonces los dejaban ir. Escuché esta historia hace poco y pensé que era muy interesante. Si usted era pastor, lo tendría que probar. Los ladrones exigían de sus secuestrados que probaran que eran pastores. De la misma manera, Dios nos quiere demostrar que somos pecadores. Sin tal evidencia, podemos llegar a olvidarnos de nuestro verdadero yo. Por esto Romanos 1—3 enumera todos esos pecados, para mostrarnos que somos pecadores. Después de tantos hechos presentados allí, se comprueba que somos pecadores.

Por lo tanto, uno nunca debería pensar que los muchos pecados nos convierten en pecadores. Hace mucho que somos pecadores. No nos convertimos en pecadores después de cometer pecados. Debemos establecer esto claramente. Hoy en día usted puede caminar por la calle y encontrarse con cualquiera, y tomarlo de la mano y decirle que es un pecador. Si él dice que él no puede ser pecador porque no ha asesinado a nadie, ni ha incendiado la casa de nadie, usted le puede decir que él es un pecador que nunca ha asesinado a nadie ni ha incendiado la casa de nadie. Si alguien le dice que nunca roba ni fornicación, usted le puede decir que él es un pecador que nunca roba ni fornicación. No importa con quién usted se encuentre, le puede decir que es un pecador.

En todo el Nuevo Testamento, solamente Romanos 5:19 nos dice quién es un pecador. Las demás partes del Nuevo Testamento nos dicen lo que hace el pecador. Sólo aquí nos dice quién es el pecador. Un pecador puede hacer millones de cosas, pero esto no lo constituye en pecador. Mientras haya nacido de Adán, es un pecador.

EL PEOR PECADO

Hemos visto el asunto del pecado, los pecados y el pecador. Somos pecadores de nacimiento, y nuestro andar es conforme a nuestro nacimiento. Por causa de ser

pecadores, nuestra conducta corresponde a nuestro título de *pecador*. Hay muchos “caballeros” en este mundo que cubren sus pecados y rehúsan admitir que son pecadores. Pero esto no significa que no son pecadores. Sólo significa que se han disfrazado como personas sin pecado. Somos pecadores de nacimiento y nuestra profesión y andar es cometer pecados. Permítanme repetir que no nos hemos convertido en pecadores porque hayamos pecado; más bien, es por ser pecadores que pecamos. El hecho de que seamos pecadores es lo que nos hace pecar. Aquellos que pecan demuestran que son pecadores.

Esta noche tenemos algunos amigos occidentales con nosotros. Tal vez ellos hablen el dialecto de Shanghái. Por supuesto, la gente de Shanghái puede hablar este dialecto. Pero no podemos decir que todo aquel que habla el dialecto de Shanghái es de Shanghái. Muchos se han esforzado para aprender el dialecto de Shanghái, pero no son de Shanghái. También puede ocurrir que algunos de Shanghái no hablen este dialecto. No podemos decir que si no hablan el dialecto de Shanghái, no son de Shanghái. Sí lo son, pero no hablan el dialecto. Por lo tanto, hay algunos de Shanghái que no hablan el dialecto de Shanghái. Generalmente hablando, todos los de Shanghái hablan su propio dialecto. Es natural que hablen este dialecto. De la misma manera, es imposible que los pecadores eviten llevar una vida pecadora.

En cuanto a los pecados que los pecadores cometen, preferiría no mencionarlos en detalle, como muchos lo han hecho. Yo sólo quisiera probar brevemente el pecado del hombre. Tanto en el Nuevo Testamento como en el Antiguo Testamento, hay unos pocos pecados que se destacan en forma especial. El pecado sobresaliente del Antiguo Testamento es dejar de amar a Dios. En el Nuevo Testamento, también hay un pecado sobresaliente, el cual es rehusar creer en el Señor. Cuando la Biblia dice que el hombre está condenado y se ha convertido en un pecador a los ojos de Dios, no significa que ha cometido un montón de pecados que provocaron la ira de Dios, como por ejemplo asesinato, piromanía, fornicación, orgullo, glotonería, prostitución, juego de azar, u otros tipos de pecados sucios y secretos. La Biblia no pone énfasis en esto. Lo que la Biblia considera serio es el problema que se ha levantado entre el hombre y Dios. El último mandamiento es amar al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con toda tu fuerza (Mt. 22:36-37; Mr. 12:30). Entonces, el asunto no es si uno ha robado a otros, o si uno ha asesinado o complotado un incendio. El asunto no es la lujuria personal ni los pensamientos ni las palabras. Más bien, el problema radica en la relación que uno tiene con Dios.

De entre todos los pecados, hay uno que está a la cabeza. Este pecado trae todos los demás. A este pecado, le siguen todos los demás. La Biblia dice que el pecado entró en el mundo a través de un solo hombre (Ro. 5:12). Quisiera hacerles una pregunta, ¿cuál fue

el pecado que cometió ese hombre? ¿Fue fornicación, robo, asesinato, incendio? Tales cosas no existían en el Edén. Toda la maldad, lo sucio y lo terrible que sucede en el mundo actualmente proviene de un incidente relacionado con Adán. Pero ¿qué fue lo que Adán hizo? Adán no asesinó, no fornicó, no cometió ninguno de los pecados malos y sucios del mundo actual. El pecado que Adán cometió fue simple y puro. Adán pensó que Dios escondía algo de él. Él pensó que si él comía del fruto de ese árbol, él sería como Dios. El pecado que Adán cometió fue en realidad un problema que se desarrolló entre él y Dios. Dios esperaba que Adán continuara en su posición apropiada. Pero Adán no creyó que lo que Dios le había dado le fuera provechoso. Él empezó a dudar del amor de Dios. Un problema se desarrolló en cuanto al amor de Dios.

Adán no cometió muchos pecados en este incidente. Él no jugó, él no puso sus ojos en las cosas malas de la calle, él no leyó libros sucios. El pecado de Adán fue un problema que se levantó entre él y Dios. Siguiendo eso, muchos pecados entraron. Una vez que Adán pecó de esta manera, todo tipo de pecado siguió. Los pecados son según su especie, y todos siguen uno al otro. Sin embargo, el primer pecado no fue el pecado que nosotros pensamos. El primer pecado fue el único pecado del Antiguo Testamento, el pecado de no amar a Dios. Después de que un problema se desarrolló entre el hombre y Dios, empezaron a desarrollarse los problemas entre los hombres. En el huerto de Edén, un problema se desarrolló en el hombre; luego, fuera del huerto de Edén, el hijo mayor asesinó al hijo menor, y luego todo tipo de pecado siguió. Entonces, vemos que los pecados no comenzaron en una manera seria y sucia, como tal vez nos lo imaginemos. La Biblia nos muestra que los pecados empezaron con algo muy sencillo. Pero en realidad el primer pecado fue el más serio: un problema entre el hombre y Dios.

Cuando leemos el Nuevo Testamento, vemos que el Señor Jesús dice muchas veces que aquel que cree tiene vida eterna (Jn. 3:15-16, 36; 5:24; 6:40, 47; 11:25). Probablemente más de cincuenta veces el Señor indica que el que cree tiene vida eterna. Entonces, ¿quiénes perecerán? ¿Son los asesinos quienes irán al infierno? ¿Son los fornicadores quienes perecerán? ¿Son los que tienen pensamientos sucios y comportamiento impropio quienes irán a perdición? No necesariamente. El Evangelio de Juan nos dice una y otra vez que aquellos que no creen son los que serán condenados (Jn. 3:16, 18). Aquellos que no creen siempre tienen la ira de Dios sobre ellos (Jn. 3:36). El Señor Jesús dijo que el Espíritu Santo vino para convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Jn. 16:8). ¿Por qué de pecado? ¿Será porque usted fue al cine recientemente? ¿Será porque usted haya estado jugado juegos de azar recientemente? ¿Será porque usted haya asesinado a alguien o haya incendiado algo? No. “De pecado, por cuanto no creen en Mí” (Jn. 16:9).

La mayor dificultad que tenemos en la actualidad es que consideramos la suciedad como pecado, pero no prestamos mucha atención a la palabra del Señor para ver lo que Dios considera pecado. El Señor dijo que aquel que no cree ha sido condenado. La razón por la cual el hombre comete todos sus pecados es porque él no tiene una relación apropiada con el Señor Jesús. En el Antiguo Testamento, el hombre cometió todo tipo de pecado cuando perdió su relación apropiada con Dios. En el Nuevo Testamento, el hombre comete todo tipo de pecado cuando pierde la relación apropiada con el Señor Jesús. En esto consiste todo problema. Mientras usted está sentado aquí esta noche, puede llegar a pensar que aunque yo probé que usted es un pecador, en realidad no ha cometido muchos pecados. Pero nadie en todo el mundo puede decir que no ha cometido el pecado de no amar a Dios. Tampoco existe nadie en todo el mundo que pueda decir que no ha cometido el pecado de no creer en el Señor. Por esta razón, nadie puede decir que no es un pecador.

¿Se acuerda de Lucas 15? Allí se encuentra a un hijo pródigo y a su padre. El hijo pródigo dejó a su padre y despilfarró su herencia. Pero, ¿cuándo se convirtió en hijo pródigo? ¿Fue un hijo pródigo cuando tenía mucho dinero en su bolsillo y vivía lujosamente en un país lejano? ¿O se convirtió en hijo pródigo sólo cuando había malgastado todo lo que tenía y estaba hambriento mientras alimentaba a los cerdos? En realidad, él fue pródigo cuando dejó la casa de su padre. Antes de gastar un centavo, él ya era pródigo. El no se convirtió en un pródigo después de haber malgastado todo lo que tenía, al alimentar a los cerdos con algarrobas, estando rotos sus vestidos y vacío su estómago. El se convirtió en pródigo cuando dejó la casa de su padre. Déjenme hacerles una pregunta. Supongan que el hijo menor no gastó nada cuando estaba en el país lejano. Por el contrario, supongan que hizo mucho dinero, emprendiendo negocios y ganando una fortuna, e incluso llegó a ser más rico que su padre. ¿Sería un pródigo? Por supuesto que sí. A los ojos de su padre, él aún habría sido un hijo pródigo.

Hoy día existe un concepto muy equivocado que debe ser desarraigado de nuestra mente. Nosotros pensamos que porque un hombre ha dejado de hacer el bien, se convierte en pecador. Esto está totalmente equivocado. Mientras el hombre se haya apartado de Dios, él es un pecador. Aun si es diez veces más moral que otros, mientras esté alejado de Dios, él es un pecador. Por lo tanto, usted debe recordar que como cristianos, podemos hacer todos los servicios exteriores que haya que hacer, y podemos cumplir con todos los deberes exteriores que se deban cumplir; podemos orar como siempre, leer la Biblia y asistir a las reuniones de la iglesia como siempre; podemos hacer todo como siempre lo hemos hecho, e incluso hacer más. Sin embargo, si hay un problema entre nosotros y Dios, es porque hemos pecado. Cuando el primer amor se va, hay un problema. ¿Quién es pródigo? No es simplemente uno que ha despilfarrado la herencia de su padre, sino más bien uno que ha dejado la casa de su padre. Desde el

momento en que una persona deja la casa de su padre se convierte en un hijo pródigo. Incluso si hace una fortuna mientras está lejos, él sigue siendo un pródigo. Desde luego, nunca habrá alguien que se haga rico en el mundo siendo un pródigo. Un hijo pródigo nunca prosperará. Un hijo pródigo siempre despilfarrará todo el dinero que tiene. Dios concede que el “dinero” sea despilfarrado, para que el hombre sepa que no es bueno dejar a Dios y, para que a fin de cuentas, vea que es un pecador.

Ahora vemos cómo hemos recibido la calificación de pecador y cómo nos hemos convertido en pecadores. Nos convertimos en pecadores al desarrollar una relación con el pecado, y cometemos pecados al desarrollar una relación con los pecados. Existe una diferencia entre los dos. Puesto que nací en Adán y estoy bajo el dominio del pecado, el pecado se ha convertido en el principio de mi vida y de mi vivir, y yo me he convertido en un pecador. De la misma manera, los muchos pecados individuales fuera de mí me han hecho uno que comete pecados. Cometer pecados está relacionado a los pecados, y ser un pecador está relacionado al pecado.

LOS OTROS PECADOS

Esto no significa que los demás pecados no son importantes. Todos los pecados conllevan castigo. En el Antiguo Testamento, aquellos que no amaron a Dios cometieron muchos otros pecados en forma espontánea. En el Nuevo Testamento, también aquellos que no creen en el Señor espontáneamente cometen muchos pecados. Dejar de amar a Dios y rehusar creer en el Señor son los dos pecados principales. De estos proceden muchos otros pecados, tales como los hechos injustos, maldades, expresiones de avaricia, perversidad, celos, asesinato, disensión, engaño, odio, calumnia, murmuración, blasfemia, insolencia, orgullo, arrogancia, falsas acusaciones, desobediencia a los padres, infidelidad, falta de afecto y misericordia, autoestima, amor al dinero, ingratitud, impiedad, crueldad, desprecio por lo bueno, traición, imprudencia, amor al placer en vez de amor a Dios, la apariencia de piedad en lugar de su realidad y así sucesivamente. Pero ninguno de éstos es el pecado más serio que el hombre jamás haya cometido, aunque son pecados ante Dios. Lamentablemente, el hombre no se da cuenta de que estos pecados son producidos por un pecado principal. Tanto los pecadores en el mundo como los creyentes en la iglesia intentan sólo tratar con estos pecados. Parece que la eliminación de todos estos pecados nos liberaría totalmente del problema del pecado. Pero el hombre no se ha dado cuenta de que estos pecados ocupan sólo un lugar secundario en la Biblia.

Aunque parezca imposible, ¿qué tal si alguien recibió suficiente gracia como para tratar con todos los otros pecados? Si éste hubiera sido una persona del tiempo del Antiguo Testamento, él se habría dado cuenta de que aún existía el pecado de no amar a Dios.

Aunque nunca más tendría los otros pecados, su conciencia lo seguiría molestando. Si fuera una persona del tiempo del Nuevo Testamento, él se habría dado cuenta de que aún existe el pecado de no creer en el Señor. Aunque ya no habría sido condenado por los otros pecados, la parte más profunda de su corazón aún no se sentiría satisfecha, porque el Espíritu de Dios lo convencería de su pecado de incredulidad.

El hombre perece por causa de su incredulidad. La incredulidad hace que el castigo de todos los otros pecados recaigan sobre el incrédulo. La razón inmediata por la perdición del hombre es sus muchos pecados. La razón final es el pecado de incredulidad del hombre. Por causa de esto, debemos preocuparnos por el pecado de incredulidad. Desde luego, tampoco podemos esquivar los otros pecados.

EL RESULTADO DEL PECADO Y DE LOS PECADOS

Una vez que el hombre sucumbe ante el poder del pecado, él comete una variedad de pecados. Una vez que el hombre comete estos muchos pecados, acarrea sobre sí la culpa o la condenación de los pecados, el veredicto o el juicio por los pecados. Tan pronto como pecamos, hay culpa. La expresión “ser culpable” no se usa meramente para implicar el acto de la transgresión de uno. Es como un veredicto en la corte que lo declara a uno culpable o no. Es una descripción si uno es legalmente pecador o no. Según la Biblia, no somos responsables de nuestro pecado, sino de nuestros pecados. Nuestro pecado no nos trae el problema de culpabilidad ante Dios. Más bien, los pecados que hemos cometido son los que traen el problema. La Biblia dice que si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos (1 Jn. 1:8). Pero al mismo tiempo, la Biblia no requiere que carguemos con la culpa de nuestros pecados. Si confesamos nuestros pecados, Dios los perdonará (1 Jn. 1:9). Esto nos demuestra que tenemos que cargar con la responsabilidad de nuestros pecados.

Debido a que existen los pecados, hay culpabilidad. Una vez que una persona es culpable, viene el castigo. Debido a que existe castigo, no hay descanso en la conciencia y uno es consciente de que está apartado de Dios. Los pecados nos hacen personas condenadas ante Dios; nos hacen esperar la ira de Dios. Cuando uno es perdonado la conciencia queda en paz; sólo así tendrá la confianza para ir a Dios. Pero aun si los muchos pecados son perdonados, mientras permanezca el problema del pecado, los muchos pecados continuarán viniendo, y el problema del pecado recrudescerá. Por esta razón después de perdonar nuestros pecados, Dios debe continuar hasta liberarnos del pecado.

EL ENTENDIMIENTO DEL HOMBRE ACERCA DEL PECADO Y DE LOS PECADOS

Antes de ser salvos, no sentíamos el mal del pecado. Antes de ser cristianos, sólo sentíamos el mal de los muchos pecados. Incluso antes de ser cristianos, lo que nos entristecía eran nuestros muchos pecados, no el pecado en sí. Aunque somos salvos ahora, tal vez mentimos o nos enojamos, y quizás seamos envidiosos y orgullosos, o seamos inadvertidamente irresponsables con las posesiones de otros. Por lo tanto, estos pecados individuales nos molestan. ¿Qué podemos hacer? Nos acercamos a Dios y pedimos perdón por cada uno. Podemos decir: “Oh Dios, hoy me comporté mal. He pecado otra vez. Por favor, perdóname”. Si usted hizo doce cosas malas ayer, usted lo lamentará interiormente. Pero si usted ha hecho sólo dos cosas malas hoy, se siente contento. Usted siente que ha cometido menos pecados hoy, piensa que ahora hay menos pecados en usted. Pero déjeme recordarle que éste es sólo el paso inicial de la vida cristiana. Durante este tiempo, sólo nos lamentamos por los muchos pecados que cometemos.

Después de haber sido cristianos por muchos años, vemos que lo que nos entristece y molesta no son los muchos pecados, sino el pecado mismo. Al final, veremos que no son las cosas que hacemos lo que está mal, sino nuestra persona. Lo malo no consiste en las cosas malas que hacemos; sino en nuestra persona. Uno llega a la conclusión de que todas las cosas que uno ha hecho son cosas exteriores y que realmente lo malo es nuestra persona. Hay un principio natural dentro de nosotros que nos hace pecar. Las cosas exteriores pueden ser de muchas categorías. Podemos llamarlas orgullo, celo, suciedad, o cualquier otro nombre. Puede haber toda clase de pecado fuera de nosotros. Pero dentro nuestro hay sólo un principio, y es algo que desea pecados. Existe una tendencia en nosotros por los pecados. Hay algo en nuestro ser que desea estas cosas exteriores. Por eso la Biblia menciona a estos pecados en plural; se ven uno por uno. El orgullo es uno, la mentira es otra y la fornicación es todavía otra. El orgullo es diferente del asesinato y la mentira es diferente de la fornicación. Pero sólo hay una cosa que nos predispone a pecar, la cual nos controla y seduce. La razón por la que pecamos es que hay una ley dentro de nosotros. Nos dirige constantemente a los pecados exteriores. Este pecado está en singular en la Biblia. No denota nuestra conducta; más bien, denota nuestra naturaleza. Este pecado está en nuestra naturaleza, y necesitamos ser libres de eso.

Puesto que la salvación de Dios para el hombre es completa, El debe liberarnos de los muchos pecados y también debe liberarnos del pecado en sí. Si Dios sólo nos libera de los muchos pecados, sin liberarnos del pecado, entonces no se puede decir que la salvación de Dios es completa. Debido a que tenemos dos problemas, los pecados y el pecado, necesitamos una salvación doble. Por un lado, necesitamos ser liberados de los muchos pecados, y por el otro, necesitamos ser liberados del pecado. En las páginas siguientes veremos cómo Dios, al realizar Su salvación completa por medio del pecado.

Puedo esclarecer mi punto con una ilustración. Los muchos pecados son como la fruta de un árbol. Existen individualmente, y el árbol puede dar cien o doscientos frutos. Así son los pecados. Ahora, el pecado es como el árbol mismo. Lo que nosotros vemos con nuestros ojos como pecadores son los frutos. Vemos que los frutos son malos porque el árbol es malo. Al principio El nos muestra los pecados individuales. Al final, El nos muestra a nosotros mismos. Al principio necesitamos el perdón porque hemos cometido pecados. Pero después de un tiempo nos damos cuenta de que necesitamos ser liberados porque somos pecadores.

LOS TRES ASPECTOS DEL PECADO

La Biblia nos muestra que el pecado tiene tres aspectos. En otras palabras, el pecado está en tres lugares. Primero, el pecado está ante Dios. Segundo, el pecado está en la conciencia. Tercero, el pecado está en la carne. La Biblia siempre nos muestra al pecado según estas tres líneas. Es como un río alimentado por tres afluentes. Si queremos conocer al pecado en una manera completa, debemos entender claramente estas tres líneas. Debemos conocer que nuestro pecado está ante Dios, en la conciencia y en la carne. Si no tenemos un entendimiento claro acerca de estas tres líneas y no podemos distinguirlas, no entenderemos el problema del pecado. Si confundimos las tres líneas, no conoceremos la perspectiva de Dios en cuanto al pecado y no comprenderemos la obra completa de Dios al tratar con el pecado. Sólo cuando entendamos la necesidad reconoceremos el tratamiento. Si no conocemos la necesidad, asumiremos que el tratamiento es innecesario. Entonces, debemos conocer el pecado primero, y luego conoceremos la obra completa de la salvación de Dios.

Dios es un Dios justo. En la administración del universo El es la máxima autoridad. El es el Soberano del universo. El tiene leyes y ordenanzas definidas acerca de los pecados. El recompensa al hombre según lo que el hombre haya hecho y conforme a cómo el hombre se haya comportado. Dios trata con el mundo en Su posición de Soberano. En el tiempo de Adán, aunque no existía tal término, estaba la ley adámica. Análogamente, después de Noé, aunque no existía tal término, estaba la ley noámica. En el tiempo de Moisés, se empezó a usar el término *ley*. No fue sino hasta entonces que la ley fue puesta específicamente delante del hombre. Sea que hablemos de la ley explícita en el tiempo de Moisés o acerca de la ley implícita antes del tiempo de Moisés, el veredicto de Dios es que aquellos que pecan deben morir. El demanda que aquellos que transgreden contra la ley sean condenados con la muerte eterna. Mientras el hombre está vivo, aunque su carne viva, su espíritu está muriendo. Al final, su carne también morirá. En la eternidad, su espíritu, alma y cuerpo morirán. Si el hombre no peca, Dios no ejecutará el castigo. Pero si el hombre peca, ciertamente Dios ejecutará el castigo. Dios ha promulgado ordenanzas y leyes acerca de los pecados del hombre.

Cuando los pecados ocurren en la vida, primero está el registro de los pecados ante Dios. Déjenme dar un ejemplo. Recientemente se le prohibió a la gente estacionar sus automóviles donde les plazca. Dos meses atrás usted podía estacionar su automóvil en cualquier parte. Usted incluso podía estacionar su automóvil en la mano contraria a la calle, y era libre de estacionarlo en cualquier dirección. Pero hace dos meses el Departamento de Obras Viales eliminó tal práctica. Ahora, al manejar, uno ve todos los automóviles estacionados en la misma dirección. Hay una nueva ley que dice que todos los automóviles deben estacionar en la misma dirección del tráfico. Si usted no hace esto, está violando la ley. Si un hermano viene a la reunión en auto y lo estaciona en la dirección equivocada, es posible que un policía lo vea y multe esa violación. La violación no es registrada en la calle, donde él estacionó, sino en la comisaría, sin que el hermano se percate de lo sucedido. La violación pudo haber ocurrido en la calle Ha-tung, pero la violación es registrada en el distrito de Tsin-an-tsu donde está la comisaría.

Los incidentes del pecado ocurren en el hombre. Pero tan pronto como el hombre peca, eso es registrado ante Dios. Dios es el Gobernador soberano del mundo. El está en control de todo. Si en el transcurso de nuestra vida hemos transgredido la ley, hay un registro de nuestro pecado ante Dios. Por eso el Antiguo Testamento habla frecuentemente de pecar contra Jehová. La razón por la cual un acto de pecado es malo y terrible se debe a que una vez que un pecado es cometido, hay un registro del pecado ante Dios. Puesto que Dios dice que aquel que peca debe morir, El debe ejecutar Su juicio sobre los pecados. No hay manera de que escapemos, pues el pecado ya ha sido registrado.

En segundo lugar, existe el conocimiento del pecado en nuestra conciencia. Aunque hay un registro del pecado ante Dios, hasta que usted lo sepa, aún puede sonreír y gozarse en su silla, y tal vez pueda actuar como si nada hubiera sucediera. Pero una vez que usted tiene el conocimiento del pecado, el pecado que está ante Dios ha venido a su conciencia. Originalmente, este pecado sólo estaba ante Dios; ahora está identificado en su conciencia. ¿Qué es la conciencia? Es una “ventana”. La luz de Dios ilumina su interior a través de la ventana de su conciencia. Siempre que la luz de Dios ilumina su interior, usted se siente incómodo y sabe que ha hecho algo mal.

Tal vez haya alguien aquí que estacionó su automóvil en la dirección equivocada. Tal vez él no estuvo consciente de su error y haya estado despreocupado. Pero ahora que yo lo mencioné, él no se siente bien interiormente. Mis palabras han movido el registro de su pecado desde la comisaría a su interior. Por lo tanto, la conciencia es afectada por el conocimiento. Sin el conocimiento, usted es ignorante de sus pecados; y puesto que su conciencia no lo molesta, usted se siente en paz. Pero tan pronto como tenga el

conocimiento y comienza a darse cuenta de la perspectiva de Dios y la perspectiva de la ley acerca de usted, su conciencia no lo dejará tranquilo.

¿Será verdad que todos tienen conciencia? Seguro que todos tienen conciencia. Pero algunas conciencias están cerradas, y por tanto la luz no puede entrar. Algunas conciencias son como la ventana de la cocina que tiene una gruesa capa de mugre. A través de esa ventana usted sólo puede ver la sombra de un hombre moviéndose, pero usted no distingue al hombre claramente. Si la conciencia de una persona no puede recibir la luz de Dios, él estará despreocupado y contento. Pero en el momento en que oye el evangelio y ve sus propios pecados, su posición ante Dios, y el registro de sus pecados ante Dios, causan un problema en su conciencia. Estará inquieta. No estará en paz, por el contrario, lo condenará. Él preguntará qué debe hacer para poder estar ante el justo Dios, y cómo puede ser justificado ante tal justo Dios.

Lo sorprendente de la conciencia es que en el peor de los casos se vaya a dormir, pero nunca muere. Nunca piense que la conciencia se ha muerto. Nunca morirá, pero puede dormirse. Sin embargo, cuando la conciencia de muchos se despierta, ellos descubren que ya es demasiado tarde, que no tienen oportunidad de creer o ser salvos. No piensen que nuestra conciencia nos dejará tranquilos. Algún día nos agarrará. Un día hablará. Yo he visto a muchos que pensaban así, que hacían muchas maldades pensando que se saldrían con la suya. Pero cuando sus conciencias finalmente despertaron, fueron atrapados.

¿Qué es lo que hace la gente cuando su conciencia despierta y se da cuenta de que ha pecado? Tan pronto como su conciencia lo alcanza, ellos tratan de hacer el bien por medio de buenas obras. ¿Por qué trata el hombre de hacer buenas obras? Con el propósito de sobornar la conciencia. La conciencia muestra al hombre que ha pecado. Así que ahora él hace más obras caritativas y hace más buenas acciones para decirle a su conciencia que aunque él cometió muchos errores, él también ha hecho todas estas cosas buenas. ¿Qué significa hacer buenas obras? Hacer buenas obras significa sobornar la conciencia cuando empieza a acusar, a fin de calmar su condenación. Esta es la salvación inventada por el hombre.

Pero por favor recuerden que esto básicamente es la manera equivocada. ¿Dónde está el error básico? El error está en nuestra suposición de que el pecado sólo existe en nuestra conciencia. Nos olvidamos de que el pecado también existe delante de Dios. Si el pecado estuviera sólo en nuestra conciencia, entonces necesitaríamos hacer más de diez buenas obras para compensar un solo error. Pero el problema ahora no está en nuestra conciencia. El problema ahora es lo que está ante Dios. Aunque haya estacionado cientos de veces legalmente y sólo una vez ilegalmente, no puedo ser absuelto de tal

violación. El pecado es algo que está ante Dios. No es algo meramente en nuestra conciencia. No solamente tenemos que tratar con el pecado en nuestra conciencia; también tenemos que tratar con nuestro pecado ante Dios. El pecado en nuestra conciencia puede ser tratado sólo cuando hemos tratado con el registro del pecado ante Dios. No podemos tratar primero con el problema en la conciencia, porque la conciencia puede apaciguarse con autoengaño. Pero recuerden que la conciencia nunca muere.

Tal vez usted no ha visto la acción de la conciencia todavía. A menudo he visto personas que tienen problemas con su conciencia. Cuando la luz de Dios viene, su conciencia se pone inquieta. Una persona en tal condición se metería en un agujero en el suelo, si hubiera uno. El haría cualquier cosa para apaciguar su conciencia. Incluso negaría su vida a fin de redimirse del pecado. ¿Por qué Judas se ahorcó? Porque su conciencia no lo dejaba en paz. El había traicionado a Jesús, y su conciencia no lo dejaba tranquilo.

¿Por qué no es necesario que Dios mande muchos ángeles para lanzar a los hombres en el lago de fuego como si fuesen piedras? ¿Por qué Dios no necesita que los ángeles guarden el lago de fuego? ¿Dios no teme acaso una revolución en el infierno? Estoy seguro que para un hombre que ha pecado el infierno será una bendición en vez de una maldición. Cuando la conciencia se levanta para condenar al hombre, demanda que éste sea castigado. El castigo no sólo es una demanda de Dios, también es una demanda del hombre. Antes de que usted vea lo que el pecado es, tiene miedo del castigo. Pero después de ver lo que el pecado es, tomará el castigo como una bendición. ¿Ha visto alguna vez a criminales o asesinos cuando están por ser ejecutados? Antes de que el hombre ve su pecado, tal vez se regocije en el crimen. Pero después de que ve su pecado, él se alegrará de su propia ejecución. Esto quiere decir que el infierno no es sólo un lugar de castigo. Es también un lugar de escape. El pecado en la conciencia causa dolor en el presente y clama por castigo en la próxima era. Entonces, para que Dios nos salve, El debe tratar con nuestros pecados ante El, y también debe tratar con los pecados en nuestra conciencia.

Hay un tercer aspecto del pecado. El pecado no sólo está delante de Dios y en la conciencia del hombre; también está en la carne del hombre. Esto es lo que Romanos 7 y 8 nos dicen. ¿Cuál es el pecado de la carne? Ya hemos visto que, por un lado, existe el registro de los pecados ante Dios y por otro, hay una condenación de pecados en la conciencia del hombre. Ahora vemos el tercer aspecto: el poder del pecado y las actividades del pecado en la carne del hombre. El pecado tiene su posición. El pecado preside. El pecado está en la carne del hombre como el director. Por favor recuerde que el pecado es el director que preside en la carne.

¿Qué quiero decir con esto? Los pecados ante Dios y en la conciencia del hombre son objetivos. Para mí el registro de los pecados ante Dios y la condenación de los pecados en mi conciencia están relacionadas a mi sentimiento con respecto al pecado. Pero el pecado en la carne es subjetiva. Esto significa que el pecado que mora en mí tiene el poder para forzarme a pecar; tiene el poder para incitarme a pecar. Esto es lo que la Biblia llama el pecado en la carne.

Por ejemplo, puede haber un hermano que gana cien dólares al mes, pero gasta ciento cincuenta dólares al mes. A él le gusta pedir dinero prestado. Es parte de su disposición. Si él no pide prestado, sus manos le picarán; incluso su cabeza y su cuerpo le picarán. Después de usar todo su salario, él tiene que pedir prestado algo y gastarlo para sentirse cómodo. En él podemos ver los tres aspectos. Primero, él tiene muchos acreedores, que tienen el registro de sus deudas. Segundo, a menos que no tenga conocimiento de la consecuencia de pedir prestado, en cuyo caso puede seguir en paz pidiendo prestado, él se da cuenta de que está en peligro y así siente la carga no sólo por el registro de la deuda ante sus acreedores, sino también con la exposición de su conciencia. Además, está el pecado en su carne. El sabe que está mal pedir prestado, sin embargo no descansa hasta pedir prestado. Hay algo que lo impulsa, diciéndole que no ha pedido prestado por meses y que debe hacerlo una vez más. ¿Qué es esto? Esto es el pecado en su carne. Por un lado, el pecado es un hecho, que resulta en un registro de pecado ante Dios y en su conciencia. Por el otro, el pecado es un poder en su carne que lo incita y lo obliga, aun lo arrastra y lo tira, a pecar.

Si usted nunca ha resistido al pecado, nunca ha sentido su poder. Pero si trata de resistirlo, sentirá su poder. Cuando el agua está fluyendo, usted no siente su poder si fluye con él. Pero si usted trata de ir contra la corriente, sentirá su poder. La mayoría de los ríos en China fluyen de oeste a este; así que si usted trata de viajar desde el este al oeste, sentirá el poderío de los ríos de China. Aquellos que mejor conocen el poder del pecado son los más santos, pues son los que tratan de oponerse y enfrentarse contra el pecado. Si usted está ligado al pecado y va con el pecado, seguramente no conocerá su poder. El pecado en su carne está todo el tiempo levantándose y obligándolo a pecar, pero sólo cuando usted se despierte para tratar con el pecado se dará cuenta de que usted es un pecador perdido. Sólo así usted sabrá que es impotente y que no puede solucionar el problema del pecado en su carne, sin mencionar la presencia de los pecados en su conciencia y el registro de los pecados ante Dios.

Por lo tanto, debemos ver que cuando Dios nos salva, El trata con los tres aspectos. El pecado interior es tratado por la cruz y la crucifixión del viejo hombre. Ya hemos mencionado esto muchas veces, así que no lo vamos a repetir ahora. Esta vez nuestro estudio bíblico abarca la manera en que Dios trata con nuestros pecados ante El y la

condenación de los pecados en nuestra conciencia. Al principio mencioné el problema del pecado y de los pecados. Los pecados se refieren a los hechos pecaminosos ante Dios y en nuestra conciencia. Cada vez que la Biblia habla de los pecados, se refiere a los hechos pecaminosos ante Dios y en nuestra conciencia. Pero cada vez que la Biblia menciona al pecado en la carne, usa la palabra *pecado*, no *pecados*. Si usted recuerda esto, no tendrá problemas más tarde.

Agradecemos a Dios porque su salvación es completa. El ha tratado con nuestros pecados ante El. El también ha juzgado nuestros pecados en la persona del Señor Jesús. Además, el Espíritu Santo ha aplicado la obra de Cristo a nosotros, para que podamos recibir al Señor Jesús y tengamos paz en nuestra conciencia. Una vez que la conciencia es limpiada, no hay más conciencia de pecado. Muchas veces he escuchado a cristianos decir que la sangre del Señor Jesús quita sus pecados. Cuando les pregunto si se sienten llenos de paz y contentos, ellos dicen que a veces sienten la presencia de sus pecados. Esto es inconcebible. Yo estoy contento, pues cuando la conciencia está limpia, no hay más conciencia de pecados. Nuestra conciencia está enterada de los pecados porque hay un registro de pecados ante Dios. Pero si los pecados ya no existen delante de Dios, ¿cómo es que aún somos conscientes de ellos? Puesto que el problema de los pecados ante Dios ha sido resuelto, el de los pecados en nuestra conciencia también debe ser resuelto. Así que, ya no debemos de tener la conciencia de pecados.

CAPITULO DOS

EL AMOR, LA GRACIA Y LA MISERICORDIA DE DIOS

Esta noche consideraremos el amor y la gracia de Dios, y también abarcaremos el tema de Su misericordia.

El Antiguo Testamento menciona varias veces que la salvación es de Jehová. Esto indica que la salvación no se origina en nosotros. Puesto que el pecado lo comete el hombre, naturalmente pensamos que la salvación también se origina en el hombre. Pero ni siquiera el pensamiento acerca de nuestra salvación se originó en nosotros; más bien, se originó en Dios. Aunque el hombre pecó y está destinado a la perdición, su intención no es de buscar la salvación. Aunque pecó y debe perecer, Dios fue quien decidió salvarlo. Entonces, el Antiguo Testamento menciona una y otra vez que la salvación viene de Jehová. Esto es así porque Dios es el que quiere salvarnos. El hombre nunca ha deseado salvarse a sí mismo.

¿Por qué la salvación vino de Jehová? ¿Por qué a Dios le interesa el hombre? De un modo general, podemos decir que se debe al hecho de que Dios es amor. Pero siendo más específicos, es por el amor de Dios para con el hombre. Si Dios no amara al hombre, no necesitaría salvarlo. Por un lado la salvación se cumple porque el hombre ha pecado y, por otro, Dios lo amó. Si el hombre no hubiera pecado, no habría lugar ni manera para que el amor de Dios sea manifestado. Y si el hombre hubiera pecado pero Dios no lo hubiera amado, no se habría logrado nada tampoco. La salvación es cumplida y el evangelio es predicado porque Dios ha amado y porque el hombre ha pecado.

El pecado del hombre nos muestra la necesidad del hombre. El amor de Dios nos muestra la provisión de Dios. Si sólo existe la necesidad sin la provisión, nada se puede hacer. Pero si hay provisión sin necesidad, la provisión se desperdicia. La salvación se cumple y el evangelio se predica debido a los dos hechos más importantes del universo. El primero es que el hombre ha pecado y el segundo es que Dios ama al hombre. Estos son dos hechos inmutables. Son dos hechos que la Biblia recalca. Si usted quita uno de estos dos, la salvación queda anulada. No es necesario quitar a ambos. Con sólo faltar uno, no habrá posibilidad para que la salvación se cumpla. Dios tiene amor y el hombre tiene pecado. Debido a estos dos hechos, existen la salvación y el evangelio.

EL AMOR DE DIOS

La Biblia siempre hace notar el amor de Dios. Esta vez en nuestro estudio bíblico, abarcaremos brevemente la verdad del evangelio. Mencionaremos muchas cosas, pero no los consideraremos en detalle. Esta noche no puedo abarcar cada aspecto acerca del amor de Dios en la Biblia. Sólo mencionaré este asunto brevemente. Debemos considerar tres aspectos del amor de Dios. Primero, Dios es amor. Segundo, Dios ama al hombre. Y tercero, la expresión del amor de Dios está en la muerte de Cristo.

Dios es amor

Veamos el primer punto: Dios es amor. Esto está registrado en 1 Juan 4:16. Aquí no dice que Dios ama. Tampoco dice que Dios tal vez ame, o que Dios puede amar, o que amó, o que amará. Por el contrario, dice que Dios es amor. ¿Qué significa que Dios es amor? Significa que Dios mismo, Su naturaleza y Su ser, es amor. Si se pudiera decir que Dios tiene una substancia, entonces la substancia de Dios es amor.

La revelación más grande de la Biblia es que Dios es amor. Esta es la revelación que el hombre más necesita. El hombre tiene muchas conjeturas y teorías acerca de Dios. Meditamos todo el tiempo acerca de qué clase de Dios es El, qué clase de corazón nuestro Dios tiene, qué intención tiene para con el hombre, cómo es El. Usted le puede preguntar a cualquiera acerca de qué piensa de Dios, y él le dará su concepto. El pensará que Dios es de esta o aquella forma. Todos los ídolos en el mundo y todas las imágenes hechas por el hombre son los productos de su imaginación. El hombre piensa que Dios es un Dios fiero o severo. El pinta a Dios de esta o aquella manera. El hombre siempre está tratando de razonar y explorar cómo es Dios. A fin de corregir las diferentes conjeturas que el hombre tiene acerca de Dios, El se manifiesta en la luz del evangelio y le muestra al hombre que El no es un Dios inaccesible o incomprensible.

Entonces, ¿qué es Dios? Dios es amor. Esta declaración no estará clara a menos que les dé una ilustración. Supongamos que hay una persona paciente. El tiene paciencia sin importar lo que encuentre y sin importar cuán difíciles o malas sean las condiciones. No podemos decir que tal persona actúa pacientemente. El adverbio *pacientemente* no se puede usar para describir a esa persona. Tampoco podemos decir que es paciente, usando un adjetivo. Debemos decir que él es la paciencia misma. Tal vez no lo llamemos por su nombre. Por el contrario, a sus espaldas diremos que Paciencia ha llegado o que Paciencia ha hablado. Cuando decimos que Dios es amor, queremos decir que el amor es la naturaleza de Dios. El es amor adentro y afuera. Por lo tanto, no diríamos que Dios es amoroso, usando un adjetivo, o que Dios ama, usando un verbo. Más bien, diríamos que Dios es amor, aplicando el sustantivo para El.

En nuestro amigo Paciencia no encontramos imprudencia. El hombre es la paciencia misma; él no es simplemente paciente. El es una masa de paciencia. ¿Usted creería que en tal persona pudiera haber imprudencia? ¿Podría él enojarse? ¿Discutiría con otros? Para él es imposible hacer tales cosas porque no hay ningún elemento en su naturaleza que haga eso. En su naturaleza no hay tal cosa como enojo. En su naturaleza no hay tal cosa como imprudencia. El simplemente es paciencia.

Lo mismo ocurre con Dios, que es amor. Dios como amor es la mayor revelación de la Biblia. Para cada cristiano, lo más importante que debe saber en la Biblia es que Dios es amor. Para Dios es imposible odiar. Si Dios odiara, El no sólo tendría problemas con aquellos a quienes odia, sino también tendría problemas consigo mismo. Si Dios nos odiara hoy aquí, El no sólo estaría en problemas con nosotros; El estaría en problemas consigo mismo. Para que Dios odie o haga algo sin amor, primero debe desarrollar un problema consigo mismo. Dios es amor. Aunque estas tres palabras son muy sencillas, nos dan la mayor revelación. La naturaleza de Dios, la esencia vital de Dios, es simplemente amor. El no puede actuar de otra manera. El ama, y al mismo tiempo, El es amor.

Si hoy usted es un pecador, tal vez se pregunte qué es lo que debe hacer para que Dios lo ame. Muchas personas no conocen lo que Dios piensa acerca de ellos. Ellos no saben lo que Dios está pensando o cuáles son Sus intenciones. Muchos creen que para poder agradar a Dios, uno debe hacer algo, o que debe sufrir, o que debe ser responsable. Sin embargo, sólo aquellos que están en tinieblas y no conocen a Dios piensan de esta manera. Si no hubiera evangelio hoy, usted pensaría de esta manera. Pero ahora que el evangelio está aquí, ya no puede pensar así, porque el evangelio nos dice que Dios es amor.

Los seres humanos no somos nada más que odio. Nos es sumamente difícil amar. De la misma manera, para Dios es igual de difícil odiar. Usted puede pensar que es difícil amar y que no sabe amar a otros. Pero para Dios es imposible odiar. Usted no puede amar, y Dios no puede odiar. Dios es amor, y para El, odiar es actuar en contra de Su naturaleza, y esto le es imposible.

De tal manera amó Dios al mundo

Pero esto no es todo. Dios mismo es amor, y cuando este amor es aplicado a nosotros, descubrimos que “de tal manera amó Dios al mundo” (Jn. 3:16). La frase “Dios es amor”, habla de Su naturaleza, y “de tal manera amó Dios al mundo” habla de Su acción. Dios mismo es amor; entonces, lo que proceda de El debe ser amor. Donde hay amor, allí también debe estar el objeto del amor. Después de mostrarnos que El es amor, Dios

nos muestra inmediatamente que El ama al mundo. Dios no solamente nos ha amado, sino que también ha enviado Su amor. Dios no pudo hacer otra cosa sino enviar Su amor. No pudo hacer otra cosa que amar al mundo. ¡Aleluya!

El mayor problema que el mundo tiene es que piensa que Dios siempre tiene malas intenciones para con el hombre. El hombre piensa que Dios hace demandas severas, y que El es estricto y desagradable. Puesto que el hombre duda del amor de Dios, él también duda que Dios ame al mundo. Pero mientras Dios sea amor, El ama al mundo. Si el amor es Su naturaleza, no hay otra manera en que pueda comportarse para con el hombre excepto en amor. El estaría incómodo si no amara. ¡Aleluya! ¡Esto es un hecho! Dios es amor. El no puede hacer otra cosa que amar. Dios es amor, y lo que sigue espontáneamente es que Dios ama al mundo.

Podemos culparnos por nuestros pecados, por ser susceptibles a la tentación de Satanás, por estar enredados en el pecado. Pero no podemos dudar de Dios. Usted se puede culpar de haber cometido un pecado, por haber caído, por haberse rendido a la tentación. Pero si usted duda del corazón de Dios para con usted, usted no se está comportando como cristiano, porque dudar del corazón de Dios para con usted es contradecir la revelación del evangelio.

Yo no digo que usted no caerá nunca más. Tampoco puedo decir que usted no volverá a pecar. Tal vez usted caiga y peque de nuevo. Pero por favor recuerde que caer y pecar es una cosa, pero el corazón de Dios para con usted es otra. Usted nunca debe dudar del sentimiento de Dios para con usted simplemente porque haya caído o pecado. Aunque usted haya caído y pecado, Dios no cambia Su actitud para con usted, pues Dios es amor y El ama al mundo. Esto es un hecho inmutable de la Biblia.

De nuestra parte, nos alteramos y cambiamos. Pero de parte del amor de Dios, no hay cambios ni alteraciones. Muchas veces el amor de usted puede cambiar o enfriarse. Pero esto no significa que el amor de Dios es afectado. Si Dios es amor, no importa cómo usted lo pruebe, lo que saldrá de El será siempre amor. Si aquí hubiera una tabla de madera, no importaría cómo usted la golpee, siempre percibiría el sonido de madera. Si la golpeará con un libro, le daría el sonido de madera. Si usted la golpeará con su palma, aún le daría el sonido de madera. Si la golpeará con otra tabla, otra vez le daría el sonido de madera. Si Dios es amor, no importa cómo usted lo “golpee”; si usted lo rechaza, lo niega, o lo hace a un lado, El sigue siendo amor. Una cosa es cierta: Dios no se puede negar a Sí mismo; El no se puede contradecir. Debido a que nosotros somos odio, nos es muy natural odiar. Debido a que Dios es amor, es muy natural para El amar. Dios no puede cambiar Su propia naturaleza. Puesto que la naturaleza de Dios no puede

cambiar, Su actitud para con usted no puede cambiar. Por eso vemos que Dios ama al mundo.

Dios expresa Su amor

¿Acaso todo termina en Dios amando al mundo? “Dios es amor” habla de la naturaleza de Dios, o sea, de Dios mismo. “De tal manera amó Dios al mundo” habla de la acción de Dios. Pero el amor de Dios para con nosotros tiene una expresión. ¿Cuál es la expresión de Su amor? Romanos 5:8 dice: “Mas Dios muestra Su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”. El amor de Dios tiene una expresión. Si yo amo a una persona y sólo le digo que la amo, ese amor aún no se ha consumado. A menos que el amor sea expresado, no está consumado. No hay amor en el mundo que no tenga expresión. Si hay amor, debe ser expresado. Si el amor no es expresado, ese amor no puede ser considerado como tal. El amor es muy práctico. No es vano ni verbal. El amor es expresado por medio de acciones. Si usted pone una pelota sobre una superficie no nivelada, puede estar seguro de que algo ocurrirá; terminará rodando. Lo mismo ocurre con el amor. Usted puede estar seguro que tendrá una expresión.

Puesto que Dios ama al mundo, El debe estar preocupado con la necesidad del hombre. Entonces, El debe hacer algo para el hombre. Nosotros somos pecadores. No tenemos otra alternativa que ir al infierno, y ningún otro lugar excepto el de perdición. Pero Dios nos ama, y El no estará satisfecho sino hasta que nos haya salvado. Cuando Dios dice “Yo te amo”, Su amor se ofrecerá para llevar con todas nuestras cargas y quitar todos nuestros problemas. Puesto que Dios nos ama, El debe proveer una solución al problema de los pecados; El debe proveer la salvación que necesitamos como pecadores. Por esta razón, la Biblia nos ha mostrado este gran hecho singular: el amor de Dios es manifestado en la muerte de Cristo. Debido a que somos pecadores e incapaces de salvarnos, Cristo vino para morir a fin de resolver por nosotros el problema del pecado. Su amor ha cumplido algo substancial, y esto ha sido puesto delante de nosotros. Ahora podemos ver Su amor en una manera substancial. Su amor ya no es sólo un sentimiento. Se ha convertido en un hecho completamente manifestado.

En este gran asunto del amor de Dios, debemos tomar nota de tres cosas: la naturaleza del amor de Dios, la acción del amor de Dios y la expresión del amor de Dios. ¡Gracias a Dios! Su amor no es solamente un sentimiento dentro de El. También es una acción, incluso una expresión y una manifestación. Su amor lo motivó a hacer lo que nosotros no pudimos hacer por nuestra propia cuenta. La salvación se produjo porque El es amor y porque El amó al mundo. Una serie de cosas siguen debido a que el hombre ha pecado y Dios es amor. Si usted no es pobre, usted no me va a necesitar. Pero por otra parte si yo no lo amo, aunque usted sea paupérrimo, no me importará en lo más mínimo. La

situación actual es que el hombre ha pecado y Dios ha amado; por lo tanto, algo empieza a ocurrir. Aleluya, mucho está ocurriendo porque el hombre ha pecado y Dios ha amado. Cuando usted combina estas dos cosas, el evangelio aparece.

LA GRACIA DE DIOS

Pero, hermanos y hermanas, el amor de Dios no termina aquí. Puesto que Dios es amor, surge el asunto de la gracia. Sin duda el amor es precioso, pero el amor debe tener su expresión. Cuando el amor es expresado, se convierte en gracia. La gracia es el amor expresado. El amor está en Dios. Pero cuando este amor viene a usted, se convierte en gracia. Si Dios es sólo amor, El es muy abstracto. Pero gracias al Señor que aunque el amor es algo abstracto, con Dios es inmediatamente convertido en algo substancial. El amor interno es abstracto, pero la gracia exterior le ha dado substancia.

Por ejemplo, supongamos que usted le tiene lástima a un pobre, y que lo ama y le tiene simpatía. Si usted no le da comida y ropa, cuanto mucho usted puede decir que lo ama. Usted no puede decir que usted es gracia para él. ¿Cuándo puede usted decir que tiene gracia para él? Cuando le da una taza de arroz o ropa o algo de dinero, y cuando la comida, ropa, o dinero llega a él, su amor se convierte en gracia. La diferencia entre el amor y la gracia consiste en el hecho de que el amor es interno y la gracia es externa. El amor es principalmente un sentimiento interno, mientras que la gracia es un hecho externo. Cuando el amor entra en acción, se convierte en gracia. Cuando la gracia vuelve a su sentimiento, es amor. Sin amor, la gracia no existe. La gracia existe porque el amor existe.

La definición de la gracia no es solamente el acto de amor. Debemos agregar algo más. La gracia es el acto de amor para con el necesitado. Dios ama a Su Hijo unigénito. Pero no hay elemento de gracia en este amor. Uno no puede decir que Dios trata con Su Hijo en gracia. Dios también ama a los ángeles, pero eso tampoco puede considerarse como gracia. ¿Por qué el amor del Padre para con el Hijo y el amor de Dios para con los ángeles no es gracia? Porque no hay necesidad ni indigencia. Sólo hay amor; el pensamiento de la gracia no está. El amor se palpa como gracia sólo cuando hay indigencia y necesidad, cuando no hay otra manera de resolver los problemas. Puesto que somos pecadores, somos los que tienen problemas; y no tenemos manera de resolver nuestros problemas. Pero Dios es amor, y Su amor nos es manifestado como gracia.

Por consiguiente, cuando el amor fluye en el mismo nivel, es simplemente amor. Pero cuando fluye corriente abajo, es gracia. Por lo tanto, aquellos que nunca han estado en el nivel bajo nunca podrán recibir gracia. El amor también puede fluir corriente arriba.

Pero cuando lo hace, no es gracia. El amor también puede fluir entre alturas iguales. Cuando lo hace, no es amor tampoco. El amor es gracia sólo cuando fluye hacia abajo. Si usted quiere estar por encima de Dios, o si quiere estar a la par con Dios, nunca verá el día de la gracia. Sólo aquellos que están debajo de Dios pueden ver el día de la gracia. Esto es lo que la Biblia nos muestra acerca de la diferencia entre el amor y la gracia.

Aunque la Biblia menciona el amor del Señor Jesús, le presta más atención a la gracia del Señor Jesús. La Biblia también habla acerca de la gracia de Dios, pero presta más atención al amor de Dios. Yo no estoy diciendo que no hay mención del amor del Señor Jesús y de la gracia de Dios en la Biblia. Pero el énfasis de la Biblia es el amor de Dios y la gracia del Señor Jesús. ¿Cómo saludó Pablo a la iglesia en Corinto? “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros” (2 Co. 13:14). Usted no puede cambiar la frase para que dijera: “La gracia de Dios y el amor del Señor Jesucristo y la comunión del Espíritu Santo sea con todos vosotros”. Usted no puede hacer esto, porque el énfasis de la Biblia es el amor de Dios y la gracia del Señor Jesús. ¿Por qué es así? Porque el Señor Jesús fue quien logró la salvación. Fue El quien dio substancia al amor y cumplió la gracia. El amor de Dios se convirtió en gracia por medio de la obra del Señor Jesús. Por lo tanto, la Biblia nos dice que la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia vino por medio de Jesucristo (Jn. 1:17).

LA MISERICORDIA DE DIOS

Gracias al Señor que en el amor de Dios, no hay solamente gracia, sino que también hay otro gran aspecto, la misericordia de Dios. La Biblia también pone mucho énfasis en la misericordia. Pero tenemos que admitir que *misericordia* es una palabra del Antiguo Testamento, como *gracia* es una palabra del Nuevo Testamento. Esto no significa que *misericordia* no se encuentra en el Nuevo Testamento. Pero si usted tiene una concordancia, hallará *misericordia* mucho más seguido en el Antiguo Testamento. La misericordia es algo del Antiguo Testamento, como gracia es algo del Nuevo Testamento.

El amor puede desembocar tanto en la gracia como en la misericordia. La misericordia es negativa, y la gracia es positiva. La misericordia está relacionada a la condición presente, y la gracia a la condición futura. La misericordia se refiere a la miseria de su condición presente, y la gracia se refiere a la condición excelente en que usted será salvo en el futuro. El sentimiento que Dios tiene para con nosotros cuando somos pecadores es misericordia. La obra que Dios hace en nosotros para hacernos hijos Suyos es gracia. La misericordia responde a nuestra condición existente; la gracia resulta de la obra que recibiremos.

Yo no sé si ustedes lo entienden claramente. Supongamos que aquí hay una persona necesitada. Ustedes lo aman y le tienen lástima. Ustedes se lamentan de su difícil situación. Si ustedes no lo amaran, no sufrirían ni se lamentarían por él. Pero al hacerlo, ustedes tienen misericordia por él. Pero tal misericordia es negativa. Su misericordia por él se debe a que se compadecen de su condición presente. Pero ¿cuándo se lleva a cabo la gracia? Se lleva a cabo cuando esta persona es rescatada de su pobre condición presente a una nueva posición, a una nueva esfera y a un nuevo ambiente. Sólo así el amor de ustedes se convierte en gracia. Por esta razón digo que la misericordia es negativa y para el presente, mientras que la gracia es positiva y para el futuro. El futuro al cual me refiero es el futuro en esta era, y no el futuro de la próxima era. Yo no digo que el Antiguo Testamento habla sólo acerca de misericordia. El Antiguo Testamento también habla acerca de la gracia. No es verdad que ya no necesitamos misericordia. Al contrario, todavía la necesitamos. Dios fue misericordioso en los tiempos del Antiguo Testamento porque Su obra aún no había sido completada. Por lo tanto el Antiguo Testamento estaba lleno de misericordia. Dios mostró misericordia por cuatro mil años. Pero en la actualidad, en la era neotestamentaria, tenemos gracia porque el Señor Jesús ha cumplido con la obra de Dios. El vino para cargar nuestros pecados. Entonces, lo que hemos recibido en la actualidad no es misericordia, sino gracia. ¡Aleluya! Hoy no es un día de misericordia, sino un día de gracia.

Si sólo hubiera misericordia, sólo tendríamos esperanza. En el Antiguo Testamento, sólo había esperanza; por eso el Antiguo Testamento habla de misericordia. Pero gracias al Señor, hoy hemos obtenido lo que se esperaba. Ya no hay que esperar más.

La misericordia viene del amor y resulta en gracia. Si la misericordia no viniera del amor, no resultaría en gracia. Pero debido a que se origina en el amor, termina en gracia. En los Evangelios hay una historia de un hombre ciego que recibió la vista (Mr. 10:46-52). Cuando se encontró con el Señor, él no dijo: “¡Señor, ámame!” o “¡Señor, ten gracia para conmigo!” Mas bien, él dijo: “¡Hijo de David, ten misericordia de mí!” (v. 48). El pidió misericordia por causa de su condición presente, su dificultad presente y su dolor presente. El sabía que si el Señor se compadeciera de él, El no se detendría en mostrarle misericordia; El seguramente haría algo.

En el Nuevo Testamento también se menciona en varios lugares la misericordia. En la mayoría de los casos, se hace mención de la misericordia según la situación de ese momento. Alguien tal vez pregunte: “Puesto que el amor como el origen es muy bueno, y la gracia como el resultado es buena, ¿por qué existe la misericordia?” Es porque el hombre está necesitado. Nosotros no tenemos confianza para ir a Dios y pedirle Su amor. Somos de carne y no conocemos bien a Dios. Aunque Dios se nos ha revelado a Sí mismo en la luz, aún así no nos animamos a acercarnos a El. Sentimos que es imposible

acercanos a Dios para pedir amor. Al mismo tiempo, no tenemos la fe adecuada para acercarnos a El y pedirle gracia, diciéndole que necesitamos tal o cual bendición. No tenemos manera de pedir el amor de Dios, ni tampoco tenemos suficiente fe para pedirle Su gracia.

Pero gracias al Señor. No solamente tenemos amor y gracia; también tenemos misericordia. El amor se manifiesta en la misericordia. Debido a que Dios es misericordioso, si usted escucha el evangelio pero todavía no puede creer, usted puede clamar: “¡Hijo de David, ten misericordia de mí!” Usted tal vez tema pedir otras cosas, pero no debe temer pedir esto. Yo no me animo a pedirle al Señor que tenga gracia para conmigo. No me animo a pedirle que me ame. Pero yo puedo pedir que sea misericordioso para conmigo. No nos atrevemos a pedir otras cosas. Pero podemos tener confianza en pedirle misericordia. Dios se complace con esto. Dios ha puesto Su amor entre nosotros para que tengamos el derecho de acudir a El. Pero si sólo hubiera amor, todavía temeríamos de acercarnos a El. Yo no me atrevo a pedirle a Dios que me ame, ni que me muestre gracia. Pero sí puedo pedirle Su misericordia. Al menos puedo pedirle eso.

El año pasado me encontré con un hombre muy anciano que padecía de una enfermedad grave. Cuando él me vio, lloró. El me dijo que no estaba enojado con Dios, pero que sufría mucho dolor. Yo le dije que debería pedirle a Dios que lo ame y tenga gracia para con él. El me dijo que no podía hacer eso. Cuando yo le pregunte por qué no, él respondió que por sesenta años había vivido para sí y no para Dios. Ahora que estaba muriendo, él tenía vergüenza de pedirle a Dios que lo amara y que tuviera gracia para con él. Si no hubiera estado tan alejado de Dios, si se hubiera acercado a Dios durante las últimas décadas y desarrollado algún afecto por Dios, le habría sido más fácil pedirle amor y gracia. Pero así como estuvo, lejos de Dios por toda su vida, ¿cómo podía pedirle a Dios que lo amara mientras yacía en su lecho de muerte? A pesar de mi persuasión, él rehusó creer mis palabras. Yo le dije que Dios le podía conceder gracia, que Dios podría tener gracia para con él y que podía amarlo. Pero él simplemente no lo creyó. Lo fui a ver muchas veces, pero no lo pude convencer. Entonces oré: “Oh Dios, aquí hay un hombre que no cree en Ti. Ni tampoco cree en Tu amor. Yo no puedo ayudarlo. Por favor, abre una posibilidad en su última hora”. Después sentí que no debería hablarle acerca de la gracia, ni del amor, sino de la misericordia. Volví a él alegre, y le dije: “Usted debería olvidarse de todo ahora. Olvídense del amor de Dios y de la gracia de Dios. Usted debe acudir a Dios y decirle: ‘¡Dios! estoy sufriendo. No puedo seguir así. Ten misericordia de mí’”. El estuvo de acuerdo inmediatamente. Y tan pronto como lo hizo, su fe vino y oró: “Dios, te agradezco porque Tú eres un Dios misericordioso. Soy débil y estoy sufriendo. Ten misericordia de mí.” Aquí vemos a una persona traída a la

presencia del Señor. El se dio cuenta de su situación necesitada y pidió misericordia. En su condición presente, él le pidió a Dios que le tuviera misericordia.

Ahora veamos algunos versículos. Efesios 2:4-5 dice: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por Su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en delitos”. Pablo dijo que Dios era rico en misericordia debido a algo. Ese algo es Su gran amor con que nos amó. Sin amor, no habría misericordia. ¿En qué situación El fue misericordioso para con nosotros? El nos tuvo misericordia cuando estábamos muertos en pecados. Su misericordia está relacionada con nuestra angustiada situación presente. El tuvo misericordia de nosotros porque estábamos muertos en pecados. El tuvo misericordia de nosotros basado en Su amor para con nosotros. ¿Qué es lo que sucede después de la misericordia? El versículo 8 prosigue diciendo que El nos salvó por gracia. Así que, la misericordia nos fue mostrada porque estábamos muertos en pecados; luego, la gracia nos fue dada para nuestra salvación, lo cual indica que habíamos recibido una nueva posición y entrado en un nuevo reino. Gracias a Dios que no solamente hay gracia y amor, sino también gran misericordia.

En 1 Timoteo 1:13 Pablo dice: “Habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas me fue concedida misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad”. Aquí Pablo está explicando cómo obtuvo misericordia. Su obtención de misericordia estaba relacionada con su vida pasada. Tenía que ver con el hecho de ser blasfemo, perseguidor e injuriador. Antes de ser salvo, él estaba en una condición de blasfemo, perseguidor e insultador, un ignorante e incrédulo. Al estar en tal condición, Dios le tuvo misericordia. Así que usted puede ver que la misericordia es negativa y está relacionada a las situaciones duras y difíciles de nuestro pasado. La gracia, por el otro lado, está relacionada a los aspectos positivos que nos atañen. Hay que distinguir una de la otra y no considerarlas iguales.

Tito 3:5 dice: “Nos salvó no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino conforme a Su misericordia...” No hay justicia en nosotros. Al no tener justicia y estar en una situación desahuciada, Dios tuvo misericordia de nosotros. ¡Gracias al Señor porque hay misericordia! Ya hemos visto que la misericordia se origina en el amor y acaba en gracia. Cuando la misericordia se extiende, somos salvos. El tuvo misericordia de nosotros por la condición en que estábamos, y como resultado fuimos salvos.

Romanos 11:32 dice: “Porque Dios a todos encerró en desobediencia, para tener misericordia de todos”. ¿Por qué Dios encerró a todos en desobediencia? Era para que El les mostrara misericordia a todos. Dios permitió que todos fuesen desobedientes, sujetándolos en desobediencia, no con el propósito de hacerlos desobedientes, sino para mostrar misericordia a todos. Después de mostrar misericordia, Su acto siguiente es

salvarlos. Por lo tanto, la misericordia está relacionada con nuestra condición, no con la condición antes de ser cristianos, sino a la condición previa a ser salvos. Pero gracias a Dios que El no se detuvo con la misericordia. Con El también hay gracia.

Hay un lugar en la Biblia que nos muestra claramente que nuestra regeneración proviene de la misericordia. En 1 Pedro 1:3 dice: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según Su grande misericordia nos ha regenerado para una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos”. Toda la obra de Dios en la gracia fue planeada según Su misericordia en amor. Su gracia es dirigida por Su misericordia, y Su misericordia por Su amor. Dios nos regeneró según Su misericordia para una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de los muertos. Entonces, tanto la regeneración como la esperanza viva están relacionadas con la misericordia. Debido a que hay misericordia, hay gracia.

Judas 21 dice: “Conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna”. Este versículo nos muestra que debemos conservarnos en el amor de Dios. Debemos esperar Su misericordia para vida eterna hasta que el Señor vuelva, o sea, hasta que se nos aparezca. Antes de ser arrebatados, debemos esperar Su misericordia. Mientras vivimos en la tierra, no recibimos sólo misericordia, sino también gracia. Gracias al Señor porque hemos sido salvos y pertenecemos a Dios, pero aún queda un problema. Nuestros cuerpos todavía no han sido redimidos. Aunque no pertenecemos más al mundo, aún estamos en el mundo. Es bueno no pertenecer al mundo, pero no es suficiente. Tarde o temprano los israelitas tenían que dejar Egipto. Tarde o temprano Noé tenía que dejar el arca para entrar en una nueva era. Tarde o temprano Lot tenía que dejar Sodoma. Y el día tiene que llegar cuando los cristianos deban dejar el mundo. Mientras soy atacado en este mundo, espero la misericordia del Señor Jesús. Mientras estoy enredado con el pecado en este mundo, espero la misericordia del Señor Jesús. Mientras soy abofeteado por Satanás en este mundo, espero la salvación del Señor. Entonces, mientras vivimos en la tierra y nos mantenemos en el amor de Dios, esperamos el día cuando el Señor nos muestre misericordia. Por lo tanto, todavía es necesario que Su misericordia esté sobre nosotros. Tenemos que esperar Su misericordia hasta que seamos arrebatados.

La Biblia nos muestra una cosa más acerca de la misericordia y la gracia. Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento, la palabra *misericordia* siempre está precedida o por *mostrar* o por *tener*. Misericordia es algo que se muestra, y de aquellos a quienes se les muestra misericordia se dice que han recibido misericordia. ¿Por qué la Biblia dice “mostrar misericordia” en vez de “dar misericordia”? Porque la misericordia no requiere nuestra acción. Pero por el otro lado, la gracia requiere alguna

acción. Cuando obtenemos gracia obtenemos algo definido. Pero cuando recibimos misericordia, sólo se recibe; lo único que tenemos que hacer es recibir.

Hebreos 4:16 nos exhorta a venir a menudo al Señor para orar. Cuando vayamos a orar ante el Señor, recibiremos misericordia y hallaremos gracia para el oportuno socorro. Algunas versiones usan la expresión *alcanzar misericordia*. Pero en realidad, en el idioma original, *alcanzar* no es la palabra. *Alcanzar* es algo muy activo. La palabra en griego es más pasiva. Se debería traducir como “recibir”. Hemos de recibir misericordia y hallar gracia. ¿Qué significa recibir? Recibir significa que ya todo está aquí; está siempre listo para usar en cualquier momento. ¿Qué es gracia? La gracia es algo que usted debe “encontrar”, pues es algo que Dios hará. La gracia es algo positivo; es algo para desarrollar. Por eso se dice “recibir” misericordia y “hallar” gracia. La Biblia habla muy claramente acerca de la misericordia y la gracia. No hay confusión entre las dos.

CAPITULO TRES

LA NATURALEZA DE LA GRACIA

En la primera noche hablamos del problema del pecado. Anoche hablamos de la gracia de Dios. Sin embargo, aún no hemos terminado estos asuntos. Por lo tanto, continuaremos con los dos mensajes anteriores para abarcar aún más los asuntos de la gracia y del pecado.

Primero, tenemos que ver cuál es la naturaleza de la gracia. ¿Cuáles son las características que la gracia tiene? Nosotros apreciamos el amor de Dios, pues sin el amor de Dios como la fuente, no habrá fluir de salvación. El fluir de salvación proviene del amor de Dios. Al mismo tiempo, sin la misericordia de Dios no habrá posibilidad de salvación. Puesto que Dios ha tenido misericordia de nosotros, El nos ha dado Su salvación. La salvación de Dios es la expresión concreta del amor de Dios. Por lo tanto, apreciamos el amor y la misericordia. Pero lo más precioso que nos alcanza es la gracia. Sin duda el amor es bueno, pero no nos da ningún beneficio directo, mientras que la gracia tiene un beneficio directo. Entonces, la gracia es más preciosa. El Nuevo Testamento está lleno, no del amor de Dios, o de la misericordia de Dios, sino de la gracia de Dios. La gracia es el amor de Dios que viene para cumplir algo para el caído y perdido pecador. Ahora no sólo tenemos un amor abstracto y una misericordia sentimental, sino que tenemos gracia para satisfacer nuestras necesidades en una forma concreta.

Tal vez pensemos que es suficiente que Dios sea misericordioso. Una persona carnal y carnosita pensará que la misericordia es suficiente. El Antiguo Testamento está lleno de palabras de misericordia. No dice mucho acerca de la gracia. Cuando el hombre está en la carne, él cree que la misericordia es suficiente, que no se necesita la gracia. El piensa así porque no considera al pecado como algo serio. Si el hombre estuviera sin comida o vestido o morada, la misericordia no sería adecuada; se necesitaría también la gracia. Pero el problema del pecado no es la falta de comida, vestido o morada. El problema con el pecado es la inquietud de la conciencia del hombre y el juicio ante Dios. Por esto, el hombre piensa que si Dios fuese solamente misericordioso para con nosotros y fuera un poco más indulgente, todo estaría bien. Si Dios dejara pasar nuestros pecados, sería suficiente para nosotros. En nuestros corazones esperamos que Dios sea misericordioso y nos deje ir. El concepto del hombre es permitir y dejar pasar. Pero Dios no puede dejar pasar misericordiosamente nuestros pecados. El no puede dejarnos sueltos. El debe tratar totalmente con nuestros pecados.

Dios no solamente tiene que mostrar misericordia para con nosotros; El también nos tiene que dar gracia. Lo que proviene del amor de Dios es la gracia. Dios no se satisface sólo con misericordia. Nosotros pensamos que si hubiera misericordia y Dios nos dejara ir sin contarnos, todo estaría bien. Pero Dios no dijo que por tener lástima de nosotros nos dejaría ir. Dios no obra así. Cuando Dios obra, El tiene que estar en armonía consigo mismo. Por lo tanto, el amor de Dios no termina en misericordia. Su amor debe extenderse en gracia. El debe tratar totalmente con el problema de nuestros pecados. Si el problema de los pecados fuera algo que se podría pasar por alto, la misericordia de Dios sería suficiente. Pero para El, no es suficiente dejarnos ir y pasar por alto nuestros pecados. Así, tener sólo misericordia no es suficiente. El debe resolver el asunto de los pecados totalmente. Aquí vemos la gracia de Dios. Por eso el Nuevo Testamento está lleno de gracia, aunque también tiene misericordia. Aquí vemos cómo el Hijo de Dios, Jesucristo, vino al mundo para mostrar gracia y llegar a ser gracia para que podamos recibir la gracia.

¿Qué es la gracia? La gracia es nada menos que la gran obra de Dios cumplida gratuitamente en Su amor incondicional e ilimitado para el hombre desesperado, indigno y pecador. La gracia de Dios consiste simplemente en la obra de Dios para el hombre. ¿Cómo contrasta esto con la ley? La ley consiste de las demandas de Dios para con el hombre, de trabajar para El, mientras que la gracia consiste en la obra de Dios para el hombre. ¿Qué es la ley? La ley consiste de las demandas de Dios para con el hombre, para que haga algo para El. ¿Qué es la obra? La obra es el esfuerzo del hombre para hacer algo para Dios. ¿Qué es la gracia? La gracia no representa las demandas de Dios, ni que Dios recibe la obra del hombre, sino que la gracia consiste en el hecho de que Dios hace Su propia obra. Cuando Dios viene para hacer algo por y a favor del hombre, eso es gracia.

El Nuevo Testamento no pone énfasis en la ley. De hecho, el Nuevo Testamento se opone al principio de la ley, pues la ley y la gracia no se mezclan nunca. ¿Es Dios el que está trabajando o el hombre? ¿Está Dios dando algo al hombre o está pidiendo algo del hombre? Si Dios pide algo del hombre, entonces estamos todavía en la era de la ley. Pero si Dios está dando algo al hombre, estamos en la era de la gracia. Usted no iría a la casa de alguien para darle dinero mientras que usted está allí para recolectar dinero. De la misma manera, la ley y la gracia son principios opuestos; no pueden estar juntos. Si el hombre va a recibir la gracia, él debe dejar a un lado la ley. Por el otro lado, si sigue la ley, él caerá de la gracia.

Si el hombre sigue la ley, él necesita que Dios acepte sus obras. Si existe el principio de la ley y de las obras y si el hombre tiene que dar algo a Dios, él debe darle a Dios lo que El demanda. La Biblia da a entender que las obras del hombre deben ser una respuesta a

la ley de Dios. La ley de Dios demanda que yo haga algo. Cuando lo hago, estoy respondiendo a la ley de Dios. La Biblia llama a esto obras. Pero cuando la gracia está, el principio de la ley y de las obras queda a un lado. Aquí vemos que es Dios el que obra para el hombre en vez de que el hombre obre para Dios.

La gracia, que consiste en la obra de Dios para el hombre desamparado, pobre y problemático, tiene tres características o naturalezas. Todo aquel que quiera entender la gracia de Dios debe recordar estas tres características o naturalezas. Si nos olvidamos de estas tres características, nosotros como pecadores no seremos salvos, y como cristianos caeremos. Si vemos las características y la naturaleza de la gracia de Dios, recibiremos más gracia de Dios para el oportuno socorro. Veamos brevemente estas tres características de la Biblia.

¿Qué son las obras del hombre? Generalmente hablando, existen tres cosas en las obras del hombre: (1) sus delitos, (2) sus logros y (3) sus responsabilidades. Las malas obras del hombre son sus delitos, aquellas que son buenas son sus logros, y aquellas que él quiere cargar son sus responsabilidades. Aquí tenemos tres cosas: de las cosas que el hombre hace, aquellas que no son bien hechas se convierten en sus delitos, aquellas que se hacen bien se convierten en sus logros y aquellas que él promete hacer para Dios son sus responsabilidades. En términos de tiempo, los delitos y los logros son cosas del pasado, y las responsabilidades son cosas del futuro; son cosas por las cuales el hombre es responsable. Si la gracia de Dios es la obra de Dios para el hombre pecador, débil, indigno y desesperado, inmediatamente vemos que la gracia de Dios y el delito del hombre no pueden ser unidos. Tampoco la gracia de Dios puede unirse con los logros y responsabilidades del hombre. Donde entra en juego la cuestión de los delitos, la gracia no existe. Donde entra en juego la cuestión de los logros, la gracia también no existe. De igual manera, donde la responsabilidad está, la gracia no existe. Si la gracia de Dios es en verdad gracia, los delitos, los logros y las responsabilidades no pueden entrar. Siempre que los delitos, los logros y las responsabilidades aparecen, la gracia de Dios pierde sus características.

LA GRACIA DE DIOS NO ESTA RELACIONADA A LOS DELITOS DEL HOMBRE

La primera característica de la gracia de Dios no se relaciona a los delitos del hombre. La gracia de Dios se da para el hombre pecador, desesperado, bajo, débil e indigno. Si la cuestión del delito aparece y está estipulado que aquellos que tienen pecado no tendrán gracia, entonces, básicamente la gracia está anulada. La gracia de Dios nunca puede ser retenida sólo porque el hombre ha pecado. La gracia de Dios tampoco puede ser reducida cuando los pecados del hombre aumentan. Nunca puede existir tal cosa.

La mente del hombre, que es totalmente caracterizada por la carne, está llena de los pensamientos de la ley. Tal vez pensemos que los que han logrado algo reciban gracia pero nosotros, los pecadores, los que no han logrado nada, estamos descalificados para recibir gracia. En la mente del hombre, el delito y la gracia son polos opuestos. El hombre piensa que la gracia sólo viene donde no hay delito. Si usted le dijera a cualquiera que tiene cierta consideración acerca de Dios, de que lo ama y le ha dado gracia, inmediatamente él se preguntará cómo puede esto ser así puesto que él ha cometido tantos pecados. El hombre piensa que la gracia sólo puede ser recibida cuando no hay delito. Sin embargo, está totalmente equivocado. ¿Por qué? Porque el delito provee la mejor oportunidad para que la gracia opere. Sin el delito, la gracia no se puede manifestar. No solamente el delito es incapaz de detener la gracia, también es la condición necesaria para que la gracia se manifieste.

De la misma manera, nuestra pobreza ante el Señor no disuade la gracia. Por el contrario, nuestra pobreza es una condición para recibir gracia. Al no ser pobres, no deseáramos recibir gracia. Cada día del Señor en la mañana hay como ocho o nueve mendigos en nuestro local de reuniones. Ellos vienen cada día del Señor en la mañana puntualmente. Cuando ellos vienen, usted les da una o dos monedas, ellos sonrían y lo toman. Pero, ¿qué sucedería si usted le ofrece una moneda a cualquier hermano o hermana de entre nosotros que está bien arreglado y tiene una buena educación, diciendo: “Ten, toma esto. Búscate una o dos monedas más para que puedas comprar buñuelos afuera”? Ciertamente él o ella no lo aceptaría. No solamente lo rechazaría, sino que lo consideraría un insulto. Por lo tanto, ser pobre es una condición para recibir gracia; de hecho, es la condición más necesaria.

El hombre es muy irracional. Él dice que no puede recibir gracia porque sus pecados son innumerables. No hay nada más contradictorio o insensato que esto. Puesto que el enfermo está enfermo, necesita de un doctor; puesto que los pobres están pobres, necesitan alivio; análogamente, puesto que el hombre es pecador, necesita gracia. Así que, el pecado no disuade. Por el contrario, presenta una oportunidad. Nuestro problema hoy es que siempre pensamos que tenemos que estar en una condición diferente de la que estamos actualmente. Pensamos que debemos ser personas más santas y mejores hoy que ayer si queremos recibir gracia.

Amigos míos, si ustedes quieren ser magistrados, entramos en la cuestión de la calificación. Si ustedes quieren entrar en una escuela, entramos en la cuestión del nivel. Si ustedes quieren ser doctores de un hospital, entramos en la cuestión de capacidad. Si ustedes quieren hacer negocios, entramos en la cuestión de habilidad. La calificación, el nivel, la capacidad y la habilidad son sin duda útiles en ciertas cosas. Pero si el hombre desea venir a Dios, las calificaciones, los niveles, las capacidades y las habilidades no

sirven. Sólo puedo recibir gracia si soy un pecador desesperado, en el más bajo nivel. El hombre pierde la gracia no porque es muy pecador, sino porque no es lo suficientemente bajo. El es muy orgulloso y moral. Y es exactamente aquí donde radica el mayor problema. Somos grandes en toda clase de pecados. Al mismo tiempo, somos grandes en el pecado del orgullo. Por un lado tenemos una necesidad; por otro, estamos en un nivel en el que no podemos recibir la gracia que necesitamos. Esto se debe nada menos que a nuestro orgullo.

Romanos 5:20 dice: “Mas donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia”. La Palabra de Dios nos muestra que donde el pecado está, también hay gracia. Donde el pecado abunda (no es que realmente haya abundado, pues todos los hombres pecan igual, sino que el pecado se ha manifestado más abundantemente) la gracia de Dios abunda aún más. La palabra *abundar* en el idioma original da la idea de rebosar. Yo no sé si alguna vez ustedes estuvieron a la vera de un río. Cuando la corriente alta viene, queda una línea marcada en la vera o playa. Pero si una inundación viene, sobrepasa la línea marcada. Cuando el agua está al nivel de la marca, decimos que es sólo una elevación normal de la corriente, pero si el agua se eleva por encima de la marca, es una inundación. Esto es lo que *abundar* significa aquí. El pecado es muy alto, pero la gracia va más alta e incluso cubre el pecado. ¡Aleluya! El pecado es alto, pero la gracia va más alta y cubre el pecado. Esta es la gracia de Dios. El hombre tiene el extraño pensamiento que para recibir gracia, él debe estar sin pecado y delito. Pero no hay tal cosa. Aunque nuestros delitos son muy serios y pueden llegar muy alto, la gracia de Dios se eleva aún más. Puesto que la gracia de Dios está aquí para tratar con el problema de los delitos, ya no son un problema.

¿Cuál es la naturaleza de la gracia de Dios? La gracia de Dios es Dios que viene a la posición del pecador para tomar sobre Sí la consecuencia de sus pecados. Por favor recuerde la definición que dimos antes, gracia es la obra de Dios para con el hombre. Si no tenemos ningún delito, no necesitamos que Dios haga nada para nosotros, y como resultado, no necesitamos la gracia de Dios. Pero por causa de nuestros pecados y problemas, El tiene que venir y resolver nuestros problemas. Por tanto, necesitamos la gracia. Si yo digo: “Puesto que he pecado, no puedo recibir gracia”, es como decir: “Debido a que estoy muy enfermo, tengo mucha vergüenza para ir a ver al doctor. Iré a ver al doctor cuando mi temperatura baje un poco”. Puesto que no existe tal paciente en el mundo, no debería haber tal pecador en el mundo tampoco. Entonces nuestros delitos son la condición para que recibamos la gracia de Dios.

Puesto que Dios toma cuidado del problema del pecado y toma la responsabilidad para tratar con nuestros delitos, cualquier pecado que tengamos, sea grande o pequeño, no es problema ante Dios. Tanto los pecados grandes como los pequeños no representan

problema, pues ambos pueden ser resueltos por la obra de Dios. La obra de Dios se encarga del pecado grande. De la misma manera el pecado pequeño necesita de la obra de Dios. Si dependiera de nosotros tratar con nuestros pecados, haríamos distinción entre los pecados grandes y los pecados pequeños. Pero si Dios se encarga de nuestros pecados, serán tratados sin importar si son grandes o pequeños. Puesto que Dios se encarga de ellos, a nosotros no nos importa en absoluto. Todo lo que nosotros hacemos es recibir gracia.

Anteriormente vimos por qué el hombre no puede recibir gracia. Recuerden las palabras de Pedro en 1 Pedro 5:5: “Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes”. Dios da gracia al humilde. Si usted humildemente confiesa que es un pecador, sus delitos no impedirán la gracia de Dios; más bien, causarán que usted reciba Su gracia. Mientras usted se humille ante Dios, la gracia de Dios fluirá a usted. Gracias a Dios que la gracia fluye bajando hacia nosotros; no es bombeada hacia nosotros. Nadie puede bombear la gracia de Dios para sí mismo. Por lo tanto, todos aquellos que son altos tienen que bajar.

¿Quiénes son los pecadores y quiénes pueden recibir gracia? La Biblia nos muestra claramente en Romanos 3:23-24 que “todos pecaron”, pero todos los que pecaron fueron “justificados gratuitamente por Su gracia”. La Biblia nos muestra que una vez que el hombre peca, espontáneamente él puede recibir la gracia. Sin ser pecador, no puede recibir la gracia. El hombre piensa que aquellos que han pecado no pueden recibir la gracia. Pero Dios dice que por causa de que el hombre peca, él puede recibir la gracia. Es tan obvio: desde que el hombre peca la gracia viene. Nunca piense que cuando el pecado viene, la gracia se va. El pecado es un error grande del hombre, pero pensar que el pecado impide que el hombre recibiera gracia es un error aún mayor.

Por lo tanto, la primer cosa que debemos ver es que los delitos del hombre no impiden la gracia de Dios. Con la gracia de Dios, los delitos no representan problema. Por el contrario, la gracia de Dios está allí para tratar con los delitos del hombre. Dios da gracia porque el hombre pecó.

LA GRACIA DE DIOS NO ESTA RELACIONADA A LOS LOGROS DEL HOMBRE

Ahora hay otra cosa más. No todo lo que el hombre hace es pecado. A los ojos de Dios, todos los hechos del hombre son pecados, pero a los ojos del hombre, muchas cosas que él hace son logros. Algunos consideran que al ser grandes pecadores, no pueden recibir la gracia. Otros piensan que al pecar, tienen que mejorar antes de recibir la gracia. Por

favor, vean la diferencia que hay aquí. El primer grupo dice que han pecado y que por lo tanto están descalificados para recibir gracia. Este grupo está completamente en la esfera negativa. El segundo grupo es un poco más positivo. Ellos dicen que son pecadores pero que recibirán gracia si sólo se comportan mejor. Ellos creen que deben alcanzar un cierto nivel de conducta y cumplir ciertos logros antes de que puedan recibir la gracia. En la mente del primer grupo, el problema es el impedimento de gracia. En la mente del segundo grupo, el problema radica en cómo obtener la gracia. Algunos creen que los delitos nos impiden de recibir la gracia de Dios. Otros creen que los logros nos capacitan para obtener la gracia de Dios.

Amigo, ¿sabes qué es la gracia? La gracia es incondicional. Es gratis, y no se da con base en ninguna razón. Es la obra de amor de Dios la cual nos concede a nosotros los pecadores. Si la gracia de Dios estuviera relacionada a los logros del hombre, la naturaleza de la gracia se perdería inmediatamente. Mientras quede un rastro de logro en nosotros, Dios debe recompensarnos conforme a nuestros logros. Dios es justo. Y puesto que El es justo, es recto. El tiene que recompensar al hombre conforme a sus logros. Pero si la dádiva de Dios es una recompensa o premio, deja de ser gracia. Tan pronto aparecen los logros, tiene que haber recompensa y la gracia queda excluida. Si un hombre trabaja para usted por un mes y usted le paga por un mes, el pago no se puede considerar un regalo; es una recompensa. El ha hecho algo por usted; es su logro. Si es un logro, el pago no es gracia, sino una recompensa. Cuando hay recompensa, no hay gracia.

Romanos 4:4 lo deja bien en claro: “Al que obra no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda”. Los delitos no impiden que recibamos gracia; por el contrario, nos dan la oportunidad de recibir la gracia de Dios. Los logros no nos ayudan a recibir la gracia de Dios; por el contrario, anulan la naturaleza de la gracia de Dios. Si no es gratuito, no es gracia. Si no es dada sin razón y causa, y como un regalo, no es gracia. Si hay alguna razón o causa envuelta, si incluye un precio, o si hay algo de obra, el asunto de recompensa aparece inmediatamente porque Dios es justo. Una vez que la recompensa aparece, la naturaleza de la gracia se pierde.

Si usted está en una posición por encima de Dios, o una igual a Dios, no puede recibir la gracia. Por eso Romanos 4 dice claramente que nadie puede venir ante Dios y decir que ha hecho esto o aquello, y por lo tanto pedir gracia sin vergüenza. Si una persona dice que no es como otros que han extorsionado o que son injustos, que él ayuna por lo menos dos veces a la semana, que aunque no haya dado el diezmo, por lo menos ofrece un cinco por ciento de lo que tiene, él no puede recibir la gracia de Dios. ¿Qué es gracia? Déjenme explicarles esto en una manera enfática: la gracia consiste en recibir sin razón. Una vez que hay una razón, se convierte en recompensa. Si usted tiene algún logro, el

asunto de la recompensa aparece y la gracia queda excluida. Debemos prestar atención a este asunto.

Todavía hay otra oración en Romanos que es muy clara en este punto: “Mas si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia” (11:6). Alguien en mi familia una vez dijo que debíamos dar un regalo a un doctor al final del año. Cuando pregunté por qué, se me dijo que dos meses atrás mis dos hermanos menores estaban enfermos y ese doctor les ayudó. Por ser un amigo, este doctor no aceptó nada de dinero por sus servicios. Por lo tanto, teníamos que comprarle algo. “En ese caso”, dije, “no le estamos dando algo, sino devolviendo algo”. ¿Por qué? Porque hubo una obra y una deuda. Estrictamente hablando, lo que dábamos era una devolución de lo que debíamos.

Amigos míos, si tenemos algún logro ante Dios, sea grande o pequeño, la salvación de Dios se convertirá en un pago de una deuda y no será gracia. Gracias a Dios que no hay nadie que pueda afirmar ante Dios que ha logrado algo. Gracias al Señor que somos salvos por gracia. Si yo, Watchman Nee, me salvara por mis logros, nunca podría decir: “Dios, te agradezco porque me has dado gracia”. Más bien diría: “Dios, soy salvo porque Tú has pagado Tu deuda”. Podría decir orgullosamente que soy salvo por los logros. ¿Por qué nadie se puede salvar por los logros? Porque Dios quiere quitar todo orgullo del hombre, para que el hombre no haga nada mas que agradecerle y alabarle. Una vez que se levanta el tema de los logros, la gracia ya no es gracia.

Por favor recuerden que Dios no puede retener la gracia del hombre por causa de sus delitos. Tampoco puede reducir Su gracia para el hombre a causa de sus delitos. El tiene que dar y no puede reducir Su dádiva. La gracia no está relacionada a los delitos. ¿Y qué en cuanto a los logros? En la gracia no hay posibilidad de mezcla con nada, incluyendo la naturaleza de los logros. La gracia no es el pago de la deuda de Dios por nosotros. No es que Dios nos debía algo para que ahora nos esté pagando. Algunos quizá digan: “Sr. Nee, nosotros no somos tan extremistas. Aunque no nos animamos a decir que venimos a Dios sólo por nuestros logros, usted tiene que creer que necesitamos ciertos logros ante Dios. Es imposible no tener nada. Debemos hacer una pequeña obra, y después Dios puede rellenar nuestra falta. Haremos lo que mejor podamos, y Dios hará el resto”. Amigos míos, no podemos decir esto. La gracia no es el pago de una deuda de Dios. De la misma manera, tampoco gracia es el pago exagerado de la deuda, como si Dios le debiera cinco dólares, pero ahora le devuelve diez. La gracia es como alguien cuando le da un vestido nuevo. No es como alguien emparchando su vestido roto. Si la gracia es emparchar, ha perdido su posición, y su naturaleza está anulada.

Déjenme repetir de nuevo que la gracia no tiene nada que ver con los logros. El hombre ve naturalmente que algunas personas son mejores y otras son peores. Por lo tanto, él

crea que los mejores requieren menos de la gracia de Dios y los peores requieren más de la gracia de Dios: un parche grande para un agujero grande y un parche más pequeño para un agujero más pequeño. Pero tal concepto no existe en la Biblia.

¿Quién ha pecado? Creo que todos nosotros conocemos la frase de corazón: “Por cuanto todos pecaron”. ¿Por qué todos pecaron? Es porque “carecen de la gloria de Dios” (Ro. 3:23). Si la Biblia dijera que todos pecaron porque todos violaron los Diez Mandamientos, habría una diferencia entre grandes pecadores y pequeños pecadores, pues algunos transgredirían nueve mandamientos mientras otros transgredirían sólo uno. Si la Biblia dijera que todos pecaron porque todos fueron destituidos de la costumbre de la sociedad o por la ley del lugar, aún habría algunos que son buenos y otros que no lo son tanto. Pero es extraño, la Biblia dice que todos han pecado porque están destituidos de la gloria de Dios. ¿Qué es entonces la gloria de Dios? Si usted quiere entender lo que es la gloria de Dios, tiene que entender Romanos del 1 al 8. La gracia de Dios está relacionada a la gloria de Dios. La gracia busca al hombre en el nivel más bajo, y la gloria lleva al hombre al nivel más elevado. Romanos 1 al 3 nos dice cómo el hombre ha pecado. Luego, después de presentar el camino de salvación por el Señor Jesús en los capítulos del tres al cinco, la crucifixión de Cristo en los capítulos seis y siete, y la obra del Espíritu Santo al principio del capítulo ocho, Romanos nos dice lo siguiente al final del capítulo ocho: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó ... Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó” (vs. 29-30). La salvación consiste en que Dios saca a un pecador del fango del pecado y lo lleva hasta la gloria. Aunque somos justificados, sabemos que la justificación no es suficiente. La justificación no es la meta de la salvación de Dios para nosotros. Dios no se detendrá hasta que estemos en la gloria. Entonces, Romanos 1 al 8 comienza con los pecados y termina con la gloria.

¿Qué significa estar destituido de la gloria de Dios? Significa que uno no puede entrar en la gloria. Todos pecaron porque no pueden entrar en la gloria. Si todos han pecado porque no honraron a sus padres, usted puede encontrar a algunos que deshonran “mucho”, otros que deshonran “más o menos” y otros que deshonran “poco”. Tal vez de los 400 millones de chinos, hay 400 millones de clases diferentes de deshonra. Pero en cuanto a ser destituidos de la gloria de Dios, o sea, no poder entrar en la gloria, usted y yo somos exactamente lo mismo. Tal vez usted sea un moralista y yo un criminal. Como criminal no puedo entrar en la gloria, y usted tampoco puede entrar en la gloria como moralista. Entonces, ante Dios todos son destituidos de Su gloria, y nadie está calificado para entrar.

Usted puede ir a la calle y decirle a cualquiera que él ha pecado. Si él dice que no ha pecado, usted le puede preguntar si piensa que puede entrar en la gloria. Por supuesto,

él no sabrá qué es la gloria. Si estamos en la luz de Dios, y si tenemos un poco de conocimiento de la Escritura, sabremos que no estamos calificados para entrar. Ninguno de nosotros puede entrar.

Hace dos meses, mientras estaba en Hong Kong, estaba el campeonato mundial de tenis. Las graderías de la cancha de tenis podían recibir sólo de quinientos a seiscientos espectadores. Las otras ochocientos personas no pudieron entrar y tuvieron que permanecer afuera. El problema no radicaba en que si tenían dinero o no, si eran hombres o mujeres, amos o esclavos. Ninguno de ellos pudo entrar. Fuese rico o pobre, culto o ignorante, hombre o mujer, eso no importaba. La diferencia que había entre ellos y los que estaban adentro no radicaba en que si eran ricos o pobres, hombres o mujeres, cultos o ignorantes. El problema radicaba en que no podían entrar.

De la misma manera, sea usted moral o no, o sea usted gentil o no, esa no es la cuestión. La cuestión está en que si usted puede entrar en la gloria o no. Todos aquellos que no pueden entrar en la gloria son pecadores y están descalificados ante Dios. Dios ha puesto al mismo nivel a todos. Tenemos un terreno en Jen-ru. Hace poco tuvimos que poner pasto allí. Para hacer eso tuve que emplear a unos trabajadores para nivelar la tierra. La pregunta hoy radica en que si podemos entrar o no. No importa si usted es moral o no, usted no puede entrar en la gloria. Dios ha nivelado a todos. ¿Por qué Dios ha nivelado a todos? Gálatas 3:22 nos dice que “la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los que creen”. Dios ha encerrado todo bajo pecado. Todos se han convertido en pecadores, para que todos los que creen en Jesucristo puedan recibir la gracia de Dios. Dios ha nivelado a todos para que El pueda mostrar gracia para con todos.

Romanos 11:32 dice: “Porque Dios a todos encerró en desobediencia, para tener misericordia de todos”. Dios ha encerrado a todos en desobediencia. El los ha nivelado a todos. ¿Para qué? Para mostrar misericordia para con todos. Entonces, los logros ante Dios no tienen lugar. Todos están al mismo nivel.

Romanos 3:9 dice: “¿Qué pues? ¿Somos nosotros mejores? ¡No, en absoluto! Pues ya hemos acusado tanto a judíos como a griegos, que todos están bajo pecado”. El veredicto de Dios dice que tanto judíos como gentiles están bajo pecado. No hay lugar en lo absoluto para los logros. En las porciones de las Escrituras que acabamos de leer, vemos que todo ha sido encerrado o sujetado en pecado y en desobediencia a fin de que podamos ir a Dios para recibir la gracia y la misericordia. ¿Qué es la gracia de Dios? La gracia consiste en que Dios da al hombre lo que no merece. La gracia de Dios no da al hombre más de lo que merece o algo mejor de lo que merece. Gracia simplemente radica en que Dios le da al hombre lo que él no debería tener y no merece.

LA GRACIA DE DIOS NO ESTA RELACIONADA A LAS RESPONSABILIDADES DEL HOMBRE

Ahora venimos al tercer aspecto, las responsabilidades del hombre. La gracia de Dios no puede estar nunca atada a las responsabilidades del hombre. ¿Qué son las responsabilidades del hombre? Supongan que le doy a un hermano diez mil dólares para que los lleve a un lugar determinado, pero por causa de que yo temo que vaya a perder el dinero, le recomiendo: “Usted es responsable por este dinero”. ¿Qué quiero decir? Quiero decir que si él pierde el dinero, él tendrá que reponerlo. Este es el significado de responsabilidad. Los delitos son cosas del pasado. Los logros también son cosas del pasado. Pero las responsabilidades son cosas del futuro. Si Dios nos ha de dar gracia, ésta no puede estar atada a la responsabilidad. Cuando le pido a un hermano que lleve diez mil dólares al banco, el dinero no le pertenece, así que le digo que él es responsable por el dinero. Pero si este dinero es un regalo, ¿podría yo decir: “eres responsable por él?” Seguro que no. Una vez que le doy el dinero, el dinero le pertenece. Lo que él haga con el dinero es cosa de él aunque lo tire al río o a la basura.

Algunos han dicho que antes de nuestra salvación no teníamos buenas obras y éramos incapaces de poder salvarnos. No había ninguna otra manera de ser salvo excepto que la gracia de Dios nos salvara. Pero ahora que somos salvos, ellos dicen, deberíamos hacer buenas obras, pues si no hacemos buenas obras ahora, estamos otra vez destinados a perdición. Muchos piensan que la salvación es por gracia, pero que mantener la salvación es por mérito y obra nuestra. Esto es lo que quiero decir con responsabilidad. Muchos piensan que si nos comportamos apropiadamente después de ser salvos, nuestra salvación será preservada, y que si no nos comportamos apropiadamente, Dios quitará Su salvación. Si la salvación puede ser quitada, ¿sigue siendo gracia? Si es gracia, no existen los méritos pasados, las obras presentes ni las responsabilidades futuras. Si traemos responsabilidad futura, de nuevo no es más gracia.

Una vez un predicador vino para decirme que él no creía en que una vez que una persona es salva, es salva para siempre. Yo le pregunté por qué creía así. El dijo que creía que el hombre es salvo por gracia, pero que si el hombre no se comporta apropiadamente después de ser salvo, él perecería. Yo le pregunté si esto era gracia. Luego le presenté una ilustración. Supongan que vamos a una librería juntos y cada uno de nosotros toma el mismo libro para comprar. Cuando usted le pregunta al vendedor por el precio, él le dice que vale sesenta centavos. Usted le da sesenta centavos y así se lleva el libro. Pero yo busco en mis bolsillos y descubro que no tengo nada de dinero. Yo quiero el mismo libro también, así que le digo al vendedor que no he traído dinero, y le pido si puedo llevar el libro ahora y le envío el dinero después. El dice que está bien porque nos conocemos bastante. Entonces, yo también me llevo el mismo libro. Ustedes

pagaron en efectivo, pero yo he pospuesto el pago. Déjenme preguntarles, el efectivo ¿fue transacción de gracia? Seguro que no, pues se pagó por el libro sesenta centavos. Para que el hombre sea salvo es como una transacción en efectivo. Si usted ha hecho buenas obras, usted puede ir a Dios y El le dirá: “Muy bien, tú puedes ser salvo”. Si un hombre es salvo de esta manera, su salvación no es por medio de la gracia. Gracias al Señor que nadie es salvo de esta manera. ¿Y qué en cuanto a mi caso de posponer el pago? Esto es como Dios adelantando salvación para el hombre. Si el hombre no va a hacer el bien después de la salvación, su salvación será reclamada. Uno tendría que hacer el bien para poder mantener su salvación. Pero esto no es gracia tampoco. Gracia no es una transacción en efectivo ni tampoco es un pago pospuesto. En una transacción en efectivo uno paga en el momento; en un pago pospuesto uno paga más tarde. Pero ambos tienen que pagar. Nosotros no podemos comprar nuestra salvación a crédito. Yo le dije al predicador que si la salvación es por gracia, no hay necesidad de buenas obras. Entonces él preguntó: “¿Significa que ya no necesitamos más buenas obras?” Yo le dije: “No. Los cristianos necesitan hacer buenas obras. Pero las buenas obras de las que yo hablo no tienen nada que ver con la salvación. Las buenas obras de las que hablo están relacionadas al reino, al premio y a la corona. La salvación no se compra, tampoco se compra a crédito. La salvación se da gratuitamente”.

¿Qué significa dar gratuitamente? El Señor Jesús dijo: “Y Yo les doy vida eterna” (Jn. 10:28). Dios nos da la vida eterna. Una vez fui al negocio de un amigo para comprar algo. Nos conocíamos muy bien, así que no me quitaría dinero. El dijo que me daría lo que yo necesitara. No pude persuadirlo de que tomara el dinero, pero él insistía de que tomara el producto. De la misma manera, Dios dice que nos da vida eterna. El no lo dijo para luego volver y verificarlo. El no dijo que sería nuestro si hacemos el bien o que nos lo quitaría si no hacemos el bien. Yo no estoy diciendo que los cristianos no deben tener buenas obras. Odio la vida irresponsable, pero esto no tiene nada que ver con mi salvación. ¡Aleluya! La salvación nos es dada; no la compramos nosotros. Sin embargo, no deberíamos despreciar las buenas obras. Las buenas obras están relacionadas a la recompensa del reino, a la corona o al castigo, pero no tienen nada que ver con la salvación. Si la salvación es por gracia, la cuestión del futuro queda excluido.

Romanos 6:23 dice: “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”. ¿Qué es la dádiva? Una dádiva es un regalo. Yo no puedo enviar un regalo a su casa, y más tarde enviarle la cuenta. Si es un regalo es totalmente gratis y no se puede cambiar.

Por lo tanto, la gracia no está relacionada a sus delitos pasados, sus logros presentes, o su responsabilidad futura. Si está relacionada a su responsabilidad futura, no es gracia; es una compra a crédito. Gracias a Dios que la vida eterna no es una compra a crédito.

Es un regalo. Gracias al Señor que la vida eterna es la dádiva de Dios en Su Hijo Jesucristo.

Puesto que Dios nos da la salvación, debemos recordar una cosa después de que somos salvos: la salvación se obtiene estrictamente al creer, y es guardada a parte de nuestra fidelidad. Por lo tanto, la condición para preservar nuestra salvación es la misma que la condición para obtener salvación. Puesto que la salvación se obtiene gratuitamente también se preserva gratuitamente. Gracias a Dios; por causa de que la salvación es gratuita la preservación de la salvación también es gratuita.

Al final del libro de Apocalipsis, después de que el nuevo cielo, la nueva tierra, el reino, el lago de fuego, el fin de Satanás y el gran trono blanco han sido abarcados, la Biblia dice: “Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (22:17b). Gracias al Señor de que El ha puesto a propósito el tomar del agua de la vida gratuitamente al final del capítulo veintidós. Después de que vemos el lago de fuego, la segunda muerte, el fin de Satanás, el reino, el nuevo cielo y la nueva tierra, tal vez temamos de que Dios endurezca Su corazón de nuevo; sin embargo, después de todas estas cosas, Dios declaró a propósito de que el agua de la vida es gratis. No hay cargo alguno. Gracias al Señor que tenemos gracia mediante Jesucristo, y de que esta gracia es gratuita. Esto no está relacionado a nuestra responsabilidad.

He escuchado muchas veces que debemos hacer el bien y devolver la gracia de Dios. Estos son dichos comunes en la iglesia actualmente. Pero debo preguntar, ¿en qué parte de la Biblia hay un versículo que dice que tenemos que devolver la gracia de Dios? Esta palabra es muy contradictoria. Si hay devolución, no hay gracia. Y si hay gracia, no hay necesidad de devolver. Gracias al Señor que en todo el Nuevo Testamento nunca se habla de devolver algo. Es verdad que los cristianos debemos hacer buenas obras. ¿Pero por qué debemos tener buenas obras? ¿Por qué debemos sufrir por el Señor? ¿Por qué debemos soportar el vituperio? ¿Por qué servimos al Señor? Así como el Señor ha tratado con nosotros en amor, así tratamos con el Señor en amor; pero aquí no hay ninguna idea de negociar. No es que Dios me da mucho y yo a cambio doy mucho. Por causa de que El me ha amado, yo no puedo evitar amarlo; puesto que El me amó, fue crucificado por mí; y puesto que yo lo amo, por El llevo la cruz voluntariamente. Lo que El me ha dado me lo ha dado gratuitamente, y lo que yo le doy también se lo doy gratuitamente. El problema recae sobre la mente legalista del hombre. En todo él piensa de negociar y de ser legal. Incluso el asunto de la salvación lo ve desde una perspectiva negociable. Si hoy obramos, servimos al Señor, sufrimos vituperio, o llevamos la cruz, no es porque queremos devolver Su gracia; es porque lo amamos. El amor con el cual nos amó nos ha agarrado, capturado nuestros corazones y constreñido para servirle.

Si usted habla de devolver, es ignorante del valor de la gracia que usted ha recibido. Si usted toma prestado diez dólares de un amigo, querrá devolvérselos. Si toma prestado cien dólares, también querrá devolvérselos. Si toma prestado diez mil dólares, aún va a querer devolvérselos. Pero si pide prestado un millón de dólares, tal vez ni piense en devolverlos. Y si le pide prestado diez millones de dólares o cien millones de dólares, usted ni se imagina en devolverlos. Si usted le pide prestado un trillón de dólares, usted ni siquiera sabe cómo pensar en devolvérselos, pues el pago se ha hecho imposible. Si usted le quiere pagar a Dios hoy, eso simplemente significa que usted no sabe cuánto Dios le ha dado. Usted no sabe la profundidad, longitud, altura y anchura de la gracia de Dios para con usted. Si usted sólo viera un poco la longitud, anchura, altura y profundidad de la gracia que usted ha recibido, usted se calmaría y renunciaría a la idea de devolver. Usted le deberá voluntariamente al Señor, y dirá: “Soy un deudor voluntario para siempre”. La gracia que El nos ha dado es demasiado grande. Aun si queremos devolver, no hay posibilidad de hacerlo.

Amigos míos, si usted le debe a alguien cien millones de dólares, ¿tendría usted la osadía de comprarle masitas de diez centavos y llamarlo “una pequeña muestra de gratitud”? ¿Puede esto llegar a ser una “pequeña muestra”? Nuestro Dios ha hecho tanto por nosotros. ¿Nos animaríamos a decir que le estamos dando “una pequeña muestra” como pago? ¡No! Sólo podemos decir que Dios nos ha dado gratuitamente tanto. Estoy contento de que soy un deudor eterno. Dios nos ha amado con un amor eterno. No hay límite a la longitud, anchura, altura y profundidad de Su amor por nosotros. ¿Pagaremos a Dios con “masitas de diez centavos”? Sólo podemos decir que aceptamos Su amor voluntariamente. ¡No me gusta escuchar que los hombres hablen acerca de pagar! ¡No me gusta la idea de la ley! Sólo deseo que los hijos de Dios vean que así como Dios es gracia para nosotros, nosotros somos gracia para El. Así como Dios ha tratado con nosotros generosamente, tratemos con Dios generosamente.

¡Aleluya! No existen los delitos, los logros o las responsabilidades. La salvación es nada menos que Dios para mí. No es yo para Dios. Gracia es lo que Dios ha hecho por mí. No es lo que yo haya hecho para Dios. Por favor recuerden que la paz y el gozo de un pecador y la paz y el gozo de un cristiano no recae en cuánto aman al Señor, sino en cuánto el Señor los ama a ellos. Nuestra paz y gozo no recae en cuánto hemos hecho para el Señor, sino en cuánto el Señor ha hecho para nosotros. No descansamos en lo que tenemos diariamente, sino en lo que Dios es. Debemos ser liberados de nosotros mismos. Debemos ver a Dios a la luz del evangelio. Debemos ver que estamos descansando en lo que Dios es y en lo que tiene. Estamos descansando en la gracia y la misericordia de Dios. Si vemos esto, no caeremos o lamentaremos. Si descansamos en nosotros, considerando que somos bastante buenos y que amamos al Señor mucho,

seremos como arena movediza; no podremos edificar una casa sobre ella. No podemos encontrar paz y gozo en nosotros. Sólo lo podemos encontrar en el Señor, en Dios.

Es maravilloso que mientras vivimos en esta tierra, Dios está por nosotros. ¿Se acuerdan de las palabras en Romanos 8:31? “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” No creo que haya una mejor palabra para nosotros que esta. Cuando vengo para partir el pan el día del Señor, yo no me pregunto si me he comportado apropiadamente o no en los últimos días. Más bien, pregunto si el Señor me ha amado en los últimos días. Tal vez su condición en los últimos días haya sido muy pobre. Tal vez usted haya sido muy frío en sus emociones en los últimos días. Pero usted sólo necesita preguntar si el Señor aún lo ama. Si el Señor no lo ama más, usted puede retener su alabanza. Pero si el Señor aún lo ama, usted tiene que alabarlo. ¿Ha notado cómo los discípulos estuvieron con el Señor por tres años y medio y sin embargo aún eran tan necios al final cuando discutían acerca de quién era el mayor entre ellos? Sin embargo la Biblia dice que el Señor, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin (Jn. 13:1). Gracias al Señor que todo depende de El. Si fuese por su amor, si usted tuviera que confiar en usted, sería como poner un candelero en un bote y dejarlo navegar en mar tormentoso. Usted se puede imaginar lo inestable que eso sería. Gracias a Dios que todo es gracia. Todo depende de El. Que Dios nos conceda conocer las características de la gracia del Señor Jesús.

CAPITULO CUATRO

LA FUNCION DE LA LEY

Sabemos que la posición del hombre ante Dios es la de un pecador. Ahora, veamos por qué Dios estableció la ley. Una vez que entendamos la ley, podremos entender la obra de Dios.

Dios siempre ha conocido la condición del hombre, pero ¿conoce el hombre su propia condición? Puesto que el pecado se ha manifestado ante Dios, también debería sentirse en la conciencia del hombre. Pero ¿sabe la conciencia de la existencia del pecado? Lamentablemente, no. Por causa de que el hombre no está consciente del pecado, necesitamos la función de la ley. Esta noche estudiaremos este asunto.

¿Qué es la ley? La ley no es otra cosa que la demanda de Dios sobre el hombre la cual requiere que el hombre obre para El. En Romanos, Efesios y Gálatas, el apóstol Pablo demuestra repetidas veces que el hombre es salvo por la gracia, y no por la ley. En otras palabras, el hombre es salvo porque Dios obra para el hombre, no porque el hombre obra para Dios. No es cuestión de ser alguien ante Dios ni de hacer algo para Dios, sino que es una cuestión de que Dios venga a nuestro medio para ser alguien y hacer algo para nosotros. Por eso el apóstol, bajo la revelación del Espíritu Santo, da énfasis constantemente a este hecho: tanto para el judío como para el gentil, la salvación sólo es por la gracia y no por la ley. Queremos dedicar un tiempo para ver que es imposible que el hombre sea salvo por la ley. Yo no uso el término *ley* para hacer referencia a la ley mencionada en el Antiguo Testamento. La *ley* a la cual me refiero es a un principio, o sea, al principio de que el hombre obre para Dios. Veremos si nuestra salvación se debe a que obramos para Dios.

La palabra *ley* la uso con base bíblica. El apóstol Pablo usó las palabras en una manera muy exacta y significativa. En la Biblia la palabra *Cristo* se menciona muchas veces. En el idioma original, a veces el artículo definido no antecede la palabra *Cristo*. Pero otras veces, hay un artículo definido, y por lo tanto deberíamos entenderlo como *el Cristo*. Lamentablemente, no hay muchas versiones que traduzcan esto adecuadamente. Otra palabra que es usada muchas veces es *fe*. A veces la precede un artículo definido; en tal caso es *la fe*. De la misma manera, hay lugares en la Biblia donde la palabra *ley* tiene un artículo definido, el cual leeríamos *la ley*.

Los significados de estas palabras con artículo difieren mucho de las palabras que no tienen. Por ejemplo, cuando se menciona *Cristo*, la Biblia se refiere al Señor Jesucristo;

pero cuando dice *el Cristo*, usted y yo estamos incluidos. Cuando la Biblia se refiere al Cristo individual, no hay artículo definido; pero cuando se refiere al Cristo que nos incluye, encontramos *el Cristo*. Cuando la Biblia habla de creer como individuo, utiliza *fe*, sin el artículo. Pero cuando habla de lo que creemos, o sea, de nuestra fe, utiliza *la fe*. Los traductores bíblicos saben que cuando la Biblia habla acerca de *la fe*, no se refiere a la acción individual de creer, sino en lo que creemos. Entonces, ¿qué es *la ley*? En la Biblia, *la ley* siempre se refiere a la ley mosaica, la ley del Antiguo Testamento. Pero si no hay un artículo definido delante de *ley*, se refiere a la demanda que Dios le impone al hombre.

Por lo tanto, no nos olvidemos que *ley* en la Biblia no se refiere meramente a la ley dada a nosotros por Dios a través de Moisés. En muchos lugares de la Biblia, *ley* se refiere al principio que Dios nos aplica, o al principio de lo que Dios demanda de nosotros. La ley no solamente se refiere a la ley mosaica, la ley dada en el monte Sinaí, o a la ley del Antiguo Testamento. También se refiere a la condición para la comunión entre Dios y el hombre. La condición para la comunión entre Dios y el hombre es la demanda de Dios para con el hombre, lo que Dios quiere que el hombre haga para El, que cumpla para El.

¿Es el hombre salvo por las obras de la ley? ¿Salva Dios al hombre que obra para El? Todo el mundo dice que debemos hacer el bien antes de que Dios nos salve. Si ponemos esto en términos bíblicos, significa que debemos tener las obras de la ley a fin de ser salvos. Aquellos que dicen esto han cometido dos grandes errores. El primero es que no saben lo que el hombre es. El segundo es que no saben cuál era la intención de Dios al dar la ley al hombre. Si sabemos lo que somos, seguramente no diremos que el hombre necesita tener obras de la ley a fin de ser salvo. Si conocemos el propósito de la ley que dio Dios, tampoco diremos que el hombre puede ser salvo por medio de las obras de la ley. Por causa de que el hombre ha cometido estos dos grandes errores, tiene el concepto equivocado y dice cosas erróneas.

EL PRIMER GRAN ERROR: NO SABER LO QUE EL HOMBRE ES

¿Por qué dirá el hombre que puede ser salvo por las obras de la ley cuando ni siquiera sabe lo que él es? Se debe a que el hombre no sabe lo maligno que es él; no sabe que es carnal. Ya que el hombre se ha hecho carnal, hay tres cosas en él que nunca cambian: su conducta, su lujuria y su voluntad. Por causa de que el hombre es carnal, todo lo que haga es pecaminoso y maligno. Al mismo tiempo, la lujuria dentro de él está tentándolo, provocándolo activamente a pecar todo el tiempo. Además, la voluntad y el deseo del hombre rechazan a Dios. Puesto que la conducta del hombre está en contra de Dios, su lujuria lo provoca a pecar y su voluntad se rebela contra Dios, de ninguna manera puede

hacer las obras de la ley y ser obediente a Dios. Por lo tanto, es imposible que el hombre satisfaga las demandas de Dios por medio de la justicia de la ley. No solamente tenemos una conducta exterior, también tenemos la lujuria en nuestro cuerpo. No solamente tenemos la lujuria en nuestro cuerpo, también tenemos la voluntad en nuestra alma. Tal vez usted pueda tratar con su conducta, pero la lujuria que se mueve dentro de usted, aunque no logre pecar, la conducta exterior existe en usted y lo provoca todo el tiempo. Y aunque usted odie su lujuria y se esfuerce en tratarla, su voluntad no es compatible en lo más mínimo con Dios. Muy dentro de su corazón, el hombre es rebelde para con Dios y quiere crucificar al Señor Jesús. Por un lado, la cruz significa el amor de Dios; pero por otro, significa el pecado del hombre. La cruz significa el gran amor que Dios tiene para tratar al hombre; pero también representa el inmenso odio que el hombre tiene para con Dios. El Señor Jesús fue crucificado en la cruz no solamente por los judíos, sino también por los gentiles. La voluntad del hombre para con Dios nunca ha cambiado. La voluntad del hombre está totalmente enemistada con Dios.

Romanos 8:7-8 dice: “Por cuanto la mente puesta en la carne es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede; y los que están en la carne no pueden agradar a Dios”. La mente puesta en la carne es enemistad contra Dios. Aquellos que están en la carne no están sujetos a la ley de Dios, ni tampoco pueden. No entendemos al hombre lo suficiente. Todavía creemos que el hombre puede curarse y ser útil. Entonces, decimos que las obras de la ley aún pueden salvar al hombre. Pero el hombre nunca se puede sujetar a la ley de Dios; eso simplemente no está en nuestra naturaleza. En nuestra conducta no existe el poder de sujetarse a la ley, ni en nuestra naturaleza. No sólo somos incapaces de sujetarnos a la ley, simplemente no estamos dispuestos. Ser incapaz de estar en sujeción corresponde a nuestra naturaleza y nuestra lujuria; no estar dispuesto a estar en sujeción corresponde a nuestra voluntad. Básicamente, el hombre no está sujeto a Dios en su voluntad.

Por lo tanto, la ley no manifiesta otra cosa que la debilidad, la impureza y la pecaminosidad del hombre. No manifiesta la justicia del hombre. Si alguien dice que una persona puede tener vida y ser justificada por las obras de la ley, en realidad no conoce al hombre. Si el hombre no fuese carnal y pecaminoso, tal vez la ley lo vivificaría. Por esto es que Gálatas 3:12 dice: “El que hace estas cosas vivirá por ellas”. Lamentablemente, todos los seres humanos son pecadores. Son carnales y no tienen poder para sujetarse a Dios, ni tienen ganas de sujetarse a Dios. El hombre no tiene poder para hacer las obras de la ley, ni tampoco tiene el deseo de hacerlas. La ley es buena, pero la persona que hace las obras de la ley no lo es. Todos debemos admitir esto.

EL SEGUNDO GRAN ERROR: NO CONOCER LA INTENCION QUE TUVO DIOS AL DAR LA LEY

El hombre cree que puede ser salvo por las obras de la ley porque nunca ha leído la Biblia ni ha visto la luz o la revelación divina. Nunca ha entendido el deseo y la intención de Dios. Nunca ha entendido la manera de ser salvo. Si usted quiere saber si puede ser salvo o no por las obras de la ley, primero tiene que preguntar por qué Dios dio la ley. Sólo después de descubrir qué propósito tenía Dios al dar la ley, usted sabrá si puede ser salvo por las obras de la ley.

Aquí tengo un púlpito. Si yo les pregunto qué es esto, algunos dirán que es una silla alta. Una niña dirá que es una cama que carece de dos patas. Otro dirá que es un aparador porque tiene cajones. Si le preguntara a un hermano, él diría que es un estante, porque se pueden poner libros. Si le preguntara a diez personas, tal vez obtendría diez respuestas diferentes. Por ejemplo, un vendedor de libros me diría que sería perfecto para mostrador. Cada persona tendría una respuesta conforme a su experiencia y concepto. Pero si usted realmente quiere saber lo que es, necesita preguntarle al que lo hizo en primer lugar. Si él le dice que es un aparador, entonces es un aparador. Si le dice que es un estante, entonces es un estante. Si le dice que es un púlpito, entonces es un púlpito. De la misma manera, si usted me pregunta a mí o a cualquier persona cuál es la función de la ley, le está preguntando a la persona equivocada. La ley fue dada por Dios, así que tenemos que preguntarle a Dios acerca de su función. Una vez que Dios nos explique Su intención al dar la ley, sabremos si el hombre puede ser salvo por las obras de la ley o no. Por lo tanto, debemos dedicar cierto tiempo para escudriñar la Biblia acerca de este asunto. Debemos ver cómo se introdujo la ley, paso por paso. Tenemos que ver históricamente por el registro bíblico por qué Dios le dio al hombre la ley.

LA LEY NO FUE EL PROPOSITO ORIGINAL DE DIOS

Lo primero que debemos ver es que originalmente Dios no consideró a la ley como Su propósito central. La ley fue agregada después; fue introducida para solucionar ciertas necesidades urgentes. Fue producida para encargarse de ciertas cosas que se añadieron. La ley no era parte del propósito original de Dios; la gracia era parte de la intención de Dios. Segunda Timoteo 1:9-10 dice: “Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito Suo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Cristo Jesús, el cual anuló la muerte y sacó a luz la vida y la incorrupción por medio del evangelio”. Aquí el apóstol Pablo nos dice que Dios tuvo un propósito, y lo tuvo antes de los tiempos de los siglos, antes de la creación del mundo. Este fue el propósito original de Dios. Y ¿qué clase de propósito era? Pablo dice

que esta gracia nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos. Antes de que el hombre hubiera pecado, e incluso antes de la creación del mundo, Dios ya había decidido darnos Su gracia por medio de Cristo Jesús. Por lo tanto, la gracia fue el propósito original de Dios. Fue algo que Dios planeó desde el mismo comienzo.

¿Por qué Dios quiso darnos gracia? Pablo dice que Dios nos “llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito Suo y la gracia”. La voluntad de Dios consiste en dispensar Su gracia, y esta gracia nos salva. El nos salvó y nos llamó con llamamiento santo para que disfrutemos Su gloria. Esto es lo que hace la gracia de Dios. El quería salvarnos y llamarnos con llamamiento santo según Su propósito, conforme a lo que planea hacer. Aquí Pablo era muy cuidadoso; él agregó una frase para mostrarnos si la ley concuerda con el propósito de Dios. El dice: “No conforme a nuestras obras”. Dios no nos salva conforme a lo que podemos hacer para El; no depende de cuánta responsabilidad podamos cargar ante El. Más bien, es Dios que viene para lograr algo para nosotros, y es Dios el que nos da Su gracia. Esta gracia siempre estaba relacionada a Su plan. Así que recordemos que antes de los tiempos de los siglos, el concepto de Dios era la gracia, no las obras, ni la ley.

Pablo prosigue diciendo: “Que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Cristo Jesús”. Esta gracia no había sido manifestada anteriormente. Por lo tanto, aunque ustedes vean que esta gracia había sido planeada hace mucho tiempo, no fue sino hasta que el Señor Jesús vino que supimos lo que era gracia. ¿Qué es lo que esta gracia hace por nosotros? Sigamos leyendo: “El cual quitó la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por el evangelio”. Cuando el Señor Jesús fue manifestado, El abolió tanto con las obras como con el resultado de las obras. El resultado de las obras malignas es la muerte. Aunque usted haya hecho las peores obras, lo máximo que la ley puede requerir es su muerte. Después de que usted muere, la ley no puede hacer nada más.

Tal vez usted pregunte: “¿Qué sucederá si mis obras no han quebrado la ley? ¿Aún debo morir?” Sí. Pero el Señor también ha anulado la muerte. El Señor ha anulado tanto las obras como la muerte. Este es nuestro evangelio, que fue planeado antes de los tiempos de los siglos, aunque no se manifestó sino hasta la aparición del Señor Jesús. Así, el concepto fundamental de Dios era la gracia.

Después de que el hombre fue creado, tanto Adán como Eva pecaron y se rebelaron. El pecado entró al mundo por medio de un solo hombre. Pero Dios no le dio la ley al hombre en ese momento. Por un espacio de casi 1600 años después de que el hombre pecó, Dios no le dio la ley. Dios no le impuso demandas durante ese tiempo. Dios dejó que la historia siguiera su curso normal. Luego, un día, cuatrocientos treinta años antes

de que Moisés instituyera la ley, Dios habló a Abraham, el padre de la fe, y lo escogió para que por medio de él Cristo viniera al mundo. Dios escogió a Abraham y le dio la gran promesa de que todas las naciones serían bendecidas por medio de su simiente (Gn. 12:3; 22:18). Vale notar que la simiente está en singular, no en plural; es una simiente, no muchas. Pablo explicó en el libro de Gálatas que esta simiente se refiere al Señor Jesús (Gá. 3:16). Cuando Dios le habló a Abraham, fue la primera vez que Dios reveló el propósito que había planeado antes de los tiempos de los siglos. Dios le dijo que el propósito, de antes de los tiempos de los siglos, era que por medio de su simiente, Jesucristo, las naciones serían bendecidas. Abraham era un adorador de ídolos, sin embargo Dios lo escogió y le dio una promesa. Él fue el primero que no tuvo obras; él era una persona de fe. Así, Dios reveló Su propósito ante él.

Aquí hay que prestar atención a un punto en especial. Lo que Dios dijo a Abraham es incondicional. Dios simplemente dijo: “Yo salvaré y bendeciré al mundo por medio de tu simiente”. El no impuso ninguna condición. Dios no dijo que los descendientes de Abraham tenían que hacer esto o aquello, ni que el reino que saldría de él tenía que ser así o asá antes de que tuviera la simiente y el mundo fuese bendecido. No. Dios simplemente dijo que él tendría una simiente que salvaría al mundo. No importaba si Abraham fuese bueno o malo; no importaba si sus descendientes fuesen buenos o malos; y tampoco importaba si su reino fuese bueno o malo. No había ninguna condición adjunta. Esta era la manera en que Dios quería hacerlo. Él haría que la simiente trajera bendición para la gente en el mundo.

Después de esta palabra, Cristo el Hijo de Dios no vino inmediatamente al mundo. Abraham engendró a Isaac, pero Isaac no vino para salvar al mundo. Isaac no era el Hijo de Dios. Cuatrocientos treinta años después, Moisés y Aarón vinieron. Y aunque eran personas muy buenas, ellos no eran el Cristo de Dios. Por medio de la revelación de Dios, Pablo nos señaló que la simiente de Abraham no se refiere a muchas simientes, sino a una sola, que no vino sino hasta dos mil años después. Hay una razón muy importante por la que la simiente no vino antes. Es verdad que Dios quiere hacer cosas para el hombre, que Dios le quiere dar gracia al hombre. No obstante, ¿dejará el hombre que Dios lo haga? Dios ve que no estamos bien, y por lo tanto quiere ayudarnos; pero tal vez creamos que somos muy capaces. Somos malignos, pero tal vez nos consideremos buenos. Estamos sucios, pero tal vez nos consideremos limpios. Somos débiles, pero tal vez nos consideremos fuertes en todo. Somos inútiles, pero tal vez nos consideremos útiles. Los seres humanos somos pecadores y totalmente incapaces, pero tal vez nos consideremos buenos y capaces. El propósito de Dios desde antes de los tiempos de los siglos era dar gracia, y en el tiempo le dijo a Abraham que El le daría la gracia al hombre. Pero debido a que el hombre era ignorante, débil, inútil, pecador y merecedor de la muerte y la perdición, Dios no tuvo otra alternativa que dar la ley al hombre

cuatrocientos treinta años después de que le dio la promesa a Abraham. Después de que Dios le dio la ley al hombre, éste descubrió que era pecador. Dios puso la ley para dejar que el hombre descubriera por sí mismo si fuera bueno o no, y si era capaz o no. Dios puso la carga de la ley para que el hombre viera si podía cumplirla o no. Recordemos que la intención original de Dios no era dar la ley. Debo recalcar que la ley fue algo agregado para satisfacer una necesidad temporal. No era parte de la intención original de Dios.

Veamos Gálatas 3:15-22. Debemos considerar estos versículos cuidadosamente porque son muy importantes. El versículo 15 dice: “Hermanos, hablo en términos humanos: Un pacto, aunque sea de hombre, una vez ratificado, nadie lo invalida, ni le añade”. Hagamos a un lado el pacto que el hombre tuvo con Dios por un momento y consideremos los pactos que los hombres hacen entre sí. Supongamos que alguien vende una casa, y un contrato fue acordado y firmado. ¿Puede el vendedor venir más tarde a pedir doscientos dólares más? ¿Puede, después de firmar el contrato, pensar un poco más y romper el contrato? No. Incluso con los contratos entre los hombres, una vez que son firmados, es imposible agregar o quitar condiciones. Si entre los hombres un contrato es así, ¡cuánto más el pacto entre Dios y el hombre!

¿Cómo hizo Dios Su pacto con el hombre? El versículo siguiente dice: “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente” (v. 16). Dios hizo un pacto con Abraham por medio de promesas porque se relaciona al futuro. Lo que se ha cumplido es la gracia; lo que aún no se ha cumplido es la promesa. Puesto que el Señor Jesús aún no había venido, no podemos decir que el pacto que Dios hizo con Abraham era gracia. En realidad, su naturaleza era gracia, pero aún no se había manifestado, así que todavía era una promesa. Esta promesa fue dada a Abraham y a su simiente. Pablo dice: “No dice: ‘Y a las simientes’, como si hablase de muchos, sino como de uno: ‘Y a tu simiente’, la cual es Cristo” (v. 16). La simiente es singular, no plural; es una, Cristo. Dios le prometió a Abraham que él produciría a Cristo y que por medio de Cristo las naciones serían bendecidas. El versículo 14 dice: “Para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por medio de la fe recibiésemos la promesa del Espíritu”. Este es el pacto que Dios hizo con Abraham.

Dado que Dios quiere bendecir las naciones por medio de Cristo Jesús, ¿por qué le dio la ley al hombre cuatrocientos treinta años después? Ya que el pacto que Dios hizo con Abraham no podía ser anulada ni suplementada, ¿por qué no vendría el Señor Jesús para darnos gracia? ¿Por qué tuvo que intervenir el problema de la ley? Usted tiene que ver el argumento que Pablo daba. Pablo explicaba por qué, después de cuatrocientos treinta años, vino la ley. El versículo 17 dice: “Esto, pues, digo: El pacto previamente ratificado por Dios, la ley que vino cuatrocientos treinta años después, no lo abroga,

para invalidar la promesa”. Aunque Dios le dio la ley al hombre, el pacto que El había hecho cuatrocientos treinta años antes no podía ser abrogado. Dios no podía cancelar el pacto que ya había hecho al pensarlo mejor cuatrocientos treinta después. La ley es algo totalmente contraria a la promesa y a la gracia. ¿Qué es la promesa? Es algo dado a alguien gratuitamente. Aunque no lo tenga todavía, lo tendrá más tarde sin lugar a dudas. Pero, ¿qué es la ley? La ley implica que uno debe hacer esto o aquello a fin de obtener algo. Usted puede ver que estas dos cosas son completamente opuestas. La promesa implica que Dios hará algo para el hombre; la ley implica que el hombre hará algo para Dios.

El versículo 18 dice: “Porque si la herencia es por la ley, ya no es por la promesa”. Si lo que se da es por el principio de la ley, entonces no puede ser conforme al principio de la promesa. Estas dos cosas son completamente opuestas.

El versículo 19 dice: “Entonces, ¿para qué sirve la ley?” Ahora surge un problema. Este es el problema más difícil de resolver. La ley y la promesa son básicamente contradictorias en naturaleza. Si usted tiene la ley, no puede tener la promesa; si tiene la promesa, no puede tener la ley. Estas dos cosas no pueden estar juntas. Pero ahora tenemos la ley y la promesa. Dios dio la promesa, y luego cuatrocientos treinta años después dio la ley. ¿Qué puede hacer usted? Si el pacto hecho por Dios no puede cambiar, siendo imposible reducirlo ni aumentarlo, entonces, ¿por qué fue dada la ley? Puesto que un pacto no puede cambiar, una promesa siempre será una promesa, y la gracia siempre será gracia. Entonces, ¿para qué se necesita la ley?

En el versículo 19 Pablo nos da la respuesta: “Fue añadida a causa de las transgresiones”. ¿Qué significa añadir? Hace poco fui a un lugar para trabajar. Mientras estuve allí, fui con unos pocos hermanos a un restaurante para cenar. Debido a que no teníamos una casa allí, fuimos a un restaurante y ordenamos una comida de cinco platillos. Estos platillos se terminaron enseguida, así que le pedimos al camarero que añadiera un platillo más. Añadir otro platillo no era nuestra intención original; se agregó para suplir la necesidad inmediata. De la misma manera, Pablo dijo que la ley fue añadida. En realidad, Dios no tiene que darnos la ley, ni tampoco tenía que dársela a los judíos. Dios dio la ley a los judíos porque El quería mostrarle al mundo por medio de ellos que fue dada por causa de las transgresiones.

¿Por qué la ley fue añadida a causa de las transgresiones? Veamos la última parte de Romanos 4:15: “Pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión”. Veamos también Romanos 5:20: “La ley se introdujo para que el delito abundase”. El propósito de la ley es causar que el pecado abunde. ¿Qué significa esto? El pecado entró al mundo por el hombre, y por lo tanto, el pecado está en el mundo. La muerte vino por el pecado y así

comenzó a reinar. Desde el tiempo de Adán hasta el tiempo de Moisés, el pecado estaba en el mundo. Pero ¿cómo podemos comprobar esto? Vemos la evidencia al ver la muerte que está en el mundo. Si no hubiera pecado desde Adán hasta Moisés, el hombre no hubiera muerto. El hecho de que desde Adán hasta Moisés todos murieron comprueba que el pecado ya estaba. Aunque había pecado durante ese tiempo, no había ley. Así, sólo había pecado pero sin transgresión. ¿Qué es la transgresión? El pecado estaba presente y era real en el mundo, pero el hombre no sabía que el pecado estaba aquí sino hasta que vino la ley de Dios. Por medio de la ley, Dios nos muestra que hemos pecado. En realidad, el pecado ya estaba en nosotros. Ya estábamos corrompidos, pero no lo supimos sino hasta que la ley vino; para entonces el pecado interior fue manifestado como transgresiones.

La ley es como un termómetro. Una persona puede estar enferma, con fiebre. Pero si usted le dice: “Tu cutis no se ve muy bien; tienes temperatura”, él tal vez no le crea. Lo único que usted tiene que hacer es tomar el termómetro y ponérselo en la boca. Después de dos minutos le puede mostrar en forma definitiva que tiene temperatura. Nosotros ya teníamos pecado; ya teníamos “temperatura”; pero no lo sabíamos. Así que Dios nos dio una regla. Aunque la ley no sea una regla perfecta, es una regla suficientemente elevada. Dios usa la ley para medirnos. Por ella vemos que hemos transgredido. Una vez que vemos que hemos transgredido la ley, sabemos que hemos pecado. El pecado ya estaba en el hombre; pero sin transgresiones, él nunca habría confesado que tenía pecado. Sólo después de que transgredió, confesaría que realmente tenía pecado.

Cuando leo la Biblia, me maravillo con las palabras que el apóstol usó. En estos versículos él no usó la palabra *pecado*; más bien, usó la palabra *transgresión* tres veces. El pecado está siempre dentro del hombre, pero no se convierte en transgresión sino hasta que se lleva a cabo. Tiene que haber algo para transgredir antes de que haya posibilidad de transgresión. Permítanme ilustrales. Supongamos que hay un niño que siempre ensucia su ropa. Siempre usa sus mangas para limpiarse la nariz, y su ropa se ensucia rápidamente. En su temperamento, hábito, mentalidad y consciencia, él nunca considera que ensuciar su ropa es un pecado. Su padre tampoco lo considera un pecado. De todos modos el hecho del pecado está aunque no haya desobediencia. La ropa del niño está muy sucia, pero no le importa. Su consciencia se siente bien porque su padre nunca le ha dicho que eso está mal. El puede estar despreocupado. Aun cuando su ropa está muy sucia, él todavía puede comer con su padre, sentarse con su padre y caminar con su padre. Para él, todo está bien. En otras palabras, él no ha transgredido. Pero un día su padre le dice que ya no puede ensuciar su ropa, y que si lo hace otra vez, le dará un azote. Si el niño estuvo haciendo esto habitualmente, el hablar de su padre manifestará sus pecados. Originalmente sólo tenía pecado, y no desobediencia. Pero una vez que el niño desobedece, hay transgresión. De la misma manera, sólo cuando hay ley

hay transgresión. Cuando la ley le dice que haga esto o aquello, la transgresión será manifestada. Originalmente este niño podía venir a su padre en rectitud y sin temor. Pero ahora si él se comporta conforme a su hábito y hace esto otra vez, él no tendrá paz en su interior y su conciencia hablará.

Todos los lectores de la Biblia y todos los que entienden la voluntad de Dios saben que Dios no nos dio la ley con la intención de que la guardáramos. La ley no se hizo para que la guardáramos, sino para que la quebráramos. Dios nos dio la ley para que la transgrediéramos. Esta puede ser la primera vez que muchos de ustedes escuchan semejante palabra, y tal vez les parezca extraña. Dios ya sabe que usted tiene pecado. Dios sabe esto; pero usted no lo sabe. Por lo tanto, Dios le ha dado la ley para que la transgreda, a fin de que usted se conozca. Dios sabe que usted no es bueno, pero usted se cree bueno. Por lo tanto, Dios ha dado la ley. Después de que usted la transgrede una, dos, muchas veces, usted dirá que tiene pecado. La salvación no vendrá a usted sino hasta entonces. Sólo cuando usted admite que no puede seguir adelante, que es imposible continuar conduciéndose en tal manera, estará dispuesto a recibir al Señor Jesús como su Salvador. Sólo entonces estará usted dispuesto a recibir la gracia de Dios.

Ya hemos visto que a fin de recibir gracia uno necesita humillarse. Somos pecadores, y hemos cometido pecados. ¿Qué es lo que nos hace humillar? La ley. Los seres humanos son orgullosos. Todos los seres humanos creen que son fuertes y se consideran buenos. Pero Dios nos dio la ley, y una vez que vemos la ley, tenemos que humillarnos y confesar que realmente no somos buenos en lo más mínimo. Esto es lo que Pablo daba a entender cuando dijo que antes de haber leído en la ley que no debemos codiciar, él no sabía lo que era codiciar. Sin embargo, cuando vio la ley, se dio cuenta de que había codiciado en él (Ro. 7:7-8). Esto no significa que antes de que Pablo viera la ley no había codiciado en él. Ya había codiciado en él desde mucho antes. Él siempre había codiciado, pero no se daba cuenta de que era codicia. No fue sino hasta que la ley se lo dijo que se dio cuenta. Por lo tanto, la ley no nos hace cometer cosas que no hemos hecho antes; la ley sólo expone lo que ya está en nosotros. Por eso digo que Dios le dio al hombre la ley no para que la guardara, sino para que la quebrara. Tampoco la ley le da al hombre la oportunidad de transgredir; más bien, la ley le muestra al hombre que él transgredirá. La ley le permite al hombre ver lo que Dios ya ha visto.

Romanos 7 explica este asunto muy claramente. Veamos este capítulo, empezando desde los versículos 7 y 8: “¿Qué diremos pues? ¿La ley es pecado? ¡De ninguna manera! Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto”. Sin la ley, no siento que codiciar es pecado, aunque haya codiciado en mí. Así, la codicia en mí está muerta; o sea,

no soy consciente de ella. Sin embargo, después de que la ley viene, resuelvo no codiciar más. Sin embargo, todavía codicio, y el pecado revive. El versículo 9 dice: “Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí”.

Amigos míos, recuerden que Dios les dio la ley sólo por una razón: para mostrarles que ustedes siempre han estado llenos de pecado. Debido a que no han visto su propio pecado, actuaron orgullosamente. La ley vino para ponerlo a prueba. Usted puede decir que no codicia. Sin embargo, si usted trata de no codiciar, ¿cuál será el resultado final? Cuanto más se esfuerza, más débil se hace y más codicioso será. Usted se propone a no codiciar, pero en el momento que se propone esto, se encontrará codiciando todo. Usted codicia hoy, y codiciará mañana; usted codicia en todas direcciones. Ahora el pecado está vivo, la ley está viva, y usted está muerto. Originalmente el pecado estaba muerto y usted estaba bien, pero ahora que la ley ha venido no puede evitar codiciar. Cuanto más trata de no codiciar, más codicioso se hace. El problema es que el ser del hombre es carnal, y debido a que el hombre es carnal, su voluntad es débil, su conducta es rebelde, y sus deseos son sucios.

El versículo 10 dice: “Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte”. Si el hombre puede realmente guardar la ley, él vivirá. Pero no puede; entonces muere.

El versículo 11 dice: “Porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató”. Si la ley no me hubiera dicho que hiciera esto o aquello, el pecado estaría tranquilo en mí y no estaría tan activo. Pero desde que la ley vino y me dijo que no debería codiciar, el pecado, por medio del mandamiento me ha tentado y ha puesto este asunto de codicia en mi mente. La ley me dice que no debería codiciar, y me propongo a no codiciar; pero en vez de no codiciar, codicio aún más.

Por un tiempo sentí que estuve mintiendo. No mentí deliberadamente, pero a veces sin intención decía demasiado o muy poco acerca de algo. Cuando me di cuenta de esto, resolví desde aquel momento que mi sí sería sí y mi no sería no. Sin importar a quien le hablara, resolví hablar adecuadamente. Antes de resolver esto, en realidad no mentí mucho, pero después de que tomé la decisión, se me hizo muy fácil mentir. En realidad empeoré. Al domingo siguiente envié una nota diciendo que no daría el mensaje ese día. Cuando se me pidió una explicación, dije: “Descubrí que mi hablar está lleno de mentiras. Esto es muy serio. Temo de que incluso mi mensaje tenga mentiras”. Cuando no prestaba atención a la mentira, la mentira parecía muerta. Desde luego, eso no significa que no mentí. Sin embargo, no fue sino hasta que empecé a poner atención en la mentira, cuando la ley me iluminó para tratar con mis mentiras, que sentí que todas mis palabras eran mentirosas. Parecía que las mentiras me rodeaban. Por lo tanto,

descubrí que originalmente las mentiras estaban muertas, pero ahora las mentiras habían revivido. A donde fuera, estaban las mentiras. El pecado me mató por medio de la ley y me inutilizó.

El versículo 12 continúa: “De manera que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno”. Nunca deberíamos considerar la ley como algo malo. La ley es siempre santa, justa y buena. “¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? De ninguna manera; sino que el pecado” (v. 13a). Al principio, el pecado estaba muerto y yo no era consciente de ello; pero cuando la ley vino para probarme, morí. “¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? De ninguna manera; sino que el pecado lo fue para mostrarse pecado produciendo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso” (v. 13). Al principio, no sentimos que el pecado es tan pecaminoso. Pero cuando la ley viene y tratamos de guardarla, vemos dónde están nuestros pecados y cuán pecaminosos y malignos son.

Podemos ver la función de la ley aquí. La ley es como un termómetro. Un termómetro no le dará fiebre. Pero si tiene fiebre, el termómetro seguramente la manifestará. La ley no hará que usted peque, pero si usted tiene pecados, la ley de Dios le mostrará inmediatamente que usted es un pecador. Originalmente, usted no sabía que era un pecador, pero ahora lo sabe.

La ley vino para juzgar los pecados del hombre. La ley fue establecida porque el hombre tiene pecado. Nunca vemos a Dios guardando la ley simplemente porque es imposible que Dios transgreda la ley. Así, no hay ley sobre El. Dios nunca le dijo al Señor Jesús que amara al Señor Su Dios con todo Su corazón, con toda Su alma, con toda Su fuerza y con toda Su voluntad, y que amará a Su prójimo como a Sí mismo. El Señor Jesús simplemente no lo necesitaba. Espontáneamente El ama al Señor Su Dios con todo Su corazón, con toda Su alma, con toda Su fuerza y con toda Su voluntad; El espontáneamente ama al prójimo como a Sí mismo, y aún más que a Sí mismo. Por lo tanto, la ley es inútil para El. Dios no le dijo a Adán que no codiciara ni robara. ¿Por qué necesitaría Adán codiciar? ¿Por qué necesitaría Adán robar? Dios ya le había dado todo lo que había sobre la tierra. Los Diez Mandamientos no fueron dados a Adán, porque él no los necesitaba. Más bien, la ley fue dada especialmente a los israelitas porque mostraba al hombre carnal su condición interior y su pecado interno. Si un chino no robara nunca, no habría necesidad de que en la ley china existiera una cláusula acerca del robo. Debido a que el hombre roba, hay una cláusula en la ley que dice que nadie debe robar. Así, la ley existe por causa del pecado. Cuando el hombre pecó, la ley se introdujo.

Ahora volvamos a Gálatas 3 y continuemos con el versículo 19: “Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones”. Ahora entendemos claramente. Antes de los tiempos de los siglos Dios se propuso dar gracia al hombre. Luego le dio una promesa a Abraham. En la eternidad era meramente Su propósito. Con Abrahán, fue algo hablado: El trataría con el hombre en gracia. Entonces, ¿para qué Dios le dio la ley al hombre cuatrocientos treinta años después de eso? Fue añadida a causa de las transgresiones. A fin de que los pecados del hombre se convirtieran en transgresiones, la ley fue dada al hombre. De esta manera, el hombre se dio cuenta de que tenía pecado y esperaría “hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa” (v. 19). No fue sino hasta que todo el mundo vio que eran pecadores y que estaban desahuciados, que estaban dispuestos a recibir al Señor Jesucristo el cual Dios prometió. Aun si Dios hubiese dado la salvación más temprano, el hombre no lo habría tomado. El hombre no quiere la gracia de Dios, pero debido a que el hombre tiene transgresiones y está desahuciado, posiblemente reciba la gracia de Dios.

El versículo 19 termina de la siguiente manera: “Y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador”. Esta parte se refiere a la ley mencionada anteriormente. No sólo la ley fue añadida a causa de las transgresiones, sino que también fue ordenada por un mediador. La ley tiene estas dos características: fue añadida a causa de las transgresiones y fue ordenada por medio de los ángeles en manos de un mediador. ¿Por qué la ley fue ordenada por medio de la mano de un mediador? El versículo 20 explica: “Y el mediador no lo es de uno solo”. ¿Ha sido alguna vez un intermediario o un intercesor? Un intermediario actúa para dos partes. ¿Por qué la ley tiene un mediador? Porque en la ley existe el lado de Dios y el lado del hombre. El hombre tiene que hacer ciertas cosas para Dios antes de que éste haga ciertas cosas para el hombre. Cuando las partes A y B redactan un contrato, el contrato establece lo que A debe hacer y lo que B hará en respuesta, y viceversa. Entonces, un mediador servirá como testigo entre las dos partes. La ley establece cuál es la responsabilidad de Dios para con el hombre y cuál es la responsabilidad del hombre para con Dios. Si alguna de las partes falla, todo se pierde.

¡Aleluya! Lo que sigue en el versículo 20 es maravilloso: “Pero Dios es uno”. ¡Pero Dios es uno! La ley implica a dos partes. Si alguna de las partes tiene problemas, se pierde todo. Al dar la ley, Dios dijo que debemos hacer esto y aquello. Si fallamos, todo el asunto se perderá. Pero al hacer la promesa, “Dios es uno” sin importar lo que seamos. En la promesa y en la gracia, no se menciona nuestra parte, sólo la de Dios. Mientras no haya problemas del lado de Dios, no habrá ningún problema. La pregunta hoy es si Dios puede salvar a Abraham y si puede preservarlo. La pregunta no es cómo somos. En la promesa, no hay nada que nos implique, nada que dependa de lo que seamos.

El principio de la ley se puede comparar con la compra de libros de nuestra editorial. Si tengo \$1.60, puedo comprar el libro *El Hombre Espiritual*. Si yo les doy a los hermanos el dinero, ellos me darán el libro. Si ellos tienen el libro pero yo no tengo el dinero, la transacción no se hará. Tampoco se hará la transacción si sucede que yo tengo el dinero pero ellos no tienen el libro. Si una parte tiene problemas, el negocio no se hace. Por lo tanto, la ley tiene dos lados. Si una parte falla, se pierde todo el asunto. Pero, ¿qué acerca de la promesa? La promesa es como nuestra revista *El Cristiano*; uno no tiene que pagar por ella porque es gratis. Ahora, la ley dice: si usted hace algo para mí, yo haré algo para usted en pago. Si usted hace ciertas cosas, usted recibirá algo en pago; si no las puede hacer, no obtendrá nada. Así que, la ley tiene dos lados. Al hacer una promesa, Dios nos da la gracia sin importar si hacemos el bien o no. No tiene nada que ver con nosotros; lo que somos no es problema. Gracias a Dios que la promesa tiene sólo un lado. Lo único que se necesita es un lado.

El versículo 21 dice: “¿Luego la ley es contraria a las promesas de Dios? ¡De ninguna manera!” Aquellos que tienen poco conocimiento dirán que la ley contradice a la gracia. Está bien decir que la ley y la promesa son dos cosas completamente diferentes, pero entre ellas no hay ninguna contradicción; la ley es meramente el sirviente de la promesa. Es algo usado e insertado por Dios. La ley y la promesa pueden parecer contradictorias en naturaleza, pero en las manos de Dios no son contradictorias en ningún sentido. La ley fue usada por Dios para llevar a cabo Su propósito. Sin la ley, la promesa de Dios no se habría cumplido. Por favor recuerden que Dios usa la ley para cumplir con Su meta. Por consiguiente, la ley y la promesa no se contradicen entre sí en nada.

Pablo concluye de la siguiente manera: “Porque si se hubiese dado una ley que pudiera vivificar, la justicia habría sido verdaderamente por la ley” (v. 21). Si un hombre pudo obtener justicia por la ley, él podría tener vida por medio de la ley. Sin embargo, el hombre no puede hacer esto. Por lo tanto: “La Escritura lo encerró todo bajo pecado” (v. 22a). ¿Qué utilizó Dios para encerrarnos a todos? El usó la ley. Cualquiera que es encerrado por la ley debe admitir que es un pecador. Dios encierra todo bajo pecado “para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los que creen” (v. 22b). ¡Aleluya! La ley de Dios es algo que El usa para salvarnos. No es algo que Dios use para condenarnos. La ley es algo usado por Dios. Esta noche todos nosotros aquí hemos sido encerrados. Cada uno de nosotros es un pecador. Dios ha usado la ley para mostrarnos que somos pecadores para así poder salvarnos.

CAPITULO CINCO

LA JUSTICIA DE DIOS

En las reuniones anteriores vimos que el hombre pecó y que la obra salvadora de Dios está basada en el hecho de que el hombre ha pecado. Si el hombre no hubiera pecado, no habría necesidad de salvación. Pero puesto que el hombre pecó, Dios dio la ley para mostrarle que pecó. La ley de Dios vino al mundo para que las transgresiones del hombre abundaran. Originalmente, el hombre sólo tenía pecado; no tenía transgresiones. Pero cuando la ley vino, el hombre no sólo tenía pecado, sino también transgresiones. Después de transgredir, el hombre se da cuenta de que es pecador. Gracias al Señor que aunque tenemos pecado y hemos transgredido, Dios, quien es amor, se propuso darnos gracia y misericordia. El se propuso hacer algo por nosotros para resolver los problemas que no podemos resolver por nuestra propia cuenta.

Sin embargo, en esta reunión debemos ver algo más. Aunque Dios nos ama, nos muestra misericordia, y desea concedernos gracia, hay una cosa que le impide hacerlo. El no puede otorgarnos gracia inmediatamente; no puede darnos vida eterna en forma directa. Hay un dilema que Dios debe resolver antes de concedernos gracia. El problema, el cual la Biblia menciona frecuentemente, es la justicia de Dios.

La frase *la justicia de Dios* ha confundido a muchos teólogos durante los siglos. Si leemos la Biblia sin prejuicios e ideas preconcebidas, Dios nos muestra lo que significa Su justicia. Podemos ver esto clara y fácilmente. Esta noche esperamos ver, por la gracia de Dios, lo que es Su justicia. En otras palabras, esperamos ver la dificultad que Dios encuentra al salvarnos.

SU SALVACION CORRESPONDE A SU JUSTICIA

Si Dios ha de salvarnos, El debe salvarnos y ponernos en una condición que corresponda, o se iguale a El. Si Dios ha de darnos la salvación, El no puede darla en una forma que contradiga Su naturaleza, Su método y Su manera. Somos pecadores llenos de transgresiones y, por lo tanto, no hay justicia en nosotros. Si quisiéramos ser salvos, usaríamos cualquier medio, fuese recto o erróneo, bueno o malo. Trataríamos de ser salvos de mil maneras. Con tal de que fuésemos salvos, cualquier medio estaría bien. No nos importaría si el procedimiento fuese apropiado o si el método es el correcto. En tanto que fuésemos salvos, estaríamos satisfechos. No nos importaría mucho de dónde viniera la salvación, y si es correcta o no. En este sentido, somos como los ladrones. Lo único que a un ladrón le importa es llevarse el dinero; no le importa de dónde venga. Mientras consiga el dinero, estará satisfecho. El no sabe lo que es correcto o incorrecto; no sabe lo que es justicia o injusticia. Pero nosotros debemos ver que la salvación no es sólo un asunto de llegar a ser salvos, sino que *Dios* nos salve. Aunque nos baste ser salvos sin importar cómo, Dios no puede decir que la salvación consiste en salvarnos, sin importar si está bien o mal la manera en que somos salvos. Sin ninguna duda Dios desea

darnos gracia y salvarnos. Indudablemente, El quiere darnos Su vida. Dios está lleno de amor, y quiere que seamos salvos. Pero si Dios ha de salvarnos, El tiene que salvarnos con excelencia. Por lo tanto, esto representa un gran problema. Dios desea salvar a los hombres. Pero ¿qué método puede usar para que el hombre pueda ser salvo de la manera más justa? ¿Qué método es el más razonable? ¿Qué método corresponderá a Su dignidad? Es fácil ser salvo, pero es difícil ser salvo justamente. Debido a esto la Biblia habla mucho de la justicia de Dios. Nos dice una y otra vez que Dios salva al hombre en una manera que corresponde a Su justicia.

¿Qué es la justicia de Dios? La justicia de Dios es la manera en que El hace las cosas. El amor es la naturaleza de Dios, la santidad es la disposición de Dios y la gloria es Dios mismo. Sin embargo, la justicia es el procedimiento de Dios, Su manera y Su método. Puesto que Dios es justo, El no puede amar al hombre sólo con Su amor. El no puede conceder gracia al hombre sólo porque quiere. El no puede salvar al hombre por lo que Su corazón le dicte. Es verdad que Dios salva al hombre porque lo ama. Pero El debe hacerlo conforme a Su justicia, Su procedimiento, Su nivel moral, Su manera, Su método, Su dignidad y Su majestad.

Sabemos que para Dios es fácil salvar al hombre. Pero no es tan fácil salvar al hombre en una manera justa. Sólo imagine lo fácil que le sería a Dios salvarnos si el asunto de la justicia no estuviese de por medio. No habría ningún problema. Si Dios no nos hubiera amado, no se podría haber hecho nada por nosotros y no habría esperanza. Pero Dios nos ama y ha tenido misericordia de nosotros. Además, El desea darnos gracia. Si la cuestión de la justicia no existiera, Dios podría haber dicho: “¿Has pecado? Bueno, no lo vuelvas a hacer”. Así, El pasaría por alto nuestros pecados. Nos dejaría libres. Si Dios perdona descuidadamente sin juzgar el pecado del pecador y sin tratar con los pecados conforme a la ley, ¿dónde está Su justicia? En esto radica el problema.

Hace tiempo un hermano se metió en un asunto complicado y fue puesto en la cárcel por las autoridades. Yo sabía que aunque el no era del todo inocente, la culpa en realidad la tenían otros. Por esta razón, yo quise ayudarlo a salir. Fui a Nanking y hablé con algunos de los que tenían relación con el caso. Les hablé de la situación y les pedí si podían ayudar un poco. Eramos nueve, y todos ocupados. Tuvimos nueve reuniones por once días, tratando de encontrar una solución para este hombre. Finalmente, todos admitieron que tenían la manera y la autoridad para liberar al hombre, pero no podrían liberarlo a menos que se incriminaran a sí mismos. Así que, tuvimos que encontrar una manera de liberar al hombre por medios legales.

Sin lugar a dudas, Dios está lleno de amor y nos quiere salvar. Pero El lo debe hacer legalmente. Si El no nos salva legalmente, no podrá salvarnos. El amor de Dios está

limitado por Su justicia. Dios no puede actuar en Su contra y declarar irresponsablemente que nuestros pecados son borrados, que todo está bien y que podemos salir libres. Si Dios nos perdonara irresponsablemente, ¿qué ley, cuál justicia y qué verdad quedaría en el universo? Todo se terminaría.

Dios quiere salvarnos, y nosotros queremos ser salvos. La cuestión radica en el hecho de si habrá injusticia en nuestra salvación. En la actualidad hay muchos que aceptan sobornos y son parcializados por afectos personales. Estos a menudo ayudan a otros, y los benefician; así que, todos estamos de acuerdo en que estas personas no son rectas. No son justas sino corruptas. Dios no nos puede salvar a costa de cometer injusticia. Dios debe salvarnos preservando Su justicia. Es importante que Dios nos salve, pero El lo debe hacer conforme a Su justicia. Dios nos podría salvar inmediatamente con Su amor. Pero también debe salvarnos justamente.

¿Cómo es esto? A Dios no le es fácil salvarnos sin violar Su justicia. ¿Cómo podría Dios justificar a los pecadores sin incurrir en injusticia? ¿Cómo podría Dios perdonar los pecados en una manera justa? El desea salvarnos, pero quiere que digamos, cuando recibimos Su vida y somos salvos, que El nos ha justificado de la manera más recta.

LA OBRA SALVADORA DE DIOS MANIFIESTA LA JUSTICIA DE DIOS

Hay un libro en la Biblia, Romanos, que nos dice cómo trata Dios en forma específica este problema. Leamos Romanos 3:25-26, comenzando con la segunda parte del versículo 25: “Para la demostración de Su justicia, a causa de haber pasado por alto, en Su paciencia, los pecados pasados, con la mira de demostrar Su justicia en este tiempo, a fin de que El sea justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús”. Aquí debo añadir algo. Algunas versiones se equivocan al traducir el versículo 25. Traducen: “Para declarar Su justicia *para* la remisión de los pecados pasados, por medio de Su paciencia”. Pero la palabra “para” no se debería usar en este versículo. Por el contrario debería ser: “Para manifestar Su justicia, a causa de haber pasado por alto, en Su paciencia, los pecados pasados”. Además, en el versículo 26 la palabra “y” se debe entender como la unión de dos cosas que ocurren al mismo tiempo. Entonces esta cláusula se debería entender así: “A fin de que El sea justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús”. Mientras Dios justifica a aquellos que creen en Jesús, El es visto como justo, y el hombre lo reconoce como tal.

El versículo 25 trata los problemas del pasado, y el versículo 26, los del presente. Los problemas del pasado están relacionados con las personas del Antiguo Testamento. Los problemas del presente están relacionados con las personas de los tiempos del Nuevo

Testamento. El versículo 25 trata un asunto del Antiguo Testamento. El versículo 26 trata un asunto del Nuevo Testamento. Los del Antiguo Testamento transgredieron la ley durante cuatro mil años. Estaban llenos de pecados y de transgresiones. Pero Dios no los envió a perdición o a destrucción inmediatamente. Durante esos cuatro mil años, día tras día Dios pacientemente pasó por alto los pecados cometidos en el pasado. No vemos el lago de fuego inmediatamente después del huerto de Edén. Aunque Dios le dijo al hombre que el día en que comiera del árbol del conocimiento del bien y del mal moriría (Gn. 2:17), cuando Adán comió el fruto, no fue inmediatamente al lago de fuego. ¿Por qué no? Porque Dios pasó por alto los pecados de los tiempos del Antiguo Testamento; El ejerció Su paciencia para con ellos. Dios ejerció la paciencia y pasó por alto los pecados cometidos por el hombre en el pasado. Pero surge una pregunta. ¿Fue Dios justo al usar Su paciencia y al pasar por alto los pecados del hombre en el Antiguo Testamento? ¿Cuál era el propósito de Dios al hacer esto? En realidad, al pasar por alto los pecados del hombre y al ejercer Su paciencia, Dios manifestaba Su justicia.

Dios no quiere que pensemos que después de ser salvos nuestra salvación es ilegal. Dios no permitirá que el hombre llegue a tal conclusión. Dios quiere mostrarnos que no hay nada ilegal ni injusto en Su manera de salvar. En cuanto a los pecados de los tiempos del Antiguo Testamento, El dice que tuvo paciencia y pasó por alto los pecados para manifestar Su justicia. En cuanto a los pecados del presente, El dice que lo que hace también manifiesta Su justicia. El desea que al justificar a los que creen en Jesús El sea hallado justo.

La obra salvadora de Dios no viene por la “puerta trasera”. El quiere que nuestra salvación llegue por la “puerta principal”. Nuestra salvación debe ser correcta y apropiada. El no permitirá que nadie diga que nuestra salvación es inapropiada. El no ofrece una salvación fraudulenta. El rechaza una salvación fraudulenta. Su intención es salvarnos, pero El lo hará de una manera que concuerde con Su naturaleza, Su nivel moral, Su dignidad, Su ley y Su justicia. Dios no nos puede salvar ilegalmente.

Aquí tenemos un problema. Si Dios quisiera usar cualquier medio posible para salvarnos y si ignorara totalmente el asunto de la justicia, El le podría decir a cualquiera: “Ve en libertad”. Hay hombres que son neciamente buenos. Si Dios dijera esto, El sería un Dios bueno e insensato. Dios nunca sería así. Si Dios no lo amara a usted, le sería fácil dejar que usted muriera y pereciera cuando pecara. Pero El no puede permitir que esto suceda porque El lo ama. El problema es que el pecado del hombre y el amor de Dios se encuentran. Cuando la justicia de Dios se suma a estos dos, la salvación se convierte en la cosa más difícil de la tierra. Si el hombre no hubiese pecado, todo estaría bien; y si Dios no hubiese amado, tampoco habría problema. Si alguien comete un crimen y merece morir, a mí no me importa esa persona si yo no la amo. En la

actualidad muchos presos son ejecutados. Me importa poco el asunto si no los amo. Es un problema sólo si los amo y quiero rescatarlos. Si ellos no han pecado, será fácil tratar el asunto. Y si no los amo, el asunto también es fácil de tratar. Además, si ellos han pecado y yo los amo pero no tengo justicia, el asunto aún puede resolverse fácilmente; puedo tratar el asunto irresponsablemente y aceptar soborno. Pero si soy una persona justa, no puedo recurrir a un método fraudulento e impropio. Yo no los dejaré libres ilegalmente. Si los he de rescatar, debo hacerlo justamente. Llevar a cabo tal salvación se convierte en la tarea más difícil de toda la tierra. Estos tres asuntos: el amor, el pecado y la justicia, no pueden existir lado a lado fácilmente. El amor es un hecho; el pecado también es un hecho, y la justicia es una necesidad. Debido a que estos tres están juntos, Dios debe encontrar la manera de salvarnos y de satisfacer el amor de Su corazón, y al mismo tiempo preservar Su justicia. Lograr tal obra sería sin duda una obra maestra. ¡Aleluya! La salvación que Dios ha preparado para nosotros en Su Hijo Jesús es una obra maestra. El puede salvarnos de nuestros pecados y mostrar Su amor, y El lo puede hacer de la manera más justa. Esto lo hace mediante la obra redentora del Señor Jesús.

LA VENIDA DE CRISTO ES LO QUE DIOS REQUIERE EN JUSTICIA

La venida del Señor Jesucristo a la tierra era lo que Dios requería en Su justicia; no era el requisito de Dios en Su gracia. Este es un asunto muy serio. Si hubiese existido amor sin justicia, el Señor Jesús no habría tenido que venir a la tierra, y la cruz habría sido innecesaria. Pero por el problema de la justicia, el Señor Jesús tuvo que venir. Sin justicia, Dios podría salvarnos de cualquier manera. El podría pasar por alto nuestros pecados, o podría perdonarlos a la ligera. El podría tomar una actitud tolerante para con nuestros pecados, o podría despreocuparse totalmente de ellos. Si Dios dijera: “Ya que todos pecaron, esta vez los dejo libres; simplemente no pequen de nuevo”, no se necesitaría en lo absoluto a Jesús de Nazaret. Aparte de los requisitos de la justicia, no había necesidad de que Jesús de Nazaret viniera. La venida de Jesús de Nazaret era una exigencia de la justicia.

Cuando el pecado entró en el mundo, el gobierno de Dios fue dañado. El orden que El estableció en el universo fue trastornado; Su gloria fue pisoteada; Su santidad fue profanada; Su autoridad fue rechazada; y Su verdad fue entendida mal. Cuando el pecado entró al mundo, Satanás se rió y los ángeles testificaron que el hombre había fallado y caído. Si Dios juzgara el pecado sin misericordia, no tendría amor. Pero si pasara por alto los pecados del hombre sin juzgarlos, no tendría justicia. Puesto que Dios ama al mundo y al mismo tiempo es justo, El tenía que enviar al Señor Jesús. Por ser justo, El tenía que juzgar el pecado. Debido a que El es amor, tuvo que cargar con los pecados del hombre. Debo recalcar estas dos cosas: Dios debe juzgar porque es justo, y

Dios sufre el juicio y castigo del hombre porque El es amor. Sin juicio, no vemos justicia; en el juicio, no vemos amor. Sin embargo, lo que El hizo fue cargar con el juicio en nuestro lugar. De esta manera, El manifiesta tanto Su amor como Su justicia en Jesucristo.

LA CRUZ MANIFIESTA LA JUSTICIA Y EL AMOR DE DIOS

Por lo tanto, la cruz es donde la justicia de Dios se manifiesta. La cruz nos muestra cuánto odia Dios el pecado. El está determinado a juzgar el pecado. El estaba tan dispuesto a pagar el precio que hasta dejó que Su Hijo fuese clavado en la cruz. Dios no estaba dispuesto a renunciar a Su justicia. Si Dios estuviese dispuesto a renunciar a Su justicia, la cruz no habría sido necesaria. Por cuanto Dios no estaba dispuesto a renunciar a Su justicia, El prefirió dejar que Su Hijo muriera antes que renunciar a Su justicia.

La cruz también es el lugar donde el amor de Dios se manifiesta. La carga de nuestros pecados debería estar sobre nosotros. Si no la llevamos, es injusto. Pero llevar tal carga es demasiado para nosotros. Por esta razón, El vino y la llevó en nuestro lugar. Dios muestra Su amor al estar dispuesto a llevar nuestra carga. Dios muestra Su justicia al llevar nuestra carga. Si Dios nos deja recibir el castigo sería justo y sin amor. Si El no nos deja llevar el castigo nos amaría sin ser justo. Por cuanto El quita el castigo y lo lleva por nosotros, muestra tanto justicia como amor. ¡Aleluya! La cruz cumple los requisitos de la justicia y los requisitos del amor. Nuestra salvación hoy no la recibimos por la “puerta trasera”; no la hemos recibido fraudulentamente ni impropriamente. No hemos sido salvados ilegalmente. Hemos sido salvos en una manera clara y definida por medio del juicio.

Para nosotros el perdón es gratuito, pero para Dios no existe perdón gratuito. Para El, el perdón viene sólo después de la redención de los pecados. Por ejemplo, si usted viola la ley y el juez le dice que debe pagar una multa de mil dólares, usted debe pagar la multa antes de ser exonerado. De la misma manera, somos salvos sólo después de ser juzgados en la cruz. Nuestra salvación viene después de que sufrimos el juicio por el pecado que se llevó a cabo en Cristo. Es una salvación que sólo viene por medio del juicio. ¡Aleluya! Somos juzgados y entonces somos salvos. El amor de Dios está aquí, y también la justicia de Dios.

Déjenme darles un ejemplo. Supongamos que hay un hermano que es millonario, y que yo soy uno de sus deudores. Digamos que le debo una suma considerable de dinero, tanto como los diez mil talentos mencionados en el libro de Mateo (18:24). Cuando le

pedí prestado el dinero, firmé un pagaré. En el pagaré aparece la cantidad que le debo y la fecha en que esa cantidad debe ser devuelta, junto con los términos y condiciones que penalizan. Supongamos que ahora voy a visitarlo y le digo: “Gasté todo el dinero que usted me prestó, y me es imposible conseguir este dinero para devolvérselo en la fecha convenida, puesto que tenemos una depresión económica. Hasta tengo dificultad para comer y vivir. Por favor tenga misericordia y perdóneme la deuda. Devuélvame el pagaré”. Si yo le imploro así, ¿puede devolverme el pagaré? El pagaré describe claramente la cantidad que él me prestó y la fecha en que debo pagar. Este es un contrato que no solamente yo debo cumplir, sino también él. Como deudor, tengo la responsabilidad de devolverle el dinero dentro del tiempo acordado. Como acreedor, él también tiene una responsabilidad que cumplir, que es devolverme el pagaré sólo al recibir el dinero. Si él me devuelve el pagaré antes de recibir el dinero, aunque haga esto por amor y preocupación por mí, él no es justo. Nosotros, los seres humanos, somos simplemente injustos y estamos acostumbrados a cometer injusticias; raras veces se nos ocurre que el perdón gratuito es una injusticia. Pero Dios no puede hacer nada injusto. Si Dios nos perdonara gratuitamente, El sería injusto. Además, volviendo al ejemplo, supongamos que este hermano me devuelve el pagaré sin haber recibido el dinero. Esto me afectará en una manera negativa. La próxima vez que tenga dinero seré indiscreto al usarlo. He descubierto que puedo usar el dinero de otros fácil y despreocupadamente. Así, el perdón gratuito que recibo de este hermano es injusto para con él y una mala influencia de mi parte.

Ahora supongamos que este hermano es justo, pero no quiere que le pague. ¿Qué es lo que él puede hacer? Les voy a contar lo que hice en una situación similar. Una vez vino alguien a mi casa para pedirme dinero prestado. El era un cristiano nominal, así que le dije que según la Biblia los cristianos no deberían pedir prestado. De todos modos él me imploró que le prestara dinero. Al principio pensé simplemente regalarle el dinero. Pero sabía que él era irresponsable con el dinero de los demás porque algunos hermanos antes me habían dicho que esta persona solía pedir prestado a los hermanos, y me advirtieron que no le prestara nada. Luego pensándolo bien, decidí que no le regalaría el dinero, sino que se lo prestaría. Cuando le di la cantidad que él había pedido, le pregunté cuándo me lo devolvería. Insistí en que fijara una fecha límite, aunque yo sabía que nunca me pagaría. Pedir prestado era su costumbre; era su vida. Pero yo no le podía decir que no esperaba que me devolviera el dinero, porque eso habría sido una invitación a que pidiera más préstamos. Por lo tanto, insistí en que fijara una fecha límite. Cuando el día llegó, le escribí intencionalmente una carta, recordándole el vencimiento del pago. Después de que recibió mi carta, él vino a verme. Pero antes de que me diera explicaciones, lo interrumpí y le dije que fuera a su casa para ver a su esposa porque ella tenía algo que decirle. Entonces, fue a su casa. En realidad, antes de

que me viniera a ver, tomé exactamente la misma cantidad de dinero que debía a su casa y se lo di a su esposa. Le dije que cuando su esposo volviera, ella debía decirle que yo había enviado esta suma de dinero para el pago de la deuda. Cuando el esposo llegó a la casa, la esposa le repitió lo que yo le dije. Luego él abrió el paquete y halló exactamente la misma suma de su deuda. El entendió lo que tenía que hacer. El volvió a mi casa y me devolvió el dinero. En este hecho, ustedes pueden ver amor y justicia. Si le hubiera obligado a pagar, no habría tenido amor. Pero si yo le hubiera permitido que no pagara, yo habría sido injusto, porque había dicho claramente que el dinero era un préstamo. No sólo habría sido injusto yo mismo, sino que también habría ejercido una mala influencia en él, y la próxima vez él habría sido más irresponsable. Por eso, hice lo que hice.

A Dios le debemos “diez mil talentos de plata”, pero nosotros no podemos pagar. Ahora Dios está haciendo lo mismo por nosotros. Debido a que nos ama, El no nos puede pedir que le paguemos. Pero por ser justo, El no nos dirá que no tenemos que pagar. Es imposible que le paguemos. Sin embargo es injusto que Dios nos libere de nuestra obligación. Gracias a que El vino a darnos el “dinero”, podemos pagar lo que le debemos. Dios es el cobrador y el pagador. Si no cobra, no tendría justicia; pero si nos obliga a pagar, no tendría amor. Ahora bien, Dios mismo es el cobrador; por consiguiente, la justicia se mantiene. Y Dios mismo es el pagador; así que, el amor se mantiene. ¡Aleluya! El cobrador es el pagador. Este es el significado bíblico de la redención de los pecados.

Por lo tanto, Jesús el nazareno vino y llevó nuestros pecados en Su cuerpo en la cruz. Dios mismo vino para llevar nuestros pecados. Nuestros pecados fueron juzgados por Dios en la persona de Jesucristo. La sangre del Señor Jesús derramada en la cruz es la prueba de este juicio. Nos acercamos a Dios por medio de esta sangre. A través de la sangre del Señor Jesús le decimos a Dios que hemos sido juzgados. Ahora le devolvemos a El lo que el Señor Jesús pagó por nosotros. Es verdad que hemos pecado. Pero no somos irresponsables; hubo un juicio. Es verdad que teníamos una deuda. Pero no la evitamos; la deuda ya ha sido pagada. Tenemos la sangre, que representa la salvación cumplida por el Señor Jesús, como el recibo para probar que Dios se pagó a Sí mismo nuestra deuda. Por eso es que la sangre en el Antiguo Testamento era rociada siete veces dentro del velo. Por eso es que debía llevarse al propiciatorio del arca. Dios tiene que perdonar a cada pecador que acude a El por medio de la sangre del Señor Jesús. El no puede hacer otra cosa que perdonarnos.

Volvamos al ejemplo anterior. Supongamos que le pido prestado diez mil talentos de plata a cierto hermano y no tengo dinero para pagarle. Un día él viene a mi casa y me dice: “Tú me debes diez mil talentos de plata. Ahora debes pagarme. Yo no soy una persona irresponsable ni despreocupada. Todo lo que hago, lo hago seriamente. Me

tienes que pagar. Aquí hay diez mil talentos de plata. Mañana trae esto a mi casa y paga tu deuda. Luego puedes tomar tu pagaré”. Cuando vaya al día siguiente a su casa esperaré poder redimir el pagaré. Pero supongamos que después de que le doy el dinero, él dice que puesto que él me dio el dinero el día anterior, él no me devolverá el pagaré. ¿Puede él hacer tal cosa? Cuando le doy el dinero, ¿tiene el derecho de no devolverme el pagaré? No. El tenía el derecho de no darme el dinero el día anterior. Si él no me hubiera dado el dinero el día anterior, cuando mucho podría decir que él no me ama, y nada más. Pero si él me dio el dinero y yo le pagué, él sería injusto si conservara el pagaré; no es un asunto simplemente de que él no me ama. Si él es justo, él tiene que darme el pagaré cuando yo le doy el dinero.

DIOS ESTA COMPROMETIDO A PERDONARNOS POR CAUSA DE LA JUSTICIA

Por lo tanto, antes de que el Señor Jesús viniera a la tierra y fuera crucificado, si Dios quería, nos salvaba. Dios nos podría haber dejado sin salvación. Si Dios no nos hubiera dado a Su Hijo, lo único que podríamos decir es que Dios no nos ama. Y no podríamos decir nada más. Pero debido a que Dios nos dio a Su Hijo y puso nuestros pecados sobre El para que fuésemos redimidos de nuestros pecados, Dios no puede hacer otra cosa que perdonar nuestros pecados cuando venimos a El por medio de la sangre del Señor Jesús y de Su obra. ¡Aleluya! ¡Dios debe perdonar nuestros pecados! ¿Se dan cuenta ustedes de que Dios está comprometido a perdonar nuestros pecados? Si usted viene a Dios por medio de Jesucristo, Dios está comprometido a perdonar sus pecados. Fue el amor lo que llevó al Hijo a la cruz, pero fue la justicia la que hizo que Dios perdonara nuestros pecados.

Juan 3:16 dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito”. Dios nos dio a Su Hijo unigénito por amor. Pero 1 Juan 1:9 dice: “Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda injusticia”. La obra de la cruz se cumplió para nosotros por el amor de Dios. Pero cuando hoy venimos a Dios por medio de la obra que Jesucristo efectuó, Dios tiene que perdonarnos basado en Su fidelidad y justicia.

Por lo tanto, si el Señor Jesús no hubiera venido, Dios tendría la opción de no salvarnos. Pero ya que el Señor Jesús murió, aun si a Dios no le agradara salvarnos, estrictamente hablando, de todos modos tiene que hacerlo. Si Dios recibió el dinero ¿podría rehusarnos el pagaré? Dios no puede ser injusto, porque si así fuera, El mismo sería un pecador. Por lo tanto, Dios está comprometido a perdonar a todos aquellos que se acercan a El por medio de la sangre del Señor Jesús. ¡Aleluya! Dios no puede rehusarles el perdón. Quiero gritar que este es el evangelio. Ya que Dios nos ha dado a Su Hijo, El

está comprometido. ¿Podemos ahora pagarle a Dios? Hoy por medio del Señor Jesús, no solamente le podemos pagar a Dios, sino que tenemos más de lo necesario. Tenemos abundancia. Pues donde el pecado abunda, la gracia abunda mucho más. El pecado es abundante. Pero la gracia que hay en el Hijo de Dios es más abundante, es superabundante. Por esta razón, solamente por medio del Señor Jesús uno puede ser salvo.

Todos tenemos que admitir que no hay nada injusto en Dios cuando venimos a El por medio del Señor Jesús y cuando El nos vivifica y nos perdona. Nuestro corazón nunca puede decir que Dios, al perdonar nuestros pecados, nos salvó ilegalmente, pues tuvo paciencia para con nosotros, y justificó a los que creemos en Jesús. Nunca podremos decir que Dios ha tratado irresponsablemente con nuestros pecados. Por el contrario, debemos decir que Dios nos ha salvado de la manera más justa. Nuestra salvación es recta y apropiada. Nuestros pecados fueron juzgados; por lo tanto, somos salvos. Nadie puede decir que Dios nos ha salvado usando procedimientos injustos. Por el contrario, debemos decir que Dios nos ha salvado por medio de los procedimientos más justos.

LA JUSTICIA DE DIOS SE MANIFIESTA APARTE DE LA LEY

Ahora volvamos a Romanos 3. Los versículos del 19 al 26 son un pasaje muy difícil en la Biblia. Pero después de lo que vimos acerca de la justicia de Dios y la justicia que el Señor Jesús ha cumplido, Romanos 3:19-26 es un pasaje maravilloso. El versículo 19 dice: “Ahora bien sabemos que todo lo que la ley dice, lo dirige a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios”. ¿Por qué Dios le dio la ley al hombre? Para que el hombre no tuviera nada que decir ante Dios, y para que toda boca se cierre. Dios le quiere mostrar al hombre que todos son pecadores y que todos han pecado. No hay ni uno solo que haga el bien. El versículo 20 dice: “Ya que por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de El; porque por medio de la ley es el conocimiento claro del pecado”. El propósito final de la ley de Dios era mostrarle al hombre su condición de pecador. La ley no fue dada para que el hombre fuese salvo por ella. El tono de la ley es exclusivamente de condenación. La ley dice que el hombre debe ser condenado, que debe morir y que debe perecer.

Si el asunto se detuviera aquí, no habría evangelio y todo estaría acabado. Pero el asunto no termina aquí. El hombre no puede vivir por la ley, pero Dios tiene otras maneras. Si usted no puede pagar, Dios tiene otras maneras de pagar por usted. Las primeras dos palabras del versículo 21 son maravillosas; marcan un gran giro en este asunto. “Pero ahora”. ¡Gracias al Señor que hay un giro! “Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios”. La justicia de Dios se manifestó originalmente en la ley.

Pero si ahora ese fuera el caso, estaríamos perdidos. ¿Qué significa que la justicia de Dios se manifestase en la ley? Significa que todo lo que usted le debía a Dios, lo tenía que pagar. Si usted pecó, tenía que perecer. Si usted transgredió, tenía que ir a la perdición. Por lo tanto, la ley manifestaba la justicia de Dios. Lo más justo para Dios era castigar a los pecadores. Pero, gracias al Señor, la justicia de Dios ya no se manifiesta en la ley. Si Su justicia se manifestara en la ley, Dios tendría que juzgar a los pecadores. Pero la justicia de Dios está manifestada aparte de la ley, y en este caso, el juicio recae en Dios mismo. La parte final del versículo 21 dice: “Atestiguada por la ley y por los profetas”. Aun los profetas del Antiguo Testamento, incluyendo a David, testificaron lo mismo.

¿Cómo se manifiesta la justicia de Dios? El versículo 22 dice: “La justicia de Dios por medio de la fe de Jesucristo, para todos los que creen. Porque no hay distinción”. Puesto que todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios (v. 23), ¿cómo podemos obtener la gracia de Dios? Los versículos 24 y 25 dicen que somos “justificados gratuitamente ... mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios ha presentado como propiciatorio”. Dios envió a Jesús para redimirnos de nuestros pecados y lo puso como propiciatorio. Creo que todos sabemos lo que es el propiciatorio. Es la cubierta del arca que está en el tabernáculo del Antiguo Testamento; era el lugar donde Dios concedía gracia al hombre. Toda la tierra está contaminada por el pecado. Pero solamente este lugar no tiene pecado. Jesús ahora se ha convertido en el propiciatorio. ¿Cómo se convirtió en el propiciatorio? Por medio de dar Su sangre como fianza. Dios puso a Jesús como propiciatorio, y ahora por medio de la sangre de Jesús puedo venir por fe a Dios. Dios no puede hacer otra cosa que concedernos gracia. Solamente después que Dios hace esto, podemos decir que Su paciencia y el hecho de pasar por alto los pecados en el Antiguo Testamento era justo; y sólo después que Dios hace esto podemos decir que al justificar a aquellos que creen en Jesús en el Nuevo Testamento, también es justo. Hoy somos salvos no porque Dios haya pasado por alto nuestros pecados, sino porque Dios ha resuelto el asunto de nuestros pecados. Ante Dios no somos deudores perdonados, sino deudores cuya deuda fue pagada y se les perdonó.

Esto es algo sumamente precioso en la Biblia. Esta es la única manera en que nosotros los cristianos podemos tener confianza ante Dios. ¿Se ha dado cuenta alguna vez de que aunque el amor es precioso, no es de fiar? Usted no puede llevar a una persona ante el tribunal simplemente porque no lo ha amado por algunos días. No existe amor en la corte. Pero si se comete una injusticia o si surge un pecado, la ley hablará. Dios nos tiende una mano de donde asirnos. De tal mano, nuestra fe puede ser fortalecida y las promesas de Dios se pueden cumplir en nosotros. Esta mano es el Señor Jesucristo. Dios sabe que tal vez dudemos, así que El produce fe en nosotros por medio de Su Hijo.

Entonces, podemos decirle: “Dios, puesto que Tú me has dado Tu Hijo y le has inmolado, debes perdonar mis pecados”.

A veces escuchamos a algunos decir: “Oh Dios, quiero ser salvo. ¡Por favor sálvame! He pecado, pero me he propuesto ser salvo. Por favor ten misericordia de mí y deja que el Señor Jesús muera por mí”. Cuando tales personas oran, quizás lloren amargamente. Actúan como si el corazón de Dios fuera muy duro y creen que antes de que Dios los perdone o vuelva Su corazón hacia ellos, tienen que llorar mucho. Aquellos que oran así no conocen el evangelio. Si el Hijo de Dios no hubiera venido a la tierra, tal vez ayudaría el llanto y la súplica de esta gente ante Dios. Pero el Hijo de Dios vino, y el problema del pecado fue resuelto. La obra redentora de la cruz fue cumplida. Cuando el hombre viene a Dios, ya no se necesita una pobre súplica. Puesto que Dios nos ha dado a Su Hijo, El puede perdonar los pecados por medio de Su Hijo. El es fiel para hacerlo; El no es mentiroso. Y El es justo al hacerlo; no hay nada injusto en Su perdón. Cuando se habla de justicia, se habla de la fidelidad.

Mucha gente en la actualidad ignora, primero, la justicia de Dios y después el hecho de que el Señor Jesús llevó a cabo la justicia de Dios. La gente no sabe que la justicia de Dios se manifiesta aparte de la ley. Ellos todavía tratan de obtener justicia ante Dios. Son como el hombre que debe diez mil talentos de plata. Simplemente no puede pagar la deuda. Pero este hombre con tal de ahorrar seis centavos se baja del tren una estación antes, esperando así poder pagar su deuda. Sigue calculando, espera ahorrar un poco aquí y otro poco allí, hacer esto o aquello, y producir un poquito de dinero para pagar la deuda. Con esto quiere decirle a su acreedor que aunque debe diez mil talentos, él tiene unos pocos centavos. No se da cuenta de que la suma total ya ha sido enviada a su casa.

El hombre ni se imagina lo que Dios ha hecho en el Hijo. Por esto el apóstol Pablo nos dice qué actitud debe tener el hombre. En cuanto a la justicia de Dios, tenemos que ver dos pasajes de la Biblia. El primer pasaje está en Romanos 10. Los versículos 3 y 4 dicen: “Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree”. Me gustan estos dos versículos. Cuando leemos estos versículos con relación al evangelio, nuestros corazones deben ser profundamente conmovidos. Estos versículos dicen que los judíos no sabían que la justicia de Dios había sido establecida; aún buscaban establecer la suya propia. Hicieron lo posible por practicar el bien, intercambiar sus obras por salvación, e intercambiar su justicia por vida y todo lo que Dios les ha dado. Pero Pablo dijo que quienes buscan establecer su propia justicia no están sujetos a la justicia de Dios. No estar sujeto a la justicia de Dios significa no estar sujeto a la obra que Dios cumplió en Su Hijo Jesús. La justicia de Dios se realiza en Su hijo Jesús. La cruz de Jesús es tanto la manifestación del amor de Dios como el

cumplimiento de la justicia de Dios. En la cruz de Jesús, la justicia de Dios fue cumplida. Si un hombre quiere establecer su propia justicia hoy día, está negando la eficacia de la obra del Señor en la cruz. Nunca piensen que podemos agregar algo a la obra que el Señor Jesús concluyó. Nunca piensen que podemos ayudar o remendar un poco la obra del Señor. Los que buscan establecer su propia justicia no están sujetos en ninguna manera a la justicia de Dios. Si alguien envía una suma de dinero a mi casa para que yo pague el préstamo que me dio y yo aún trato de ahorrar unos centavitos para pagarle, en realidad estoy despreciando lo que él me ha dado. Todos los que buscan establecer su propia justicia están blasfemando a Dios.

¿Por qué es Cristo “el fin de la ley”? Decir que Cristo es el fin de la ley significa que Cristo incluye todo lo que tiene la ley. En otras palabras, Dios no solamente le ha dado a usted diez mil talentos de plata; El le ha dado todo el dinero del mundo. ¿Por qué ahorrar unos centavitos? Si un hombre es muy grande, y ocupa toda la silla, ¿puede usted meterse en la misma silla? El fin de la ley es Cristo. ¿Cómo va a establecer su propia justicia? ¡Gracias a Dios que El nos ha dado lo mejor! Yo diría algo enfático de una manera muy reverente: Dios ha “agotado” Su omnipotencia en Su Hijo Jesús. Cristo es el fin de la ley. Todos los que creen en El deben recibir justicia. Los que creen en Jesús están comprometidos a recibir. No es posible que no reciban. Me gusta este pensamiento. Es imposible que no seamos salvos. Dios nos ha dado Su Hijo, que no sólo tiene lo poco que usted necesita, sino que, más aún, lo tiene todo. Dios nunca puede abandonar a los que creyeron en Su Hijo. Dios no puede rechazarnos. Todos los que vienen a Dios por medio del Hijo deben recibir justicia. No hay que luchar; la garantía está asegurada.

El otro pasaje de la Escritura es 2 Corintios 5:21. Hemos sido salvos, pero aún somos humanos. Es verdad que ahora somos salvos, y que nuestros pecados han sido perdonados, pero ¿qué hacemos mientras vivimos en la tierra? Todos somos cristianos, y somos los hijos del Señor. Dios declara algo asombroso aquí en cuanto a Sus hijos: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado”. Dios hizo al Señor Jesús pecado. Originalmente el Señor Jesús era inmaculado; El no tenía nada que ver con el pecado. Ahora Dios lo ha juzgado como si juzgase al pecado mismo. Dios lo juzgó así “para que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en El”. Hoy día, en el Señor Jesucristo usted y yo somos la obra maestra de la justicia de Dios. Cuando la gente nos ve, ve la justicia de Dios. Debido a que el Señor Jesús fue hecho pecado por nosotros los pecadores y llevó nuestros pecados para perdonarnos, nos hemos convertido en la justicia de Dios en el Señor Jesucristo. Somos la justicia viviente de Dios que camina en la tierra. En Cristo somos los representantes de la justicia de Dios.

Si usted no sabe lo que es la justicia de Dios, todo lo que debe hacer es encontrar una persona salva y mirarla bien. Entonces sabrá lo que es la justicia de Dios. Si usted quiere saber lo que es la justicia de Dios, sólo busque a un cristiano y sabrá que El no ha tratado con nuestros pecados irresponsablemente. Dios hizo pecado al que no conoció pecado. Puesto que el Señor Jesús ya murió, la obra de redención ya está cumplida. Estar en el Señor Jesús hoy es una expresión de la justicia de Dios. Cuando una persona ve que alguien cree en el Señor Jesús, esa persona ve la justicia de Dios. Si alguien quiere saber lo que es la justicia de Dios, yo le diría: “Simplemente míreme. Dios me ama mucho. El nos ama. El no es irresponsable con el pecado. Por esta razón el Señor Jesús murió en la cruz. Míreme, soy un pecador salvo. Soy la obra maestra de la justicia de Dios en Cristo”.

Hoy declaramos dos grandes cosas que el mundo necesita desesperadamente. Primero, Dios ama al hombre. Este es el hecho más maravilloso. Pero eso no es todo. En segundo lugar, Dios en Su justicia ha perdonado el pecado del hombre. Ahora el hombre puede acudir a Dios con toda confianza y plena fe, recordándole que El ha perdonado sus pecados.

Finalmente quisiera hacerles una pregunta. ¿Por qué está la parábola del hijo pródigo en Lucas 15? Parece que falta algo en esta parábola. El hijo pródigo despilfarró sus bienes y volvió a su casa; aunque el padre indudablemente lo amaba, él debería haber dicho por lo menos unas pocas palabras de reprensión, tal vez algo como: “Tú has tomado todos tus bienes y lo has gastado todo; hasta tu estómago está vacío ahora”. Pero el padre no habló así. No es de extrañar que el hijo mayor tuviera algo que decir. Incluso nosotros tenemos algo que decir. ¿Acaso la injusticia no es un pecado que no ha sido tratado? Si Lucas 15 tuviera solamente la parábola del hijo pródigo, concluiríamos que Dios no es justo, que Dios no juzgó el pecado, y que lo pasó por alto. En la parábola del hijo pródigo no hay reproche alguno. Pero gracias al Señor que hay tres parábolas en Lucas 15. La primera es la parábola del pastor que rescata la oveja. La segunda es la parábola de la mujer que busca la moneda perdida. La tercera es la parábola del padre que recibe al hijo pródigo. En la primera parábola tenemos al buen pastor que da su vida por las ovejas. El Señor Jesús ya vino y murió. El pecado del hijo pródigo ya había sido juzgado en la primera parábola. Debido a lo que ocurrió en la primera parábola, tenemos una segunda, donde una mujer enciende una lámpara para buscar una moneda perdida. Puesto que el Señor Jesús efectuó la salvación, el Espíritu Santo puede venir para iluminar con Su luz. Después el Padre ya no ve el problema del pecado. El problema del pecado ha sido aclarado en la parábola del pastor que da su vida por las ovejas. Además, el sentir interior ha sido iluminado en la parábola de la mujer que enciende una lámpara. Ya se han visto los errores. El padre sólo necesita recibir al hijo pródigo. El Señor Jesús perdonó nuestros pecados. El Espíritu Santo nos ha iluminado y nos ha

convencido de pecado, de justicia y de juicio. Por lo tanto, cuando viene el Padre, ya no se necesita mencionar el problema del pecado; lo único que hace es recibirnos. En las dos parábolas anteriores, la justicia de Dios y Su amor ya se habían manifestado.

Supongamos que una persona aún no ha venido a Dios, pero reconoce que es pecadora y se da cuenta de que el Señor Jesús ha juzgado sus pecados. El Buen Pastor ha llevado sus pecados y el Espíritu Santo lo ha iluminado en cuanto a sus pecados. Cuando tal persona vuelve a la casa, debe darse cuenta que el problema del pecado ha desaparecido para siempre; ya ha sido resuelto en la cruz. Recuerden que la casa del Padre no es lugar para hablar del pecado. No es el lugar para hablar de nuestro despilfarro. La cruz es el lugar para hablar del pecado; es el lugar para hablar del despilfarro. Si usted está en la casa, Dios tiene el derecho de no hablar de los pecados que usted cometió. Podemos comer y beber a gusto. Podemos vivir, vestir las mejores ropas, descansar y alegrar nuestros corazones. Dios dijo que antes estábamos perdidos, pero fuimos hallados, antes estábamos muertos, pero revivimos. Ya no hay más problemas. ¡Aleluya! La gracia de Dios es suficiente para nosotros. Así que, nos damos cuenta de que la gracia de Dios es una gracia fiel y justa.

LA JUSTICIA DE LA SALVACION

Debemos saber que antes de la muerte del Señor Jesús, era injusto que Dios perdonara nuestros pecados, pero después de la muerte del Señor Jesús, sería igualmente injusto si no perdonara nuestros pecados. Sin la muerte del Señor Jesús, Dios sería injusto al perdonar; nunca podría hacerlo. Con la muerte del Señor Jesús, El sería igualmente injusto si no perdonara. Por favor recuerden, una redención sin sangre es injusta. Por otro lado, si uno tiene la sangre y la salvación le es negada, esto también es injusto.

Una vez fui con un hermano a Kiukiang. Mientras íbamos en el barco navegando y compartiendo la palabra con otros, le hablé a una persona acerca de nuestra fe. Al mismo tiempo este hermano le hablaba a otro, que era musulmán. Durante la conversación, el hermano le preguntó al hombre si tenía algún pecado. El hombre trató de decirle lo bueno que era el Islam y lo grande que era Mahoma. Pero el hermano le dijo: “Esa no fue mi pregunta. Mi pregunta es: ¿Tiene usted algún pecado?” El confesó que sí. Luego nuestro hermano le preguntó: “¿Qué va a hacer entonces? ¿Existe alguna manera para que usted sea perdonado?” El hombre respondió que si quería ser perdonado, tendría que sentir un remordimiento de corazón y hacer el bien; hacer esto, aquello y muchas otras cosas. Después de que el hombre enumeró todo lo que se debían hacer, este hermano le dijo: “Este es precisamente el punto de controversia. Usted ha dicho que cuando uno peca, el remordimiento puede traer perdón. Pero yo digo que cuando uno peca, debe ser castigado. Sin castigo, no puede haber perdón. ¿Cree usted

que con sentir remordimiento será perdonado? Yo digo que el perdón sólo viene por el juicio. Si yo pequé en esta ciudad y escapé a un país lejano, puedo sentir remordimiento allí y hacer muchas caridades. Puedo ser un buen hombre allí. Pero nada de esto revocará mi pecado. Su Dios es un Dios que perdona sin juicio. Pero mi Dios es un Dios que perdona sólo después de castigar”. El musulmán después preguntó: “Entonces, ¿cómo puedo ser perdonado?” “De la siguiente manera”, dijo el hermano: “Usted debe creer en el Señor Jesús. Solamente así será perdonado. Sus pecados han sido perdonados en el Señor Jesús, y cuando cree en El, usted es perdonado”. Así es la justicia de Dios. En la actualidad los hombres argumentan si Dios es amor o no. Ellos no se dan cuenta que Dios no solamente es amor, sino también justicia. Dios no solamente quiere perdonar los pecados del hombre. El tiene que perdonarlos de una manera que no contradiga Su naturaleza y Su justicia.

LA APLICACION DE LA JUSTICIA DE DIOS

Ahora tenemos que preguntar, ¿cómo se aplica a nosotros la justicia de Dios? La justicia de Dios se aplica a nosotros de dos maneras. Primero puede ser aplicada al traer paz a nuestro corazón. Los sentimientos no son de fiar; por lo tanto, no tenemos que confiar en los sentimientos de Dios. Lo mismo sucede con el amor. Si el amor de alguien cambia, nadie lo puede penalizar por eso. Pero podemos aferrarnos a la justicia y hacer reclamos basados en ella. Si Dios sólo nos amara, El podría salvarnos del juicio de los pecados, o podría dejarnos perder, si quisiera. ¿Qué sucedería si Dios ya no estuviera contento con nosotros? Si Dios no nos amara más y estuviera descontento y enojado con nosotros, sufriríamos. Bajo tales circunstancias, no habría garantías con respecto a Dios, y nuestros corazones nunca estarían en paz. Pero puesto que Dios nos ha dado Su justicia, estamos en paz, pues sabemos que nuestros pecados han sido juzgados en la persona de Cristo. Así, podemos tener una conciencia confiada y segura, y nuestros corazones tienen paz cuando venimos a Dios. La paz no se obtiene por medio del amor; la paz sólo se obtiene por medio de la justicia. Aunque en realidad el amor de Dios es de fiar; desde el punto de vista del hombre no es tan confiable como la justicia de Dios. Cuando una persona confía en Dios, debe aprender a confiar más en Su justicia que en Su amor. Luego, mientras progresa, debe aprender a confiar más en el amor de Dios que en Su justicia. Tal confianza pertenece a un estado avanzado de la vida cristiana. Esta es la vida de personas como Madame Guyón. Pero al principio, debemos tomar la justicia como la base de nuestra fe. Gracias a Dios que nuestros pecados han sido perdonados. Gracias a El que nunca más nos juzgará. Como dice el himno:

Dios no condenará a dos por
un delito

A Su Hijo, mi seguridad,
Y luego también a mí.

Nuestros corazones pueden descansar, pues nuestros pecados fueron juzgados.

La justicia de Dios tiene otra aplicación: nos hace ver lo detestable que es el pecado. Dios, a fin de preservar Su justicia, estuvo dispuesto aun a crucificar a Su Hijo. Dios prefirió sacrificar a Su Hijo antes que sacrificar Su justicia, Su verdad y Su ley. Dios no hará nada contra Su naturaleza. Por lo tanto, podemos ver lo detestable que es el pecado. Si Dios no puede ser descuidado en cuanto al pecado y prefiere juzgar a Su Hijo a fin de tratar con el pecado, nosotros tampoco podemos ser descuidados para con el pecado. Según Dios, Su Hijo puede ser sacrificado, pero no se puede dejar el pecado impune. Todo aquel que cree en el Señor Jesús debe ver entonces que no se puede pasar por alto ningún pecado. La actitud de Dios para con el pecado es muy estricta.

Ahora todos nuestros pecados son perdonados. El Señor Jesús murió, nosotros fuimos perdonados, y todo ha sido solucionado. Me gustaría ponerles otro ejemplo. Un día estaba en la plaza Hsiao-feng leyendo mi Biblia. De repente, el cielo se oscureció y empezó a tronar, y me pareció que ya estaba por llover. Rápidamente cerré mi Biblia y corrí a una casilla del otro lado de la plaza. Pero después de esperar un rato, no llovió, así que caminé de prisa hacia mi casa. Mientras me dirigía a casa el cielo aún seguía oscuro; aún tronaba, y las nubes eran muy espesas. Sin embargo, no llovió, ni siquiera una gota me tocó en todo el camino a mi casa. En otra ocasión, cierto tiempo después, fui a la misma plaza para leer de nuevo, y otra vez el cielo oscureció como la vez pasada, pero esta vez estaba tranquilo y no me apresuré. Lamentablemente, esta vez sí llovió, y por consiguiente me mojé. No pude hacer otra cosa que correr hacia la casilla de nuevo. Cuando llegué a la casilla, llovía copiosamente. Pero, al fin, el cielo se aclaró, las nubes se dispersaron, los truenos cesaron, y volví de nuevo a mi casa. Esta vez, como la vez anterior, no hubo ni una gota de lluvia en mi camino a casa. Ahora les pregunto: ¿En qué ocasión mi corazón tuvo más paz? En ambas ocasiones no llovió mientras iba rumbo a mi casa. Pero ¿en qué caso tuve más paz? ¿en la primera ocasión, o en la segunda? Aunque en la primera no llovió en el camino a casa, en realidad no sabía cuándo llovería; como resultado, mi corazón estaba en suspenso. En la segunda ocasión tampoco hubo lluvia en el camino a casa, pero mi corazón estaba en paz porque la lluvia ya había pasado y el cielo estaba claro. Mucha gente cree que Dios pasará por alto sus pecados. Están como yo en mi primera caminata a casa. Aunque no llueve, la oscuridad aún se cierne sobre ellos; sigue tronando y aún las nubes los cubren. Sus corazones están en suspenso. No saben lo que les sucederá. Pero gracias al Señor, la salvación que hemos recibido es una salvación por la que ya “pasó por la lluvia”. Es una salvación que ya “pasó por los truenos”. Nuestra “lluvia” ya cayó en el Calvario, y nuestro “trueno” ya

resonó en el Calvario. Ahora ya pasó todo. Nos regocijamos no sólo porque nuestros pecados han sido perdonados, sino también porque han sido perdonados después de ser ajusticiados. No fueron pasados por alto. Dios trató el problema de nuestros pecados. La resurrección de Su Hijo es la evidencia de esta obra.

Hoy es el día de la gracia. Pero debemos recordar que la gracia reina mediante la justicia (Ro. 5:21). La gracia no viene directamente; tiene que venir a través de la justicia. La gracia de Dios no viene a nosotros directamente; viene a nosotros a través del Calvario. Hoy día algunos dicen que si Dios nos ama, El nos puede perdonar sin previo juicio. Eso sería la obra de la gracia sin la justicia. Pero la gracia reina a través de la justicia. La gracia necesita la justicia del Calvario antes de poder reinar. Recibir la gracia hoy se basa únicamente en la justicia de Dios. Nuestros pecados son perdonados después de ser tratados. Cuando vemos la cruz, podemos decir que ésta es la justicia de Dios. También podemos decir que ésta es la gracia de Dios. La cruz es la justicia, y la gracia de Dios. Para Dios, la cruz es justicia; para nosotros, es gracia. Cuando contemplamos la cruz hoy día, nuestro corazón está en total paz porque sabemos que la gracia que hemos recibido fue obtenida de la manera justa que Dios usa. Sabemos que nuestra salvación es clara, completa, apropiada y correcta. Nuestra salvación no es de contrabando, ni es un fraude, sino que viene por medio del juicio del pecado. ¡Gracias al Señor! La cruz ha resuelto el problema del pecado, y la resurrección ha confirmado que la solución es una realidad.

CAPITULO SEIS

LA OBRA DE CRISTO: LA REDENCION

Por la gracia de Dios, hemos visto en las últimas noches lo que es la salvación de Dios. Esta es la sexta noche. Espero dar un repaso breve de lo que hemos abarcado en las cinco reuniones anteriores, y después continuaremos. Hemos visto el pecado, la ley, el amor de Dios, Su gracia y Su justicia. Hemos visto cómo el hombre se ha convertido en un pecador y cómo la ley se introdujo para exponer los pecados del hombre. También hemos visto que aunque está probado que el hombre es un pecador, de todos modos Dios lo ama. No solamente Dios nos ha amado, sino que también nos ha mostrado misericordia y gracia. También hemos visto cómo se manifestó la gracia de Dios, cuál es la naturaleza de esta gracia, cómo es que vino y que nunca se puede mezclar con el esfuerzo humano. Anoche vimos que, a pesar del amor de Dios y de Su deseo de darnos gracia, había un obstáculo para que la gracia de Dios viniera a nosotros. Si una cosa quedó irresoluta, la gracia de Dios no podía venir a nosotros. Aunque la gracia reina, solamente lo hace a través de la justicia (Ro. 5:21). La gracia no puede reinar por sí misma. Así, el Señor nos mostró cómo se manifestó la justicia. Su justicia trató con nuestros pecados. Al mismo tiempo, nos permite recibir gracia de Dios. Hemos cubierto esto durante las últimas cinco noches. Ahora, continuaremos con el evangelio de Dios y Su salvación.

La salvación llevada a cabo por Dios a través del Señor Jesús ha manifestado la gracia de Dios. Al mismo tiempo, satisface los requisitos de la justicia de Dios. Hoy abarcaremos la obra del Señor Jesús. Este es un tema dulce y excelente. Trata con la manera en que el Señor Jesús llevó a cabo la salvación. Ahora debemos ver cómo el Señor Jesús satisfizo la demanda de Dios y cómo manifestó la gracia de Dios. Al mismo tiempo, tenemos que ver cómo el Señor Jesús satisface el corazón del cristiano para que seamos satisfechos con Su obra también. Una canción que cantamos dice: “El corazón de Dios se satisface con la obra del Señor Jesús, y nuestros corazones también descansan con Su obra”. Dios está satisfecho, y nosotros estamos satisfechos. Si el tiempo lo permite, espero que podamos abarcar ambos aspectos.

EL SEÑOR JESUS ES TANTO DIOS COMO HOMBRE PARA EL CUMPLIMIENTO DE LA REDENCION

Lo primero que tenemos que ver es que el Señor Jesús es Dios. Podemos decir que sólo Dios puede cargar los pecados del hombre. Nunca considera al Señor Jesús como una tercera persona que vino a morir una muerte substitutiva. No piensa que Dios es

solamente una parte, nosotros somos otra parte y el Señor Jesús es una tercera parte. La Biblia nunca considera al Señor Jesús como una tercera parte. Por el contrario, lo considera como la primera parte. Tal vez a usted se le dijo que el evangelio es como un deudor, un prestador y el hijo del prestador. El deudor no tiene dinero para pagar su deuda. El prestador, siendo severo, insiste en el pago. Pero el hijo del prestador se adelanta para pagar la deuda a favor del deudor, y el deudor queda libre.

Este es el evangelio que el hombre predica hoy en día. Pero este no es el evangelio real. Si este fuera el caso, por lo menos dos puntos no serían justos y además estarían contrario a la Biblia. Primero, este tipo de entendimiento pone a Dios en una posición de malo y al Señor Jesús en gracia. En tal ilustración, no vemos que Dios ama al mundo. Más bien, sólo vemos Su demanda justa y la demanda de la ley. Vemos a un Dios severo, un Dios que no tiene gracia y un Dios cuyas palabras para con el hombre son duras. Vemos que el Señor Jesús nos ama y nos da gracia. Este es un evangelio equivocado. Sin embargo, aunque éste sea un evangelio equivocado, Dios aún lo usa. En realidad, yo mismo fui salvo por esta clase de ilustración. Pero aunque fui salvo, durante los primeros tres años nunca pude alabar a Dios. Siempre sentí que el Señor Jesús era bueno, que debía agradecerle y alabarle, que sin El no había esperanza y que fue una fortuna que El vino. Pero sentí que Dios era muy duro, severo y serio. No era para nada amoroso. Parecía que todo lo bueno estaba en el Señor Jesús y todo lo malo estaba en Dios, que Dios es terrible y el Señor Jesús es amoroso.

Pero esto no es la Biblia. La Biblia dice que Dios amó tanto al mundo que nos dio a Su Hijo (Jn. 3:16). Dios nos envió a Su Hijo porque nos amaba. Por esto fuimos traídos a Dios después de que el Señor Jesús cumplió con Su obra en la cruz. Si Dios no nos hubiese amado y no nos hubiese enviado al Señor Jesús, cuanto mucho el Señor Jesús podría traer gente para Sí; El no podría traer gente para Dios. Gracias al Señor que el que nos amó es Dios. Gracias a El que El mismo nos envió a Su Hijo. El Padre fue movido a compasión. Fue el Padre el que nos amó. Fue el Padre el que planeó la salvación. Fue el Padre el que tenía una voluntad en la eternidad pasada. Primero, propuso todo, y luego el Hijo vino. Por tanto, es un error pensar que hay tres partes. Sólo hay dos partes, Dios y el hombre. El Señor Jesús es el regalo de Dios para el hombre. Sin embargo, este regalo es algo viviente y con voluntad, y no algo sin vida y sin voluntad. Gracias a Dios que la salvación es algo entre Dios y el hombre. El Señor Jesús es un regalo. En la actualidad tenemos que venir ante Dios. Venimos a Dios por medio del Señor Jesús. Esto es lo primero que debemos ver.

Segundo, si hubiese tres partes, el Señor Jesús no habría estado calificado para morir por nosotros. Es verdad que cuando el Señor Jesús murió por nosotros, la justicia de Dios fue satisfecha y los pecados del hombre fueron perdonados. Pero ¿es justo esto

para el Señor Jesús? Supongamos que hay dos hermanos. Un hermano cometió un crimen capital y fue sentenciado a muerte. El otro hermano está muy dispuesto a morir por él, por lo tanto es ejecutado en lugar del otro. El es inocente, y también es una tercera parte. El muere en lugar del otro. La Biblia no nos muestra que el Señor Jesús murió así por nosotros. No nos muestra que Dios tiene una demanda, que Su ley tenía que ser satisfecha, y que a fin de que el hombre satisfaga la demanda de la ley, el Señor Jesús vino para cumplir la ley de Dios. No existe tal cosa. ¿Qué posición tomó el Señor Jesús cuando vino para cumplir la redención? Tenemos que considerar esto cuidadosa y claramente por la Biblia.

Quisiera que tuvieran presente una cosa. El mundo cree que sólo hay una manera de tratar con el problema del pecado. Los predicadores que predicán enseñanzas equivocadas dicen que hay tres maneras de tratar con el pecado. Pero para Dios, sólo hay dos maneras de tratar con el pecado. Esto necesita una explicación. Antes de leer la Palabra de Dios, uno podría pensar que cualquiera de los tres puede resolver el problema: el hombre puede resolverlo, Dios puede resolverlo o una tercera persona puede resolverlo por substitución. Los incrédulos que no conocen a Dios piensan que sólo hay una solución, a saber, el hombre resuelve su propio problema. Pero la justicia de Dios nos muestra que sólo hay dos maneras de resolver el problema. Una es por Dios mismo y la otra es por el hombre mismo. ¿Qué quiero decir? Consideremos primero lo que el hombre piensa. El piensa que es un pecador y que por lo tanto debe llevar el juicio del pecado y la ira de Dios. El piensa que debe perecer e ir a perdición. La única solución que él tiene es ir al infierno. El tomará la responsabilidad por lo que ha hecho. Si peca, se va al infierno y se lleva su propio juicio por el pecado. Esta es una manera de resolver el problema. Cuando él debe dinero, vende todo lo que tiene. Tal vez, incluso, tenga que vender a su esposa, hijos, casa y tierra, si eso resuelve el problema. Esto es justo. También está el otro concepto equivocado. Para los que escucharon el evangelio, consideran que el Señor Jesús es un tercero que viene para tomar nuestro lugar y resolver el problema de nuestro pecado. El hombre ha pecado y ha incurrido en el juicio por el pecado. Ahora todo el juicio recayó sobre el Señor Jesús; El lleva todo el juicio. Tal enseñanza parece correcta. Pero enseguida verán que esto no es exacto.

Por causa de los que no tienen conceptos claros, primero diría una palabra. En la Biblia, hay dos doctrinas importantes, las cuales son cargar con los pecados y el rescate de los pecados. Por favor no piensen que no creo en la substitución. Pero la substitución de que algunos hablan no es la substitución de la Biblia, porque la de ellos tiene injusticia. Si el Jesús sin pecados es un substituto de los hombres pecadores, es, por supuesto, una ganga para nosotros. Pero ¿es justo tratar al Señor Jesús de esta manera? El no pecó. ¿Por qué debe morir? Esta no es la clase de substitución que la Biblia menciona. Si el Señor Jesús ha de morir en favor de todos los pecadores del mundo, entonces tanto los

que creen como los que no creen en Jesús serán salvos igualmente. El Señor murió por ambos, hayan creído o no. Uno no puede mover la rueda en sentido contrario para retroceder la muerte del Señor simplemente porque uno no cree. Uno puede dar marcha atrás en otras cosas. Pero esto no retrocede. ¿Por qué dice la Biblia que los que no creen han sido juzgados y perecerán? (Jn. 3:16, 18). Porque el Hijo de Dios sólo murió una muerte substitutiva para los que creemos. El no es un substituto para los que no creen.

Entonces, ¿cómo se resuelve el problema del pecado según la Biblia? Sólo hay dos maneras justas de resolver el problema. Una es tratar con el que pecó, y la otra es tratar con aquel contra quien se pecó. Sólo hay dos partes en el mundo que están calificadas para tratar con este problema. Sólo hay dos personas en el mundo que tienen el derecho para tratar con el problema del pecado. Una es el que pecó contra otro. La otra es contra quien se pecó. Cuando una persona demanda a otra en la corte, ningún tercero tiene el derecho de hablar. En un proceso judicial, sólo el que pecó contra alguien y al que se le cometió el pecado tienen el derecho de hablar. En cuanto a la salvación del pecador, si éste no se preocupa por sí mismo, entonces Dios se tiene que encargar por él. El pecador es la parte pecadora, y Dios es la parte contra quien se pecó. Cualquiera de ambas partes puede tratar con el problema del pecado de la manera más justa. Por el lado del pecador, es justo que él sufra el juicio y el castigo, perezca y se vaya a perdición. Pero también hay otra manera que es igualmente justa. La parte contra quien se pecó puede asumir el castigo. Tal vez esto nos suene inconcebible, pero es un hecho. La parte contra quien se pecó es la que lleva los pecados. No es un tercero el que los lleva. Un tercero no tiene autoridad o derecho de introducirse. Si un tercero entra, es injusticia. Sólo cuando la parte contra quien se pecó está dispuesta a perder es cuando el problema se puede resolver. Puesto que Dios amó y también tiene justicia, El no le permitirá a un pecador llevar sus pecados, pues eso significaría que Dios fue justo pero sin amor. La única alternativa es que la parte contra quien se pecó se introduzca. La justicia será mantenida solamente si Dios lleva nuestros pecados.

¿Conoce usted el significado del perdón? En el mundo, hay perdón. Entre individuos, hay perdón. Entre un gobierno y su pueblo hay perdón. Aun entre naciones hay perdón. Con Dios y el hombre, también hay perdón. El perdón es algo reconocido universalmente como un hecho. Nadie puede decir que el perdón es algo injusto. Es algo que uno hace de buena gana para con otro. Pero la pregunta es: ¿quién tiene el derecho de perdonar? Si un hermano me ha robado diez dólares, y yo lo perdono, significa que quité las consecuencias de su pecado. Asumí la pérdida de los diez dólares. Otro ejemplo, digamos que usted me dio una bofetada. El golpe fue tan grave que sangré. Si digo que lo perdono, significa que usted cometió el pecado de abofetear, y yo sufrí las consecuencias de la bofetada. Usted cometió el pecado, pero yo sufrí las consecuencias de éste. Esto es perdón. Perdonar significa que una parte peca, y otra sufre las

consecuencias de ese pecado. Perdón consiste en que la parte contra quien se pecó toma la responsabilidad de la parte que pecó. Un tercero no tiene ningún derecho de introducirse. El no puede introducirse para recompensar. Si un tercero se introduce para perdonar y recompensar, sería injusticia. Si el Señor Jesús se introdujera como un tercero para substituir al pecador, éste no tendría ningún problema, y tal vez para Dios estaría bien, pero habría un problema para el Señor Jesús. El no tiene pecado. ¿Por qué tenía que sufrir el juicio? Sólo el que peca carga con las consecuencias del pecado; él tiene el derecho de llevar su propia responsabilidad y sufrir el juicio por su pecado. Sólo hay uno que puede tomar su pecado: contra quien él pecó. Sólo contra quien se pecó puede tomar el pecado del que pecó. Esto es justicia. Este es el principio del perdón. Tanto la ley de Dios como la ley del hombre reconocen que esto es justo. El hombre debe sufrir. Así como el hombre tiene libre albedrío, también Dios. Una persona con libre albedrío tiene el derecho de sufrir la pérdida.

Entonces, ¿qué es la redención de Cristo? La obra redentora de Cristo es Dios mismo que viene a cargar el pecado del hombre contra El. Esta palabra es más amorosa para el oído que cualquier música del mundo. ¿Qué es la obra redentora de Cristo? Es Dios que carga con aquello que contra El pecó el hombre. En otras palabras, si Jesús de Nazaret no fuera Dios, El no estaría calificado para cargar justamente con nuestros pecados. Jesús de Nazaret era Dios. El es el Dios contra quien hemos pecado. Nuestro Dios ha bajado a la tierra personalmente y cargó nuestros pecados. Hoy en día, más bien Dios ha llevado nuestros pecados, y no el hombre. Esta es la razón por la cual es una carga justa. Nosotros no la podemos cargar. Si nosotros cargáramos con los pecados, estaríamos acabados. Gracias a Dios que El mismo ha venido al mundo para cargar nuestros pecados. Esta es la obra del Señor Jesús en la cruz.

Entonces, ¿por qué Dios se hizo hombre? Ya es suficiente con que Dios ame al mundo. ¿Por qué tuvo que dar Su Hijo unigénito? Uno se debe dar cuenta de que el hombre ha pecado contra Dios. Si Dios requiere que el hombre lleve su pecado, ¿cómo puede hacerlo? El pago del pecado es muerte. Cuando el pecado motiva y actúa dentro de alguien, termina en muerte. La muerte es la justa pena del pecado (Ro. 5:12). Cuando el hombre peca contra Dios, tiene que cargar con las consecuencias del pecado, el cual es la muerte. Así que, Dios es la otra parte. Si El ha de venir para tomar nuestra responsabilidad y llevar las consecuencias de nuestro pecado, tiene que morir. Pero 1 Timoteo 6:16 nos dice que Dios es inmortal; El no puede morir. Aunque Dios está dispuesto a venir al mundo y llevar nuestros pecados, y aunque está dispuesto a morir e ir a perdición, para El es imposible. La muerte no tiene ningún efecto en Dios. No existen posibilidades para que Dios pueda morir. Entonces, para que Dios pueda cargar con los pecados contra El del hombre, tiene que tomar el cuerpo del hombre. Por esto Hebreos 10:5 nos dice que cuando Cristo vino al mundo, El dijo: “Mas me preparaste

cuerpo”. Dios preparó un cuerpo para Cristo, así Cristo podría ofrecerse como holocausto y ofrenda por el pecado. El Señor dice: “Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron” (v. 6). Ahora El ofrece Su propio cuerpo para tratar con el pecado del hombre. Así, el Señor Jesús se hizo hombre y vino al mundo para ser crucificado en la cruz.

El Señor Jesús nos es un tercero; El es la primera parte. Debido a que El es Dios, está calificado para ser crucificado en la cruz. Debido a que es hombre, El puede morir en la cruz a nuestro favor. Debemos distinguir estas dos cosas claramente. El está calificado para ser crucificado porque es Dios, y está habilitado para ser crucificado porque es hombre. El es la parte opuesta; El se ha puesto del lado del hombre para sufrir el castigo. Dios se hizo hombre. El vino entre los hombres, se unió al hombre, tomó la carga del hombre y llevó todos sus pecados. Si la redención ha de ser justa, Jesús de Nazaret debe ser Dios. Si Jesús de Nazaret no es Dios, la redención no es justa. Cada vez que miro la cruz, digo dentro de mí: “Esto es Dios”. Si El no es Dios, Su muerte pasa a ser injusta y no puede salvarnos, pues El sería un tercero. Pero gracias al Señor, El es la parte opuesta a nosotros. Por eso dije que sólo hay dos partes habilitadas para tratar con nuestros pecados. Una es nosotros mismos. La otra es Dios contra quien hemos pecado, en tal caso El muere por nosotros. A parte de estos dos, ningún tercero tiene la autoridad para tratar con nuestros pecados.

EL HOMBRE JESUS ES JUSTO CONFORME A LA LEY Y ESTA CALIFICADO PARA REDIMIR AL HOMBRE

Jesús de Nazaret vino al mundo. Mientras estaba en la tierra, Sus obras mostraron que Dios nos ama. Pero al mismo tiempo, El cumplió con la ley. El estaba verdaderamente sujeto a Dios. El era un hombre sumiso y santo. En El vemos un hombre perfecto. Jesús de Nazaret estaba lleno de justicia. El era un hombre justo. A través de la historia sólo hubo un hombre que podía ser salvo por la ley. Este era Jesús de Nazaret. El no necesitaba guardar la ley, sin embargo la guardó. La Biblia dice que sólo los que guardan la ley pueden heredar la justicia que es de la ley. Con justicia, hay vida. La ley dice que el que la guarde vivirá. Guardarla es morar en ella. Todos los que tienen la justicia de la ley tienen vida. El único propósito que Dios tiene al decir esto a todo el mundo es para condenar al hombre y probarle que es un pecador. Dios nos dio la ley para probarnos que somos pecadores. Gracias al Señor. Sólo hay uno que tiene vida por la ley. Este es Jesús de Nazaret.

Dejemos por un momento el hecho de que El es Dios y considerémoslo como un hombre, un hombre común. El guardó la ley y vivió. El vivió en la tierra por treinta y tres años. El no pecó, ni conoció el pecado. El fue tentado en todas las cosas. Pero no fue

tentado por el pecado. Observen lo siguiente: el Señor Jesús no fue tentado por el pecado. Cuando muchos leen el libro de Hebreos, lo mal entienden por causa de una mala traducción. El texto griego nos muestra claramente que aunque el Señor Jesús fue tentado en todas las cosas, El nunca fue tentado por el pecado. El estaba en la carne y por lo tanto tenía debilidades. Pero El no conoció el pecado. El nunca fue tentado por el pecado. Si usted consulta con una buena traducción, verá esto claramente.

Los hechos justos del Señor Jesús, ¿son de algún beneficio para nosotros? Por supuesto que sí. Los hechos justos del Señor Jesús prueban que El es Dios. Debido a estos hechos justos, el Señor Jesús no tuvo que morir para Sí mismo. Los hechos justos del Señor lo califican para morir en la cruz por nuestros pecados. Si el Señor Jesús tuviera algún pecado, Su muerte habría sido para El mismo; no podría haber muerto por nosotros. Puesto que el Señor no tuvo pecado, estaba calificado para ser ofrecido como sacrificio por nuestros pecados. La teología cristiana dice que Dios hizo la justicia del Señor Jesús nuestra. Dios transfirió la justicia del Señor a nosotros en la misma manera en que los bancos transfieren dinero de una cuenta a otra. El Señor guardó la ley por nosotros. Nosotros hemos desobedecido la ley. Pero la obediencia del Señor Jesús nos ha ganado la satisfacción de Dios. Pero déjenme hacer una pregunta cortante: ¿Alguna vez la Biblia menciona “la justicia del Señor Jesús”? ¿Quién puede encontrar un lugar en el Nuevo Testamento que hable de “la justicia del Señor Jesús”? Si usted lee el Nuevo Testamento, incluso en griego, descubrirá que el Nuevo Testamento nunca menciona las palabras *la justicia de Cristo*. Hay un lugar que parece decir así, pero no se refiere a la justicia personal de Cristo. Los hombres no quieren leer la Palabra de Dios hoy en día. Les gusta estudiar la teología. Sin embargo, la teología es creada por el hombre. No viene de la Palabra de Dios. La teología nos dice que Dios nos ha imputado la justicia de Cristo. La Biblia no tiene este concepto. Por el contrario, la Biblia se opone a este concepto. La justicia de Jesús de Nazaret es Su propia justicia. Sin duda es justicia, pero es la justicia de Jesús de Nazaret. Esta justicia lo califica para morir por nosotros y ser nuestro Salvador, pero Dios no tiene intenciones de transferirnos la justicia de Jesús.

Juan 12:24 es un versículo precioso en la Biblia. Dice que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo. Un hombre como el Señor Jesús era sólo un grano para Dios. Sólo después de morir hay muchos granos. La salvación comienza con la cruz. Aunque debemos tener Belén antes de tener Gólgota, somos salvos por Gólgota, no por Belén. El Hijo de Dios es totalmente justo. El era el justo grano. Pero Su justicia no nos puede salvar. No nos puede ser imputado. Dios menciona la justicia de Cristo en la Biblia. Pero El nunca dice que la justicia de Cristo es para nosotros. La Biblia dice que Cristo es nuestra justicia. Nunca dice que la justicia de Cristo es nuestra justicia. Me gustaría exponer esto, pues esto exaltará la cruz del Señor Jesucristo. La Biblia dice que Cristo es

nuestra justicia. Cristo mismo es nuestra justicia. Vamos a Dios en Cristo. Cristo es nuestra justicia.

Una vez le pregunté a una hermana occidental qué vestía cuando iba ante Dios. Ella dijo que se pone la justicia de Cristo para ir a Dios. Ella tomó la justicia de Cristo como su vestidura para ir a Dios. Luego le pregunté dónde está esto en la Biblia. La justicia de Cristo no se convirtió en nuestra justicia. Cristo nunca nos ha transferido Su justicia. Más bien, Cristo mismo se ha convertido en nuestra justicia. Somos salvos por la justicia de Dios, no por la justicia de Cristo.

Hemos visto lo que es la justicia de Dios. La justicia de Dios nos trae perdón y nos salva del juicio. La justicia de Cristo no hace esto. La justicia de Cristo es sólo Su calificación que le permite ser nuestro Salvador. Cristo nunca nos ha transferido Su justicia. Si la justicia del Señor Jesús fuera transferible, El podría haber hecho esto mientras estaba en la tierra. No tendría que haber ido a la cruz, y así podríamos haber sido salvos. Si ese fuera el caso, Su vida habría sido una vida rescatadora. Pero no hay tal doctrina de vida rescatadora. Sólo está la doctrina de la muerte rescatadora. Sólo la muerte del Señor Jesús nos puede salvar. Su vida es nuestro ejemplo. No podemos ser salvos por Su vida. Su justicia nos condena. Cuanto más justo El es, más problemas tenemos. No hay ninguna manera para que Su justicia nos sea imputada. Si Dios nos pusiera lado a lado con la justicia del Señor, sólo iríamos al infierno. Pero gracias a Dios que El ha muerto y se hizo nuestra justicia. De esta manera somos salvos. La salvación viene de la cruz. No viene del pesebre. La salvación viene de Gólgota; no viene de Belén. Si la justicia del Señor Jesús nos podría salvar, El no tendría que morir. Por lo tanto, cuando leemos la Biblia, no debemos ser afectados por la teología. Entenderemos más claramente si la Biblia nos enseña en vez de la teología. La palabra del hombre ayuda, pero también daña. Preferimos dejar de lado la palabra del hombre.

Sigamos paso a paso. Primero vimos que Dios debe venir para cargar nuestros pecados. Luego vimos que Jesús de Nazaret vino para cargar nuestros pecados. Pero Su justicia en la tierra nos condenaba más. ¿Cuándo fuimos salvos por el Señor Jesús? Veamos un tipo en la Biblia. Entre el Lugar Santo y el Lugar Santísimo en el tabernáculo, había un velo. Dios estaba dentro del velo en el Lugar Santísimo. Fuera del velo estaba el mundo. La Biblia nos dice que este velo significa la carne del Señor Jesús (He. 10:20). En otras palabras, el Lugar Santísimo sólo puede ser visto por el Señor Jesús como un hombre sobre la tierra y por aquellos que viven una vida como la del Señor Jesús. No todos pueden ver a Dios. Sólo el Señor Jesús puede ver a Dios. Nadie en todo el mundo puede ver el Lugar Santísimo. Ha sido velado. El podía ver el Lugar Santísimo cuando Dios quitaba el velo del cielo y combinaba el Lugar Santísimo, el Lugar Santo y el atrio en uno. Esto se cumplió cuando el Hijo de Dios fue crucificado en la cruz. En ese momento,

el camino al Lugar Santísimo fue abierto. Por esto Hebreos 10:19-20 dice que tenemos libertad para entrar en el Lugar Santísimo a través del velo por la sangre del Señor. Este velo rasgado es la carne del Señor Jesús. Ahora tenemos confianza y plena certidumbre de fe para venir a Dios. La justicia del Señor Jesús en la tierra no tiene una relación directa con nosotros. Gracias al Señor que El no se quedó para siempre en la tierra. Si se hubiera quedado en la tierra para siempre, aún sería el único grano. Gracias a Dios que El murió y nos produjo a nosotros los muchos granos. Gracias al Señor por la cruz.

LOS DOS ASPECTOS DE LA CRUZ DEL SEÑOR

He aquí una pregunta. El Señor Jesús murió en la cruz, pero ¿cuál es el significado de Su muerte? ¿Quién lo envió a la cruz? Cualquiera que lee los Evangelios sabe que los judíos lo enviaron a los gentiles, y los gentiles lo crucificaron. Si mal no recuerdo, Pilato era español. ¿Cómo podemos decir que Jesús murió para llevar nuestros pecados? El fue claramente crucificado por el hombre. En Hechos 2:23 Pedro le dijo a los judíos que ellos clavaron a Jesús en la cruz por manos de inicuos. Aquí dice que los judíos clavaron al Señor Jesús en la cruz. Pero ¿qué hizo el Señor Jesús en la cruz? Antes de ir a la cruz, El oraba en el huerto de Getsemaní. ¿Era Su oración, acompañada de sudor como gotas de sangre, causada por la persecución y oposición del hombre? ¿Era porque Judas traía hombres para arrestarlo? ¿O era por que tenía que ir a la cruz para redimirnos del pecado? ¿No era porque Dios hizo pecado al que no tenía pecado por nosotros y puso todos los pecados del mundo sobre El para poder cargarlos sobre el madero? Allí El oró: “Padre, si quieres, pasa de Mí esta copa” (Lc. 22:42).

Si la cruz escapaba al control del hombre, si era sólo un instrumento para algunos hombres malignos para matarlo, y si sólo estaba el aspecto humano del Señor Jesús, entonces no me gustaría escuchar esta oración del Señor. No me gustaría escuchar que Jesús de Nazaret se arrodillara pidiéndole al Padre que si fuera posible le removiera esa copa. Durante los últimos dos mil años, muchos mártires y discípulos del Señor vociferaron más que El cuando estaban por morir. Muchos mártires, cuando estaban encerrados en celdas y calabozos, oraron para que el Padre los glorificara, prefiriendo morir por el Hijo, y más bien testificar de la Palabra del Señor con su sangre. Si no hubiera sido por Dios que comenzó a poner la carga de los pecados sobre el Señor en Getsemaní, y si no hubiera sido por Dios que puso la carga de llevar nuestros pecados sobre el Señor Jesús, nosotros tendríamos que decir que el Señor Jesús no tuvo tanta valentía como los que creyeron en El. Así que, el problema es que la cruz tiene el aspecto del hombre y de Dios. El hombre crucificó al Señor Jesús. Pero el Señor dijo que nadie toma Su vida; El la entregó (Jn. 10:17-18). El hombre podría crucificar al Señor mil veces o diez mil veces, pero si El no entrega Su vida, nada se le puede hacer. El hombre

cree que El fue crucificado por los hombres. Nosotros creemos que El fue crucificado por Dios a nuestro favor para redimir nuestros pecados.

Tenemos que descubrir de la Biblia qué fue lo que Dios hizo en la cruz. Primero, leamos Isaías 53:5-10: “Mas El herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre El, y por Sus llagas fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en El el pecado de todos nosotros. Angustiado El, y afligido, no abrió Su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de Sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió Su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y Su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de Mi pueblo fue herido. Y se dispuso con los impíos Su sepultura, mas con los ricos fue en Su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en Su boca. Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto Su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en Su mano próspera”. Los apóstoles citaron Isaías 53 muchas veces en el Nuevo Testamento. Este pasaje habla del Señor Jesús. ¿Qué fue lo que el profeta dijo cuando escribió esta porción de la Escritura? La última oración del versículo 4 dice: “Y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido”. Al principio, el profeta pensó que El había sido herido y azotado por Dios, que El fue castigado por Sus propios pecados y herido por Dios por Sus transgresiones. Pero en el versículo 5, hay un cambio. Dios le mostró una revelación por la palabra *mas*. Nosotros creemos que el sólo sufría castigo y herida. Mas El no estaba sufriendo castigo y herida. “Mas El herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre El, y por Su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino” (vs. 5-6). La oración que sigue es muy preciosa: “Mas Jehová cargó en El el pecado de todos nosotros” (v. 6). Esto es lo que El Señor hizo. Podemos ver que existe el aspecto del hombre para la cruz y el aspecto de Dios. Aunque fueron las manos del hombre que clavaron al Señor Jesús, manifestándose el odio del hombre hacia Dios; también Dios puso todos nuestros pecados sobre El y lo crucificó. La cruz la hizo Dios; fue algo que Jehová cumplió.

¿Qué ocurrió en la cruz? “Angustiado El, y afligido, no abrió Su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de Sus trasquiladores, enmudeció y no abrió Su boca. Por cárcel y por juicio fue quitado; y Su generación, ¿quién la contará? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la rebelión de mi pueblo fue herido” (vs. 7-8). Ser cortado de la tierra de los vivientes significa morir. Los que estaban parados delante de la cruz, cuando el Señor fue crucificado, se maravillaban y preguntaban por qué este hombre era crucificado. Ellos no sabían por qué le sucedía tal cosa. El profeta dijo que “no abrió Su boca”, y que “como cordero fue llevado al matadero; y como oveja

delante de Sus trasquiladores”. ¿Quién supo que El fue cortado de la tierra de los vivientes por causa del pecado del pueblo? ¿Quién supo que era Dios trabajando en El para cumplir la obra de redención? La cruz fue el medio por el cual el Señor, con Su muerte, cumplió la redención. El versículo 9 dice: “Y se dispuso con los impíos Su sepultura, mas con los ricos fue en Su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en Su boca”. El versículo 10 es muy precioso: “Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto Su vida en expiación por el pecado”. La cruz es la obra de Dios. Fue Dios mismo quien llevó nuestros pecados a la cruz. El resolvió nuestro problema del pecado. Nunca den crédito a Judas por la entrega del Señor Jesús a los judíos. Nunca piensen que sin Judas el Señor no hubiera podido ser el Salvador. Aunque hubiese miles y miles de Judas, seguiría siendo inútil. El Señor Jesús llevó nuestros pecados.

Cuando el Señor Jesús oraba en el huerto de Getsemaní, parece que El era el hombre más débil, sin valor. El pidió al Padre que quitara la copa (Lc. 22:24). Pero cuando salió del huerto al encuentro de muchos hombres malignos, El dijo: “Yo soy”, y ellos “retrocedieron, y cayeron a tierra” (Jn. 18:6). Por favor recuerden que El no cayó cuando enfrentó a los hombres malignos. Por el contrario, El hizo que ellos cayeran. Mientras estaba en Getsemaní, considerando el sufrimiento de llevar los pecados del hombre, cómo el que era sin pecado se haría pecado, y cómo tomaría el juicio del pecado sobre Sí, El oró si era posible quitar esa copa. Si no hubiera sido por el asunto de la redención, el Señor Jesús ni se hubiera comparado con un mártir. Qué valerosos eran todos los cristianos mártires cuando estuvieron en la fosa de los leones. Pero el Señor Jesús suplicó, en lo posible, que se le quitara la copa. Físicamente hablando, el Señor Jesús era muy diferente a los mártires. Pero para la redención, para resolver el problema del pecado, para que Dios viniera a cargar al hombre y el pecado de éste, incluso El tuvo que pedir, si era posible, quitar esa copa. La Biblia dice que Jehová lo hizo expiación por el pecado. Jehová puso sobre El la iniquidad de todos nosotros. Fue algo que Jehová hizo. La cruz era la obra de Dios; no era la obra del hombre. La cruz es Dios mismo que viene a la tierra para llevar los pecados del hombre. La cruz no es la crucifixión del Hijo de Dios por el hombre.

¿Ustedes se acuerdan lo que la Biblia dice acerca de la hora sexta a la hora novena? La luz del sol se oscureció (Lc. 23:44-45). Los judíos se burlaban de El, y los gentiles lo golpeaban y avergonzaban, pero el sol estaba fuera del control de los judíos. Los gentiles no tenían la autoridad de manipular el sol. El hombre podía aclamar y tocar trompeta, pero el terremoto era algo que Pilato no podía llamar. ¿Por qué se oscureció el cielo? Este fenómeno ocurrió porque Dios mismo vino para llevar nuestros pecados. Esto no fue algo hecho por el hombre. Si hubiera sido hecho por el hombre, ¿habría Dios agregado dolor a Su Hijo mientras estaba colgado en la cruz? ¿No podría Dios haber

enviado doce legiones de ángeles para rescatarlo? Así hubiera sucedido si no hubiera sido por la redención de los pecados. Agradecemos y alabamos a Dios que Su Hijo vino para redimirnos de los pecados. Por eso dijo: “Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46). Ningún creyente en los dos mil años pasados tuvo que decir tal terrible palabra cuando murió. Por dos mil años los creyentes, hayan muerto en paz o en dolor, fueron más osados que El. ¿Por qué el Hijo de Dios fue rechazado por Dios? Si hubiera sido manos de hombre y crucifixión de hombre, ese hubiera sido el momento en que El habría necesitado la presencia de Dios más que nunca. Cuando el hombre complotó para perseguirlo y matarlo, Dios debería manifestar Su presencia aún más. Ese era el momento más crítico. Dios debería haber estado con El. Pero, en vez de eso, ¿por qué Dios lo dejó? Era únicamente porque el Hijo de Dios se había hecho pecado y llevó el juicio. Por eso El clamó: “Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué me has desamparado?” Dios lo desamparó. Los que hemos creído en la obra de redención sabemos que la obra de la cruz se cumplió para que El fuera juzgado por el pecado. La cruz del Señor nos muestra cuán maligno es el pecado y qué precio Dios pagó para la obra de la redención.

Aparte de Isaías 53, también podemos encontrar otro testimonio claro. En Romanos 3:25, Dios puso a Cristo “como propiciación”. Esto también muestra claramente que la obra fue hecha por Dios. Deuteronomio 21:23 nos dice que todo aquel que sea colgado en el madero será maldito por Dios. Cuando el Señor estaba colgado en la cruz, El no era maldito por el hombre, sino por Dios. Por eso, El nos puede liberar de la maldición. En 1 Juan 4:10 se dice que Dios nos amó y envió a Su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Dios envió a Su Hijo para ser la propiciación. El hombre no lo crucificó. En 2 Corintios 5:21 también se dice: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado”. Esto lo hizo Dios. La cruz es la obra de Dios. Dios fue quien hizo pasar al Señor Jesús por la cruz. Hechos 2:23 menciona tanto el aspecto de Dios como el del hombre. “A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, matasteis clavándole en una cruz por manos de inicuos”. El Señor Jesús fue matado por los judíos en manos de inicuos. Sin embargo, tal muerte fue según el determinado consejo de Dios. Esto nos muestra que todo fue hecho por Dios. Nosotros tenemos pecado, y el pecado sólo puede ser tratado por Dios mismo. Por esta razón, Dios vino al mundo para ser un hombre. Mientras El era hombre, sin duda era justo. Pero esta justicia no nos fue imputada. La muerte del Señor Jesús fue la que nos liberó de la maldición de la muerte (Gá. 3:13). El no nos liberó del pecado mientras vivía, sino cuando murió. En la cruz, Dios lo crucificó, y no el hombre. La mano del hombre es inútil. Dios fue quien aprovechó la oportunidad para manifestar el pecado del hombre.

REDENCION Y SUBSTITUCION

Ahora tenemos que hacer una pregunta. Puesto que el Señor Jesús murió en la cruz y Dios lo hizo la propiciación, ¿cómo podemos ser salvos? ¿Cuál es la diferencia entre la redención y la substitución? ¿Se parecen en algo? Tenemos que ver que la obra del Señor Jesús es una obra de redención. Pero el resultado de esta obra redentora es la substitución. La redención es la causa, y la substitución es el resultado. El alcance de la redención es muy amplio. Pero el alcance de la substitución no es tan amplio. Es muy interesante que la Biblia nunca menciona que el Señor Jesús murió por los pecados de todos. Sólo dice que el Señor Jesús murió por todos (2 Co. 5:14). Su obra redentora tenía como fin satisfacer los requisitos justos de Dios. Cuando el Señor cumplió la redención en la cruz, esta obra redentora no tenía nada que ver con el hombre. Quiero impresionarlos con esto. La redención en nada está relacionada con nosotros. La obra de redención es algo entre Dios y el pecado. ¿Qué es la obra de redención? Es Dios mismo que vino al mundo para resolver el problema del pecado. Una vez que el problema del pecado está solucionado, la obra de redención está cumplida.

La sangre del cordero pascual era rociada en los postes y dinteles de las puertas (Ex. 12:7). Dios dijo que cuando viera la sangre pasaría esa casa (v. 13). La sangre servía para que Dios la viera. No era para que el primogénito la viera. El primogénito no necesitaba ver la sangre; ellos permanecían en las casas. La sangre servía para satisfacer los requisitos justos de Dios; no servía para satisfacer los requisitos justos del primogénito. En el caso del primogénito, no existía la redención. Si leemos el Antiguo Testamento, descubriremos que la sangre para la expiación (o sea la redención) del pecado era traído al Lugar Santísimo. Era rociado en el velo siete veces (Lv. 16:14-15). En el día de la Expiación, el sumo sacerdote tenía que tomar la sangre y rociarla en la tapa propiciatoria del arca. La sangre se ofrecía a Dios. Es verdad que la sangre tenía que pintarse en el pulgar, oído y dedo del pie del leproso. Pero se hacía para la consagración. Era para consagrarse a Dios. El hombre no tenía tal requisito. La redención tiene que ver con Dios; es Dios que vino a resolver lo que el hombre no puede arreglar. Por eso la Biblia dice: “Y El mismo es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Jn. 2:2). La redención incluye a todo el mundo. En tal redención, todos, incluso aquellos que no han sido salvos, están incluidos.

Dios vino y trató con nuestros pecados. El Señor Jesús ha satisfecho los requisitos justos de Dios para que podamos recibir la substitución del Señor Jesús. Su redención es una preparación abstracta. Al creer en El, esta redención se convierte en una substitución para nosotros. Ante Dios, no fue una substitución, sino una redención. Es importante saber esto. Si no estamos claros acerca de esto, estaremos confundidos acerca de muchas otras doctrinas. La redención está ante Dios, y la substitución es para nosotros. La redención satisface los requisitos de Dios, y la substitución sirve para que recibamos

los beneficios. Lo que El cumplió fue la redención; lo que nosotros hemos recibido es la substitución. No digo que no hay tal enseñanza como la de substitución en la Biblia. Sin duda hay tal enseñanza. Pero todas las enseñanzas en la Biblia acerca de la substitución están escritas para los cristianos. No están escritas para los incrédulos. Para los gentiles vemos que Jesús murió por ellos y cumplió con la redención. Para los cristianos decimos que el Señor Jesús los ha substituido al llevar sus pecados.

En el pasaje que hemos leído en Isaías 53, vean que dice: “Mas El herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre El, y por Su llaga fuimos nosotros curados” (v. 5). Por favor observen que dice “nuestros” en vez de “suyos”. El llevó el sufrimiento por nuestros pecados. Así, nuestros pecados fueron perdonados. Es para nosotros, no para todo el mundo. Cuando Pedro citó Isaías 53, él dijo: “Quien llevó El mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero” (1 P. 2:24). Siempre fue “nuestros”, no “suyos”. Por tanto, tenemos que ser cuidadosos cuando predicamos el evangelio. Es mejor que nos adhiramos más a la Biblia. La Biblia nunca dice a los pecadores que Jesús murió por sus pecados. La Biblia dice que murió por ellos (Ro. 5:8). Jesús en realidad murió por ellos. Pero Jesús no murió por sus pecados. Es un hecho que Jesús muere por ellos. Pero el problema del pecado aún no está solucionado. Es verdad que todos los problemas del pecado están ya solucionados ante Dios. Pero si uno no ha participado en esta obra, sus pecados aún no están solucionados, y él no tiene parte en la substitución de Jesús. Cuando uno recibe al Señor Jesús, su problema está arreglado. Esta es la substitución. Sin esto, no hay substitución. En otras palabras, la redención se ha cumplido, pero la salvación aún no ha sido cumplida. Si yo le preguntara cuándo fue usted redimido, usted debe decir que ocurrió dos mil años atrás. Pero si le preguntara cuándo fue usted salvo, debe decir que sucedió tal día, mes y año. La redención es algo que ocurrió hace mucho tiempo. La salvación es algo presente. La redención fue cumplida por Cristo. La salvación es cumplida en nosotros. Nosotros fuimos redimidos dos mil años atrás. Pero tal vez hayamos sido salvos hace algunos años. No sé cómo hacerlo más claro. Para mí está muy claro. La obra de redención de Dios está relacionada con El; se hizo para satisfacerse y no tiene nada que ver con nosotros. Es algo totalmente ante Dios. Dios mismo hizo esta obra. Cuando venimos y vemos lo que Dios ha cumplido, y la creemos y aceptamos, recibiremos esta substitución.

Usemos otra ilustración. Hay un puente que une ambas orillas del río Whampoa sin cargo alguno. El nombre del lugar es Cruce Libre. Supongamos que yo fuese un ladrón que robó muchas veces allí. Sin embargo, ahora soy diferente. ¿Qué debo hacer si quiero tratar completamente con mis robos pasados? Aun si quiero pagar, ¿adónde debo ir? A los que les robé, ahora no se puede encontrar. ¿Qué debo hacer? Por causa de la justicia y a fin de pagar, debo empezar un servicio gratuito de ferry para la gente. Todos son

aceptados, sin recargo. Debo hacer esto para pagar el dinero que robé a la gente del área. Así ofrezco un servicio gratuito como solución al problema de mi injusticia. Este servicio gratuito para mí es una solución a la injusticia. Pero para otros, es una substitución; yo estoy pagando el boleto por los demás. Así es como el Señor Jesús trata con el problema del castigo. Dios envió al Señor Jesús para que cumpliera la redención a fin de que el problema del pecado, así como Su propia santidad y justicia, sea solucionado. Cuando uno cree, entra en esta obra, y el Señor Jesús quita sus pecados.

Por lo tanto, el Nuevo Testamento dice: “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el Justo por los injustos” (1 P. 3:18). “Quien llevó El mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero” (1 P. 2:24). Todo esto fue hecho para nosotros. En la noche en que el Señor Jesús fue traicionado, tomó la copa y la bendijo, y la dio a los discípulos, diciendo: “Porque esto es Mi sangre del pacto, que por muchos es derramada para perdón de pecados” (Mt. 26:28). Fue por *muchos*, no por *todos*. En el futuro, veremos una gran multitud, con palmas en sus manos, que han sido purificados por la sangre (Ap. 7:9, 14). Gracias al Señor. El cumplió la redención para Sí, para que nosotros podamos ser reemplazados. No podemos decir otra cosa que: Gracias al Señor.

CAPITULO SIETE

LA OBRA DE CRISTO: LA RESURRECCION PARA NUESTRA JUSTIFICACION

Ya hemos mencionado que el Señor Jesús murió por nosotros y por nuestros pecados (Ro. 5:8; 1 Co. 15:3). También hemos visto cómo el Señor cumplió la justicia de Dios y, al mismo tiempo, manifestó la gracia de Dios. Ahora tenemos que hacer una pregunta. ¿Cómo sabemos que la obra redentora del Señor Jesucristo ha sido cumplida? ¿Cómo sabemos que tal obra ha sido aceptada por Dios? Aunque decimos que el Señor Jesús ha cumplido con los requisitos de la justicia de Dios, ¿qué dice Dios acerca de esto? ¿Cómo puede Dios mostrarnos que Su Hijo de hecho cumplió la obra de redención y satisfizo Sus requisitos? Es verdad que el Señor Jesús murió por nosotros y por nuestros pecados y que Su obra fue cumplida. Antes de morir en la cruz El claramente dijo: “Consumado es” (Jn. 19:30). Es verdad que terminó la obra de redención que quería hacer en la tierra. El podía decir que estaba consumado. Todos los que hemos puesto la vista en Su salvación podemos decir también que es consumado. Pero, ¿cómo sabemos que la obra redentora del Señor es aceptable para Dios cuando se le presenta? ¿Cómo sabemos que la obra redentora del Señor Jesús fue aprobada por Dios? Está bien que digamos que la obra del Señor pasó la prueba. Pero, ¿qué dice Dios? Podemos decir que Jesús murió en la cruz y llevó a cabo la obra de redención. Pero ¿cómo podemos saber que nuestro Dios está totalmente satisfecho con tal obra? Para nosotros la obra redentora del Señor es muy razonable. Pero ¿cómo sabemos que es así también para Dios? Decimos que la obra de redención es completamente justa, pero ¿dirá Dios lo mismo? Cuando miramos la cruz, decimos que todas las cosas ya están arregladas. Pero cuando Dios mira la cruz, ¿estará todo arreglado para El? Tenemos que entender que no se puede saber si Dios está satisfecho o no basados solamente en la cruz del Señor Jesús; no se puede saber si Dios lo considera terminado o no. Si sólo estuviese la cruz, si solamente tuviésemos la muerte del Señor, si sólo la cruz permaneciera con nosotros hasta el día de hoy, y si la tumba del Señor nunca hubiese sido vaciada, no sabríamos qué logró la muerte del Señor para nosotros. En cuanto a la obra redentora del Señor, no solamente tenemos el aspecto de la cruz sino también el de la resurrección.

LA RESURRECCION DEL SEÑOR ES LA PRUEBA DE QUE DIOS ACEPTA SU REDENCION

Esta noche no vamos a hablar acerca de todo lo que está relacionado a la resurrección del Señor Jesús, así como no hablamos acerca de todo lo relacionado a Su muerte la última vez. Hace poco sólo hablamos acerca del aspecto objetivo de la resurrección del

Señor. Esta noche también consideraremos sólo ese aspecto de la resurrección del Señor. Objetivamente, el Señor murió una muerte substitutiva por nosotros; El murió por todos (1 P. 3:18; 2 Co. 5:14). Al mismo tiempo, murió por nuestros pecados (1 Co. 15:3). Esto es lo que la muerte del Señor cumplió. Entonces, ¿cuál es el propósito de Su resurrección? Dios levantó al Señor Jesús de los muertos para probar que la obra de redención ha sido cumplida. Dios la ha justificado y aprobado. Ahora está satisfecho.

Muchos de nosotros han tenido la experiencia de hacer negocios. Supongamos que usted tiene una secretaria que le propone un plan. Después de ver el plan tal vez le dé el visto bueno. Esto significa que la obra está aprobada; está bien. Ahora la puede llevar a cabo. El Señor murió por nosotros y la obra fue cumplida. La resurrección del Señor es el visto bueno que Dios da a la obra y muerte del Señor Jesús. Esto significa que esta muerte ahora está aprobada. El problema del pecado del hombre ahora está solucionado. Puesto que el Señor ha resucitado, el problema de nuestros pecados está totalmente solucionado. Si el Señor no hubiera resucitado, aunque la redención se hubiera llevado a cabo, nuestros corazones habrían estado en suspenso. Todavía habría cierta intranquilidad en nosotros, porque aunque supiéramos que la redención había sido cumplida, no sabríamos si había sido aceptada. Sabemos que estamos totalmente redimidos de nuestros pecados cuando vemos que el Señor Jesús ha resucitado. La resurrección es la prueba. Nos muestra que la cruz estaba bien y que la redención fue aprobada. La resurrección comprueba que la obra de la cruz ha sido aceptada y recibida por Dios.

Consideremos una ilustración. Supongamos que debo dinero a alguien. Tal vez le deba tanto que no pueda pagarle. Por supuesto, ésta no es una muy buena ilustración. Pero la usaremos para aclarar un aspecto de la verdad. No se debe aplicar a todos los aspectos de la verdad. Digamos que voy a un hermano y le digo: “Tú conoces muy bien a la persona que le debo dinero. Ustedes dos son muy buenos amigos. Por favor, háblale por mí. Yo no puedo pagarle lo que debo, aunque empeñe todo lo que tengo en una casa de empeño. Incluso tengo dificultad en mi propio sostenimiento. Por favor, haz esto por mí”. Mi acreedor no vive aquí en Shanghái; él vive en Soochow. A pedido mío, el hermano viaja específicamente por mí a Soochow y le dice a aquel hombre: “El Sr. Nee es muy pobre. Ni siquiera puede sostenerse a sí mismo. Esta pequeña cantidad de dinero no es nada para ti. ¿Por qué no le perdonas la deuda?” Supongamos que mi acreedor es muy generoso. El dice: “Puesto que vienes a hablar por la deuda del Sr. Nee, me olvidaré de ella. No me tiene que pagar nada. Devuélvele este pagaré”. Luego él continúa y le dice al hermano: “No nos hemos visto por años. Ya que somos buenos amigos y estás aquí en Soochow, deberías viajar a la colina Tigre y al cerro Santuario Invernal. Pero, ¿por qué no te quedas aquí por unos días?” El lo invita a quedarse en Soochow hospedándolo generosamente. Supongamos que este hermano se fue el 10 de

mayo y arregló todo ese mismo día. Sin embargo, ya es el 20 de mayo y todavía no ha vuelto a Shanghái. Mientras él la pasa bien en Soochow, yo me estoy preocupando en Shanghái. No sé si este hermano arregló el asunto o no. Tal vez no volvió por alguna dificultad. No volvió en el tren nocturno del 10 de mayo. Tal vez no se arregló nada todavía. No volvió el 11 de mayo. Tampoco volvió el 19 o 20 de mayo. Mientras no vuelva a Shanghái, mi corazón no está en paz porque no sé si se arregló el asunto o no. La deuda se arregló el 10 de mayo, pero ya es 20 de mayo y aún no he recibido noticias. Mientras él no vuelva, mi asunto aún no se ha terminado. Todavía me considero deudor, y mi corazón aún está intranquilo. ¿Cuándo se arreglará ese asunto? Sólo cuando él vuelva a Shanghái sabré que el asunto ha sido arreglado. Amigos míos, esto ilustra la resurrección del Señor Jesús. Cuando El murió por nosotros, solucionó el problema del pecado. Tan pronto como murió, el pecado fue tocado. Pero si El no hubiera resucitado, y si no hubiera vuelto, entonces nuestros corazones habrían estado en suspenso; no habiéramos sabido lo que sucedió. El Señor Jesús pasó por la muerte por nosotros. Pasó por el castigo de la ley y la ira de Dios por nosotros (Gá. 3:13). Pero si el Señor Jesús no hubiera vuelto, no habríamos sabido si la obra estaba terminada. No habríamos sabido si Dios aceptó la obra del Señor. Por esta razón, el Señor Jesús debe volver. Debe resucitar. Entonces sabremos que la obra está terminada. Alabado sea el Señor. La obra llegó a su conclusión. Si la obra no hubiera arreglado nada, el Señor no habría salido y resucitado. Su resurrección comprueba que el problema de nuestros pecados ha sido totalmente solucionado.

Romanos 4:25 dice: “El cual fue entregado por nuestros delitos, y resucitado para nuestra justificación”. ¿Por qué el Señor Jesús fue entregado? Por causa de nuestras transgresiones. Si no tuviéramos transgresiones, el Señor no habría tenido que ser entregado. Fue por causa de las transgresiones que el Señor fue entregado al hombre. De la misma manera, El resucitó para nuestra justificación. En griego las dos cláusulas tienen la misma estructura. Jesús fue entregado por nuestras transgresiones y fue resucitado para nuestra justificación. Algunos traductores bíblicos han mal interpretado lo que Pablo dijo. Ellos creyeron que El resucitó para que el hombre fuera justificado. También creyeron que primero está la resurrección del Señor, luego nuestra justificación. Pero Pablo y el Espíritu Santo estaban diciendo que El fue resucitado porque hemos sido justificados. Para dejarlo más claro, el Señor fue resucitado porque ya fuimos justificados. Algunas versiones dicen que la resurrección viene primero, luego la justificación. Pero el Espíritu Santo dice que la justificación viene primero, luego la resurrección. Primero está el asunto de nuestras transgresiones. Luego está la muerte del Señor. De la misma manera, primero está nuestra justificación, luego está Su resurrección. El fue entregado por nuestras transgresiones y fue resucitado para nuestra justificación. Esto significa que la resurrección del Señor Jesús es la prueba de nuestra

justificación. Por haber sido justificados, Dios levantó al Señor Jesús. Ya que el Señor ha satisfecho el requisito justo de Dios, El lo resucitó.

Amigos míos, esta noche tengo buenas noticias. Aunque algunos hayan creído en el Señor, aún están en temor y temblor. Sienten como si estuvieran caminando al borde de un precipicio o sobre una fina capa de hielo. Ellos creen que han entregado sus almas, sus vidas y su futuro eterno a la cruz del Señor. Ellos no saben si confiar en el Señor es seguro o no. Si ellos descubren más tarde que esta confianza no resulta en salvación, entonces están en problemas. Yo puedo creer en la cruz de Jesús para la redención de mis pecados hoy. Pero si me falla en aquel día, entonces voy a estar en problemas. Hoy puedo decir que no es un asunto de hacer el bien o de guardar la ley y que todo lo que tengo que hacer es apoyarme en la cruz de Jesús. Pero ¿qué sucederá si Dios dice en aquel día que esto no está bien? ¿Qué haré? ¿Cómo puedo saber hoy en día que la cruz de Jesús es suficiente? Amigos míos, no deben mirar la cruz; no deben preocuparse si la cruz es confiable o no, si está bien o mal. Todo lo que deben mirar es la resurrección del Señor. Si la obra de la cruz del Señor no hubiera sido apropiada o buena, Dios no lo habría levantado. Entonces, El fue resucitado porque nosotros fuimos justificados. Debido a que somos justificados cuando creemos en la sangre de Jesús, el Señor Jesús fue resucitado.

LA RESURRECCION SE DEBE A NUESTRA JUSTIFICACION

Es maravilloso que Romanos 3 nos diga que somos justificados gratuitamente por la sangre del Señor Jesús y que Romanos 4 continúe que por causa de que fuimos justificados, el Señor Jesús resucitó (v. 25). Su muerte es la base de nuestra justificación, mientras que Su resurrección es la prueba de nuestra justificación. Debido a que murió, somos justificados; debido a que somos justificados, El resucitó. Somos justificados ante Dios por causa de Su muerte, y El resucitó por causa de nuestra justificación. Con Su resurrección Dios comprueba que Su sangre nos puede justificar. Supongamos que alguien pregunte si Su sangre es efectiva o no. No podemos ver la sangre. La sangre no se puede ver porque fue puesta en los postes y en los dinteles de las puertas (Ex. 12:7). Fue traída al Lugar Santísimo y puesta en el lugar de expiación por el pecado (Lv. 16:14-15). Sólo Dios la veía. Nosotros sólo sabemos acerca de la redención del Señor Jesús. No sabemos cómo la sangre del Señor Jesús satisfizo las demandas de Dios. No importa cuánto sepamos, nunca entenderemos con claridad este asunto. En todo el universo, sólo uno conoce el valor completo de la sangre del Señor, a saber, Dios. Dios conoce el valor de la sangre del Señor Jesús. Nosotros sólo la conocemos en parte. No la conoceremos nunca con nuestra mente, nuestra oración o nuestra sabiduría. No sabemos por qué la sangre del Señor Jesús quita todos nuestros pecados. Sólo podemos

decir que El murió por nosotros y por nuestros pecados. Todavía no conocemos el valor de la obra del Señor en la cruz. Pero Dios conoce este valor. ¿Cómo demuestra Dios que la obra de Su Hijo tiene gran valor? ¿Cómo demuestra Dios que el sacrificio propiciatorio de Su Hijo cumplió su función? El lo demuestra al darnos la resurrección como una prueba. La resurrección comprueba que El está satisfecho con la cruz. En la resurrección, Dios dice que ha aprobado la cruz y que ésta ha pasado la prueba. Ahora Dios presenta la resurrección como una evidencia. Somos justificados. Por lo tanto, el Señor Jesús resucitó. Debido a que Dios vio que la obra del Señor ha cumplido todos Sus requisitos justos, todo aquel que viene a Dios ahora está justificado. Puesto que Dios está satisfecho, el Señor Jesús resucitó.

La ilustración que dimos tal vez no sea muy buena. Déjenme darles una ilustración más apropiada. Esta vez no digamos que debo dinero. Más bien, digamos que he pecado. En este caso un hermano no va a hablar por mí, sino que va a llevar mi castigo, si existiera tal ley como la de llevar el castigo de otro. Pequé y debo ser puesto en la cárcel por tres meses o confinado a trabajos forzados por dos o tres meses. Pero resulta que tengo problemas neurológicos, problemas del corazón, una enfermedad del riñón, y otros tipos de enfermedades. Sin embargo, este hermano es muy saludable y está dispuesto a ser mi sustituto. ¿Cuándo sabré que mi caso está terminado? Yo soy el que debe ir a la cárcel. Pero él fue en mi lugar. Aunque no haya estado ni un solo día en la cárcel y aunque esté pacíficamente en mi casa y puedo seguir con mi negocio como siempre, mientras él esté en la cárcel, mi corazón no estará tranquilo. Me preocupa que algún día el juez diga que él no puede ser mi sustituto y que yo deba ir a la cárcel. No es sino hasta el día en que él es liberado y sale a la calle que sabré que mi caso se ha terminado. Si mi caso aún no estuviera terminado, él no habría sido liberado. El Señor Jesús murió por nosotros. Pero nosotros no sabemos qué es lo que Dios dice con respecto a esto. Yo sé que el Señor vino para redimirnos del pecado. Pero, ¿cómo sé si Dios aprueba esta redención? No sé si la redención del Señor es suficiente o apropiada. No sé si la obra redentora del Señor ha llegado a su culminación. Pero debido a que el Señor salió de la muerte, me doy cuenta de que ya todo ha sido solucionado.

El año pasado cuando estábamos comprando un terreno, varias veces yo llevé el dinero al banco. Una parte del dinero era en billetes. La otra parte era en monedas. Las envolví en un gran paquete y escribí en una ficha bancaria la cantidad de efectivo. Luego entregué el paquete. Pensé que si algunos de los billetes o monedas fueran falsos, tendría que volver a escribir la ficha. Mientras estaba parado en el mostrador, seguí preocupado. ¿Cómo sé si el monto es correcto? ¿Cómo sé si todos los billetes eran verdaderos? ¿Cómo sé si todas las monedas eran verdaderas? Varias veces el cajero tomaba un billete y lo examinaba bajo una luz. Después de contar todo el dinero, él firmó la ficha y la pasó a un superior, quien también la firmó. La ficha fue luego pasada

a otro hombre sentado frente a él quien la firmó de nuevo. Finalmente, se me entregó la ficha. En ese momento supe que la transacción estaba completa, y tomé la ficha a la casa. No tuve que preocuparme más si los billetes eran verdaderos, o si las monedas eran verdaderas. Mientras las tres firmas fueran verdaderas, todo estaba bien. Si después de volver a la casa todavía continuara preocupado de si uno de los billetes fuera falso y no pudiera comer o dormir por esto, algo estaría mal en mi mente. La cuestión ya no era si los billetes tuvieran el color correcto, la impresión correcta o el papel correcto. Mientras el banco tome el dinero y ponga su firma en la ficha, el dinero es verdadero, y todos los problemas se acaban. De la misma manera, mientras veamos al Señor resucitado, todo está bien. La resurrección del Señor nos dice que somos justificados. ¿Qué significa que seamos justificados? Significa que Dios ha reconocido la redención de Su Hijo Jesús. Después de esto, El nos justificó y luego Su Hijo resucitó. La resurrección testifica que Su muerte es apropiada. Así que, si usted aún no tiene paz y aún no conoce lo que Dios ve en cuanto a su salvación, si puede ser salvo ante El por medio del Señor Jesús, todo lo que necesita preguntar es si el Señor ha resucitado. Su muerte se encarga de la redención. Su resurrección se encarga de la justificación. Sin justificación, El no podría haber resucitado. Por eso dije muchas veces que la resurrección es el recibo que Dios dio por el sacrificio que el Señor Jesús ofreció. La resurrección es el recibo que Dios nos da. Reconoce el pago como adecuado.

Si usted tiene fe en cierta persona y sabe que tiene buen crédito, no necesitará un recibo de él si usted le presta cien, o mil o diez mil dólares. Usted sabrá que él no lo engañará. Pero si es una persona que no conoce, uno al que nunca conoció y cuyo crédito no conoce, sin duda querrá un recibo. Usted no sabe qué hará con su dinero. Gracias al Señor. El sabe que somos de poca fe. El sabe que tendremos dudas acerca de El y que no creeremos en El inmediatamente. Aunque nos ha dado a Su Hijo y lo hizo sufrir el juicio para cumplir la redención, e incluso ha declarado que cualquiera que reciba a Su Hijo será justificado, El sabía que el hombre aún no creería en El. Por lo tanto, levantó a Su Hijo de los muertos como una prueba de nuestra justificación. Su Hijo es la prueba de nuestra justificación ante El.

Amigos míos, ustedes tienen ahora un recibo en sus bolsillos. Supongan que soy salvo, pero después de unos cuantos años Dios dice: “Ahora tienes que ir al infierno. Tienes que ir a la perdición eterna”. Por supuesto, esto nunca ocurrirá. Y entonces preguntaría: “¿Por qué?” Supongan que El diga: “Porque has pecado. No eres bueno”. Luego yo diría: “¿Acaso el Señor Jesús no cumplió la redención?” Supongan que El diga: “La redención de Jesús no es suficiente. Tienes que ir al infierno”. Entonces yo diría: “¿Por qué la redención del Señor no es suficiente?” Tal vez Dios diga: “Acaso no crees que Yo lo sé todo. Si digo que no es suficiente es porque no es suficiente”. ¿Qué puedo decir entonces? Tengo que admitir que me equivoqué, sin embargo confío en la redención del

Señor. Pero Dios dice que aunque la redención del Señor fue cumplida, no es completa. Entonces le diría: “Si la obra de redención del Señor Jesús no fue del todo suficiente, no deberías haberlo levantado. Si lo levantaste, nos estabas diciendo a través de esta resurrección que todo estaba bien. ¿Cómo puedes decir ahora que no es suficiente?” Si yo le dijera esto a Dios, incluso El tendría que reconocer que digo la verdad. ¡Aleluya! El propósito de Su resurrección es mostrarnos que Sus obras son apropiadas.

Si no hay resurrección entre nosotros, entonces ¿cómo sabemos lo que ocurrió en la cruz? ¿Cómo sabemos lo que el Señor negoció con Dios en la cruz? En la cruz escuchamos estas palabras: “Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46). Otra palabra que oímos fue: “Consumado es” (Jn. 19:30). Una palabra nos dice que Dios lo desamparó. Otra nos dice que era consumado. Si el Señor Jesús sólo hubiera muerto, entonces todo el mundo sólo podría tener esperanza en El, no seguridad. El hombre podría esperar obtener la vida eterna en El. Podría esperar ser justificado y perdonado en El. Pero nunca podría tener la seguridad de decir que es salvo o que tiene vida eterna, o que sus pecados fueron perdonados, o que Dios lo justificó. La razón por la cual tengo seguridad de que mis pecados están perdonados y que soy salvo por la fe es porque he visto la resurrección del Señor Jesús. Su resurrección nos muestra que la cruz ha satisfecho el corazón de Dios.

LA BIBLIA HACE QUE CREAMOS EN LA RESURRECCION

Yo soy uno que predica la cruz. Entre nosotros, muchos colaboradores también predicán la cruz. En la actualidad somos los que creen en la cruz. Creemos que Su muerte nos ha salvado. El no murió para Sí. Por el contrario, El murió para redimirnos. Pero déjenme hacerles una pregunta. ¿Pueden encontrar en la Biblia un versículo que diga que debemos creer que el Señor Jesús murió por nosotros? ¿En qué parte del Nuevo Testamento dice que debemos creer en la muerte del Señor? No existe. Esto es muy extraño. No hay ni siquiera un versículo en todo el Nuevo Testamento que nos diga que debemos creer que el Señor murió por nosotros. No me mal entiendan y piensen que desprecio la obra de la cruz. Estoy a favor de la obra de la cruz. Pero debemos prestar atención a la palabra de la Biblia. No hay ni un solo lugar en el Nuevo Testamento que diga que debemos creer que el Señor Jesús murió por nosotros. Hay un sin número de lugares en la Biblia que nos dice que Jesús murió por nosotros y por nuestros pecados. Pero no hay ni uno que diga que debemos tomar Su muerte como el objeto de nuestra fe. El Evangelio de Juan nos dice que tenemos que creer (3:15-16, 18, 36). Pero no dice nada acerca de creer en la cruz. Sólo habla de creer en el Señor.

También hay otra cosa que es igualmente extraña. El Nuevo Testamento nos dice que creamos que Dios levantó a Jesús de entre los muertos. La Biblia no dice que la cruz o la

muerte del Señor Jesús es el objeto de nuestra fe. Más bien, dice que la resurrección es el objeto de nuestra fe. Creo que todos conocemos el versículo en Romanos 10:9: “Que si confiesas con tu boca a Jesús como Señor, y crees en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”. ¿Por qué la Biblia no nos pide que creamos en la cruz del Señor? ¿Y porque nos pide que creamos en Su resurrección? ¿Por qué la Biblia nunca nos pide que creamos en la cruz del Señor Jesús? Más bien, nos pide creer que Dios lo levantó de entre los muertos. Hermanos, debemos considerar esto un poco. Esto es muy importante. Si dependiera de nuestra lectura bíblica, pensaríamos que la cruz es la cosa más importante, y que debería haber por lo menos una palabra que diga que debemos creer en la muerte del Señor en la cruz. Pero no hay nada de esto. ¿Por qué es así? Un hermano puede responder que si Cristo no hubiera resucitado, nuestra fe sería vana. Es verdad que dice dos veces en 1 Corintios 15 que si Cristo no hubiera sido levantado, entonces nuestra fe sería vana (vs. 14, 17). Pero esta palabra no nos ayuda a resolver el problema. Por el contrario, agranda nuestro problema. Si no existe la resurrección, nuestra fe es vana. Por lo tanto, la resurrección es algo que debemos creer. Sabemos que la redención es un asunto entre Dios y el Señor Jesús. No es la demanda de Dios sobre el hombre. La redención no es algo que el Señor hizo para satisfacer el corazón del hombre. Consiste en el hecho de que el Señor Jesús satisfizo la demanda de Dios en cuanto a la santidad, la justicia y la gloria. La muerte del Señor y la obra redentora que El cumplió son transacciones que ocurrieron entre Dios y el Señor Jesús. No es algo que suene como el objeto de nuestra fe. La base de nuestra fe consiste en que Dios levantó a Jesús de entre los muertos.

Por lo tanto, hoy día nuestra fe no está en la sangre del Señor Jesús, la cual nos redime del pecado. Nunca podremos entender por completo este asunto. Incluso alguien tan espiritual como Andrew Murray, que conoció a Dios muy bien, dijo que no sabía cuánto valor hay en la sangre del Señor Jesús. Incluso dijo que cuando iba ante Dios, sólo podía orar: “Dios, no sé cuánto vale la sangre de Tu Hijo ante Ti. Pero pido que todo el valor de la sangre de Tu Hijo sea revelada en mí”. La sangre del Señor vale tanto que aunque hable mucho, no podría recibir todo lo que El ha hecho, y Su obra estaría limitada por mi hablar.

Nosotros no conocemos el valor de la sangre. Pero sí conocemos el valor de la resurrección. La sangre del Señor satisfizo la demanda de Dios, pero no sabemos cuánto se demandaba. Pero sí sabemos cuánta satisfacción trae. No sé cuánto debía. Tal vez debía diez talentos o tal vez diez millones de talentos. Pero sé que la muerte del Señor es suficiente para salvarme. ¿Cómo sé esto? Es porque El ha resucitado. Yo no confío en si el dinero que deposito en el banco es suficiente o no. No confié en esto. Tampoco tengo que confiar en si todo el dinero que deposité era verdadero. En lo que confío es que Dios no me dará un recibo falso. Aun si la redención del Señor estuviese mal, cualquiera que

fuese el error, Dios nunca daría un recibo equivocado. Por tanto, aunque no sepa cuánto la sangre ha alcanzado la demanda de Dios, yo sé que ha satisfecho Su demanda. Si el Señor no ha satisfecho a Dios, El no lo habría resucitado. Por lo tanto, usted puede creer de la manera más ignorante. No tiene que preguntar si la sangre del Señor es suficiente, o si la obra redentora del Señor fue aprobada. Lo único que tiene que preguntar es si Dios levantó al Señor. Puesto que el Señor Jesús ha resucitado, lo único que usted tiene que hacer es creer. Nosotros creemos en la resurrección. Por esto la Biblia sólo nos exige creer en la resurrección; no nos exige que creamos en la cruz. La obra de la cruz sólo nos hace saber lo que el Señor ha hecho ante Dios. Lo que predicamos y creemos es la resurrección del Señor Jesús. Esto incluye Su muerte y Su vida. Una vez que veo el recibo, sé inmediatamente que la cantidad es adecuada y que todos los billetes son verdaderos.

Esta noche puedo dormir bien porque el Señor Jesús ha resucitado. Si El no hubiera resucitado, aunque hubiera muerto para redimirnos, aún no podríamos dormir en paz. ¿Cómo sé que Su sangre es suficiente? ¿Cómo sé si el problema del pecado está resuelto? ¡Aleluya! Hay resurrección. Debido a que somos justificados, El resucitó. Así que, creemos en Su resurrección. No sé cuántos de los presentes están aún preocupados por su salvación, aún dudan y no están seguros. Cuando usted se pregunta si ha confiado en Jesús, puede decir que sí. Cuando usted se pregunta si cree que Jesús murió por usted, también puede decir que sí. Pero aún tiene una pregunta en usted. Tal vez piense que creer en Jesús no sea suficiente para perdonar sus pecados, que aún debe hacer algunas buenas obras. Tal vez piense esto y aquello. Pero solamente debe saber una cosa. ¿Por qué Dios levantó al Señor Jesús? ¿Por qué Dios entregó un recibo? El hecho de que Dios está dispuesto a entregar un recibo prueba que el monto que usted ha depositado está bien. Cuando Dios levantó a Su Hijo de los muertos, probó que la redención que Su Hijo cumplió era justa. Dios no puede hacer nada injusto. La resurrección prueba que la obra del Señor Jesús es efectiva ante Dios. Es por esto que el Nuevo Testamento subraya tanto que creamos que Dios levantó a Su Hijo de los muertos.

Los dos versículos que mencionamos anteriormente en 1 Corintios 15 son preciosos. El versículo 14 dice: “Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra proclamación, vana es también vuestra fe”. Luego el versículo 17 dice: “Y si Cristo no resucitó, nula es vuestra fe”. Si Cristo no resucitó, uno no sabrá en qué se convirtieron las cosas que creyó. Otra cosa maravillosa que se ve en 1 Corintios 15:3 dice: “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras”. Pero en el versículo 17 dice: “Si Cristo no resucitó ... aún estáis en vuestros pecados”. ¿No se contradicen estos dos versículos? El versículo 3 dice que El murió por nuestros pecados. Eso significa que El resolvió el problema de nuestros pecados. ¿Por que el versículo 17 dice que si Cristo no resucitó, aún estamos en nuestros pecados? Este versículo es muy peculiar. Tal vez usted lo cambiaría a: “Si

Cristo no murió por vosotros, aún estáis en sus pecados”. Si cambiamos la palabra *resucitó* por *murió*, estaremos listos para entenderlo. Puesto que Cristo murió por nosotros, ya no estamos en pecado. Pero el versículo 3 dice que Cristo ya murió por nuestros pecados. Ahora el versículo 17 dice que sin la resurrección de Cristo, aún estamos en pecado. ¿Qué significa esto?

Amigos míos, el asunto está muy claro. Por un lado, Cristo murió por nuestros pecados. Pero ¿cuándo sabemos que ya no estamos en pecado, y cuándo sabemos que hemos sido liberados del pecado? Cuando el Señor Jesús resucitó. Cuando el Señor resucitó percibimos que fuimos redimidos de nuestros pecados. Tenemos que distinguir entre estas dos cosas. La redención y la liberación del pecado ante Dios se debe a la muerte del Señor; no se debe a Su resurrección. Pero para nosotros, más que Su muerte, es la resurrección del Señor lo que percibimos. Para mi acreedor, el momento en que la deuda se salda es cuando él ve el dinero. Pero para mí, se salda cuando veo el recibo. Mi acreedor sólo ve el dinero, y yo sólo veo el recibo. Los ojos de Dios sólo ven la muerte del Señor Jesús, y nuestros ojos sólo ven Su resurrección. Dios no necesita la resurrección del Señor como Su prueba. El sabe muy bien que la muerte del Señor es adecuada para la redención. El problema radica en que nosotros no sabemos. Un recibo no se escribe para el que recibe el dinero. Se escribe para el que paga la deuda. No hay recibo para el acreedor. Todos los recibos se hacen para los deudores. Se hacen para darle al deudor paz mental. Así que, ante Dios la muerte del Señor es suficiente para nuestros pecados. Mientras El muera, Dios estará satisfecho. La resurrección nos dice que El está satisfecho, que la muerte del Señor nos ha redimido de los pecados. Pero si el Señor no resucitó, aunque hubiésemos sido redimidos de nuestros pecados, aún no lo sabríamos. Con la muerte del Señor, el problema del pecado está resuelto para siempre ante Dios. Sin la resurrección, no tendríamos la confianza de que nuestros pecados estuvieran resueltos. El hecho del perdón recae en Su muerte. La seguridad del perdón recae en Su resurrección. La muerte del Señor nos redime de los pecados, y la resurrección del Señor nos permite saber que hemos sido redimidos de nuestros pecados.

LA MUERTE DEL SEÑOR ES PARA DIOS Y SU RESURRECCION ES PARA NOSOTROS

Por lo tanto, tenemos estos dos lados en la Biblia. Si el Señor Jesús no hubiera muerto por nosotros, no habríamos sido redimidos de nuestros pecados. La Biblia dice que Jesús ha muerto por nuestros pecados. Pero vemos que aún estamos en pecados. Aunque Dios ha terminado Su parte de la obra, de nuestra parte aún hay cabos sueltos. Por eso el Señor Jesús debe resucitar antes de que podamos saber que nuestros pecados han sido perdonados. La muerte es para Dios, y la resurrección es para nosotros. La muerte es la demanda de Dios, y la resurrección es la de los pecadores. La muerte es la

solución del pecado ante Dios, y la resurrección quita la duda que hay en el corazón del hombre. Con la muerte, el registro del pecado es eliminado. Con la resurrección, percibimos la prueba del perdón y un veredicto de no culpable. Gracias al Señor por la resurrección. ¿Qué sucede cuando uno viene a Dios y se pregunta si es salvo o no? Tal persona tal vez haya creído en el Señor Jesucristo. Pero aún se pregunte si realmente es salvo. Ahora ante Dios, el recibo ya se hizo. Si tal persona sigue dudando, es porque quiere hacerlo. Si el Señor Jesús resucitó, entonces nuestros problemas están resueltos.

Por favor recuerde estos tres pasajes: Romanos 4:25, 10:9 y 1 Corintios 15:17. Estos tres versículos nos muestran lo que la resurrección cumplió por nosotros objetivamente. Hasta ahora, hemos visto varias cosas. Hemos abarcado el pecado, la ley, la gracia, la justicia de Dios, la obra lograda por la muerte del Señor Jesús y la obra cumplida por Su resurrección.

Un hermano preguntó: ¿Qué significa 1 Juan 2:2? Yo respondería de la siguiente manera. La palabra “pecados” de la frase “los pecados de todo el mundo” en algunas versiones no está. La Versión Unida China dice: “Y El es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino por los pecados de todo el mundo”. Si tal es el caso, entonces todo el mundo ya habría sido salvo, pues el Señor Jesús se convirtió en la propiciación por los pecados de todo el mundo. Pero en griego debe decir: “Y El es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”.

Para que un lector del Nuevo Testamento pueda entender la redención del Señor y que El es el sustituto, primero debe conocer la diferencia entre nosotros y nuestros pecados, o sea, entre el pecador y los pecados del pecador. Segundo, debe conocer la diferencia entre todo y muchos. Tercero, debe conocer la diferencia entre el pecado y los pecados. Existen diferencias entre los tres pares de cosas: nosotros y nuestros pecados, todo y muchos, y pecado y pecados.

La Biblia dice muchas veces que el Señor Jesús murió por todos. Pero no dice que el Señor Jesús murió por los pecados de todos. Segunda Corintios 5:14 dice: “Uno murió por todos, por consiguiente todos murieron”. Pablo no pudo decir que debido a que uno murió por los pecados de todos, luego todos murieron. El Señor Jesús murió por todos. Pero El no murió por los pecados de todos. Si el Señor Jesús hubiera muerto por los pecados de todos, entonces sea que uno crea o no, podría ser salvo, porque todos los problemas de los pecados están resueltos. Pero el Señor Jesús murió por todos. Si vamos a El, lo recibiremos como nuestro sustituto y recibiremos Su redención.

La Biblia dice que el Señor Jesús murió por los pecados. Pero en tales ocasiones, dice que murió por los pecados de muchos, y no por los pecados de todos. Antenoche, un hermano me puso a prueba con un versículo. El me preguntó por qué el libro de Hebreos dice que el Señor Jesús fue ofrecido por nuestros pecados. Hebreos 9:28 dice: “Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, a los que le esperan para salvación”. Como pueden ver, cuando habla de que Cristo lleva los pecados, dice “para llevar los pecados de muchos”, no “para llevar los pecados de todos”. Siguiendo esto, da una explicación: “para salvar a los que le esperan”. Se refiere a los que la sangre compró. Son la gran multitud en Apocalipsis 7:9-17. Son los muchos. Por eso dice que fue ofrecido por sus pecados. Pero no puede decir que fue ofrecido por los pecados de todos. Las palabras de la Biblia nunca están desarregladas. Si Cristo llevó los pecados de todos, si llevó los pecados de toda la gente del mundo, entonces no tendríamos que predicar más el evangelio. Pero este no es el caso. Lo que tenemos son los muchos.

Por lo tanto, Mateo 26:28 registra que cuando el Señor Jesús tomó la copa, dijo: “Porque esto es Mi sangre del pacto, que por muchos es derramada para perdón de pecados”. Otra vez tenemos a los “muchos”, no a “todos”. Si fuera “todos”, entonces los pecados de todos estarían perdonados. La Biblia sólo dice que el Señor Jesús murió por todos. Esta palabra sólo nos muestra que la muerte del Señor es abierta y que cualquiera puede recibir su beneficio. Si hay alguien aquí que aún no es salvo, yo diría que Cristo ha muerto por usted. Pero en cuanto a mí, el Señor Jesús murió por mis pecados. Siempre y cuando usted la pida, la eficacia de la muerte del Señor estará sobre usted, y tendrá parte en ella. Pero primero debe venir a El para que la eficacia de la muerte del Señor sea suya y trabaje en usted. El Señor Jesús murió por todos, y murió por los pecados de muchos. Existe una diferencia entre los dos. Debemos tomar nota de esto.

Leamos dos porciones más. Romanos 5:18-19 dice: “Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de Uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de Uno, los muchos serán constituidos justos”. Si queremos entender estos dos versículos, debemos considerarlos un poco y prestarles atención. Los lectores bíblicos concuerdan que estos dos versículos son unos de los más difíciles del Nuevo Testamento. Debemos prestar atención a las palabras. Primero, en el versículo 18, dice: “todos los hombres”, pero en el versículo 19 dice: “los muchos”. Segundo, en el versículo 18 está la palabra griega *eis*, que es equivalente a la palabra castellana *para* o *hacia*. Una versión tradujo esto como: “Por la desobediencia de un precepto vino la condenación sobre todos los hombres para condenación, así también por la justicia de uno vino el don sobre todos los hombres para la justificación de vida”. Esta no es una traducción

exacta. El versículo podría traducirse como sigue: “Por la desobediencia *para* condenación de todos los hombres, así también fue por la obediencia *para* justificación de vida de todos los hombres”. Ahora debemos prestar un poco más de atención a este asunto. El versículo 18 habla acerca de una transgresión, y el versículo 19 habla acerca de un hombre. La transgresión denota el pecado de Adán (Ro. 5:14). El único pecado de Adán condenó a todos los hombres. Esto significa que la única transgresión fue para la condenación de todos los hombres. ¿Ha visto que bastaba con una sola vez? Es como decir que una vez que una persona gana una fortuna, está preparado para comprar muchas cosas. Una sola desobediencia trajo condenación a todos los hombres. De la misma manera, la única obediencia de Cristo justificó para vida a todos los hombres. No está bien traducir el versículo como lo hace la versión anterior, pues significaría que por la obediencia de Cristo, todos habrían sido justificados y habrían recibido vida. ¿Cuál es el significado de *eis*, traducido “para” en este versículo? Significa una preparación. Es como la impresión de billetes del gobierno en el banco central. Es una preparación que después se usa para intercambios. Incluso si todos vienen para intercambiar los billetes, el gobierno está preparado. El versículo 18 habla de todos los hombres. Esto significa que cualquiera puede recibir vida. Aquí no hay ningún problema. Pero el versículo 19 es diferente. Aquí dice: “Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituido pecadores, así también por la obediencia de Uno, los muchos serán constituido justos”. Aquí tenemos a los muchos. Por la desobediencia de un hombre, que fue Adán, los muchos fueron constituidos pecadores. Aquí no dice que todos los hombres fueron constituidos pecadores. ¿Por que? Déjenme darles un testimonio honesto. Parecerá que estoy bromeando. Pero hace seis años, cuando leí por primera vez acerca de la diferencia entre los muchos y todos, estaba un poco preocupado por el apóstol Pablo. Mientras estaba mirando el texto original, pensé que si Pablo usara las palabras como lo hicieron nuestros traductores, sería un desastre. Estaba como orando allí: “No pongas la palabra *todos* sino *muchos*”. Finalmente descubrí que sin duda era *muchos*. ¿Qué significa si decimos que por la desobediencia de uno todos los hombres fueron condenados? Esto significaría que cualquiera que está en Adán es un pecador. No habría ningún justo. Esto no sería muy grave. Pero la oración siguiente sería más grave: Por una sola obediencia, todos los hombres son justificados. Esto significaría que no se necesitaría predicar el evangelio, pues todos son salvos y justificados. No se menciona aquí el asunto de creer o no, ni de recibir o no. Por la obediencia de uno todos son salvos. Incluso los incrédulos son salvos. Pero, por supuesto, este no es el caso. Lo que dice aquí es: “Por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos”. Por lo tanto, lo que ganó la obra del Señor Jesús es para los muchos. Uno debe diferenciar entre *todos* y *los muchos*.

Al mismo tiempo, también debemos diferenciar entre nosotros y nuestros pecados. Romanos 5:8 dice: “En que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”. Pero en 1 Corintios 15:3 dice: “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras”. Ser “por nosotros” es una preparación. Pero ser “por nuestros pecados” es un tipo de percepción. Aunque una persona no sea salva, aún puede predicar el evangelio. Pero sólo puede decir que Dios envió a Su Hijo para morir por nosotros. Esto es correcto. Pero sólo aquellos que han sido salvos pueden decir que Dios envió a Su Hijo para morir por nuestros pecados. Esto se debe a que nuestra relación con el Señor Jesús tiene que ver con los pecados. Entonces, podemos decir que el Señor Jesús murió por nuestros pecados. En 1 Pedro 2:24 dice: “Quien llevó El mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero”. Hay una diferencia aquí. Para un pecador, sólo podemos decir que el Señor Jesús murió por él. No podemos decir que el Señor Jesús murió por sus pecados.

Una ilustración les ayudará a entender esto. Supongamos que he pedido prestado algo de dinero, pero no puedo pagarlo. Un hermano sabe que mi número de cuenta bancaria en el Banco de Shanghái es 51. Supongan que él deposita una cantidad de dinero en la cuenta 51. Luego me escribe una carta diciendo que ha depositado una cantidad de dinero para mí en el banco y que ahora puedo pagar mi deuda. El ha pagado y se ha sacrificado para preparar el dinero para mí. Pero déjenme preguntar, ¿se aclaró mi deuda? Puedo pagar la deuda. El dinero está en el banco. Pero la deuda aún no está pagada. Sólo cuando vaya personalmente al banco y saque el dinero para pagar la deuda podré decir que este hermano ha pagado la deuda por mí. De la misma manera, el Señor Jesús murió por nosotros. Esta muerte fue preparada para nosotros. Pero sólo cuando recibimos al Señor Jesús podemos decir que El murió por nuestros pecados. Por lo tanto, hermano, cuando usted cite 1 Juan 2:2, debe ser cuidadoso con las palabras. Jesucristo se hizo la propiciación por nuestros pecados, y no sólo para nosotras, sino para todo el mundo. Ustedes pueden ver cuán preciso es el Espíritu Santo al escoger las palabras al hablar por medio de Su apóstol. El Señor Jesús murió por nuestros pecados. Pero la muerte del Señor Jesús no fue sólo para nosotros, sino para todo el mundo, para que todo el mundo pueda recibir esta muerte. Uno debe ser cuidadoso aquí. No agreguen las palabras *los pecados de* a “todo el mundo”. Es lamentable que muchos no han visto esto. Nosotros no podemos agregar nada a la palabra de Dios, tampoco le podemos restar nada (Ap. 22:18-19).

Finalmente, todavía hay algo más que debemos notar. Es la diferencia entre el pecado y los pecados. No podemos decir que el Señor Jesús murió por los pecados de todo el mundo, pues *pecados* significa todas las transgresiones y todo el castigo que debemos llevar. Si el Señor Jesús murió por los pecados de todo el mundo, entonces todas las transgresiones del mundo fueron quitadas. No importa si un hombre cree o no, es salvo. Pero la Biblia es muy cuidadosa al usar las palabras. Sólo dice el pecado del mundo. No

dice los pecados del mundo. Juan 1:29 dice: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. La palabra “pecado” está en singular. El problema del pecado es introducido al mundo por un hombre y es quitado del mundo por un hombre. Lo que se menciona aquí es la forma “abstracta” de tratar con el problema del pecado por medio del Hijo de Dios. Hablando objetivamente, el pecado entró en el mundo de modo “abstracto” por medio de Adán. Hoy día el Señor Jesús está quitando el problema del pecado y tratando con el mismo en una forma “abstracta”. Esto no significa que El ha llevado la culpa de cada pecado individual. Si El ha llevado la culpa de cada transgresión, entonces todo el mundo ya ha sido salvo. Gracias al Señor que la Palabra de Dios no tiene filtraciones. Nunca comete un error.

CAPITULO OCHO

LA OBRA DEL ESPIRITU SANTO: ILUMINACION Y COMUNION

En las últimas reuniones hemos visto cómo Dios manifestó Su gracia y cumplió Su justicia. También hemos visto cómo Dios por medio de Su Hijo Jesús murió por nosotros y por nuestros pecados, cumpliendo así la obra de redención (Ro. 5:8; 1 Co. 15:3). Su obra de redención nos justifica ante Dios por medio de la fe en Su sangre (Ro. 3:24-25). La resurrección de los muertos pasa a ser la seguridad de nuestra fe. Por esta resurrección sabemos que Dios ha aceptado el sacrificio del Señor Jesús. La obra del Señor Jesús ha satisfecho los requisitos de Dios. Para nosotros Su resurrección es una prueba de este hecho. Todos los que creen en la sangre de Su Hijo y vienen a El por medio de Su redención ahora están justificados.

Esta noche no abarcaré otros aspectos de la obra del Señor, como por ejemplo Su ascensión. Puesto que muchos hermanos y hermanas ya saben esto, sólo lo mencionaré brevemente. La ascensión del Señor Jesús ocurre cuando aparece ante Dios a favor nuestro, para que seamos aceptados en Cristo. ¿Qué es ascensión? En la Biblia la ascensión significa algo objetivo, que consiste en ser aceptado ante Dios. Hoy el Señor Jesús ha aparecido ante Dios (He. 9:24). Nosotros también aparecemos ante Dios en El. De esta manera, Dios nos acepta así como acepto a Cristo.

LA OBRA DEL ESPIRITU SANTO ILUMINA PARA BUSCAR PECADORES

Esta noche debemos mencionar otro asunto. El evangelio es inadecuado si sólo menciona la obra del Padre y del Hijo sin mencionar la obra del Espíritu Santo. Se tiene que mencionar al Espíritu Santo también. La obra del evangelio tiene tres aspectos. Lucas 15 nos muestra tres parábolas. Por un lado, vemos al Padre que ama, esperando recibir a los pecadores. Y por el otro, vemos al buen Pastor que viene al mundo a buscar la oveja perdida. Uno ve al Padre esperando en la casa al pecador arrepentido y salvado, y uno ve al Hijo que viene al mundo para salvar pecadores. Pero después de que la obra del Señor se completara y antes de que el pecador llegara a la casa, hay otra parábola, que habla de una mujer que busca minuciosamente la moneda perdida con una lámpara encendida.

Primero, uno ve la venida del Señor Jesús a la tierra para buscar a los pecadores. En segundo lugar, ve que la mujer enciende la lámpara para iluminar, barrer y buscar la

moneda perdida. Así, el Espíritu Santo trabaja con el Padre y el Hijo para buscar pecadores a fin de cumplir la obra del evangelio. El Hijo vino para morir por el pecador; el Padre recibe al pecador en casa; y el Espíritu Santo trabaja iluminando el corazón del hombre y mostrándole su verdadera posición.

Si una persona no tiene la luz del Espíritu Santo, posiblemente sea como Judas, que vio su pecado, sufría y no tenía paz interior, y no veía su posición ante Dios. Sin la luz, no podría ver su posición de perdido. El sentir del hombre en cuanto al pecado va solamente hasta donde él se da cuenta de que cometió un error. No se da cuenta que ante Dios es un perdido. Nosotros estamos dispuestos a admitir que somos pecadores. Pero sin la iluminación del Espíritu Santo, no admitiremos que como resultado del pecado, nos hicimos personas perdidas ante Dios. A los ojos de Dios, somos personas perdidas.

Es posible que uno se engañe en la carne aun en el asunto de ser consciente del pecado. La carne puede reemplazar la obra del Espíritu Santo. Muchas lágrimas en reuniones de avivamiento son el resultado de la carne del hombre. No son producidas por la obra del Espíritu Santo en el hombre. Una cosa es que el hombre sepa que ha pecado. Otra es que sepa que su relación con Dios está mal. El Espíritu Santo ilumina pacientemente y cuidadosamente al hombre y le muestra que está perdido. Lo que el Espíritu Santo hace es mostrar al hombre que su posición está mal. Así, el primer sentir de un hombre que haya experimentado la obra del Espíritu Santo no es algo relacionado con el pecado, sino que siente que está lejos de casa. Su relación con Dios está interrumpida. Ha creado un problema entre él y Dios. Es un hombre perdido.

Nuestro problema ante Dios no radica meramente en cuánto nos hayamos perdido en la comida, la bebida, la fornicación, o el juego. Es problema de estar alejados en una provincia apartada. Cuando el Espíritu Santo ilumina al hombre, lo primero que hace es mostrarle que está en una provincia apartada. Cuando uno lee la última parábola de Lucas 15, tiene que prestar atención a lo que el hijo pródigo dijo al padre. El no dijo que había despilfarrado todo los bienes de su padre con prostitutas. Lo primero que vio cuando volvió en sí fue que en la casa de su padre había abundancia de pan. Entonces, ¿por qué vivía con los cerdos en una provincia apartada y no podía satisfacer su hambre con las algarrobas de los cerdos? Cuando el Espíritu Santo ilumina a una persona, ésta se dará cuenta de que tiene un problema con Dios, que ha dejado la casa de su padre, y que está apartado de su padre. Amigos míos, cuando una persona en el mundo llega al final de sí en su condición pecaminosa, tal vez, como Judas, reconozca sus pecados. Pero sin la luz del Espíritu Santo, no sentirá que se ha ido de la casa del Padre y está en una provincia apartada. Yo no digo que los pecados no sean serios. Los pecados son pecados. Pero la Biblia nos muestra que el pecado principal del hombre radica en que está

perdido. Está sobre un terreno inapropiado. Tal vez no esté en una condición inapropiada. Desde luego, todos los que están en una condición inapropiada estarán en un terreno inapropiado. Cuando el Espíritu Santo nos ilumina, primero nos muestra que estamos en un terreno inapropiado. Luego nos muestra nuestra condición inapropiada. Esta es la iluminación del Espíritu Santo.

Por consiguiente, aunque tenemos el amor del Padre y la obra del Señor, necesitamos que el Espíritu Santo prepare el corazón del hombre. De todos modos tiene que obrar en el corazón del hombre para que éste pueda recibir todo lo que el Señor Jesús ha hecho. Podemos decir que el Señor Jesús es el Salvador objetivo que Dios nos dio y que el Espíritu Santo es el Salvador subjetivo que nos dio Dios. El Señor Jesús es el Salvador que efectuó la redención para nosotros exteriormente, y el Espíritu Santo es el Salvador que realiza la salvación para nosotros interiormente. Todos los que estamos sentados aquí hemos sido iluminados por el Espíritu Santo. Todos sabemos que somos la oveja perdida, que cada cual se apartó por su camino (Is. 53:6). Todos como ovejas estábamos perdidos. Nuestro problema no era enfermedad ni invalidez, sino el camino equivocado. El camino que uno toma es muy importante. En Juan 16:8-9, el Señor Jesús nos dijo que cuando el Espíritu Santo venga, “convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio”. ¿Qué significa ser convencido de pecado, de justicia y de juicio? Son convencidos de pecado “por cuanto no creen en Mí”. Hemos creado un problema entre nosotros y El, y hemos entrado en conflicto con El. Somos convencidos de pecado porque no hemos visto Su sangre y Su autoridad, porque no hemos alcanzado Sus exigencias, y porque ahora tenemos un problema con El. El mayor pecado del hombre es rehusar creer en el Señor Jesús. El Espíritu Santo nos muestra que tenemos un problema con el Señor Jesús y con Dios. Estamos en una mala posición.

Déjenme hacerles una pregunta. ¿Podrá una persona que está en una provincia apartada ser un buen hijo? ¿Podrá ser frugal y ahorrativo? ¿Podrá ser un trabajador diligente? ¿Podrá ser discreto al hacer amigos? Obviamente no. Si una persona ha vagado en una provincia apartada y está mal en su relación con su padre, estará mal en todas sus otras relaciones. Por eso el hijo pródigo comenzó a vivir disolutamente. Cuando el Espíritu Santo ilumina a una persona, no le mostrará solamente que está en una posición de perdición, sino que también le mostrará que su conducta pasada estaba mal. El Espíritu Santo no pasa por alto los pecados pasados; El tiene en cuenta todos los pecados. Sin embargo, vuelve la atención a éstos sólo después de mostrar la posición de perdición. El Espíritu Santo primero le muestra a uno la peligrosa posición en que está, luego le muestra cuántos pecados tiene. La luz del Espíritu Santo ilumina y expone todas las áreas donde uno ha transgredido para con otros. Expone toda la injusticia y todos los pecados escondidos en nuestras palabras y pensamientos.

El castigo de Dios tiene como fin traer sanidad. La reprensión del Espíritu Santo tiene por objeto confortar. A Dios no le gusta condenar y castigar a Sus hijos sin razón. La única razón por la que Dios castiga es que el hombre obtenga la paz. La razón por la que el Espíritu Santo ilumina al hombre y le muestra sus errores y caprichos es que acepte toda la obra del Señor Jesucristo en la cruz. Sin la iluminación del Espíritu santo, no podemos ver ni uno solo de nuestros pecados.

DIOS DERRAMA EL ESPIRITU SANTO SOBRE EL HOMBRE PARA SALVARLO

¿Qué debemos hacer ahora que el Espíritu Santo nos ha iluminado y mostrado nuestra posición? Hay una cosa que olvidamos continuamente cuando predicamos el evangelio, a la cual la Biblia siempre presta atención. Tenemos que ver que indudablemente la obra del Señor Jesús para los pecadores es preciosa y crucial. La Biblia nos muestra que el Espíritu Santo no solamente nos ilumina y nos muestra nuestros pecados, nuestra posición perdida y nuestra justicia ante Dios y los hombres, sino que también es enviado por Dios y es derramado sobre toda carne para que donde esté el hombre, pueda salvarlo por Su obra (Hch. 2:17-18, 21).

Algunos que saben un poco más que otros acerca de la verdad de la Biblia piensan que es fácil recibir perdón y aceptar al Señor Jesús como Salvador. Todo lo que tiene que hacer uno es arrodillarse, orar y aceptarlo de corazón. Tal vez ni tenga que arrodillarse; sólo lo tiene que aceptar en su corazón. Pero mucha gente no sabe esto. Tal vez ellos sean débiles o estén en lugares inaccesibles lo cual les impida escuchar la verdad. Ellos pensarán que es muy difícil ser salvo. Tal vez crean que tienen que orar un largo período, y no están seguros si Dios escuchó sus oraciones o no. Si yo le preguntara hoy si usted es salvo, podría responder rápidamente que sí lo es. Pero tal declaración sonaría extraña para los que son de lugares inaccesibles. Ellos se preguntarían cómo puede usted ser salvo. Para ellos, ser salvo, es la cosa más difícil. Ellos dirán que han orado muchos años y aún no están seguros si son salvos. Ellos esperan ser salvos, y hacen todo lo posible para serlo. Pero aún no saben si lo son. Parece ser que no han sido salvos todavía. Para ellos, la salvación es algo muy difícil de lograr. Pero amigos míos, así como la obra del Señor Jesús está completa, la obra del Espíritu Santo que hace que hagamos nuestra la obra del Señor, también está completa. La Biblia nos muestra claramente que Dios envió el Espíritu Santo con el propósito de que nosotros los pecadores recibiéramos la obra del Espíritu Santo y fuéramos salvos. El Hijo de Dios vino por causa del mundo. De la misma manera, el Espíritu Santo también viene para toda carne. Mientras vivamos, podemos obtener la obra del Señor.

TODO AQUEL QUE INVOQUE EL NOMBRE DEL SEÑOR SERA SALVO

Leamos Romanos 10:13: “Todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo”. El tema de Romanos 10 consiste en que Dios hace que el Señor Jesús muera y resucite por nosotros. En los versículos anteriores, Dios pregunta si alguien puede bajar a Cristo del cielo para que muera por nosotros y si alguien puede subir a Cristo del abismo para que resucite por nosotros (vs. 6-7). Nadie puede. Sólo Dios puede hacer esta obra. Dios mismo hizo que Cristo muriera por nosotros. Por lo tanto, todo el que invoque el nombre del Señor será salvo.

No sé si usted se da cuenta de que ser salvo sólo por invocar el nombre del Señor es algo muy maravilloso. En el idioma original, la palabra *invocar* significa decir el nombre. Para hablar con un hermano hoy, tengo que ir a su puerta y tocar un par de veces. Esto es llamarlo. No tengo que suplicarle que me escuche. No tengo que implorarlo. Sólo tengo que ir a él e informarlo de algo. Este es el significado de invocar. La versión china de la Biblia traduce esta palabra *implorar*. Esto es incorrecto. Aunque uno no puede decir que la palabra griega no lleva el sentido de implorar, se refiere más a invocar. Puesto que Dios hizo que el Señor Jesús muriera y resucitara por nosotros, todo el que desee ser salvo sólo necesita ir a Dios y decírselo. Entonces será salvo. Si uno va al Señor Jesús e invoca Su nombre una vez, será salvo. Todo lo que necesita hacer uno es abrir su boca una vez. No necesita hacer nada más porque El ya completó la obra. Toda la obra ha sido completada. Por eso decimos que somos justificados por la fe, y no por las obras (Gá. 2:16). Si usted piensa que invocar una vez es una obra, entonces Dios dice que sólo crea un poco en su corazón y será suficiente. El versículo 8 dice: “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón”. Ya que el Señor murió y resucitó, nosotros no tenemos que hacer nada. Mientras abramos nuestra boca una vez, todo está hecho. Todo el que invoque el nombre del Señor, será salvo.

Tal vez se pregunte por qué sucede esto tan rápidamente. Es verdad que la obra de Cristo ha sido completada. Pero ¿cómo soy salvo sólo por invocar? ¿Cómo puede la obra del Señor en Su muerte, resurrección y ascensión puede ser aplicada tan rápidamente a mí? Hechos 2 es una explicación análoga. El versículo 17 dice: “Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de Mi Espíritu sobre toda carne”. Tenemos que recordar que en los días postreros Dios derramaría de Su Espíritu sobre toda carne. ¿Cuál es el resultado de esto? El versículo 21 dice: “Y todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo”. El versículo 17 está ligado al 21. Dios dice que derramará de Su Espíritu sobre toda carne. Luego dice que todo el que invoque el nombre del Señor será salvo. Todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo porque Dios ha derramado de Su Espíritu sobre toda carne. El Espíritu Santo está obrando ahora sobre toda carne. Si hoy día un hombre

cuyos pecados no han sido perdonados y aún no sabe cómo ser salvo y recibir vida eterna, y no sabe que el Señor Jesús es su Salvador, debe recordar que Dios ha derramado el Espíritu Santo. El Espíritu Santo ya está sobre usted; El está esperándolo a usted. Cuando usted invoque, será salvo.

Dios dijo que derramaría de Su Espíritu sobre toda carne. Entonces, ¿por qué Pentecostés? Dios nos dio Pentecostés porque quería derramar el Espíritu Santo sobre toda carne. Ahora uno sólo tiene que abrir la boca y decir: “¡Oh Señor!” y el Espíritu Santo entrará. El Espíritu Santo es como la luz. Cuando hay una grieta, la luz entra. Tal vez usted no se dé cuenta con qué facilidad la luz pasa por las hendiduras. Si no lo cree, vaya a la puerta. Si hace un agujero en la pared, tan pronto como quita el taladro de la pared, la luz entra. Usted no tiene que buscarla porque entra inmediatamente. Siempre que haya una grieta, la luz entrará. Hoy día Dios ha derramado el Espíritu Santo sobre toda carne. Mientras usted viva, el Espíritu Santo estará sobre usted. Siempre que usted dice: “¡Oh Señor!” el Espíritu Santo empieza a trabajar. Este es el significado de invocar el nombre del Señor. En la antigüedad los chinos decían que uno debe apelar al cielo, a la tierra y a los padres. Ahora, sólo tenemos que apelar al Señor una sola vez. Cuando uno menciona la oración, siempre se piensa en la súplica más que en la invocación. En realidad, todo lo que necesitamos hacer es invocar al Señor. Cuando abrimos nuestra boca, el Espíritu Santo entra. Cuando el Espíritu Santo entra, el cumplimiento de la obra del Señor Jesús es traída a nosotros.

LA OBRA DEL ESPIRITU SANTO: COMUNION

La obra del Espíritu Santo es la comunión. Lo que caracteriza a Dios es el amor. Lo que caracteriza al Señor es la gracia, y lo que caracteriza al Espíritu Santo es la comunión. En 2 Corintios 13:14 dice: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros”. Dios es amor, y Su amor lo caracteriza. El Señor Jesús es gracia, y está caracterizado por ésta. Y el Espíritu Santo está caracterizado por la comunión. El Espíritu en Sí no tiene nada. El infunde el amor de Dios y la gracia del Señor Jesús en usted por medio de la comunión. Esta es la obra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo no llevó a cabo la obra de amor. Tampoco la obra de gracia. El Espíritu Santo le transmite a usted lo que Dios y el Señor Jesús han logrado. Así, la obra del Espíritu Santo es la comunión. Después de la ascensión del Señor, el Espíritu Santo está lleno de la obra del Señor Jesús. Es como la luz. Siempre que haya una abertura, El entrará. Cuando El entra, le imparte a usted la gracia del Señor Jesús y el amor de Dios. Ciertamente esta salvación es completa.

Hace ya cierto tiempo que un siervo del Señor muy famoso murió en Inglaterra. Desde luego, su muerte fue por la soberanía de Dios. Ninguno de nosotros puede decir nada al

respecto. Pero desde el punto de vista humano, podemos decir algo acerca de su muerte. El estuvo muy débil y enfermo por años. Los doctores le recetaron una medicina. Cuando inhalaba ese medicamento, se fortalecía. El ponía el medicamento en uno de los cajones de la cómoda. Muchas veces, cuando sufría y sentía que estaba a punto de morir, inhalaba el medicamento para restablecerse. Aunque el medicamento no olía bien, era muy eficaz. La noche en que murió se sintió mal otra vez. Trató de alcanzar el medicamento pero estaba muy débil para abrir el cajón. A la mañana siguiente lo encontraron en su cama con su mano estirada para alcanzar el medicamento. Murió con la mitad de su cuerpo fuera de la cama. No fue que carecía de la medicina más eficaz y potente. El ya había vivido ocho o nueve años con esa medicina. Siempre que estaba a punto de morir, la inhalaba y se mejoraba. ¿Por qué en esta ocasión murió? No por falta de medicina, ni de deseo de tomarla, sino porque el medicamento no llegó a sus manos. De la misma manera, nosotros estamos moribundos. El Señor Jesús ha completado ya la obra. La medicina de Dios está preparada. Siempre que la tomemos, seremos sanados. ¿Pero quién nos dará esta medicina? Hay un doctor que receta la medicina. También debe haber alguien que aplique la medicina. La obra del Espíritu Santo nos trasmite la obra del Señor Jesús. El amor de Dios está en la gracia del Señor Jesús, y la gracia del Señor Jesús está en la comunión del Espíritu Santo. Así que todos los que han recibido la comunión del Espíritu Santo reciben la gracia del Señor Jesús, y todos los que reciben la gracia del Señor Jesús tienen un anticipo del amor de Dios.

Cuando el Espíritu Santo viene, nos ilumina y nos muestra nuestros defectos y nuestra degradación. Nos muestra que estamos perdidos. Dios ha hecho una obra tal, que cuando uno abre la boca y dice algo, y cuando el corazón de uno da cabida al Señor y lo invoca, uno es salvo. Uno no tiene que ir a una gran catedral para ser salvo. No tiene que orar para ser salvo. No tiene que ir al altar para ser salvo. El Espíritu ya ha sido derramado sobre toda carne. Dondequiera que uno esté, allí está el Espíritu Santo. ¡Aleluya! ¡Esto es un hecho! En la actualidad el Espíritu Santo ya fue derramado sobre toda carne. Uno no tiene que buscarlo. El lo busca a uno. Uno puede invocar en la calle o en la casa. Puede recibir la salvación en el lugar más agradable o en el más desagradable. Puede recibirlo en medio de una multitud o en un lugar tranquilo. El Espíritu Santo fue derramado sobre toda carne. No importa donde esté uno, mientras invoque el nombre del Salvador, será salvo.

Romanos 10 habla del hecho, y Hechos 2 habla del motivo. Romanos 10 solamente nos dice que todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo. No nos da la razón. Hechos 2 dice que el Espíritu Santo está sobre todos los hombres. Por consiguiente, mientras uno abra la boca, puede ser salvo. El Espíritu Santo ya ha venido. Cuando la persona invoca Su nombre, es salva.

EL ESPIRITU SANTO Y LA PALABRA DE DIOS

El Espíritu Santo también obra con respecto a la Palabra de Dios. Mucha gente no ve la relación entre el Espíritu Santo y la Palabra de Dios. Por lo tanto, no aprecian mucho las palabras de la Biblia. ¿Cómo puede recibir la obra de la cruz el hombre? Muchos están desconcertados acerca de esto. Incluso muchos pecadores oran: “Señor Jesús, ten misericordia de mí y muere por mí”. No tiene ni la más mínima idea de lo que es la redención. Aquí vemos lo valiosa que es la Palabra de Dios. Después de que Dios completó Su obra por medio del Hijo, El nos declara y nos muestra esto a través de las palabras de la Biblia. En otras palabras, Dios ha puesto en Su Palabra la gracia que el Señor logró para nosotros y nos ha enviado esta Palabra.

Si restamos la obra del Señor Jesús de la Palabra de Dios, ¿qué tendremos? Si quitamos la obra del Señor Jesús de la Palabra de Dios, no quedará nada. La razón por la cual la Palabra de Dios es tal, es la obra del Señor. ¿Qué es una palabra? Una palabra es un hecho declarado. Sin hechos, las palabras son mentiras. Con los hechos, las palabras son verdades. Si la obra del Señor no es verdadera, la Palabra de Dios no es de fiar. Pero si la obra del Señor Jesús es un hecho, si Dios ha logrado Su justicia a través del Señor Jesús, y si Dios nos ha aceptado en el Señor Jesús, la palabra de Dios debe ser confiable. Así que debemos recordar que la obra del Señor Jesús está contenida en la Palabra de Dios. Aquí vemos la relación entre el Espíritu Santo y la Palabra de Dios.

El Espíritu Santo es el portero de la Palabra de Dios. A mi me gusta mi nombre inglés, Watchman. Significa uno que guarda y vigila. Dios ha puesto en el Espíritu Santo la obra lograda por el Señor Jesús. Hoy día el Espíritu Santo está vigilando cuidadosamente. Es como un portero. Tan pronto una persona recibe al Señor, El le revela inmediatamente la Palabra de Dios.

Hace unos pocos días un hermano me envió una caja de caramelos. La caja era grande y tenía flores impresas. Estaba envuelta en un papel amarillo con una carta adjunta, la cual decía que los caramelos eran un regalo para mí. Yo puedo decir que recibí una caja. No recibí sólo los caramelos. Incluso no probé los caramelos. Lo que yo tenía en mis manos era una caja de cartón. Pero lo que en realidad recibí fueron los caramelos porque estaban en la caja. Lo que me llevé a casa fue una caja. Pero al mismo tiempo, llevé los caramelos que estaban en la caja. Lo que nosotros recibimos hoy es la Palabra de Dios; pero lo que recibimos es la obra del Señor Jesús. Cuando recibimos la Palabra de Dios, obtenemos la obra del Señor, pues la obra del Señor está en la Palabra de Dios. Cuando una persona cree, no cree por lo que el Señor hizo para ella. Cree en la Palabra de Dios. Pero cuando una persona cree en la Palabra de Dios, automáticamente la obra del Señor le es aplicada. Asimismo, si usted dice que no es muy inteligente y no puede

entender la obra del Señor, yo le digo que Dios no necesita que usted crea en la obra del Señor. El sólo quiere que usted crea en la Palabra de Dios. Cuando usted cree en la Palabra de Dios, usted obtendrá Su obra en la Palabra. Aparentemente, lo que me llevó a casa fue una caja de cartón. ¿Cómo podía saber si contenía caramelos? Cuando llegué a casa quité la envoltura y abrí la caja para comer los caramelos. Gracias al Señor. Así es cómo el Espíritu Santo trabaja. Recibimos la Palabra de Dios por fe, y el Espíritu Santo revela la obra del Señor que está contenida en ella. Por lo tanto, Debemos ver que la obra del Espíritu Santo es la comunión. El Espíritu Santo nos trasmite la obra del Señor contenida en la Palabra de Dios. Sin la transmisión del Espíritu Santo, la Palabra de Dios sólo es un libro. Pero cuando el Espíritu Santo viene, la Palabra es revelada. Por esto, Dios preparó al Señor Jesús. También preparó al Espíritu Santo para la obra de comunión.

EL ESPIRITU SANTO NOS TRASMITE LA OBRA DEL SEÑOR Y AL SEÑOR MISMO

Ahora debemos ver cómo el Espíritu Santo nos trasmite la obra del Señor. La obra del Señor incluye todo lo que hizo en la cruz, en Su resurrección, en Su ascensión, en Su segunda venida y en todo lo que El nos otorga. No podemos entrar en detalles acerca de estas cosas. Hay mucho que decir acerca de ellas. Para hablar de ellas, tendríamos que mencionar la obra del Espíritu Santo en todo el Nuevo Testamento. En esta ocasión sólo lo podemos mencionar brevemente. La venida del Espíritu Santo no es meramente la transmisión de la obra del Señor a nosotros. También nos trasmite al Señor mismo. El propósito de la comunión del Espíritu Santo es transmitirnos al Señor Jesús y Su obra. Si un hombre no ha recibido la obra del Señor, el Espíritu Santo le trasmite esta obra. Si un hombre no ha recibido al Señor Jesús, el Espíritu Santo le trasmite al Señor mismo. Cuando fuimos salvos, la obra del Espíritu Santo era transmitirnos la obra del Señor. Luego, Su obra es transmitirnos al Señor mismo. El ministerio del Espíritu Santo consiste en manifestar al Señor Jesús.

La semana pasada, dos hermanas vinieron a preguntarme cómo traducir la frase en inglés *to minister with Christ*. Esta es una frase difícil de traducir. Significa servirles Cristo a otros, como servirle una taza de té o un plato de arroz a alguien. La obra del Espíritu Santo consiste en servirnos al Señor Jesús. Cuando recibimos al Señor, el Espíritu Santo nos transfirió la obra del Señor. Por lo tanto, toda la obra que el Señor ha logrado, como el don de arrepentimiento, el perdón, la limpieza, la justificación, la santificación y el gozo, nos las comunica el Espíritu Santo. Asuntos como la regeneración o la recepción de la vida eterna se logran en nosotros por medio del Espíritu Santo. La obra del Espíritu Santo consiste en transmitirnos la vida del Señor Jesús. Se parece a los cables que nos transmiten electricidad desde la planta eléctrica que

está en el arroyo del Sauce. Por medio del Espíritu Santo, recibimos una vida nueva, un corazón nuevo y un espíritu nuevo (comp. Ez. 36:26). Cuando recibimos un espíritu nuevo y un corazón nuevo, el Señor Jesús puede habitar en nosotros por medio del Espíritu Santo. Por lo tanto, la regeneración es la preparación de un templo nuevo para el Señor que lleva a cabo el Espíritu Santo.

Puesto que somos de carne, el Señor Jesús no puede morar en nosotros. Estamos como el mundo bajo juicio de los tiempos de Noé. Cuando el agua empezaba a retirarse, Noé soltó una paloma (Gn. 8:8-9). Pero la paloma no encontró lugar para descansar; no podía habitar en ninguna parte. De la misma manera, nosotros estamos llenos de pecado. El Señor Jesús no puede encontrar un lugar para habitar en nosotros. Esta es la razón por la cual Dios nos dio el Espíritu Santo. Objetivamente el Señor lo logró todo. Ahora subjetivamente, el Espíritu Santo nos dio un espíritu nuevo, para que el Hijo de Dios pueda habitar en nuestro espíritu. El Espíritu Santo vino primero a preparar una morada para el Señor Jesús. Luego el Señor vino para vivir en nosotros.

Por un lado, el Espíritu Santo nos dio una nueva vida interior; por otro, El nos trasmite la verdad y el propósito de Dios día a día. Por eso el Señor dice que cuando el Espíritu de realidad venga, El nos llevará a toda la realidad (Jn. 16:13). Además, la obra del Espíritu Santo también nos trasmite los dones, como por ejemplo el de profecía, lenguas, sanidad, milagros, revelaciones, palabras de sabiduría y conocimiento, fe y otras clases de dones.

EL ESPIRITU SANTO PRESERVA LA ETERNA FRESCURA DE LA OBRA DEL SEÑOR

No quiero enumerar en detalle todos los aspectos de la obra de comunión del Espíritu Santo. Sólo resaltaría una cosa: toda la obra del Señor Jesús nos es transmitida hoy por medio del Espíritu Santo. Incluso el Señor Jesús mismo nos es transmitido por medio de la obra del Espíritu Santo. Esta es la obra salvadora de Dios. Mucha gente no entiende la obra de comunión del Espíritu Santo. Ellos me preguntan cómo puede ser aplicada a nosotros en la actualidad la obra que el Señor llevó a cabo hace más de mil novecientos años. En realidad, si no existiera la obra del Espíritu Santo, sus preguntas estarían justificadas. ¿Cómo puede ser aplicada a nosotros hoy una obra que se llevó a cabo hace más de mil novecientos años? Lo que el Señor logró hace más de mil novecientos años no fue dejado para “secarse al viento y al sol”. Dios ha preservado y nutrido esta obra en el Espíritu Santo. Por eso esta obra permanece tan fresca. Hoy día podemos recibir la obra del Señor Jesús. Esta obra puede ser la misma que fue antes.

Una vez fui a una tienda y el empleado me dio una lata de sopa de vegetales importada. La lata se veía vieja y fea exteriormente. Estaba cubierta de polvo. El empleado me la recomendó mucho y estaba dispuesto a venderla con descuento. La compré y me la llevé a casa. Después cuando examiné la fecha, descubrí que tenía más años que yo. Cuando la abrí y la cociné, descubrí que la sopa todavía era gustosa. Si la obra del Señor no estuviera preservada en el Espíritu Santo, el tiempo y el espacio la afectarían. ¿Cómo podría entrar en mí el Salvador que murió en el Calvario hace más de mil novecientos años? Pero con el Espíritu Santo, no hay problema de tiempo ni de espacio. Dios ha preservado la obra del Señor en el Espíritu Santo. Ahora la obra del Señor está viva. Por eso el Espíritu Santo puede transmitirnos esta obra.

Tengo un hermano que estudia bioquímica. El hace experimentos todo el tiempo. A fin de cultivar cierta bacteria, tiene que usar un químico especial. Mientras mantenga cierta temperatura, la bacteria vivirá. Si la temperatura baja o sube demasiado, o si algún otro elemento se agrega al cultivo, la bacteria muere. El mejor ambiente para preservar la obra del Señor es el Espíritu Santo. Si la obra del Señor sale del Espíritu Santo, no puede vivir y muere. Lo mismo sucede con la vida cristiana. La vida cristiana no se puede separar nunca del Espíritu Santo. Si las verdades entendidas por los hijos del Señor son separadas del Espíritu Santo, gradualmente se secarán y morirán. Por lo tanto, todos los asuntos espirituales deben estar en el Espíritu Santo. Fuera del Espíritu Santo, todo morirá; nada sobrevivirá. En El está la vida; fuera de El, todo está muerto.

Por medio del Espíritu Santo, Dios se trasmite y también nos comunica la obra del Señor. Dios ha preparado todo lo relacionado con nuestra salvación. Además, El Espíritu Santo ha venido y está listo para transmitir todo lo que Dios ha preparado. Si un hombre aún no ha sido salvo, no puede decir que Dios no lo amó, o que el Señor Jesús no logró la redención para él. No puede decir que la palabra está muy lejos de él y que, por ende, no la puede alcanzar.

Amigo mío, ¿tiene usted boca? Algunos pueden argumentar que son mudos y que no tienen boca. Pero tienen corazón. Pueden estar sin boca. Pero no pueden estar sin corazón. Romanos 10:8-9 dice: "Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón ... que si confiesas con tu boca a Jesús como Señor, y crees en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo". ¿Por qué? Porque Dios dijo que todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo. Tal vez usted se pregunte cómo puede ser tan simple y cómo uno puede ser salvo sólo por invocar. Porque el Espíritu Santo ha venido. El lo salvará tan pronto usted invoque. ¿Cómo puede uno invocar? Si tiene boca, la puede usar. Si no tiene boca, puede invocar con su corazón. Esta palabra no está lejos de nosotros. Está en nuestra boca y en nuestro corazón. Esta es la palabra de la justificación por la fe que hemos hablado en estos días.

CAPITULO NUEVE

LA MANERA DE SER SALVO: LA FE VERSUS LA LEY Y LAS OBRAS

Durante los días pasados hemos visto que todo lo que el hombre tiene es pecado. También hemos visto que Dios lleva a cabo todas las cosas. El nos ama y nos da gracia. Dios ha logrado la justificación, causó que el Señor Jesús muriera y resucitara por nosotros. Incluso ha enviado al Espíritu Santo para convencernos e iluminarnos y darnos la fuerza para aceptar la obra de Dios. Permítanme hacer una pregunta muy natural. Puesto que Dios ha terminado toda Su obra, ¿qué debe hacer el hombre para ser salvo? Por Su parte, Dios lo ha hecho todo. Hoy El ha puesto esta obra terminada delante del hombre. Entonces, ¿cuál es la condición para que seamos salvos? Dios ha llevado a cabo la obra de redención. ¿Cómo puede el hombre ahora recibir la salvación? ¿Cómo puede la redención llegar a ser la salvación? ¿Cómo puede la propiciación llegar a ser la substitución? ¿Cómo puede el don de Dios dado a nosotros en Su Hijo ser trasmitido a nosotros en el Espíritu Santo? Estamos hablando de la condición para la salvación. ¿Qué debemos hacer nosotros para que nos pueda ser trasmitido lo que Dios ha hecho?

LA CONDICION PARA LA SALVACION: FE

Todos aquellos que leen la Biblia saben que la condición para la salvación es la fe. No existe otra condición excepto la fe. Debido a que el hombre cayó y es corrupto, sus pensamientos son perversos, y su carne pertenece a la ley, él piensa que debe hacer algo antes de que pueda ser salvo. Pero, la Biblia nos muestra que la única condición para nuestra salvación es la fe. Aparte de la fe no existe otra condición. El Nuevo Testamento nos dice claramente por lo menos ciento quince veces que cuando el hombre cree, es salvo, tiene vida eterna y es justificado. Cuando el hombre cree, obtiene todo esto. Además de estas ciento quince veces, la Biblia dice treinta y cinco veces que el hombre es justificado por la fe, o que llega a ser justo por medio de la fe. En el primer caso tenemos el verbo *crear*. En el segundo, tenemos el sustantivo *fe*. El verbo *crear* se usa ciento quince veces. Una vez que el hombre cree, es salvo (Hch. 16:31). Una vez que el hombre cree, tiene vida eterna (Jn. 3:36). Una vez que el hombre cree, es justificado. Además de estos versículos, se usa el sustantivo *fe* treinta y cinco veces. El hombre es salvo por medio de la fe. Recibe vida eterna por medio de la fe y es justificado por fe. Por lo tanto, en todo el Nuevo Testamento, por lo menos ciento cincuenta veces dice que el hombre es salvo, justificado y tiene vida eterna solamente por medio de la fe. No es un

asunto de quién es uno o qué hace uno o qué puede uno hacer. Todo depende de que si cree. Todo depende de la fe.

Otro asunto que merece atención especial es que en todos estos ciento cincuenta casos de la fe y de creer, no se agrega ninguna otra condición. Estos versículos no dicen que el hombre debe creer y después hacer algo para recibir la vida eterna. No dicen que el hombre debe creer y hacer algo antes de que pueda ser justificado. Tampoco dicen que el hombre debe creer y hacer algo antes de que pueda ser salvo. La Palabra del Señor menciona la fe en una manera clara y definida. Ninguna otra cosa se mezcla o se agrega a la condición de la fe. Por lo tanto, la Biblia nos muestra claramente desde la perspectiva de Dios que no existe otra condición para la salvación aparte de creer.

En el Nuevo Testamento, uno de los libros más atesorados y más leídos es el Evangelio de Juan. Si uno lo lee cuidadosamente, verá que Juan escribió este libro con un solo propósito, a saber, el de decirnos cómo puede el hombre recibir la vida y ser salvo, y cómo puede ser librado de la condenación. El Evangelio de Juan menciona ochenta y seis veces que solamente por fe y no por otra cosa puede el hombre recibir la vida, ser justificado y evitar la condenación. Por consiguiente, la Biblia nos muestra clara, adecuada y simplemente que la salvación no se basa en lo que el hombre es, lo que tiene y lo que ha hecho. La Biblia nos muestra que cuando el hombre cree, recibe (Jn. 1:12). El recibe al creer.

Hemos dicho que la salvación y la redención son llevadas a cabo por Dios. Aun la manera y el plan para lograrlos son proporcionados por Dios. También hemos visto que la gracia es llevada a cabo por Dios por medio del Señor Jesús. Tenemos que recordar que si existe gracia por parte de Dios, entonces nosotros debemos tener fe por nuestra parte. Si extendiendo mis manos para dar a un hermano una taza de té, él no puede recibirla por medio de extender su pie. Cualquier método que otros usen para darle cosas, usted tiene que recibirlas de la misma manera. El método de recibir debe ser el mismo que el de dar. Si otros le llaman por teléfono, entonces usted tiene que responder por medio de descolgar el teléfono. Si otros le escriben una carta, tiene que recibir la carta. La manera en que algo se recibe debe ser de la misma manera en que fue enviada.

Según la Biblia, la gracia es lo que Dios nos ha dado por medio de Jesucristo (1 Co. 1:4). Que El lo haga de esta manera está en el principio de la gracia. Ya que el dar concuerda con el principio de la gracia para Dios, entonces el recibir concuerda con el principio de la fe para nosotros. La fe y la gracia son dos principios inseparables. La gracia consiste en que Dios nos dé algo, y la fe consiste en que nosotros recibamos algo de Dios. La fe no es otra cosa que recibir lo que Dios nos ha dado en espíritu. Esto es absolutamente

independiente de la obra. Sólo por este medio el hombre puede recibir la gracia de Dios. Si recurrimos a cualquier otro medio, no seremos capaces de recibir la gracia de Dios.

Aunque la Biblia nos muestra que por medio de la fe recibimos la gracia de Dios, muchas doctrinas se han levantado como resultado de un mal entendimiento del hombre. El hombre presenta teorías que están basadas en sus propios pensamientos y en su mente entenebrecida. Ellos incluyen qué debe él hacer antes de que pueda ser salvo. Así como el hombre ha fabricado ídolos con su corazón perverso y los ha considerado dioses, de la misma manera con su corazón perverso y sus pensamientos entenebrecidos, ha puesto condiciones específicas para la salvación. Por esta razón, debo describir las diferentes condiciones que el hombre ha establecido para la salvación y considerar si estas maneras de salvación son confiables o no. Si un hombre no ve la verdad de Dios y no entiende Su Palabra, no comprenderá que la condición para la salvación es la fe. Pero, si un hombre ve la luz de Dios y entiende la verdad de Dios, no podrá derribar el hecho del Nuevo Testamento de que la salvación viene por medio de la fe. El problema de hoy día es que después de que el hombre comprende la fe como la condición para la salvación, le agrega algo más a la fe. El punto de disputa entre Dios y el hombre no es creer o no creer, sino si es creer con arrepentimiento, creer con las obras de la ley, creer con el bautismo, o creer con el testimonio, como un requisito para la salvación. La Palabra de Dios nos dice que una vez que creemos, somos salvos. Pero hoy día, el hombre agrega la palabra *con*. De acuerdo a su mente entenebrecida, el hombre afirma que es salvo por medio de la fe *con* algo. Lo que consideraremos no es si podemos ser salvos por medio de la fe. Ese asunto ya ha sido establecido. Hoy día la pregunta es si la fe es suficiente o no. ¿Necesitamos agregar *con* a la fe antes de poder ser salvos?

LA SALVACION NO ES POR FE CON LAS OBRAS DE LA LEY

La primera pregunta consiste en si el hombre es salvo por medio de la fe *junto con* guardar la ley. El hombre es salvo por medio de la fe al guardar la ley. Ya hemos hablado de la ley, pero lo repetiremos de nuevo. La Biblia dedica mucho tiempo para tratar con este asunto. Por eso los predicadores deben también dedicar mucho tiempo para tratar con este asunto. Puesto que el hombre presta mucha atención a la ley, la Biblia dedica dos libros para tratar con este problema. Tenemos que saber por qué Dios dio la ley. Dios dio la ley a los israelitas, no para que ellos la guardaran, sino para exponer sus pecados. Originalmente, los israelitas tenían pecados, pero éstos no habían llegado a ser transgresiones. Desde Adán hasta Moisés, el hombre tuvo pecados (Ro. 5:14), pero no tenía ninguna transgresión. Dios les dio la ley a fin de volver los pecados del hombre en transgresiones (Ro. 5:13, 20a).

¿Cómo se volvieron los pecados del hombre en transgresiones? Suponga que existe una persona que tiene la disposición y el temperamento de andar pasando al lado del lugar de reunión todos los días. Esto es algo que a él le gusta hacer. Él tiene que hacer esto cada día, cada semana, cada mes y cada año. Nadie puede explicar la razón por la cual él hace esto. Pero en su temperamento, disposición y vida, hay algo que lo obliga a andar pasando al lado del lugar de reunión. Aunque él tiene tal hábito, no podemos decir que tiene transgresión alguna. Es posible que no nos guste lo que él hace y que podamos pensar que eso está mal, pero él no se da cuenta de que esto está mal. ¿Cuándo va él a darse cuenta de que esto está mal? Suponga que usted tiene dos listones de color rojo brillante y los ata cada uno en cada extremo de la senda. El siguiente día, cuando él llegue, verá los dos listones y se dará cuenta de que no debe caminar a través de ellos. Su hábito siempre ha sido caminar por allí porque algo dentro de él lo obliga a hacerlo. Supongamos que él ve estos dos listones y considera el color brillante, la textura de seda, los nudos bien hechos, y los rompe y camina atravesándolos. En ese caso su andar es diferente de su andar anteriormente. Su andar anterior fue pecado sin transgresión. Ahora es el mismo andar, pero él anda en transgresión.

Dios dice que la ley es perfecta. Es buena, justa, santa y excelente (Ro. 7:12). Sin embargo, el hombre está lleno de pecado. Está lleno de pecado por dentro y por fuera. Sin embargo, desde Adán hasta Moisés aunque el hombre tenía pecado, no tenía transgresiones. Dios estableció la ley, no con el fin de que el hombre no pecara, sino con el fin de exponer los pecados del hombre y hacerlos transgresiones. Hoy día la ley está aquí. Una vez que una persona quebranta la ley, se da cuenta de que ha pecado. Así que, podemos decir que Dios dio la ley al hombre, no para que la guardara, sino para que viera que había pecado. Cuando no había ley, no se daba cuenta de que tenía el pecado. Ahora él lo sabe.

Lo extraño es que el hombre toma la ley, la cual está allí para probar su pecado, para tratar de probar que él es justo. Él cambia el sentido de la ley. Dios quiere que sepamos por medio de la ley que hemos pecado, pero nosotros queremos probar por medio de la ley que somos justos. Dios quiere mostrarnos por medio de la ley que estamos pereciendo, pero nosotros queremos probar por medio de la ley que somos salvos. El hombre no se ve a sí mismo. Sus pensamientos están llenos de la ley. No ve que es corrupto por dentro y que no puede guardar la ley. La carne del hombre no puede guardar la ley de Dios. No se somete a la ley de Dios. Sin embargo, el hombre todavía quiere obtener justicia de la ley y ganar la vida por medio de ella. Dios utiliza la ley para mostrar al hombre que él no tiene esperanza y que necesita recibir la salvación. Pero, cuando el hombre ve las ordenanzas, intenta obtener una poca de justicia por medio de ellas y así ser salvo. Romanos 3:19 dice: “Ahora bien sabemos que todo lo que la ley dice, lo dirige a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede

bajo el juicio de Dios”. Aquí dice que la ley fue dada con el propósito de cerrar toda boca, para que nadie pueda decir nada, y para que todos puedan estar bajo el juicio de Dios. Después de esto, existe un veredicto con respecto a nosotros: “Ya que por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de El; porque por medio de la ley es el conocimiento claro del pecado” (v. 20). Podemos ver que la intención original de la ley era exponer el pecado; no fue dada para justificar al hombre. Es muy claro que el propósito de la ley de Dios era exponer el pecado en vez de establecer nuestra propia justicia.

En el Antiguo Testamento, Dios no solamente le dio al hombre la ley, también le dio todos los tipos. Esas fueron las leyes rituales. Ellas explicaban cómo alguien debía ofrecer los sacrificios y cómo pagar el dinero para la expiación. Para nosotros en el Nuevo Testamento estos asuntos tipifican la redención lograda por el Señor Jesús y su salvación subsecuente. Esto es lo que Dios nos ha mostrado. Es tan extraño que el hombre tratara de establecer su propia justicia no solamente por medio de la ley, sino también por medio de estos tipos. Trató de establecer su justicia por medio de estas ordenanzas. Aun encontramos a un fariseo diciendo en oración que ayunaba dos veces por semana y que ofrecía a Dios una décima parte de lo que tenía (Lc. 18:11-12). El pensaba que esas cosas eran su justicia y que por medio de ellas podía ser salvo. El hombre no ve el propósito por el cual Dios estableció la ley. No entiende el propósito de Dios. El hombre duda que sea tan fácil ser salvo. Piensa que es verdad que el hombre es verdaderamente salvo por medio de creer en el Señor Jesús. La mayoría de nosotros los cristianos sabemos que necesitamos creer. Es correcto creer, pero muchos dicen que también debemos guardar la ley. Lo que el hombre hoy día está diciendo no es si uno puede ser salvo por medio de la ley o no. Lo que él está diciendo es que aquellos que creen en Jesús deben también guardar la ley antes de que puedan ser salvos. La fe en Jesús es una doctrina irrefutable en la Biblia. Pero los cristianos dicen que debemos agregar a esto el guardar la ley. El hombre no ve que creer en Jesús y guardar la ley son dos cosas absolutamente contrarias. Nunca pueden estar juntas. La diferencia entre la fe en Jesús y las obras en la ley es la diferencia entre el cielo y el infierno. Así como el cielo es tan inmensamente diferente del infierno, así la fe en Jesús es tan diferente de las obras de la ley.

¿A quién se le dio la ley? Fue dada a los judíos. Entonces, ¿por qué el Nuevo Testamento menciona una tras otra vez el asunto de guardar la ley? En el Nuevo Testamento, los apóstoles, o deberíamos decir el Espíritu Santo, sabían claramente que los que lo leían podían no necesariamente eran todos judíos. Al principio solamente una minoría de aquellos que creyeron en Jesús eran judíos. Una vez una persona me preguntó: “Usted dice que los judíos fueron los que recibieron la ley. Pero, ¿quiénes son los judíos?” Le dije que los judíos eran como los conejillos de indias. Cuando un investigador de

productos farmacéuticos no está seguro de alguna medicina, no experimenta con humanos. En lugar de eso, primeramente inyecta la medicina a los conejillos de indias. Si los conejillos de indias mueren inmediatamente, entonces el medicamento no puede ser usado. Solamente después de que se prueba que el medicamento es efectivo, éste será inyectado dentro de los seres humanos. Es lo mismo con los medicamentos tomados en forma oral. Primero es tomado por los conejillos de indias. Si surte efecto, entonces el medicamento se utiliza. De otra manera será descartado. Y se hace lo mismo con la inmunización en contra de la bacteria. Si funciona en los conejillos de indias, funcionará en el hombre. Si no funciona en los conejillos de indias, no funcionará en el hombre. Yo diría en la manera más respetuosa que los judíos son los conejillos de indias. Dios probó la ley con los judíos. Si los judíos podían cumplirla, entonces podía ser usada. Si no podían cumplirla, no podía ser usada. Dios probó la ley con los judíos, y no la pudieron cumplir. Esto significa que todo el mundo no podía cumplirla. Los judíos fueron seleccionados por Dios como objetos de un experimento. Los judíos representan a todo el mundo. Por esto vemos que la ley fue dada oficialmente a los judíos. Sin embargo, el principio de la ley es dada a todos los hombres. Es dada a toda carne. Dios le dio al hombre la ley para advertirle que el hombre es de carne y es carnal.

¿Qué es el cristianismo? El cristianismo no le dice a los hijos de Adán que hagan el bien. Eso no es cristianismo. El cristianismo dice que Adán está crucificado y terminado y que la raza adámica está aniquilada por medio de la cruz del Señor Jesús. El hombre en Cristo recibe una vida nueva y llega a ser un linaje nuevo. La ley no es útil para el nuevo linaje ya que no hay tal cosa como la ley en la nueva raza. La ley fue dada por Dios a los hijos de Adán para exponer sus pecados. Si uno quiere ser salvo por medio de guardar la ley, tiene que darse cuenta de las serias consecuencias de las palabras *guardar la ley*. Una vez que el hombre guarda la ley, él tendrá la justicia. No obstante, esta justicia será de la carne. En otras palabras, eso significaría que los hijos de Adán, esto es, la raza adamítica, no necesita morir. Esto significaría que el hombre puede agradar a Dios con su carne. Quizá alguien pueda argumentar que él no está intentando guardar toda la ley, que él sabe que es imposible guardar toda la ley, que lo que él dice es creer en Jesús y después guardar la ley. Pero si las obras de la ley tienen una fracción de milésimo de terreno delante de Dios, eso significa que Adán no tuvo que morir. Esto anularía la naturaleza misma del cristianismo. El cristianismo no está aquí para establecer un terreno para Adán. No está aquí para mantener la vieja creación. Está aquí para transferirnos a la nueva creación. Somos de carne, y no podemos obtener la justicia que viene por guardar la ley.

Desde la caída del hombre, hubo querubines y una espada de fuego guardando el árbol de vida en el huerto de Edén (Gn. 3:24). ¿Por qué los querubines y la espada de fuego guardaban el camino al árbol de la vida? Impedía que el hombre comiera del árbol de la

vida. Después de que el hombre llegó a ser pecador y comió del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, no quedó otro camino para que él regresara al árbol de la vida y comiera de su fruto excepto por medio del juicio del querubín y el sacrificio por medio de la espada de fuego. Dios nos muestra que el hombre no puede comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal y al mismo tiempo comer del fruto del árbol de la vida. El hombre no puede comer de los dos. El hombre no puede recibir la semilla del pecado por un lado y tomar la salvación del Señor por el otro.

Aquí yace la diferencia entre el cristianismo y el judaísmo. El judaísmo dice al hombre en la carne que si guarda la ley vivirá. Pero el cristianismo dice que el hombre no puede vivir, porque no puede guardar la ley. El cristianismo claramente afirma que el hombre no puede hacer esto. No existe la posibilidad de que él guarde la ley. Por lo tanto, podemos ver que en el Antiguo Testamento, Dios le dio la ley al hombre para que la guardara. En el Nuevo Testamento, vemos que el hombre de ninguna manera puede guardar la ley, ni tiene que guardarla. Esta es una de las grandes verdades en la Biblia. Ahora, el peligro es que si mezclamos la fe y la ley anulamos el principio de la Biblia. Inmediatamente, Adán tendrá el terreno, y el hombre carnal será capaz de vivir de nuevo. Según el juicio de Dios el hombre debe morir. Por medio de Jesucristo, Dios ha eliminado al hombre. El no quiere que el hombre carnal contribuya con ninguna cosa. Hoy día, si el hombre todavía trata de producir algo de su carne, él derriba el principio del Nuevo Testamento. Si se le da algún terreno a la ley, entonces la carne también tendrá algún terreno. Pero Dios dice que la carne no tiene terreno, que todos los terrenos han sido eliminados.

Tal vez nos preguntemos si esto es anular la ley. Por favor recuerde que según la Biblia, la ley exige dos cosas de nosotros. Primero, la ley dice que el que guarda la ley vivirá (Ro. 10:5). La ley nos demanda guardarla y hacer algo. Una vez que el hombre la guarda, tendrá la justicia. Si tenemos la justicia, tendremos la recompensa, la cual es la vida. Pero existe un segundo aspecto. La ley dice que el día que comamos del árbol del conocimiento del bien y del mal, sin duda moriremos (Gn. 2:17). Por un lado, la ley requiere que el hombre cumpla algo. Por otro, castiga de muerte a todo aquel que no guarda la ley. Todos los que no guardan la ley reciben la recompensa de no guardar la ley. Por lo tanto, en el Antiguo Testamento, en principio vemos que la ley requiere que el hombre la guarde y sea justo. Todos los que no la guardaron fueron condenados y castigados.

En Shanghái, el departamento de tránsito tiene muchas regulaciones de tránsito. Por ejemplo, para manejar en la noche uno tiene que tener luces en su bicicleta. Si no tiene luces la bicicleta, lo multarán con sesenta centavos. Esta regulación requiere dos cosas: Requiere que el hombre instale una luz, y requiere que los que no lo hagan sean

castigados. Entonces, ¿qué significa anular la ley? Anular la ley significa que uno no tiene que tener una luz, y que no tiene que ser castigado. ¿Qué es guardar la ley? Guardar la ley es cumplir uno de los dos requisitos. Los que tienen la luz están guardando la ley. Los que no tienen la luz, pero están dispuestos a pagar los sesenta centavos, también están guardando la ley.

El problema de hoy es que no podemos guardar la ley. La ley de Dios requiere que seamos justos. Si no somos justos, entonces fallamos. Solamente siendo justos podemos vivir. Sin embargo, ningún hombre de la carne es capaz de guardar la ley. Ninguno de nosotros puede tener justicia delante de Dios al guardar la ley. Una vez que el hombre toca la ley de Dios, fallará. Pablo dijo en Romanos 7:7 que aun si Dios tiene solamente una ley, el hombre no es capaz de guardarla. Pablo no traspasó todas las leyes. El solamente mencionó una ley, aquella relacionada con la codicia. En el lenguaje original, la codicia es lujuria. Pablo dijo: “¡Miserable de mí! La lujuria vuelve una y otra vez, es imposible para mí no tener lujuria”. El no podía lograr que la luz de su bicicleta funcionara, sin embargo, tenía que viajar en la ciudad. Para algunos, el problema no es que la luz no trabaje. Ellos simplemente no quieren tener la luz. Estas personas ni siquiera quieren prender la lámpara. ¿Qué significa anular la ley? Cuando alguien suplica a Dios diciendo: “Oh Dios, hoy no puedo cumplir Tu ley. Por favor déjame ir por causa del Señor Jesús. He hecho lo mejor que podía. Por favor no me castigues”. Todo aquel que ruega al Señor Jesús para que sea propicio o para que Dios tenga misericordia de ellos, están anulando la ley. Por un lado, no quieren guardar la ley. Por otro, no quieren el castigo de la ley. No quieren tener una luz. Pero al mismo tiempo quieren evitar el pago de los sesenta centavos. ¿Qué acerca de nosotros hoy día? ¿Tenemos nuestras luces? Si tenemos las luces, entonces podemos viajar pacíficamente en la ciudad. No obstante, ninguno de nosotros es capaz de tener la luz. Por lo tanto, la única manera es pagar los sesenta centavos. Esto es lo que el Señor Jesús ha hecho por nosotros. Este es el juicio del que hemos participado en Cristo. Tenemos que decir: “¡Gracias y alabado sea el Señor que ya hemos sido juzgados en Cristo!” Hemos sido castigados en Cristo. Dios ya nos juzgó en Cristo. Ya que el Señor Jesús murió, resucitó y ascendió, la salvación que recibimos ahora es equivalente a lo que obtendríamos si guardáramos la ley. Los que tienen la luz son libres. Los que han sido castigados también son libres. Hoy día, si un hombre guarda todas las leyes, será justificado y será salvo de la misma manera que nosotros quienes hemos creído en Jesús y somos salvos y justificados. Por supuesto, no solamente somos salvos cuando creemos en Jesús; al salvarnos, el Señor Jesús nos concede muchas otras cosas aparte de la ley.

Pablo dijo en Romanos 3:31: “¿Luego por medio de la fe invalidamos la ley? ¡De ninguna manera! Antes bien confirmamos la ley”. Por lo tanto, cuando somos salvos por medio de la fe en Jesús, no invalidamos la ley. Puesto que hemos satisfecho los requisitos de la

ley en nosotros, la ley no tiene nada que decir. Nunca piense que debemos agregar las obras de la ley a nuestra fe. El hecho de que creamos es como pagar los sesenta centavos. El hecho de que guardemos la ley es como tener la luz. Nadie en todo el mundo tiene la luz y paga los sesenta centavos al mismo tiempo. Es irrazonable. ¿Por qué tenemos que pagar los sesenta centavos y al mismo tiempo tener la luz? Si es capaz de tener la luz, entonces no tiene que pagar los sesenta centavos. Si existe la palabra de fe, entonces no puede existir la ley. Si existe la ley, no puede existir la palabra de fe. Nadie puede tener fe y guardar la ley al mismo tiempo, porque hacerlo así sería despreciar al Señor Jesús. Esto significaría que uno no alcanza a ver su total debilidad e inmundicia.

Por favor lea de nuevo Gálatas 2:16-17: “Y sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo, nosotros también hemos creído en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe en Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada. Mas si, buscando ser justificados en Cristo, nosotros mismos también somos hallados pecadores, ¿es Cristo entonces ministro de pecado? ¡De ninguna manera!” El libro de Gálatas nos muestra que en Galacia algunos contendían diciendo que no es suficiente que el hombre sea justificado por medio de la fe en el Señor Jesús; todavía tenía que guardar la ley. Ellos no decían que el hombre no debe de creer. Reconocían que el hombre es justificado en Cristo. Pero decían que de todos modos necesitaban guardar la ley. Pablo dijo una palabra muy franca. Dijo que si mientras buscamos ser justificados en Cristo somos hallados pecadores, eso significa que después de que hemos creído en el Señor Jesús, todavía no somos justificados, que somos todavía pecadores y que todavía debemos guardar la ley antes de poder ser salvos. Por ejemplo, supongamos que estoy enfermo y voy diez días a un doctor. Después, debido a que todavía estoy enfermo, tengo que consultar otro médico. Si busco ser justificado en Cristo, y al mismo tiempo trato de guardar la ley, eso significa que todavía soy un pecador y no he sido salvo. Si ya no soy un pecador, entonces ya no tengo que guardar la ley. Si soy todavía un pecador, ¿es Cristo un ministro de pecado? Pablo preguntó que si no era justificado después de haber creído en el Señor Jesús, ¿significaba eso que Cristo es un ministro de pecado? La respuesta es: “¡Claro que no!” En el Nuevo Testamento, Pablo dijo “claro que no” muchas veces. En griego, esto es un modismo. La versión King James lo traduce: “Dios no lo permita”; es equivalente a la expresión “el cielo no lo permita”, que es una expresión muy fuerte. Eso significa que aun los cielos rechazarían esto. No hay razón debajo del sol para que esto sea así. Por lo tanto, podemos ver que un hombre no puede tener fe en Jesús y al mismo tiempo guardar la ley.

En Romanos 3, Pablo hizo otra declaración muy clara. El versículo 28 dice: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley”. Esta es

una afirmación concluyente. Ahora es un asunto de fe. No tiene absolutamente nada que ver con la ley. Gracias al Señor. Jesús es suficiente. Cuando la Biblia presta atención a la fe, presta atención a la gracia de Dios. Esto nos muestra que todas las cosas vienen al recibirlas. A algunos les gusta exaltar al hombre en su predicación del evangelio. No obstante, si conocemos la Biblia, veremos que aparte de Dios, el hombre es absolutamente miserable. Por favor recuerde estas dos oraciones: el hombre no es salvo por medio de la ley, ni tampoco es salvo por medio de la fe *junto con* la ley. Este es el primer error del hombre y el más común. El hombre ha mezclado la fe con la ley.

LA SALVACION NO ES POR MEDIO DE LA FE CON BUENAS OBRAS

“Las obras de la ley” es una expresión que encontramos en la Biblia (Gá. 2:16). Ya hemos hablado de este aspecto. El entendimiento más común de la condición de la salvación es que la salvación es por medio de la fe junto con las obras. La salvación por medio de la fe es una doctrina de la Biblia, y el hombre no puede argüir en contra de esto (Ef. 2:8). Pero, el hombre dice que también es por obras. Veamos lo que la Biblia dice acerca de esto. A veces somos muy corteses y acomodamos lo que hablamos, no obstante, la Biblia no es cortés en lo que habla. Es muy precisa. Efesios 2:8 y 9 dice: “Porque por gracia habéis sido salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros; pues es don de Dios; no por obras para que nadie se gloríe”. Estos versículos nos dicen que la salvación es absolutamente por gracia y por medio de la fe. Las palabras *por medio* significan atravesar. Es como decir que las luces eléctricas brillan por la electricidad y a través del cable. También es como decir que el agua de las llaves viene por medio de una reserva en el departamento de aguas y a través de la tubería. El hombre es salvo por medio de la gracia, pero el canal por el cual la salvación viene a nosotros es la fe. El canal no es las obras, sino la fe. Es por medio de la fe y no tiene nada que ver con las obras. No es la fe más las obras. Uno tiene que saber que la fe y las obras básicamente se oponen entre sí. La gracia del Señor Jesús se basa en el amor de Dios. Cuando creemos, la gracia y el amor fluyen dentro de nosotros. Como resultado, somos salvos, tenemos vida y somos justificados. Nada de lo anterior se nos comunica por medio de las obras.

Gracias al Señor que no viene por las obras. ¿Por qué es así? Aquí la respuesta es que nadie debe gloriarse. Lo que Efesios 1 nos dice es que Dios quiere tener toda la gloria. Por eso El hace toda la obra. Supongamos que cierto hermano es muy capaz y educado y ha sufrido mucho por el Señor. Si otro hermano viene a mí y dice: “Hermano Nee, lo alabo y lo glorifico por la obra tan fina que este hermano ha hecho”, indudablemente diríamos que este hermano está loco. La gloria solamente puede ser de aquél que hace la obra. No existe tal cosa en el mundo de que alguien haga la obra y otro reciba la gloria. Aquellos que trabajan merecen el salario. Los que trabajan son los que obtienen la

gloria. ¿Por qué Dios ha hecho toda la obra de salvarnos? Lo hace para poder tener toda la gloria. Dios nos da la gracia para que El pueda obtener toda la gloria. El no quiere que nosotros obremos, para que no nos gloriemos en nosotros mismos. Enorgullecerse es glorificarse a uno mismo. Si hemos hecho algo que merezca gloria, no le daremos las gracias a Dios ni le agradeceremos. Inmediatamente diremos: “Sin duda, la salvación me es dada por Ti. Es Tu obra. No obstante, he agregado mi parte a ella. Si no hubiera agregado mi parte, no sería como soy hoy día”. El hombre ama poner énfasis en sus propios méritos. Le gusta subrayar sus propios puntos sobresalientes. Si Dios hubiera dicho que El iba a cumplir el noventa y nueve por ciento de la obra de la salvación y hubiera dejado el uno por ciento a nosotros, este uno por ciento callaría a los cielos. Los ángeles ya no alabarían y las piedras no clamarían más. En lugar de que las piedras llegaran a ser los hijos de Abraham, los hijos de Abraham llegarían a ser las piedras, porque del ciento por ciento, algunos se asirían a ese uno por ciento. Ellos hablarían de la maravilla de su propia obra y dirían: “Pasé por eso de esta manera, o de esta otra manera. ¿Cómo pasó usted por ella? ¿Con qué contribuyó usted?” Todos se gloriarían de su propia obra, y Dios no tendría la posibilidad de obtener la gloria.

¡Gracias, y alabado sea el Señor! Debido a que El quiere toda la gloria, no deja que ni una sola cosa sea hecha por nosotros. Cuando alcancemos los cielos, tendremos que decir que aún somos personas sin esperanza. Somos capaces de llegar allí por causa de la gracia “gratuita”. Esta palabra “gratuita” detendrá todas las súplicas en los cielos y los llenará con acciones de gracias y alabanzas. Habrá acciones de gracias y alabanzas ya que todo ha sido hecho por Dios. Tenemos que ver que ésta es la verdad de la Biblia. La obra del hombre y la gracia de Dios no pueden mezclarse. Una vez que el hombre obra, entra en conflicto con la gloria. Por lo tanto, ya sea que esté en la calle, en mi casa, o en la reunión de la mesa del Señor, puedo decir desde mi corazón: “Dios, te agradezco y te alabo, porque no tengo que hacer nada para mi salvación. Ella viene cien por ciento de Ti. Por lo tanto, ¿qué puedo hacer sino alabarte?” Dios se deleita en la alabanza. La Biblia dice que cierta clase de oraciones son detestables, pero nunca dice así a alguna clase de alabanza. Algunas oraciones son rechazadas por Dios, pero Dios nunca rechaza ninguna alabanza. Dios quiere tener toda la gloria, porque El ha hecho toda la obra.

¿Significa esto que podemos ser descuidados y que ya no necesitamos hacer el bien? Efesios 2:10 explica: “Porque somos Su obra maestra, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”. Los versículos 8 y 9 nos muestran lo que Dios ha hecho para nosotros objetivamente. Inmediatamente el versículo 10 nos muestra los puntos subjetivos. Dios no nos ha salvado en una manera tonta. Nos ha dado una nueva vida, una nueva naturaleza y un nuevo espíritu dentro de nosotros. El Señor Jesús está viviendo en nosotros por medio del Espíritu Santo y nos ha preparado para toda buena obra. Por favor, recuerde que

Dios no ha incluido estas buenas obras en los dos versículos anteriores. No importa cuántas buenas obras haga después de que ha sido salvo. La salvación sigue siendo por gracia. No importa qué tan rápido avance espiritualmente, la salvación es todavía por medio de la gracia gratuita del Señor Jesús. Aun si tiene una obra como la de Pablo, un resultado como el de Pedro, un amor como el de Juan y un sufrimiento como el de Santiago —aún si tiene usted todas estas cuatro cosas— todavía es salvo por medio de la gracia gratuita. En el futuro, aunque su obra demuestre que usted es salvo, nunca es ésta la condición para la salvación. Mi fe no significa mucho. Lo único que tiene significado es recibir la obra de Dios.

El hombre no es salvo por medio de las obras. Nadie puede argumentar en contra de esto. Sin embargo el hombre es muy miserable. Debido a que su corazón está entenebrecido y lleno de pecado, y debido a que su carne es tan perversa y llena de la ley, aunque reconoce la fe, supone que debe agregar también las obras. El hombre no ve que las obras vienen después de que uno es salvo por medio de la fe. La salvación no tiene nada que ver con las obras. No digo que no necesitamos las obras. Ponemos atención a las obras. Pero esto no es la condición para la salvación. La salvación es completamente un problema diferente. No debemos olvidar que la Biblia dice que si sólo ponemos poca atención a las obras, la gracia de Dios es anulada (Gá. 2:21). Ya que es por gracia, debe ser solamente por fe y no por obras.

En Romanos 4:4 y 5 se dice: “Ahora bien, al que obra no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”. Ahora estamos claros. Si un hombre puede ser salvo por medio de las obras, entonces la salvación llega a ser una recompensa. Ya no es sólo por gracia, sino que llega a ser algo que alguien merece. Si es algo que uno merece, entonces ya no es gratuita. En la Biblia la palabra *gratuitamente* (Ro. 3:24) significa en el lenguaje original, *sin motivo*. En otras palabras no hay razón para ello. El Señor Jesús dijo en el Evangelio de Juan: “Sin causa me aborrecieron” (15:25). En el lenguaje original, puede significar: “Gratuitamente me odiaron”. El Señor nunca gastó nada para comprar ese odio, pero de todas maneras lo odiaron. No existía razón alguna. Fue gratuito. La gracia de Dios durante esos tres años y medio fue lograda gratuitamente para nosotros.

Somos como el hijo joven mencionado en Lucas 15. Un día vinimos a Dios y dijimos: “Dios, dame la porción de la herencia que me corresponde”. Dios nos dio lo que nos corresponde. Después de que tomamos nuestra herencia, la malgastamos con compañeros malignos. Hoy día, regresamos a la casa del Padre. La túnica que usamos, nuestros anillos, zapatos y el becerro gordo que comemos no es lo que merecemos. Lo que con derecho era nuestro ya ha sido gastado. No merecemos el anillo. No merecemos

la túnica. No merecemos comer el becerro gordo, y no merecemos usar los zapatos. Entonces, ¿qué es la gracia? Cuando aquellos que no merecían ser salvos son salvos, esto se convierte en gracia. La gracia es lo que han obtenido aquellos que no debían de obtener nada. Lo que el hijo joven se llevó la primera vez no fue gracia. Eso él ya lo había gastado. Todo lo que recibió la segunda vez fue gracia. Su propia porción fue agotada. Cuando él disfrutó otra comida en su casa, eso no fue lo que él merecía tener sino que fue la gracia del Padre.

Por lo tanto, si uno obra, el asunto del salario entra, y ya no es más gracia. La gracia está en conflicto con lo que uno merece. Entonces, ¿cómo trabaja la fe? Cuando ella no es obra o labor, sino solamente la fe en el Dios que justifica al pecador, esa fe es reconocida como justicia. Esta es la relación entre la fe y la gracia. Si es obra, entonces no es gracia. Si es gracia, entonces solamente hay fe. Creer es aceptar lo que Dios ha hecho. No se trata de cuánto he hecho. Debemos enfatizar que delante de Dios no somos justificados por lo que hayamos hecho. Somos justificados por medio de la fe. Hoy día tenemos la justificación por medio la fe. Por lo tanto, el asunto de la obra ha sido terminado para siempre.

Todos los que me conocen bien, saben que me gusta la salsa soya. No hay ningún problema si no hay muchos platillos en la mesa. Mientras tenga salsa soya, puedo tolerarlo. En una ocasión, alguien que me estaba sirviendo vio que mi salsa soya casi se había acabado. Fue al supermercado y trajo más. Después, la mezcló con la salsa soya buena. Cuando la probé, me di cuenta de que el sabor era diferente. Le pregunté por qué la salsa soya sabía diferente ese día. Investigué con el que servía para ver si había puesto salsa soya de la misma botella. Su respuesta fue afirmativa. Me pregunté si mi gusto había cambiado. No era probable. Entonces le pregunté si la había mezclado con algo más. Tuvo que admitir que lo había hecho. Hoy, el hombre hace la misma cosa con la obra de Dios y Su gracia. Trata de mezclar algo más en ello. Una vez que mezclamos algo de esta manera, la gracia deja de ser gracia. Por esa razón Dios dice que si es por gracia, entonces ya no es más obras (Ro. 11:6). Si es por obras, entonces ya no es más por gracia. Las obras nunca pueden mezclarse con la gracia. Por lo tanto, no debemos decir meramente que la salvación es por fe. Debemos decir que la salvación es únicamente por fe.

Amo Romanos 3:27. Esta palabra se basa en los versículos 25 y 26. Allí habla de cómo el Señor Jesús ha llegado a ser el propiciatorio y cómo Dios ha justificado a aquellos que creen en El. No es injusto que Dios haga esto. Por lo tanto, en el versículo 27 dice: “Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida”. No hay manera de que nos jactemos. No hay más posibilidad de jactancia. La siguiente oración es muy importante. Dice: “Por cuál ley?” Esto significa que no tenemos nada de que jactarnos. ¿De qué manera somos

excluidos de la jactancia? ¿Por medio de cuál principio somos excluidos de jactarnos? El versículo 27 continúa: “¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe”. Pablo preguntó cómo un hombre podía ser excluido de la jactancia y cómo la jactancia podía ser removida. El respondió que es por medio del principio de la fe. Si uno está en el principio de la fe, entonces no está en el principio de las obras. Si es por medio del principio de las obras, entonces la jactancia no puede ser excluida. Pero gracias al Señor. Hoy, tenemos el principio de la fe. Por lo tanto, no podemos jactarnos. Solamente podemos alabar.

Filipenses 2:12 dice: “Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, llevad a cabo vuestra salvación con temor y temblor”. Muchos nos han dicho que Pablo dijo explícitamente, en Filipenses, que tenemos que trabajar nuestra propia salvación. Si vamos a trabajar nuestra salvación, ¿no significa eso que tenemos que hacer algo? Es verdad que el Señor ha hecho la obra, pero el hombre también tiene que hacer algo. Eso es como decir que El suministra el material, nosotros hacemos la obra y con los dos, trabajamos nuestra salvación. Una persona dice esto porque no entiende la palabra de la Biblia. Si vamos a trabajar nuestra salvación, entonces ¿qué ha hecho el Señor Jesús en la cruz? ¿Qué ha logrado en la cruz? Si algo ya ha sido logrado ya no pueden ser cumplido de nuevo. Si usted es un hijo de Dios, no puede llegar a ser un hijo de Dios de nuevo. Sobre la cruz el Señor Jesús claramente dijo: “¡Consumado es!” (Jn. 19:30). La cruz del Señor Jesús ha llevado a cabo la obra de la salvación. Ella ha logrado la obra de la redención. Ya que la obra de la salvación y la redención han sido logradas, no hay más posibilidad de que trabajemos la salvación. Si aún queremos obrar nuestra salvación, debemos primero derribar la obra del Señor en la cruz. Debemos declarar que la obra del Señor Jesús no ha sido cumplida; que la obra del Señor no ha sido terminada, que por eso tenemos que obrar.

Muchas veces, no sabemos lo que significa avergonzar a otros. Pero una vez que lo experimenta, sabrá que es eso. Por ejemplo, aquí está una hermana. Alguien le pide que lave algunos pañuelos. Después de que los lava, los cuelga para que se sequen. Pero otra persona viene y quita los pañuelos. Cuando ella pregunta por qué se hizo eso, se le dice que se quitaron para ser lavados. Esta es una vergüenza abierta a la hermana, porque significa que otra persona no cree que los pañuelos fueron lavados. Eso quiere decir que piensan que la hermana ha mentido. De la misma manera, si nosotros trabajamos nuestra salvación no es una gloria para Cristo sino una vergüenza para El. La Biblia claramente dice que Cristo ha llevado a cabo toda la obra.

Entonces, ¿por qué Filipenses 2:12 dice que tenemos que trabajar en nuestra salvación? La palabra *trabajar* en el lenguaje original lleva el significado de *llevar a cabo*.

Debemos *llevar a cabo* nuestra salvación con temor y temblor. ¿Se detuvo aquí la palabra de Pablo? Si se hubiera detenido aquí, no habríamos sabido lo que quiso decir. El versículo 13 dice: “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por Su buena voluntad”. Ya que Dios ha operado dentro de usted, ahora usted lo lleva a cabo. Si Dios no ha operado *en* ella, no tenemos manera de *llevarla a cabo*. Ya que Dios ha operado *en* ella, podemos *llevarla a cabo*. Dios ya nos ha salvado por dentro y nos ha dado vida. Ahora no hay otra manera sino permitirle que se exprese. Dios no quiere que nosotros obremos. El quiere que nosotros lo *llevemos a cabo*. Por lo tanto, no es asunto de salvación o perdición, vida eterna o muerte eterna. Esto es un asunto de si alguien recibe o no la recompensa después de su salvación. Dios ya ha operado en usted, y causa el querer y el hacer por Su buena voluntad. Por lo tanto, tiene que llevarlo a cabo. Esta es la condición apropiada de un cristiano. En otras palabras, esto es nuestra obra después de la salvación. Si un hombre no ha sido aún salvo, no puede llevar a cabo su salvación. Si un hombre no tiene vida, no puede vivir una vida. Solamente después de que un hombre ha sido salvo él puede llevar a cabo su salvación. Por lo tanto, vemos que no existe tal cosa como ser salvo por medio de las buenas obras.

LA DIFERENCIA ENTRE LA VIDA ETERNA Y EL REINO

Hay un asunto el cual debemos entender claramente. Tener vida eterna es diferente de entrar en el reino de los cielos. Todo aquel que no puede ver la diferencia entre la vida eterna y el reino de los cielos, nunca podrá estar claro con respecto al camino de la salvación y la manera de presentarla. El Señor Jesús dijo que desde Juan el Bautista hasta ahora el reino de los cielos es tomado con violencia (Mt. 11:12). Los violentos lo toman. La ley y las profecías de los profetas terminaron con Juan (11:12-13). Basados en esta palabra, algunos han dicho que debemos ser violentos, es decir, debemos esforzarnos antes de que podamos ser salvos. Si no nos esforzamos, no seremos salvos. Una persona dice esto porque no puede ver la diferencia entre el reino de los cielos y la vida eterna. Hay una diferencia entre la vida eterna y el reino de los cielos.

La primera diferencia entre la vida eterna y el reino tiene que ver con tiempo. La vida eterna es por la eternidad, pero el reino no es por la eternidad. Cuando vengan los cielos nuevos y la tierra nueva, el reino de los cielos se acabará. El reino de los cielos denota el gobierno de Dios. El período del gobierno de Dios es el período del reino de los cielos. La soberanía de Dios sobre esta tierra y Su gobierno sobre la tierra serán manifestados solamente por mil años. ¿Qué son los cielos? El libro de Daniel habla acerca del gobierno de los cielos (7:27). Por lo tanto, el reino de los cielos es la esfera en la cual los cielos gobiernan. Cuando el Señor Jesús venga a gobernar la tierra, ese será el tiempo cuando los cielos gobiernen. Hoy día el que gobierna la tierra es el diablo, Satanás. Hoy

día la política y las autoridades mundanas son de Satanás. El Señor Jesús no gobernará hasta el tiempo del reino de los cielos. Sin embargo, el periodo durante el cual la autoridad de los cielos será llevada a cabo será muy corto. Primera Corintios 15:24 dice: “Luego el fin, cuando entregue el reino a Su Dios y Padre, cuando haya destruido todo dominio, toda autoridad y potencia”. El reino será entregado a Dios el Padre. Por lo tanto, existe limite de tiempo para el reino. No obstante, la vida eterna es para siempre. Todo el que lee 1 Corintios 15 sabe que el comienzo de los cielos nuevos y la tierra nueva, es decir, a la conclusión del milenio, el reino será entregado. Por lo tanto, existe una diferencia en tiempo entre la vida eterna y el reino de los cielos.

La segunda diferencia está en la manera en que el hombre entra en el reino de los cielos y la manera en que obtiene la vida eterna. Recibir la vida eterna es el tema de todo el Evangelio de Juan. La manera de tener vida eterna es creer. Una vez que creemos, la obtenemos. Nunca vemos otra manera. Sin embargo, entrar en el reino de los cielos no es tan simple. Todo el Evangelio de Mateo menciona al reino de los cielos treinta y dos veces. Ni una sola vez dice que el reino de los cielos se recibe por fe. ¿Cómo obtiene un hombre el reino de los cielos? Mateo 7:21 dice: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Mi Padre que está en los cielos”. Podemos ver que la entrada al reino de los cielos es un asunto de obrar más que de fe. Mateo 5:3 además dice: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. Aquí, no dice vida eterna sino el reino de los cielos. Para tener el reino de los cielos, necesitamos ser pobres en espíritu. El Señor dice: “Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos” (v. 10). No tenemos que ser perseguidos para recibir la vida eterna, sin embargo, el reino es para aquellos que han sido perseguidos por causa de la justicia. Incluso si un hombre tiene vida eterna, si él no ha sido perseguido por causa de la justicia y si no es pobre en espíritu, él puede incluso no tener parte en el reino.

Existe una tercera diferencia. Ella yace en la actitud que los cristianos deben tener con respecto a la vida eterna y el reino de los cielos. Con respecto a la vida eterna, Dios nunca nos ha dicho que lo busquemos. Más bien, cada vez que es mencionada, El nos muestra que ya la tenemos. Sin embargo, con respecto al reino, la palabra de la Biblia dice que necesitamos buscarla y perseguirla diligentemente. Hoy día, con respecto al reino, estamos en la etapa de búsqueda; no lo hemos obtenido todavía. Todavía tenemos que hacer un esfuerzo para buscar y alcanzar el reino.

La cuarta diferencia yace en la manera en que Dios trata el reino y la vida eterna. Dios trata la vida eterna como un don dado a nosotros (Ro. 6:23). Nunca vemos que una persona va al Señor para buscar la vida eterna. Nunca ha acontecido esto, porque la vida eterna es gracia gratuita; es dada por medio del Señor Jesús a aquellos que creen en El.

No hay diferencia entre uno que busca y uno que no busca. Pero el reino no es lo mismo. Recuerden a la madre de los dos hijos de Zebedeo que vino al Señor Jesús y quería que el Señor sentara a sus dos hijos a los lados de El en el reino (Mt. 20:21). Pero el Señor Jesús dijo: “Pero el sentarse a Mi derecha y a Mi izquierda, no es Mío darlo, sino que es para quienes está preparado por Mi Padre” (v. 23). La gracia se obtiene cuando clamamos a El. Pero el reino depende de si podemos ser bautizados en Su bautismo y de si podemos beber la copa que El bebió. Los dos discípulos dijeron que podían. Pero el Señor dijo que aunque ellos prometieran hacerlo y lo pudieran hacer, el asunto de todas maneras no depende de Su decisión. El Padre es el que lo da.

Además, el criminal que fue crucificado juntamente con el Señor le dijo: “Jesús, acuérdate de mí cuando entres en Tu reino” (Lc. 23:42). ¿Escuchó el Señor esa oración? En verdad, la oyó. Pero no concedió su petición. El criminal le pidió al Señor que lo recordara cuando el Señor recibiera el reino. El Señor Jesús no le respondió que estaría con El en el reino. Más bien le respondió: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (v. 43). El Señor no respondió la pregunta con respecto al reino. Pero le dio una respuesta con respecto al paraíso. Mientras clamemos a El, podemos ir al Paraíso. Pero no es tan simple entrar al reino. Por lo tanto, en esto existe una gran diferencia. La actitud de Dios hacia la vida eterna y el reino de los cielos es diferente: una es el don de Dios, y la otra es la recompensa de Dios.

Con respecto a la diferencia entre el reino de los cielos y la vida eterna, hay otros pasajes en la Biblia que son muy interesantes. Ahora llegamos a la quinta diferencia. Apocalipsis 20 nos muestra que los mártires reciben el reino, aunque no dice que ellos son los únicos que reciben el reino (v. 4). Sin embargo, la Biblia nunca nos muestra que el hombre deba ser martirizado para recibir la vida eterna. Si ese fuera el caso, el cristianismo llegaría a ser una religión de muertos, porque el hombre debería morir. Pero no vemos tal cosa. Sin embargo, el reino es diferente. El reino requiere esfuerzo. Incluso requiere al martirio para obtener el reino. Por ejemplo, la pobreza es una condición necesaria para el reino de los cielos. A fin de obtener el reino de los cielos, uno tiene que perder sus riquezas. La Biblia nos muestra claramente que ninguna persona sobre la tierra que es rica de acuerdo a sus propios caminos, puede entrar en el reino de los cielos. No podemos decir que ningún hombre rico puede ser salvo. No podemos decir que no puede entrar en la vida eterna el que no pierda sus riquezas. Así como es difícil que un camello entre por el ojo de una aguja, de la misma manera es difícil que un hombre rico entre en el reino de los cielos (Mt. 19:24). Pero, ¿han oído que así como es imposible que un camello entre por el ojo de una aguja, en la misma manera es imposible que un hombre rico sea salvo y tenga vida eterna? Gracias al Señor. El pobre puede ser salvo. Así también el rico. El pobre puede heredar la vida eterna. Así también el rico. Pero entrar al reino de los cielos es un problema para el rico. Si acumulamos

riquezas sobre la tierra, no seremos capaces de entrar al reino de los cielos. Por supuesto eso no significa que alguien tenga que despojarse hoy de todo su dinero. Estoy diciendo que uno tiene que entregar todo su dinero al Señor. Solamente somos mayordomos. No somos los amos de la casa. La Biblia nunca reconoce a un cristiano como el amo de su dinero. Todos somos sólo mayordomos del dinero que es para el Señor. Todos somos solamente mayordomos del Señor. Existe tal condición para entrar en el reino.

Existe otra cosa muy peculiar. Uno nunca ve los asuntos del matrimonio y de la familia en la escena que envuelve el asunto de la vida eterna. Pero el Evangelio de Mateo dice que algunos no se casarán por causa del reino de los cielos. Algunos aún se hacen a sí mismos eunucos por causa del reino de los cielos (Mt. 19:12). A fin de entrar en el reino de los cielos, y a fin de obtener un lugar en el reino, ellos deciden permanecer vírgenes. Nunca vemos que a una persona casada se le niegue la vida eterna. Si este fuera el caso, Pedro hubiera sido el primero en tener ese problema, ya que él tenía suegra (Mt. 8:14). Vemos que el asunto de la vida eterna no está relacionado en absoluto con la familia ni con el matrimonio, pero el asunto del reino está muy relacionado a la familia y al matrimonio. Por eso la Biblia dice que aquellos que tienen esposas deben ser como aquellos que no la tienen. Aquellos que usan al mundo deben ser como aquellos que no lo usan, y aquellos que compran deben ser como aquellos que no poseen (1 Co. 7:29-31). Esto tiene mucho que ver con nuestra posición en el reino de los cielos.

Finalmente, tenemos que mencionar otra diferencia. En el reino existen diferentes niveles de rango. Incluso si un hombre es capaz de entrar en el reino, hay una diferencia en la posición que tendrá allí. Algunos recibirán diez ciudades, y otros recibirán cinco (Lc. 19:17-19). Algunos solamente recibirán recompensa, pero otros recibirán una gran recompensa. Algunos obtendrán una rica entrada al reino (2 P. 1:11). Algunos entrarán al reino sin una rica entrada. Por lo tanto, en el reino existe una diferencia en el rango. Pero con respecto a la vida eterna nunca hay existe el asunto del rango. La vida eterna es la misma para todos. Uno no recibirá diez años más que otro. No hay diferencia en la vida eterna, pero sí existe una diferencia en el reino.

Si alguien considera un poco, comprenderá que en la Biblia, el reino y la vida eterna son dos cosas absolutamente diferentes. La condición para la salvación es la fe en el Señor. Aparte de la fe, no hay otra condición, porque todas las condiciones ya han sido cumplidas por el Hijo de Dios. La muerte del Hijo ha cumplido todos los requisitos de Dios. Pero, entrar al reino de los cielos es otro asunto; requiere obras. Hoy día, un hombre es salvo por medio de la justicia de Dios. Pero no podemos entrar al reino de los cielos a menos que nuestra justicia exceda a la de los escribas y la de los fariseos (Mt. 5:20). La justicia en el vivir y la conducta de uno debe sobrepasar la de los escribas y la de los fariseos antes de poder entrar en el reino de los cielos. Por lo tanto, vemos que el

asunto de la vida eterna está completamente basado en el Señor Jesús. Pero, el asunto del reino se basa en las obras del hombre. No estoy diciendo que el reino es mejor que la vida eterna. Pero Dios tiene un lugar para los dos.

CAPITULO DIEZ

LA RELACION ENTRE LA FE Y LAS OBRAS EN SANTIAGO 2

La Palabra de Dios es muy clara con respecto a la condición para la salvación. Dios nos muestra que somos salvos por la fe y no por las obras. Hemos leído suficientes versículos de las Escrituras y hemos visto suficientes razones claras por las cuales nuestras obras no pueden considerarse. Debido a que hemos creído en la obra de Dios por medio de Su Hijo, no debe haber obras de nuestra parte. Pero, algunos que no entienden las palabras de la Biblia han venido a mí, preguntándome: “¿No es verdad que el libro de Santiago nos dice claramente que el hombre no es justificado por la fe, sino por las obras? ¿Es posible que Santiago y Pablo se contradigan uno al otro? ¿Y es posible que el hombre sea justificado por la fe y las obras?” Piensan que Santiago y Pablo no están de acuerdo el uno con el otro. Piensan que los libros de Romanos, Gálatas y Santiago también no están de acuerdo el uno con el otro. Tengo que usar la expresión de Pablo: “¡Claro que no!” Vayamos al libro de Santiago y veamos lo que Santiago mismo tuvo que decir.

Cuando leemos el libro de Santiago, debemos tener cuidado de una cosa. Solamente podemos leer lo que se dijo; no podemos agregarle nuestros propios pensamientos. Lo que cuenta es lo que Santiago dijo. Lo que uno agrega a eso no cuenta. Al leer uno no debe proyectar sus propios pensamientos en el libro de Santiago. Debe ver lo que Santiago dijo y no lo que no dijo.

EL TEMA DE SANTIAGO ES MISERICORDIA: LA JUSTIFICACION ES INCIDENTAL

Leamos Santiago 2:14-26. Pero antes de leer este pasaje, quiero hacer una pregunta: ¿Cuál es el contexto de estos versículos? Pablo tenía un tema en mente cuando escribió el libro de Romanos. También tenía algo en su mente al escribir Gálatas. Romanos dice que el hombre es justificado por la fe; Gálatas dice que el hombre no es justificado por las obras. Romanos habla del lado positivo; Gálatas habla del lado negativo. Romanos declara positivamente cómo el hombre es justificado; Gálatas argumenta negativamente cómo ser justificado y cómo no ser justificado. Por lo tanto, los dos libros, Romanos y Gálatas, se complementan el uno al otro. El tema de estos libros es estrictamente la justificación. Tratan específicamente con el problema de la justificación. Uno trata con el problema desde el lado positivo; el otro trata con el desde el lado negativo.

Muchas personas sienten que Santiago 2 es un capítulo difícil. ¿Cuál es el tema de Santiago 2? El tema de Romanos es la justificación, y el tema de Gálatas también es la justificación. Pero, ¿cuál es el tema de Santiago 2? El tema de este capítulo abarca por lo menos la misericordia y la ayuda para otros. ¿Qué dicen los versículos anteriores a ésta porción? Comenzando desde el versículo 6 Santiago dice: “Pero vosotros habéis afrontado al pobre. ¿No os oprimen los ricos, y no son ellos los mismos que os arrastran a los tribunales? ¿No blasfeman ellos el buen nombre por el cual habéis sido llamados? Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’, bien hacéis; pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y quedáis convictos por la ley como transgresores. Porque cualquiera que guarda toda la ley, pero tropieza en un solo punto, se hace culpable de todos. Porque Aquel me dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la ley. Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad. Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no haga misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio” (vs. 6-13). El tema de estos versículos es la muestra de la misericordia. Santiago nos dice que no adulemos al rico, sino que cuidemos del humilde y mostremos misericordia con el pobre. Esto es lo que los versículos 1 al 13 dicen. Además, el versículo 1 es una continuación del capítulo uno. El último versículo del capítulo uno dice: “La religión pura e incontaminada delante de nuestro Dios y Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (v. 27). Este es el tema de Santiago. Si un hombre dice que es un cristiano piadoso, su piedad debe manifestarse en su cuidado y sus ofrendas a los huérfanos y a las viudas. No debe invitar a los que visten ropa espléndida para que se sienten en el mejor lugar y pedirle a los huérfanos, a las viudas y a los pobres que se sienten bajo su estrado. Debe cuidar de ellos, mostrarles misericordia, y dar a los despreciados. El tema de Santiago es la religión pura e incontaminada. La religión pura y sin mácula se manifiesta hacia el pobre, el humilde y el despreciado.

Después de 2:14, continúa hablando acerca de las ofrendas: “Y si un hermano o una hermana no tienen ropa, y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?” (vs. 15-16). Al final del capítulo uno, el tema de Santiago es dado, es decir, cuidar de los huérfanos y de las viudas. Al final de la primera parte del capítulo dos, dice que debemos mostrar misericordia a otros, que debemos dar al pobre, y que no debemos despreciarlo. En la segunda sección del capítulo dos, Santiago nos dice qué debemos hacer cuando vemos a un hermano o a una hermana sin vestido y sin el sustento diario. Todas estas palabras tienen que ver con las ofrendas para otros, mostrar misericordia hacia ellos, no despreciar al pobre y ayudar a otros. Los versículos 14 al 26

solamente hablan de la justificación de una manera casual. El asunto de la justificación se menciona solamente de una manera casual. Ya que la misericordia, las ofrendas y el cuidado por los huérfanos y las viudas es el tema, la justificación se menciona solamente de una manera casual como un medio para lograr la meta de desarrollar su tema. Por lo tanto, vemos que Santiago en su libro, no está enseñando el asunto de la justificación.

El tema de nuestras reuniones durante estas dos semanas pasadas, ha sido la salvación de Dios. Pero supóngase que durante este período me levanto el día del Señor en la mañana y doy un mensaje, no acerca de la salvación, sino acerca de vencer, o sobre el reino o acerca de cómo reinar con el Señor Jesús en el milenio. Ese sería el tema de mi mensaje. Mientras hablo, puedo mencionar ocho o nueve oraciones con respecto a la salvación de una manera casual. Si usted quiere entender la doctrina de la salvación, ¿no consideraría los otros mensajes que di durante el resto de las dos semanas? ¿Ignoraría todo lo que se habló en esas dos semanas y solamente tomaría las ocho o nueve oraciones que escuchó en ese mensaje? Romanos y Gálatas tratan específicamente de la justificación, mientras que Santiago solamente menciona unas pocas palabras acerca de la justificación. Su tema no es la justificación, ni es su propósito enseñar la justificación. Su propósito es exhortar a otros a dar; el asunto de la justificación solamente se menciona de una manera casual. Una persona no puede derribar Romanos y Gálatas con las pocas palabras de Santiago acerca de la justificación. Entonces, ¿está Santiago en conflicto con Romanos y Gálatas? En un momento usted verá que no es así. Pero desde el comienzo, quiero que de una manera precisa comprendan el tema de Santiago. Santiago no estaba hablando acerca de la justificación. El estaba hablando acerca de la misericordia, acerca del cuidado y acerca de lo que uno debe hacer por los huérfanos y las viudas.

LA FE SIN OBRAS NO ES DE PROVECHO

El versículo 14 dice: “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras?” Nótese que Santiago no dice que este hombre tiene fe en Dios. No agreguen a este versículo lo que Santiago no dice. Santiago no dice si este hombre es un creyente o no. El solamente dice que este hombre dice que tiene fe. A pesar de si él tiene obras o no, este hombre no puede decir de él mismo que él tiene fe. Si usted verdaderamente tiene fe delante de Dios, no hay necesidad de hablar acerca de ella. Pablo dice que el que cree es justificado. Nunca dice que el que dice que tiene fe es justificado. Ciertamente uno no es justificado por decir eso. No sé cómo es el hombre mencionado aquí. No sé si tiene fe o no. Santiago no dice que verdaderamente tiene fe. Lo que vemos, sin embargo, es un hombre jactancioso. Puede que tenga o no algo dentro de él. Pero ya sea que tenga algo o no, le gusta hacer una exhibición delante de otros. Le gusta imprimir *fe* en su tarjeta de presentación y mostrar a otros que tiene fe. Por lo

tanto, Santiago dice: “Hermanos míos, si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras. ¿Podrá la fe salvarle?” Si usted ve a un hombre que no se preocupa en absoluto por su conducta, que es libre para hacer cualquier cosa, pero dice que cree en Jesús, diría la misma cosa que Santiago. También usted preguntaría qué provecho es si alguien dice que tiene fe pero no tiene obras. Quizá el estaba peleando o argumentando con alguien hace un minuto, y ahora dice que tiene fe. Si tal persona no hubiese dicho nada acerca de la fe Santiago no le hubiera dicho nada. La razón por la cual Santiago dice algo de una persona sin obras es porque ésta se jacta. ¿Ha conocido a tal clase de personas? Les gusta jactarse. Les gusta ser exaltados y glorificados. No solamente Santiago tiene que sojuzgar esa clase de personas; también nosotros tenemos que sojuzgarlos.

Por lo tanto, Santiago no está hablando con respecto a tener fe o no tenerla. Ni está hablando acerca de las obras para aquellos que tienen fe. Santiago específicamente está hablando con respecto a las obras para aquellos que dicen que tienen fe. El no está tratando con las obras de los cristianos, sino con las obras de aquellos que dicen que son cristianos. El está tratando con las obras de los miembros nominales de la iglesia y los cristianos nominales que dicen que tienen fe. Santiago 2 dice: “si alguno”. No dice que “si algún cristiano”.

El versículo 14 continúa diciendo: “¿Podrá la fe salvarle?” ¿Cuál es “esa fe”? Si la fe no puede salvarle, ¿entonces qué puede salvarle? Santiago se refiere a “esa fe”, no simplemente “fe”. Si la fe no puede salvarnos, no necesitamos predicar nunca más. Pero Santiago se refiere a “esa fe”, es decir, la fe que algunos tienen en sus labios. No cambie lo que Santiago está diciendo. El no está hablando con respecto al hecho de que si la fe salva a ese hombre. El está hablando con respecto a si esa clase de fe lo puede salvar, es decir, esa fe que uno tiene solamente en sus labios. No sé si usted alguna vez ha conocido a esa clase de personas. Yo sí los he conocido. Dicen que son cristianos, que creen en eso y aquello, y que su fe es esto y aquello. ¿Puede *esta* fe salvarlos?

LA FE SIN OBRAS ES MUERTA

En los versículos 15-16 Santiago da una ilustración: “Y si un hermano o una hermana no tienen ropa, y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice...” Este es el hombre que dice que tiene fe. El les dice a los hermanos y hermanas en necesidad: “¡Id en paz! Que el Señor los bendiga. Calentaos y saciaos”. Si le preguntan por qué les dice a otros que vayan en paz y por qué les desea que se calienten y se sacien, él les dirá que es por causa de que tiene fe. Dirá que él cree que ellos se calentarán y se alimentarán abundantemente cuando vayan a la casa. Dirá que él cree que ellos pueden ir a la casa en paz. Santiago está hablando con respecto a la clase de fe que cree que los estómagos

vacíos se llenarán automáticamente y que los cuerpos desnudos automáticamente serán vestidos.

“Pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha?” El propósito de la ilustración de Santiago no es hacer una exposición acerca de la justificación. Más bien, es exhortar a los hermanos y hermanas a tomar medidas prácticas. Nuestro amor a los hermanos y hermanas no debe ser en palabra solamente, sino también en conducta. Si usted ve a alguien que le falta el vestido y la comida, debe darle el vestido y la comida. Tiene que cuidar de él. Por eso Santiago dice esto. Santiago está en contra de cualquiera que dice: “Id en paz, ya he creído por ti”. Aquí, Santiago está diciendo que ahora no es el tiempo para que usted crea; ahora es el tiempo para que usted abra su cartera. Para usted ahora, la fe no es el punto; el punto es que permita que su dinero se vaya. Si usted guarda tenazmente su cartera y les dice a otros que vayan en paz, diciendo que usted tiene fe, ¿qué bien hace esta clase de fe? Si usted se encuentra a un hermano o hermana pobre y no le da todo lo que tiene para ayudarlo y cuidar de él, sino que solamente dice que usted cree por él y que puede ir en paz, si ésta es la clase de fe que usted ejerció cuando creyó en el Señor Jesús, ¿lo salvará tal fe? Si ésta es la clase de fe que usted ejercita hacia los hermanos y hermanas y si ésta es la misma clase de fe que usted tiene con respecto a su justificación, entonces yo cuestiono si esa clase de fe lo justificará. Santiago indica que si ésta es la clase de fe que usted tiene hacia los hermanos y hermanas entonces quizás esta también sea la clase de fe que usted tiene para con el Señor Jesús. Si esa fe que usted tiene hacia los hermanos y hermanas es la misma fe que tiene con respecto a la salvación y la justificación, yo cuestiono si esta fe lo puede salvar. Si no existe base para que usted crea en cosas tales como vestido y alimento suficiente, entonces no existe la base para su fe en la salvación y la justificación. Pero si usted ve a un hermano en pobreza y le da dinero, vestido o comida, y entonces cree, entonces existe una base para su fe.

Cuando Dios lo vio a usted desnudo, hambriento y pobre, ¿le dijo El: “Calentaos y saciaos. Que nunca vayáis al infierno. Que vayáis al cielo?” Si la fe de Dios fuera como la de usted, ninguno sería salvo sobre la tierra. Sin embargo, ¿qué fue lo que Dios hizo? Cuando Dios nos vio pobres, hambrientos, desnudos y muertos en pecado, El vino para llevar a cabo la obra de redención para que pudiéramos ser salvos. Gracias al Señor. Primero, El estableció Su obra delante de nosotros; después, nosotros la recibimos. ¿Es su fe hacia los hermanos y hermanas una fe vana? Si Dios fuera vano para con usted, de hecho todas las cosas serían vanidad. Si usted es vano para con Dios, su fe ciertamente es vacía. Sabemos que somos justificados y salvos y que tenemos vida eterna. ¿Por qué es esto? Porque Dios no está sentado en las nubes diciendo: “Que todos en todo el mundo sean salvos, y que nadie vaya al lago de fuego”. En lugar de eso, Dios vino personalmente desde los cielos para llevar a cabo Su justicia y para tratar con el pecado

sobre la cruz. Debido a que Dios ha llevado a cabo una obra concreta, hoy podemos tener fe. Por eso nuestra fe hoy día es confiable.

El versículo 17 dice: “Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma”. Santiago no dice que un hombre no es salvo al creer. No dice que un hombre no es justificado y que no tiene vida eterna al creer. El dice que cuando usted escucha tales palabras de ese tipo de persona, usted sabe que su fe está muerta. Si usted fuera a pedirle a Pablo que viniera hoy aquí y comentara sobre esto, aún él diría que esta clase de fe está muerta. Si alguien dice que él tiene fe, pero no tiene una expresión externa de ella, esa fe debe de ser muerta. No importa qué tan grande es la fe de alguno, otros todavía necesitan vestido y comida. No pueden cubrir su desnudez con la luz de los cielos. Ni pueden comer aire para satisfacer su hambre. Por lo tanto, una fe sin obras es vacía y muerta.

MOSTRANDO LA FE POR MEDIO DE LAS OBRAS

El versículo 18 dice: “Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras”. Si una persona vana y jactanciosa mantiene su jactancia, con el tiempo, alguien se levantará y le dirá: “Dices que tienes fe. Pero, ¿dónde está? Debes callar. Tú tienes fe, pero yo tengo obras”. Dese cuenta de que él no dice que tiene solamente obras; no dice que él no tiene fe. Eso no es lo que un cristiano diría. El dice: “Tú tienes fe, y yo tengo obras. Le he proveído a alguien una comida el día de hoy. Le he dado a alguien vestido el día de hoy. Por favor muéstrame tu fe sin tus obras. ¿Qué bien hay si tú solamente hablas acerca de estas cosas?” ¿Pueden ver el significado en esas palabras? Cuando ustedes las lean deben poner atención al tono. Cuando lean Santiago, la cosa más importante es tomar nota del tono. Si aquí ponen atención al tono de sus palabras, tienen que admitir que esta palabra es hablada a una persona vana y jactanciosa. Aquí, Santiago está hablando acerca de la práctica; no está tratando con la justificación por la fe.

Aquí, debemos tomar nota de la palabra “mostrar”. Esta persona dice: “Muéstrame”, y, “Yo te mostraré”. Por lo tanto, Santiago 2 no está hablando acerca de si un hombre tiene o no fe delante de Dios. No está tratando con nuestra fe delante de Dios; más bien, está tratando con nuestra fe delante de los hombres. Su alguien se jacta delante de los hombres de que tiene fe, usted debe decirle a tal persona: “Muéstrame tu fe sin obras”. Santiago 2 trata con el problema de la fe delante de los hombres. Nadie ve si usted tiene o no tiene fe. Otros solamente ven si usted tiene obras, es decir, si alimenta a otros y da a otros ropa para vestir. ¿Comprenden ustedes que también esto requiere fe? Suponga que hay un hermano o una hermana aquí esta noche que no tiene ropa o comida. Si yo le digo a él o a ella que mientras creamos, seremos vestidos y alimentados, eso no es

suficiente. Santiago dice que tenemos que alimentarlo y vestirlo, y al mismo tiempo que debemos tener fe. ¿Se dan cuenta que se necesita fe para dar a otros? Esta fe viene de dos lados. Si no tengo mucho dinero, quizá solamente tengamos unas pocas monedas en mi bolsillo, y veo a alguien sin comida y vestido, tengo que ejercitar mi fe. Para otros no necesito tener fe; para ellos solamente necesito las obras. Pero para mí mismo, necesito la fe. Si no tengo fe dentro de mí, probablemente no seré capaz de despojarme de esas pocas monedas hasta que las haya reconsiderado y contado unas pocas de veces. Me preguntaría si iba a ser capaz de obtener de vuelta lo que estaba dando. Pero si puedo espontáneamente despojarme de las pocas monedas, esto debe significar que tengo fe. Por lo tanto, cuando usted ve a un hombre pobre y le da comida y vestido, debe tener fe antes de que pueda tener obras. Sin las obras, su fe no puede ser manifestada. Además, aún si usted es rico y no necesita mucha fe para que dé un poco, ¿cómo sabe usted que después de que ha dado el dinero, eso no dañará al que lo recibe y causará que la siguiente vez lo busque a usted para que lleve su carga? Si hace el bien a otros indiscriminadamente, ¿no causará que otros busquen al hombre continuamente por ayuda? Muchas veces no le damos algo a los pordioseros porque tenemos miedo de que hacer eso pueda causar que sean pordioseros para siempre. Por tanto, si usted es una persona rica, tiene que tener fe de que Dios puede guardar a esa persona de desarrollar un mal hábito de depender de otros. Tiene que creer que Dios no lo hará llevar a usted la carga de esa persona continuamente. Esta es una obra, pero es una obra de fe. Es una obra que proviene de la fe.

El que hace grandes promesas y habla palabras vacías aparenta tener una gran fe. Sin embargo, realmente, no tiene ninguna fe. Si usted tiene fe, debe quitarse su abrigo y permitir que otro se lo ponga. Debe invitar a otros a comer su comida. Si usted solamente habla acerca de la fe, no la tiene. Por lo tanto, Santiago concluye que esa clase de hablar es pecado. Aquí, el punto no es de que la fe está mal, sino de que hablar palabras vacías está mal. Anoche hablamos acerca de la fe. Antenoche también hablamos con respecto a la fe. Pero todavía no hemos puesto atención a esta clase de fe. De la misma manera que Santiago se opuso a ello, también nosotros nos oponemos. Es inútil hablar palabras vacías.

El versículo 19 dice: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan”. Esta es una palabra muy enfática. Crees que Dios es uno. Haces bien en creer esto. Los demonios también creen así, pero ellos tiemblan. Por favor tome nota de la palabra *y*. Hoy la pregunta no es si usted cree o no. Si usted dice que cree, nadie puede decir que no cree. El problema es que aún los demonios creen. Pero ellos no tienen paz. Los apóstoles no escribieron a los demonios diciéndoles: “La paz sea con ustedes. Que Dios los bendiga a ustedes y a los ángeles caídos”. Aunque los demonios creen, ellos tiemblan. Esa clase de fe no los hace buenos. Su fe los hace temblar y perder

su paz. Si usted dice que cree, ¿es su fe la clase de fe que tienen los demonios? Las palabras de Santiago son muy francas y cortantes. Sin duda, usted cree en Dios. Pero los demonios también creen. Usted dice que cree, pero al mismo tiempo tiembla, teme y está nervioso. Por lo tanto, está en el mismo terreno que el de los demonios. Cuando leemos esto, sabemos en contra de qué está Santiago. Santiago no está en contra de la fe. El está en contra de cierta clase de fe. Santiago no está diciendo que la fe no justificará. El meramente está diciendo que esta cierta clase de fe no justificará.

En el versículo 20 Santiago nombra a estas personas por sus nombres. El nombra lo que ellos son. No los llama hermanos o hermanas. No los nombra sus amados, como Pablo lo hizo; ni los nombra padres o pequeñitos, como Juan lo hizo. En vez de esto, los llama hombres vanos. “¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es inútil?”. Dese cuenta de las palabras “quieres saber”. Que Santiago diga esto, prueba cuán dura es la actitud de ellos. Cuando otros les hablan la Palabra de Dios y los advierten, de todos modos, ellos no creerán. Por lo tanto, Santiago les pregunta si quieren saber que esa clase de fe es muerta. No es que no son capaces de saber o que no son capaces de entender claramente. No es que nadie no los haya enseñado cómo saber. Simplemente es un asunto de que no quieren saber. Suponga que trato de hablar a un hermano, y él voltea hacia un lado. Cuando trato otra vez, él ve hacia el otro lado. Cuando trato la tercer vez, el comienza a hablar a otro hermano. Entonces yo le diría: “Hermano, ¿quieres escuchar o no?” Esto es lo que Santiago está diciendo aquí. ¿Quieres saber que esta clase de fe sin obras está muerta?

Cuando leemos la Biblia, tenemos que pedirle a Dios que nos muestre las circunstancias bajo las cuales la porción fue escrita. Santiago llama a esta clase de personas hombres vanos. Ellos ponen todo abiertamente para que otros vean y hablen acerca de ello y así se exhiben a ellos mismos. Quieren tener una porción en todas las cosas. Quieren exhibir todo lo que ellos son. Santiago dice que esta clase de persona debe ser sojuzgada. Oh hombre vano, ¿quieres saber que esta clase de fe es inútil? Debido a que ellos no escuchan después de que él les ha hablado tanto, tiene que provocarlos y gritarles un poco.

EL EJEMPLO DE LA JUSTIFICACION DE ABRAHAM

En los versículos 21 al 25, se dan dos ejemplos. Los dos son de mucho significado. Ellos nos muestran qué es verdaderamente la justificación por la fe. El versículo 21 dice: “¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?” Santiago 2 menciona el caso de Abraham. Gálatas 3 y Romanos 4 también mencionan el caso de Abraham. Pablo dice que el hombre es justificado por la fe, no por las obras, y utiliza el caso de Abraham como prueba. Romanos 4 y Gálatas 3

comprueban que el hombre es justificado por la fe en lugar de por las obras. Santiago también menciona el caso de Abraham, pero él utiliza esto para comprobar que el hombre no es justificado solamente por la fe, sino también por las obras. Si hubiera usado otras personas no podíamos entender este asunto. Pero al mencionar el caso de Abraham, seguramente podemos entender lo que realmente es la justificación por la fe.

Al utilizar el caso de Abraham, Pablo hace referencia a Génesis 15, mientras que Santiago hace referencia a Génesis 22. En Génesis 15 Dios prometió a Abraham que su semilla sería como las estrellas en los cielos. En Gálatas 3, Pablo pone mucho énfasis acerca de la promesa de Dios para Abraham. En el libro de Gálatas, Pablo repetidas veces habla de la promesa. La palabra *promesa* se utiliza muy frecuentemente en el libro de Gálatas. Pablo eleva la promesa en Gálatas.

¿Usted sabe que es una promesa? En todo el mundo, solamente existe una manera para que el hombre reciba una promesa, y eso es la fe. No existe otra manera para que el hombre reciba una promesa. Solamente hay esta condición. Si Dios dice que debemos hacer algo y lo hacemos, esto es obrar. Pero Dios no le dijo a Abraham que le daría algo si Abraham hacía esto o aquello. Más bien, Dios dijo que El le daría descendientes. ¿Cómo recibió Abraham la promesa? No había otra manera sino solo por fe. Suponga que un hermano le dice a su hijo que si se memoriza una lista de palabras en el vocabulario esa noche, mañana él recibirá cinco piezas de dulce. Si el hijo quiere recibir las cinco piezas de dulce, tiene que memorizarse las palabras. Esto es obrar. Pero si el hermano simplemente promete a su hijo cinco piezas de dulce, ¿qué tiene que hacer el hijo? El diría: “¿Tengo que hacer esto o aquello antes de que pueda tener el dulce?” El niño no tiene que hacer nada. Todo lo que tiene que hacer es creer que su padre lo hará para él. En Génesis 15, Dios no le dio a Abraham ni una sola cosa para que lo hiciera. Es como si Dios dijo: “Lo haré por ti. Te daré tus descendientes”. Abraham creyó en Dios, y eso le fue reconocido como justicia (Gn. 15:6). Regresando al ejemplo del hijo del hermano, el niño puede decir: “¿Verdaderamente me dará mi padre las cinco piezas de dulce? No parece posible que una cosa tan buena pudiera pasar”. Si él piensa de esta manera, no tiene fe. Todo el que quiere entender el libro de Gálatas, debe darse cuenta de que una promesa se da sin condición y sin obra. Uno no tiene que hacer nada. El Padre ha hecho todas las cosas. Gracias al Señor que todo lo que Dios promete El lo cumplirá. Mientras Dios sea confiable, todo está bien. Aún si uno trata de hacer una obra, no será de provecho.

En Génesis 15 Dios le prometió a Abraham que El le daría muchos descendientes. Abraham tenía todo. Pero no tenía un hijo. Tenía ganado, ovejas y tiendas. Pero no tenía un hijo. Sin embargo, Abraham creyó a Dios. El creyó que Dios le daría un hijo. El meramente creyó en Dios. No hizo ninguna obra. En el capítulo veintidós, después que

Dios le había dado un hijo, le dijo a Abraham: “Toma ahora tu hijo, tu hijo único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré” (v. 2). Entonces Abraham se levantó temprano en la mañana y tomó a su hijo al monte Moriah. Acomodó la leña para el holocausto en la espalda de su hijo Isaac, e Isaac cargó la leña para el holocausto en la misma manera que el Señor Jesús llevó la cruz. Cuando llegaron a la montaña, Abraham edificó un altar, acomodó a su hijo sobre el altar y estuvo a punto de matarlo. Este es el incidente que Santiago narra cuando se refiere a la justificación de Abraham. En Génesis 15 la justificación de Dios para con Abraham estaba relacionada a su hijo. Y en Génesis 22 la justificación de Dios para él fue también relacionada a su hijo.

En Génesis 15 Abraham no tenía hijo. Pero creyó en su corazón que si Dios decía que le daría un hijo, seguramente él tendría un hijo. En el capítulo veintidós él tuvo un hijo, pero Dios quiso que le ofreciera a este hijo. Si Abraham no hubiera tenido fe, habría dicho: “Dios, Tú me dijiste que me darías muchos descendientes. Si mato a mi hijo, ¿no los perderé a todos? No es que no quiera hacer esto; solamente quiero ver Tu promesa cumplida. No es que no me atreva a hacerlo; solamente quiero preservar Tu fidelidad”. ¿Piensan que la ofrenda de Abraham, Isaac, fue una obra o un hecho de fe? ¿Qué buena obra es matar a su propio hijo? Que Abraham haya levantado su cuchillo para ofrecer a su hijo, muestra que él todavía creía en la promesa del capítulo quince. Dios le había prometido darle muchos descendientes, y para este fin, le había dado un hijo. Ahora si Dios quería que él matara a este hijo, debería ser que Dios lo levantaría de los muertos. Esto era lo que Abraham tenía en mente cuando iba a matar a su hijo. Su prontitud de matar a su hijo muestra que él creía que Isaac sería levantado de los muertos. La fe en Génesis 15 es una fe en Aquel que llama las cosas que no son, como existentes, mientras que la fe en Génesis 22 es una fe en El, quien levanta a la gente de entre los muertos (Ro. 4:17). En los dos casos, lo que Abraham hizo no fue una obra, sino fe. El acto de Abraham comprobó que tenía fe. Esto no significa que Abraham podía ser justificado por matar a su hijo. Esto significa que al sacar su cuchillo, comprobó que tenía fe. La prueba de la fe de Abraham yace en que accedió a ofrecer a su hijo.

Por lo tanto, Santiago no dice que uno no puede ser justificado por la fe. Pablo claramente dice que la justificación no es por obras, pero Santiago no podía decir fuertemente que la justificación no es por la fe. Si los dos se contradijeran, podríamos esperar que uno dijera: “La justificación es por fe, no por obras”, y que el otro dijera: “La justificación es por obras, no por fe”. Sin embargo Santiago no dice esto. No debemos decir lo que Santiago no dijo. Santiago no dijo que no debemos tener fe; dice que debemos *comprobar* nuestra fe con nuestras obras. Pablo es el que habla con respecto al principio, por eso él puede declarar atrevidamente que la justificación es por fe y no por obras. Santiago es un hombre de práctica. Por lo tanto, dice que uno no debe tener fe

solamente, sino que también debe tener obras. Solamente cuando existen obras un hombre puede comprobar que su fe es genuina. Leamos Santiago 2:21 de nuevo: “¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?” El ofrecimiento de su hijo fue una obra, y fue esta obra la que comprobó que él tenía fe.

El versículo 22 dice: “Ya ves que la fe actuó juntamente con sus obras”. Pablo es atrevido para decir que uno puede tener solamente fe, sin obras. Pero Santiago no se atreve a decir que uno debe tener obras solamente, sin fe. El indica que la fe en Génesis 15 y la obra en Génesis 22 van juntas. Después él agrega otra cláusula. No dice que la justificación viene por la fe más las obras. Más bien, dice: “Y que la fe se perfeccionó por las obras”. En Génesis 15 vemos que debido a que Abraham tuvo fe, fue justificado delante de Dios. En Génesis 22 vemos que debido a que Abraham tuvo obras, él fue justificado delante de los hombres. La justificación de Abraham fue perfeccionada por medio de su obra en Génesis 22. La ofrenda de Isaac en Génesis 22 manifestó la fe en Génesis 15, y la fe en Génesis 15 fue perfeccionada por la obra en Génesis 22.

En el versículo 23 nuestro hermano Santiago también cita parte de Génesis 15. En Romanos 4 Pablo cita de Génesis 15 para comprobar que uno necesita solamente fe, no obras. Ahora nuestro hermano Santiago menciona la misma palabra que mencionó Pablo: “Y se cumplió la Escritura que dice: ‘Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia’”. En Santiago la palabra *le* se refiere al hecho sobre el monte en Génesis 22. La ofrenda de Abraham, Isaac, en Génesis 22 fue una ofrenda de fe. Fue una obra que manifestó su fe. Fue el cumplimiento de las palabras en Génesis 15 que dicen que Abraham creyó a Dios y esto le fue contado por justicia. En Génesis 15 Dios justificó a Abraham debido a su fe. La obra de Abraham en Génesis 22 cumplió la promesa de Dios en Génesis 15. Por lo tanto, no podemos decir que la fe sola no salva y que también hay necesidad de obras. La condición para la salvación es la fe, no las obras. Pero si hay fe, entonces, espontáneamente habrá un cambio en las obras.

Suponga que hay un hombre cuya ocupación es hacer billetes para que sean quemados para los ídolos. Un día él escucha el evangelio y cree. Pero después de que cree, continúa haciendo billetes. ¿Está esto equivocado? Él sabe en su interior que los billetes se usan para la adoración de los ídolos y que un cristiano no puede hacer tal trabajo. Si usted le pregunta si cree o no en el Señor Jesús, él le responderá que sí. Pero si él abandona su negocio de los billetes, ¿cómo se sostendrá? Él puede decir que es cristiano, pero no podemos decir con certeza que él es salvo. No sabemos si él ha sido salvo delante de Dios, si tiene fe o no. Si vemos a una persona que cree que el Señor Jesús es el Hijo de Dios y que Él fue crucificado por él, y cree plenamente en el evangelio de Dios, sin embargo, no abandona tales negocios por temor a perder su sustento, no tenemos

manera de decir si él es verdaderamente salvo. Quizás él tenga fe delante de Dios. Aunque la semilla ha sido sembrada, el brote aún no ha salido. Solamente podemos saber con certeza al salir las hojas. No digo que él no es salvo. Solamente digo que no estamos seguros si es salvo o no. Aquí yace la diferencia. No hay duda acerca de ser salvo por medio de la fe. Pero si las obras no resultan de la fe, otros no sabrán acerca de esa fe. Este no es absolutamente un asunto de buena o mala conducta. Por favor, note esto cuidadosamente. Santiago 2 no se trata en absoluto de la buena o mala conducta. El énfasis en Santiago 2 es las obras que prueban la fe de uno. Santiago 2 no nos dice que pongamos nuestra atención sobre las buenas obras o las malas obras. Lo que recalca son las obras que resultan de la fe. Muchas personas son muy buenas en sus obras. Pero esas obras no manifiestan su fe. Estas son obras sin fe; eso no es lo que le preocupaba a Santiago.

El versículo 24 es muy bueno: “El hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe”. ¿Pueden ver cuán cuidadoso es Santiago? El dice que el hombre es justificado por las obras y no solamente por la fe. Pablo puede decir que el hombre es justificado por la fe y de ninguna manera por las obras. Sin embargo, Santiago nunca dice que el hombre es justificado solamente por las obras y de ninguna manera por la fe. Si él hubiera dicho eso, tuviéramos que concluir que los dos apóstoles divergen en sus puntos de vista sobre la doctrina. Santiago dice que el hombre es justificado por las obras. Pero siguiendo eso agrega otra palabra, esto es, que no es solamente por fe. Cuando uno tiene obras, eso prueba que tiene fe. Esto no significa que uno debe tener buenas obras solamente, sino que uno debe tener obras de fe.

EL EJEMPLO DE LA JUSTIFICACION DE RAHAB

Santiago temía que no entenderíamos claramente con respecto al caso de Abraham; por eso en el versículo 25 vemos otra ilustración. El menciona el caso de una prostituta. Rahab no era una mujer honorable. No había mérito en sus obras. Por lo tanto, vemos que la justificación no es un asunto de buenas obras, sino de obras de fe. Ya he repetido esto varias veces. Se trata de obras de fe, no obras de moralidad. “Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras por recibir a los mensajeros y enviarlos por otro camino?” ¿Qué clase de buena obra es ésta? Los israelitas cruzaron el río Jordán para atacar Jericó. Si Rahab hubiera sido ligeramente patriota, hubiera entregado a los dos espías. Pero cuando el rey de Jericó envió hombres a buscarlos, Rahab los escondió en la azotea. Después los dejó ir. Santiago nos dice que la obra de esta mujer la justificó. ¿Qué obra tuvo ella? Su obra fue mentir. Obviamente los hombres estaban allí, sin embargo ella dijo que no estaban. ¿Mentir es una buena obra? Todos los cristianos saben que mentir no es bueno. Sin embargo, Rahab fue justificada por su obra de mentir. Si alguien dice que ésta es la justificación por las obras, es algo

que ellos mismos están diciendo; no es lo que Santiago está diciendo. Ellos meramente están diciendo en el nombre de Santiago lo que ellos quieren decir. Pero, ¿qué es lo que Santiago mismo dice? El dice que cuando Rahab dejó ir a los dos hombres que espiaban Jericó, eso le fue contado a ella como justicia.

¿Qué quiere decir Santiago? Cuando los israelitas abandonaron Egipto y fueron al desierto, no podían establecerse en cualquier lugar, sino que tuvieron que vagar por cuarenta años. ¿Para que sirve una nación así? Por lo menos en Jericó la ciudad de Rahab había una muralla alrededor. Todo lo que los israelitas tenían era arena bajo sus pies. Por lo menos en Jericó había casas. Todo lo que los israelitas tenían era tiendas. Aun su Dios tenía que morar en una tienda. ¿Qué había de especial en tal nación? Sin embargo, cuando los dos espías vinieron y le dijeron cómo Dios había cuidado de ellos, cómo hizo milagros para ellos, y que había prometido que Jericó, y aun toda la tierra de Canaán, sería entregada a ellos, sus palabras causaron que Rahab creyera. Ella puso su propio futuro, su vida y aun a toda su familia en sus manos. Incluso estuvo dispuesta a hacer algo en contra de su propio país. Dios no dice que ésta fue una buena obra; El dice que esta obra fue la expresión de su fe. Si los muros de Jericó hubieran sido hechos de paja o plumas de gallina, pudiéramos pensar que ciertamente los muros hubieran podido caer. Pero los muros de Jericó eran tan altos como los cielos. Sus puertas estaban fortificadas con barras de bronce. ¿Cómo pudo ser tomado tan fácilmente? ¿Cómo pudo Rahab haberse confiado ella misma en dos espías? Esta fue la obra de la fe, y Dios dice que lo que justifica a una persona es esta clase de obra; no es un asunto de bueno o malo. Tener buenas obras no es el tema. Tener malas obras tampoco es el tema. La carne es absolutamente inútil delante de Dios. No tiene lugar para nada. Cada obra en Adán, ya sea buena o mala, es rechazada por Dios. Si un hombre le dice a otro que solamente las buenas obras salvan, tal persona no conoce lo que es la carne. Por lo tanto, no es un asunto de obras. Las buenas obras no pueden justificar. Ni tampoco las malas obras.

Por lo tanto, Santiago 2 habla acerca de las obras de fe. No está relacionado con nada más. Rahab arriesgó su vida. Si los hombres enviados por el rey de Jericó hubieran encontrado a los espías en su casa, inmediatamente ella hubiera perdido su vida. Pero ella esperaba ser salva por medio de los espías de Israel. Ella confió su propia vida y futuro en sus manos. Por lo tanto, el tema no es buenas obras o malas obras, sino tener fe o no tenerla. Es la fe la que justifica. Aunque Santiago dice que Rahab fue justificada por obras, sus obras no fueron sino una manifestación de su fe.

Finalmente, el versículo 26 dice: “Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta”. Nuestro espíritu reside dentro de nuestro cuerpo. Por lo tanto, podemos decir que nuestro espíritu es el espíritu de nuestro cuerpo.

Decimos que los malos espíritus son los espíritus que han dejado su cuerpo, porque ellos están sin un cuerpo. Hay una clase de obra que requiere fe y que debe estar unida a la fe. Hay una clase de obra que resulta de la fe y que proviene de la fe. Si la fe es sin obras, está muerta de la misma manera que un cuerpo sin un espíritu está muerto. Por lo tanto, somos salvos por medio de la fe, somos justificados por medio de la fe, y también recibimos vida por medio de la fe. Aunque hay diferentes maneras de expresar la fe, la fuente todavía es fe. Algunos la expresan por medio de abandonar su profesión. Otros la expresan por medio de no seguir los pasos de sus padres. Aun otros la expresan por medio de no ser uno con su esposo en ciertas cosas o por medio de abandonar su posición. Hay toda clase de expresiones de la fe. El asunto no es buenas o malas obras, sino fe. Lo que Santiago está diciendo es que cuando la oportunidad se presenta, nuestra fe debe ser expresada.

Por lo tanto, no podemos decir que la salvación es por las obras, Hebreos 6:1 menciona la palabra de los rudimentos de Cristo. El fundamento de la palabra de Cristo es el arrepentimiento de las obras muertas. ¿Qué es arrepentirse de obras muertas? Es el arrepentimiento de lo que hemos hecho cuando estábamos muertos. En la Biblia, hay dos cosas de las que tenemos que arrepentirnos. Una es el pecado. La otra es las obras muertas. Todo lo que está moralmente equivocado es un pecado y una transgresión. Si un hombre cree en el Señor, seguramente que debe arrepentirse y tratar con esos pecados. Además, debemos también odiar y arrepentirnos por lo que hicimos como personas muertas. ¿Cuáles son las obras muertas? Ellas son todas las buenas obras que fuimos capaces de hacer por nosotros mismos antes de que fuéramos salvos, antes de que viniéramos a ser hijos de Dios, antes de que recibiéramos la vida nueva, y antes de que llegáramos a ser una nueva raza. Uno ve sus pecados y transgresiones por lo que ellos son. Pero no ve las cosas que él considera moral y noble como cosas de las que tiene que arrepentirse. Dios dice que esas son obras muertas. Ellas fueron llevadas a cabo cuando estábamos muertos. Debemos arrepentirnos de todas esas obras, no depender de ellas para la salvación.

Cuando somos salvos, hay dos grandes arrepentimientos. Uno es el arrepentimiento por todas las cosas que no debíamos de haber hecho. Pero cuando alguien entiende el evangelio y ve la obra completa de la cruz del Hijo de Dios, él también se arrepiente por otras cosas, que son todas las buenas obras que anteriormente él ha hecho. Anteriormente, tratamos lo mejor de hacer el bien, como si Dios solamente nos salvara si El fuera impresionado de una manera suficiente por nuestras buenas obras. Sin embargo, hoy día, llegamos a ser cristianos. Debemos arrepentirnos no solamente por nuestros pecados; tenemos que arrepentirnos también por nuestras obras muertas. Por lo tanto, las obras muertas no pueden ayudarnos a ser salvos. Puede decir que uno debe creer en el Señor Jesús, sin embargo, uno también debe tener buenas obras. Pero Dios lo

ve como un trapo de inmundicia. La justicia que Dios nos da excede a la justicia de la ley. Por lo tanto, si queremos venir a Dios, no solamente debemos no traer nuestros pecados junto con nosotros, también no debemos traer nuestras obras con nosotros. Si queremos hablar con respecto a las obras, entonces nuestras obras, antes de que puedan ser aceptadas, deben ser tan perfectas delante de Dios como las de Cristo.

Mis amigos, deben ver que la salvación no es de ustedes mismos. Ustedes deben comprender en su corazón que todo es del Señor Jesús. La fe no es una virtud. La fe es solo recibir. Uno de nuestros himnos del evangelio dice: “Obrar no me salvará” y “Llorar no me salvará” (#1000 en *Hymns*, publicados por Living Stream Ministry). La última estrofa dice: “La fe en Cristo me salvará”. Cuando vi por vez primera esta línea, inmediatamente la rechacé y la reemplacé con “Solamente Jesús me salvará”. La fe no es una virtud. La fe es solamente permitir que el Señor nos salve. Es como una persona que cae en el mar. Cuando alguien viene a salvarlo tirándole una red, él no tiene que hacer nada. Mientras él no se salga de la red, estará bien. Todo es hecho por el Señor Jesús. ¡Aleluya! Digo de nuevo, nunca malentienda a Santiago 2. Las obras en Santiago 2 no son un asunto de ser bueno o malo, sino de tener o no tener fe.

CAPITULO ONCE

LA MANERA DE SER SALVO: LA FE VERSUS EL ARREPENTIMIENTO

En los últimos dos mensajes hemos visto que el camino de la salvación por parte del hombre se toma por medio de la fe, en vez de la ley o las obras. Hemos visto que uno es salvo solamente por fe. No es por fe con la ley, ni es por fe con obras (Ef. 2:8-9). Sin embargo, además de la ley y las obras, el hombre todavía trata de utilizar otros medios para obtener la salvación de Dios. Aunque no podemos abarcar esas maneras en detalle, esperamos poder enumerarlas a todas en los dos mensajes siguientes. Además de la ley y las obras, a menudo el arrepentimiento también es considerado por el hombre como una condición muy importante. El hombre piensa que si él no se arrepiente, no será salvo. Aquellos que están familiarizados con la Biblia probablemente no se atreven a decir que el arrepentimiento es la única condición para la salvación, no obstante dicen que un hombre es salvo por fe con arrepentimiento, o al arrepentirse y creer. Admito que el tema del arrepentimiento no es fácil de entender en el Nuevo Testamento. Pero si alguien considera la Palabra de Dios, comprenderá el verdadero significado del arrepentimiento y se dará cuenta rápidamente si el arrepentimiento es una condición para obtener la salvación.

EN LA BIBLIA LOS TRES LIBROS CON RESPECTO A LA SALVACION NO ENUMERAN EL ARREPENTIMIENTO COMO LA CONDICION PARA LA SALVACION

Antes de hablar con respecto al significado del arrepentimiento en la Biblia, y su relación con la fe y la salvación, primero debemos hacer claro unas pocas cosas con respecto al arrepentimiento. Después de eso, consideraremos lo que la Biblia dice con respecto al arrepentimiento. En toda la Biblia, solamente existe un libro que nos dice cómo recibir la vida eterna. Ese libro es el Evangelio de Juan. Desde el principio hasta el fin del Evangelio de Juan, no podemos encontrar ni un caso de la palabra *arrepentimiento*. En este libro nunca se menciona la palabra *arrepentimiento*. Este libro nos dice cómo podemos tener la vida eterna (3:15, 16b, 36), pero no se menciona nada con respecto al arrepentimiento. Menciona repetidas veces que el hombre recibe vida eterna por medio de la fe. Cuando un hombre cree, él tiene vida eterna. Nunca menciona el arrepentimiento. Y no solamente no menciona el arrepentimiento directamente, tampoco lo menciona indirectamente o de alguna manera metafórica. Ese es un hecho que tenemos que recordar.

Segundo, hay dos libros que nos dicen cómo el hombre es justificado delante de Dios, a saber, Romanos y Gálatas. El libro de Romanos menciona el arrepentimiento, pero nunca hace del arrepentimiento una condición para la salvación. Ninguno de esos libros han hecho del arrepentimiento una condición para la salvación y las promesas. Por lo tanto, tenemos que recordar que en los tres libros de la Biblia que tratan específicamente con la salvación, la vida eterna y la justificación ni una sola vez se menciona el arrepentimiento como una condición para la salvación. En los tres libros, la fe se menciona cada vez como la única condición. Esto nos muestra claramente que el hombre es salvo por la fe y no por las obras.

**EL HOMBRE PONE ENFASIS
AL ARREPENTIMIENTO DEBIDO A QUE TIENE
UNA MENTE LLENA DE LA LEY Y LAS OBRAS**

¿Por qué el hombre pone tanta atención al arrepentimiento? Esto se debe a que el veneno de la ley y las obras permanecen en la mente del hombre. La salvación es gratuita, pero debido a que la mente del hombre está llena de la ley y las obras, él nunca piensa que Dios le pueda dar gratuitamente la salvación. El nunca considera que Dios gratuitamente lleva las cargas del hombre. El siempre piensa que tiene que hacer algo bueno antes de poder ser salvo. Ya sea guardar la ley, hacer buenas obras o arrepentirse, el hombre siempre piensa que tiene que hacer algo. Parece como si el hombre nunca quisiera ser un beneficiario incondicional. El nunca quiere estar en una posición de recibir. Aunque él se da cuenta de que es imposible hacerlo todo, piensa que debe por lo menos hacer algo. Es precisamente esta actividad lo que ha torcido el significado bíblico del arrepentimiento. Cambia el arrepentimiento a *nuestro* arrepentimiento.

Por favor recuerde que el arrepentimiento que se menciona en la Biblia y el arrepentimiento del que estamos hablando son dos cosas diferentes. ¿Cuál es el arrepentimiento de acuerdo a la mente del hombre? De acuerdo al concepto humano, el arrepentimiento es mejoría. De acuerdo a su mente, el arrepentimiento no es algo para el pasado, sino algo para tratar con el presente y el futuro. Anteriormente, yo era pecaminoso, caído, degradado y débil. Ahora quiero ser salvo. Por lo tanto, tengo que mejorarme a mí mismo desde hoy en adelante y hacer que yo mismo luzca mejor.

En chino la palabra que significa arrepentimiento es *hwe-gai*. *Hwe* significa sentirse apesadumbrado, y *gai* significa cambio. Basados en esta expresión china, algunos han inventado una nueva doctrina, desconocida para el Nuevo Testamento, diciendo que algunas personas sólo *están hwe* pero no *gai*. Por lo tanto, dicen que no es suficiente solamente sentirse apesadumbrado; también debe haber un cambio. ¿Por qué el hombre pone tanta atención al cambio? Porque el pensamiento del hombre está lleno de obras.

Esa es la razón por la cual él subraya tanto las obras. Él dice que ya que todo lo que hizo antes estaba equivocado, él no debe equivocarse de nuevo. Se da cuenta de que era malo y pecador, pero ahora, él no debe ser malo y no debe ser más un pecador. Anteriormente pecó, y delante de Dios estaba vestido de inmundicia; había malgastado todas las posesiones de su Padre. ¿Cómo puede ahora ser aceptado y volver a la casa? Seguramente tiene que negociar y ganar algo de dinero. Seguramente debe vestirse con la mejor túnica y un par de zapatos antes de que pueda volver a casa. El pensamiento es que necesita cierto grado de mejoría antes de poder volver a casa. Si sus vestidos no son apropiados y se ve igual que antes, quizá el Padre no lo aceptaría. Si pudiera mejorar algo, aunque no haya la seguridad de que el Padre lo acepte, por lo menos hay una mejor y más grande probabilidad. El hombre nunca piensa que es posible ir a Dios y recibir la salvación en su condición presente. Siempre quiere mejorarse a sí mismo. Admite que no puede ser perfecto en su conducta. Pero piensa que es necesario tener algo y confiar en el Señor para el resto. Para él, es como un juego de azar; él tiene que apostar antes de que pueda jugar. La apuesta que el pone es el arrepentimiento del que el hombre habla.

EL ARREPENTIMIENTO EN LA MENTE DEL HOMBRE ES DIFERENTE DEL ARREPENTIMIENTO MENCIONADO EN LA BIBLIA

El arrepentimiento del cual habla el hombre, simplemente habla de una cosa: no está dispuesto a rebajarse a sí mismo hasta el fondo. Piensa que debe por lo menos estar un poco más elevado antes de que Dios pueda otorgarle la salvación. Este es el arrepentimiento de acuerdo a la mente del hombre. No es el arrepentimiento mencionado en la Biblia. No estoy diciendo que en la Biblia no hay doctrina del arrepentimiento. En la Biblia sí hay doctrina del arrepentimiento. Incluso la Biblia demanda que el hombre debe arrepentirse. Pero el arrepentimiento del que habla la Biblia es diferente del arrepentimiento del que hablamos hoy. ¿Entonces qué es el arrepentimiento del que habla la Biblia? Veamos lo que hay acerca de esto.

Primero, el significado de la palabra griega traducida *arrepentimiento* es cambio de mente. La mente es el órgano del pensamiento dentro del hombre. Por lo tanto, el arrepentimiento como se enseña en la Biblia no es cambio en conducta, sino cambio en la mente. La palabra *arrepentimiento* sólo significa un cambio en los pensamientos de uno y no tiene nada que ver con las obras. No tiene ninguna connotación de un cambio de conducta. Esto es el significado de la palabra.

Segundo, en el Nuevo Testamento, el arrepentimiento siempre se usa en referencia a nuestro pasado. Tiene que ver con lo que hemos hecho en el pasado, con lo que hemos pensado y dicho, y con lo que fuimos como personas en el pasado. Anteriormente,

tuvimos cierta clase de conceptos y ciertos puntos de vista que considerábamos buenos y gloriosos. Ahora, por la iluminación de Dios, nuestra mente ha tenido un gran cambio. No es un cambio con una visión a una conducta futura, sino un cambio de las cosas del pasado. Cambiamos nuestra perspectiva y evaluación con respecto a muchas cosas. Originalmente, pensábamos que era una gloria y un gozo engañar a otros, y que el que fue engañado era un tonto porque ignoraba que había sido engañado. Podíamos gloriarnos y deleitarnos en esto. Pero lo que una vez considerábamos glorioso, ahora lo consideramos vergonzoso. El arrepentimiento no es para hacer el bien mañana, sino para el mal de ayer. El arrepentimiento no es decir lo que uno debe hacer en el futuro; es una reevaluación en la mente, un cambio de perspectiva, y un juicio diferente con respecto a las cosas del pasado.

En Lucas 13:3, el Señor Jesús les dijo a los judíos que si no se arrepentían de lo que hacían, iban a morir así como los galileos. Por lo tanto, el arrepentimiento consiste en cambiar de perspectiva. Consiste en ver las cosas a la luz de Dios, una luz que viene de lo alto.

Continuemos. En Hechos vemos que la palabra *arrepentimiento* se usa muchas veces. Hechos 8:22 dice: “Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega al Señor, si quizás te sea perdonada la intención de tu corazón”. Aquí, Simón trató de comprar con dinero el don del Espíritu Santo. Pedro replicó con una palabra muy fuerte. Le dijo a Simón que tenía que arrepentirse de su maldad. Esto no significa que Simón debía mejorarse en el futuro. Significa que Simón debía arrepentirse de lo que acababa de hacer, de lo que acababa de decir, y de los pensamientos que tenía. El arrepentimiento es tratar con los problemas que uno tuvo en el pasado. Significa que hubo grandes errores en lo que hicimos y que ahora debemos tener una perspectiva diferente. Anteriormente, el pensamiento fue gastar un poco de dinero para comprar el Espíritu Santo. Ahora, se ha visto que esto es un pecado. ¿Qué debe hacerse? Ahora existe la necesidad de una perspectiva diferente y una evaluación renovada. Esto es arrepentimiento. Por medio de esto recibimos perdón.

La palabra *arrepentimiento* aparece frecuentemente en Apocalipsis 2 y 3 de una manera especial. Allí, el Señor estaba tratando con las obras del pasado. El estaba llamando a los hombres a tener una perspectiva diferente con respecto a sus obras pasadas. Apocalipsis 2:5 dice: “Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te has arrepentido”. El Señor dijo esto debido a que ellos habían abandonado su primer amor. No estaban haciendo las primeras obras. Tenían que recordar de dónde habían caído. Esto es arrepentimiento. Después de esto, en el futuro, tenían que hacer las primeras

obras. Uno tiene que arrepentirse de lo que hizo en el pasado. Las obras en el futuro son un asunto completamente diferente.

El versículo 16 dice: “Por tanto, arrepíentete; pues si no, vendré a ti pronto, y combatiré contra ellos con la espada de Mi boca”. Aquí, el Señor estaba hablando a la iglesia en Pérgamo. Algunos habían seguido la enseñanza de los nicolaítas. Ellos habían considerado esta enseñanza como buena. Por eso el Señor les dijo que tenían que arrepentirse. Tenían que considerar que la obra de los nicolaítas era maligna. Tenían que cambiar sus perspectivas y sus conceptos.

El versículo 21 dice: “Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación”. Ella había cometido fornicación, sin embargo, no consideraba eso como un error. No juzgaba eso como algo impropio. El versículo 22 dice: “He aquí, Yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella”. De nuevo, esto nos muestra que debían arrepentirse de sus hechos pasados. Si no se arrepentían, el Señor los pondría en gran tribulación.

Apocalipsis 3:3 dice: “Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepíentete”. Aquí, de nuevo el Señor les hace un llamado para que se arrepientan, es decir, que cambien su perspectiva con respecto a su conducta.

El versículo 19 dice: “Yo reprendo y disciplino a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete”.

Después de ver cómo es usada la palabra en Lucas, en Hechos y en Apocalipsis, ahora podemos entender qué significa en la Biblia realmente el arrepentimiento. El arrepentimiento es un cambio de mentalidad. No obstante, siempre se usa en referencia a los hechos del pasado y nunca en referencia a la conducta en el futuro. El arrepentimiento es un cambio en la mente de uno, pero lo que trata está relacionado a los errores, pecados, faltas, falta de celo y la impiedad del pasado. Esto significa que ahora vemos todas esas cosas como erróneas e impropias. Esto es el significado del arrepentimiento. Podemos decir que cuando tenemos fe miramos hacia Cristo, y cuando tenemos el arrepentimiento nos vemos a nosotros mismos a la luz de Cristo. Mientras somos todavía pecadores, el Espíritu Santo brilla dentro de nosotros y nos muestra a nosotros mismos. Esto es arrepentimiento. Esto es muy necesario e indispensable. Si el Espíritu Santo no nos ilumina y si no tenemos una comprensión de nosotros mismos, no podemos levantar nuestros ojos hacia el Señor Jesús.

La obra del arrepentimiento es similar a la obra de la ley que ya hemos discutido en los últimos mensajes. Dios desea que el hombre reciba Su gracia. Pero el hombre ha pecado. No tiene la luz con respecto a sí mismo. No conoce qué clase de persona es. No sabe que está condenado delante de Dios, y que es absolutamente inútil, y que por lo tanto, no puede recibir la gracia de Dios. Por ejemplo, supongamos que usted está muy enfermo y que sus dos pulmones están completamente enfermos. Usted puede decir que tiene todavía una complexión hermosa y que hay color en su rostro. Quizás no piense que un buen medicamento o un buen doctor sean necesarios. Ahora supongamos que va usted a tomarse unas radiografías. Después de ver el resultado de sus propias radiografías, admitirá que es un hombre enfermo y que necesita descanso y tratamiento. Así que, el arrepentimiento es la meta de Dios al darnos la ley. A través del arrepentimiento, vemos por la iluminación de Dios, el brillo del Espíritu Santo y la palabra de Dios, de que nuestros hechos pasados estaban equivocados y que nuestra manera de vivir era impropia. Dios ha diagnosticado nuestra enfermedad, y tenemos que admitir que estamos equivocados. Esto es el arrepentimiento.

Había un hermano que siempre cargaba el equipaje pesado de los que viajaban junto con él. Voluntariamente lo hacía porque pensaba que los otros no eran sanos, pero que él gozaba de buena salud. Una vez, después de que había realizado un trabajo pesado, le sugerí que debía ir al hospital y tomarse una radiografía. Al principio no quiso hacerlo. Estuvimos discutiendo que esto no le haría mal, aun si no estaba enfermo. Así que, fue. Se dio cuenta de que tenía tuberculosis. De ahí en adelante, su conducta cambió completamente. Nunca más se atrevió a hacer algo. Cuando le pedíamos que hiciera alguna cosa, hacía lo que podía por excusarse. Su cambio fue tan drástico que era como si él fuera dos personas diferentes en el mismo día. Por un momento pensó que estaba tan sano y tenía tan buenos pulmones y al otro momento su evaluación de sí mismo cambió completamente. El tuvo una perspectiva diferente y una evaluación diferente de sí mismo. A esto se le llama arrepentimiento. El arrepentimiento es necesario. Es la meta que Dios quiere obtener por medio de la ley.

Si interpretamos mal el arrepentimiento y pensamos que es un cambio de nuestra conducta en el futuro, quiere decir que somos absolutamente ignorantes acerca de la salvación de Dios. La salvación de Dios nunca intenta mejorar la naturaleza adamítica. Si el arrepentimiento se refiriera al futuro, eso significaría que el viejo Adán y el hombre carnal todavía tienen la posibilidad de mejorarse y progresar. Sin embargo, el Señor Jesús dijo: “Lo que es nacido de la carne, carne es” (Jn. 3:6). La carne nunca progresará para llegar a ser el espíritu. Solamente lo que es engendrado del Espíritu es espíritu. Si el arrepentimiento se refiere al futuro, entonces el fundamento de la salvación de Dios es completamente derribado. No solamente no somos capaces de mejorarnos a nosotros mismos, sino que además, necesitamos ser erradicados. La salvación de Dios no da lugar

para el hombre carnal. Lo termina completamente. Cuando el Señor Jesús fue crucificado, todos los hombres fueron crucificados con El. Nuestro viejo hombre ha sido crucificado sobre la cruz.

Gracias a Dios que el Señor Jesús es un sastre que *hace* ropajes. No es uno que remienda ropa. No es que nuestra ropa esté rota y que el Señor Jesús venga a remendarla por nosotros. El Señor Jesús solamente hace ropa nueva; El no remienda la ropa vieja. Quizá somos pobres, y queremos usar ropa vieja. Pero en la casa de Dios, nadie usa ropas remendadas. No existe tal cosa en la salvación de Dios. Dios dijo que el primer Adán está terminado y que toda la conducta en el primer Adán también está terminada. Ahora, estamos en el postrer Adán. Hoy, todo ha sido logrado por el Señor Jesús; El quiere ser la nueva vida dentro de nosotros. Por lo tanto, el arrepentimiento en la Biblia no se refiere a la conducta futura. Más bien, se refiere a un cambio en el concepto con respecto a nuestro pasado. El arrepentimiento bíblico consiste en adoptar una perspectiva con respecto a los hechos pasados más que a una conducta futura.

EL ARREPENTIMIENTO ES NECESARIO AL RECIBIR LA SALVACION DE DIOS

Cuando un agricultor siembra, ¿puede sembrar en un campo sin antes hacer nada a la tierra? El trigo crece fácilmente. Aun para que podamos cultivar trigo, primero tenemos que arar el campo y labrar la tierra. De la misma manera, en la salvación de Dios, primero se debe hacer la obra labradora antes de que las plantas crezcan de una manera profunda. Por lo tanto, quienes nunca sienten que han pecado no podrán ser salvos, ni tampoco lo serán aquellos que nunca sienten que están equivocados. Quizás después de escuchar el evangelio completo como lo estamos predicando ahora uno sería aclarado con respecto a la obra de Dios en Cristo y gustosamente recibiría el evangelio. No me atrevo a decir que no haya tenido arrepentimiento. Quizás tenga arrepentimiento, pero su arrepentimiento no es profundo. El Espíritu Santo no ha operado mucho en él. No ve que es débil, sucio e inútil pecador delante de Dios. Una persona así, tiene que pasar por la experiencia de Romanos 7 en sus siguientes años. ¿Cuál es la experiencia de Romanos 7? Es la lección que tiene que aprender un cristiano que no se ha arrepentido. Si un hombre ha pasado por el arrepentimiento cuando viene a Dios, no existe la necesidad de la experiencia de Romanos 7. Si un hombre no se ha arrepentido y no sabe que delante de Dios está desolado, pero recibe el evangelio pleno inmediatamente cuando lo escucha, en su experiencia futura, Dios todavía tiene que mostrarle su desolación. Es necesario que uno se conozca a sí mismo, ya sea desde el principio o durante su andar. Dios nunca permite que un cristiano no se conozca a sí mismo.

Por lo tanto, podemos ver el significado verdadero del arrepentimiento de acuerdo a la Biblia. El arrepentimiento es un concepto nuevo del pasado de uno. En el arrepentimiento uno se ve uno mismo, de la misma manera que la fe ve al Señor Jesús. Cuando uno cree, ve la obra que el Señor Jesús ha hecho por él. Cuando se arrepienta, ve los hechos que él mismo ha hecho en el pasado. Ver lo que uno ha hecho en el pasado es arrepentimiento; ver lo que el Señor Jesús ha hecho sobre la cruz es fe. Si queremos ver lo que el Señor Jesús ha hecho por nosotros, primero debemos ver lo que hemos hecho nosotros mismos. Si el ladrón que fue crucificado junto a Jesús no hubiese dicho claramente con su propia boca que lo que estaba sufriendo era lo que merecía, no hubiera podido haber dicho al que estaba crucificado al lado de él: “Acuérdate de mí cuando entres en Tu reino” (Lc. 23:42). Si él hubiera maldecido a los magistrados como agentes del imperialismo, y si no hubiera visto que lo que él sufría era lo que merecía, no hubiera visto quién era el Señor. Cuando no nos vemos a nosotros mismos, no vemos al Señor. Cuando nos vemos a nosotros mismos, vemos al Señor. Esto es arrepentimiento.

Por lo tanto, podemos ver que el arrepentimiento no tiene ningún elemento de nuestro yo, nuestra obra o nuestra conducta. Muchas personas dicen que no creen en el arrepentimiento. Eso no es verdad. Yo creo en el arrepentimiento con todo mi corazón. Pero creo en el arrepentimiento bíblico. No creo en el arrepentimiento mental que algunos han tenido. Si es un arrepentimiento de acuerdo a la Biblia, con gusto creo, porque es real. El arrepentimiento nos da una perspectiva y una percepción nuevas. Solamente de esta manera podemos recibir al Señor por fe en la presencia de Dios.

EL LUGAR DEL ARREPENTIMIENTO ES EN FE Y SALVACION

Entonces, ¿cómo es salvo el hombre? El Evangelio de Juan nos dice claramente que es por fe. Los libros de Romanos y Gálatas también nos dicen claramente que es por fe. Gálatas nos dice que es solamente por fe. En todo el Nuevo Testamento solamente hay estos tres libros que tratan con el asunto de la salvación. Los tres nos dicen que la salvación es solamente por fe y no por la ley. El arrepentimiento no se menciona aquí. Entonces, ¿qué lugar tiene el arrepentimiento? Si leemos la Biblia, sabremos que el arrepentimiento nunca está desconectado de la fe. El arrepentimiento nunca está separado de la fe. Esto no significa que uno es salvo por la fe *y* el arrepentimiento. El arrepentimiento está incluido en la fe y ya está incluido en la salvación. Cuando un hombre cree en el Señor Jesús el elemento del arrepentimiento ya está incluido allí. Si uno dice que es salvo, entonces esta salvación incluye el arrepentimiento. El arrepentimiento nunca está separado de la fe. Siempre está incluido en la salvación.

Consideremos ahora si el arrepentimiento es una condición. En el Nuevo Testamento, en el tiempo del libro de los Hechos, el Espíritu Santo había venido y el evangelio pleno fue predicado. El libro de los Hechos parece mostrarnos que el arrepentimiento es una condición para la salvación. Muchos han mal interpretado el asunto ya que no han visto el lugar del arrepentimiento. Sin duda alguna, el Antiguo Testamento también habla de la enseñanza del arrepentimiento. Jonás predicó a los hombres de Nínive que a menos de que ellos se arrepintieran, Dios los destruiría (Jon. 1:1-2). Ellos se arrepintieron, se vistieron de cilicio, se sentaron sobre ceniza y ayunaron. Hicieron esto por sus hechos pasados. Se vistieron de cilicio y se sentaron sobre ceniza no por su conducta futura. Si fuera por su conducta futura, ¿qué tenían que ver el cilicio y las cenizas? El arrepentimiento es sentirse triste y condenar la conducta pasada de uno. Uno se viste de cilicio y se sienta en cenizas porque se da cuenta de que está mal delante de Dios. Anteriormente, pensaba que estaba vivo. Ahora, se da cuenta de que estaba muerto. Por lo tanto, se lamenta de sus acciones pasadas equivocadas. Esto es el arrepentimiento. Esto fue lo que Jonás predicó. Antes de que el evangelio del Señor Jesús viniera, no veíamos la salvación por la fe. Lo que teníamos era solamente el arrepentimiento por nuestras acciones pasadas.

Después, vino Juan el Bautista. El no predicó la fe. Solamente predicó el arrepentimiento, es decir, un arrepentimiento por las acciones y los errores pasados. En Mateo 3:8, dijo una cosa muy buena: “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento”. También dijo: “El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene alimentos, haga lo mismo” (Lc. 3:11). Tenemos que darnos cuenta de que esto no es arrepentimiento. Más bien, esto es el fruto del arrepentimiento. El arrepentimiento es por el pasado, y el fruto del arrepentimiento es para el futuro. En el tiempo de Juan, el evangelio completo aún no había sido predicado, y la luz de la verdad todavía no había sido plenamente revelada. A fin de conducir a los hombres a Dios, uno tuvo que traerlos a una perspectiva diferente acerca del pasado.

Después de esto, el Señor Jesús mismo vino. El Evangelio de Juan es diferente de los otros tres Evangelios. Los primeros tres Evangelios hablan acerca de lo que el Señor Jesús hizo en el tiempo. El Evangelio de Juan habla acerca de lo que El hace en la eternidad. Cada lector de la Biblia sabe que el Evangelio de Juan no habla de cosas con respecto al tiempo. Más bien, habla de cosas con respecto a la eternidad. Empieza con “el principio” y termina con recibir la vida eterna (1:1; 20:22). El primero de los tres libros habla del Hijo de David, el Hijo de Abraham (Mt. 1:1). Nos muestra a Cristo en el tiempo. Juan nos cuenta acerca del Cristo en la eternidad (3:13). Los primeros tres libros son transicionales. Por lo tanto, hablan con respecto al arrepentimiento. Pero, ¿por qué también el Señor habla con respecto al arrepentimiento (Mt. 4:17)? Porque el reino de los cielos se había acercado. Puesto que el reino se ha acercado, tenemos que

arrepentirnos. Pero en el Evangelio de Juan, después de que el evangelio pleno había sido predicado, ya no se menciona más el arrepentimiento. En Hechos, algunos versículos también dicen que la salvación debe ser por fe. Hechos 16:31 dice: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa”. Sin embargo, en algunos lugares de Hechos, se menciona el arrepentimiento por sí mismo; no se menciona la fe. Por esta razón algunos creyentes mal entienden el arrepentimiento como una condición para la salvación.

EL VERDADERO SIGNIFICADO DEL ARREPENTIMIENTO

Estudiemos algunos pocos pasajes para ver qué es el arrepentimiento. Hechos 2:37-38 dice: “Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: Hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”. Cuando algunos leen estos versículos quizás digan que ni siquiera se menciona la fe. Todo lo que se menciona es el arrepentirse, ser bautizado en el nombre de Jesucristo para el perdón de los pecados y recibir el Espíritu prometido. Aquí, la fe no se menciona para nada; en lugar de eso, solamente se menciona el arrepentimiento. Sin embargo, esto no fue lo que se habló anteriormente. El apóstol no comenzó hablando del arrepentimiento, del bautismo, del perdón de los pecados y del recibimiento del Espíritu Santo. Esto no fue el día de Pentecostés. No fue la primera palabra que Pedro predicó. Fue la última palabra que Pedro habló después de dar su mensaje. Antes de esto, Pedro había dicho: “Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las obras poderosas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de El, como vosotros mismos sabéis; a éste ... matasteis clavándole en una cruz por manos de inicuos; al cual Dios levantó” (vs. 22-24). Pedro estaba diciendo: “Este es nuestro testimonio. Dios aun lo ha exaltado a los cielos y lo ha hecho Señor y Cristo. Este es el testimonio del Espíritu Santo. Dios nos ha enviado a nosotros los apóstoles para testificar de la resurrección de Jesús de Nazaret. El Espíritu Santo ha sido derramado, dando a ciento veinte el don de lenguas. Este es el testimonio del Espíritu Santo, lo cual testifica que el Señor Jesús ha sido glorificado”. Aquí hay dos testimonios. Los apóstoles testifican de la resurrección, mientras que el Espíritu Santo testifica de la glorificación. El apóstol Pedro les predicó la palabra de Dios y les mostró lo que ellos habían hecho al Señor Jesús y lo que Dios le había hecho a El. El versículo 36 dice: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”. La palabra de Dios había sido predicada, y los apóstoles les habían mostrado lo que Dios había hecho y lo que ellos habían hecho.

Por favor recuerde que un poco más de un mes antes de Pentecostés, el mismo grupo de personas gritaron: “¡Fuera, fuera, crucifícale!” (Jn. 19:15). Ellos fueron un instrumento en Su muerte y crucifixión. Anteriormente, consideraron que el Señor Jesús era digno de muerte; ellos gritaron que lo crucificaran y que en Su lugar liberaran a Barrabás (Lc. 23:18). ¿Qué había pasado? Hechos 2:37 dice: “Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: Hermanos, ¿qué haremos?” Esto es creer en la palabra de Dios. La palabra de Dios se predicó, y ellos la recibieron. Se dieron cuenta de que lo que Dios le había hecho al Señor Jesús era muy diferente de lo que el hombre le había hecho a El. Además, el Espíritu Santo también estaba allí testificando. Ellos no pudieron rechazar ese testimonio. Por lo tanto, suplicaron preguntando qué era lo que tenían que hacer ahora que habían crucificado al Señor Jesús. Si ellos no hubieran crucificado al Señor, todavía hubiera oportunidad para la restitución. Pero una vez que el Señor Jesús había sido crucificado, ¿qué debían hacer? Ellos aceptaron el testimonio de los apóstoles. Como resultado, el apóstol les dijo que tenían que arrepentirse. Tenían que arrepentirse debido a sus conceptos y perspectiva con respecto al Señor Jesús. Además, tenían que ser bautizados en el nombre de Jesucristo. Ser bautizado es recibir, creer y confesar al Señor Jesús. El significado de estar en el nombre del Señor es creer en el Señor. Cuando hagan eso, sus pecados serán perdonados y recibirán el don del Espíritu Santo.

Ahora, podemos darnos cuenta de que éste es un grupo de personas que habían recibido la palabra de Dios. Puesto que ellos creyeron esto, el apóstol fue capaz de decirles que se arrepintieran. Esto no tocó su conducta, sino su perspectiva. El apóstol no estaba diciendo que si no cambiaban su conducta anterior, no podían ser salvos. Esto no es un asunto de tratar con la conducta de una persona. Lo que ellos tenían que hacer era juzgarse a sí mismos y ser bautizados en el nombre del Señor Jesús como una expresión de su fe en El. De esta manera, sus pecados serían perdonados, y recibirían el Espíritu Santo. Por lo tanto, la condición para nuestra salvación es solamente la fe. La salvación se nos da gratuitamente. No necesitamos hacer nada para venir a Dios. Es Dios mismo quien ha venido a salvarnos por medio de Su Hijo Jesucristo.

Hechos 3:19-20 dice: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio”. Cuando leemos este versículo, tal vez pensemos que el arrepentimiento es una condición para la salvación. Es verdad que el versículo 19 parece indicar que el arrepentimiento es una condición para la salvación. Pero debemos poner atención a todo el pasaje desde el versículo 1 en adelante. No podemos leer solamente el versículo 19. Sería un error comenzar con el versículo 19 y explicarlo de acuerdo a nuestro pensamiento. Desde el versículo 1 en adelante, encontramos la historia del hombre cojo que fue sanado. Cuando este hombre cojo vio a Pedro, Pedro le dijo: “No poseo plata ni oro, pero lo que tengo,

esto te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda” (v. 6). Cuando toda la gente vio que el hombre que había nacido cojo comenzó a caminar se maravillaron. Entonces Pedro se paró y dio un mensaje. Primero, él explicó que ésa no era su obra, y que no era por su piedad que tal persona pudiera caminar. En los versículos 15-20 dijo: “Y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos. Y por la fe en Su nombre, a éste, a quien vosotros veis y conocéis, le ha fortalecido Su nombre; y la fe que viene por medio de El ha dado a éste esta íntegra salud ... Así que arrepentíos, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio”. ¿Qué estaba él diciendo? El estaba hablando acerca de la fe. Estaba diciendo que creemos que El fue levantado de entre los muertos, que creemos en Su nombre y que Su nombre había sanado a ese hombre. Allí estaba un hombre cojo que todos conocían. Fue la fe del Señor la que hizo que ese hombre sanara. Si queremos creer, así como ellos creyeron, tenemos que arrepentirnos. Si queremos fe, tenemos que prestar atención al arrepentimiento. Si queremos recibirlo, debemos tener una perspectiva nueva y una evaluación nueva con respecto a El. Debemos tener esta capacidad.

Anteriormente mencioné que el arrepentimiento nunca puede estar separado de la fe; está incluido en la fe. Antes de que el hombre se arrepienta, no puede creer. Después de que un hombre tiene algo de fe, debe arrepentirse. Si un hombre tiene cierta cantidad de fe en la palabra de Dios, debe arrepentirse. No podemos separar el asunto exactamente, como cortar algo con tijeras, teniendo por un lado la fe y por el otro el arrepentimiento. Esto se parece a la experiencia de la salvación que tienen muchas personas. Si preguntas a cien personas cuándo fueron salvas, quizás solamente cincuenta puedan darle la fecha exacta y el año de su salvación. Los de la otra mitad no sabrán cuándo fueron salvos. No saben cómo recibieron la salvación. Para ellos es de poca importancia cómo fueron salvos. Lo importante es que fueron salvos. Todo está bien si no saben la fecha de su nacimiento. Mientras hayan nacido, sienten que eso es suficiente. Por lo tanto, podemos ver que al principio, la palabra de Dios primero fue predicada (2:16). Si ellos no habían creído, ¿por qué tuvieron remordimiento en sus corazones?

Quizás nos preguntemos si en realidad ellos habían creído, ¿por qué Pedro tuvo que decir que debían arrepentirse y ser bautizados para que sus pecados fueran perdonados y el Espíritu Santo fuera derramado? Si ellos habían creído, ¿por qué todavía no habían sido perdonados sus pecados, y por qué el Espíritu Santo todavía no había sido derramado? Si decimos que ellos no habían creído, entonces, ¿por qué estaban tan preocupados después de escuchar la palabra de Dios? ¿Por qué preguntaron qué debían hacer? Tenemos que darnos cuenta de que cuando la palabra de Dios se predica, las diferentes personas tienen reacciones diferentes de acuerdo a su propia condición. La condición en Hechos fue diferente. Algunos pecadores sienten que han pecado, y se

entristecen de sus pecados. Cuando predicamos el evangelio a tal clase de personas, es posible que nunca mencionemos el arrepentimiento. Pero algunas personas creen en El sin darse cuenta de sus pecados. Tales personas deben ser devueltas al punto del arrepentimiento. Por lo tanto, cuando prediquemos el evangelio, tenemos que poner atención a esta diferencia. Algunos han venido al Señor por medio del arrepentimiento. Solamente tenemos que pedirles que crean. Para otros, tenemos que guiarlos al arrepentimiento y la convicción con respecto a ellos mismos. Aun después de que Dios les haya dado fe y hayan creído, todavía debemos persuadirlos a ser bautizados y a tener un corazón de arrepentimiento para que sus pecados puedan ser perdonados y que el Espíritu Santo pueda ser derramado sobre ellos. Por lo tanto, vemos que el arrepentimiento puede estar incluido en la fe. Si un hombre no se arrepiente, ¿cómo puede creer? Si un hombre no comprende que está enfermo, no querrá ver al doctor. Además, el arrepentimiento también puede estar incluido en la salvación. El hombre debe creer en la palabra de Dios, ser perdonado y recibir el Espíritu Santo después de arrepentirse. Por lo tanto, vemos que Hechos 3 habla también de la fe. Este hombre es salvo y es sanado por la fe. Es tan claro que de lo que aquí se habla es de la fe.

Cuando venimos al capítulo diecisiete vemos algo más. Hechos 17:30 dice: “Dios, pues, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan”. Aquí, Dios no le dice al hombre que crea. Si estuviera en nuestras manos, seguramente habiéramos cambiado la palabra “arrepienta” por “crea”. Pero lo que Pablo estaba hablando en los siguientes versículos no era un asunto de fe. Si él nos dijera que el hombre ha pecado y que el Hijo de Dios ha logrado la obra de redención y ha resuelto el problema del pecado, entonces hubiera tenido que mencionar la fe. Pero aquí, Pablo estaba hablando acerca del juicio. El versículo 31 dice: “Por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando de esto a todos una prueba cierta, con haberle levantado de los muertos”. Dios ha designado al Señor Jesús como el Juez para juzgar a todos los hombres. Al mismo tiempo, a fin de hacer que todos sepan que El ha designado al Señor Jesús como el Juez, Dios levantó a Jesús de entre los muertos como una prueba de la fe de ellos. Es por esto que dice que tenemos que arrepentirnos. Así que, aquí no es un asunto de fe. Mediante Su resurrección de entre los muertos, el Señor Jesús ha llegado a ser una prueba de nuestra fe. De hecho, El ya es digno de nuestra fe. Ahora no hay necesidad de hablar más con respecto a la fe. La resurrección del Señor Jesús ya está aquí como una prueba; es algo claro y sin duda. Ahora lo que debemos hacer es arrepentirnos de las cosas que hemos hecho. Después seremos capaces de creer. El Señor Jesús es digno de nuestra creencia. Mientras nos arrepintamos, podremos creer.

Hechos 26:19-20 dice: “Por lo cual, oh rey Agripa, no fui desobediente a la visión celestial, sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco, y en Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento”. Si leemos solamente estos dos versículos, podríamos pensar que la única cosa que Pablo hizo fue predicar el arrepentimiento. Pablo confesó delante del juicio del rey Agripa que su obra era hacer que los hombres se arrepintieran y que se volvieran a Dios y que hicieran obras dignas de arrepentimiento. Si eso fuera todo, entonces el evangelio de acuerdo a Hechos no sería un evangelio de fe. A fin de entender este versículo, debemos ver los pasajes anteriores. No podemos tomar una porción de las Escrituras fuera de contexto. Es injusto hacer esto. Los versículos 14-20 dicen: “Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una voz que me decía en dialecto hebreo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra los agujones. Yo entonces dije: ¿Quién eres, Señor? y el Señor dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto de Mí, y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envió, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban perdón de pecados y herencia entre los que han sido santificados por la fe que es en Mí. Por lo cual, oh rey Agripa, no fui desobediente a la visión celestial, sino que anuncié primeramente a los que están en Damasco, y en Jerusalén, y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento”. ¿Por qué tenían ellos que arrepentirse? Debido a que el Señor Jesús ha logrado la obra de redención. Todos aquellos que creen en El seguramente obtendrán esta redención. El arrepentimiento es algo para los creyentes. Todo está hecho. Ahora, todo lo que se necesita es arrepentirse. ¿Qué es arrepentirse? Anteriormente, uno decía que no había necesidad de creer. Ahora, él dice que creará. Esto es el arrepentimiento.

Supongamos que veo a una persona el día de hoy, y le predico el evangelio, diciéndole que el Señor Jesús ha llevado a cabo todo. Tal vez le diga: “Mi amigo, tiene que arrepentirse y creer en el Señor. Tan pronto como crea, será salvo. Tiene que tener una perspectiva diferente hacia el pecado. Y también tiene que tener una perspectiva diferente con respecto a la fe en el Señor Jesús. Tiene que arrepentirse de su condición interior; de esta manera será capaz de creer”. Podemos ver que el arrepentimiento del que se habla aquí no es un asunto de obras. ¿Cómo sabemos que no es un asunto de obras? Es debido a que el arrepentimiento está incluido en la salvación de Dios. El arrepentimiento es una parte de la salvación. No solamente este arrepentimiento no tiene nada que ver con la obra del hombre, sino que llega a ser un punto dentro de la esfera de la fe. En los pocos versículos que acabamos de leer, podemos ver algo

misterioso: que el arrepentimiento es una parte de nuestra creencia. Sin el arrepentimiento, no puede haber fe. Así que, la fe incluye el arrepentimiento, y el arrepentimiento está en la fe.

EL ARREPENTIMIENTO ES DADO POR DIOS

Otro versículo nos dice que el arrepentimiento no está solamente relacionado con la fe sino que también está relacionado con la salvación. Hechos 5:31 dice: “A éste Dios ha exaltado a Su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados”. Aquí vemos que el arrepentimiento es dado por Dios de la misma manera que el perdón. En la Biblia pocas veces se hallan juntos el arrepentimiento y el perdón. Hechos 2 dice que el arrepentimiento tiene como fin el perdón de los pecados (v. 38). Hechos 3 dice que el resultado del arrepentimiento es que nuestros pecados son borrados (v. 19). Otros dos lugares mencionan solamente el arrepentimiento sin el perdón. En dos de estas cuatro ocasiones, el arrepentimiento y el perdón van juntos. El arrepentimiento está unido a la salvación. El perdón es algo que Dios inicia. El arrepentimiento también es algo que Dios inicia. El don del perdón es dado por Dios. Un corazón arrepentido también es dado por Dios. Por lo tanto, el arrepentimiento es una parte dentro de la fe y una parte de la salvación. Los dos son algo que Dios inicia. Dios le da al hombre el arrepentimiento de la misma manera en que El le da el perdón. Es la palabra de Dios que viene a nosotros. Es Dios quien nos alumbró y nos dice que nuestro pasado estaba equivocado. Es Dios quien nos da un corazón arrepentido, quien nos ordena que nos arrepintamos. Me maravillo de esto. Esto es la salvación. Debido a que no vemos nuestro pasado, Dios nos alumbró con Su luz. Esta es la manera en que Dios trabaja.

Si la cara de un niño está sucia, su madre no le pide que gane algo de dinero para comprar una toalla y limpiarse. En lugar de eso, la madre busca una toalla y le dice al niño que la use. Cuando Dios quiere que nos arrepintamos El mismo nos da el arrepentimiento de la misma manera que El nos da el perdón. Dios mismo nos da el arrepentimiento para que podamos ver nuestro pasado y para que nos demos cuenta de cuán bajos, débiles y corruptos éramos. Después de esto, El nos dice que nos arrepintamos.

Lucas 24:45-47 es un pasaje muy maravilloso. Dice: “Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito que el Cristo padeciese y resucitase de los muertos al tercer día; y que se proclamase en Su nombre el arrepentimiento para el perdón de pecados”. Los que se mencionan aquí predicaron el arrepentimiento para el perdón. Debemos predicar el perdón en Su nombre, y también debemos predicar el arrepentimiento en Su nombre. Hoy día,

podemos arrepentirnos en el nombre del Señor debido a que el Señor nos ha dado el arrepentimiento. Esto es como la creación que Dios efectúa de nuestros dos ojos y luego nos pide que veamos. Si no tuviéramos dos ojos, sería difícil ver. Gracias al Señor que El nos dio primero los dos ojos y luego nos pide que veamos. Primero El nos da los pies y luego nos pide que caminemos. Es lo mismo con el arrepentimiento. Primero nos da el arrepentimiento, y luego nos pide que nos arrepintamos. Todo esto es hecho por Dios. Por lo tanto, cuando predicamos el evangelio, podemos decir que así como hemos sido perdonados por medio del Señor Jesús, de la misma manera nos arrepentimos por medio de El. Si un hombre dice que no puede arrepentirse, y que él todavía considera el pecado atractivo, y que no siente que es un pecador, podemos decirle: “Está bien. Estoy predicándole el evangelio en el nombre del Señor Jesús. Dios le dará el arrepentimiento. El arrepentimiento es una parte de la salvación. Así como recibe la vida y es justificado delante de Dios, de la misma manera recibe el arrepentimiento”.

¿Cómo nos arrepentimos? Cuando escuchamos a los predicadores que nos dicen la maldad y lo repugnante que es el pecado y de la redención del Señor Jesús, quisimos arrepentirnos y creer en Jesús. No estábamos sentados en un rincón, diciéndonos a nosotros mismos cuán corruptos éramos o que éramos grandes pecadores. Aun si nos repitiéramos una y otra vez, esto no nos hubiera hecho sentir que éramos pecadores. ¿Sentiría usted que estuvo equivocado meramente por decir eso? Ninguno de entre nosotros se arrepintió de esa manera. Cuando primeramente escuchamos el evangelio, nos opusimos y lo criticamos; no quisimos aceptarlo. Si preferíamos argumentar, pudimos emplear muchos argumentos. El día en que fuimos salvos, el evangelio que se nos predicó tal vez no fue muy prevaleciente. Sin embargo, mientras estábamos allí, o después de que regresamos al trabajo, o mientras caminábamos por la calle o leíamos un libro, fuimos convencidos. Espontáneamente nos arrepentimos, y luego fuimos salvos. Fuimos nosotros mismos los que nos arrepentimos; nadie nos forzó, nos recordó o nos presionó para que nos arrepintiéramos. Fue Dios quien nos dio el arrepentimiento, y nosotros los que dijimos: “Me arrepiento”. Por lo tanto, ésta es la obra de Dios. Debido a esto la Biblia dice que el arrepentimiento es dado por Dios.

En Hechos 11, después de que Pedro predicó el evangelio en la casa de Cornelio, los hermanos judíos lo reprendieron porque fue a la casa de un gentil. Entonces Pedro les relató cómo había predicado el evangelio. El versículo 18 dice: “Entonces, oídas estas cosas, callaron y glorificaron a Dios, diciendo: De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida”. Por favor note que Dios ha *dado* el *arrepentimiento* para vida a los gentiles. Por lo tanto, vemos que el arrepentimiento es una parte de la gracia de Dios. Es una parte dentro de la salvación de Dios. Es algo hecho por Dios.

Segunda Timoteo 2:25 dice: “Que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda el arrepentimiento que conduce al pleno conocimiento de la verdad”. Muchos se oponen a la verdad y no quieren aceptar la verdad de Dios. Podemos pedirle a Dios que les dé el arrepentimiento para que puedan venir al conocimiento de la verdad. Esto también es algo que Dios ha hecho.

Entonces, ¿qué es el arrepentimiento? Después de leer todas estas Escrituras, podemos llegar a una conclusión. El asunto del arrepentimiento no es tan claro como otras verdades mencionadas en la Biblia. Parece que es algo mal definido. Por un lado, un hombre no es salvo por medio del arrepentimiento sino por medio de la fe. Esa es la verdad que se nos muestra en el Evangelio de Juan, el libro de Romanos y el libro de Gálatas. No podemos cometer ningún error con respecto a esto. Sin embargo, por otro lado, sin el arrepentimiento el hombre no puede creer. Por lo tanto, en nuestra predicación, muchas veces le decimos a la gente que se arrepienta. Esto no significa que el arrepentimiento por si solo nos salvará. Más bien, significa que el arrepentimiento introducirá la fe. Si un hombre no se ha arrepentido, no es capaz de creer. No obstante, el arrepentimiento no son obras. La Biblia dice que el arrepentimiento es dado por Dios. Dios nos dice que nos arrepintamos. No nos sentamos en un rincón para pensar que nos tenemos que arrepentir, que tenemos que odiar nuestros pecados y juzgarnos a nosotros mismos. Tenemos que comprender que nadie puede hacer esto. Me temo que nadie en todo el mundo puede hacer eso. Aun si alguien es capaz de hacerlo, no sirve de nada. El arrepentimiento es un don que viene de Dios. Aun en los Evangelios, cuando el Señor Jesús vino para predicar el evangelio, no solamente predicó el perdón sino también el arrepentimiento. El es Aquel que nos capacita para arrepentirnos. Aquellos que se arrepienten son los creyentes y los salvos. Si aquí se encuentra alguien que no ha sido salvo y que no sabe cómo recibir la gracia de Dios, debemos decir que Dios desea darle gracia. El desea darle arrepentimiento. El lo está guiando a la salvación por medio del arrepentimiento.

Finalmente, existe otro versículo que nos dice que la bondad y la benignidad nos están guiando al arrepentimiento. La última frase de Romanos 2:4 dice que “Su benignidad te guía al arrepentimiento”. Que Dios nos dé un espíritu de arrepentimiento. Que Dios sea propicio con nosotros y nos muestre el significado del arrepentimiento y nos haga saber si somos salvos mediante el arrepentimiento o mediante el Señor Jesús.

CAPITULO DOCE

LA MANERA DE SER SALVO: NO ES POR LA CONFESION NI POR LA ORACION

En las noches anteriores vimos que la manera en que una persona puede ser salva no es guardar la ley, las buenas obras, ni el arrepentimiento. Aquí, debo poner en claro un punto; esto es, solamente estamos discutiendo el camino de la salvación, no la condición para la salvación. Esto se debe al hecho de que simplemente no existen condiciones para que un hombre sea salvo. Dios ha cumplido todos los requisitos. La pregunta delante de nosotros esta noche es: ¿Cuál es la manera de ser salvos? No estamos tratando con el asunto de la condición, porque eso implica que uno tiene que obrar para su salvación.

LA MANERA DE SER SALVO NO ES POR LA CONFESION

Esta noche vamos a considerar la cuarta cosa que “no es”. Gracias a Dios que en los últimos años El se ha movido en muchos lugares para hacer que mucha gente se dé cuenta en su conciencia de lo que es el pecado, y así ve su necesidad de que el Señor Jesús sea su Salvador. Sin embargo, sin tener el entendimiento de la Biblia, a menudo ellos agregan sus propias palabras a las de las Escrituras. Al hacer eso, inventan diferentes maneras de ser salvos, tales como guardar la ley, las buenas obras, el arrepentimiento, y así sucesivamente. Hoy día, el método popular es la confesión de los pecados. Existen aquellos que defienden que uno es salvo por la confesión, que es necesario que un hombre no solamente se arrepienta, sino que confiese sus pecados. En una ocasión escuché decir a alguien que era muy utilizado por el Señor, que cuando Jesús murió, El pegó sobre la cruz pedazos de papel sobre los cuales estaban escritos nuestros pecados. Dijo que cuando recibamos al Señor Jesús como nuestro Salvador debemos confesar nuestros pecados ya sea delante de Dios o delante de los hombres. Una vez que se hace una confesión con respecto a cierto pecado, el registro de ese pecado sería quitado de la cruz. Cada confesión adicional removería otra hoja de papel. Con el tiempo, usted sería salvo cuando hubiera terminado de confesar todos sus pecados y todas las hojas de papel hubieran sido quitadas. Lo que este hombre predicó no era el evangelio de Dios ni el del Nuevo Testamento; él había traído un evangelio humano que asume que a menos que una persona haga confesión delante de los hombres y de Dios, sus pecados no serían quitados de la cruz. El fracasó completamente en darse cuenta de lo que el Señor Jesús logró.

Todavía me acuerdo del caso de un hermano un poco inculto de Kuling que estuvo en Shanghái hace unas semanas. El es un electricista que hace instalaciones eléctricas. Casi no sabía leer y escribir hasta hace unos pocos días. Hasta hace no mucho tiempo él podía identificar solamente unas cuantas letras. Era incapaz de reconocer la mayoría de las palabras en un versículo de la Biblia y necesitaba pedir ayuda siete u ocho veces para leer un sólo versículo. En una ocasión me dijo: “Fui a escuchar un sermón de una persona muy famosa. Este hombre dice que debemos confesar nuestros pecados en público y que así cada pecado que confesemos será clavado en la cruz. Si no confesamos nuestros pecados abiertamente para crucificarlos no podemos ser salvos. Dijo que debemos creer en la palabra de la cruz, y que si no clavamos nuestros pecados en la cruz mediante la confesión, no hay manera de que seamos salvos, porque eso significa que no confiamos en la cruz. Después de su sermón, el orador hizo preguntas al auditorio para ver si había cosas que no habían sido claras para ellos”.

“Sr. Nee”, continuó el hermano: “Soy inculto. Si me hubiera parado en la reunión para leer un versículo de las Escrituras, la gente probablemente hubiera tenido que corregirme siete u ocho veces. Sin embargo, cuánto más escuché al hombre hablar, más sentí que algo me trituraba. Sentí que el Espíritu Santo no me dejaría ir a menos que me parara. Pero realmente no supe qué decir. Finalmente, me levanté de mi silla! ¡El orador estaba allí en la plataforma y yo estaba parado en mi silla! Le pregunté: ‘Señor, de acuerdo a su discurso, ¿somos salvos por nuestra propia cruz o mediante la cruz de Cristo?’, y me senté. Sr. Nee, ¿puede decirme si hice la pregunta correcta?”

Le dije al hermano que ni un doctor en divinidad ni un obispo de parroquia tenía esa clase de claridad. Esta es la pregunta clave: ¿Somos salvos mediante nuestra propia cruz o la cruz de Cristo? ¿Me salva la cruz de Cristo o mi propia cruz? Sin duda ese sermón fue una palabra de la cruz, pero, ¿qué cruz era? Cuando Pablo dijo: “Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a Este crucificado” (1 Co. 2:2), él no aludió a Cristo y una cruz sino a Cristo y Su cruz. Queridos amigos, no somos salvos mediante nuestras propias obras, sino mediante la cruz de Cristo. Sin embargo, el hombre piensa que son iguales a la confesión de pecados y las obras e intenta ser salvo mediante tal confesión. Esta es la razón por la cual esta noche debemos considerar lo que la Biblia dice con respecto a la confesión. Debemos escudriñar las Escrituras completamente para encontrar la posición adecuada que debemos tomar en este asunto.

La confesión en la Biblia

Primeramente permítanme decir unas pocas palabras para que no piensen ustedes que no creo en la confesión o en la restitución. Los cristianos deben confesar sus pecados y hacer restitución. Admito que esas son verdades mencionadas en la Biblia, y como tales,

deben ser aplicadas. Sin embargo, debo agregar que la Biblia nunca considera que la confesión sea el camino de la salvación. Si pensamos que podemos ser salvos mediante la confesión, entonces la solución al problema de nuestros pecados todavía no ha sido resuelto. Estamos asumiendo que existe otro método de redención aparte de la cruz de Cristo. Incluso podemos suponer que podemos tratar con nuestros propios pecados delante de Dios y del hombre sin la cruz de Cristo.

1 Juan 1:9

Vayamos a un versículo que muchos aman mencionar, es decir, 1 Juan 1:9, que dice: “Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda injusticia”. Existen algunos quienes basados en este versículo establecen que la confesión es de hecho un requisito para la salvación. Sin embargo, debo llamar su atención a algunos puntos en este versículo. Primero, lo que aquí se menciona definitivamente no es una confesión pública. En 1 Juan 1:9 se trata con nuestro problema delante de Dios cuando dice: “Si confesamos nuestros pecados”. Esto es diferente de la práctica actual de la confesión abierta delante de los hombres. En 1 Juan 1:9 no se dice nada con respecto a la confesión abierta.

Segundo, el pronombre plural en este versículo no es el mismo pronombre utilizado en los libros de Romanos y Gálatas porque no tiene nada que ver con los judíos. La Epístola de 1 Juan también es diferente del Evangelio de Juan. El Evangelio de Juan nos muestra cómo un incrédulo puede obtener la vida, mientras que su epístola nos dice cómo uno que tiene vida prueba delante de los hombres que de verdad posee esa vida. Su Evangelio nos revela la manera de recibir la vida, mientras que su epístola nos dice cómo uno que posee tal vida demuestra lo que posee. Así que, en términos apropiados, el pronombre plural en este versículo no se refiere a los pecadores, sino a los creyentes. El Evangelio de Juan describe la manera en que un pecador es justificado por Dios, pero 1 Juan indica cómo un cristiano puede restaurar su comunión con Dios. Aquí, la Palabra no narra cómo el mundo puede creer en Jesús para tener vida eterna. Al contrario, indica cómo una persona que tiene vida eterna y es hijo de Dios, puede ser perdonada y limpiada de su injusticia cuando fracasa. Por lo tanto, este versículo se refiere solamente a los creyentes, aquellos que han sido salvos y justificados, quienes poseen vida eterna.

Recuerde que mientras que una persona incrédula es perdonada de sus pecados mediante la fe, una que es salva es perdonada mediante la confesión de sus pecados. Los pecadores son perdonados al creer en el Señor, y los cristianos son perdonados al confesar sus pecados delante de su Padre. En 1 Juan 1:9 no se trata con los pecados de un pecador sino con los pecados de un creyente, no con los pecados cometidos antes de

que alguien se salve, sino con aquellos cometidos después de que uno ha sido salvo. En consecuencia, este versículo no tiene nada que ver con nuestro tema presente.

Sin embargo, yo no diría que este versículo solamente puede ser aplicado a los cristianos. Más bien, admitiría que uno puede tomar prestado muchos versículos de las Escrituras y utilizarlos para que la gente se salve. Recientemente, una hermana me dijo que una señora fue salva por medio de leer la frase: “La semilla es la palabra de Dios” (Lc. 8:11). No sé cómo puede suceder esto. Cuando por primera vez prediqué el evangelio, estaba convencido de que el evangelio debía ser predicado con Escrituras claras acerca del evangelio para lograr que la gente se salvara. Sin embargo, he aprendido por mucha experiencia en los años recientes, y lo digo reverentemente, que muchos verdaderamente son salvos mediante versículos raros. No podemos imaginarnos cómo versículos tan raros, puedan salvar a las personas. No estoy insistiendo en que ningún pecador puede ser salvo mediante 1 Juan 1:9. Estoy diciendo que cuando Juan fue movido por el Espíritu Santo a escribir su epístola, en su mente él se estaba refiriendo, en este versículo, a los cristianos y no a los pecadores. El originalmente tuvo la intención de que fueran versículos para cristianos. Aunque alguien temporalmente pueda pedir prestada esta palabra y aplicarla a un pecador, él no debe seguir usándola. Hablando con propiedad, tal versículo se refiere a los cristianos y no implica que uno debe confesar sus pecados públicamente y hacer restitución a otros a fin de ser perdonado.

Mateo 3:5 y 6

Sin embargo, existen otros dos versículos que parecen ser aún más obvios que 1 Juan 1:9. Son Mateo 3:5 y 6, que dicen: “Y salía a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la región de alrededor del Jordán, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados”. Se nos dice que cuando la gente escuchó el testimonio de Juan y se dio cuenta de su propia pecaminosidad, fueron a Juan para ser bautizados por él y confesaban sus pecados mientras eran bautizados. De nuevo, deben notar unos pocos asuntos en estos versículos. Primero, ninguno de los dos versículos indican que las personas tomaron la confesión como su camino para la salvación. Ellos no intentaron obtener la salvación mediante la confesión. Se nos dice meramente que cuando ellos escucharon la predicación de arrepentimiento de Juan, fueron movidos por el Espíritu para ser bautizados y para confesar sus pecados. De hecho, ellos estaban viendo al mismo Señor quien iba a pasar por la muerte y la resurrección, y en quien ellos esperaron para su salvación. Aunque Juan bautizó, sus manos realmente estaban guiándolos al Señor Jesús quien estaba entre ellos. Fue él quien dijo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1:29). Los bautismos de la iglesia, y el bautismo de Juan el Bautista, se refieren al Cristo que murió y resucitó. Juan rápidamente admitió lo indigno

que era al declarar: “Es necesario que El crezca, pero que yo mengüe” (Jn. 3:30), y que la gente no debía creer en él sino en el que vendría. Aunque él preparó el camino, él no era el camino; el camino era el que vendría, a quien él señalaba.

Entonces, ¿cómo se hicieron las confesiones? Ya que Juan no les dijo que vinieran y confesaran sus pecados, los que lo escucharon deben haberlo hecho por sí mismos. Asumamos que uno de nosotros que es un obrero acaba de testificar para el Señor, y sin ninguna clase de argumento, carga, demanda o sugerencia, la audiencia ha sido profundamente iluminada por Dios en la conciencia con respecto a sus pecados. Ellos son compelidos a levantarse y admitir que han cometido ciertos pecados en particular. A esto seguramente diría: “Amén” y “Aleluya”. Yo ofrecería alabanzas y nunca me opondría a esta clase de confesión abierta delante de los hombres. Si Juan hubiera dicho que un hombre no puede ser salvo o perdonado a menos de que confiese sus pecados, y si Juan verdaderamente animó, promovió, ordenó, e indujo a las personas a confesar sus pecados, entonces sus acciones difícilmente igualarían el registro en Mateo 3:6. Según este versículo, su audiencia confesó sus pecados por sí mismos; no fueron animados por Juan.

No crea que yo no creo en la confesión de pecados. A menudo hemos animado a los hermanos y a las hermanas a que se confiesen con otros. Sin embargo, rechazo aceptar la confesión como el medio para ser salvo. Solamente existe un medio para la salvación prescrita en las Escrituras, y ese es la fe. El antiguo Juan el Bautista nunca exhortó a nadie para que confesara sus pecados. Ni tampoco ningún Juan el Bautista moderno debe exhortar a los hombres para que hagan lo mismo. Por supuesto, si una persona después de darse cuenta de sus propios pecados, se levanta por sí misma para confesarlos, debemos permitirle hacerlo.

Tal vez hayan oído del gran avivamiento de Welsh. Tuve la ocasión de estudiar en detalle los reportes acerca de ese avivamiento. Muchos han hecho estudios sobre él. Este, el más grande de todos los avivamientos, comenzó entre los años de 1904 y 1905. Un corresponsal de un bien conocido periódico británico realmente fue a Wales en 1909 para conducir una investigación del evento. Wales no es un lugar pequeño. Los pastores de una de las ciudades le dijeron al reportero que el número de almas que habían sido salvadas habían declinado a casi nada durante los dos años anteriores. Cuando el corresponsal inquirió si el avivamiento estaba en recesión, ellos respondieron: “Sí. No hay nadie alrededor de aquí que esté pidiendo ser salvo, debido a que todos ya han sido salvos!” Sabiendo que el avivamiento comenzó con Evan Roberts, entonces él preguntó con respecto a su localización. Ellos respondieron: “No tenemos idea”. Cuando les preguntó acerca de la hora de su reunión, dijeron: “No sabemos”. De igual manera, cuando les preguntó con respecto a su lugar de reunión, repitieron: “No sabemos”.

Parecía que ellos no sabían quién era el líder de la reunión de avivamiento que iban a tener, ni el tiempo y lugar de la reunión. Entonces el reportero les preguntó qué debería hacer él, a lo cual ellos respondieron: “Nosotros nos reunimos en cualquier lugar, a cualquier hora, aun a la medianoche o en las horas tempranas de la mañana. No sabemos dónde está Evan Roberts, pero puede aparecer en cualquier momento. Hay una reunión de avivamiento en casi cada hogar. Usted puede encontrar gente orando en diferentes casas y a diferentes horas durante la noche. Pero es difícil encontrar a Evan Roberts. Nadie sabe dónde va a estar él”. El reportero recalcó que él nunca había presenciado un avivamiento como ese en toda su vida. El estaba determinado a encontrar a Evan Roberts. Sin embargo, sus esfuerzos en las siguientes semanas fallaron y no hubo ningún resultado.

Un día, cuando alguien le dijo que Evan Roberts estaba en una capilla pequeña, el reportero se dirigió inmediatamente al lugar. El hizo notar que la reunión a la que asistió fue en extremo caos. Una madre estaba amamantando a su niño; unos pocos corrían hacia adentro y hacia afuera de la reunión como si fueran algún tipo de vendedores; otra madre consolaba a un niño que lloraba, mientras otra usaba una silla como cuna, meciendo a su niño para que se durmiera. El lugar era una confusión. Sin embargo parecía haber un elemento inexplicable y único en la atmósfera. “¿Dónde está Evan Roberts?”, preguntó el reportero. “El cuarto hombre de la tercer fila”, respondió alguien. “La Sra. Penn-Lewis también está allí. Ella está en esa fila”. Todos ellos estaban en silencio en sus asientos. De vez en cuando alguien se paraba para pedir un himno, u otro se levantaba a leer unos pocos versículos de las Escrituras. Cuando pasaron una o dos horas sin ninguna palabra de la gente, nadie se despidió. A veces alguien se levantaba para confesar sus pecados por sí solos sin ser amonestado por hacerlo.

Amigos, tal obra es la obra de Dios. Esto es diferente de los sermones dados desde la plataforma con historietas muertas y con la intención de convencer a la audiencia de que o deben confesar sus pecados o no serán salvos. No estoy prohibiendo la confesión. Hay ocasiones cuando uno debe confesar sus pecados. Hay ocasiones cuando uno debe aun declarar a la multitud qué clase de persona fue uno y cómo Dios ha obrado en él. Sin embargo, ninguna de esas cosas debe ser el resultado del estímulo del sermón del predicador desde la plataforma. Algunas veces hay más que un estímulo; es como si alguien lo estuviera ordenando. Lo que se encuentra en Mateo 3:6 de cierto es una confesión pública, sin embargo, ella es el resultado espontáneo de la obra del Espíritu Santo y no el mandato de Juan. No me estoy oponiendo a la confesión abierta; me opongo meramente a ésta clase de confesión. Además, no me estoy oponiendo a la obra del Espíritu Santo; yo deseo que haya más de tales obras. Si una persona es guiada por el Espíritu para confesar sus pecados, todos tenemos que decir: “Oh Dios, gracias, te alabamos, Tú has trabajado entre nosotros”. Sin embargo, debemos oponernos a

cualquier enseñanza que diga que la confesión debe ser hecha de cierta manera y a cierto grado antes de que se obtengan ciertos resultados. No podemos intercambiar la confesión por la salvación. No debemos tomar la confesión de pecados como nuestro camino de salvación.

Tenemos que notar que en la oración: “Y eran bautizados por El en el Jordán, confesando sus pecados”, el principal predicado de acuerdo al idioma original no es “confesando” sino “eran bautizados”. De esta manera, la gente era bautizada por Juan en el río Jordán, y mientras eran bautizados, también confesaban sus pecados. Podemos decir que “él habló, caminando”, puede significar que la persona estaba hablando y caminando al mismo tiempo. Tanto “hablar” como “caminar” son verbos; “hablar” es el predicado principal y “caminar” el verbo subordinado. Por lo tanto, el hombre estaba hablando, pero lo hacía mientras caminaba. Igualmente, en Mateo 3 ellos fueron bautizados en el río Jordán mientras confesaban, y eso significa que mientras eran bautizados, al mismo tiempo confesaban sus pecados. Este es el sentido original en griego. Así que, usted ve que aquí la confesión no es en lo absoluto un método, sino una acción que tomó lugar. Mientras las personas eran bautizadas, ellas estaban admitiendo que estaban equivocadas en esto y en aquello. Aquí, la escena es la obra del Espíritu Santo obrando entre ellos, más que una obra de regulación. Ellos eran bautizados y confesaban, así como nuestro ejemplo de alguien hablando y caminando al mismo tiempo. En cualquier caso, la confesión pública en este versículo, nunca ha sido considerada como el camino para ser salvo.

Hechos 19:18 y 19

Existen solamente tres lugares en el Nuevo Testamento que registran este asunto de la confesión de pecados. Ahora veremos la tercera ocasión que se encuentra en Hechos 19:18 y 19 y que dice: “Y muchos de los que habían creído venían, confesando y dando cuenta de sus prácticas. Asimismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos; y hecha la cuenta de su precio, hallaron que era cincuenta mil piezas de plata”. Aunque aquí solamente está la palabra “confesando”, sin mencionar “pecados”, se refiere a la misma cosa. En 1 Juan 1 dice “confesar nuestros pecados”, en Mateo 3 dice “confesaron sus pecados”, y aquí dice “confesando” y “dando cuenta de sus hechos”. Primero, confesar y divulgar sus hechos no fueron reconocidos como el camino para ser salvos. Segundo, los que confesaron y narraron sus hechos no eran pecadores sino creyentes, gente que es de Cristo. Esto puede compararse a algunos hermanos y hermanas parados en las reuniones para dar un testimonio reconociendo lo que han hecho en tiempos pasados. También puede ser comparado a algunos que testifican a la hora de ser bautizados de cosas que hicieron en el pasado. De ninguna manera somos salvos mediante esta clase de confesión. Algunos

han creído y han llegado a ser del Señor. Ahora ellos confiesan su historia pasada. Admiten que fueron malvados. Ya no temen decirle a los santos que han sido cambiados de barro fangoso a roca sólida. Cuando los efesios quemaron sus libros de magia, ellos estaban haciendo una demostración abierta de que aunque ellos habían practicado esas cosas, ahora pertenecían al Señor. Tercero, “Y muchos de los que habían creído venían”. No todos venían. No todas las personas salvas necesitan confesar en las reuniones. Esto es debido a que el Espíritu Santo se mueve fuertemente para impulsar a la gente para que se levante a hacer públicas sus prácticas para que puedan glorificar a Dios mostrando el grado de salvación que Dios ha logrado en ellos. Amigos, ustedes pueden descubrir mediante estas tres porciones de la Palabra que el camino de la salvación es la fe y no una confesión pública.

Estas son las tres porciones del Nuevo Testamento donde la confesión de pecados es tratada específicamente. Hay otro lugar en Santiago 5:16, donde se menciona la confesión de las ofensas de unos hacia otros, más que la confesión de pecados. Santiago nos dice que cuando un hermano o hermana está enfermo, los ancianos de la iglesia deben ser llamados para orar sobre la persona enferma y ungirlos. Si está involucrada alguna ofensa, debe haber una confesión y un perdón mutuos. Este es un asunto diferente de nuestro tema de hoy. Hemos visto todas las Escrituras en el Nuevo Testamento concernientes a la confesión de pecados. ¿Ve usted cuál es el camino para ser salvo? Es la fe y no la confesión de pecados.

CON RESPECTO A LA PRACTICA DE LA CONFESION

Permítame decir unas cuantas palabras con respecto a la práctica de la confesión de los pecados. Todos sabemos a quién hemos ofendido y defraudado antes de que fuéramos salvos. Después de ser salvos, nos sentimos tristes en nuestro corazón y quisimos confesar delante de esas mismas personas. Esto es algo que debemos hacer. Dios nos manda, aun nos compele a hacerlo. Esto es algo enseñado en las Escrituras. Habiendo visto la justicia de Dios y la gloria en Su presencia, ahora comprendemos que es injusto estar en deuda con otros. ¿Qué haremos? Rehusamos ser personas injustas. Incluso nos decimos a nosotros mismos: “Soy salvo. Seré un hombre justo. Trataré a fondo con todas las áreas en las cuales he sido injusto e incorrecto con otros para que me perdonen”. No hay problema con sus pecados que han sido perdonados delante de Dios, pero debe hacer una confesión a los hombres de sus ofensas para con ellos. Tal confesión y restitución no constituyen en lo absoluto la manera de ser salvo. Usted no necesita hacer confesiones y restituciones para que pueda ser salvo. Como una persona salva y justa, usted está meramente pidiendo perdón a la gente que ha ofendido.

El ladrón sobre la cruz debe haber robado a muchos y pecado en contra de muchos. Sin embargo, no tuvo la oportunidad de confesar y recompensar a nadie, debido a que en la cruz, difícilmente se podía mover. El no era capaz de devolver ninguna de las cosas que había robado a otros. Sin embargo, sin ninguna confesión o restitución, de todas maneras pudo ser salvo. El Señor Jesús le dijo: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lc. 23:43). Podemos considerar a este ladrón como la primera persona salva en el Nuevo Testamento. El fue el primero en ser salvo después de la muerte del Señor. Por lo tanto, el problema no es el de la confesión. El ladrón sobre la cruz, aunque fue privado de la oportunidad de hacer restitución, fue salvo. Si él hubiera vivido, debiera haber hecho restitución por causa de la justicia. El asunto de su salvación fue resuelto sobre la cruz en un instante. La confesión es algo que sigue a la salvación. El ya era salvo en la cruz; su salvación no se debió a ninguna clase de confesión o restitución. Si en alguna ocasión posterior él confesara sus pecados de nuevo, esto no lo salvaría más. Aquí se nos muestra claramente que la salvación viene por la fe, mientras que la confesión es una expresión espontánea de la vida cristiana. Debido a que ahora conocemos a nuestro Dios justo, deseamos limpiar el problema de nuestros pecados delante de los hombres. Nuestra salvación es totalmente un asunto entre nosotros y el Señor Jesús; eso es resuelto solamente mediante El.

Aquí existen tres cosas de las cuales debemos estar claros. Primero, confesamos nuestros pecados delante de Dios, juzgándonos a nosotros mismos, arrepintiéndonos, y reconociendo que somos pecadores. Todo esto es hecho delante de Dios. Esto hace que tengamos fe y recibamos al Señor Jesús como nuestro Salvador. Segundo, después que somos salvos, llegamos a estar conscientes de nuestras ofensas hacia otros y deseamos resolverlas. Deseamos restituir y confesar delante de aquellos a quienes hemos defraudado para que podamos vivir una vida justa sobre la tierra. Tercero, después de ser salvos, mientras el Espíritu Santo trabaja en nosotros, queremos decirle a otros qué clase de pecadores éramos y cuántos pecados cometimos. Podemos hacer esto durante nuestro bautismo, y podemos hacerlo después del bautismo.

No sé si usted está claro o no. Nunca considere la confesión de los pecados tan altamente. Debemos ponerla en el lugar que esté de acuerdo a las Escrituras. Ya que la Biblia nunca considera la confesión de pecados como la manera de ser salvo, tampoco nosotros debemos considerarla así. Gracias a Dios que es el Señor Jesús quien me salvó. No me salvé a mí mismo. Gracias a Dios que es la cruz de Cristo la que me salvó. No soy salvo mediante mi propia cruz; la cruz de Cristo hizo la obra salvadora.

LA MANERA DE SER SALVO NO ES POR LA ORACION

Ahora venimos a la quinta cosa que “no es”. Hay muchas personas que agregarían otra condición a la salvación. No agregarían guardar la ley, o tener una buena conducta, ni arrepentirse o confesar. Ellos dicen que una persona debe orar a fin de ser salvo. Ellos basan su afirmación en Romanos 10: “Porque todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo” (v. 13). Como resultado, algunos creen que deben suplicar a Dios para poder ser salvos. En varias ocasiones conocí personas que querían ser salvos. Decían: “Diariamente, le ruego a Dios que me salve, y todavía no sé cuando lo hará. He estado orando por tres meses sin recibir ninguna sensación interior. Y simplemente no sé si a Dios le parecerá apropiado salvarme”. También he conocido a otros que dijeron: “Estoy esperando que el Espíritu Santo venga y me haga arrodillarme para pedirle a Jesús que me salve. No soy salvo todavía. Debo esperar que el Espíritu me inspire a orar para poder ser salvo”. Por esta razón, necesitamos ver si el hombre necesita o no orar para poder ser salvo.

Primero, tal persona busca ser salva mediante la oración y el ruego debido a que es completamente ignorante del amor y la gracia de Dios. Piensa que Dios odia al hombre, y por lo tanto debe orar para que Dios cambie de pensamiento para que lo salve. Se entrega a la oración sin saber cuánto tiene que orar para que Dios lo escuche. ¿Recuerdan cómo Elías retó a los profetas de Baal en el monte Carmelo? El los retó diciéndoles que le pidieran a su dios que enviara fuego del cielo. Los profetas “clamaban a grandes voces, y se sajaban con cuchillos y con lancetas conforme a su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos” (1 R. 18:29). Ellos suponían que Baal los escucharía si ellos causaban más dolor sobre sus propios cuerpos. Hoy día, existen aquellos que también piensan que si traen angustia sobre ellos mismos y ruegan lo suficiente ante Dios, El tendrá compasión de ellos. Esta clase de personas nunca ha visto el evangelio. Debido a que nunca han visto a Dios en la luz del evangelio, creen que su súplica delante de Dios volverá el corazón de Dios hacia ellos. Realmente no hay necesidad de que Dios vuelva Su corazón. Hace mucho que su corazón se ha vuelto hacia nosotros. Nosotros somos los que necesitamos volver nuestro corazón porque lo rechazamos y nos hemos opuesto a El, y no creímos en El.

En 2 Corintios 5:19 se dice: “En Cristo Dios estaba reconciliando consigo al mundo”. Dios no trató mal al hombre; es el hombre quien trató mal a Dios. Nunca ha habido necesidad de que Dios se reconcilie con el hombre. Más bien, es el hombre quien tiene que reconciliarse con Dios porque es el hombre quien ha fallado totalmente. El problema no se encuentra en Dios, sino en el hombre. Todos los que desean entender el evangelio deben saber que Dios es amor y que El ama al mundo. El no tiene problemas con nosotros, y nosotros no necesitamos suplicarle.

Segundo, el hombre piensa que debe orar y suplicar para poder ser salvo porque él simplemente no se da cuenta de que el Señor Jesús ha venido; El murió y resucitó, todos los problemas del pecado están resueltos y todos los obstáculos para obtener la salvación han sido quitados. No solamente ha venido el Señor Jesús, sino también el Espíritu Santo. El vino para hacer manifiesto en el hombre lo que Dios y el Señor Jesús habían logrado. Muchos pecadores oran por su salvación como si ellos estuvieran pidiendo al Señor Jesús que muriera por ellos de nuevo. No se dan cuenta de que El ha terminado completamente la obra de la redención. Puesto que El ya terminó Su obra, no existe en lo absoluto una razón para que nosotros le supliquemos. Hoy es el tiempo de acciones de gracias y alabanzas; no es el tiempo para suplicar y hacer peticiones. Supongamos que sus padres le han comprado algo que usted les pidió. Quizás, con sinceridad, se inclinen delante de ellos agradeciéndoles. Ciertamente no se arrodillaría ni les pediría que te dieran el artículo diciendo: “Por favor, déme esto porque lo necesito”. No tiene sentido que continúe pidiendo después de que sus padres ya le han dado el artículo. Hoy día, Dios no está hablando con respecto a la severidad de sus pecados. Si así fuera, entonces podría haber una razón para que usted suplicara. Más bien, ahora Dios está diciendo que El gratuitamente le ha dado a Su Hijo. Sería extraño si alguien le da a usted algo y usted todavía sigue pidiendo en vez de darle las gracias. Si usted conoce el corazón de Dios, y si usted está claro con respecto a la obra del Señor Jesús, nunca intentaría ser salvo mediante la oración. La oración no tiene lugar en este asunto. Es mejor que se arrodille para agradecerle a Dios.

En una ocasión después de compartir el evangelio con un hombre, le pregunté que si creía. El contestó que sí. Cuando le dije: “Vamos a arrodillarnos”, él me preguntó que si íbamos a orar. Le dije: “No”. El me preguntó: “¿Entonces qué propósito tiene?” Le respondí: “Simplemente para informarle al Señor Jesús”. No hay necesidad de pedirle a Jesús que muera de nuevo, ni de pedirle a Dios que nos ame, o que nos sea propicio, o que nos perdone. El Señor ya llevó nuestros pecados en la cruz. Ahora, nuestra única necesidad es hacerle saber diciéndole: “He creído al Hijo de Dios y he recibido la cruz de Cristo. Oh Dios, gracias”. ¿No es esto fácil? Sí. Recibir la salvación es un asunto fácil. Por supuesto, no fue una cosa fácil que Dios llevara a cabo la salvación; le tomó a Dios cuatro mil años para lograrla. Después de que el hombre cayó, le tomó a Dios cuatro mil años hacer que el hombre se diera cuenta de sus pecados. Entonces El hizo que Su Hijo naciera de una mujer y que fuera colgado sobre la cruz para ser juzgado por el pecado. Al final, El también envió el Espíritu Santo. Solamente después de que Dios ha hecho tal obra y empleado tanto esfuerzo, nosotros podemos recibir la salvación de una manera tan fácil. El ha pagado el gran precio de lograrlo todo. Ahora si usted ha creído y recibido, todo lo que necesita hacer es decir: “Gracias”. Esta es la manera de ser salvo. Aquí no hay lugar para la oración.

Entonces, ¿por qué Romanos 10 toca el asunto de la oración? Romanos 10:5 al 7 dice: “Porque acerca de la justicia que procede de la ley Moisés escribe así: ‘El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas’. Pero la justicia que procede de la fe habla así: ‘No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo?’ (esto es, para traer abajo a Cristo); o, ‘¿quién descenderá al abismo?’ (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos)”. Aquí se mencionan dos clases de justicia. Una es la justicia que procede de la ley, y la otra, la justicia que procede de la fe. La justicia que procede de la ley resulta de la obra de uno delante de Dios, y la justicia que procede de la fe es lograda en nosotros por medio de nuestra fe en el Señor Jesucristo. La primera está íntimamente relacionada con nosotros, y la última, con Cristo.

Es absolutamente imposible que un hombre obtenga la justicia que procede de la ley, porque requiere que él no tenga pecado en sus pensamientos, intenciones, palabras y conducta cada año, cada hora, cada minuto y cada segundo de su vida desde que él nació. Si él quebranta uno de los puntos de la ley, él viola toda la ley. Para nosotros, esto es simplemente una propuesta sin esperanza. Debido a que no podemos tener la justicia que procede de la ley, necesitamos tener la justicia que procede de la fe. Esta justicia, como ya lo hemos mencionado, es la justicia mediante la cual Cristo fue juzgado. Debido a que Cristo ha sufrido el castigo, tenemos esta justicia por medio de la fe. Esta justicia no tiene ninguna relación con nosotros. La Escritura dice: “No digas en tu corazón, ¿Quién subirá al cielo? esto es, para traer abajo a Cristo; o ¿quién descenderá al abismo? esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos”. No hay necesidad de que hagamos esto. No hay necesidad de ascender a los cielos. Esto significa que no hay necesidad de pedirle a Cristo que venga a la tierra a morir por nosotros. Tampoco hay necesidad de descender al abismo. Esto implica que la resurrección de Cristo ahora es la base de nuestra justificación. Todo lo que queda para nosotros es creer.

El versículo 8 dice: “Mas ¿qué dice?” “Qué dice” se refiere a la palabra de Moisés. Pablo citó palabras de Moisés para mostrar que aun Moisés predicó la justificación por la fe. Esto es asombroso puesto que Moisés fue el promotor de la ley y sus requisitos. Pablo presentó a Moisés, diciendo que Moisés también habló con respecto a la justificación por la fe cuando dijo: “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que proclamamos”. Pablo afirmó que las palabras de Moisés se referían a la justificación por la fe. Para entender esta cita necesitamos regresarnos a Deuteronomio 29 y 30 en el Antiguo Testamento. Allí Moisés repasó toda la ley y los mandamientos de Dios a los israelitas, al decirles que si no obedecían aquellos mandamientos y no guardaban la ley, Dios los castigaría dispersándolos entre las naciones; y que si sus corazones se acercaban a Dios durante la dispersión, la palabra estaría cerca de ellos, incluso en sus bocas y en sus corazones. Moisés estaba diciendo que el juicio de Dios estaría presente siempre que un hombre quebrantara la ley y

cometiera transgresión. ¿Entonces, qué hará el hombre? Necesita recibir una justicia aparte de la ley, una que esté en su boca y en su corazón. La gracia fuera de la ley es un don para nosotros. Cuando Deuteronomio fue citado en Romanos 10, se agregó una palabra de explicación. “La palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón”. Es decir, “la palabra de fe que proclamamos”. Aquí no hay ningún pensamiento de obras. La justicia que procede de la ley ha sido completamente transgredida. Cuando el pueblo fue esparcido entre las naciones de la tierra como fue predicho en Deuteronomio 30, no pudieron decir que tenían alguna obra. El asunto de la obra se terminó. La única palabra que tuvieron fue la palabra que estaba en sus bocas y en sus corazones. Anteriormente fue un asunto de obras, y el resultado fue la dispersión. Ahora ya no hay obras. Por lo tanto está relacionado con la fe.

Pablo continuó al explicar el significado de las frases “en tu boca” y “en tu corazón” en el versículo 9 diciendo: “Si confiesas con tu boca a Jesús como Señor, y crees en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”. Queridos amigos, ¿dónde está su boca? Cada uno de nosotros ha traído su boca a este lugar. Ninguno la dejó en su casa. Donde esté nuestro cuerpo, allí está también nuestra boca. En el momento en que creímos en el Señor Jesús, espontáneamente lo confesamos con nuestra boca. Las primeras palabras que salieron de la boca de Pablo cuando el Señor lo enfrentó en el camino fueron: “Quién eres, Señor”. Antes, él no había creído en el Señor. Pero en este momento él creyó. Nuestra confesión de Jesús como Señor se hace espontáneamente desde nuestro corazón más bien que delante de las personas. Me maravilla pensar que una familia de campo, inculta, que nunca ha sido expuesta al evangelio anteriormente pueda decir: “Oh, Señor”, cuando escucha las buenas nuevas. Esto no puede ser una obra. Estas son expresiones espontáneas. El hecho de que uno crea en su corazón no tiene que ver con las obras. No hay necesidad de tomar ningún paso ni de gastar dinero. Uno solamente necesita decir: “Oh, Señor” allí donde él esté, y él será salvo. Lo puede decir en voz alta o en silencio. Mientras él crea que Dios ha bajado desde los cielos a Jesús y lo ha subido desde el Hades, todo estará bien. Esto comprobará que él es justificado y salvo. Nuestra confesión nunca puede tener el elemento del mérito. La confesión no es un camino que lleva a la salvación; es meramente una expresión de la salvación. Es algo muy espontáneo. Si invocamos al Señor con nuestra boca y creemos en El en nuestro corazón, seremos salvos. No hay ningún problema.

El versículo 10 sigue para explicar el versículo 9. ¿Por qué uno es salvo cuando confiesa con su boca que Jesús es Señor y cree en su corazón que Dios le levantó de entre los muertos? “Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación”. Siempre me pregunté cómo este asunto podía ser puesto en el corazón de las personas. Hoy conocí dos personas quienes consideraron esta palabra de salvación muy lejos de ellos. Para ellos, esta palabra está más lejos que las provincias de Yunnang y

Tíbet; está más lejos que un país extranjero. Esta es simplemente una palabra de los cielos. Parece que la palabra de salvación está tan lejana que los elude a ellos. Sin embargo, Dios dice que el camino de la salvación no está en los cielos ni debajo de la tierra. Está muy cerca, en tu boca e incluso en tu corazón. Si tuviéramos que ascender a los cielos o descender debajo de la tierra, nos preguntaríamos cómo alguien podría ser salvo. Hoy día, la palabra está en tu boca y en tu corazón. Mientras una persona abra su boca y crea en su corazón, será salva. Dios ha preparado esta salvación tan disponible y accesible que si una persona cree en su corazón y confiesa con su boca, será salvo. La justificación aquí, es más un asunto delante de Dios que delante de los hombres. Cuando los hombres ven que usted confiesa, ellos comprenderán que usted es salvo. Cuando Dios ve que usted cree, El lo justifica. El versículo 11 dice: “Todo aquel que en El creyere, no será avergonzado”. La fe por sí sola es suficiente.

Aunque la Palabra de Dios es abundantemente clara, existen todavía aquellos a quienes les gusta argumentar en contra de ella. Ellos insisten que confesar es la manera de ser salvo. Yo quiero preguntarles: “Si es así, ¿qué hará con Romanos 10:8?: “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón”. Aquí dice que la palabra de fe, no la palabra de confesión. Las Escrituras dicen: “cree”. No dicen: “confiesa”. El versículo 6 dice: “La justicia que procede de la fe habla así”. El versículo 6 menciona la justicia que procede de la fe, y el versículo 8, la palabra de fe. En el versículo 9 hay una confesión y en el versículo 10 hay otra. Ambas se dan con la boca. Sin embargo, el versículo 11 no dice: “Todo el que le confiese no será avergonzado”. Más bien, dice: “Todo aquel que en El crea no será avergonzado”. Debemos reconocer el énfasis aquí. Los versículos 6, 8 y 11 mencionan “creer”, y los versículos 9 y 10 mencionan “confesar”. El versículo 9 primero dice “confesar” y después “creer”; mientras que en el versículo 10 primero está “creer” y luego “confesar”. En esta porción “creer” se usa cinco veces y “confesar” dos. Al final el orden de “confesar” y “creer” se cambia. Todo esto significa que la salvación depende de la fe y no de la confesión. La confesión resulta de la fe. Lo que uno cree en su corazón, lo dice espontáneamente con su boca. Una persona dice espontáneamente “papi” cuando ve a su papá. Donde hay fe, la confesión sigue inmediatamente.

El final del versículo 12 nos muestra que aquí la confesión es la confesión de Jesús como Señor. Esta confesión proviene de la fe. ¿Cómo se puede comprobar esto? No podemos ver esto en los versículos 1 al 11. Pero el versículo 12 dice: “Porque no hay distinción entre judío y griego, pues el mismo Señor es Señor de todos, y es rico para con todos los que le invocan”. El versículo 13 dice: “Porque: Todo aquel que invoque el nombre del Señor, será salvo”. Invocar el nombre del Señor es equivalente a confesar al Señor Jesús en los versículos anteriores. Invocar el nombre del Señor es confesar a Jesús como Señor, decirle a El Señor y referirse a El como Señor. Tomando en cuenta el contexto de este pasaje, nos daremos cuenta que invocar es simplemente confesar.

El versículo 14 dice: “Cómo, pues, invocarán a Aquel en el cual no han creído?” Esta es una palabra maravillosa. Nos muestra que invocar procede de nuestra fe. Naturalmente, nadie puede invocar sin creer. Podemos ver que confesar con la boca resulta de la fe en el corazón. Debido a que un hombre cree en su corazón, invoca con su boca. El invoca debido a que cree ¿Ve usted el hecho? Todo resulta de la fe; la fe es el camino de la salvación. Aunque aquí se menciona la confesión con la boca, esta confesión se basa en la fe que está en el corazón. Es natural que aquellos que creen invoquen.

Creo que esta noche todos somos salvos que hemos recibido al Señor Jesús. Quiero preguntarles cómo lo recibieron. Le recibimos por la fe. ¿También oraron? La salvación se debe a la fe. La oración es la expresión de esta fe. Todos en el mundo son salvos por la fe. Sin embargo, esta fe es expresada en la oración. La fe está dentro, y la oración está afuera. Cuando usted cree en su corazón que Jesús es el Salvador, espontáneamente orará con su boca que Jesús es Señor. Todo el que cree en su corazón confesará con su boca. Pero nosotros debemos siempre recordar que confesar no representa la manera de ser salvo. Aunque la palabra dice: “todo el que invocare el nombre del Señor será salvo”, invocar no es la manera de ser salvo. Invocar proviene de la fe; esto es una acción espontánea, algo expresado delante de Dios espontáneamente.

Regresemos al versículo 12: “Porque no hay distinción entre judío y griego, pues el mismo Señor es Señor de todos”. Yo amo esta oración: “No hay distinción”. Romanos 3:22 y 23 dice: “La justicia de Dios por medio de la fe de Jesucristo, para todos los que creen. Porque todos han pecado”. Aquí dice: “Porque no hay distinción entre judío y griego, pues el mismo Señor es Señor de todos”. Cada uno debe invocar al Señor, confesar con su boca y creer en su corazón para que pueda ser salvo.

Que el Señor nos conceda Su gracia y nos muestre que la única manera de ser salvo en la Biblia es por la fe y nada más. La salvación no viene por fe más guardar la ley, las buenas obras, el arrepentimiento, la confesión, y la oración. Esta es la verdad bíblica. Debemos basarnos en la Biblia. La Biblia nos revela claramente que la manera de ser salvo es por la fe sola.

CAPITULO TRECE

EL CAMINO DE LA SALVACION: LA FE EN CONTRASTE CON AMAR A DIOS O SER BAUTIZADOS

Durante las últimas dos semanas, hemos visto que el hombre necesita ser salvo y que Dios preparó dicha salvación. Vimos los problemas que Dios encontró cuando preparó esta salvación para nosotros y la manera en que El solucionó todos los problemas del pecado. También vimos la manera de recibir la salvación. Debido a que el hombre entendió la Biblia de una manera incorrecta, le pusieron muchas condiciones a la salvación. Algunos quieren poner cierta condición, mientras que otros quieren poner otra. Vimos que el hombre no se salva por medio de la ley ni por las obras. No se salva por el arrepentimiento, la oración ni la confesión. El hombre no se salva por nada que tenga en sí mismo. Además de estos métodos humanos, existen dos errores muy comunes dentro de la iglesia. El primero es el concepto de que el hombre tiene que amar a Dios a fin de ser salvo. Si el hombre no ama a Dios, no puede ser salvo.

AMAR A DIOS NO ES EL CAMINO DE LA SALVACION

Admito que 1 Corintios 16 nos dice que el hombre tiene que amar a Dios. Si alguno no ama a Dios es anatema. Esto es un hecho. Sin embargo, la Biblia nos muestra claramente que el hombre es salvo por la fe y no por el amor. Algunos piensan que se puede demostrar en la Biblia que el hombre es salvo por medio de amar a Dios y que sin amar a Dios el hombre no puede ser salvo. Hay algunos pecadores que cuando se les predica la salvación por fe, dicen que no pueden ser salvos porque no aman a Dios de corazón. Piensan que si realmente aman a Dios y se acercan a El, Dios los salvará. Según ellos, el hombre es salvo por medio de amar a Dios. No se dan cuenta de que el hombre no es salvo porque ame a Dios, sino porque Dios ama al hombre. Dios es quien amó al mundo y dio a Su Hijo unigénito, para que todo aquél que en El cree no se pierda más tenga vida eterna (Jn. 3:16). De Dios se requiere amor. De nosotros se requiere fe. El requisito para el hombre no tiene que ser el mismo que el de Dios. El hombre no tiene que amar a Dios de la misma manera que Dios lo ama. El Evangelio de Juan no dice que el hombre debe amar tanto a Dios que tenga que dar su hijo a Dios, para que Dios confíe en él y no lo deje perecer sino que le dé vida eterna. Agradecemos a Dios porque fue El quien amó tanto al mundo que dio a Su Hijo unigénito. La Biblia no dice que nosotros amamos a Dios primero, sino que fue Dios quien lo hizo primero. La base de la salvación no es nuestro amor hacia Dios. La base de la salvación es el amor de Dios para con nosotros. Si basamos la salvación en nuestro amor por Dios y en nuestro sacrificio hacia

El, inmediatamente veremos que la salvación que tengamos no será segura. Nuestros corazones son como la arena del mar que va y viene con las olas. Si nuestra casa se edifica en la arena, nuestro destino seguirá el fluir de la corriente. Gracias al Señor. No es un asunto de nuestro amor hacia Dios, sino del amor de Dios hacia nosotros.

LA HISTORIA DEL BUEN SAMARITANO

Aunque Juan 3 y otros pasajes digan lo que hemos dicho, tal vez algunos pregunten: “¿Y qué dice usted de Lucas 10?” Ahora leamos lo que dice en Lucas 10. Lucas 10:25 comienza diciendo: “Y he aquí que un intérprete de la ley se levantó”. Este hombre tenía una profesión equivocada. “Cierta intérprete de la ley lo puso a prueba”. Su motivo era incorrecto. Su intención no era buena. “Le puso a prueba, diciendo: Maestro”. El tenía un entendimiento incorrecto. Su entendimiento con respecto al Señor estaba equivocado. El no sabía quién era el Señor. “¿Haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?” Su pregunta era incorrecta. Aquí vemos a un hombre que estaba errado en su profesión, en su motivo, en su intención, en su comprensión con respecto al Señor y hasta en la pregunta que hizo.

El preguntó: “¿Haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?” ¿Qué contestó el Señor? El le dijo: “¿Qué está escrito en la ley?” Tú eres un intérprete de la ley. Tú debes saber qué dice la ley. “¿Cómo lees?” Algo debe de decir la ley. Sin embargo, el hombre puede equivocarse al leerla. El Señor le hace una doble pregunta. ¿Qué está escrito en la ley? Y ¿cómo lees? Algunas veces la ley dice una cosa pero el hombre lee otra cosa. “Aquel, respondiendo, dijo”. El contestó lo que decía la ley, y cómo él lo entendía. “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”. Este intérprete de la ley estaba muy familiarizado con la ley. El sabía que la suma de la ley es amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y con toda la mente, y amar al prójimo como a uno mismo. El podía resumir toda la ley en una oración. Este era un hombre entendido. Es probable que todo aquel que tienta sea entendido. Solamente los entendidos tratan de tentar. ¿Qué significa tentar a otros? Los que quieren saber hacen preguntas y los que vienen a tentar también hacen preguntas. Los que quieren saber algo hacen preguntas porque no entienden. Los que quieren tentar a alguien hacen preguntas porque sí entienden. Algunos preguntan porque no entienden, y humildemente quieren saber. Algunos preguntan porque entienden; éstos quieren mostrar cuánto entienden. Esto es lo que significa tentar. Este hombre vino al Señor para preguntarle cómo podía ser salvo. El dijo que quería tener vida eterna y que quería la vida de Dios. ¿Qué debía hacer entonces? El Señor dijo: “¿Qué está escrito en la ley y cómo lees?”. El hombre pudo recitarlo de memoria. El sabía esto desde hacía mucho tiempo. Uno tiene que amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la

fuerza y con toda la mente y amar a su prójimo como a sí mismo. El sabía todo esto. Fue por eso que lo recitó inmediatamente. Cuando respondió de esta manera el Señor le dijo que lo pusiera en práctica y así tendría la vida eterna.

Aquí tenemos un problema. Por lo que el Señor dijo aquí cuando habló con el intérprete de la ley y por la circunstancia, aquellos que no están familiarizados con la verdad y con el significado de la palabra de Dios, tal vez digan: “¿No es evidentemente claro que para tener vida eterna uno debe amar a Dios y a su prójimo?” “Si un hombre no ama a Dios y a su prójimo, ¿no es verdad que no puede tener vida eterna?” Aunque el evangelio de Juan menciona ochenta y seis veces que la vida eterna se obtiene por medio de la fe, algunos tal vez digan que el evangelio de Lucas dice al menos una vez que la vida eterna se obtiene por medio de amar a Dios; si un hombre no ama a Dios y a su prójimo, no puede ser salvo.

Si ese es el caso, les preguntaría si alguno de nosotros ha amado a Dios de esta manera, es decir, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y con toda la mente. No, no hay nadie así. No existe nadie que ame a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente, y nadie puede decir que ama a su prójimo como a sí mismo. No existe tal persona. Puesto que nadie hace esto, entonces nadie podría tener vida eterna. Necesitamos entender por qué el Señor Jesús dijo que necesitamos amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra fuerza y con toda nuestra mente. Agradecemos al Señor que la Biblia es en realidad la revelación de Dios. No existe absolutamente ningún error en ella. Esta es la razón por la cual me encanta leer la Biblia. Si este pasaje de Lucas que comienza en 10:25 terminara en el versículo 28, las verdades de la Biblia serían contradictorias. Si tal fuera el caso, el hombre tendría que amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su fuerza y con toda su mente. Ninguna de estas cuatro cosas podría faltar. Y si no cumple alguna de ellas, no podría ser salvo. Gracias al Señor que después del versículo 28 hay más versículos. Continuemos leyendo.

Es muy bueno que este hombre fuera inquieto. “Pero él queriendo justificarse a sí mismo...” hizo esta pregunta. “El le dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo?” Jesús le dijo que tenía que amar al Señor su Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente y amar a su prójimo como a sí mismo. Habría sido extraño que él preguntara quién era Dios. ¿Podía un maestro preguntar quién era su Dios? También le habría sido difícil preguntar quién era él mismo ya que todos los hombres del mundo, con excepción de los filósofos, saben quiénes son. No teniendo nada que decir, preguntó quién es su prójimo. “Ahora dices que tengo que amar a mi prójimo como a mí mismo. Pero ¿quién es mi prójimo?” A partir del versículo 30 el Señor le dijo quién era su prójimo. El comenzó a contarle una historia.

Esta historia es de las más comunes y familiares de la iglesia. Sería muy bueno que la leyéramos juntos: “Tomando Jesús la palabra, dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales lo despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto. Coincidió que descendía un sacerdote por aquel camino, y viéndole, dio un rodeo y pasó de largo. Asimismo un levita, llegando a aquel lugar, y viéndole, dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a compasión; y acercándose vendó sus heridas, echándole aceite y vino; y poniéndolo en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él. ¿Quién, pues, de estos tres te parece que se hizo el prójimo del que cayó en manos de ladrones?”

Conocemos bien esta historia. Dedicaremos un poco de tiempo para analizarla. Este hombre iba de un lugar de paz a un lugar maldito. Jerusalén significa paz y Jericó significa maldición. El no iba de Jericó a Jerusalén, un viaje ascendente. Iba de Jerusalén a Jericó, un viaje descendente. El iba del lugar de paz al lugar de maldición. Este hombre estaba en una condición decadente. El se encontró con los ladrones en el camino. No fue un solo ladrón, sino una banda de ladrones quienes le quitaron todo lo que tenía, lo despojaron de sus vestidos y lo dejaron completamente desnudo. Lo golpearon hasta dejarlo medio muerto; fue herido en su ser. La Biblia nos muestra que las vestiduras del hombre son sus acciones y que el ser del hombre es su vida. Aquí las buenas acciones le fueron quitadas y no le quedó nada. La vida que queda solamente tiene un cuerpo que está vivo; el espíritu está muerto. Este es un hombre medio muerto. Todos los lectores de la Biblia saben que ésta es una descripción de nuestra persona. Desde el momento en que el hombre fue tentado por la serpiente en el huerto de Edén, y desde que comenzó a pecar, el hombre nunca ha tenido paz en su vida de vagabundo. El hombre continuamente es tentado por Satanás, y como resultado es despojado de sus obras externas. Además, internamente, su espíritu está muerto. El está vivo mientras está en su cuerpo; sin embargo, en su espíritu está muerto. El hombre no puede hacer nada con respecto a su condición. Solamente puede esperar que otros vengan y lo salven.

Descendió un sacerdote. Cuando vio a este hombre pasó de largo; asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndolo pasó de largo. Los sacerdotes y los levitas son los dos grupos principales de personas mencionadas en el Antiguo Testamento. En el Antiguo Testamento toda la ley está en manos de los sacerdotes y los levitas. Si quitamos los sacerdotes y los levitas no habría ley. Para un pecador medio muerto, cautivo de Satanás, que espera ir a la destrucción, sin virtudes externas, no hay nada que hacer, excepto esperar la muerte. ¿Qué le habrían dicho los sacerdotes? Podrían haber dicho: “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente y te levantarás y andarás”. El levita también pudo haber dicho: “Eso es

cierto. Sin embargo, también debes amar a tu prójimo como a ti mismo”. Estos son sus mensajes. Esto es lo que un sacerdote y un levita le dirían a un hombre moribundo. “Es verdad que estás medio muerto y que te han despojado de tus vestiduras brillantes. No obstante, si haces el bien puedes ser salvo”. Esto es lo que significa amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y con toda la mente. Esto es lo que significa amar a Dios. Si alguien no ha sido golpeado, y todavía tiene el corazón, el alma, las fuerzas y la mente para hacer algo, es posible que pueda amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente. Se le habría podido decir esto mientras todavía estaba en Jerusalén. Sin embargo, el problema hoy en día es que ya no está en Jerusalén; está tirado en el camino, moribundo. Estos mandamientos no le pueden ayudar. Por lo tanto, por favor recuerde que hoy en día no es asunto de dar nuestro “todo”, sino de recibir algo de ayuda. Aquí vemos a un hombre que está a punto de morir por enfermedad. Vive en pecado. No puede hacer nada con respecto a su condición. Si usted le dice a tal pecador que ame a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente, él le dirá que nunca ha amado a Dios en su vida. Si usted le dice que tiene que amar a su prójimo, él le dirá que ha estado robando a otros toda su vida. ¿Qué le diría usted a un hombre que está a punto de entrar en la eternidad? En ese momento, los sacerdotes y los levitas no pueden ayudarlo. Ellos solamente pueden pasar por el otro lado. Cuando ellos ven una persona así no pueden ayudarlo.

Lo que se dice acerca de amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra fuerza y con toda nuestra mente, y de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, no tiene como fin ayudarnos a heredar la vida eterna. El único propósito es mostrarnos la clase de personas que somos. Si usted nunca hubiera oído que debemos amar a Dios, usted no sabría cuán importante es hacerlo. Si usted nunca hubiera oído que debe amar a su prójimo, no sabría cuán importante es esto. Una vez que uno oye acerca de amar al prójimo, se da cuenta de que nunca ha amado al prójimo. En realidad las palabras mencionadas en la ley tales como amar a Dios, amar a nuestros semejantes, no codiciar ni matar, están allí solamente para exponer nuestra pecaminosidad. Estas palabras muestran nuestra condición. El fin de la ley, como dijo Santiago, es solamente servir de espejo. Le muestra a uno quién es. Uno no sabe cómo es su cara, sin embargo, si se mira en un espejo sabrá cómo es. Anteriormente usted no sabía que no amaba a Dios. Ahora lo sabe. No solamente no ama con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y con toda la mente, ni siquiera ama un poco a Dios. No solamente no ama a Dios, ni siquiera ama al prójimo. Usted ya ha sido asaltado por los ladrones. No obstante, usted todavía no sabe lo que le ha sucedido. Ahora, por medio de la ley lo sabe. Ustedes fueron golpeados por los asaltantes, dejados medio muertos y despojados de sus vestiduras y ustedes ni cuenta se dieron. Ahora lo saben.

Entonces, ¿qué hicieron los sacerdotes y los levitas? Ellos vinieron a decirle: “Amigo mío, ¿no te das cuenta que has sido golpeado por los ladrones? ¿De que has sido despojado de tus vestiduras? ¿De que estás medio muerto?”

Poco después pasó alguien más, fue el buen samaritano. “Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él”. A diferencia de los otros dos, éste iba de camino. El sacerdote pasó por coincidencia. El levita también pasó por coincidencia. Sin embargo el samaritano iba de camino. El vino a propósito para salvarlo. “Y cuando lo vio, tuvo compasión de él”. El tuvo amor y compasión. Traía aceite y vino. Por lo tanto, pudo sanar al que había sido herido por los ladrones. ¿Quién es este samaritano? Juan 4:9 nos dice que los judíos no tenían trato con los samaritanos. Todos los mencionados en esta historia son judíos. El que fue herido por los ladrones era judío; el sacerdote era judío; el levita era un judío. ¿Qué representan los judíos? ¿Qué representa el samaritano? Los judíos nos representan a nosotros los seres humanos. ¿Qué del samaritano? Los samaritanos no tienen trato con los judíos. Ellos no se mezclan con los judíos. Están separados de los judíos y por encima de ellos. Sabemos que esta persona es el Señor Jesús. Un día, cuando el Señor Jesús estuvo en la tierra, un grupo de judíos lo criticó y lo insultó con dos afirmaciones ofensivas, diciendo que era un samaritano y que tenía demonio (Jn. 8:48). Por favor note que en la respuesta de Jesús, él dijo que no tenía demonio. Los judíos dijeron que El era un samaritano y que tenía demonio. El Señor negó que tuviera demonio, sin embargo, no negó que fuera samaritano. Por lo tanto aquí, el samaritano se refiere al Señor Jesús. Juan nos muestra que en tipo, El es un samaritano.

Este samaritano vino intencionalmente al hombre que estaba medio muerto. Cuando lo vio, fue movido a misericordia y lo salvó usando dos cosas. Una fue el vino y la otra el aceite. El le echó el aceite y el vino en las heridas y se las vendó. Tenemos que ver que esto ocurre después del Gólgota y después de Pentecostés. No es en Belén. Si hubiera sido en Belén, habría sido el vino sobre el aceite. Pero desde Jerusalén y desde la casa de Cornelio, es el aceite sobre el vino. El vino representa la obra del Gólgota. El aceite representa la obra en el día de resurrección y el día de Pentecostés. El vino es simbolizado por la copa en la mesa del Señor. Cuando usted se enferma, los ancianos llevan a su casa aceite; de esto se habla aquí. En otras palabras, el vino es la obra de la redención, y el aceite es la obra de la comunión. El vino simboliza la sangre redentora del Señor, y el aceite representa la obra del Señor aplicada por el Espíritu Santo. Esto es muy significativo. Si solamente se derrama el aceite sin el vino, no habría ningún fundamento para nuestra salvación. Si no hubiera aceite, la salvación no tendría ningún efecto. Sin la cruz habría sido injusto que Dios perdonara nuestros pecados. Significaría que El estaba resolviendo el problema de nuestros pecados a la ligera. Significaría que El estaba encubriendo nuestros pecados. Pero sin el aceite, aunque Dios hubiera podido

llevar a cabo la redención en su Hijo y hubiera podido resolver el problema de nuestros pecados, esa obra no podría ser aplicada a nosotros; todavía estaríamos heridos.

Aquí vemos que hay aceite y hay vino. Además, el aceite se menciona primero. El Espíritu Santo es quien ha aplicado la obra del Señor sobre nosotros. Este es el proceso de la salvación. El aceite se mezcla con el vino. El Espíritu Santo no hace otra cosa que transmitir la obra del Señor sobre nosotros. ¡Qué maravilloso es esto! Muchas de nuestras hermanas son enfermeras. También tenemos aquí a dos hermanos que son médicos. ¿Sabe usted que la función del vino es completamente negativa? Se usa como desinfectante. Esto significa que la redención del Señor elimina los pecados del pasado. El aceite ayuda al vino. Aquí por un lado, se quita lo que estaba en el primer Adán. Por otro lado, se imparte la vida nueva del Espíritu Santo. Solamente por medio de esto el moribundo puede ser sanado. Más adelante hablaré acerca de este asunto si tengo la oportunidad.

¿Qué sucedió después de que el buen samaritano vendó las heridas del hombre herido? Lo puso en su cabalgadura. La cabalgadura denota un viaje. Con una cabalgadura uno puede viajar sin hacer mucho esfuerzo. Cuando tengo cabalgadura, no necesito viajar por mi propio esfuerzo; la cabalgadura me lleva. ¿A dónde fue la cabalgadura? Fue al mesón. Este mesón es la casa de Dios. Cuando este hombre es llevado a Dios, Dios lo cuida.

¿Cuál es el significado de los dos denarios? En la Biblia todos los metales tienen su significado. En la Biblia el oro representa la naturaleza, la vida, la gloria y la justicia de Dios; el bronce representa el juicio de Dios. Todos los muebles que se relacionan con el juicio tenían bronce. El altar, el lavacro y la serpiente eran de bronce. Los pies del Señor son como bronce bruñido, y su función es hollar. El hierro representa el poder político. Y a lo largo de la Biblia, la plata significa redención. Cada vez que se menciona la redención, se menciona la plata. En el Antiguo Testamento el dinero pagado para la redención era plata. Aquí dos denarios significan el precio de la redención. Los dos denarios fueron dados al mesonero. Esto es nuestra salvación. Debido a esto, Dios ha aceptado a todos aquellos que confían en El. En lo espiritual, el mesón representa la casa celestial de Dios. En lo físico, representa la iglesia. “Y todo lo que gastes de más, Yo te lo pagaré cuando regrese”. Después de ser salvos, estamos en la iglesia esperando el regreso del Señor. Estos puntos no son mi tema, pero los menciono de paso.

El intérprete de la ley le preguntó al Señor: “¿Quién es mi prójimo?” El Señor le contó esta historia. El contestó al intérprete de la ley con una pregunta: “¿Quién, pues, de estos tres te parece que se hizo el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?” Si

uno pone cuidado a esta palabra, se dará cuenta que el Señor le estaba diciendo al intérprete que él era aquél que había caído en manos de los ladrones.

Hoy en día muchos aplican este pasaje incorrectamente. Ellos piensan que el Señor Jesús quiere que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Ya sea en escuelas bíblicas, escuelas dominicales o predicaciones dominicales, se les enseña a las personas que uno tiene que ser un buen samaritano. Usted debe amar a su prójimo y tener misericordia de él. Para ellos, ¿quién es el prójimo? Es aquel que fue herido por los ladrones. Y, ¿quiénes somos nosotros? Somos el buen samaritano. Sin embargo, esto es exactamente lo contrario de lo que el Señor Jesús estaba diciendo. Lo que el Señor quiso decir es que nosotros somos los que fuimos heridos por los ladrones. Entonces, ¿quién es nuestro prójimo? Nuestro prójimo es el buen samaritano. Nosotros pensamos que nosotros somos el buen samaritano. Podemos movernos. Podemos caminar. Cuando vemos a aquellos atados por el pecado, somos capaces de ayudarlos. No obstante, el Señor Jesús dijo que nosotros no somos el buen samaritano, sino que necesitamos al buen samaritano. Somos el hombre que fue herido por los ladrones en el camino. Somos los que estamos a punto de morir. No tenemos buenas obras. ¿Quién es nuestro prójimo? El es nuestro buen samaritano. ¿Qué es amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos? No dice que tenemos que amar a los demás como a nosotros mismos. Esto significa que tenemos que amar al Salvador como a nosotros mismos. No significa que debemos amar primero a otros antes de heredar la vida eterna. Más bien, significa que si amamos al Salvador, el Samaritano, indudablemente tendremos vida eterna.

El problema hoy en día es que el hombre continuamente piensa en las obras. Cuando se lee Lucas 10, se piensa: “Alguien está herido. Alguien está a punto de morir. Si yo lo cuido y lo amo, seré un buen samaritano y heredaré la vida eterna”. Pensamos que cuando ayudemos a otros heredaremos la vida eterna. Sin embargo, el Señor Jesús dijo: “Si usted permite que alguien le ayude, heredará la vida eterna”. Ninguno de nosotros está calificado para ser el buen samaritano. Este samaritano, que anteriormente no se llevaba bien con nosotros, ha venido ahora. El ha muerto y ha resuelto el problema de nuestros pecados. Ahora El está resucitado y nos ha dado una nueva vida. El ha vendado nuestras heridas. Nos ha dado redención. El nos está ayudando y está llevándonos a los cielos a fin de que Dios nos acepte y nos cuide.

Finalmente tenemos el versículo 37: “El dijo: El que usó de misericordia con él”. Esta vez el intérprete de la ley contestó correctamente. El contestó que es aquel que le mostró misericordia. La persona que tuvo misericordia de mí, es mi prójimo. Mi prójimo es el samaritano que se detuvo para vendar mis heridas y ponerme aceite y vino, quien me puso en la cabalgadura y me llevó al mesón. Amigos, el asunto no es ser el prójimo de

alguien más. Por el contrario, aquel que tuvo misericordia de usted llega a ser su prójimo.

El Señor Jesús le dijo: “Ve y haz tú lo mismo”. Esta expresión confunde a mucha gente. Ellos piensan que el Señor estaba diciéndonos que ayudemos a otros. Sin embargo, lo que esto significa es que su prójimo es el buen samaritano. Por lo tanto, usted debe aceptarlo como su Salvador. Puesto que su prójimo es el buen samaritano, usted debe de ser la persona herida por los ladrones. Esto nos muestra que mientras estábamos postrados allí, El vino y nos salvó. Nunca digamos que podemos hacer algo nosotros mismos. Nunca digamos que tenemos la manera de lograr algo. El nos muestra que tenemos que permitirle hacerlo todo. Tenemos que permitirle que vierta el aceite y el vino sobre nuestras heridas. Tenemos que permitirle que nos ponga en la cabalgadura y que nos lleve al mesón. Tenemos que permitirle que haga El la obra de cuidarnos. Tenemos que ser como el herido. No tenemos que ser como el samaritano. El error más grande del hombre es pensar que debe hacer algo. El hombre siempre quiere ser su propio salvador. Siempre quiere salvar a otros. Sin embargo, Dios no nos ha puesto para que seamos salvadores. Dios dice que nosotros somos los que necesitamos ser salvos.

Por lo tanto, lo dicho por el Señor contestó a cabalidad la pregunta del intérprete de la ley. Esto no significa que no tenemos que amar a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas y con toda la mente. La pregunta es, si uno puede o no hacerlo. No, no podemos hacerlo. Tenemos una vida herida. En realidad nuestra verdadera condición es que estamos muertos. Nuestro cuerpo está vivo, pero nuestro espíritu está muerto. Necesitamos la salvación. No podemos ayudar a Dios. Tampoco podemos ayudar al hombre. Si pensamos que podemos hacer algo, no tendremos la experiencia del perdón de pecados. La obra de la cruz y la obra del Espíritu Santo no nos serán aplicadas.

Por lo tanto, recuerde que Lucas 10:25-37 no nos dice que el hombre es salvo por amar a Dios. Al contrario, dice que el samaritano primero fue movido a misericordia. Antes de que podamos amar, El es quien ama primero, y luego nosotros podemos amar. Antes de que El nos haya amado, nosotros no podemos amar. Es cierto que si un hombre no ama a Dios es anatema. Podemos decir que en Lucas 7 el Señor Jesús le dijo a Simón que aquel a quien se le ha perdonado más, ama más, y al que poco se le ha perdonado, ama poco. El amor viene después del perdón. No es un asunto de que el que ame más reciba más perdón y de que el que ame poco reciba menos perdón. Cuanto más perdón recibe una persona, más ama. Un cristiano ama al Señor porque El lo ha salvado. Si usted ni siquiera puede amar al Samaritano, entonces no sé qué decir de usted. En la tierra no existe tal persona. No hay nadie en la tierra que no ame al Señor en absoluto, todas las personas lo aman al menos un poquito. El Señor dijo que al que poco se le perdona, ama

poco. No dice que no existe amor. Todas las personas lo aman en mayor o menor grado. Sin embargo, el amor no es una condición para ser salvos. Si uno es salvo por amar al Señor, entonces esto no es muy confiable. En dos o tres días puedo cambiar muchas veces. Soy una persona que ha sido herida por los ladrones, estoy postrado allí. No puedo hacer absolutamente nada. Estoy llegando a mi fin. No amo a Dios con todo mi corazón y no amo a mi prójimo. Sin embargo, ahora, le permito que me salve. Después de que me salva, puedo amarlo. Lo amamos debido a que El nos amó primero. El amor de Dios en nosotros es lo que ha producido nuestro amor por El. Es completamente imposible que por nosotros mismos produzcamos amor a Dios.

LA SALVACION NO SE OBTIENE POR EL BAUTISMO

Ahora tenemos que considerar otra pregunta. Algunas personas dicen que uno no puede ser salvo sin ser bautizado. Tal vez alguno de nosotros diría esto. No obstante, algunos que han sido afectados por el veneno de la tradición católica romana, tal vez tengan esta clase de pensamiento. Recientemente, algunos colaboradores y yo nos reunimos con algunos misioneros del Oriente, en Cantón. Todos ellos pusieron mucha atención a este asunto del bautismo. Hay un misionero en Hong Kong que es muy dogmático en este asunto. Indudablemente ellos tienen sus bases bíblicas, las cuales son Marcos 16:16: “El que creyere y fuere bautizado será salvo, más el que no creyere será condenado”. Algunos argumentarían que esto significa que si un hombre ha creído pero no ha sido bautizado todavía no es salvo, porque este versículo claramente dice que el que creyere y fuere bautizado será salvo.

Me gustaría hacer una pregunta. ¿Qué significa aquí la salvación? Dice: “El que creyere y fuere bautizado será salvo”. Después dice: “El que no creyere será condenado”. Podemos ver, pues, que aquí la salvación no se refiere meramente a ser librado de la condenación. Debemos ser cuidadosos en este asunto. El Señor dice: “El que creyere y fuere bautizado será salvo”. La oración correspondiente debe ser que el que no creyere no será salvo. Sin embargo, es muy extraño que diga que el que no cree es condenado. Por lo tanto, la salvación mencionada en la primera cláusula, no debe referirse a no ser condenado en la segunda cláusula. Tenemos que ver que aquí la salvación no solamente se refiere a la salvación del hombre delante de Dios, sino que también se refiere a la salvación del hombre delante de los demás hombres. Delante de Dios es asunto de ser condenado o no. Delante del hombre es cuestión de ser salvo o no. Delante de Dios todos aquellos que creen en el Señor Jesús son libres de la condenación. El que no cree ya ha sido condenado. Esto es lo dicho en Juan 3:18. Sin embargo, uno no puede decir que el que creyere y fuere bautizado no será condenado. Eso se debe a que la condenación tiene que ver con Dios. Aquí la salvación no está relacionada con Dios. La salvación tiene que ver con el hombre. Es por eso que surge el asunto del bautismo. Ser condenado o no se

relaciona con Dios. Es por eso que sólo hay diferencia entre creer y no creer. Ser salvo o no es un asunto que no tiene que ver con Dios; es algo que tiene que ser visto por el hombre. Por esta razón existe la diferencia entre ser bautizado y no ser bautizado.

Cuando leamos la Biblia, debemos tener cuidado de ver estas distinciones. Tomemos de nuevo como ejemplo Juan 3. En el versículo 5 el Señor dijo: “A menos que alguien nazca de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios”. Luego, en los versículos 6 y 8 cuando se menciona este asunto de nuevo, se menciona solamente el asunto de nacer del Espíritu, sin mencionar el asunto de nacer del agua. Esto se debe a que hay dos lados en cuanto al reino de Dios. Un lado es espiritual y el otro es terrenal. En términos espirituales si un hombre no nace de nuevo, no puede entrar en el reino de Dios. Este es el hecho. Sin embargo, todavía queda el lado humano. Desde el punto de vista humano, no solamente existe la necesidad de nacer del Espíritu, sino también de nacer del agua. ¿A qué se asemeja el Espíritu? Dice que el viento sopla a donde quiere. También podemos decir que el Espíritu sopla de donde quiere. En el idioma original, viento y espíritu son la misma palabra. Ambos son *pneuma*. El Espíritu sopla de donde quiere. Uno no sabe de dónde viene ni a dónde va. El hombre no puede controlar el viento de los cielos. Cuando viene, simplemente viene. Cuando se va, simplemente se va. Muchas veces solamente oímos el sonido del viento, y sabemos que está ahí o que se ha ido. No podemos controlar el viento del cielo, pero sí podemos controlar el agua de la tierra. No tengo manera de controlar el viento sobre mi casa. No obstante, puedo decidir meterme al agua o no. El viento sopla de donde quiere, sin embargo, el agua va a donde yo quiero que vaya. No puedo ordenarle al Espíritu que está en los cielos que me introduzca en el cielo. No obstante, puedo decidir introducirme al agua. Puedo tener parte en el reino de Dios en la tierra. Cuando soy bautizado ya nadie puede decir que no pertenezco al Señor. Esta es la razón por la cual el Señor dijo en Marcos 16 que el que creyere y fuere bautizado será salvo.

¿Cuál es la diferencia entre ser salvo y no ser condenado? Por favor recuerde que la condenación es un asunto que se relaciona estrictamente con Dios; no obstante, la salvación es relativa, está relacionada con Dios y con el hombre. Si soy condenado o no, es un asunto delante de Dios. Sin embargo, si soy salvo o no es un asunto que tiene que ver con Dios y también con el hombre. La salvación tiene que ver con Dios y con el hombre; la condenación es un asunto directo con respecto a Dios. Una vez que un hombre crea, no será condenado por Dios. El que no cree ya ha sido condenado. Los que están en Cristo no son condenados. Sin embargo, los que no creen ya han sido condenados. Este es el asunto delante de Dios todo el tiempo. Pero gracias al Señor que la salvación tiene que ver con Dios y con el hombre. Por un lado tenemos que creer, a fin de ser salvos delante de Dios, por el otro, tenemos que ser bautizados, a fin de ser salvos delante del hombre.

Si hoy en día existe un hombre que vive como cristiano secretamente, ¿debemos reconocerlo como cristiano? El ha creído y ya no es condenado por Dios. Sin embargo, uno no puede decir que delante del hombre es salvo. Delante de Dios tenemos que ser librados de la condenación. No obstante, delante del hombre tenemos que ser salvos. Si existe una persona que genuinamente ha creído en el Hijo de Dios y genuinamente ha creído en la obra de la cruz del Señor, pero nunca ha confesado con su boca ni ha sido bautizado, otros no sabrán que él es salvo. Por lo tanto, para ser salvos delante de Dios y salir de la condenación delante de Dios, solamente hay una condición, la cual es creer. Sin embargo, para ser salvos delante del hombre, hay otra condición, la cual es ser bautizado. No digo con esto que el bautismo no sea necesario. Indiscutiblemente necesitamos ser bautizados. El bautismo tiene que ver con nuestra salvación. No obstante, esta salvación no es lo que algunas personas piensan. Esto no es en absoluto un asunto de no estar bajo condenación. No dice aquí que si usted no es bautizado, será condenado, sino que si usted no cree, será condenado. Delante de Dios no existe el asunto del bautismo; solamente existe el asunto de la fe. Mientras haya fe, todo está resuelto. El bautismo no tiene que ver con Dios. El bautismo está relacionado con el hombre. Es un testimonio ante los hombres, que da testimonio de la posición que uno toma. ¿Está usted en Cristo? Este hecho es atestiguado por el bautismo.

Gracias a Dios que el ladrón que estaba junto a la cruz del Señor fue al Paraíso. En ese entonces Pedro todavía no estaba allí. Tampoco estaban Juan ni Pablo. Inmediatamente después de que el Señor fue al Paraíso, el ladrón fue con El. Sin embargo, él no fue bautizado. Delante de Dios cualquiera que invoque Su nombre será salvo. ¿Por qué una persona invoca Su nombre? Porque ha creído. Sin embargo, si en la tierra las personas dicen que tal persona es salva o no, es otro asunto. En las siguientes reuniones les voy a aclarar la situación. Tal parece que en la Biblia la justificación, el perdón de pecados y ser librado de la condenación son asuntos relacionados con Dios. Sin embargo, la salvación se relaciona con Dios y con el hombre. Si usted no entiende de manera clara estos asuntos, creará muchos problemas. En la Biblia, en muchos pasajes se refiere a lo que ocurre delante del hombre, y en otros se refiere a lo que ocurre delante de Dios. Si confundimos los dos, caeremos en el error.

He dicho que el bautismo se refiere a la salida del hombre de Adán y a su entrada en Cristo. Por un lado está Adán, y por el otro está Cristo. Tenemos que salir de Adán y entrar en Cristo. ¿Cómo salimos? Eramos parte de Adán. Ahora ¿cómo podemos salir de Adán y entrar en Cristo? Déjenme hacerles una pregunta: ¿Cómo entramos en Adán? Si les pregunto cómo podemos salir de Adán, algunos dirán que no saben. Es por eso que les pregunto cómo entramos en Adán. La manera en que entramos es la manera en que salimos. ¿Cómo entramos en Adán? El Señor Jesús dijo en Juan 3:6 que lo que es nacido de la carne, carne es. ¿Cómo llegué a ser parte de Adán? Nací en él. Ahora que usted ya

sabe cómo entró, sabrá cómo salir. Si usted entró en él por el nacimiento, tiene que salir de él por medio de la muerte. Esto es muy obvio. No obstante, ¿cómo morimos? Dios nos crucificó cuando el Señor Jesús fue crucificado. Por lo tanto, hemos muerto en Cristo con respecto a Adán. Entonces, ¿cómo entramos en Cristo? Después, el Señor dice que lo que es nacido del Espíritu, Espíritu es. También soy introducido en Cristo mediante el nacimiento. Pedro dijo que somos regenerados por medio de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos (1 P. 1:3). Por lo tanto, Su resurrección es la que nos ha regenerado. Aquí vemos dos cosas: por medio de la muerte del Señor, somos librados de la familia de Adán; mediante la resurrección, entramos en el segundo hombre. Todo esto ha sido logrado por el Señor Jesús. El murió en la cruz. Como resultado también nosotros hemos muerto. El resucitó. Como resultado, también nosotros hemos entrado en la nueva creación.

Aquí la muerte es espiritual, y la resurrección también es espiritual. No obstante, nuestro bautismo es físico. Entonces, ¿qué es el bautismo? El bautismo es nuestra acción externa. El Señor Jesús nos ha hablado de Su obra por medio de Sus siervos, Sus apóstoles. Cuando El murió en la cruz, nosotros también fuimos incluidos en Su muerte. ¿Qué debemos hacer después de haber oído esto. De acuerdo con la historia esto sucedió hace dos mil años. Ya fuimos crucificados hace dos mil años en la cruz de nuestro Señor Jesús. Ahora Su palabra se nos ha predicado. Nos dice que hemos muerto. Entonces ¿qué debemos hacer ahora? En una ocasión le hice esta pregunta a una mujer de pueblo. Ella respondió: “Si el Señor Jesús me ha crucificado, entonces necesito comprar un ataúd”. ¡Esto es absolutamente correcto! El Señor Jesús me ha crucificado, debo apresurarme a ser sepultado. El bautismo es el requisito para ser sepultado en el agua debido a que he sido crucificado por el Señor. El bautismo es una respuesta a nuestra crucifixión por parte de Dios. Dios le ha predicado a usted el evangelio y le ha dicho que usted está muerto. La respuesta de usted es, puesto que ya ha sido crucificado, hallar a alguien que lo sepulse. Por lo tanto, el bautismo significa que ya estamos muertos en Adán. Otros me llevan a ser sepultado. Ahora estamos en el terreno de la resurrección. Así que, la muerte es nuestra salida de Adán y la resurrección es nuestra entrada a Cristo. El bautismo es nuestra sepultura. La muerte es la terminación de Adán, y la resurrección es el nuevo comienzo en Cristo. El bautismo es el puente entre estos dos lados. Por medio del bautismo pasamos de la muerte a la resurrección.

Hermanos, el Señor Jesús ha llevado todo a cabo. No existe ninguna condición que se nos exija para ser salvos. Todo lo que tenemos que hacer es simplemente creer. Creer es recibir. Lo que necesito es simplemente recibir, ya que el Señor Jesús lo ha hecho todo. Ya no tengo que hacer nada. El bautismo es por fe; es una manifestación. Permítanme preguntarles: Si no hay un guión ¿cómo podemos actuar? ¿Tenemos el argumento primero y luego una actuación? ¿O tenemos primero una actuación y luego el guión?

Todos los elementos de actuación están presentes debido a que ya hay un argumento. Debido a que delante de Dios ya existe el hecho espiritual, nosotros podemos actuar mediante el bautismo.

Que el Señor nos dé gracia y nos muestre que nada puede llegar a ser un requisito necesario para la salvación. El bautismo no tiene absolutamente nada que ver con la salvación o con nuestra condenación delante de Dios. Delante de Dios escapamos de la condenación por medio de la fe. Nuestra actuación al momento del bautismo solamente se relaciona con nuestra salvación delante del hombre. Que el Señor nos dé Su gracia y nos dé claridad con respecto a nuestra salvación.

CAPITULO CATORCE

EL CAMINO DE LA SALVACION: LA FE

LA OBRA SALVADORA DE DIOS LLEGA A TODOS MEDIANTE LA FE

En las últimas reuniones, hemos visto las cosas que el hombre considera los caminos de salvación. Si no torcemos la palabra de Dios, sino que confiamos en ella, veremos que ninguna de estas cosas son una condición para la salvación. Como ya hemos mencionado, según la Biblia solamente existe una condición para la salvación, a saber, la fe. Las palabras fe y creer, se mencionan en la Biblia más de quinientas veces. De entre estos muchos versículos, más de cien nos dicen que la salvación se obtiene por creer, que la justificación se recibe por creer y que recibimos vida por creer. En más de treinta lugares se nos dice que por medio de la fe recibimos esto o aquello de parte de Dios. Estos lugares nos muestran que el hombre recibe el favor de Dios mediante la fe y nada más.

¿Por qué pone la Biblia tanto énfasis en la fe? En esta ocasión veremos por qué la fe tiene que ser el camino de la salvación. Sin embargo, primero debemos hacer una pregunta: ¿Es la salvación obra del hombre u obra de Dios? ¿Es el plan del hombre o es el plan de Dios? ¿Se origina en el hombre o en Dios? Los que no conocen a Dios, no conocen la salvación. Solamente aquellos que conocen a Dios conocen la salvación que Dios da. Los que conocen a Dios tienen que admitir que es Dios quien ha iniciado la salvación. Es Dios quien la ha planeado y es Dios quien ha llevado a cabo este plan. Como mencionamos antes, todo es llevado a cabo por Dios. Por nuestra parte no tenemos que hacer nada más que creer.

¿Por qué tenemos que creer? Porque la redención es llevada a cabo por Cristo. Dios quiere hacer que el método de la salvación sea tan simple que todos puedan obtenerla. Por eso El solamente requiere la fe. Si la salvación procede de Dios, ésta debe ser universal. Si la salvación fuera solamente para cierto grupo de personas, Dios estaría parcializado. Si el camino de la salvación de Dios requiriera algo de nosotros, ese algo llegaría a ser un obstáculo para nuestra salvación. Si existiera el simple requisito de que el hombre tuviera que esperar cinco minutos antes de poder ser salvo, eso disminuiría grandemente el número de personas salvas en el mundo. Muchas personas ni siquiera tienen la oportunidad de esperar cinco minutos. Dios ni siquiera requeriría justicia perfecta. Si El requiriera justicia en una sola cosa, quizás usted lo podría lograr; sin

embargo, centenares de millares de personas en la tierra tal vez no podrían hacerlo. Si ese fuera el caso, la salvación no sería tan simple.

En Estados Unidos hubo un predicador famoso a quien llamaban el doctor Jowett. El tenía un colaborador llamado Barry. El señor Barry era pastor de una iglesia; sin embargo, todavía no había sido salvo. Una noche alguien tocó el timbre de su iglesia. Después de esperar un buen rato, el señor Barry de mala gana se puso su bata y fue a ver quién era. En la puerta estaba una muchacha joven y mal vestida. Cuando él le preguntó sin rodeos qué quería, la muchacha inquirió: “¿Es usted el pastor?” Cuando él contestó que sí era, la muchacha dijo: “Necesito que me ayuden a traer a mi mamá”. El pensó que una muchacha vestida así debía tener un hogar terrible. El pensó que quizás su mamá estaba ebria y necesitaba ayuda para meterla a su casa. El le dijo a la muchacha que llamara a la policía; no obstante, la muchacha insistió en que fuera él. El hizo todo lo posible por disuadirla y le dijo que fuera a ver al pastor de la iglesia que estuviera más cerca de su casa. Sin embargo, la muchacha dijo: “Su iglesia es la más cercana”. Luego él dijo: “Es muy tarde ahora, vuelva mañana”. Pero ella insistió que fuera inmediatamente. El señor Barry lo pensó por un momento. El era pastor de una iglesia que tenía más de mil doscientos miembros. Si alguno de ellos lo miraba caminando con esta joven, vestida de esa manera, a media noche, ¿qué pensarían? Pero la muchacha insistió y dijo que si él no iba, ella no se iría de allí. Finalmente él cedió y subió a cambiarse. Después, el señor Barry le contó al doctor Jowett que cuando iban a la casa de la muchacha bajó un poco el ala del sombrero para cubrir su cara y se cubrió con su abrigo por temor a que otros lo vieran. El lugar a donde fueron no era una área muy bonita. Cuando se detuvieron ante la casa en donde iban a entrar, vio él que no era un lugar decente. Luego le preguntó a la muchacha: “¿Por qué me hizo venir a este lugar?” La muchacha contestó: “Mi mamá está muy enferma. Está en un peligro terrible. Ella me dijo que quiere entrar al reino de Dios. Por favor ayúdela a entrar”. El señor Barry no tuvo más remedio que entrar en la casa. La muchacha y su madre vivían en un cuarto muy pequeño y sucio. Su hogar era muy pobre. Cuando la mujer enferma lo vio llegar, ella gritó: “Por favor ayúdeme a entrar. No puedo entrar”. El pensó por un momento y se preguntó qué debía hacer. El era un pastor y un predicador y allí estaba una mujer en agonía. Ella quería entrar en el reino de Dios; ella quería saber cómo entrar. ¿Qué podía hacer él? El no sabía qué hacer. Así que, le habló en la manera en que le hablaba a la congregación. Comenzó a decirle que Jesús era un hombre perfecto, que era nuestro modelo, que se sacrificó, que mostró benevolencia y que Jesús siempre ayudaba a la gente. Le dijo que si el hombre seguía Sus pasos y se sacrificaba, amaba y ayudaba a otros y servía a la sociedad, ellos elevarían su humanidad y la humanidad de otros. El señor Barry estaba hablando con ella con sus ojos cerrados. Cuando terminó ella se enojó y gritó: “¡No, no! Esto no es lo que quiero que diga”. Se le salieron las lágrimas.

Ella dijo: “Señor Barry, ésta es mi última noche sobre la tierra. Ahora es el momento de aclarar el asunto de la perdición eterna o la entrada en el reino de Dios. Esta es mi última oportunidad. No trate de engañarme, no bromea. He pecado durante toda mi vida. Y no sólo he pecado, sino que también he enseñado a mi hija a pecar. Ahora estoy a punto de morir. ¿Qué puedo hacer? No bromea conmigo. Durante toda mi vida lo único que he hecho ha sido pecar. Todo lo que hice fue inmundo. Nunca supe lo que significa ser moral. Nunca supe lo que era ser limpia. Nunca supe lo que era tener una conciencia. ¡Ahora, usted le dice a una pecadora como yo, en la condición en que me encuentro en esta noche, que tome a Jesús como mi modelo! ¡Tendría que laborar mucho antes de que pudiera tomar a Jesús como mi modelo! Usted me dijo que tengo que seguir los pasos de Jesús. Sin embargo, ¡cuánto tendría que hacer antes de poder seguir Sus pasos! No dé rodeos en esta hora tan crucial para mi eternidad. Simplemente dígame cómo puedo entrar en el reino de Dios. Lo que me ha dicho no me sirve. No puedo hacer ninguna de esas cosas”. El señor Barry se sorprendió. Él pensó para sus adentros: “Estas son las cosas que yo aprendí en la escuela de teología. Las estudié para obtener mi doctorado en teología. Las he estado predicando en los últimos diecisiete o dieciocho años. Y estas son las cosas que he leído en la Biblia. Sin embargo, esta noche hay una mujer que quiere entrar en el reino, y no puedo ayudarla”. Así que, él dijo: “La verdad es que no sé cómo entrar. Sólo sé que Jesús fue un buen hombre, que tenemos que imitarlo, que Él fue benevolente y que se sacrificó para ayudar a otros. Todo lo que sé es que si un hombre toma a Jesús como su ejemplo y anda como Él anduvo, él será un cristiano”. Llorando la mujer dijo: “¿No puede usted hacer nada por una mujer que ha sido pecaminosa toda su vida, para ayudarla a entrar en el reino de Dios en el último momento? ¿Es eso todo lo que usted puede hacer para ayudar a una mujer moribunda a entrar en el reino de Dios, una mujer que no tendrá un mañana ni una segunda oportunidad?” El señor Barry quedó desconcertado y no tuvo más que decir. Él pensó: “Soy un siervo de Cristo. Soy doctor en teología. Soy un pastor de una iglesia de mil doscientas personas. Sin embargo, aquí está una mujer en su lecho de muerte y no puedo hacer nada para ayudarla. Ella hasta piensa que no la estoy tomando en serio”. Sin embargo, luego el señor Barry recordó algo que había oído de su madre cuando se sentaba en su regazo a los siete años de edad. Ella le dijo que Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, que Él fue crucificado y que Él derramó Su sangre para limpiar nuestros pecados. Jesús de Nazaret murió por nuestros pecados en la cruz y ha llegado a ser el sacrificio propiciatorio. Entonces, él recordó estas palabras. Durante toda su vida él no había tomado en cuenta estas palabras, pero ese día las recordó. Luego, se levantó y dijo: “Sí, tengo algo que decirle. Usted no tiene que hacer nada ya que Dios ha hecho todo en Su Hijo. Él ha tratado con nuestros pecados en Su Hijo. El Hijo de Dios ha quitado todos nuestros pecados. El que exige el pago, es el mismo que lo paga. El que fue ofendido, llegó a ser el que sufrió por la ofensa. El Juez ha llegado a ser el juzgado”.

Al decir esto, el rostro de la mujer mostró señales de gozo. El le dijo todo lo que su madre le había dicho. Luego, repentinamente el rostro de la mujer cambió de gozo a llanto y gritó: “¿Por qué no me dijo usted esto antes? ¿Qué debo hacer ahora?” Luego él le dijo que ella solamente necesitaba creer y recibir. En ese momento la mujer murió. Más tarde el señor Barry le dijo al doctor Jowett que en esa noche la mujer entró en el reino y él también.

Muchas veces mi corazón se ha conmovido por esta historia. Si existe la salvación, esta debe estar disponible para todos. Si usted dice que uno debe ser bautizado antes de ser salvo, entonces, el ladrón que estaba sobre la cruz no hubiera podido ser salvo ya que él no fue bautizado. Si usted dice que uno no puede ser salvo a menos que haga restitución, entonces el ladrón que estaba sobre la cruz no hubiera podido ser salvo, porque tanto sus manos como sus pies estaban firmemente clavados en la cruz. No digo que no debemos ser bautizados ni hacer restitución. Sino que la condición para la salvación no es la restitución, el bautismo, la confesión ni el arrepentimiento. El arrepentimiento no es otra cosa que un cambio del punto de vista acerca de nuestro pasado. Si fuera un asunto de la ley y de obras ¿quién podría cumplirlo? Esta mujer es el mejor ejemplo de la salvación que Dios da a todos.

CREER EN LA MUERTE Y LA RESURRECCION DEL SEÑOR

La única condición para recibir la salvación de Dios es la fe. La fe dice que usted está dispuesto y que usted lo desea. ¿Cuál es la fe de la cual habla la Biblia? En primer lugar, Dios llevó a cabo la redención por medio de la muerte de Su Hijo Jesucristo en la cruz. Su obra en la cruz es completa. ¿Por qué es completa? No lo sé. Tampoco usted lo sabe. Solamente Dios sabe por qué. ¿Cómo puede la sangre del Señor Jesús redimirnos de nuestros pecados? ¿Por qué la redención del Señor es efectiva? No necesitamos hacer estas preguntas. Estos son asuntos de Dios. La obra del Señor en la cruz es llevada a cabo y el corazón de Dios es satisfecho.

La cruz del Señor Jesús no tiene la finalidad de satisfacer nuestro corazón. El propósito es satisfacer el corazón de Dios. El pago de una deuda, ¿satisface al acreedor o al deudor? Si Dios considera que algo es suficiente para El, nosotros también debemos considerarlo así. Dios es justo. Si El dice que la obra del Señor puede redimirnos del pecado, indudablemente puede redimirnos. Si usted piensa que la obra es suficiente o no lo es, eso no tiene importancia. Lo que importa es que Dios considere suficiente la obra del Señor Jesús. No es simplemente un asunto de pagar el dinero o no. Lo que importa es si el acreedor considera pagada la deuda o no. Si el dinero que usted paga satisface al acreedor, usted no tendrá problemas. Desearía poder repetir esto cientos de veces. La obra del Señor Jesús primero satisface el corazón de Dios. Es Dios quien exige juicio sobre los pecados. Es Dios quien requiere que los pecados sean juzgados. Es Dios quien dice que sin la sangre no hay perdón de pecados. Si Dios fuera indiferente la sangre no sería necesaria. La sangre se derramó debido a que a Dios le importa esto. Si a Dios no le interesara, no habría sido necesaria la cruz. Es necesaria la cruz debido a que Dios es justo.

El Señor realizó toda la obra en la cruz. Por consiguiente, Dios lo levantó de los muertos. La resurrección del Señor Jesús es la prueba de que Dios está satisfecho con la obra que el Señor hizo en la cruz. Aunque no entendamos cómo satisfizo la cruz el corazón de Dios, sabemos que Jesús de Nazaret se levantó de la tumba. ¿Fue la muerte de Jesús de Nazaret lo que los apóstoles predicaban por todo el mundo? ¿Ha oído usted tal evangelio? Yo nunca he oído tal evangelio. Yo veo a los apóstoles salir por todo el mundo solamente para proclamar que Jesús de Nazaret resucitó. Si usted lee el libro de Hechos, verá que los apóstoles no predicaban que Jesús murió por nuestros pecados. Lo que ellos proclamaban en todos lados era que este Hombre había resucitado. Ellos predicaron esto ya que la resurrección del Señor comprueba que Su muerte ha

glorificado a Dios. El Señor Jesús resucitó debido a que Su obra fue aceptada delante de Dios. Su redención es completa y ahora podemos ser salvos. Si la obra del Señor no hubiera sido completa, El habría sido dejado en la tumba. Por lo tanto, la resurrección no es otra cosa que la satisfacción que halló el corazón de Dios en el Señor Jesús. El Señor Jesús resucitó de entre los muertos. Los apóstoles nos predicaron esto como una evidencia para nuestra fe, instándonos a creer en el Señor Jesús. Por un lado, la salvación tiene que ver con la muerte del Señor; por otro, tiene que ver con Su resurrección. Su muerte pagó nuestra deuda y obtuvo el perdón de nuestros pecados. Por medio de esta muerte se solucionó el problema de nuestros pecados. Su resurrección es la prueba de que Su muerte satisfizo el corazón de Dios. Dios considera Su obra correcta y apropiada.

Anteriormente he usado un ejemplo que volveré a usar por causa de que hay muchos nuevos entre nosotros. Si pecco, debo ir a la cárcel. Pero supongamos que un amigo voluntariamente va en mi lugar. Debido a que él es encarcelado, yo quedo en libertad. Pero sólo cuando él es puesto en libertad yo sé que mi caso está resuelto. Sólo entonces mi corazón estará confiado. Mi cuerpo es puesto en libertad debido a que el suyo es encarcelado. Pero mi corazón es liberado solamente cuando él es puesto en libertad. Hasta que el caso se resuelva, él estará encarcelado. Si él todavía está en la cárcel, no sabré si él ha llevado mi castigo o si yo todavía puedo ser encarcelado. Cuando él salga de la prisión, sabré que el caso está resuelto. De la misma manera, tan pronto como el Señor murió, el problema de mi pecado fue resuelto. Sin embargo, el Señor Jesús tuvo que resucitar para que yo supiera que el problema del pecado había sido resuelto. El fue entregado por nuestras transgresiones y fue resucitado para nuestra justificación. El resucitó debido a que el problema de nuestra justificación fue resuelto. Podemos ir por todo el mundo a hablarles a todos de la obra que Dios ha llevado a cabo mediante la muerte de Su Hijo Jesucristo. Al mismo tiempo, podemos decirle a otros que a través de la resurrección del Señor, Dios nos ha dado un recibo y una prueba que nos informa que la tarea ha sido terminada. Hoy en día, no solamente creemos en la cruz. Además creemos también en la resurrección.

¿Puede usted hallar un versículo en la Biblia que diga que el hombre debe creer en la cruz? Es muy extraño que siempre se nos diga que creamos en la resurrección. Si hoy día usted conoce a un cristiano nominal que ha sido miembro de una iglesia por diez, veinte, o treinta años y habla un poco con él, usted se dará cuenta que existe una gran diferencia entre creer en la cruz y creer en la resurrección. Una vez conocí a un miembro de una denominación, el cual había sido anciano por treinta y ocho años y “cristiano” por cincuenta o sesenta años. Cuando le pregunté si creía en el Señor Jesús, él dijo que sí. Pero cuando le pregunté si sabía que sus pecados habían sido perdonados, no se atrevió a decir que sí. Luego le pregunté si Jesús era su salvador, y él dijo: “Por

supuesto”. Pero cuando le pregunté si él era salvo, dijo que no sabía. Cuando le pregunté si creía que el Señor Jesús había sido juzgado en la cruz por nuestros pecados, él inmediatamente dijo que sí creía. No solamente la Biblia dice esto, hasta nuestro himnario lo dice. Dice que miles de toros y machos cabríos sobre el altar judío no nos perdonarían de nuestros pecados, pero el único sacrificio del Señor nos limpia de todo pecado. Cuando le pregunté a este hombre si había sido limpio de sus pecados, él dijo que creía que el Señor había sido crucificado por sus pecados, sin embargo, él no se atrevió a decir que sus pecados ya habían sido quitados. No puedo culparlo de no tener claridad. Es cierto que el Señor Jesús murió en la cruz. Sin embargo, ¿cómo puede uno saber que esta cruz cuenta? El cree en la cruz, pero ¿cómo puede él saber que la cruz ha solucionado todos sus problemas y resuelto su caso? Aunque la liquidación por el pecado ya ocurrió en la cruz, lo que resuelve nuestro caso es la resurrección. Si usted le paga de nuevo a alguien algo de dinero ¿cómo sabe usted que la cantidad pagada es suficiente y que los cheques son genuinos? ¿Qué tal si los cheques son falsos? Solamente una cosa le asegurará que la cantidad ha sido completamente pagada, un recibo de su acreedor diciendo que la cantidad ha sido completamente pagada. Cuando usted paga el dinero, el acreedor borra su cuenta, y usted sabe que el asunto queda liquidado. De la misma manera, la muerte del Señor Jesús habla de lo que El ha hecho por Dios, mientras que Su resurrección habla de lo que Dios ha hecho por nosotros. La muerte es el convenio entre El y Dios, pero la resurrección es lo que nos notifica el convenio entre Dios y Su Hijo. Dios dijo que la deuda fue pagada. Si usted cree que el Señor murió por sus pecados, entonces la resurrección del Señor declarará que la cuenta de sus pecados ha sido borrada. Muchas personas dicen que tenemos que pagar la cuenta de nuestro pecado, y que si no, no podemos ser salvos. Gracias al Señor que la cuenta de mis pecados fue pagada aun antes de que naciera. Hasta se extendió un recibo. La muerte del Señor Jesús fue el pago de la deuda y la resurrección del Señor Jesús fue la prueba del pago. La resurrección es la prueba de la justificación. Somos justificados debido a que Dios nos ha concedido Su gracia y nos ha redimido del pecado. La muerte del Señor Jesús quitó de en medio el pecado. La resurrección del Señor Jesús fue la evidencia de la justificación. Por lo tanto, nuestra fe descansa en la resurrección del Señor Jesús.

Esto no es todo lo que llevó a cabo la resurrección. Si pensamos así, estamos equivocados. Este es solamente el aspecto objetivo de la resurrección. También tenemos el aspecto subjetivo. Desde el punto de vista objetivo, la resurrección del Señor llegó a ser la evidencia de nuestra salvación. Si alguien me preguntara cómo sé que soy salvo, le diría que tengo la prueba de esto. Esta prueba demuestra que soy salvo. Es posible que usted me diga que fue salvo en cierta fecha en cierto año ya que fue en ese entonces cuando usted recibió al Señor. Entonces, yo le preguntaría: ¿Cómo puede usted saber que eso fue suficiente? Tal vez usted diga que confesó sus pecados ese día, pero ¿cómo

sabe usted que esa confesión es suficiente? Es posible que diga que lloró por sus pecados en ese día, pero ¿cómo sabe que sus lágrimas lavarán sus pecados? Quizás diga que se arrepintió, confesó sus pecados y aceptó al Señor Jesús, pero ¿cómo sabe que su arrepentimiento, confesión y recibimiento del Señor es suficiente? Si me preguntara, le contestaría que yo en realidad soy salvo por la muerte del Señor, pero yo sé que lo soy por la resurrección del Señor. Amigos míos, tienen que diferenciar entre las dos. Soy salvo debido a la muerte del Señor, pero tengo la certeza de que soy salvo debido a la resurrección del Señor. Cuando pago el dinero, pago mi deuda. Yo sé que he pagado la deuda porque tengo el recibo. Gracias a Dios que El nos ha dado una prueba y un recibo. Su Hijo pagó la deuda por todos nuestros pecados en la cruz, y El nos informa que el asunto está plenamente resuelto mediante la resurrección de Su Hijo. Por consiguiente, toda la obra del Señor, ahora está terminada.

Si esta noche hay alguien aquí que todavía duda que es salvo, sólo necesito preguntarle en qué ha creído y qué ha recibido. No es suficiente que una persona simplemente crea en la cruz y reciba la redención del Señor en la cruz. Uno también tiene que creer en Su resurrección. La resurrección del Señor Jesús es el mensaje que Dios nos da. Nos muestra que Dios aceptó la obra del Señor. Gracias a Dios que la cruz satisfizo Su corazón. Es por eso que existe la resurrección. Así que, el fundamento de nuestra fe es la muerte de Cristo, sin embargo, nuestra fe también se basa en la evidencia de la resurrección. La muerte es Su obra de redención para nosotros. La resurrección es la prueba de que El nos redimió. Nótese que dije: “Nos redimió”. La muerte es Su obra de redención y la resurrección es la prueba de que El nos redimió.

RECIBIR LA OBRA DEL SEÑOR MEDIANTE LA FE EN LA PALABRA DE DIOS

Ahora la obra del Señor es completa. Su muerte es un hecho, y también Su resurrección. ¿Qué sucede después? La Biblia nos muestra claramente que Dios puso toda la obra de Su Hijo en Su Palabra. ¿Qué es la Biblia? Y ¿qué es la Palabra de Dios? Muchas veces considero que la Palabra de Dios es como la bolsa donde Dios pone Su obra. Dios puso toda Su obra en Su Palabra. Si Dios estuviera físicamente entre nosotros hoy día y quisiera mostrarnos la obra de Su Hijo y la prueba de esta obra ¿cómo podría hacerlo? El puso la obra de la cruz de Su Hijo en Su Palabra. El también puso la prueba de la resurrección de Su Hijo en Su Palabra. Hoy día, Dios nos comunica todas estas cosas mediante Su Palabra. Cuando recibimos Su Palabra, recibimos la prueba de Su obra. La Palabra está respaldada por los hechos. Si no hubiera hechos que respaldaran las palabras, éstas serían vanas. Sin duda, detrás de las palabras están los hechos.

En el invierno todos, tanto hombres como mujeres, usan guantes. La Palabra de Dios es el guante de Dios. Todas Sus obras están contenidas en ella. Un día conocí a una misionera occidental. Ella no sabía qué era creer en la Palabra de Dios. Ella pensaba que todo lo que necesitaba hacer era creer en Dios, en Su Hijo Jesucristo y en la obra de Dios. Le dije que sin la Palabra de Dios no hay manera de creer en Dios, en Su Hijo Jesucristo y en la obra de Dios. Una vez que creemos en la Palabra de Dios, todas estas cosas llegan a ser válidas para nosotros. Después de hablar por dos horas, todavía no podía lograr que entendiera. Ella traía puestos un par de guantes de gamuza. Cuando estaba a punto de partir, se iba a quitar los guantes para despedirse. Le dije: “No tiene porque quitárselos, puedo estrechar su mano con sus guantes puestos”. Para ella esto era señal de mala educación. Tal vez pensó que como chino no sabía de buenos modales. Cuando estreché su mano le pregunté: “¿Qué estoy estrechando ahora, la mano o el guante?” Inmediatamente entendió lo que yo le quería decir. Le dije que la mano estaba en el guante. Cuando apreté el guante, estaba apretando la mano. Apreté el guante porque en él estaba la mano. Sucede lo mismo con la Palabra de Dios. Dios se ha puesto a Sí mismo y ha puesto toda la obra de la cruz de Su Hijo en Su Palabra. Cuando usted me da la Palabra de Dios, me está dando a Dios en Su Palabra, además de toda la obra de Su Hijo. Cuando ella se fue, me dijo que todo lo demás que se había dicho había sido inútil. Este solo ejemplo le aclaró el asunto.

Hoy en día predicamos acerca del Hijo de Dios y del testimonio de Su resurrección. Sin embargo, predicamos estas cosas mediante Su Palabra. Si un hombre recibe la Palabra de Dios, él recibe la obra y la gracia de Dios. La Palabra de Dios es preciosa porque en ella hay solidez. ¿Qué provecho habría si los guantes estuvieran vacíos? Aun si los aprieta durante todo el día, sería inútil. Solamente son útiles cuando las manos están allí. Sin el Señor Jesús la Palabra del Señor es letra muerta. Si el Señor Jesús no estuviera en la Biblia, yo la quemaría.

Entonces ¿qué es la fe? No es otra cosa que recibir el testimonio de Dios en cuanto a la obra de Su Hijo. Dios puso la obra de Su Hijo en la Palabra y nos ha comunicado esta Palabra. Cuando creemos en Su Palabra, creemos en El. En 1 Juan 5:9 dice: “Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios”. ¿Cuál es la característica del Testimonio de Dios? “Porque éste es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de Su Hijo”. La Palabra de Dios habla de Su Hijo. Por favor lean el versículo 10: “El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso”. Pongan atención a la siguiente cláusula: “Porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de Su Hijo”. ¿Qué es no creer en Dios? Es no creer en el testimonio que El ha dado de Su Hijo. ¿Qué es creer en Dios? Es creer en las palabras que Dios ha hablado, el testimonio que El ha dado acerca de Su Hijo. Así que, creer en Dios no es otra cosa que creer en Su testimonio. En las últimas

dos semanas hemos visto el testimonio de Dios. Hemos visto lo que Dios ha hecho por nosotros, los problemas que El ha solucionado mediante Su Hijo y las evidencias que El nos ha dado. Dios nos ha hablado Su Palabra. ¿Qué debemos hacer ahora? Debemos creer en El, es decir, debemos recibir el testimonio que El da acerca de Su Hijo. Si aquí hay alguien que no ha sido salvo, tal vez alguien ya le haya dicho que debe creer. Sin embargo, ¿en qué debe creer usted? Usted no debe creer en un Cristo que está sentado en los cielos. Eso está demasiado lejos. Lo que usted debe hacer es creer en lo que dice la Biblia. Esto está tan cerca. La mano de Dios ya está en el guante. El guante es la Palabra de Dios. Cuando usted cree en la Palabra de Dios, usted cree en el Hijo de Dios. Cuando usted recibe las palabras de la Biblia, usted recibe todo lo que está en la Palabra. En los últimos mil ochocientos años, George Müeller puede ser considerado como uno de los hombres con más fe. Cuando alguien le preguntaba qué era la fe, él contestaba que la fe consiste en que cuando Dios dice algo, yo digo lo mismo. La fe equivale a creer en la Palabra de Dios. Es creer en Dios por medio de Su Palabra.

EL ESPIRITU SANTO NOS COMUNICA LA OBRA DE DIOS

En la Palabra de Dios hay otro asunto relacionado con la fe. ¿Cómo puede llegar a ser nuestra la Palabra de Dios? La clave de esto es el Espíritu Santo. El Espíritu Santo ha llegado. El Espíritu Santo es el guardián de la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es viva debido a que el Espíritu Santo la está custodiando. Dios puso todas Sus obras en Su Palabra. El Espíritu Santo cuida de ella. Cada vez que el hombre recibe la Palabra de Dios por fe, el Espíritu Santo viene y le aplica todas las obras de Dios. Aquí vemos cuán completa es la obra del Dios Triuno. Dios es quien nos ha amado y quien propuso la obra de la redención. El Hijo llevó a cabo la obra de redención. Fue Dios quien puso la obra del Hijo en la Palabra, y quien nos comunica, a través del Espíritu Santo, todas las obras del Hijo que contiene la Palabra. El gran problema del hombre, y también su pensamiento más necio, es la confusión que tiene acerca de su condición con respecto a la obra del Espíritu Santo. El hombre piensa que si se arrepiente, Dios obrará, o que si se bautiza entonces Dios obrará; o que si confiesa sus pecados y hace buenas obras, Dios obrará. Pero éste no es el caso. La Biblia nos dice claramente que solamente el Espíritu Santo puede comunicarnos la obra del Señor. La característica de la obra del Espíritu Santo es la comunión. Después de que el Señor Jesús llevó a cabo toda la obra, el Espíritu Santo vino y nos comunicó esta obra. Si solamente existiera la obra que el Señor llevó a cabo, sin la obra de comunión del Espíritu Santo, no nos serviría de nada. Sin el Padre, el hombre no puede ser salvo, y sin el Hijo, el hombre no puede ser salvo. De la misma manera, sin el Espíritu Santo, el hombre no puede ser salvo. Aunque existe la obra del Padre y del Hijo, de todos modos necesitamos que el Espíritu Santo nos comunique estas obras para que los asuntos objetivos lleguen a ser subjetivos.

Ahora la pregunta es qué debemos hacer a fin de que el Espíritu Santo obre en nosotros. La Biblia nos muestra claramente que solamente existe una condición para que el Espíritu Santo obre: la fe. ¿Recibimos el Espíritu Santo por las obras de la ley o por la fe? Por medio de la fe. Esto es lo que Pablo nos dijo en la Epístola a los Gálatas. Cuando creemos en la Palabra de Dios, el Espíritu Santo nos aplica esta Palabra. Es por eso que digo que el Espíritu Santo es el guardián de la Palabra de Dios.

Si esta noche hay alguien aquí que todavía no es salvo, espero que abra su corazón para recibir el testimonio de Dios. Usted no tiene que preocuparse de quién sea el Señor Jesús. Usted no tiene que preocuparse de quién sea Dios. Lo que lo relaciona a usted directamente con El es la Palabra de Dios. Si usted tiene una relación adecuada con la Palabra de Dios, el Espíritu Santo le comunicará todas las obras de Dios y del Señor Jesús. Si usted abre su corazón y lo invoca, tal como el publicano que oró pidiendo que Dios tuviera misericordia de él, o más exactamente traducido, para que le fuera propicio, usted será justificado. Una vez que usted abra su corazón y le invoque, el Espíritu Santo le comunicará la obra de Dios. Esta es la obra del Espíritu Santo.

En esta ocasión solamente estoy hablando acerca de los rudimentos de la salvación. En realidad toda obra del Espíritu Santo sigue este principio. Cada vez que usted acuda a Dios a recibir Su Palabra, el Espíritu Santo hará que esta palabra sea viviente. Tal vez parezca que lo que usted recibe son cosas muertas, sin embargo, cuando el Espíritu Santo interviene, El las hace reales en usted. No trate de llevar a cabo algo por su propia cuenta. No piense que el Espíritu Santo ignora que usted tiene fe en la Palabra de Dios. No, tan pronto como usted cree, El empieza a obrar. No hay nada que El no sepa. Esta es la obra que el Espíritu Santo hace en la redención. El Dios Triuno ha llevado a cabo toda la obra de la salvación por nosotros a fin de que seamos salvos.

LA FUNCION DE LA FE: DAR SUSTANTIVIDAD

Quizás usted pregunte: “¿Por qué el Espíritu Santo nos comunica todas las obras de Dios en Su Palabra cuando creemos en ella?” Las palabras que acabamos de leer en 1 de Juan nos dicen lo que es la fe. Es decir, la obra de la fe. Sin embargo, ¿cuál es la función de la fe? La función de la fe es dar sustantividad a la obra del Señor en nosotros. Esto es lo que nos muestra Hebreos 11. Hebreos 11:1 dice: “Ahora bien, la fe es lo que da sustantividad a lo que se espera”. La versión *King James* en inglés traduce esta palabra como el sustantivo *sustancia*; sin embargo, en el idioma original no es un sustantivo sino un verbo sustantivado. La traducción de Darby es *dar sustantividad*. Este no es un sustantivo sino un verbo nominalizado. Esta clase de verbo se usa muy a menudo en griego. Por ejemplo, en la iglesia existe la “supervisión” por parte de los ancianos. Esta

supervisión no es un sustantivo sino un verbo nominalizado. “Dar sustantividad” también se usa de la misma manera. La fe consiste en dar sustantividad. No subestime esta traducción. Por diez años he estado buscando sin encontrar una palabra más apropiada. Más adelante, cuando descubrí el uso que Darby da a “dar sustantividad”, creo que hallé la mejor traducción. A todo lo que hay en el mundo, sean animales, plantas, o minerales, le tenemos que dar sustantividad. Mientras vivamos en la tierra, constantemente estamos dando sustantividad a las cosas que nos rodean. Mis ojos dan sustantividad a cada escena y a cada color. Mientras hablo aquí, algunos hermanos que tienen problemas para oír no saben de qué estoy hablando. Ellos solamente ven que muevo mi boca. Yo tengo las palabras, pero ellos no pueden darles sustantividad. Yo tengo la sustancia, pero ellos no tienen la capacidad de darle sustantividad. Si en este momento hubiera aquí un cantante o una música hermosa, yo podría darle sustantividad con mis oídos. Cuando nuestras manos tocan algo, inmediatamente sabemos si es suave o áspero. Nuestra nariz puede identificar un mal o buen olor. Nuestra lengua puede identificar un sabor dulce o salado. Todo esto es dar sustantividad. Todos los órganos del cuerpo humano tienen como función dar sustantividad.

¿Qué es la fe? La fe no puede crear algo de la nada. La fe le da sustantividad a lo que ya existe. La fe no es soñar despierto o hablar de un sueño. La fe pone de manifiesto lo que ya existe. Es por eso que Hebreos dice que fe es lo que da sustantividad a las cosas que se esperan. La palabra cosas debe ser traducida sustancia. Aunque no puedan verse, no significa que no existan. El gran problema del hombre hoy en día es que no tiene la habilidad de dar sustantividad. Como resultado, él duda de la realidad de las cosas. Si usted le dice a una persona que ha perdido sus papilas gustativas que tome una bebida dulce, él dirá que sabe igual que la salsa de soya que acaba de probar. Esto es tener la sustancia sin darle sustantividad. Todas las cosas espirituales existen. Dios ha puesto todas Sus obras en Su Palabra. Si usted tiene fe, usted les podrá dar sustantividad.

Nosotros los que predicamos el evangelio no estamos predicando cosas que no existen. Hoy en día el problema radica en que muchos no le dan sustantividad a lo que oyen. En Cristo, estoy lleno de solidez. Sin embargo, muchos no pueden dar sustantividad a ciertas cosas. En esta ocasión tenemos aquí dos hermanos no videntes. Yo puedo decir que este libro es negro y que ese libro es café. Cuando ellos tocan estos libros, los dos les parecen iguales. Usted puede saber que uno es negro y que el otro es café porque usted puede ver, sin embargo para ellos no existe diferencia entre el negro y el café. Si ellos me preguntan qué es negro, sólo puedo decirles que negro es negro. No puedo explicarles. No hay manera de explicarles. ¿Cuál es el problema? El problema está en su falta de habilidad para dar sustantividad. Sucede lo mismo con nosotros delante de Dios. Muchos son como las personas sordas o ciegas. Cuando usted habla con ellas acerca de

cosas espirituales, dicen que no sienten esto o aquello. Ellos no tienen manera de dar sustantividad a esas cosas.

Entonces, ¿qué es la fe? El apóstol nos dijo claramente que la función de la fe es dar sustantividad a las cosas espirituales. Antes no había nada en usted. Ahora hay algo. Hoy en día vivimos en un mundo físico, sin embargo, Dios ha puesto todas las cosas espirituales en Su Palabra. La Palabra de Dios está llena de las cosas de El. No tome la Palabra de Dios como algo superficial. Incluso la eternidad está en la Palabra de Dios. ¿Cuál es la función de la fe? La función de la fe es poner de manifiesto las cosas espirituales, de la misma manera que los ojos perciben las formas y los colores, que los oídos se percatan de los sonidos y que la nariz capta los olores. La fe pone de manifiesto las cosas espirituales. Es por eso que Dios quiere que tengamos fe.

ACEPTAR POR LA FE LO QUE HEMOS RECIBIDO

Ahora vemos cómo tenemos que creer. En la Biblia la fe tiene sus propias leyes. En todo el Nuevo Testamento solamente hay un lugar que nos dice la función de la fe, Hebreos 11:1. Al mismo tiempo en todo el Nuevo Testamento solamente hay un lugar que nos dice cómo creer, Marcos 11:24 dice: “Por tanto, os digo que todas las cosas por las que oréis y pidáis, creed que las habéis recibido y las obtendréis”. Aquí se nos dice lo que es creer. ¿Qué es fe? La fe es creer en la Palabra de Dios. “Creed que las habéis recibido”. Tenemos que poner atención al verbo *habéis recibido*. Si usted ve a un hombre hoy que dice que recibirá, inmediatamente usted sabe que él no tiene fe. Si usted le pregunta a alguien si ha creído en el Señor Jesús y si ha sido salvo y si le dice que él espera ser salvo, entonces indudablemente él no es salvo. Todos aquellos que dicen que quieren recibir o que esperan poder recibir, no tienen fe. Marcos 11:24 nos muestra claramente que la fe es creer que ya hemos recibido. La fe no es creer que recibiremos. No es creer que estamos a punto de recibir o que podemos recibir. Todas estas expresiones que hablan de lo futuro o de posibilidades no son fe. Solamente la fe que cree que uno ha recibido, es la fe de la que habla la Biblia.

Muchas ocasiones cuando le he predicado el evangelio a alguien, éste escucha de la obra de Dios y se da cuenta de que todo ha sido hecho. Yo le muestro su corrupción, su debilidad, sus pecados y su degradación, y como resultado confiesa sus pecados y ve la obra del Señor Jesús, y luego nos arrodillamos para orar. Primero oro por él y luego él ora por sí mismo y confiesa que es un pecador, que ha cometido muchos pecados y le pide al Señor que lo perdone, y le dé vida. Si después de haber orado de esta manera, yo le preguntase, ¿han sido perdonados tus pecados? Si él dijese: “Yo creo que Dios perdonará mis pecados”, me diría a mí mismo: “Olvídalo, aquí hay otro caso muerto”. Si

él dijera: “Yo creo plenamente que Dios perdonará mis pecados”, entonces yo sabría inmediatamente que él no tuvo fe.

¿Cuándo se regocija un predicador con respecto al que escucha? Cuando él ora y dice, quizás llorando, que él ahora sabe con certeza todas las cosas. Entonces usted sabe que tal persona ha cruzado la puerta y ha obtenido la vida eterna. Tal vez él diga: “Gracias al Señor, que el problema de mis pecados ha sido resuelto”, o quizás diga: “Gracias al Señor, que me ha aceptado”; o bien: “Gracias al Señor, que El ha perdonado todos mis pecados por medio de Su Hijo”. Cuando usted oye eso, usted sabe que tal persona ha creído y es salva. En la Biblia solamente existe una clase de fe, la fe que cree que uno ha recibido. Todo aquel que dice que recibirá, que puede recibir y que debe recibir, no ha recibido.

Amigos, esta es la manera de creer en todos los hechos mencionados en la Biblia. Después de que usted ora con algunas personas, sabe si ellas han pasado de la muerte a la vida y si son salvos. Muchos esperan ser salvos. Esta no es la verdadera fe. Una vez hablé con un hombre que dijo que él creía plenamente que sería salvo. Le dije: “Es mejor que cambie usted sus palabras un poco”. Usted debe decir: “Yo plenamente espero” en vez de: “Yo plenamente creo”. Si usted cree plenamente, entonces usted ya lo ha recibido. Por consiguiente, todo aquel que no ha puesto la palabra “ya” en la palabra de Dios o que no usa el verbo en pasado, no ha creído. Si usted dice que sus pecados ya fueron perdonados, esto muestra que usted ha creído. Si usted dice que ha vencido sus pecados, esto también muestra que usted ha creído. O si usted dice que ha recibido, esto una vez más muestra que ha creído. Cada vez que diga que ha recibido, en ese momento usted verdaderamente ha recibido. Amigos míos, hoy en día el asunto es muy sencillo. No rebajaré la norma de la Biblia. Dios ha efectuado todas las obras. La Palabra de Dios nos ha sido predicada. El Hijo de Dios murió. El Señor Jesús resucitó. ¿Qué debemos decir ahora? Debemos decir: “Gracias al Señor, lo he recibido”. Esto es más que suficiente. Algunas veces, cuando asisto a reuniones de avivamiento, casi lloro. Cuando las personas que están allí lloran yo también lloro. Ellos lloran por sí mismos, pero yo lloro por la salvación que Dios les ofrece. Ellos imploran a Dios diciendo: “Oh Dios sálvame” como si por este ruego Dios fuera motivado a amarlos o a volverse a ellos y salvarlos.

Gracias al Señor. Los que tienen fe no necesitan orar. Los que tienen fe están llenos de alabanzas. Nunca diga que la oración es una señal de la fe. Por favor, recuerde que al contrario, la oración muestra la falta de fe. Todos los cristianos con experiencia saben que donde hay fe, hay alabanza. Un himno (*Hymns*, #690) dice:

Oye el mensaje desde el trono,
Reclama la promesa,
incrédulo;
Dios ha dicho: “Hecho está”
La fe ha contestado “hecho
está”
Se acabó la oración, empieza
la alabanza
Aleluya “hecho está”.

Usted no puede decir: “Será hecho”. Los que dicen que será llevado a cabo, no tienen fe. Dios dijo que todo está hecho. Usted también debe decir que todo está consumado. Dios dijo que El lo ha logrado todo, y yo lo creo. Esto es lo único que importa.

Hoy día el problema más grande es que cuando uno va a muchas denominaciones, conoce centenares de miembros de las iglesias que dicen que creen que Jesús los salvará. Creen que Jesús quiere y puede salvarlos, pero eso no es fe. Eso es esperanza. Creer así es anular la Palabra de Dios. Por ejemplo, si le doy este libro al hermano Hu y él dice: “Creo que me dará esto mañana”, esto no es amabilidad sino un insulto para mí. Hoy día, Dios ha enviado a Su Hijo para lograr la redención. Si todavía decimos: “Por favor sálvame”, ¿qué es esto? Lo que debemos decir es: “Dios, gracias porque has llevado todos mis pecados a la cruz”. Amigos míos, un pecador no puede ser salvo por la oración. Un pecador solamente debe creer que Jesús lo salvó.

La fe no es un mérito. Nunca considere la fe una obra. Algunos dicen que ellos no saben si su fe es suficientemente fuerte. Dios ha hecho la fe muy sencilla para usted, pero el hombre la ha convertido en algo muy complicado. Suponga que tengo un hermano que no tiene dinero y es muy pobre. Ahora quiero darle algo de dinero. Le digo: “No tienes que hacer nada. Ni siquiera tienes que trabajar. Toma este dinero y vete”. Al hacer esto, estoy simplificando el asunto. Sin embargo, suponga que su mente es muy complicada. Suponga que pregunta: “Si mi hermano va a darme dinero, deberé tomarlo con mi mano izquierda, o con la mano derecha? ¿Deberé tomarlo al medio día o en la tarde? ¿Deberé tomarlo de pie o sentado?” El quiere estudiar cómo puede tomarlo. Ese sería el error más grande del mundo.

Mientras estuve en Chifú, conocí a una hermana. Le dije que si ella creía, ella recibiría. Ella dijo: “He estado haciendo esto por una semana. Todavía no se cómo puedo creer. No sé si esta es la manera correcta de creer. No sé si mi fe es suficientemente fuerte”. Le dije que Dios ya concluyó toda la obra, y que ella solamente necesitaba creer de una manera sencilla. Pero ella era muy analítica. Hizo de la fe una obra.

Gracias al Señor que recibir la salvación es la cosa más sencilla de la tierra. No tenemos que hacer nada. No significa que no se tiene que hacer nada; solamente significa que el Señor Jesús lo ha hecho todo. Dios dice que El ya murió. Yo digo que yo creo que El ya murió. Dios dice que el Señor Jesús ha resucitado y Su resurrección ha llegado a ser una prueba. Yo digo: “Sí” y estoy de acuerdo en que Su resurrección ha llegado a ser una prueba de mi justificación. El dice que mis pecados fueron perdonados, que El me salvó. Yo no esperaré. Creo, y ese asunto ha sido concluido. Cuando creo, ya recibí. Gracias al Señor. Esto es todo. Hemos pasado de muerte a vida. No hay necesidad de sentir nada ni de esperar que venga algo de paz o gozo.

Hace unos años le prediqué el evangelio a una persona. Me dijo que creía en el Señor Jesús, que creía que era pecador y que creía que el Señor Jesús le había perdonado sus pecados. No obstante tenía un problema. No sentía que el Espíritu Santo estaba obrando poderosamente en él como él pensaba que lo hacía en otros cristianos. Le pregunté si sus pecados fueron perdonados. Me respondió: “No”. Le pregunté por qué. Me dijo que todavía no sentía que el Espíritu Santo estaba obrando en él. Le dije: “Mi amigo, está absolutamente equivocado. La Biblia no dice que todo el que siente que ha creído en el Hijo de Dios tiene vida eterna. No creemos por medio de nuestros sentimientos, sino por medio de la Palabra de Dios”. Cuando una persona me da un libro, no tengo que sentir nada. Solamente tengo que creer en su palabra. La salvación no tiene ninguna condición. Sin embargo, existe el procedimiento adecuado. El procedimiento de la salvación no es obrar; es simplemente creer y recibir. Todo lo que Dios dice, yo lo repito. Esto es recibir. Gracias al Señor que Su gracia es suficiente para nosotros.

CAPITULO QUINCE

LA SALVACIÓN ES ETERNA: RAZONES POSITIVAS

(1)

En los últimos mensajes, primeramente vimos que existe una diferencia entre el pecado y los pecados en el hombre. Vimos la manera en que Dios nos ama y nos da Su gracia, la manera en que Su gracia se manifiesta en Su justicia, la manera en que el Señor Jesús llevó a cabo toda la obra por nosotros y lo que cumplieron Su muerte y Su resurrección. Además, vimos cómo el hombre puede recibir la salvación de Dios. El hombre no recibe la salvación de Dios por medio de la ley, las buenas obras, la confesión, la oración ni por medio de ninguna otra cosa. En el último mensaje vimos la manera de creer y lo que es la fe. En este mensaje continuaremos con nuestro estudio.

La Biblia nos muestra que la duración de la salvación de Dios es eterna, no es temporal. En otras palabras, la salvación de Dios es dada al hombre eternamente, en vez de temporalmente. Una vez que un cristiano es salvo no existe la posibilidad de que perezca. No digo que no haya castigo para un cristiano una vez que es salvo. Tampoco estoy diciendo que no habrá juicio o pérdida de la recompensa si un cristiano no es fiel en la obra del Señor después de ser salvo. Un cristiano puede recibir la disciplina del Señor en esta era y también puede ser castigado en el milenio. No estoy diciendo que un pecador será disciplinado. Lo que digo es que un creyente cuya obra no es aprobada por el Señor perderá su recompensa en el momento del tribunal de Cristo. Si un creyente hoy en día tiene pecados de los cuales no se ha arrepentido en esta era, es seguro que recibirá un castigo en el reino venidero. Todas éstas son verdades mencionadas en la Biblia.

Por el otro lado, la Biblia nos muestra que después de que un cristiano es salvo, no hay posibilidad de que se pierda de nuevo. En otras palabras, una vez que hemos sido salvos delante de Dios somos salvos eternamente. El hombre siempre ha pensado que aunque es salvo, no sabe si en determinado momento llegará a perder la salvación. Dios dice que hemos pasado de muerte a vida (Jn. 5:24). Sin embargo, nos preguntamos qué posibilidad hay de pasar de nuevo a la muerte estando en la vida. Dios dice que no pereceremos, sino que tenemos vida eterna (3:16). Nos preguntamos si pereceremos y no tenemos vida eterna. No sabemos si nuestra salvación delante de Dios puede perderse. Sin embargo, después de leer cuidadosamente la Palabra de Dios, vemos que una vez que una persona es salva, es eternamente salva. Queremos considerar este

asunto desde dos lados. Primero, queremos considerarlo desde el lado positivo. Más adelante, lo consideraremos desde el lado negativo.

En este mensaje queremos ver en la Biblia cómo es que la salvación de Dios es eterna. Si la salvación de Dios se pudiera perder, ¿qué sucedería con el hombre? Después consideraremos este asunto desde el punto de vista negativo. Analizaremos versículo por versículo todas las porciones de la Escritura que aparentemente hablan de que la salvación no es eterna y de que se puede perderla. Veremos si la salvación que hemos obtenido de Dios puede perderse o no. En este mensaje consideraremos lo que se menciona en el aspecto positivo. Debemos ver claramente si la Biblia dice o no, que podemos perder la salvación que hemos recibido.

LA GRACIA Y EL AMOR DE DIOS

Ya hemos mencionado anteriormente lo que es la gracia. Todos los lectores del Nuevo Testamento saben que somos salvos por la gracia. Nadie se equivocaría tanto para decir que la salvación viene por medio de la ley y no por medio de la gracia. Si un hombre dice que una persona es salva por medio de la ley y no por gracia, él nunca ha leído el Nuevo Testamento. Esta luz es muy grande en el Nuevo Testamento. Hay algunas cosas que podemos dejar pasar fácilmente. Pero, por la importancia que tiene este asunto, nunca lo podríamos dejar pasar. Si es gracia, entonces nunca podemos ser deudores delante de Dios. Si a otros les muestro gracia no puedo esperar ningún pago. Si existe el pensamiento de un pago, o si espero que en algún momento se me pague esto, sería entonces un préstamo y no gracia. Si a usted le doy algo con la esperanza de que algún día me lo regrese, esto no es gracia. Si Dios nos da Su gracia hoy en día, con la esperanza de que más adelante le hagamos buenas obras, tampoco es gracia. Con respecto a la gracia no existe devolución en lo absoluto.

¿Qué dice la Biblia acerca de la manera de recibir vida eterna? El don de Dios es vida eterna en Cristo (Ro. 6:23). Por lo tanto, la vida eterna que hemos recibido no puede perderse. ¿Qué es un don? Un don es un regalo de Dios. Es algo que Dios nos da. Si alguien le da algo a usted, ¿puede pedirle que se lo devuelva? No somos niños del jardín de la infancia, que hoy dan a otros un dulce y mañana piden que se lo regrese. Un don es algo que se da gratuitamente. Si nuestra salvación puede perderse, Romanos 6:23 tendría que decir: “El préstamo de Dios es vida eterna en Cristo”. Un préstamo puede ser reclamado, sin embargo, algo que se regala no puede ser reclamado. Una vez que se regala, se regala para siempre. Si se nos da la vida eterna en Cristo, entonces ésta no puede ser reclamada. La palabra *dádiva*, en el idioma original claramente indica que es algo que se da gratuitamente; ésta no puede ser reclamada. Si no puede ser reclamada, entonces no hay posibilidad de que perdamos el don.

La Biblia claramente nos muestra que el don de Dios es sin arrepentimiento. La vida eterna es un punto importante del don de Dios. La salvación es también un punto importante del don de Dios. Aparte de esto hay muchas otras cosas incluidas en el don de Dios. El don de Dios se da sin arrepentimiento. Si no hay arrepentimiento ¿cómo puede Dios reclamarlo? Para reclamarlo primero debe haber arrepentimiento. Sin ningún arrepentimiento, nunca puede haber ningún reclamo. Al mismo tiempo, si hay alguna reclamación, deja de ser un don. Con respecto a la dádiva, no existe la reclamación. ¿Puedo decir que doy algo a alguien y luego mañana le pido que me lo devuelva? No puedo hacer eso. Si se da algo, entonces no puede reclamarse.

Dios no es como nosotros, quienes nos tambaleamos y cambiamos frecuentemente. El no es de una manera hoy y de otra mañana. Una vez que Dios nos dé algo, El nunca nos pedirá que lo devolvamos. Por lo tanto, con respecto al carácter de Dios, puesto que la salvación se nos da como un don y no como un préstamo, tenemos que admitir que ésta es eterna. Damos gracias al Señor y le alabamos porque Dios nunca toma prestado ni nunca presta. El nunca espera que se le pague, El simplemente da. Dios es grandioso. No solamente nunca toma prestado o presta, El tampoco vende. Dios nos salvó por gracia. Dios es tan grande que El no puede vender, tomar prestado o prestar nada. El es tan grande que El simplemente puede dar. Así que, vemos que el don de Dios es vida eterna.

¿Por qué Dios tiene que darnos vida eterna? ¿Por qué El tiene que darnos el don en Su Hijo? La mayoría de los cristianos probablemente ha leído Juan 3:16 que dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en El cree, no perezca, mas tenga vida eterna”. ¿Por qué Dios dio a Su Hijo al mundo? Es porque nos ama. ¿Por qué Dios nos dio vida eterna? También es porque nos ama. Si cuando aún éramos pecadores, Dios nos amó a tal grado que nos dio la vida de Su Hijo, ¿es posible que después de haber llegado a ser cristianos y nos encontramos debilitados y privados de la gloria de Dios, El nos rechace? Si el Hijo de Dios pudo morir por nosotros en la cruz mientras todavía éramos pecadores, ¿puede El rechazar amarnos hoy en día después de que hemos creído en El simplemente porque estemos un poco débiles? Si el amor de Dios no puede cambiar, entonces tampoco existe la posibilidad de que Su gracia cambie. Anteriormente, El estuvo dispuesto a dar a Su Hijo unigénito para que muriera por nuestros pecados y también tuvo un amor tan grande por nosotros. ¿Significa esto que desde que El mostró tal amor por nosotros, El ha cambiado completamente? ¿Significa esto que ahora que hemos llegado a ser cristianos, El ha decidido arrojarnos al infierno y no amarnos más? Desde el punto de vista humano, si El previamente nos amó tanto que murió en la cruz por nosotros, ¿cómo puede El cambiar así hoy en día? ¿Cómo podemos dejar de ser salvos? Esto es imposible.

Esto no sólo es imposible según la lógica humana, sino que la Palabra de Dios también dice lo mismo. Juan 13:1 dice: “Jesús ... habiendo amado a los Suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”. Así que, no existe variación en el amor con que Dios ama al hombre. Así como Su corazón estaba lleno de amor por nosotros cuando fue a la cruz, de la misma manera, Dios todavía nos ama hoy en día. Su amor no ha cambiado. Su gracia tampoco ha cambiado. Si nosotros pensamos que existe la posibilidad de que la salvación y la vida eterna se pierdan, entonces tenemos que llegar a la conclusión de que existe la posibilidad de que el amor de Dios cambie. Sin embargo, esto es imposible! Si la fuente no cambia, entonces el fluir nunca cambiará. Si la vida no cambia, entonces el fruto producido no puede cambiar. Debemos conocer el corazón de Dios. Debemos comprender que Dios no puede pedir que se le devuelva a Su Hijo. Romanos 8:22 indica que puesto que Dios nos dio gratuitamente Su Hijo, no puede reclamarlo.

¿Qué piensa usted que es más grande, el Hijo de Dios o nuestra salvación? ¿Tiene más valor el Hijo de Dios o tiene más la vida que hemos recibido? Debido a que somos carnales, pensamos que el Salvador no es tan importante. Mientras tengamos vida, todo está bien. No estemos tan preocupados con respecto al Salvador. Sin embargo, a los ojos de Dios, el Salvador tiene más valor. El es más precioso que nuestra vida. El Hijo de Dios es más precioso que la vida que hemos recibido. Por lo tanto, Romanos 8:32 nos dice que si Dios no escatimó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará gratuitamente también con El todas las cosas? Si Dios está dispuesto a dar a Su propio Hijo por nuestros pecados y si El está dispuesto a darnos a Su Hijo gratuitamente, ¿consideraría El quitarnos la vida eterna después de cierta consideración? Supongamos que un hermano me debe diez mil dólares y no puede pagar esa cantidad. Si soy un hombre rico, tal vez le diga: “Usted no puede pagar su deuda. Sin embargo, tengo gracia. Aquí están diez mil dólares. Tómelos para que pague su deuda”. Después de esto, tenemos que tomar un tranvía para ir al muelle. El boleto del tranvía cuesta ocho centavos por persona, sin embargo, él solamente tiene siete centavos. Quizá él me diga: “¿Puede usted darme el centavo que me falta?” Yo no sólo tengo muchos más centavos, sino también cheques y dinero en efectivo. Sin embargo, le pido que me regrese el dinero y le digo que él debe pagar primero el centavo. ¿No le extrañaría si yo hiciera esto? Ayer, le di diez mil dólares. Ahora no le dejo ir por un centavo. ¿Qué es esto? Usted tal vez diría que tengo fiebre y que estoy enfermo. ¿Por qué no me preocupo por los diez mil dólares y sin embargo, estoy preocupado por un centavo? Si Dios nos ha dado a Su Hijo unigénito mediante Su gran amor, ¿argumentará con nosotros acerca de la salvación que hemos recibido? Debemos recordar que la diferencia entre un centavo y diez mil dólares es mucho menos que la diferencia entre la vida y el Salvador, entre la vida y el Señor de la vida, y entre la salvación que hemos recibido y el Hijo unigénito de Dios. Puesto que Dios nos ha dado a Su Hijo unigénito,

¿cómo puede pedir que se le devuelva la salvación? El hecho de que el hombre tenga tal pensamiento no solamente es ignorancia y falta de entendimiento acerca de la gracia y el amor de Dios, sino una completa locura. Solamente los que no están claros o que están dementes dirían tal cosa.

Gracias a Dios que El nos ha dado a Su Hijo, El no lo reclamará. Además de Su Hijo, El nos ha dado muchas otras cosas, tales como la vida eterna y la salvación. Dios nos ha dado a Su Hijo y también nos ha dado la vida eterna. Si El no puede reclamar a Su Hijo, entonces tampoco puede reclamar la vida eterna que hemos recibido. Así que, según la gracia de Dios, es imposible perder la salvación y la vida que hemos recibido. Esta es la palabra clara de Dios dada a nosotros.

DIOS NOS SALVA CON UN PLAN

En segundo lugar, ¿fue nuestra salvación un accidente o una acción deliberada por parte de Dios? ¿Es la salvación de Dios como los dos centavos que un hombre da a un mendigo, cuando cruza con éste en la calle? o ¿Dios a propósito trata de hallar un hombre a quien El puede darle dinero? ¿Es la salvación de Dios un accidente o concuerda con un plan definido? Los que no entienden la salvación, quizá piensen que la salvación de Dios es un accidente. Sin embargo, todos aquellos que entienden la Biblia y que conocen a Dios comprenden que la salvación no es un accidente. Más bien, fue planeada hace mucho según un plan definido. Romanos 8:29 dice: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de Su Hijo”. El versículo 30, una sección parentética, dice: “Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”. La salvación de la cual estamos hablando involucra todas las cosas mencionadas en los versículos 29 y 30. La historia de nuestra salvación comienza con la justificación mencionada en el versículo 30. Fuimos salvos en el momento en que fuimos justificados. Solamente sabemos que hemos creído en Jesús y que hemos sido salvos y justificados. Pensamos que la justificación es nuestro primer encuentro con Dios. Pensamos que la primera vez que tocamos a Dios en nuestra vida fue cuando fuimos justificados. Sin embargo, la Biblia dice que Dios nos tocó hace mucho tiempo. El nos conoció hace mucho. Nuestra justificación viene después. Dios nos conoció primero.

Algunos han dicho que Romanos 8:29-30 es la única cadena mencionada en toda la Biblia. Es una cadena de diferentes eslabones unidos. Es una cadena muy preciosa y completa. El primer eslabón de esta cadena es la presciencia de Dios con respecto al hombre. El segundo eslabón es la predestinación para ser conformado a la imagen de Su Hijo. El tercer eslabón es el llamamiento de aquellos que han sido predestinados. El cuarto eslabón es la justificación de aquellos que han sido llamados. El quinto eslabón es

la glorificación de aquellos que han sido justificados. Esta es una serie de eslabones entrelazados unos con los otros. Pensamos que primero conocimos a Dios cuando fuimos salvos y justificados. Sin embargo, la Biblia nos dice que antes de que fuéramos salvos y justificados, Dios ya nos conocía. A los que Dios conoció hace mucho, los marcó. Ser marcado significa tener una marca de aprobación junto a nuestro nombre, lo cual indica que El nos ha reclamado para Sí mismo. Fuimos marcados así para que fuéramos como Su Hijo unigénito, Jesucristo. Dios no solamente quiere un Hijo, Jesucristo; El vino para marcarnos, para que fuéramos idénticos a Su Hijo. Los que fueron marcados, son llamados. Los que son llamados, son los conocidos por El. Dios llamó a quienes conoció y marcó. Después de llamarlos, los justificó.

Si la justificación es la primera etapa de la relación de un cristiano con Dios, entonces no importa mucho si no es justificado en el futuro. Si tomo dos centavos hoy y mañana los arrojo al fuego, no me importa mucho. Por supuesto, no ser justificado es una pérdida por parte del hombre. Sin embargo, Dios no pierde nada. No obstante, tenemos que saber que la historia de nuestra relación con Dios no empieza con la justificación y la salvación. Más bien, comienza con la presciencia de Dios. La presciencia de Dios es el comienzo de todo. Ser marcados es el segundo paso. Luego, ser llamados es el tercer paso. Solamente después del tercer paso tenemos justificación. Si fuésemos a perder nuestra justificación y venir a ser pecadores de nuevo, pondríamos en duda la omnisciencia de Dios. Puesto que Dios nos conoció de antemano y nos marcó, ¿cómo podemos todavía perecer después de que somos salvos? Una persona predestinada por Dios nunca puede ser arrojada al lago de fuego y quemarse como un pedazo de madera.

Para nosotros es muy sencillo hacer una decisión ya que cambiamos con facilidad. Podemos estar un minuto en el cielo y el siguiente minuto en el infierno. Es posible que cambiemos una vez al día durante los 365 días del año. Pero, puesto que Dios es Dios, Su presciencia y Su predestinación no pueden cambiar. El Dios que conocemos y a quien adoramos no puede cambiar lo que ha decidido. Puesto que El tiene la presciencia, la predestinación, y el llamamiento, nuestra justificación es eterna. Es algo insignificante que perdamos nuestra justificación. Sin embargo, para Dios es algo muy grande que pierda Su presciencia. Que nosotros perdamos nuestra justificación, no significa mucho. Sin embargo, que Dios tenga un error en conocernos de antemano y llamarnos es un asunto muy serio. Dios no puede anular la justificación sin afectar Su presciencia, predestinación y llamamiento. Si usted quita un eslabón, los otros tres eslabones no se sostendrán. Si nuestra salvación se pierde, la presciencia de Dios, la predestinación y el llamamiento son negados.

Además, hay otra cosa. El Señor dice: “y a los que justificó, a éstos también glorificó” (v. 30). A menos que Dios traiga a la gloria a los que justificó, Su obra es incompleta. Si no

podemos entrar en el cielo nuevo y en la tierra nueva y si no podemos entrar en la gloria eterna, la obra de Dios no es completa. El último eslabón de la obra de Dios es la gloria. Hasta que estemos en la gloria, la obra de Dios no será completa. Esta es la Palabra de Dios. ¿Qué va usted a hacer con ella? No podemos hacerla a un lado. Dios dice que los justificados entrarán en la gloria incondicionalmente. No dice que los justificados entrarán en la gloria si hacen buenas obras. El no dice que aquellos cuyas obras son aprobadas pueden entrar en la gloria. Tampoco dice Dios que a los que justificó también deben ser considerados salvos por el hombre antes de que puedan entrar en la gloria. No existen tales condiciones. Todas las cosas que se mencionan aquí están relacionadas con Dios. Dios es Aquel que nos conoció de antemano, nos predestinó, nos destinó para que fuéramos como Su Hijo y hechos conforme a la imagen del Hijo de Dios, y Aquel que nos llamó y nos justificó. También es Aquel que nos introducirá a nosotros, los que hemos sido justificados, en la gloria. De nuevo digo, Dios es Aquel que nos introducirá en el cielo nuevo y la tierra nueva para que heredemos la gloria eterna.

En la Biblia, ¿cuál eslabón es el más grande? Algunos dicen que la gloria es el más grande. Otros dicen que la presencia es el más grande. En realidad no existe diferencia entre ellos, cada uno es igual. No podemos decir que uno es más importante que otro. Todos los que Dios conoció de antemano, los marcó. Todos los que Dios marcó, los llamó. Todos los que Dios llamó, los justificó, y todos los que han sido justificados entrarán en la gloria. ¡Aleluya! ¿Puede Dios conocer de antemano a cien para que sean salvos y sin embargo, marcar sólo a noventa, llamar sólo a ochenta, justificar sólo a cincuenta e introducir a la gloria sólo a diez? Dios no puede cambiar. Es imposible marcar a muchos y llamar sólo unos cuantos. Recordemos que las palabras “a los que”, mencionadas en estos versículos conllevan este significado. “A los que” antes conoció, a éstos también predestinó. “A los que” predestinó, a éstos también justificó. “A los que” justificó, a éstos también glorificó. La expresión “a los que” une a los cinco eslabones. En el idioma original, las palabras “a éstos” significa “a éstas personas”. Así que, a los que antes conoció, a éstas personas también marcó. A los que marcó, a éstas mismas personas también llamó. A los que llamó, a éstas personas también justificó. A los que justificó, a éstas personas también glorificó. No podemos carecer de ninguno de estos puntos. Todos estos son obras de Dios. Si fueran nuestras obras, salvaríamos a algunos por error ya que no sabemos quienes deberían ser salvos. Sin embargo, si son obras de Dios, no puede haber error. Si no conocemos a Dios y Sus obras, quizás pensemos que aún existe la posibilidad de perder a algunas personas. Pero si conocemos a Dios y Sus obras, comprenderemos que nadie puede ser quitado o añadido.

La Biblia dice que Dios es eterno; El no es como nosotros, quienes tenemos principio pero carecemos de un final. Dios dice que El es el principio y el fin, el Alfa y la Omega (Ap. 22:13). Con respecto a nosotros, a veces tenemos un principio sin fin. En otras

ocasiones tenemos un buen fin, sin embargo, no sabemos cómo tener un buen principio. Pero Dios es el principio y el fin. La obra de Dios no puede detenerse a la mitad. Si la salvación es solamente el resultado de nuestra obra, entonces fallar con respecto a la salvación simplemente significa que nos hemos detenido a medio camino. Sin embargo, sabemos que la salvación es la obra de Dios. Dios es quien nos ha salvado. Por lo tanto, si no podemos ser salvos al máximo, esto no significa que nos hemos detenido a medio camino, sino que Dios lo ha hecho. Indudablemente, nunca podríamos imaginarnos que Dios pueda detenerse a medio camino.

Filipenses 1:6 dice que Dios comenzó una buena obra en nosotros. Puesto que Dios la ha iniciado y El mismo nos ha dado la salvación, El tiene que completar esta obra hasta el día de Cristo Jesús. Debemos recordar que la obra de Dios nunca se queda a medias. El completará esta obra hasta el día de Cristo Jesús, es decir, hasta que Dios nos glorifique. Con esto podemos ver el alcance que tiene la Palabra de Dios, cuán amplia es, cuánto dura y cuán profundas son sus raíces. El versículo 6 dice: “Confiado en esto, que el que comenzó en vosotros una buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús”. Si Dios inicia algo, tiene que terminarlo. Si Dios no estuviera dispuesto a salvarnos, allí terminaría todo. Sin embargo, si el deseo de Dios es salvarnos, no habrá manera de que no seamos salvos. Por lo tanto podemos decir: “Dios, te agradecemos y te alabamos, ya que nuestra salvación es eternamente segura”. Si de nosotros depende seguirla, fallaremos. La obra de seguirla es llevada a cabo por El, la obra de preservación también es llevada a cabo por El. Nosotros nunca podemos seguir lo que El ha iniciado.

Cuando estuve en la escuela, tenía que practicar caligrafía china. En muchas ocasiones no lo hacía por perezoso, así que les pedía a algunos de mis compañeros que eran buenos para esto, que lo hicieran por mí. Por supuesto, más tarde confesé este pecado. Cada semana teníamos que hacer cinco páginas de caligrafía. Todas eran hechas por mis compañeros de clases. En una ocasión, después de que mi compañero había terminado un renglón de caligrafía, lo llamaron. Me dijo que estaba muy ocupado y que yo debía terminar lo que él había comenzado. Cuando tomé el pincel, me di cuenta de que nunca podría continuar lo que él había iniciado. Su caligrafía era tan fina que mis caracteres simplemente no podían igualarla. De la misma manera, la obra de salvación fue comenzada por Dios. El debe ser quien la concluya. Si tuviéramos que concluirla, nunca lo lograríamos. Si la obra de salvación fuera iniciada por Dios y nosotros tuviésemos que continuarla, ninguno de nosotros estaría calificado para ser salvo. Los que quieren continuarla no conocen a Dios ni se conocen a sí mismos. Si lo conocemos, comprenderemos que no hay manera de que terminemos lo que El ha comenzado. Y si en realidad nos conocemos a nosotros mismos, comprenderemos que simplemente no podemos continuar esta obra. Toda la obra de salvación es llevada a cabo por Dios. El

mismo nos ha dado la salvación y nos salvará al máximo. Nosotros no hacemos nada para preservar nuestra salvación.

Por lo tanto, aquí vemos dos cosas. Primero, debido a que la naturaleza de la salvación de Dios es la gracia, es imposible que nosotros la perdamos. En segundo lugar, puesto que Dios es Aquel que comenzó la obra y que nos conoció de antemano, nos predestinó, nos llamó, nos justificó, nos salvó y nos introducirá en la gloria, el atributo de Dios se pondría en duda si perdiéramos nuestra salvación.

LA REGENERACION Y LA VIDA ETERNA

El tercer punto que necesitamos considerar es la salvación que Dios nos ha dado. ¿Qué ha hecho Dios por nosotros y qué nos ha dado? Todos sabemos que Dios nos ha dado Su vida. El nos ha regenerado. A todos los que creen en El y que lo reciben se les da potestad de ser hijos de Dios (Jn. 1:12). Somos engendrados por Dios y tenemos la potestad de llegar a ser Sus Hijos (vs. 12-13). Juan 3 dice que hemos nacido de nuevo; el Espíritu Santo es quien nos ha regenerado (v. 6). La primera epístola de Juan nos dice cómo puede ser regenerado el hombre. En 1 Juan 5:1 se dice que todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios. ¿Cómo somos regenerados? Somos regenerados al creer en Jesús quien es el Cristo señalado por Dios. Después de leer los tres versículos anteriores podemos comprender quiénes somos nosotros los cristianos. Nosotros somos los hijos de Dios. Cuando un pecador cree en el Señor Jesús y es salvo, Dios le da una nueva vida. Esto es la regeneración. La Biblia nos muestra al menos en tres o cuatro lugares que ser regenerado es recibir la vida eterna. La Biblia repetidas veces nos muestra que los que reciben la vida eterna son aquellos que han creído, y los que creen tienen vida eterna. Esto se nos muestra repetidamente en el Evangelio de Juan.

Aquí tenemos un problema. Dios nos ha dado vida eterna, pero, ¿qué debemos hacer? Debemos comprender que esto es el principio y el fin. Si no deseo tener ninguna relación con alguien, debo enfocar este problema de una manera u otra. Puesto que la relación humana es bilateral, siempre tiene dos lados. Por lo tanto, evitar tener una relación, también comprende dos lados. En primer lugar, no debe haber un comienzo. Si no hay un comienzo, ni siquiera habrá una relación. En segundo lugar, si la relación termina y muere, en tal caso ya no habrá una relación. Por ejemplo, supongamos que soy un hijo muy malo, un pródigo. Hay dos maneras en que mi padre puede evitar una relación conmigo. En primer lugar, no haberme engendrado nunca. Si no existiera un comienzo, no habría relación entre él y yo. Pero, si ya hubo un comienzo, entonces él ya no puede usar la primer manera. En tal caso, él sólo puede esperar cada día hasta que yo muera. Cuando yo muera, mi relación con él se terminará. Si no nazco de él, no tengo nada que ver con él. Si muero tampoco tengo nada que ver con él.

¿Qué sucedió entre Dios y nosotros? Dios nos ha engendrado. En el momento en que creímos en Jesús, Dios nos engendró con Su Espíritu y con Su propia vida. Hemos llegado a ser los hijos de Dios. ¿Puede ser cortada esta relación? Si usted tiene un hijo que es malo, desordenado y rebelde, usted lo puede desheredar legalmente. Sin embargo, el hecho de que usted lo ha engendrado todavía queda. En realidad él todavía es su hijo. Dios nos ha engendrado. ¿Puede El decir que no nos ha engendrado? Aun si volvemos peores que ahora, de todos modos El nos engendró. Aunque nuestro padre humano nos niegue, éste nos engendró. Nadie puede negar el hecho del engendramiento. Un hijo bueno es engendrado por su padre. Un hijo malo es también engendrado por su padre. Nadie puede anular esta relación. Por lo tanto, cuando Dios nos justificó, no lo hizo como si nos lo hubiera dado algo y luego nos despidiera. El dijo que nos ha engendrado. Dios está en el Espíritu y nosotros también estamos en el espíritu. Dios y nosotros tenemos una relación familiar. El es nuestro Padre y nosotros somos Sus hijos. Esto es lo que Dios mismo ha dicho. El nos ha dado potestad de llegar a ser hijos de Dios. El nos ha dado vida eterna. Somos hijos de Dios por potestad. Ese es el comienzo.

Entonces ¿qué puede hacer Dios ahora? Solamente puede esperar que muramos. Sin embargo, lo extraño es que nuestra relación con El comienza con la regeneración y termina con vida eterna. Dios no solamente nos ha engendrado, El también nos ha dado vida eterna. Si Dios hubiera iniciado la obra pero no hubiera sido capaz de completarla, estaríamos acabados. En tal caso, no podríamos ser salvos. En cuanto a la vida eterna que hemos recibido de Dios, es imposible que Dios no nos salve. Gracias al Señor que El nos ha regenerado y nos ha dado vida eterna, la cual es la vida de Su Hijo. Si hoy en día existe un hombre que piensa que un cristiano puede perecer de nuevo si éste llega a debilitarse y que solamente un buen hijo tendrá vida eterna, mientras que un mal hijo perecerá, este hombre no conoce lo que es la salvación de Dios. Quizá piense que el Señor es un cobrador, que viene a cobrar la vida eterna y la redención. Si hacemos bien, las podemos conservar. Si no hacemos bien, El las recogerá. Esta no es la salvación de Dios. El comienzo tiene que ser de El. La continuación también tiene que ser de El. Ya que Dios nos ha dado la salvación, ¿cómo podemos perderla de nuevo? Puesto que Dios ha iniciado esta relación, y la vida que recibimos es una vida eterna que nunca puede dejar de existir, nunca podemos perecer de nuevo.

Dios nos dio otro tipo en la Biblia para mostrarnos que nunca podemos perder nuestra salvación una vez que la hayamos recibido de Dios. Génesis 3 es un pasaje que nos es muy familiar. Nos dice cómo Adán cometió pecado. Después de que Adán comió del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, Dios lo echó fuera del huerto de Edén y guardó el camino al árbol de la vida con querubines y con una espada encendida que se revolvía por todos lados (v. 24). ¿Por qué Dios tuvo que guardar la entrada al

árbol de la vida con la espada encendida y los querubines? ¿Por qué no permitió que Adán comiera del fruto del árbol de la vida? Génesis 3:22 dice: “Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre”. Aquí vemos un cuadro. Todos sabemos que el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal representa la independencia con respecto a Dios. El fruto del árbol de la vida, por otro lado, representa la vida, es decir, la vida dada a nosotros por el Hijo de Dios. Después de que Adán pecó, Dios tuvo miedo de que Adán comiera del fruto del árbol de la vida, ya que si lo comía, él viviría para siempre. Si Adán todavía pudiera morir después de comer el fruto del árbol de la vida, entonces, ¿por qué Dios tuvo que esforzarse tanto? ¿Por qué tuvo que guardar el camino al árbol de la vida con los querubines y con la espada encendida? Dios hizo esto porque tenía miedo de que Adán viviera para siempre si lo comía.

Nosotros somos los redimidos. Lo que hemos comido no es el fruto del árbol de la vida, el cual solamente es un tipo. Hemos comido la vida misma. ¿Todavía podemos morir? Si Adán no podía morir después de haber comido un fruto simbólico, ¿cómo podemos nosotros morir ya que hemos sido lavados por la sangre del Señor Jesús, ya que hemos comido del árbol de la vida misma y recibido la vida eterna? Adán recibió el árbol de la vida como un tipo, mientras que nosotros hemos recibido lo que el árbol de la vida tipifica. ¿Cómo es posible que podamos morir? Solamente aquellos que no saben lo que es la regeneración y lo que es la vida eterna dicen que se puede perder la salvación. Gracias al Señor que la vida eterna es un hecho que nunca puede ser anulado. Es una historia que nunca puede ser borrada. Es por esto que podemos vivir delante de Dios. ¡Qué gracia Dios nos ha concedido! La relación entre Dios y nosotros es tal que enfáticamente podemos decir que ningún poder sobre la tierra puede separarnos de El. Aun si Dios no estuviera complacido con esto, El no podría anular esta relación.

NOSOTROS SOMOS LOS MIEMBROS DE CRISTO

Veamos ahora el cuarto punto. Cuando fuimos salvos, Dios no solamente nos regeneró y nos dio vida eterna, sino que nos hizo un espíritu con el Señor. En 1 Corintios se nos dice que no solamente hemos llegado a ser un espíritu con Cristo, sino que hemos llegado a ser miembros de Su Cuerpo (12:27). En 1 Corintios 6:15 también dice lo mismo, esto es, que nuestros cuerpos son los miembros de Cristo. Por consiguiente, cuando un incrédulo es salvo, no solamente recibe de Dios la regeneración y la vida eterna, sino que también es unido al Cuerpo de Cristo para ser un miembro del Cuerpo de Cristo. La Biblia dice que somos el Cuerpo de Cristo.

Si Dios nos salva uno por uno en Cristo, y si Cristo murió por nosotros, lavó nuestros pecados, nos dio vida eterna e hizo que tuviéramos una relación de vida con El, para llegar a ser sus miembros, ¿cuál es nuestro fin? La salvación incluye ser un miembro del Cuerpo de Cristo. Si fuésemos a perecer ¿cuál sería el fin? El fin sería que el Cuerpo de Cristo sería mutilado. A este Cuerpo o le faltaría un oído o parte de la nariz. Le faltaría un dedo de las manos o del pie. El Cuerpo de Cristo es una verdad bien definida en la Biblia, es algo concreto. Si hemos llegado a ser un Cuerpo con Cristo después de haber sido salvos, la pérdida de una sola persona significaría que se habría perdido una parte del Cuerpo de Cristo, y el Cuerpo de Cristo estaría mutilado.

Una vez una mujer negra que era esclava estaba trabajando en la casa de una familia blanca. La señora de la casa era una cristiana nominal, y la mujer negra era una creyente genuina. Durante todo el día la esclava cantaba alegremente. La señora se molestó tanto por el regocijo de la esclava que no pudo contenerse de preguntarle la razón por la cual estaba tan feliz. La mujer le dijo: “¿No sabe usted que Dios ha enviado a Su Hijo, Jesucristo, para lavarnos de nuestros pecados? ¿No sabe usted que estaremos con Dios en el futuro? ¿Por qué, entonces, no debo estar gozosa?” La señora le preguntó: “¿Cómo sabes que estarás con Dios en el futuro? ¿Qué sucede si te pierdes? La esclava le dijo: “El Señor Jesús nos dijo que el Padre mayor que todos es. Estoy en manos de mi Padre. Estas manos me sostienen y me guardan. ¿Cómo puedo perderme?” La señora pensó por un momento y luego dijo: “¡Eres una insensata! Si Dios es mayor que todo, cuán largas serían Sus manos. Si las cosas pueden resbalarse por tus dedos, entonces también las cosas pueden resbalarse a través de los Suyos. Puesto que Sus manos son tan grandes, el espacio entre Sus dedos también debe ser muy amplio. Si tú te resbalas a través de Sus dedos, El ni siquiera lo notaría. Tú insistes que Sus manos te protegerán. Sin embargo, Dios es tan grande, y tú eres tan pequeña. No existe comparación entre tú y Dios. Si tú te caes de Su mano, El no lo notará”. La mujer contestó: “Señora usted no me entiende. No solamente estoy en Su mano, sino que soy un dedo pequeño de Su mano. Si sólo estuviera en Su mano, El quizá no notaría cuando me cayera. Pero si soy un dedo pequeño de la mano de Dios, ¿cómo podría caerme? Si un hombre ha creído y ha llegado a ser un cristiano, él es un miembro del Cuerpo de Cristo y un dedo pequeño de la mano de Dios. Si yo soy un miembro del Cuerpo de Cristo, Dios nunca permitiría que yo, un miembro Suyo, me caiga. Hoy en día, doy gracias al Señor porque nunca me caeré.

En 1 Corintios 12 dice que si un miembro del Cuerpo padece, todos los miembros se duelen con él (v. 26). No puede dolernos un dedo sin afectar a los otros miembros. Si cada creyente es un miembro del Cuerpo de Cristo, entonces si un día alguno de nosotros sufriera en el infierno, todos los demás en el cielo sentirían el daño. Si una

persona perece, entonces todo cristiano tendrá que perecer también. Esta es la unidad del Cuerpo de Cristo.

No sólo 1 Corintios nos dice que somos miembros del Cuerpo de Cristo, sino que también lo dicen otros libros del Nuevo Testamento. El libro de Efesios habla acerca del proceso por el cual pasa el Cuerpo de Cristo. También nos dice que somos miembros de Cristo, pero en una manera diferente. En 1 Corintios se habla acerca de la relación y la esfera de los miembros. Efesios habla acerca del futuro de los miembros. Efesios 5:29-30 dice claramente: “Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida con ternura, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de Su Cuerpo”. Somos los miembros del Cuerpo de Cristo. Leamos los versículos anteriores. Los versículos del 25 al 27 dicen: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a Sí mismo por ella, para santificarla, purificándola por lavamiento del agua en la palabra, a fin de presentársela a Sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin defecto”. Si leemos toda esta sección desde el versículo 25 hasta el 30, descubriremos que la iglesia es el Cuerpo de Cristo. Cristo está lavando la iglesia mediante el agua que está en la palabra. El la lavará continuamente hasta que llegue a ser santa. El fin es presentársela a Sí mismo una iglesia gloriosa. Si algunos de la iglesia se pierden, tendremos un Cuerpo mutilado y no se presentará una iglesia gloriosa. Las personas no permanecerán, mucho menos la iglesia gloriosa. Esta iglesia no tiene mancha ni arruga ni cosa semejante. ¿Qué significa esto? Efesios 5 explica: “Sino que fuese santa y sin defecto”. No tener mancha es no tener marcas. Si existe la posibilidad de que los miembros de Cristo perezcan, entonces no solamente habrá manchas, sino también partes mutiladas. Sin embargo, la Biblia dice que este Cuerpo no solamente no tiene miembros mutilados, sino que tampoco tiene ninguna mancha.

Por lo tanto, no podemos perder nuestra salvación. Puesto que Cristo tendrá una iglesia gloriosa sin mancha ni arruga, que le será presentada santa y sin mancha, ninguno de nosotros puede perecer.

SOMOS LA CASA ESPIRITUAL QUE DIOS ESTA EDIFICANDO

En quinto lugar, la iglesia no solamente es un Cuerpo. Cuando todos los cristianos son reunidos delante de Dios, llegan a ser un templo. Cada cristiano es una piedra, y la iglesia es la casa espiritual que Dios está edificando. El Señor Jesús es el fundamento de este templo espiritual. El es una gran roca. Cada uno de nosotros los cristianos es una piedra pequeña edificada sobre el Señor Jesús para llegar a ser el templo de Dios y Su habitación. De esto se habla en 1 Pedro 2:5. Si existiera la posibilidad de que un cristiano

pereciera, el templo de Dios volvería más desagradable que nuestro ruinoso salón de reunión; en un minuto serían quitadas las piedras y en otro serían puestas de nuevo y las paredes estarían llenas de hoyos. Si ése fuera el caso, ¿por qué Dios no tomaría una decisión antes de salvar al hombre? Dios tiene la intención de que seamos edificados como casa espiritual. Si es una casa espiritual, entonces ninguna piedra puede perderse. Si alguna piedra se pudiera perder, la casa espiritual tendría problemas y no alcanzaría el nivel apropiado.

En 1 Reyes 6:7 del Antiguo Testamento se nos dice cómo fue edificado el templo de Salomón. El capítulo cinco relata cómo Salomón envió hombres a las montañas para cortar piedras. Las piedras se cortaron en el monte. En el capítulo seis se nos dice que las piedras fueron llevadas al monte Moriah para la edificación. Así que, cuando se edificaba el templo no se oía ruido de ningún instrumento de hierro. No hubo necesidad de ningún corte adicional. Antes de que los materiales fueran llevados a la edificación, los artesanos experimentados habían calculado exactamente y lo habían preparado todo en el monte. No era necesario mejorar nada; todo fue hecho de manera apropiada. Si mientras se edificaba el templo terrenal, los hombres expertos de Salomón pudieron cortar las piedras tan bien que fueron exactas en cada lado y no hubo necesidad de mejoramiento, ¿acaso puede Dios cambiarnos, las piedras vivas, cada dos o tres días cuando edifique el templo espiritual? ¿Acaso Dios podrá equivocarse? ¿Acaso no sabrá Dios cómo calcular? ¿Es Dios peor que el hombre? En el Antiguo Testamento, Dios dio al hombre la tarea de edificar. En el Nuevo Testamento, El mismo edifica. ¿Acaso es la propia obra de Dios inferior a la del hombre? Si los creyentes son las piedras para la edificación de la casa espiritual, ¿pueden perderse? Por lo tanto, si estamos en el templo de Dios, nunca podemos perdernos.

TENEMOS AL ESPIRITU SANTO COMO EL SELLO Y COMO LAS ARRAS

En sexto lugar, hay otra cosa muy importante y maravillosa. En el momento en que cada incrédulo es salvo, no solamente recibe la vida eterna y llega a ser un miembro de Cuerpo de Cristo y una piedra viva del templo, sino que también recibe al Espíritu Santo como sello. Dios ha puesto el sello del Espíritu Santo en él. Efesios 1:13-14 dice: “En El también vosotros, habiendo oído la palabra de la verdad, el evangelio de vuestra salvación y en El habiendo creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa”. ¿No es ésa nuestra historia? Hemos oído el evangelio de nuestra salvación y hemos creído en Cristo. ¿Qué sucedió después de que creímos? Fuimos sellados con el Espíritu Santo de la promesa. Cada cristiano tiene el sello del Espíritu Santo. Es muy obvio que el Espíritu Santo no pertenece solamente a algunos cristianos especiales, y que no son solamente los cristianos especialmente santificados quienes tienen la vida. El versículo

13 dice que todos los que han oído el evangelio de la salvación y que han creído, han recibido al Espíritu Santo como el sello. Esto prueba que el sello del Espíritu Santo es algo que todos los cristianos tienen en común. Tan pronto como alguien cree, es salvo y tiene al Espíritu Santo como el sello.

¿Qué significa que un cristiano tenga al Espíritu Santo como el sello? ¿Qué es un sello? Hay más de tres millones de personas en Shangái. ¿Cómo sabe Dios quiénes le pertenecen y quiénes no? Si usted me trae una Biblia hoy, ¿cómo sé que es suya? Existen muchísimas Biblias como la suya. La Sociedad Bíblica recientemente publicó un reporte diciendo que el año pasado vendió más de once millones de Biblias. De entre todas esas Biblias, ¿cómo sabe usted cuál es suya? Cuando usted va a casa y sella su Biblia, usted sabe que es suya. Aún si usted mezclara esta Biblia con todas las Biblias del mundo, usted podría identificarla como suya. Hoy en día, debido a que hay tantas personas en el mundo, ¿cómo sabe usted cuáles pertenecen a Dios y cuáles no? Dios ha puesto un sello en usted, el cual demuestra que usted le pertenece. Dios no lo selló a usted en su frente con un gran sello de madera. No es como el anticristo venidero, quien pondrá una marca en la frente de los hombres. Dios puso al Espíritu Santo en usted como un sello. Todos los que tienen al Espíritu Santo, pertenecen a Dios. Todos los que no tienen al Espíritu Santo, no pertenecen a Dios. En el momento en que un hombre es salvo, Dios hace la obra de sellarlo y pone el Espíritu Santo dentro de él para demostrar que éste pertenece a Dios.

Si el sello del Espíritu Santo en nosotros puede ser borrado, entonces sí es posible que perezcamos; podemos decir que no le pertenecemos. Podemos considerarnos como típicas personas del mundo o incluso como enemigos de Dios. Pero, si este sello está dentro de nosotros, entonces sí le pertenecemos a Dios. ¿Cuánto tiempo estará el sello de Dios en nosotros? La última parte de Efesios 4:30 dice: “En el cual fuisteis sellados para el día de la redención”. Aquí la expresión “el cual” se refiere al Espíritu Santo. La cláusula anterior dice: “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios”. Este sello durará hasta el día de la redención. ¿Cuánto tiempo dice la Biblia que tendremos el sello del Espíritu Santo? No solamente lo tendremos por tres o cinco años o por trescientos o quinientos años, sino hasta el día de la redención. ¿Cuál es el día de la redención? Romanos 8 dice que el día de la redención es el día cuando el Señor Jesús regresará. El día de la redención será el día en que nuestros cuerpos serán redimidos (v. 23). Por lo tanto, éste denota el día cuando el Señor Jesús regrese. El sello del Espíritu Santo permanece en nosotros hasta la segunda venida del Señor Jesús.

Cuando el Señor Jesús regrese de nuevo (no al momento del primer arrebatamiento al principio de la tribulación, sino el tiempo en que todo el Cuerpo sea arrebatado), todos los creyentes serán tomados al aire. El Señor Jesús enviará a los ángeles a reunir a estos

creyentes. Los ángeles están limitados. Ellos no son omniscientes, no saben todo. Los ángeles son los siervos enviados a invitar a los invitados. Cuando estos ángeles vean a todos los que tienen el sello del Espíritu Santo, los juntarán. Así que, el Espíritu Santo no está en nosotros por tres o cinco días o por trescientos o quinientos días, sino hasta el día del arrebatamiento. Hoy en día, si un hombre dice que puede perder su salvación y perecer, entonces yo le preguntaría, ¿qué hará con el sello del Espíritu Santo? Puesto que Dios ha dicho que hemos sido sellados por El, no hay nada que podamos hacer para quitar este sello. Dios ha dicho que este sello permanecerá hasta el día de Jesucristo y del arrebatamiento.

En Juan 14 el Señor Jesús dijo que el Espíritu Santo estaría con nosotros para siempre (v. 16). Una vez que el Espíritu Santo del Nuevo Testamento entre en nosotros, nunca nos dejará. Nunca crean en el diagrama que algunos cristianos enseñan, el cual muestra a un hombre que tiene un corazón lleno de serpientes, cerdos, perros y muchos otros animales. Al lado del corazón está una paloma que representa al Espíritu Santo. Cuando el corazón del hombre está limpio, el Espíritu Santo supuestamente entrará en él y permanecerá allí, y todos los otros animales se irán. Pero si su corazón no está limpio, la paloma volará y todas las otras cosas entrarán. ¡Esto es absolutamente incorrecto! El Espíritu Santo nunca puede volar de nosotros.

La Biblia dice que no debemos contristar al Espíritu Santo (Ef. 4:30). La tristeza es la expresión del amor; el enojo es la expresión del odio. Dondequiera que hay odio, hay enojo. Dondequiera que hay amor, hay tristeza. Recordemos que tanto el enojo como la tristeza provienen de los errores. Ambos casos son causados por los errores. Si hay amor, los errores producirán tristeza. Si hay odio, los errores resultarán en enojo. Si usted ama a una persona, se entristecerá por sus errores. Si usted odia a una persona, se enojará de sus errores. Ambos son causados por la misma cosa: los errores. Sin embargo, los resultados son diferentes. Aquí, no hay enojo, sino tristeza. La Palabra no dice que no debemos enojar al Espíritu Santo, sino que no debemos contristar al Espíritu Santo. El no está sobre nosotros, sino dentro de nosotros. Cuando ve nuestras fallas, se contrista dentro de nosotros pero no se va. La razón por la cual El no se va se debe a que El es un sello. Como sello, El estará en nosotros hasta el día de la redención. Si leemos la Palabra de Dios, no podremos negar este hecho.

En el Antiguo Testamento, el salmo 51 presenta una oración muy preciosa. Allí David ora que el Señor no quite de él Su Espíritu de santidad (v. 11). Sin embargo, en el Nuevo Testamento, ningún creyente puede hacer esta oración. Todos los que no conocen la Biblia pueden orar pidiendo que Dios no quite el Espíritu Santo de ellos. Pero todos los que conocen la Palabra de Dios saben que el Espíritu Santo sólo puede ser contristado dentro de nosotros; El no se irá de nosotros. No digo que es del todo correcto que los

cristianos pequen. Lo que digo es que cuando fuimos salvos, el Espíritu Santo entró en nosotros para ser nuestro sello. Este hecho no tiene nada que ver con nuestra debilidad o nuestro pecado. Los dos son asuntos completamente diferentes.

Si perecemos, ¿quién sufre verdaderamente? Si pierdo un himnario, por supuesto, el himnario sufre. Pero, el primero que sufre soy yo. He gastado el esfuerzo por obtener el himnario. He pagado el precio por obtenerlo. Por lo tanto, soy yo el que más sufre. ¿Cómo nos ganó Dios? Estábamos muertos en pecados y estábamos caídos. Fue Dios quien hizo que Su Hijo muriera por nosotros y derramara Su sangre para redimirnos con un gran precio. No pensemos que si perdemos nuestra salvación, solamente somos nosotros quienes perdemos y quienes sufrimos. Recordemos que hemos sido comprados por Dios. Si perdemos nuestra salvación, Dios también perderá algo. Hemos sido comprados por Su sangre. ¿Por qué Dios nos preserva? Nos preserva por Su propia causa. Si nos perdemos, quien sufre no es nosotros, sino Dios.

El problema más grande hoy en día es que no creemos cuán importantes somos en las manos de Dios. Al hombre le es difícil creer que Dios lo ame, que Dios lo quiere. Siempre piensa que Dios no lo necesita. Dios ha entregado a Su Hijo por nuestra causa y le ha enviado al mundo para que pasara por todos los sufrimientos por nuestra causa. El fue crucificado en la cruz con el propósito de ganarnos. Si a El no le importa, ¿a quién le importaría? Si no salvaguardo mi himnario, ¿podría cuidarse a sí mismo? Efesios 1:13 dice que el Espíritu Santo está en nosotros como un sello. Después el versículo 14 nos dice que el Espíritu Santo viene para ser el sello porque somos la posesión adquirida de Dios. Por lo tanto, podemos decirle a todo el mundo que somos la posesión de Dios. No es cuestión de que nos perdamos o no, sino de que Dios nos pierda o no. No somos nosotros quienes nos guardamos. No tenemos que agotar nuestra mente pensando en este asunto. Toda la obra es de El. Si no fuera así, ¿por qué El envió a su Hijo unigénito a la cruz? Si El ha hecho un gran esfuerzo y pagado un gran precio para enviar a Su Hijo a la cruz, El debe hacer un gran esfuerzo y pagar un precio aún más grande para guardarnos de perdernos.

Supongamos que tenemos un anillo de diamante muy precioso y muy costoso, una perla muy preciosa o una gema muy costosa. Lo que gastemos para adquirirlos, será la misma cantidad que gastaremos para preservarlo. Si lo compramos con diez mil dólares, no lo perderemos tan fácilmente; indudablemente lo guardaríamos con gran cuidado. Tenemos que darnos cuenta de que hemos sido comprados por Dios con el más grande precio. Somos salvos por el Hijo de Dios. El Hijo de Dios es más grande que todo el mundo y todo el universo. No pensemos que no le importamos a Dios. Dios nos trata de la misma manera en que nosotros tratamos nuestro tesoro. El buen pastor buscó a la oveja (Lc. 15); la oveja no buscó al buen pastor. El Señor Jesús dijo que un día El moriría

aún por uno de Sus extraviados. No les toca a las ovejas hacerlo, sino al buen pastor. El es quien murió por las ovejas. Delante de Dios, somos los que han sido comprados por El. Si nos perdemos, Dios es quien sufrirá. Por lo tanto, debemos recordar que no existe la posibilidad de que nos perdamos, debido a que tenemos al Espíritu Santo como un sello.

¿Acaso puede la gracia que Dios da al hombre ser preservada por el hombre? Si fuera preservada por el hombre, ya la hubiéramos perdido hace mucho. No solamente nosotros la hubiéramos perdido, sino incluso Pedro y Pablo la hubieran perdido. Tenemos que darnos cuenta de que Dios ya nos ha apartado completamente. Todo es de Dios. Sólo es Dios quien nos ha salvado. Sólo Dios nos preserva. Que Dios nos muestre claramente cuánto dura nuestra salvación, a fin de que podamos quitar todos los pensamientos carnales y aceptar los pensamientos Suyos.

CAPITULO DIECISEIS

LA SALVACION ES ETERNA: RAZONES POSITIVAS

(2)

Anoche vimos varias cosas que Dios ya ha hecho. Cuando fuimos salvos, Dios nos dio Su Espíritu Santo como el sello. El Espíritu Santo no sella un sello en nosotros, sino que el Espíritu Santo es un sello sobre nosotros; el Espíritu Santo es el sello de Dios sobre nosotros. Este sello permanecerá hasta el día de la redención. Por lo tanto, ningún cristiano puede perder su salvación. Esta noche continuaremos para ver que el Espíritu Santo no es solamente el sello dado a nosotros por Dios, sino también las arras dadas a nosotros por Dios para asegurarnos de nuestra herencia eterna. El Espíritu Santo es la prueba de que hemos recibido la herencia.

Aquí vemos que hay dos aspectos del Espíritu Santo en nosotros. Por un lado, Dios pone Su Espíritu Santo en nosotros como el sello para probar que le pertenecemos a Dios, por otro, Dios pone Su Espíritu Santo en nosotros como las arras para que sepamos que todo lo que Dios nos dará está garantizado. Uno puede ver que estos dos aspectos son diferentes. Por un lado, el Espíritu Santo hace que Dios sepa que le pertenecemos a El. Ya hemos visto al Espíritu Santo como el sello, ahora queremos ver al Espíritu Santo como las arras.

Leamos Efesios 1:14, que dice: “que es las arras de nuestra herencia”. Cuando creímos en el Señor Jesús, Dios nos prometió que nos daría la herencia incorruptible en los cielos. ¿Cómo podemos saber que Dios no cambiará y la recogerá? Sabemos que Dios no la retendría debido a que Dios dio el Espíritu Santo como prueba o como arras. La palabra “arras” en el idioma original significa un depósito. Originalmente debo pagar a alguien veinte mil dólares, pero ahora primero le pago doscientos como un depósito. Un depósito significa dar un poco a alguien hoy y una cantidad más grande después. ¿Nunca ha pagado o recibido usted un depósito cuando compra o vende algo? Cuando usted alquiló una casa ¿pagó un depósito? Originalmente, uno debe pagar treinta dólares al mes al propietario, pero ahora uno paga cinco dólares de depósito por la casa. Cuando se dan los cinco dólares se le está diciendo al propietario que con seguridad se le pagarán después los veinticinco dólares restantes. Dios dijo que le dará a usted la herencia incorruptible en los cielos. ¿Cómo sabe usted que definitivamente obtendrá esa herencia en el futuro? ¿Cómo sabe que no la perderá? Sabemos esto porque se nos ha dado el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es la primera cantidad de dinero, la garantía

subsidiaria, las arras y el depósito, la prenda dada a nosotros por Dios. Cuando Dios nos da al Espíritu Santo, El nos dice que toda la herencia en los cielos será nuestra en el futuro.

Si una persona fuera a perder su salvación después de creer en el Señor Jesús, ¿qué haría esta persona con la prenda de garantía dada por Dios? Por ejemplo, tengo una casa que alquilo por cincuenta dólares al mes. Un hermano la alquila y da primero cinco dólares como desembolso inicial. Ahora faltan cuarenta y cinco dólares. El dice que sin duda me dará los cuarenta y cinco dólares restantes. Si después de un poco de tiempo no me da los cuarenta y cinco dólares ¿qué debo hacer? Le confiscaría los cinco dólares. Sin embargo, Dios no puede hacer esto. En primer lugar, la promesa que Dios nos ha dado no puede fallar. Incluso si Dios no nos hubiera dado el depósito, mientras El lo haya dicho, lo cumplirá. Incluso si Dios no nos da arras o depósito, cuando El dice que nos dará una herencia, El indudablemente guardará Su palabra. Debido a que nuestra mente está llena de legalidad, Dios nos dio al Espíritu Santo como una prueba para que supiéramos que Dios nos ha dado el depósito. Puesto que tenemos el depósito ¿no nos dará El la herencia?

Hay una sección maravillosa en el Antiguo Testamento. Génesis 24 nos muestra al criado anciano de Abraham que le buscaba una esposa a Isaac. El criado llevó con él muchas riquezas y cosas preciosas de la casa de Abraham. Después de haberse arreglado con Rebeca acerca del matrimonio con Isaac, le dio todas estas cosas a Rebeca como regalos de compromiso. Por un lado, el criado anciano le dio todo esto a ella, lo que estaba en su nariz, dedos, cabeza, cuello y manos para adornarla. Por otro, todas estas cosas le indicaban a Rebeca que sólo eran una pequeña muestra ya que con el tiempo todas las posesiones de Isaac serían de ella.

Después de que somos salvos, debido a nuestra incredulidad, tal vez pensemos que Dios no tuvo la intención de salvarnos. Nos preguntamos, que sucedería si la salvación solamente fuera un juguete de Dios con respecto a nosotros, el cual después de unos cuantos años o unas cuantas décadas se perdiera y nos perdiéramos de nuevo. A Dios le preocupa que existan dudas en nuestro corazón. El puso el Espíritu Santo dentro de nosotros como prueba para asegurarnos que El definitivamente nos dará la herencia. Mis amigos, cuando vean al Espíritu Santo dentro de ustedes comprenderán que definitivamente ustedes obtendrán la herencia eterna. Si Dios no nos fuera a dar la herencia futura, ¿por qué nos dio al Espíritu Santo? Si Dios no nos va a dar la herencia futura, las arras del Espíritu Santo carecen de significado. Nuestra salvación no puede perderse, debido a que se nos ha dado al Espíritu Santo como las arras. Mientras el Espíritu Santo esté con nosotros, somos salvos. La Biblia dice que El estará con nosotros

hasta el día de la redención. Por lo tanto, podemos decir con seguridad y teniendo pruebas concretas que sí obtendremos la herencia futura.

LOS CREYENTES SON LOS DONES DADOS POR DIOS AL SEÑOR JESUS

En séptimo lugar, existe otra razón por la cual no perderemos nuestra salvación. En la Biblia vemos que existe una relación entre el Señor Jesús y Dios y entre el Señor y nosotros. Muchos cristianos no han visto claramente la relación que existe entre Dios, el Señor Jesús y nosotros los pecadores. Por lo tanto, ellos malentienden y piensan que ellos pueden perder su salvación. Existe una palabra maravillosa en la Biblia que dice que nosotros los cristianos, los pecadores salvos, somos los dones dados por Dios al Señor Jesús (Jn. 17:6). El Padre está aquí, y el Hijo también está aquí. El Padre dio a los salvos como dones, al Señor Jesús. Si Dios nos ha dado como dones al Señor Jesús, ¿existe la posibilidad de que perdamos nuestra salvación? Tenemos que considerar el asunto desde dos perspectivas.

Por un lado, Dios nos dio como dones al Señor Jesús. Si pereciéramos y perdiéramos nuestra salvación, si nuestra salvación no fuera eterna, el hecho de que Dios nos diera al Señor Jesús llegaría a ser una broma para el Señor. Esto es como una madre que le da burbujas de agua jabonosa a su hijo. ¿Ha jugado usted alguna vez con burbujas de agua jabonosa? Si introduce un tubo en agua jabonosa y le sopla al tubo, salen burbujas. Sabemos que esas burbujas desaparecerán en unos cuantos minutos. Sin embargo, cuando el hijo las ve, él se emociona, esto se la hace muy divertido. El no sabe que se romperán después de un momento.

Si Dios no fuera omnisciente, sería posible que pereciéramos porque Dios no sabría si nuestra salvación es temporal o permanente. Sin embargo, Dios es omnisciente, El sabe si seremos salvos eterna o temporalmente. Si Dios no fuera omnisciente, sería posible que El nos diera como una burbuja de agua jabonosa al Señor Jesús. Pero, si Dios es omnisciente, El sabe que después de tres o cinco años, esa burbuja se rompe. Si El hiciera eso, El simplemente estaría dando aire al Señor Jesús; no le estaría dando un don. Dios es un Dios eterno; todo lo que hace es eterno. Si Dios nos da como don al Señor Jesús, El no puede considerar eso solamente como un regalo cualquiera.

Segundo, que Dios hiciera esto causaría también un problema al Señor Jesús. Supongamos que Dios nos dio al Señor Jesús, pero tres o cinco años después perecimos y perdimos nuestra salvación. Para nosotros, la hubiéramos perdido. Pero, ¿de quién sería la culpa de perderla? Usted podría culpar al don dado por Dios de ser corruptible. Pero también podría culpar al Señor Jesús por no ser capaz de cuidarlo. Muchas veces

las personas me han enviado muy buenos regalos. Cuando me ausenté de la casa, perdí uno de ellos, o lo dañé. Aquí puedo culpar al regalo de ser corriente o culparme a mí mismo por ser descuidado en guardarlo. Dios le dijo al Señor Jesús que El le dio estas personas. ¿Qué sucedería si un día esas personas se perdieran? No podemos culpar solamente a Dios por darle un don al Señor Jesús, sino que también tenemos que culpar al Señor Jesús por no ser capaz de guardar a aquellos que Dios le haya dado.

En Juan 17:6, el Señor Jesús le dijo al Padre: “He manifestado Tu nombre a los hombres que del mundo me diste; Tuyos eran y me los diste, y han guardado Tu palabra”. Todos los cristianos salvos son dados y concedidos por Dios al Señor Jesús. El versículo 9 dice: “Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo”. El Señor Jesús no oró por el mundo, sino “por los que me diste, porque Tuyos son”. Por lo tanto, los cristianos somos los dones dados por Dios al Señor Jesús. El versículo 12 dice: “Cuando estaba con ellos, Yo los guardaba en Tu nombre, el cual me has dado, y Yo los guardé; ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición”. En la oración del Señor, El dijo que El había guardado a cada uno de los que Dios le había dado. Solamente hubo un hijo de perdición. Fue Judas. Judas nunca creyó; desde el principio fue el hijo del enemigo y nunca fue salvo. El Señor Jesús dijo que con excepción de Judas, ninguno de los que Dios le había dado se perdió.

Mis amigos, tienen que saber que Dios ya los ha dado a ustedes al Señor Jesús; El ya lo ha entregado a usted. Esto es como una joven dada en matrimonio. Cuando fuimos salvos, Dios ya nos había entregado al Señor Jesús. Por lo tanto, todos aquellos a quien Dios ha dado al Señor Jesús, quienes han creído en el Señor Jesús, serán guardados por El. El Señor Jesús dijo: “Yo los guardaba en Tu nombre, a los que me diste”. ¿Cómo puede un cristiano perder su salvación? Después de que Dios lo ha dado a usted al Señor Jesús ¿cómo puede usted desaparecer? La Biblia dice que ninguno de aquellos que Dios le ha dado al Señor Jesús perecerá.

Dios le ha dado tantos de nosotros al Señor Jesús. Consideren esto: Después de que Dios nos ha dado a todos al Señor Jesús, ¿podemos perdernos después de tres o cinco años, simplemente porque no somos buenos? Usted debe escuchar lo que el Señor Jesús dijo en Juan 6:37: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a Mí; y al que a Mí viene, por ningún motivo le echaré fuera”. ¿Por qué creyó usted en el Señor Jesús? ¿Por qué vino a El? Usted vino al Señor Jesús y lo recibió debido a que Dios lo dio a usted al Señor Jesús. “Todo lo que el Padre me da, vendrá a Mí”. En otras palabras, todos los que vienen al Señor son dados a El por el Padre. La única razón por la que usted viene al Señor Jesús, que usted lo recibe como Señor, que usted confía en Su obra redentora y en Su resurrección como Su prueba de justificación, es que Dios lo ha dado a usted al Señor Jesús. En el cielo Dios lo dio a usted al Señor Jesús y en la tierra usted creyó en El y vino

a El. Dios lo entregó para que usted viniera al Señor Jesús. ¿Qué dice después de esto? “Y al que a Mí viene, por ningún motivo le echaré fuera”. No hay manera de que perdamos nuestra salvación debido a que Dios ya nos ha dado al Señor Jesús.

Eso no es todo. Existe otra sección en la Biblia, Juan 10:29, la cual dice: “Mi Padre que me las dio”. ¿Quiénes son las ovejas del Señor Jesús? Nosotros somos las ovejas. En el Evangelio de Juan, se nos muestra muchas veces que somos el don dado al Señor Jesús por Dios. Dios no puede darnos como un don que carece de sustancia y el Señor Jesús simplemente no puede desecharnos después de que nos ha recibido. No piense que nuestra salvación es algo insignificante. Puesto que no somos salvos al hacer esto o aquello, tampoco podemos dejar de ser salvos al hacer esto o aquello.

Doy gracias a Dios que anteriormente era un pecador. Yo, Watchman Nee, no estaba buscando ser salvo. Yo lo rechacé y me le opuse. Pero inesperadamente, Dios me trajo e hizo que aceptara la palabra que anteriormente había rechazado. Dios me tomó y me entregó en manos del Señor Jesús. Una vez que fui dado, ya no tuve ninguna manera de escapar. Cuando Dios me entregó en manos del Señor, lo recibí como el Salvador. Desde ese día, estuve en manos del Señor. Puesto que hemos sido dados por Dios y recibidos por el Señor Jesús, ¿cómo podemos escapar? Si estuviésemos obrando por nosotros mismos y si estuviéramos tratando y luchando por salvarnos a nosotros mismos, una vez que mostráramos negligencia o descuido estaríamos terminados. Sin embargo, debemos comprender que Dios es quien nos ha entregado en manos del Señor Jesús y quien nos ha salvado.

Déjeme darle un ejemplo no muy adecuado. Sabemos que recientemente Szechwan tuvo una hambruna severa. Yo leí muchos reportes acerca de esto. Niños de dos años, que ni siquiera podían hablar todavía, estiraban sus manos pidiendo algo. Ellos pedían alimentos y ropa y mantuvieron sus vidas mendigando en las calles; no tenían otra manera de seguir adelante. Supongamos que había una persona rica que tenía abundante comida y ropa en casa. Si yo le entregara uno de esos niños a esa persona, con respecto a las cosas materiales, se podría decir que el niño era salvo. Una vez que le entrego al niño, él es salvo. De la misma manera, nosotros los pecadores estábamos muertos en pecados y estábamos pereciendo. Pero tan pronto como Dios nos entregó en manos del Señor Jesús, fuimos salvos. Ser salvos significa ser entregados por Dios. Mientras estábamos muertos en pecado y estábamos esperando el juicio bajo condenación, Dios nos entregó. Como resultado fuimos salvos. Esto no tiene nada que ver con usted. Puesto que Dios lo ha recibido a usted, El no puede abandonarlo. Usted era una persona perdida. No tenía alimento ni vestido. Dios lo entregó a usted en manos del Señor Jesús, y El lo recibió a usted. ¿Cómo puede usted ser echado fuera? No existe manera de que esto pueda ser hecho. Dios ha dado y el Señor Jesús ha recibido. El Señor

dijo que el que viene a El no será abandonado. Todo el que es dado a El por Dios no será abandonado por El. Por lo tanto, no hay manera de que tal persona perezca. Si usted pudiera perecer, significaría que Dios no es consistente. Dios ya nos ha dado; y el Señor Jesús ya nos ha recibido. ¿Cómo puede usted perecer? Sería un milagro si fuera posible que usted pereciera. Puedo decirle a Dios: “Dios, te agradezco. Era un pecador; estaba muerto en pecado. Mientras todavía era un pecador, no tenía deseos de ser salvo. Pero Tú me entregaste, y el Señor Jesús me recibió. Una vez que Tú me entregaste, y El me recibió, no puedo evitar, sino ser salvo”.

El Señor Jesús dijo: “Y al que a Mí viene, por ningún motivo le echaré fuera”. En el idioma original se pone mucho énfasis a la frase “por ningún motivo”. Significa a pesar de todo. “Por ningún motivo” es una expresión fuerte, pero debido a nuestra familiaridad con las palabras, no le prestamos mucha atención. Significa que sin importar cualquier cosa, el Señor no nos abandonará. Definitivamente no existe ningún cristiano que El haya abandonado. Somos salvos debido al Señor Jesús; también podemos continuar en nuestra salvación y ser preservados en ella debido al Señor Jesús. Si usted piensa que la salvación es del Señor pero que la preservación es de nosotros, descubrirá que nadie puede preservarse a sí mismo ni por siquiera un solo día. Estoy haciendo a un lado al hombre, estoy menospreciando al hombre, pero estoy exaltando al Salvador. Todo se lleva a cabo por El. Esto es un don; es un regalo. Nunca seremos abandonados.

EL SEÑOR JESUS ES NUESTRO SUMO SACERDOTE

Ahora venimos al octavo punto. Es muy precioso saber de la Biblia, que el Señor Jesús es nuestra ofrenda, sin embargo es más precioso saber que El es nuestro Sumo Sacerdote. En muchas ocasiones les he preguntado a los hermanos en diferentes lugares qué haríamos si el Señor Jesús no fuera nuestro Salvador. Muchos han dicho que no tendríamos esperanza. Si el Señor Jesús no fuera nuestro Salvador, estaríamos terminados, no habría manera de que fuésemos salvos. Luego pregunté qué pasaría si el Señor Jesús no fuera nuestro Sumo Sacerdote. Muchos dijeron que no habría mucha diferencia. Ellos piensan que no habría mucha diferencia si el Señor Jesús fuera o no nuestro Sumo Sacerdote. Tenemos que saber que no existe tal cosa. Podemos guardar nuestra salvación solamente porque el Señor Jesús es nuestro Sumo Sacerdote delante de Dios. No hay necesidad de mencionar los pecados anteriores o los pecados de ayer. Simplemente los pecados que hemos cometido hoy son suficientes para que perezcamos. Podemos seguir siendo salvos solamente porque el Señor ora por nosotros. La intercesión del Señor Jesús nos mantiene salvos. Hebreos 7:25 dice: “Por lo cual puede también salvar por completo a los que por El se acercan a Dios”. ¿Por qué El puede hacer esto? “Puesto que vive para siempre para interceder por ellos”. La Biblia

claramente nos dice que el Señor Jesús es capaz de salvar a lo sumo, a los que se acercan a Dios por medio de El. Algunas personas tal vez digan que podemos perder nuestra salvación o que todavía podemos perecer. Si este fuera el caso, ¿dónde pondría la oración del Señor Jesús? Dios dice que el Señor Jesús vive siempre para interceder por nosotros. El sigue viviendo para interceder por nosotros.

¿Quién puede comprender toda la eficacia de la intercesión del Señor Jesús por nosotros? Si usted tiene un amigo que no es salvo y ora por él, Dios puede salvarlo. ¡Cuánto más puede el Señor Jesús, que siempre está delante de Dios intercediendo por nosotros, mantenernos salvos por siempre! Supongamos que usted tiene un amigo que cae después de creer en Jesús. Usted ora por él y le escribe cartas esperando que de nuevo él sea un buen cristiano. Dios oye sus oraciones. Después de unos cuantos años él es avivado. Ahora, ¿no sería mucho más eficaz la oración continua, eterna y duradera del Hijo de Dios, el Señor Jesucristo, quien siempre está delante de El? Debido a que el Señor Jesús es el Sumo Sacerdote perpetuamente vivo, quien intercede por nosotros delante de Dios, indudablemente seremos completamente salvos por El.

Me siento muy feliz de una cosa. Quizás otros se olviden de orar por mí, sin embargo soy una persona por la cual se ora. Es posible que el hombre deje de orar por mí, sin embargo todavía soy una persona por la cual se ora, porque el Señor Jesús siempre ora por mí. Tengo a alguien que es el Sumo Sacerdote delante de Dios. Aunque quizás el hombre se olvide, El nunca se olvida. El vive para siempre como el Sumo Sacerdote para interceder por nosotros.

El Señor Jesús nos dijo que El ora por todos los que creen; por todos los que le pertenecen. No ora por los del mundo. En Juan 17 lo que acabamos de leer es muy claro. El versículo 9 dice: “Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo”. Aquí, “ellos” se refiere a los que le dio el Padre, como se menciona en los versículos anteriores. “No ruego por el mundo; sino por los que me diste”. Aquí vemos el alcance de la oración del Señor; ora por los que creen en El, y no por el mundo. Existe otro asunto que de paso lo podemos mencionar. El Padre está relacionado con el mundo, y el Hijo está relacionado con la iglesia. El Nuevo Testamento nunca dice que Cristo amó al mundo; uno sólo puede ver que Dios ama al mundo. Por otro lado, uno ve que Cristo ama a la iglesia y que se dio por ella. La esfera del Padre es el mundo y la esfera del Hijo es la iglesia. El dijo que no oró por el mundo. El efecto de Su obra hizo que el mundo fuera salvo, sin embargo Su oración, Su sacerdocio, solamente se aplica a los cristianos. No es para los de afuera.

El ora por nosotros. ¿Cuál es el propósito de que El ore por nosotros? El ora para que Dios nos guarde y nos proteja a fin de que seamos como El, para que podamos ser separados del mundo y para que seamos uno. No importa cuán fuerte sea el mundo,

cuán severas sean las tentaciones de Satanás o cuán intensa sea la carne del hombre, la oración del Señor constituye toda la fuerza; El es capaz de guardarnos. Si Dios no fuera un Dios que escucha la oración, no sucedería nada. Pero Dios es un Dios que escucha la oración. En Juan 11 el Señor Jesús dijo: “Padre, gracias ... Tú siempre me oyes”. Si Dios sigue escuchando las oraciones, es imposible que nosotros no seamos salvos. Amigos, antes de que puedan perecer, primero tendrían que escapar de la oración del Señor Jesús. La oración del Señor Jesús es la barandilla del infierno. Si usted quiere irse al infierno, primero necesita brincar esta barandilla. Si usted no puede hacer a un lado la oración del Señor Jesús y si no puede deshacerse de la barandilla de la oración, no tiene manera de perecer. Gracias a Dios que la oración del Señor Jesús es confiable.

Déjeme mostrarle un ejemplo muy claro. Cuando el Señor Jesús estuvo en la tierra, Pedro le dijo muy orgullosamente: “Aunque todos se escandalicen de Ti, yo nunca me escandalizaré”. Después de esto, Pedro falló. El Señor Jesús le dijo de antemano: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero Yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lc. 22:31-32). Debido a estas palabras, Pedro pudo levantarse de nuevo después de que cayó. No solamente pudo levantarse sino que pudo ayudar a muchos otros. Hoy en día muchas personas se han levantado debido a Pedro. El hecho de que Pedro se volviera de nuevo no procedió de El mismo. Fue el poder de la oración del Señor que lo sostuvo todo el tiempo. Más tarde, cuando él recordó la palabra del Señor, él lloró y se arrepintió. Todo esto provino del poder de la oración del Señor. Dios escucha la oración del Señor.

El Señor Jesús nunca oró por Judas, porque Judas era una persona que estaba pereciendo desde el principio; él no era salvo. Desde el primer día, él estaba pereciendo. El nunca creyó en el Señor Jesús, nunca reconoció al Señor Jesús, como Señor. El simplemente lo llamó Maestro. Judas era una persona que estaba pereciendo. El Señor Jesús no pudo orar por él. Pero, Pedro era una persona salva; él fue salvo definitivamente al final del tiempo de Mateo 16, cuando él confesó que el Señor Jesús era el Hijo del Dios viviente.

No debemos confiar en nuestra propia oración. Más bien debemos confiar en la oración del Señor Jesús. No es un asunto de que oremos fervientemente todos los días. El asunto no es cuántas veces hemos orado en los últimos días. Necesitamos recordar que sin importar cuántas veces oremos, nada será afectado. No es nuestra oración lo que nos mantiene salvos hasta el fin, sino la oración del Señor Jesús. No sé cuántos de los que estamos aquí esta noche creemos en el poder de la oración del Señor Jesús. ¿Puede usted confiarse sin ninguna reserva a la oración del Señor Jesús? Es posible que usted piense que las tentaciones de Satanás son severas, que las tentaciones del mundo son fuertes, que los deseos de la carne son intensos y que los ataques de Satanás son

pesados. Yo no estoy de acuerdo con lo que usted dice. Si nos analizamos, a menudo sentiremos que estamos terminados. Después de unas cuantas más tentaciones de Satanás, pensamos que nuestra carne casi no tiene fuerza. Muchas veces nos sentimos desanimados y no podemos seguir orando. En tales momentos necesitamos mirar al Señor Jesús. El es nuestro Sumo Sacerdote. Tenemos que levantar nuestra cabeza y mirarlo. Debemos decir: “No puedo. Ni siquiera puedo orar. Sin embargo, confiaré en El. El es mi Sumo Sacerdote; El puede salvar por completo a los que se acercan a Dios por medio de El porque El vive siempre para interceder por nosotros”. Tenemos que confiar en El. Ya que tenemos tal Sumo Sacerdote que intercede por nosotros, ¿será posible que perdamos nuestra salvación?

DIOS ES EL QUE NOS GUARDA

No estoy diciendo que debemos olvidarnos de los pasajes difíciles en la Biblia. En el siguiente mensaje veremos esos pasajes. Sin embargo, hay muchas cosas positivas que son innegables. No solamente tenemos la oración del Señor Jesús y la función del Señor Jesús como nuestro Sumo Sacerdote; la Biblia menciona muchas otras cosas además de esto. Nuestra salvación no depende meramente de nuestra fe, sino también del poder guardador de Dios. Nosotros no nos guardamos, sino que el poder de Dios lo hace. Así como fuimos salvos, de la misma manera somos guardados. La condición para recibir salvación es la condición para ser guardados. Es imposible tener una condición para recibir y otra para ser guardados. Recibimos la salvación de Dios por la gracia; y también por la gracia disfrutamos la preservación de Dios. Si decimos que nuestra salvación es por la gracia pero que la preservación es por las obras, nunca hemos leído el libro de Gálatas.

Hemos estudiado los libros de Romanos y Gálatas muchas veces. Romanos habla específicamente con respecto a los pecadores; Gálatas habla específicamente con respecto a los creyentes. Romanos dice que un hombre no puede ser justificado por las obras, y Gálatas dice que el hombre no puede guardar su justificación por las obras. Romanos nos dice que un pecador no puede confiar en las obras; Gálatas nos dice que un creyente no puede confiar en las obras. Romanos nos dice que la justificación de los pecadores delante de Dios no tiene nada que ver con la ley y las obras; Gálatas nos dice que la preservación de los creyentes en la gracia, de igual manera, no tiene nada que ver con la ley. Habiendo empezado por el Espíritu, ¿debemos ser perfeccionados por la carne? Habiendo comenzado por la fe, ¿debemos ser perfeccionados por la ley? Por lo tanto, Romanos es para los incrédulos y habla desde el punto de vista de los incrédulos. Gálatas es para los creyentes y habla desde el punto de vista de los creyentes. Si recibir gracia delante de Dios es gratuito, mantener la salvación delante de Dios debe serlo. La

Biblia nos muestra muy claramente que es Dios más que nosotros mismos quien nos guarda.

Primera Pedro 1:5 dice: “Que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero”. El último paso de la salvación es la redención a la venida del Señor Jesús. La salvación puede dividirse en tres etapas. La salvación de la que se habla aquí se refiere a nuestra redención en el regreso del Señor Jesús. Por medio de la fe estamos siendo guardados por el poder de Dios para la redención. ¿Somos los que nos asimos de Dios o es Dios El que nos sostiene? ¿Nos guardamos nosotros o somos guardados por Dios? La Biblia dice que es Dios quien nos guarda. Aquí el hecho de ser guardados por el poder de Dios implica que si llegáramos a perdernos, la responsabilidad no sería nuestra, sino de Dios. Hablo con reverencia, que si nos perdiéramos, caería más responsabilidad en Dios que en nosotros. Sin embargo, no debemos pensar que los cristianos pueden ser irresponsables. Hablaremos de esto en los siguientes mensajes. Hoy en día, el problema es la salvación. La salvación es algo que tiene que ver completamente con Dios.

Supongan que dejo un sello con el hermano Ma porque tengo que cuidar de algunos asuntos. Si el hermano Ma pierde mi sello, ¿de quién es la responsabilidad?, ¿es mía o del hermano Ma? Es verdad que en parte yo estoy mal por confiar en el hermano Ma; sin embargo la responsabilidad directa está con el hermano Ma ya que yo confié mi sello a él. Si me pongo a mí mismo en las manos de Dios y después perdiera mi salvación, en verdad, yo me hubiera equivocado al confiar en Dios. El error sería directamente de Dios. Sería Dios quien estaría equivocado. Somos preservados por el poder de Dios. Los que no conocen a Dios quizás digan que el poder de Dios podría ser inadecuado para guardarnos. Pero todo aquel que conoce a Dios tiene que inclinarse y decir: “Somos los que estamos siendo guardados por el poder de Dios mediante la fe y definitivamente recibiremos la salvación que está preparada para ser manifestada en el último tiempo”. Pedro estaba seguro de que la recibiremos. No importa que suceda, seremos plenamente salvos.

¿Por qué seremos plenamente salvos? Segunda de Timoteo 1:12 dice: “Yo sé a quien he creído, y estoy persuadido de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día”. Lo que Pablo depositó en el Señor, el Señor lo guardaría hasta el día de Su regreso. Por lo tanto, somos salvos todo el tiempo hasta ese día. Muchas veces considero qué sucedería si un día, yo, Watchman Nee, fuera a ir al infierno. Mi perdición no sería una gran cosa. Sin embargo, si la gloria de Dios sufriera esta pérdida sería algo muy significativo. Que yo fuera al infierno y perezca no importaría mucho, pero la pérdida de la gloria de Dios importaría mucho. Mi perdición no sería tan importante. Pero si pereciera, seguramente Dios no sería glorificado; Su gloria seguramente sería dañada,

porque esto indicaría que Dios no la guardó bien. Si yo pereciera, eso se debería a que Dios no me guardó bien. Por causa de la gloria de Dios, todos los que conocen a Dios y Su poder guardador, dirían que no hay manera para que ellos pierdan la salvación de Dios. ¡Aleluya! No tenemos manera de perderla. La Palabra de Dios es más que clara en este respecto.

Con respecto a los versículos acerca de ser guardados, el que más me gusta es Judas 24-25a. Este pasaje es más peculiar que cualquiera de los otros. El nos dice qué es el nombre de Dios. El nombre de Dios es “Aquel que es poderoso para guardaros de tropiezos, y presentaros sin mancha delante de Su gloria con gran alegría, al único Dios, nuestro Salvador”. ¿Qué es el nombre de Dios? El nombre de Dios es Aquel que es capaz de guardarnos para que no tropecemos; el nombre de Dios es Aquel que es capaz de presentarnos sin mancha y con alegría delante de Su gloria; el nombre de Dios es Aquel que es el único Dios nuestro Salvador. Este es nuestro Dios. ¿Qué significa no tropezar? No dice que Dios nos guardará de caer, sino que El nos guardará de tropezar. Caer es quedar postrado en el piso. Pero tropezar es solamente resbalar. El dice que Dios nos puede guardar para que no tropecemos. Dios no solamente nos guarda de caer, sino que puede guardarnos de resbalar.

Ninguna enseñanza en la Biblia puede tener a los pecadores como su punto de partida; todas las enseñanzas deben tener al Señor Jesús como el punto de partida. Sería terrible si los pecadores fueran tomados como el punto de partida; pero si el Señor Jesús se toma como el punto de partida, las cosas serán claras. Si tomamos a los pecadores como el punto de partida, el problema del pecado llegará a ser oscuro para nosotros. Habrá muchas cosas que no consideraremos como pecados. Muchos asuntos sucios serán considerados como limpios; muchos asuntos que son débiles serán considerados como fuertes; muchas cosas vergonzosas serán consideradas como gloriosas. Incluso después de que hemos llegado a ser cristianos, todavía consideramos muchas cosas pecaminosas como gloriosas. Con aquellos que conocen a Dios, todavía existen muchos pecados que no han sido juzgados. Todavía existen muchos pecados que para un cristiano son gloriosos. Si un creyente no está claro con respecto al asunto del pecado, ¿cuánto más un pecador? Hay muchos pecados que Dios ya ha juzgado en el Señor Jesús, pero no fueron manifestados como pecados para nosotros cuando éramos pecadores. Solamente después de que creímos en el Señor Jesús supimos que eran pecados. Cuando éramos pecadores, no estábamos claros; solamente después de creer en el Señor Jesús estuvimos claros. Sin embargo, incluso los cristianos no son confiables; todavía hay muchas cosas que no ven. Con respecto a perder la salvación de uno, si consideramos el asunto desde el punto de vista del hombre, nunca veremos nada. Si consideramos las verdades de la Biblia desde nuestro propio punto de vista, todo llegará a estar confuso. Podemos pensar que una cosa es más grande que otra. Solamente cuando consideramos

las cosas desde el punto de vista de Dios estaremos claros. La pregunta no es si uno es capaz o no de guardar su salvación. La pregunta es si el Señor Jesús es capaz o no de guardar o no la salvación de uno.

El punto de vista apropiado es el que se origina en el Señor Jesús. Si depende de nosotros guardar nuestra salvación, tal vez no podamos ser capaces de guardarla por dos horas, mucho menos dos días. Pero si el Señor Jesús es quien la guarda, incluso si una persona justa fuera a tropezar siete veces al día, El será capaz de sostenerla. No somos nosotros los capaces, sino Dios es el capaz. Si nos volvemos hacia nosotros mismos, nuestros ojos estarán en la dirección equivocada. La Biblia nos dice que debemos mirar a Jesús, quien es el Autor y Perfeccionador de la fe. El poder que nos guarda es el del Señor y no el nuestro. Podemos confiar en Dios porque es Dios quien nos guarda.

Hoy la pregunta es: ¿Qué método está utilizando Dios para guardarnos? Hoy hemos dado nuestra vida a Dios. ¿Pero cómo nos guardará Dios hasta el día de la venida del Señor Jesús? No hay otra manera sino que Dios esconda nuestra vida juntamente con la vida del Señor en El (Col. 3:3). Mientras leo este versículo me regocijo tanto que puedo reír en voz alta. Nada puede ser mejor que este versículo. No sé si muchos cristianos saben cuán bueno es este versículo. Es imposible perder la vida que Dios nos dio, ya que nuestra vida y la del Señor están escondidas en Dios.

Recuerdo cuando todavía era un incrédulo, como un estudiante, una vez cuando terminé un escrito de algo muy importante, le dije a mi compañero de clases que eso era un asunto muy importante y que no lo vendería ni por cinco mil dólares. Tuve que salir por un momento, y le pedí que me lo guardara en un lugar seguro. Le di la hoja de papel y me fui. Cuando regresé, le pregunté por el papel. Me dijo que no podía dármele porque después de que le había dicho que era tan importante, él lo remojó en agua y se lo tragó. Se palmeó su estómago y me aseguró que el papel estaba allí y que nunca se perdería. Ese día, no sabía si debía reír o llorar con respecto a eso. La hoja de papel estaba en su estómago; nunca se perdería. Pero ni tampoco la tendría. De verdad estaba muy segura. Lo que Dios ha hecho hoy es algo más seguro. Dios ha escondido nuestra vida juntamente con la de Cristo en El mismo. ¿Dónde podemos encontrarla? ¿Cómo podríamos perderla? Para nosotros la vida de Dios solamente se perdería si Dios mismo se perdiera. Gracias a Dios que Dios nunca se perderá. Como resultado, la vida que El puso dentro de un cristiano tampoco puede perderse. La vida de un cristiano está guardada en un lugar seguro; está guardada en Dios.

LAS PROMESAS DE DIOS

Además de los nueve puntos de que ya hemos hablado, todavía hay otro punto. De los nueve puntos que han sido cubiertos, ninguno puede ser derribado por usted, ni siquiera por Dios. Ningún método ni manera puede derribarlos. Una vez que una persona es salva mediante la gracia de Dios, nadie puede echarlo fuera. Sin embargo, el Señor Jesús consideró esto como insuficiente; a El le preocupaba que dudáramos de Su obra. Por esta razón, nos dio las promesas con el propósito de mostrarnos que no nos perderemos. Todos recordamos Juan 10. Esa porción de la Escritura nos muestra claramente cuál es nuestro destino. Nuestro destino no depende de nosotros mismos; más bien, depende del Señor Jesús y del Padre.

Juan 10:28-30 dice: “Y Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de Mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de Mi Padre. Yo y el Padre uno somos”. Aquí la palabra del Señor no puede ser más clara: “Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás”. Estas palabras por sí solas son suficientes. Aquí el Señor habla de una manera muy solemne y definida que “no pereceremos jamás”. Es como decir que jamás seremos echados fuera, como se mencionó anteriormente. También es como decir que no seremos juzgados, sino que hemos pasado de muerte a vida, como se menciona en Juan 5:24. Todas éstas son palabras absolutas: “Y Yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás”. Dios es un Dios eterno. Los que no conocen a Dios no saben lo que El ha hecho. Si un hombre conoce a Dios, sabe que todo lo que El hace es eterno. Dios no hace nada que sea temporal. No cambia a cada rato. Lo que Dios hace lo hace de una vez y para siempre. Dios no cambia después de dos días. Una vez que Dios hace algo lo hace para siempre. Dios no lo va a salvar a usted hoy y mañana lo echa al lago de fuego. No lo va a salvar a usted de nuevo al siguiente día y después al otro día echarlo al lago de fuego otra vez. Si así fuera, el libro de la vida no se vería muy bien, habría borrones y correcciones por todos lados. Dios es eterno. Lo que El nos da es vida eterna. Por eso nunca podemos perecer. Necesitamos ver que todo lo que Dios hace es eterno. Dios no cambiará después de un tiempo. El hombre puede cambiar cuando quiera, pero Dios no. Una vez que El nos salva, somos salvos eternamente. Jamás podremos estar de nuevo en peligro de perecer.

¿Qué pruebas tenemos de este asunto? “Nadie las arrebatará de Mi mano”. La palabra “nadie” en el texto original, significa “ninguna cosa creada”. El Señor dice que ninguna cosa creada puede arrebatarnos de Su mano. “Yo soy el buen pastor; Yo les doy vida a Mis ovejas, y Mis ovejas nunca perecerán”. Puesto que el Padre le ha dado las ovejas al Señor, ninguna cosa creada puede arrebatarnos de la mano del Padre. Juan 10:28 habla de que el Señor pastorea. El versículo 29 habla del Padre. El versículo 29 dice: “Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de Mi Padre”. La mano que se menciona en el versículo 28 es la mano del Pastor, y la mano que se menciona en el versículo 29 es la mano del Padre. ¿Quién es el Padre? El dice que

el Padre es mayor que todos. Todas las cosas están incluidas en este “todos”. Todas las cosas creadas, todos los ángeles, todos los espíritus malignos, todos los seres humanos, todas las cosas creadas en el mundo, incluyendo a usted y a mi, están incluidas en este “todos”. El Señor dice que el Padre es mayor que todos. Nadie puede arrebatarnos de Su mano. El tiene una gran mano que guarda a Sus ovejas. ¿Cómo pueden ellos perderse? Solamente uno que fuera mayor que Aquel que es mayor que todos posiblemente pudiera arrebatarnos.

Quizás algunos digan: “Es cierto, otros no pueden arrebatarnos, pero yo mismo puedo zafarme”. Que alguien diga esto prueba que su mente es caída. El no conoce la Palabra de Dios y no se conoce a sí mismo. Después que una persona es salva, si perece, ¿será porque él mismo quiere perecer? o ¿será debido a la tentación del mundo, la seducción del enemigo y el ataque de Satanás? Si un cristiano perece, significa que la lujuria puede arrebatarnos de las manos de Dios; significa que el diablo y el mundo pueden arrebatarnos de la mano de Dios. El hombre no se va al infierno porque él quiera irse; incluso los pecadores mismos no quieren irse al infierno, sin mencionar los cristianos. Es claro que el hombre está muerto en pecado debido a la obra atadora de los espíritus malignos. Todas las personas del mundo están poseídas por demonios. Todos los pecadores tienen demonios que obran en ellos. Si los creyentes pueden ser arrebatados de la mano del Padre, entonces quiere decir que los espíritus malignos son mayores que el Padre de toda la creación. Aquí tenemos una oveja en la mano del Padre de todos. Si no hay nada que sea mayor que el Padre de todos, entonces no existe la posibilidad de que esta oveja sea arrebatada. Además, es imposible que incluso nosotros escapemos, debido a que nosotros somos parte de todas las cosas. El Señor Jesús dijo: “Mi Padre es mayor que todos”. Usted no puede apartarse de todas las cosas.

Gracias a Dios que el versículo 28 nos muestra la mano del Señor Jesús, y el versículo 29 nos muestra la mano del Padre. El versículo 28 nos habla acerca de la mano del Pastor. Esto no es un asunto de la ley, ni un asunto de maldición, ni un asunto de misericordia, sino un asunto de ser guardados por la mano del Señor. El versículo 29 dice que la mano del Padre es mayor y más poderosa que todo. Debemos considerarnos firmemente sostenidos por las dos manos: la mano del Padre y la mano del Pastor.

No mucho tiempo después de que creí en el Señor, el hermano Leland Wang y yo fuimos a escuchar un mensaje en Jiang Wan. El predicador dijo que los cristianos debemos ser fervientes. Debemos predicar el evangelio y servir al Señor; de otra manera seremos soltados. Después del mensaje, le pregunté al hermano Wang: “Cuándo piensa usted que será soltado?” El dijo: “Me temo que seré soltado en esta noche”. Yo dije: “Sí, yo también me temo que esta noche seré soltado. Si me sueltan, iré al infierno”. Además dije: “Si podemos ser soltados, ¿cuál es la ventaja de exhortar a las personas a que crean en

Jesús?” El estuvo de acuerdo y dijo: “Ni siquiera puedo comer esta noche”. Yo dije que no solamente no podríamos comer esa noche, tampoco podríamos dormir. Los del mundo no conocen el peligro de la muerte eterna; ellos aún pueden comer y dormir. Nosotros sí conocemos el peligro de la muerte eterna; sabemos que somos como paja en el viento. ¿Cómo podemos no preocuparnos? Esta fue mi historia antes de que conociera este aspecto de la verdad.

Gracias a Dios que mi Padre es quien guarda mi salvación. Mi Señor es quien guarda mi salvación por mí. Por lo tanto, yo sé que estoy muy seguro. Hace doce años estuve en el sureste de Asia. En una ocasión iba manejando una bicicleta en un gran bosque, en camino para predicar el evangelio. En el bosque vi a una mona que llevaba en su espalda a muchos monos pequeños encimados el uno sobre el otro. Parecían como las pirámides humanas que se ven en los espectáculos acrobáticos. La madre que llevaba a los pequeños corría entre los árboles. A menudo, ella tenía que brincar de un árbol a otro, habiendo gran distancia entre ellos. La madre mona brincaba y se asía de la rama de otro árbol. Después de columpiarse un poco, los pequeños monos se caían de la espalda de la madre al suelo. La madre se bajaba al suelo y permitía que los pequeños monos se subieran y se apilaran de nuevo en su espalda. Ese día los observé por cerca de dos o tres horas. Me intrigaron bastante.

Hace dos meses aproximadamente, estuve en Kunming. Allí estaba el Sr. Lin quien tenía una gata en su casa. La gata dio a luz tres gatitos. Un día fui a la casa del Sr. Lin y no estaban ni el Sr. ni la Sra. Lin. Así que me fui a ver a los gatos. Me puse a jugar con ellos y los acaricié. La gata tomó a los gatitos con su boca y salió corriendo. No soltó a ninguno de ellos. La salvación de Dios con respecto a nosotros no es como la mona que llevaba a sus monitos; no tenemos que asirnos a El como los pequeños monos que se sostenían de su madre en sus fuerzas. Si así fuera y si las ramas fueran un poco suaves, unas cuantas columpiadas y nos caeríamos. La salvación de Dios con respecto a nosotros es como la gata que sostiene a sus gatitos con su boca. No importa cuánto corra El, no nos soltaremos. Así es como Dios nos guarda. Si usted quiere asirse de Dios, se cansará. En tres o cinco años o incluso en menos tiempo, usted será soltado. Agradecemos a Dios porque nos sostiene.

Finalmente, leamos Romanos 8. Anoche leímos el capítulo ocho, versículo 30. Vimos cinco eslabones. No hay diferencia en importancia entre estos cinco eslabones. Vimos que todos los que fueron justificados, serán glorificados. Aquí glorificación, en el idioma original, está en tiempo pasado. Dios es un Dios eterno. Desde la perspectiva de Dios, todos los que son justificados ya han sido glorificados. Quizás, desde la perspectiva de usted, todavía tenga que esperar mil años para su glorificación, pero desde la perspectiva de Dios, en Su propósito y en Su plan, ya es historia. Por lo tanto, El dice: “Y

a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó”. Dios ya los ha glorificado y ellos ya han sido glorificados. ¡Aleluya! La historia ya se ha escrito. ¿Cómo puede estar equivocada? Su historia futura ya ha sido escrita y no hay manera de que usted la cambie. Puesto que Dios ha completado el escrito de su historia futura y los eventos futuros, El ha determinado llevarla a cabo por usted.

Debido a esto, el principio del versículo 31 dice: “¿Qué, pues, diremos a esto?” Si todos los que han sido justificados serán glorificados, ¿qué pues, diremos a esto? No debemos decir nada. “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” Dios ya lo ha decidido. ¿Cómo puede el hombre oponerse a esto? “El que no escatimó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará gratuitamente también con El todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condena? Cristo Jesús es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?” Aquí Dios está preguntando, gritándole a todo el mundo: “¿Quién lo hará?” Pablo hace la pregunta “¿quién...” cuatro veces. “¿Quién estará en contra de nosotros?” “¿Quién acusará a los escogidos de Dios?” “¿Quién es el que condenará?” y “¿quién nos separará del amor de Cristo?” Pablo sabía que no existe posibilidad para ninguna de estas cosas.

Pablo no dijo: “¿Quién hará que no amemos a Cristo?” A menudo no amamos a Cristo. Muchas veces nuestro amor a Cristo es débil debido a que es distraído por el mundo. Tal vez no amemos a Cristo, pero ¿quién hará que Cristo no nos ame? Ya sea tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada, ninguna de estas cosas puede separarnos del amor de Cristo.

El versículo 37 dice: “Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó”. No es por medio de nuestro amor hacia el Señor, sino por medio del amor del Señor hacia nosotros. Si es por medio de nuestro amor hacia El, no tenemos esperanza. Si es por medio de que Dios nos ame, entonces “en todas estas cosas somos más que vencedores ... Por lo cual estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni lo presente, ni lo por venir, ni potestades, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”. Esto clara y definitivamente nos muestra que una vez que Dios nos ha dado Su salvación, es nuestra eternamente. Nadie puede anular este hecho. Estas palabras son demasiado altas, amplias y profundas.

Que Dios nos muestre que todo lo que El hace, lo hace de manera completa. Dios es el Alfa y la Omega. El nunca se detiene hasta que la obra se termine.

CAPITULO DIECISIETE

LA SALVACION ES ETERNA: ARGUMENTOS EN CONTRA DE ELLO

(1)

Hemos visto por el lado positivo que toda la obra que Dios ha hecho y toda la gracia que El nos ha dado en el momento en que fuimos salvos no puede ser anulada por el paso del tiempo. Podemos decir con valentía que una vez que somos salvos, somos salvos eternamente. Una vez que Dios ha mostrado misericordia para con nosotros, estamos eternamente bajo Su misericordia. Una vez que tenemos la vida eterna del Hijo de Dios, nunca la perderemos.

Aunque soy muy atrevido al decir esto, nosotros los seres humanos somos todavía seres humanos. Aun hoy día muchos obreros cristianos no ven este asunto. Debido a que el corazón del hombre está lleno de la carne y de la ley, él no puede entender cómo la gracia de Dios puede ser tan grande. Esto es demasiado increíble para él. Es natural que el hombre piense de esta manera. El hombre es de la carne, y la carne es de la ley. La carne conoce solamente la ley; no conoce la gracia. Todo lo que se origina de la carne humana es de la ley. Sin embargo, todo lo que se origina de Dios, del Espíritu Santo y de la gracia, es de la fe.

En el mundo no sabemos nada con respecto a la gracia y el don. Todo lo que sabemos es comerciar. Durante todo el día, nuestras mentes están llenas de cuánto tenemos que trabajar y cuánto debemos obtener por nuestro trabajo. Pensamos que a fin de ganar algo, tenemos que trabajar por ello. Esta es nuestra vida. Por años, hemos comercializado con nuestras vidas, nuestro tiempo y nuestra energía. Pensamos que si uno va a pagar cierto precio, a él primero se le tiene que pagar una cantidad igual. Si él ha aceptado cierta cantidad, entonces tiene que ofrecer ciertas cosas a cambio. Nuestra vida es una vida de negocio. Debido a que ésta es la manera en que vivimos, también pensamos que la gracia de Dios y la vida eterna hacia nosotros están en el mismo principio de negociar. Cuando escuchamos el evangelio puro, quizás vimos la luz por un momento. En ese momento, tal vez nos dimos cuenta de que la gracia es gratuita y que no es un asunto de negociar. Sin embargo, parece que esta comprensión sucede solamente cuando somos salvos. Muchas personas todavía no han sido liberadas del pensamiento de que la gracia de Dios es como un préstamo para nosotros. Piensan que si ellos no hacen el bien, Dios les quitará la gracia que les ha dado. Pero si un hombre

conoce la Biblia y está claro con respecto a los diez puntos de la verdad mencionados en los mensajes anteriores, por lo menos tiene que admitir que no puede existir tal cosa.

Todo el que conoce la Palabra de Dios nunca debe dudar de lo que conoce por causa de lo que no sabe. Puesto que él ha visto claramente el sellar y la garantía del Espíritu Santo, la vida eterna, la mano del Señor, el Cuerpo de Cristo, el templo de Dios y las promesas del Señor, no puede derribar lo que sabe con los problemas con respecto a cosas que él no sabe o no entiende. No podemos derribar los hechos que sabemos. Sin embargo, todavía hay cosas que ignoramos. Lo que haremos ahora es ver algunas cosas que no conocemos. Tomaremos unos pocos de los argumentos que supuestamente son contradictorios —especialmente los más convincentes— y los consideraremos uno por uno.

EL CONOCIMIENTO DE LA SALVACION ETERNA NO NOS GUIA A PECAR VOLUNTARIAMENTE

Antes de considerar algunos de los problemas de las Escrituras, tenemos que considerar una objeción fuerte y una duda que algunos hombres levantan. Algunos piensan que si una persona es “salva una vez y para siempre”, tal persona seguramente pecará más libremente. Esto puede ser considerado como el punto de objeción más común y fuerte. Si un hombre sabe que él es eternamente salvo y que nunca será condenado, ¿no se volverá suelto, y comenzará a cometer toda clase de pecados, y se atreverá a hacer cualquier cosa? Puesto que éste puede ser el caso, ¿no es esta clase de enseñanza muy peligrosa?

Recuerdo que en una ocasión un hombre escribió una carta al Sr. Mackintosh, el que escribió un comentario acerca del Pentateuco. En esa carta él le dijo al Sr. Mackintosh que había oído a un predicador una semana antes que predicaba sobre el asunto de ser hijo de Dios eternamente. Un joven de la audiencia dijo que si ese era el caso, ahora él podía hacer cualquier cosa. Dentro de pocos días, el joven cometió toda clase de pecados. El escritor de la carta se quejaba de que debido a la enseñanza de que “una vez hijo, eternamente hijo”, la gente joven había sido dañada. El Sr. Mackintosh respondió a su carta y escribió: “Es verdad que una vez que una persona es hijo de Dios, es eternamente hijo de Dios. Sin embargo, en primer lugar dudo si ese joven que mencionó usted sea un hijo de Dios. Yo tengo un hijo. Supongamos que le dijera a mi hijo que ya que él es mi hijo, él será mi hijo eternamente. Al oír esto, ¿se gozaría tanto mi hijo que inmediatamente destrozaría la ventana con una piedra, quebraría los platos sobre el piso, jalaría el mantel y tiraría los platos en el piso, y haría toda clase de cosas desagradables delante de mí? ¿Puede haber tal clase de persona? Es verdad que cuando una persona llega a ser un hijo, es un hijo eternamente. Pero él no actuará

desenfrenadamente solamente debido a que es un hijo. Si él actúa desenfrenadamente, dudo que tal persona sea realmente un hijo”.

Según la Biblia, no hay nada equivocado con la palabra del predicador. Sin embargo, la acción del joven es totalmente equivocada. Para determinar si una enseñanza está correcta, podemos solamente juzgarla por medio de la verdad de la Biblia; no podemos determinarla por la conducta del hombre. Como maestros de la Biblia, podemos solamente ser responsables por decirle a otros lo que la Biblia dice. No podemos ser responsables por decirle a otros lo que la Biblia debería decir. No tenemos esta autoridad. Sabemos que la Palabra de Dios dice que una vez que somos un hijo, somos un hijo eternamente. No sabemos a qué resultado nos guiará este conocimiento. El problema de hoy es que el hombre no juzga la Palabra de Dios con la Palabra de Dios. Al hombre le gusta tomar a alguien de la esquina y decir que por la clase de persona que es el hombre, ¿cómo puede alguien decir que el hombre que es “una vez salvo, es eternamente salvo”? Es verdad que algunos creyentes han fracasado y son débiles. También es verdad que algunas personas son falsas. Es verdad que hay millones de creyentes que tienen diferentes experiencias. Solamente los podemos juzgar mediante la verdad de la Biblia. No podemos juzgar la verdad de la Biblia por lo que otros han hecho. Solamente podemos probar que están equivocados mediante la verdad de la Biblia. No podemos condenar la verdad de la Biblia como equivocada por lo que ellos han hecho.

El punto de partida de un cristiano es la Palabra de Dios, no la conducta del hombre. Hoy día, usted quizás me pregunte si usted es todavía salvo, ya que mintió ayer. No puedo asegurar si usted es salvo o no basado en si su mentira fue una mentira buena o una mentira mala, una mentira brillante o una mentira oscura. Solamente puedo decirle la verdad que dice la Biblia. Si éste no es el caso, no hay necesidad del tribunal ni del gran trono blanco. Solamente podemos ver lo que la Palabra de Dios dice. Solamente podemos juzgar los hechos del hombre mediante la Palabra de Dios. Nunca podemos juzgar la Palabra de Dios mediante los hechos del hombre. La Palabra de Dios nos dice que una vez que un hombre es salvo él es salvo eternamente. No hay nada equivocado en esto. Aunque es equivocado que el hombre actúe de manera irresponsable debido a esta palabra, no obstante debemos juzgar todas las cosas por la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es nuestra constitución completa y nuestra corte más alta.

OPOSICION A LA SALVACION ETERNA DEBIDO A LA IGNORANCIA DE ELLA

En una ocasión escuché a un evangelista de Shanghái decir que la enseñanza de “una vez salvo, eternamente salvo” hace que una persona sea irresponsable, suelta y descuidada. Solamente puede hacer tal declaración porque no entiende completamente la Palabra de

Dios. Solamente aquellos que no entienden la salvación de Dios pueden decir que un hombre será irresponsable y suelto debido a que sabe que él es eternamente salvo.

Tales personas ignoran por lo menos tres cosas. Primero, ignoran el camino de la salvación de Dios. No saben *cómo* Dios los ha salvado. Al decir esto, no estamos hablando con respecto a la manera de ser preservado, sino a la manera en la cual Dios nos ha salvado. Dios no nos amenaza con ir al infierno a fin de ganar nuestra fe en Jesús. El no nos asusta para que vayamos al cielo. El hombre siempre piensa que si él no se arrepiente de sus pecados, no cambia un poco, y no lleva a cabo obras de mérito, no puede ser salvo. Por esta razón, él continua buscando maneras para ser salvo. ¿Es ésta la manera en que Dios nos salva? ¿Pone Dios el asunto del pecado continuamente delante del hombre amenazándolo para que lo resuelva inmediatamente? ¿Amenaza Dios a la gente con el tribunal y Su ira, reprimiéndolos de hacer varias cosas, y manteniendo en suspenso a aquellos que no saben qué les espera en el futuro, haciéndolos luchar con todas sus fuerzas? Si un hombre conoce un poco de Dios, dirá mil veces no a estas preguntas. Aquellos que no conocen a Dios dirán que es una buena manera hacer que el corazón del hombre tema y tiemble y esté en suspenso, sin saber qué le espera más delante. Sin embargo, aquellos que entienden la salvación de Dios saben que esto es una información maligna del infierno. Esto no es las buenas nuevas. Dios dijo que el juicio ha terminado. El problema del pecado está resuelto. El camino de la salvación de Dios no es mantenernos en suspenso ni asustarnos del juicio. El nunca nos ha obligado a la santidad, justificación, y santificación. El dijo que todo está preparado. Los siervos dijeron que todo está listo (Lc. 14:17); Dios ha preparado todo. Ahora El viene para darle cosas a usted. Sin embargo, hoy día hemos cambiado las cosas. Pensamos que el hombre puede ser asustado para hacer el bien. Por favor recuerde que un hombre solamente puede ser asustado para hacerlo flaquear, pero nunca puede ser asustado para que haga el bien.

Segundo, las personas mencionadas anteriormente, no solamente ignoran el camino de la salvación de Dios, sino que también ignoran el contenido de esta salvación. ¿Qué es la salvación? No es solamente el asunto de que Dios resuelve nuestro problema de pecado mediante Su Hijo. La salvación no solamente hace que nuestros pecados sean perdonados, también nos da vida eterna. La salvación de Dios nos justifica, y también nos da al Hijo de Dios, poniéndolo dentro de nosotros. La salvación no solamente hace que no seamos condenados por Dios, sino que pone al Espíritu Santo dentro de nosotros. No solamente nos capacita para que vivamos eternamente en el futuro, sino que hoy ha impartido la naturaleza de Dios dentro de nosotros. Este es el contenido de la salvación. No solamente tenemos el perdón y la justificación, y no solamente no somos condenados ni juzgados, sino que tenemos la naturaleza de Dios, Cristo y el Espíritu Santo dentro de nosotros. Como resultado, el hombre espontáneamente tiene

un deseo nuevo, una inclinación nueva y una aspiración nueva. La salvación de Dios agrega algo nuevo dentro de nosotros.

Algunos han dicho que la salvación es objetiva. Sin embargo, existen muchos aspectos de la salvación que también son subjetivos. La salvación no solamente ha resuelto el problema del pecado delante de Dios, también ha resuelto muchos otros problemas dentro de nosotros. Dentro de nosotros, ahora tenemos una vida nueva, una naturaleza nueva, el Señor, y el Espíritu Santo. Debido a que éste es el caso, ¿podemos ser irresponsables? No estoy diciendo que un cristiano nunca peca. Sin embargo estoy diciendo que si un cristiano peca, eso es un sufrimiento para él. No es un gozo. Si un hombre piensa que él ha recibido el permiso y el certificado para pecar porque sabe que es eternamente salvo, y si tal persona no siente nada cuando peca, no tiene el sentir de sufrimiento, dudo que tal persona sea un verdadero hijo de Dios. Estoy diciendo que una persona es eternamente un hijo de Dios solamente después de que él ha llegado a ser primero un hijo de Dios. No estoy diciendo que una persona puede ser hijo de Dios eternamente sin haber sido nunca un hijo de Dios. El Señor está dentro de nosotros. El nos prohíbe pecar.

Tercero, una persona como la que se mencionó anteriormente no conoce el resultado de la salvación de Dios. Para los que hemos sido salvos por Dios, indudablemente hay una consecuencia, un resultado. ¿Cuál es este resultado? Después de que un hombre es salvo, ¿puede quebrantar la ley simplemente porque ahora él está justificado en Cristo? ¿Puede libremente transgredir los Diez Mandamientos desde al principio hasta el fin? ¿Puede él hacer todo lo que quiera? Por favor lea las palabras de Pablo en Filipenses 3:6 al 9: “En cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, llegue a ser irreprochable. Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en El, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por medio de la fe en Cristo, la justicia procedente de Dios basada en la fe”. Pablo tenía justicia por medio de la fe en Cristo. El recibió la justicia mediante la fe en Dios, y no por medio de las obras de la ley. Entonces, ¿era él libre para hacer todo y para ser irresponsable y suelto simplemente por esto? El dijo que todas las cosas que eran para él ganancia, las había contado como pérdida por causa de la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús. Por causa de Cristo, sufrió la pérdida de todas las cosas y las contó como basura. Por lo tanto, con cada cristiano regenerado, maduro o inmaduro, existe el deseo de ser santo, de amar a Dios, y un corazón para agradecer a Cristo. No sé por qué es así. Solamente sé que éste es el resultado de la salvación.

Usted quizás piense que debido a que Pablo era un apóstol, era capaz de hablar como lo hizo en Filipenses 3. Veamos a los creyentes ordinarios. Segunda Corintios 5:14-15 dice: “Porque el amor de Cristo nos constriñe, habiendo juzgado así: que uno murió por todos, por consiguiente todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió por ellos y fue resucitado”. Aquí Pablo nos dio una respuesta. Un hombre no será irresponsable y suelto simplemente porque Dios lo ha salvado y Cristo ha resucitado por él. Al contrario, debido a la muerte y resurrección de Cristo, una persona “vivirá para Aquel que murió y resucitó por él”. Mientras él está viviendo sobre la tierra, no vive para sí mismo, sino para el Señor, quien ha muerto y resucitado por él.

Por lo tanto, las razones por las cuales una persona puede decir que él puede ser irresponsable debido a que sabe que es eternamente salvo son las tres cosas siguientes: Primero, él ignora el camino, el proceso, de la salvación; segundo, no conoce el contenido de la salvación; y tercero, no conoce el resultado de la salvación, es decir, no sabe lo que la salvación puede hacer por el hombre. Si usted ve estas tres cosas, inmediatamente verá que la salvación eterna no solamente lo guarda de la impiedad, sino que también lo hace piadoso. La salvación eterna nos guardará de ser irresponsables y nos hará sobrios.

Pedro nos dijo en su carta: “Pero nosotros esperamos, según Su promesa, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 P. 3:13). ¿Somos libres para ser irresponsables ahora que sabemos a dónde vamos? En el siguiente versículo Pedro continúa al decir: “Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por El en paz sin mancha y sin defecto”. Ya que sabemos que estaremos con El, no podemos ser sueltos o impíos. Si no sabemos a dónde vamos, andaremos dando vueltas en círculos. Sin embargo, todo el que tiene una meta, que sabe a dónde va, sin duda escoge el camino más recto.

TRES COSAS QUE SE DEBEN ENTENDER EN LA PALABRA DE DIOS

Ahora usaremos algo de tiempo para considerar algunas porciones de las Escrituras que hablan de la perdición después de la salvación. Antes de esto, tenemos que saber unas cuantas cosas. Primero, la Palabra de Dios no tiene conflicto en lo absoluto con ella misma. Por un lado, Dios no puede decir que Sus ovejas nunca perecerán ni perderán su vida eterna, y por el otro, decirle al hombre que perecerá. El hombre puede decir cosas equivocadas, pero la obra de Dios es una obra de gloria. El nunca puede decir algo por error. Si esto es tan claro en el lado positivo, nunca puede ser contradictorio en el lado

negativo. Las cosas en el lado negativo deben estar relacionadas con otros asuntos relacionados a Dios.

Segundo, hemos dedicado tiempo para identificar esos pasajes. En ellos vemos a las personas que han sido salvas genuinamente, así como también a las personas falsas. El Señor Jesús tuvo un discípulo falso, Judas. Cuando Pedro estaba bautizando a las personas, hubo una persona llamada Simón que tal vez no había sido salva. También Pablo conoció muchos hermanos falsos. Pedro dijo que había muchos falsos profetas, y Juan dijo que muchos se habían apartado de ellos probando así que no eran de ellos. Por lo tanto, en la Biblia, existen los que son salvos genuinamente y los que son salvos nominalmente. Algunos definitivamente no son salvos. Por supuesto, no pueden pretender o encubrirse para siempre. Si podemos diferenciar claramente entre estas pocas clases de personas, los problemas serán resueltos. Pero si usted mezcla esas clases diferentes de personas y las junta, es como mezclar la cizaña con el trigo. Dará como resultado mucha confusión.

Tercero, muchos pasajes de la Biblia hablan de la disciplina de los cristianos en esta era y no de perdición eterna. No piense que debido a que somos eternamente salvos, no hay tal cosa como la disciplina. En verdad hay disciplina. Si hoy día, usted cae y llega a estar débil, Dios lo disciplinará. Existe una diferencia entre la disciplina y la perdición eterna. No podemos mezclar la perdición eterna con la disciplina. Muchos versículos, que parecen decir que los cristianos se pueden perder de nuevo, realmente hablan de la disciplina de los cristianos. No solamente está el asunto de la disciplina y el asunto de la falsedad, sino también el asunto del reino y la recompensa. Estas pocas cosas son fundamentalmente diferentes. Muchas veces, aplicamos las palabras para el reino a la era eterna, y las palabras con respecto a la recompensa al tema de la vida eterna. Naturalmente, esto producirá muchos problemas. Debemos darnos cuenta de que existe una diferencia entre el reino y la salvación, y entre la vida eterna y la recompensa. La manera en que Dios tratará con nosotros en el milenio es diferente de la manera en que El tratará con nosotros en la eternidad. Hay una diferencia en la manera en que Dios trata con el hombre en el mundo restaurado y en el mundo nuevo. El milenio está relacionado con la justicia. Está relacionado con nuestras obras y con nuestro andar después de que hemos llegado a ser cristianos. El reino milenial tiene como propósito juzgar nuestro andar. Sin embargo, en la eternidad, en los cielos nuevos y la tierra nueva, todo es gracia gratuita. Y el que tiene sed puede venir y beber gratuitamente (Ap. 22:17). Esta palabra es hablada después de que los nuevos cielos y la nueva tierra han venido.

Así que, en la Biblia, el don gratuito y el reino son dos cosas completamente diferentes. La eternidad y el reino también son dos cosas completamente diferentes. Uno no puede

poner las dos cosas juntas. En el reino milenial venidero, Dios recompensará al hombre de una manera particular. Recompensará al hombre con su corona de justicia y de gloria basada sobre sus obras. Sin embargo, tan pronto como el reino se termine y los cielos nuevos y la tierra nueva comiencen, todo llegará a ser un asunto de gracia. Todo aquel que confía en la gracia del Señor Jesús entrará en él. Para nada será un asunto de obras. El andar personal de uno está relacionado con el asunto de la recompensa, mientras que la salvación y la justificación para el pecador están relacionadas con la obra del Señor Jesús. Debemos diferenciar claramente entre estas dos cosas. De otra manera, cuando la Biblia hable de la pérdida en el reino, usted quizá piense acerca de la pérdida en la eternidad, y cuando Dios hable de la recompensa, usted quizás piense acerca de la salvación. Es verdad que la salvación del hombre es eterna. No obstante, antes de que esta salvación eterna sea manifestada, Dios primero manifestará el asunto de la recompensa en el reino milenial. Uno no puede mezclar estas dos cosas juntas.

Además de estas cosas, hay otro asunto que el protestantismo ha sepultado en la tumba por mucho tiempo. Aunque algunos puedan sentir que esto es algo nuevo, realmente está registrado en la Biblia desde hace mucho tiempo. En la Biblia hay por lo menos tres cosas que debemos distinguir una de la otra. Solamente hemos mencionado dos de ellas, las cuales son la disciplina que un cristiano recibe en esta era, y la pérdida de la recompensa en el reino. Si caemos, no solamente seremos disciplinados hoy día, sino que también perderemos la recompensa en el reino. Sin embargo, todavía hay otra cosa. En el reino, hay un castigo definitivo. La Biblia es muy clara con respecto a esta verdad. Cuando una persona cree en el Señor y es salva, es verdad que el problema de la salvación es resuelto. También es verdad que los asuntos con respecto al cielo nuevo y la tierra nueva y la salvación eterna son resueltos. Sin embargo, si esta persona continúa pecando y no se arrepiente, él no solamente estará bajo el gobierno y la disciplina de Dios hoy en día y perderá la recompensa del reino, sino que también sufrirá algún castigo definitivo en el reino.

Algunos nos han dicho que perder la recompensa es suficiente castigo. Sin embargo, de todos modos los derrotados serán castigados. La Biblia dedica bastante espacio para hablar de esto. La Biblia no solamente nos dice que puede ser que los cristianos no recibirán la recompensa en el reino, también nos dice que si los cristianos pecan y no se arrepienten, recibirán un castigo muy severo en el reino. Debemos distinguir este asunto claramente. El asunto de la salvación eterna no debe mezclarse con el asunto de los cristianos nominales. El asunto de la salvación eterna tampoco debe mezclarse con la disciplina de esta era. El asunto de la salvación eterna no debe mezclarse con el asunto de la pérdida de la recompensa en el reino, y éste también no debe mezclarse con el asunto del castigo en el reino. Uno no puede poner juntas estas cuatro distinciones y hacer de ellas una mezcla. Si uno hace eso, la obra de Dios llegará a ser una mezcla de

todo que no parecerá nada. Si Dios ha hecho las distinciones, y usted las ignora, terminará con muchos problemas sin solución.

Hoy día, primero quitaremos esas cuatro cosas. Haremos a un lado todas las palabras en la Biblia que hablan de cristianos nominales, de la disciplina de los creyentes, de la pérdida de la recompensa, y del castigo en el reino para los creyentes. En los siguientes mensajes, los abarcaremos uno por uno. Lo que hablaremos en este mensaje está en versículos que no tienen nada que ver con estas cuatro clases de casos. Hablaremos con respecto a versículos que aparentemente hablan de la perdición después de la salvación.

EL ARGUMENTO BASADO EN EZEQUIEL 18

Primero comenzaremos con el Antiguo Testamento. Consideremos Ezequiel 18:24 y 26, que dice: “Mas si el justo se apartare de su justicia y cometiere maldad, e hiciere conforme a todas las abominaciones que el impío hizo, ¿vivirá él? Ninguna de las justicias que hizo le serán tenidas en cuenta; por su rebelión con que prevaricó, y por el pecado que cometió, por ello morirá ... Y apartándose el justo de su justicia, y haciendo iniquidad, él morirá por ello; por la iniquidad que hizo, morirá”. Estos dos versículos pueden ser considerados como los versículos principales del Antiguo Testamento con respecto a este asunto. Ningún otro versículo en el Antiguo Testamento es tan importante como éstos. Estos son los versículos más comunes y más citados. Por lo tanto, tenemos que dedicar una consideración analítica a estos dos versículos.

Ezequiel 18 nunca habla de la salvación. No dice nada con respecto a la muerte de Jesús por el hombre, ni dice nada con respecto a creer en el Señor para recibir vida. No dice cómo uno maneja el problema del pecado. No menciona nada con respecto al evangelio ni con respecto a Cristo. Si uno trata a la fuerza de aplicar este pasaje al evangelio, confunde el tema. Ezequiel 18 habla del gobierno de Dios. Lo que precede a este pasaje son cosas relacionadas al gobierno de Dios. Uno debe recordar que las cosas en el gobierno de Dios son totalmente diferentes de las cosas en la salvación. El gobierno de Dios se refiere a cómo Dios obra, maneja y arregla las cosas de acuerdo a Su plan y voluntad. Si un hombre no entiende la diferencia entre la salvación de Dios y Su gobierno, y mezcla las dos cosas juntas, confunde los asuntos legales de Dios con los asuntos familiares de Dios, confunde el padre con el juez. El está confundiendo la palabra hablada por el padre a los siervos con la palabra hablada a los hijos. Está confundiendo la actitud que un hombre tiene hacia sus empleados con la actitud que él tiene hacia su esposa y sus hijos. El gobierno es el gobierno. El gobierno no es lo mismo que la salvación. La diferencia entre el gobierno y la salvación es tan grande como la distancia entre el polo norte y el polo sur.

Ezequiel 18 no nos muestra la salvación. Su tema se trata de la vida de los israelitas sobre la tierra. No habla de la vida eterna. Habla del problema con el cuerpo. No trata con el asunto de la perdición del alma. Más bien, nos muestra que si un hombre no guarda los mandamientos de Dios, morirá pronto físicamente. Es un asunto de existencia física más que de salvación espiritual. Nadie puede decir que un hijo debe rechinar los dientes debido a que su papá comió uvas ácidas. Si alguien que está sentado cerca de usted come uvas ácidas, usted tal vez sienta que puede saborear la misma acidez en su propia boca. Sin embargo si un padre se rebela en contra de la Palabra de Dios y peca, eso no tiene nada que ver con el hijo. Si el padre tiene que morir, el hijo no puede ser un sustituto de él. Si un hombre peca, él mismo debe ser cortado de la tierra prometida de Dios. Este pasaje trata solamente acerca de la muerte del cuerpo físico. Esto es lo que nos dice el final del versículo 2. Luego, después de esas palabras, desde el versículo 3, el capítulo dieciocho repite que todo aquel que peca morirá. Esta no es una muerte espiritual. Más bien, es lo que Adán experimentó, es decir la muerte del cuerpo. Si un hombre peca, sus días sobre la tierra serán acortados por Dios. Desde el versículo 3, este capítulo nos dice repetidas veces quién puede vivir sobre la tierra mediante la bendición de Jehová. Este es el contexto de las palabras que preceden al versículo 24. Si un hombre justo, que fue justo ahora se ha vuelto malo, él morirá. Toda su justicia anterior no será recordada. Esto no tiene nada que ver en lo absoluto con la salvación. Este es un asunto del gobierno de Dios. También nos dice por qué Dios no permitiría que un hombre viva sobre la tierra. Explica por qué mucha gente muere temprano. Esta es una palabra con respecto al juicio del pecado para los judíos. No tiene nada que ver con nosotros.

EL ARGUMENTO BASADO EN MATEO 24

Ahora veamos algo en el Nuevo Testamento. Mateo 24:13 dice: “Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo”. Muchos, cuando ven este versículo, brincan de sorpresa. Piensan que este versículo seguramente se trata de la salvación y no del gobierno de Dios, como hemos dicho. Por ejemplo, algunos dirían que ya que yo me enojé ayer y no perseveraré, ahora no soy salvo. Ellos dirán que es verdad que una persona debe creer en el Señor Jesús a fin de ser salvo. Pero también dicen que una persona debe perseverar. Si usted dice esto, está torciendo la Palabra de Dios. Usted ha cortado la cabeza y la cola en la Palabra de Dios y ha tomado una oración fuera de contexto. ¡Es por esto que confundimos la Palabra de Dios! Si usted quiere entender el significado de la perseverancia mencionada en este versículo, tiene que saber lo que se habló antes del versículo 13. También debe saber lo que se habló después del versículo 13.

El versículo 13 no está hablando acerca de los cristianos. Está hablando acerca de los judíos. ¿Qué evidencia tenemos? Primero, en el siguiente pasaje tenemos el Lugar

Santo, el templo santo y el sábado. Todos estos son asuntos judaicos. Lo que estos versículos dicen es que los judíos deben huir a los montes y deben orar para que su huida no sea en invierno ni en día de sábado. Cuando ellos vean la abominación desoladora, es decir, la imagen de la bestia en el Lugar Santo, tienen que huir. No deben permanecer en Jerusalén. Si esta palabra es para nosotros, ¿cómo será posible que conozcamos esas cosas, viendo que estamos en Shanghái y la imagen de la bestia aparecerá en el templo? Aunque hoy tenemos comunicación inalámbrica, a lo que Mateo se refiere aquí es a un conocimiento que resulta de haber visto algo con nuestros propios ojos. Solamente alguien que está tan cerca como aquellos en Jerusalén, lo pueden ver. Por lo tanto, este pasaje se refiere solamente a los judíos.

Segundo, el tiempo en este versículo no se refiere al tiempo de los apóstoles, ni se refiere al tiempo de la iglesia. Aquí se refiere al tiempo de la gran tribulación. Se refiere a los últimos tres años y medio al terminar esta era. Al principio de la tribulación, el anticristo pondrá su imagen en el templo. Este pasaje de la Escritura no tiene nada que ver con la iglesia. Se refiere al futuro, no al presente. No hay posibilidad de que esto suceda hoy, ya que el anticristo no ha venido todavía, su imagen no ha sido puesta en el templo, y la gran tribulación no ha comenzado.

Mateo 24 se refiere al tiempo de la gran tribulación. La salvación mencionada aquí no se refiere a la salvación del alma. Más bien, se refiere a la salvación del cuerpo. Todas las cosas mencionadas aquí tienen que ver con la salvación del cuerpo. Todos los que entienden la Biblia saben que éste es el período del tiempo cuando el anticristo pondrá su imagen en el templo, forzando a los hombres a adorarla y poniendo un sello sobre las frentes de las personas. Cuando todos los judíos que adoran y sirven a Dios vean el comienzo de la tribulación, no deben adorar de esa manera ni recibir el sello. Debido a esto, ellos sufrirán mucho. Muchas persecuciones vendrán sobre ellos. Por eso el Señor Jesús les dijo a los judíos que huyeran cuando vieran la imagen del anticristo en el templo. Si alguno tiene cosas en su casa, no debe preocuparse por obtenerlas. Deben esconderse rápidamente en lugares seguros. Además, el Señor les dijo que oraran para que su huida no fuera en día de sábado (v. 20). La razón de esto es que ellos guardan el sábado. Las mujeres no deben estar embarazadas en esos días porque les será difícil escapar. Ay de aquellas que estén amamantando a sus hijos en ese tiempo. También sería mejor si no tuvieran que enfrentar el invierno en aquel tiempo. Deben huir a los montes o al campo con la esperanza de tener la oportunidad de no ver sufrimiento, persecución ni aflicción. En esos días, todas las fuerzas de Roma vendrán sobre ellos como una red. Sufrirán muchas dificultades. Muchos versículos en Apocalipsis nos muestran este asunto. Estas personas serán salvas si perseveran durante esta gran tribulación. Debido a que estamos tan preocupados con el asunto de la salvación cada vez que aparece la palabra *salvación*, la aplicamos a nosotros mismos. Sin embargo, uno

no puede aplicar esta palabra a sí mismo en esta porción. Si lo hace torcerá la Palabra de Dios. En el versículo 22 el Señor Jesús dijo otra palabra: “Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo”. Cuando el anticristo esté sobre la tierra, nadie será capaz de escapar. Gracias al Señor que Su día no será muy largo. Debido a esto, todavía habrá algunos que puedan huir. Si alguien persevera, él será salvo. Por lo tanto, aquí el asunto de la salvación no es un asunto de vida o muerte eterna. La naturaleza de la salvación mencionada aquí, tiene que ver con caer o no caer en las manos del anticristo.

EL ARGUMENTO BASADO EN GALATAS 5

Gálatas 5:4 dice: “Habéis sido reducidos a nada, separados de Cristo, los que buscáis ser justificados por la ley; de la gracia habéis caído”. Muchos cuando leen este versículo, piensan primero que alguien puede ser separado de Cristo, y segundo que alguien puede caer de la gracia. Sin duda tal persona no es salva. Este entendimiento está equivocado. Tenemos que comprender el trasfondo con el cual Pablo escribió el libro de Gálatas. Cuanto el evangelio de Dios fue predicado claramente a Galacia, la gente allí lo escuchó. Después de eso vinieron falsos profetas para Galacia a predicar el evangelio. No cambiaron la primera mitad del evangelio; cambiaron la segunda mitad. La primera mitad decía que un hombre era salvo solamente por medio de confiar en Cristo y recibir a Cristo. Sin embargo, la segunda mitad decía que antes de que uno creyera en el Señor Jesús, no pueda tener la justicia de la ley; pero después de que uno recibe al Señor Jesús, debe tener la justicia de la ley. Pablo escribió el libro de Gálatas solamente para refutarlos. El argumentó que de la misma manera que un hombre no puede tener la justicia de la ley mientras todavía es un pecador, así mismo, no puede tener la justicia de la ley después de que es salvo. Hemos visto en los pocos mensajes anteriores, que Romanos y Gálatas son diferentes. Romanos dice que mientras que seamos pecadores, no podemos tener la justicia de la ley. Gálatas dice que después de que un pecador es salvo, aún así no puede tener la justicia de la ley. El tema de ambos libros se trata de no tener la justicia que es de la ley. Estos enseñaron que después de que un hombre ha creído en Cristo, es salvo y tiene la vida eterna, él aún debe tener la justicia de la ley. La primera cosa y el requisito mínimo de la justicia de la ley es la circuncisión.

Después de que usted está claro acerca del trasfondo de este libro, sabrá de qué está hablando Gálatas aquí. En el capítulo uno Pablo dijo que él estaba maravillado de que los Gálatas se alejaran tan rápidamente de Aquel que los llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. El estaba maravillado de que fueron engañados tan rápidamente para seguir otro evangelio (v. 6). También dijo que si él o un ángel o cualquier espíritu viniera y les predicara un evangelio diferente del que habían recibido, sería anatema. En el idioma griego, la palabra *anatema* es la expresión más fuerte de la maldición. Significa que toda la maldición en los cielos cae sobre el que es maldecido y

que todas las bendiciones son detenidas. Pablo dijo que su evangelio fue revelado a él solamente mediante Dios. El lo recibió en el desierto de Arabia. Esta es la razón por la cual su evangelio no podía contener ningún error. Gálatas 2 nos dice qué es este evangelio. En este capítulo vemos que Pedro fingió. Cuando vio a unos judíos que venían de parte de Santiago (vs. 11-12), se mantuvo como judío. Pablo lo reprendió en su propia cara. La circuncisión no significa nada. Cristo ya murió. Ya no somos más nosotros los que vivimos, sino que es Cristo quien vive. El capítulo tres nos dice que la meta de Dios no es la ley sino la promesa. La razón por la cual Dios le dio al hombre la ley fue para hacer que el hombre primeramente conociera su pecado y así aceptara al Hijo de Dios. El capítulo cuatro nos presenta otras dos cosas para mostrarnos que es inútil que el hombre guarde la ley incluso si es capaz de hacerlo. Agar representa la ley, y Sara representa la gracia. Agar se debe ir antes de que Sara pueda permanecer. Aun si usted puede guardar la ley, usted simplemente es Agar, y de todos modos debe irse. La primera oración en el capítulo cinco es: “Es para libertad que Cristo nos libertó”. Cristo nos ha introducido en la libertad. Ahora debemos estar firmes en esta libertad. No pierda esa libertad. Si un hombre guarda la circuncisión, Cristo no será de beneficio para él. Si se retiene el sistema de la ley, Cristo tendrá que ser negado. Uno no puede guardar la ley un poco y luego pedirle a Cristo que haga el resto. Cristo no hace esta clase de obra fragmentaria. Por lo tanto, Pablo dijo: “Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a cumplir toda la ley” (5:3). ¿Por qué algunos no escogían otras cosas de la ley? ¿Por qué algunos solamente tomaban el asunto de la circuncisión? ¿Por qué ellos solamente tomaban lo que les gustaba y no guardaron toda la ley? Si ellos querían guardar un punto de la ley, también tendrían que haber guardado toda la ley. Si un punto permanece, todos tienen que permanecer. No pueden escoger uno y rechazar todos los otros. El versículo 4 dice: “Habéis sido reducidos a nada, separados de Cristo, los que buscáis ser justificados por la ley; de la gracia habéis caído”. Ser reducidos a nada separados de Cristo equivale a que Cristo de nada aprovecha, al final del versículo 2. Parece como si Cristo no se expresara en usted. No tiene perdón, gozo ni paz. Además, si usted sigue la ley, Cristo estará separado de usted. Aquí, no es un asunto de recibir la salvación. Está hablando de la condición para ser salvo. Supongamos que un hermano viene a mi y me dice: “Sr. Nee, debo guardar el sábado. Si no lo guardo, mi salvación no será completa”. Yo sé que ese hermano de hecho es salvo. No hay duda acerca de eso. Ahora que él ha recibido esa enseñanza equivocada, debo decirle: “Si usted guarda el sábado, la obra de Cristo no será efectiva en usted. Por fe estamos en Cristo. Usted ha regresado a la ley. Ha caído de la gracia”. Así que, no es un asunto de salvación o de perdición. Es un asunto de la condición para ser salvo. Nos muestra que un hombre es salvo mediante Cristo y no por medio de él mismo. Si un hombre guarda la ley, no habrá gracia.

Sabemos que el pecado guía a la perdición. Sin embargo, debemos comprender que el libro de Gálatas tiene como tema el pecado. El libro de Gálatas habla de las buenas obras. Habla de guardar la ley de Dios. Gálatas no habla de guardar la ley y la circuncisión. Pablo no dijo que ellos habían caído en pecado. Dijo que habían caído de la gracia. Existe una gran diferencia entre los dos. Caer de la gracia y caer en pecado son dos cosas completamente diferentes. Caer de la gracia es caer del principio de la gracia y seguir de nuevo el principio de las obras. Hoy día, existe un gran número de creyentes salvos que han caído de la gracia. Sin embargo, no han perdido la salvación. Con nosotros es lo mismo. Innumerables veces pensamos que estamos terminados. Sin embargo, somos salvos debido a la gracia del Señor Jesús.

Pablo dijo que aquellos de Gálatas 5 lucharon por vencer, pero que habían caído de la gracia al confiar en sus obras. Querían tener buenas obras, sin embargo, cuando hicieron esto, cayeron. ¿Qué significa estar en la gracia? La gracia significa que somos personas bajas y sin esperanza. No podemos hacer nada. Delante de Dios recibimos gracia. Estamos en una posición baja. Acudimos a Dios para que nos dé gracia. Como tales, somos los que vivimos en gracia. No es un asunto de pecado o de mala conducta. Si un hombre confía en su propia obra, está obstruyendo la gracia de Cristo. Aquí Pablo reprendió a los gálatas por seguir la ley después de que habían sido salvos. Ellos cayeron de la gracia. Les llamó la atención por no haber recibido la suficiente gracia y por no haber recibido la suficiente misericordia de parte de Dios. Recibir misericordia y gracia de parte de Dios es permitir que Dios obre. Esto prueba que la carne es incapaz y no puede hacer nada. Podemos obrar mediante nuestra carne, sin embargo, aquellos en la carne no pueden agradar a Dios.

Supongamos que el hermano Yau es un hombre sin principios. Cada día él gana un dólar y cincuenta centavos, pero gasta dos dólares. Esta noche yo tengo lástima de él. A él le faltan cincuenta centavos y yo le doy sesenta centavos. El hace esto todos los días, y yo tengo lástima de él también todos los días. Supongamos que un día el hermano Yau comienza a pensar: “El Sr. Nee ha tenido lástima de mí y me ha dado dinero todos los días, pero yo tengo que encontrar la manera de disciplinarme un poco”. Cuando él hace esto, hace lo que los gálatas hicieron con la circuncisión. Ellos lo hacían en la carne, y como resultado cayeron de la gracia. He conocido tal clase de personas. Desde el punto de vista del mundo, me gustan tales personas. Ellos no quieren que otros los alimenten el resto de sus vidas; quieren ser independientes. Esto es bueno, pero la Biblia dice que para Dios, esto es equivocado debido a que tales personas han caído de Su misericordia. Pablo no los estaba reprendiendo por pecar. Pablo los estaba reprendiendo por hacer el bien. Pablo los reprendió por hacer el bien debido a que el bien que ellos hacían significaba que ellos no necesitaban más de la misericordia de Dios por el resto de sus vidas. Ellos ya no vivirían más en la misericordia de Dios.

Mis amigos, el pensamiento del hombre es totalmente diferente del pensamiento de Dios. Pensamos que podemos agradar a Dios al hacer algo. Sin embargo, Dios está contento cuando permanecemos en Su gracia. El repetidas veces dice que desea misericordia y no sacrificios (Mt. 9:13). La misericordia significa que Dios le dé algo, y el sacrificio significa que usted dé algo a Dios. Dios desea la misericordia. Esto significa que a El le gusta darle cosas a usted. El no desea el sacrificio. Esto significa que El no quiere que usted le dé cosas a El. Si Dios puede dar las cosas, estará feliz. Esta es la salvación. La salvación no es hacernos felices. La salvación es hacer a Dios feliz. A Dios le gusta dar; El quiere obrar continuamente en nosotros. El quiere darnos gracia. Tal vez usted piense que eso es suficiente. Sin embargo, El piensa que eso no es suficiente. Usted es un hombre pobre y puede sobrevivir con unos pocos centavos al día. Sin embargo, ahora se le han dado unos pocos dólares. Con razón usted pensará que eso es demasiado. Si Dios va a hacer algo, El quiere hacerlo a lo máximo. Si usted le permite hacer solamente un poco, El no estará contento. Si usted quiere ser salvo, voluntariamente tiene que permitirle a Dios que obre. Tiene que pedirle a Dios que sea misericordioso con usted. Dios solamente puede estar contento si se le permite trabajar de esta manera. Si usted insiste en darle algo a Dios, El no estará contento. Cuando Dios ve que a usted le es mostrada la misericordia, El está contento. Por eso digo que Dios prefiere misericordia y no sacrificio.

Gálatas 5:4 dice que no debemos caer fuera de la gracia. No dice que no debemos caer en pecado. Lo que se discute aquí no es un asunto de salvación, sino un asunto de disfrute. Delante de Dios, no necesitamos movernos, ni necesitamos guardar la ley. No tenemos que hacer nada. Solamente debemos permitir que Dios obre en nosotros y que nos dé gracia. Una vez que tenemos obras, hemos caído de la gracia. Por lo tanto, decir que uno ha caído de la gracia no se refiere al asunto de la salvación o de la perdición. Caer de la gracia es un asunto de si disfrutamos o no los beneficios de Cristo hacia nosotros. Caer de la gracia es un asunto de si permitimos o no que la obra de Cristo opere en nosotros. Le agradecemos al Señor que la salvación significa estar continuamente bajo la misericordia de Dios y estar continuamente bajo Su gracia.

CAPITULO DIECIOCHO

LA SALVACIÓN ES ETERNA: ARGUMENTOS EN CONTRA DE ELLO

(2)

EN EL ANTIGUO TESTAMENTO NO EXISTE NINGUNA ENSEÑANZA CON RESPECTO A LA MUERTE ETERNA

En el último mensaje leímos Ezequiel 18. Ahora, permítanme agregar unas cuantas palabras adicionales. Todos los que estudian el Antiguo Testamento cuidadosamente y quienes entienden el Antiguo Testamento, saben que no enseña que la muerte es eterna, ni habla de nada parecido al castigo eterno. Todas las muertes mencionadas en el Antiguo Testamento se refieren a la muerte del cuerpo, y el único lugar mencionado adonde va la gente después de que muere, es el Hades, y no el infierno. Hay dos o tres porciones que parecen hablar del infierno, sin embargo, o son una traducción equivocada o deben ser interpretadas de otra manera. Todas las muertes mencionadas en el Antiguo Testamento son la muerte del cuerpo, no son la muerte eterna. El Antiguo Testamento fue escrito para los judíos. Debido a que eran hombres terrenales, sus errores también eran errores terrenales, y sus castigos, castigos terrenales.

No digo que no existe tal cosa como la muerte eterna en el Antiguo Testamento, sí existe. Sin embargo, el Antiguo Testamento nunca nos enseña acerca de la muerte eterna. En el Antiguo Testamento, aquellos que fueron bendecidos por Dios recibían mucho ganado, ovejas, oro, y plata. Esas eran señales de la bendición de Dios. Pero en el Nuevo Testamento aquellos que son bendecidos por Dios pueden decir: “No poseo plata ni oro, pero lo que tengo, esto te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda” (Hch. 3:6). En el Antiguo Testamento, había oro y plata. En el Nuevo Testamento no hay plata ni oro. El Antiguo Testamento, aunque no trata exclusivamente de las cosas de la carne, habla principalmente del aspecto material y físico de las cosas. En el Antiguo Testamento, cuando un hombre era bendecido por Dios, podía disfrutar una larga vida, tener muchos hijos, y muchas cosas materiales. Esas son las bendiciones del Antiguo Testamento. Sin embargo, en el Nuevo Testamento, no vemos esas cosas. Al contrario, vemos que Santiago murió. Esteban murió. Muchos fueron martirizados por haber amado al Señor. Indudablemente ellos no fueron maldecidos. Además, el Nuevo Testamento nunca hizo de la descendencia un asunto de la bendición. Al contrario, los que viven para el Señor deben permanecer vírgenes. Por lo tanto, lo que el Antiguo

Testamento nos muestra y lo que el Nuevo Testamento nos muestra son dos cosas totalmente diferentes.

Esto no significa que en el Antiguo Testamento no exista tal cosa como la muerte eterna. Sin embargo, esto no se presenta como enseñanza. Debido a que el hombre no entiende esta verdad, el Nuevo Testamento nos habla con respecto a la muerte eterna. En el Antiguo Testamento hay unos cuantos pasajes que parecen hablar de la muerte eterna, pero son traducciones equivocadas. En una de ellas la traducción dice que los malos son trasladados al infierno (Sal. 9:17). Sin embargo, realmente la traducción debe decir que los malos van al Seol. Esto es temporal, y no por la eternidad. En Isaías 66:24 se menciona que los gusanos no morirán y que el fuego no se apagará. Parece que habla de la misma cosa de la cual habla el Evangelio de Marcos (Mr. 9:48). Pero, recordemos que Isaías no dijo que a menos que los israelitas se arrepintieran irían al infierno, donde el gusano no morirá y el fuego no se apagará. Isaías profetizó de un grupo de personas que irían al infierno al final del milenio, donde el gusano no morirá y el fuego no se apagará. Indudablemente, Isaías no hablaba de la muerte eterna. Si introducimos el tema de la muerte eterna, estaremos tratando de meter algo extraño, el cual sería un asunto ajeno.

QUE EL EFECTO DE CRISTO QUEDE INOPERANTE EN UNO ES DIFERENTE DE QUE UNO ESTE SEPARADO DE CRISTO

Tenemos que saber algo más. Gálatas 5:4 dice: “Habéis sido reducidos a nada, separados de Cristo, los que buscáis ser justificados por la ley; de la gracia habéis caído”. En el idioma original la palabra “reducidos a nada” es *katargeo*, un verbo pasivo. Existe un poco del sentido de separación. *Kata* tiene algo del sentido de separación, pero el sentido no es muy fuerte. La palabra *katargeo* significa quedarse inactivo. El léxico de palabras griegas escrito por Stephan, puede ser considerado como uno de los mejores. Nos dice que aquí la palabra significa quedarse inactivo. Debemos ver la diferencia entre la separación de Cristo y quedarse sin el efecto de Cristo. Estas son dos cosas diferentes. Si un hombre ha dejado a Cristo y está separado de El, entonces todo está terminado. Sin embargo, esto no es lo que Pablo dijo aquí. Pablo dijo que si ellos guardaban la ley, habían caído de la gracia. Si querían mantener la ley, tenían que dejar ir la gracia. Si seguían la ley, el efecto de Cristo quedaría inoperante en él.

¿Cuál es el efecto de Cristo? Si el efecto de Cristo es manifestado en mí, puedo regocijarme. Aunque yo sea débil e indigno, sé que Su gracia es suficiente para mí, y mi corazón puede estar en paz. El gozo y paz que tengo en mi corazón es el efecto de Cristo que opera en mí. Esto es Cristo forjando Su eficacia en mí. No trato de ser salvo mediante mis obras. Yo sé que ya soy salvo. No tengo que esforzarme para ser salvo. No

tengo que suplicar desesperadamente ni tengo que luchar. Puedo descansar en Su obra. Esto es el efecto de Cristo. Hoy día, muchos cristianos se han apartado de Cristo. Sobre ellos Cristo no tiene mucho efecto.

Supongamos que le debo mucho dinero a alguien. No puedo pagarle ni siquiera si vendiera todo lo que tengo. Ahora tengo un buen amigo y dice que ya que tengo una deuda tan pesada, él me dará un cheque para que pueda liquidar mi deuda. Sin embargo, soy un hombre flojo. Soy tan flojo incluso para cambiar el cheque. Ahora, ¿tengo dinero en casa? Sí, pero también tengo una deuda en mi casa. Tengo el cheque, pero el cheque no tiene efecto sobre mí. La deuda queda; no ha sido pagada. Sigo llevando la carga de la deuda. Hoy día, Dios ya nos ha dado el cheque. Sin embargo, no lo hemos cambiado para que surta efecto.

Por lo tanto, estar separados de Cristo y quedarse sin que el efecto de Cristo opere sobre nosotros, son dos cosas diferentes. Estar separados de Cristo es no ser salvo. Pero nosotros nunca podemos estar separados de Cristo. Romanos 8 nos dice que no hay manera de que nos separemos de Cristo. Dice que nadie puede separarnos del amor de Cristo. La gracia que recibimos de Cristo y la bendición que tenemos de Dios son ordenadas por Dios. Nadie puede derribarlas. No pueden ser derribadas, debido a que están basados en la justicia. Por medio de las muchas cosas que Cristo ha logrado por nosotros, el problema de la vida y la muerte eternas está resuelto. No hay manera de derribar esto, porque se basa en la justicia. Sin embargo, en el aspecto subjetivo, la ausencia de paz en el corazón y la presencia continua de infelicidad es un problema cristiano. Quizás un hombre se preocupe de cómo puede recibir la gracia y cómo puede preservar su salvación. Cada día su corazón está en suspenso, sin saber qué debe hacer. Cuando un hombre se ha apartado del efecto de Cristo, no recibirá el efecto que debe recibir de Cristo. Por lo tanto, Gálatas 5:4 nos muestra que cuando un hombre busca la ley, cae de la gracia. Cuando cae de la gracia, está desligado del efecto de Cristo. Por lo tanto, esto no se refiere a que el hombre pierda la salvación después de salvarse, sino a que éste no tiene el gozo y la paz de la salvación.

EL ARGUMENTO BASADO EN I CORINTIOS 8:11

En este mensaje, consideraremos unos cuantos versículos más. En 1 Corintios 8:11 se dice en la versión Reina-Valera 1960: “Y por el conocimiento tuyo, se perderá el hermano débil por quien Cristo murió”. Este versículo presenta un problema. Es cierto que la persona mencionada aquí es salva, porque es llamada hermano. Es verdad que es un hermano débil. Sin embargo, es un hermano, una persona que pertenece al Señor. Pero aquí dice que puede perderse, o sea, perecer. Esta palabra en el idioma original es *apollumi*, y tiene dos significados. Uno puede ser traducido *perderse o perecer* y el otro,

destruir. Pero esta palabra es la misma que la palabra *perecer* usada en Juan 3:16. En Juan 3:16 se dice que todo aquel que en El cree, no *apollumi*, mas tenga vida eterna. Si podemos usar la palabra *destruir* en 1 Corintios 8:11, entonces también podemos usar la misma palabra en Juan 3:16. Entonces aquí hay un problema.

Cuando leamos la Biblia, no podemos leerla de una manera superficial. Tenemos que estudiar el contexto en detalle. Solamente después de leer el contexto cuidadosamente, podemos saber lo que dice un versículo. Uno no puede escuchar claramente lo que otros dicen al poner el oído a la ventana de alguien. Una de las cosas más tontas sobre la tierra, es escuchar a otros a través de las rendijas de las puertas cerradas, ya que no se puede saber lo que se habló antes o después. Si usted toma una oración de la Biblia fuera de contexto, ciertamente no podrá entenderla claramente. Para poder entenderla claramente, uno debe leer el contexto.

El tema de 1 Corintios 8 es la prohibición con respecto a comer lo ofrecido a los ídolos en el templo. Los creyentes corintios consideraban que era correcto que los cristianos comieran lo ofrecido en el templo de los ídolos. Pensaban así porque para ellos los ídolos no eran nada, ya que existe un solo Dios en los cielos y en la tierra. Si uno ofrece comida a los ídolos, y los ídolos son verdaderos, entonces las ofrendas son ofrendas verdaderas. Si los ídolos no son verdaderos, entonces las ofrendas ciertamente no son ofrendas, sino que solamente son comida. Si no son ofrendas, ¿qué daño hay en comerlas? Si los ídolos no son verdaderos, entonces los templos no son templos y no significan nada para el que come de lo ofrecido en los templos de los ídolos. Por lo tanto, los creyentes corintios pensaban que era permisible comer las ofrendas. Eso es lo que decían.

Sin embargo, Pablo dijo que no debían comer las ofrendas. Su motivo por decirlo no se basaba en la veracidad de los ídolos ni de los templos. Al principio del capítulo ocho, Pablo dijo: “En cuanto a lo sacrificado a los ídolos, sabemos que todos tenemos conocimiento”. La palabra “sabemos” incluye a los creyentes corintios. Es como si Pablo dijera a los corintios: “Vosotros podéis comer debido a que todos tenéis conocimiento. Sin embargo, ‘el conocimiento envanece, pero el amor edifica’. El propósito del amor es edificar a otros, mientras que el conocimiento envanece. Es verdad que el Padre es Dios, que Jesús es el Señor, y que los ídolos no son nada. No obstante, hay muchos hermanos débiles en la iglesia en Corintio. Ellos no tienen el conocimiento; sus mentes no son tan agudas como las de vosotros. Aunque podáis trastornar las palabras y considerar que no hay nada, los hermanos débiles no entienden las cosas que decís. Siguen pensando que al hacerlo actuarían en contra de los mandamientos del Señor. Vosotros tenéis que recordar quiénes son esas personas y cuál es su trasfondo. Hoy día, quizás penséis que los ídolos no son nada. Sin embargo, los hermanos débiles ofrecían a los ídolos en el pasado, pensando que estaban ofreciendo a Dios; ellos pensaron que los ídolos eran

dioses. Cuando vosotros coméis, no sentís nada. Sin embargo si ellos comen, recuerdan sus pecados pasados. Ellos no eran como vosotros. Tenéis el conocimiento, y por lo tanto podéis comer e iros. Pero si ellos lo hicieran, sentirían que lo que hicieran era la misma cosa que habían hecho antes y que pecaran de la misma manera que habían pecado anteriormente. Todavía consideran esto como un pecado. Por lo tanto, por causa de otros cristianos, y por causa de amor a ellos, aunque tengáis el conocimiento, mejor no lo hagáis. Tenéis el conocimiento, pero ellos no lo tienen. Ellos sienten condenación en sus conciencias delante de Dios. Sienten que cometen un gran pecado y que están cayendo de nuevo en él. Por lo tanto, por causa de ellos, no comamos”. Este es el significado general de este pasaje.

Los versículos del 4 al 7 de 1 Corintios 8 dicen: “Acerca, pues, de las viandas que se sacrifican a los ídolos, sabemos que un ídolo nada es en el mundo, y que no hay más que un Dios. Pues aunque haya algunos que se llamen dioses, sea en el cielo, o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores), para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para El, y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de El. Pero no en todos hay este conocimiento; porque algunos, habituados hasta aquí a los ídolos, comen como sacrificado a ídolos, y su conciencia, siendo débil, se contamina”. Fijémonos en la palabra “*habituados*”. Ese fue su hábito en el pasado. El versículo 12 dice: “De esta manera, pues, pecando contra los hermanos e hiriendo su débil conciencia, contra Cristo pecáis”. Este pasaje enseña a las personas a abstenerse de la comida ofrecida a los ídolos por causa del amor a los hermanos. No debemos actuar libremente, simplemente porque tenemos conocimiento, y así causar problemas para nuestros hermanos. Desde el versículo 7 hasta el final, el problema tenía que ver con la conciencia. Este no era un problema del espíritu. Aquí Pablo no habla de la salvación eterna ni de la perdición eterna. Pablo nos dice qué hacer en relación con un hermano que tiene una conciencia débil. Si un hombre hace algo sabiendo que puede hacerlo, su conciencia no lo condenará. Pero si lo hace sabiendo que no debe hacerlo, su conciencia lo condenará y lo reprenderá continuamente. Por ejemplo, sabemos que no necesitamos guardar el día del Señor, y que no necesitamos guardar el día de sábado. Está bien comprar y trabajar el día del Señor. Nuestra conciencia nunca nos condena. Esta es la gracia del Nuevo Testamento. El Señor no ha puesto sobre nosotros la carga del sábado. Sin embargo, algunos no tienen este conocimiento. Si ellos van de compras el día del Señor, piensan que han cometido un gran pecado. Después de hacerlo, su conciencia no está en paz. Algunas veces, el asunto del pecado es simplemente un asunto de la conciencia. La conciencia del hombre determina para él cuáles son sus pecados.

Pablo decía que aquí está un hermano débil. Anteriormente él adoraba ídolos. Ahora ve a otros comiendo, y quiere unirse a ellos. Si usted come todo está bien, debido a que

tiene el discernimiento y sabe que los ídolos no significan nada. Por lo tanto, usted podrá comer libremente. El come, no porque tiene discernimiento, sino debido a que lo ve a usted comiendo. Cada vez que come, no tiene paz. Usted come con gozo, él come con temor. Después de esta comida, ya no puede orar. Su conciencia le dice que ha pecado y que ha abandonado a Dios para adorar ídolos tan como solía hacerlo. Su conciencia comienza a perecer delante de Dios. Se siente culpable delante de Dios y piensa que está terminado y que ha regresado de nuevo a sus pecados anteriores.

Además de Juan 3:16, la palabra original que se traduce *perecer* también aparece en Lucas 13, 15, y 21. Pero en estos tres pasajes, esta palabra se usa de una manera muy diferente. En el capítulo trece el Señor recibe el informe de que Pilato había matado un buen número de personas y había mezclado su sangre con los sacrificios de ellos. El Señor Jesús dijo a los presentes que no debían considerar a esos galileos más pecaminosos que lo que eran ellos mismos. A menos de que se arrepintieran, todos ellos perecerían igualmente. Aquí *perecer* se refiere a la muerte del cuerpo; no tiene nada que ver con el alma del hombre. El Señor dijo que había dieciocho muertos cuando cayó la torre de Siloé. A menos de que ellos se arrepintieran, perecerían igualmente. Esto se refiere a matar el cuerpo exterior.

En la parábola del hijo pródigo en Lucas 15, el hijo pródigo dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!” Aquí *perecer* no se refiere a que el alma perece. Por lo tanto, esta palabra no se refiere solamente a la muerte eterna, sino a la muerte del cuerpo y a la inanición. Uno puede ser considerado como muerto cuando es asesinado. También puede ser considerado como muerto cuando está hambriento y a punto de morir.

En Lucas 21 el Señor dice que el cabello de nuestra cabeza de ninguna manera perecería. Ni siquiera nuestro cabello puede perecer. Ahora bien, es imposible que esto indique la muerte eterna. Con estos tres pasajes podemos inmediatamente captar aquello a lo que Pablo se refería. El se refería a algo que podría causar que pereciera la conciencia de un hermano débil. Por causa de esto ya no podría orar en la reunión y pensaría que estaba terminado, que había adorado de nuevo ídolos y que había comido de nuevo lo ofrecido a los ídolos en el templo de los ídolos. También pensaría que había dejado de nuevo al Dios viviente, y su conciencia sería destruida debido a usted.

Si leemos cuidadosamente la porción de la Escritura en 1 Corintios 8, desde el versículo 7 en adelante, veremos por qué Pablo dijo: “Pero no en todos hay este conocimiento; algunos, habituados hasta aquí a los ídolos, comen como sacrificado a ídolos, y su conciencia, siendo débil, se contamina”. Notemos que esto se refiere a aquellos cuya conciencia, siendo débil, se contamina. “Pero la comida no nos hace recomendables ante

Dios; pues ni porque no comamos, seremos menos, ni porque comamos, seremos más”. Esta es nuestra norma: si comemos no hay mérito, y si no comemos no hay pérdida. Sin embargo, aquellos que no tienen conocimiento encuentran un problema con esto. “Mas mirad que este derecho vuestro no venga a ser tropezadero para los débiles”. Aquí la debilidad no se refiere a debilidad moral o a una falta en cuanto a la doctrina. Más bien, se refiere a la debilidad de la conciencia. Si significara una debilidad moral o una falta en cuanto a la doctrina, este versículo perdería su significado. Se refiere más bien a la debilidad de la conciencia. “Porque si alguno te ve a ti, que tienes conocimiento, reclinado a la mesa en un templo de ídolos, ¿no será estimulada su conciencia, si él es débil, a comer de lo sacrificado a los ídolos?” Aquellos con conciencia débil piensan que ya que otros pueden comer, también ellos pueden. Sin embargo, si tales comen, su conciencia se contaminará. “Y por el conocimiento tuyo, se perderá el hermano débil por quien Cristo murió” (versión Reina-Valera 1960). Por lo tanto, aquí, perderse, o perecer, no se refiere a la perdición eterna de un hermano, un salvo. Aquí se refiere al tropiezo espiritual de un hermano debido a la debilidad.

Si 1 Corintios 8 dice que el conocimiento de un hermano puede causar la muerte eterna de otro, entonces se puede decir que la salvación o perdición de un hermano depende del conocimiento de otro. Si ése fuera el caso, yo podría enviar a cada uno de ustedes al infierno por medio de mi conocimiento. Si así fuera, la muerte de los hombres no sería determinada mediante ellos mismos, sino por otros. Sabemos que no es así. La Biblia dice que todo el que cree en el Señor Jesús tendrá vida eterna. Que un hombre perezca o no delante de Dios depende de si cree en el Señor Jesús. ¿Cómo pueden otros llevarme al infierno? Esto de ninguna manera concuerda con la Biblia. Con respecto al uso de la palabra *perecer*, podemos decir que aquí no se refiere a la vida eterna ni a la muerte eterna. Al contrario, se refiere al daño hecho a la conciencia y a llevar a una persona bajo ese daño.

Avancemos. El versículo 12 dice: “De esta manera, pues, pecando contra los hermanos e *hiriendo su débil conciencia*, contra Cristo pecáis”. Aquí, el pecado en contra de los hermanos se refiere a hacer que el hermano débil perezca mediante el conocimiento mencionado en el versículo 11. El pecado en el versículo 12 se refiere a hacer perecer en el versículo 11. El versículo 12 dice que cuando usted causa que su hermano perezca debido a su conocimiento, usted está hiriendo su conciencia débil. Por lo tanto, perecer, lo cual se menciona en el versículo previo se refiere a herir la conciencia. Esto no se refiere a la vida eterna o a la muerte y perdición eterna.

El versículo 13 desarrolla el tema relatando lo que significa herir las conciencias de ellos. “Por lo cual, si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano”. Si se ponen estos tres versículos juntos, se puede

ver lo que aquí significa perecer. Perecer significa que la conciencia del hermano débil está herida, y herir la conciencia débil del hermano es hacer que el hermano tropiece. Por lo tanto, los versículos 11, 12, y 13 son tres eslabones unidos. Nos muestran lo que significa perecer. Lo que aquí se trata no es en lo absoluto perecer en relación con la salvación. Si uno insiste en explicarlo de esa manera, diciendo que una persona salva perecerá, encontrará que su argumento es difícil de sostener. Será difícil explicarlo de esa manera.

EL ARGUMENTO BASADO EN SANTIAGO 5:20

Santiago 5:19-20 dice: “Hermanos míos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte el alma de éste, y cubrirá multitud de pecados”. Algunas personas también infieren de estos dos versículos que una persona salva puede perecer. Para ellos, en el versículo 19 tenemos un hermano. Luego, en el versículo 20, tenemos un pecador. Para ellos, el versículo 19 habla de hacer volver a un hermano, y en el versículo 20 dice que al hacer volver a un hermano, el alma se salva de la muerte. Esto significaría que algunos hermanos necesitan hacer volver a otros, y algunos necesitan que sus almas sean salvas de la muerte. ¿No diría esto sencillamente que un hermano puede perder su salvación?

Para poder entender estos dos versículos, hay unas pocas cosas a las que tenemos que prestar atención. Primero, Santiago 5:19 y 20 son como un monte aislado. No están conectados con los versículos anteriores, y no tienen continuación. Todas las demás epístolas de la Biblia tienen saluciones y bendiciones. Santiago es el único libro que termina de esta manera. Los versículos 17 y 18 hablan de la oración. Parece que estas palabras de repente surgen de la nada. Esto es algo muy peculiar.

Segundo, desde el capítulo uno hasta el final, el libro de Santiago habla del amor práctico entre los hermanos. Debido al amor, tenemos la misericordia, el cuidado, y la preocupación por los hermanos. Esto es lo que nos muestra el libro de Santiago. Desde 1:1 hasta 5:18, hay un hilo continuo, un tema y una meta definida. Sin embargo, los versículos 19 y 20, parecen surgir de la nada. Uno puede decir que el pasaje que abarca desde 1:1 hasta 5:18 está muy organizado. Pero no sabemos de dónde salen estos dos versículos finales.

Tercero, en principio, ya que los capítulos del 1 al 5 de Santiago hablan del amor expresado en la conducta de uno, los versículos 19 y 20 no deben desviarse de éste punto. Ellos también deben decirnos lo que debemos hacer o no hacer cuando amamos a los hermanos. Si un pecador sigue en el error de su camino, y usted lo salva en amor,

usted está salvando a un alma de la muerte. Además, usted cubrirá multitud de pecados. Todos los lectores de la Biblia saben que cubrir multitud de pecados es amor (1 P. 4:8). Los muchos pecados mencionados aquí no se refieren a pecados delante de Dios, sino a los pecados delante del hombre. Si usted vuelve a un pecador de las faltas en que éste ha incurrido, Dios ya no recordará sus pecados y los arrojará a lo profundo del mar. Todos sus pecados estarán bajo la sangre. Ahora bien, ¿y qué de nosotros? Supongamos que el hermano Yuan era un hombre muy malvado antes de llegar a ser cristiano. Su historia pasada es muy negra y desagradable. Yo conozco su historia pasada y las situaciones de su pasado y puedo exponerlas. Pero si expongo los pecados de su vida anterior, actuaré en contra de la voluntad de Dios. Dios los ha arrojado a lo profundo del mar. Después de que somos salvos, Dios nunca menciona más nuestros pecados pasados. Cuando veo a un hermano, tengo que cubrir su pasado debido a que entre nosotros Dios ha cubierto nuestros pecados pasados.

El versículo 20 se trata del principio, y el versículo 19 se trata del ejemplo. En otras palabras, el versículo 20 es la fórmula, la ley, y el principio de acción, mientras que el versículo 19 es el caso específico y el incidente particular. El versículo 20 dice que si alguien hace volver a una persona, ésta no morirá y sus pecados estarán cubiertos delante de Dios y delante de los hombres. El versículo 19 nos muestra lo que sucede cuando un hermano entre nosotros es desviado de la verdad o ha errado. Tenemos que hacerlo volver. La exhortación del versículo 19 se basa en el principio del versículo 20. Si usted ve a un hermano de la iglesia que se desvía de la verdad, tiene que recobrarlo. Cuando un pecador se ha vuelto, su alma no morirá, y sus muchos pecados estarán cubiertos. Si es así, ¿cuánto más debemos hacer por causa de un hermano? Santiago nos dice aquí que debemos tratar a los hermanos de la misma manera que tratamos a los pecadores. Nos dice que un cristiano debe tratar a sus hermanos y hermanas con amor y debe recobrarlos. Esta porción no habla de la perdición de un hermano.

EL ARGUMENTO BASADO EN HEBREOS 6:6

Ahora tenemos que considerar Hebreos 6:1-8. Este pasaje presenta el problema más grande de la Biblia. Casi todos los que dudan de que la salvación sea eterna toman Hebreos 6 como su ciudad de refugio. Todos ellos extraen de este versículo el material que los respalda. Argumentan que si un hombre fue salvo y ahora ha caído, será imposible que sea otra vez renovado para arrepentimiento. ¿No significaría que tal persona está terminada y está destinada a morir? Debido a que muchos no entienden claramente este pasaje, lo toman como la razón por la cual el hombre puede perecer.

Sin embargo, tenemos que comprender que el tema de Hebreos 6 no es la salvación. No tiene nada que ver con la salvación. Si uno quiere entender este pasaje, debe empezar

con el final del capítulo cinco donde dice que muchos que deberían comer alimento sólido todavía toman leche. Conforme a la edad de este grupo de creyentes, todos ya debían ser maestros. Sin embargo, eran como niños y no progresaban, o sea, permanecían en el mismo lugar. Por lo tanto, el capítulo seis comienza diciendo: “Por tanto, dejando ya la palabra de los comienzos de Cristo, vayamos adelante a la madurez”. Así que, el tema de Hebreos 6:1 es el progreso, y no la salvación. Si uno trata de interponer el tema de la salvación, es cierto que encontrará dificultades. El propósito de este capítulo es decirle a otros cómo progresar y no decirnos cómo ser salvos. Lo primero que debemos notar aquí es que el tema habla de cómo progresar hasta alcanzar la madurez, y no el regreso a la perdición.

El apóstol hablaba aquí con respecto a adelantarse a la madurez. Los versículos del 1 al 8 pueden dividirse en tres secciones. Podemos usar tres palabras para representar estas tres secciones. La primera sección se trata de no tener necesidad; la segunda, de no tener posibilidad; y la tercera, de no tener derecho. Esta porción les dice a los creyentes hebreos, desde estos tres puntos de vista, que ellos tienen que progresar. Primero, tienen que dejar la palabra de los comienzos de Cristo y no deben echar otra vez un fundamento. La palabra de los comienzos de Cristo es como la piedra angular de un edificio. Al edificar una pared, uno no necesita dos cimientos. El apóstol dijo que ellos hablaban de cosas fundamentales. Pero el fundamento ya había sido echado, no había necesidad de echarlo otra vez. La palabra de los comienzos de Cristo son enseñanzas tales como el arrepentimiento de obras muertas, la fe en Dios, los bautismos, la imposición de manos, y la resurrección de los muertos, y el juicio eterno. Todas estas enseñanzas son las palabras de los comienzos de Cristo. El apóstol dijo que eso necesitaba hacerse solamente una vez. No había necesidad de hacerlo de nuevo. Los exhortaba a seguir adelante y ser perfeccionados.

La segunda sección requiere una introducción. Antes de que leamos el versículo 4, permítame primero decirle algo con respecto a esta introducción. Antes de que el apóstol escribiera el versículo 4, previo que los que dudaban de que la salvación sea eterna le preguntarían: “Si usted dice que no debemos echar otra vez el fundamento, ¿qué debemos hacer si pecamos de nuevo? Si una persona ha caído, resbalado, y pecado, ¿no tiene que echar de nuevo el fundamento”? Aquí el apóstol dijo algo previendo sus preguntas. “Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial...” Si usted tiene un Nuevo Testamento en griego, verá que, según la gramática del idioma original, la palabra *una vez* no se refiere solamente al primer asunto de la lista, sino a cada asunto en ella. Debe decir: “...los que una vez fueron iluminados y una vez gustaron del don celestial, y una vez fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero...” Esto es muy claro en el texto original. Aquí está un hombre que ha sido

iluminado, que ha gustado del don celestial, y ha llegado a ser partícipe del Espíritu Santo, y ha gustado de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero. El siglo venidero es el milenio. Este hombre ha gustado de los poderes del milenio. En otras palabras, ha visto y gustado de los milagros, las maravillas, las sanidades, y ha echado fuera demonios. Si tal hombre cae, es imposible que él sea otra vez renovado para arrepentimiento. “Y recayeron...” Un hermano inglés que estudió el griego y que se especializó en el libro de Hebreos por toda su vida dijo que aquí, alejarse significa resbalarse. Cuando dice que es imposible que ellos mismos sean otra vez renovados para arrepentimiento, muchos piensan que eso significa perdición. Pero esta explicación no es válida.

Si hay un hombre que fue iluminado, que ha gustado del don celestial, que ha llegado a ser partícipe del Espíritu Santo, que ha gustado de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, ¿es posible que tal hombre no pueda arrepentirse de nuevo una vez que resbale? ¿Existen casos de cristianos caídos que se han levantado de nuevo? La Palabra de Dios nos dice que sí ha habido muchos, y la historia de la iglesia también nos dice que sí ha habido muchos. Muchos cristianos que alguna vez han resbalado finalmente llegaron a ser los mejores corredores de la carrera del reino celestial. Comenzando con Pedro, ha habido innumerables cristianos que han caído y se han levantado de nuevo. Si no hubiera posibilidad de que ellos se levantaran de nuevo, entonces Pedro habría sido el primero en no haberse levantado. El se resbaló terriblemente. Podemos decir que él tuvo un fracaso total. Pedro no fue el único. A lo largo de los dos mil años desde que nació la iglesia, innumerables cristianos han caído. Pero con el tiempo ellos llegaron a ser los mejores testimonios. Puedo enumerar un sin número de ejemplos de esto. Si lo que se dijo anteriormente fue correcto, entonces no debe haber ni siquiera uno; si hubiera alguno, la Biblia estaría equivocada.

En este pasaje hay una palabra en el texto original, *palin*, que significa de nuevo. Inmediatamente después de esta palabra también hay otra palabra, *anakainizo*, que significa renovar. Por consiguiente, según el texto original, esta parte debe ser traducida: “una vez que ha resbalado, es imposible ser otra vez renovado para arrepentimiento”. Aquí el apóstol dijo a los creyentes hebreos que el arrepentimiento de obras muertas, la fe en Dios, la enseñanza de bautismos y la imposición de manos, la resurrección de los muertos y el juicio eterno, son palabras de los comienzos de Cristo. Si ellos una vez habían sido iluminados, si una vez habían gustado del don celestial, participado del Espíritu Santo, gustado de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y después resbalaron, no podían echar otra vez un fundamento y no podían ser otra vez renovados para arrepentimiento.

Por favor, recordemos que aquí el arrepentimiento es el fundamento mencionado en la primera sección. Aquí el arrepentimiento no significa arrepentimiento en general, porque en los versículos anteriores hay seis puntos de las palabras de los comienzos de Cristo. La primera es el arrepentimiento de obras muertas. Por lo tanto, no debemos considerar equivalentes el arrepentimiento que tenemos en nuestro concepto y el arrepentimiento de que se habla aquí. Debemos considerar el contexto de la Escritura y interpretarlo conforme al pensamiento del apóstol. El arrepentimiento que el apóstol menciona es el de obras muertas mencionado en el versículo 1. Aquí significa que después de que un hombre cree en Dios y es bautizado, y después de que entiende el juicio venidero y la verdad de la resurrección, y se arrepiente de obras muertas, no puede arrepentirse de nuevo de lo que ya se ha arrepentido. Una vez que él es bautizado, no puede ser bautizado de nuevo. Una vez que ha creído en la enseñanza del juicio, no puede tratar de creer de nuevo. Una vez que ha creído en la enseñanza de la resurrección, no puede tratar de creer de nuevo. Aquí la palabra arrepentimiento incluye todos los seis puntos mencionados anteriormente. El apóstol no repitió las palabras “otra vez renovado” tantas veces como lo hice yo: otra vez renovar el arrepentimiento de obras muertas, otra vez renovar la fe en Dios, otra vez renovar esto y aquello. El solamente necesitó usar una sola vez las palabras *otra vez renovar*. Si nunca hubiera habido nada, usaríamos la palabra *comenzar*. Pero, si ya había algo, debemos usar las palabras *otra vez renovados*. El apóstol temía que no entendiéramos el significado de la palabra “renovar”, *anakainizo*. Por lo tanto, agregó una palabra adicional, “nuevo”, *palin*. Así que, el arrepentimiento del que se habla en el versículo 6 debe de referirse al arrepentimiento mencionado en el versículo 1. Si el arrepentimiento mencionado en el versículo 1 fuera mencionado como el segundo punto, tal vez no estaríamos muy claros al respecto. Pero, gracias al Señor, sí es el primer punto. Ya que es el primer punto, sabemos que todos los otros puntos son como éste.

El apóstol dijo que la palabra de los comienzos de Cristo puede ser comparada con el fundamento. Para que uno sea cristiano, primero necesita arrepentirse de obras muertas, o sea, necesita juzgar sus pecados. Después, necesita tener fe en Dios, ser bautizado, recibir la imposición de manos, y creer en la resurrección de los muertos y el juicio eterno. Todos estos son asuntos fundamentales. Una vez que el fundamento ha sido echado, ya no hay necesidad de echarlo de nuevo. Mientras uno esté edificando sobre este fundamento, incluso si resbala, no hay necesidad de echar de nuevo el fundamento. Aún si uno quiere echarlo de nuevo, es imposible hacerlo. Por ejemplo, el hermano Wu acaba de entrar al lugar de reunión por la entrada principal de la calle Wen-de. Después de entrar a la callejuela y doblar la esquina, se resbala. ¿Qué debe hacer? Su meta es asistir a la reunión. Pero ha resbalado. No necesita empezar de nuevo todo el camino desde la calle Wen-de. Puede levantarse desde donde se resbaló. El

apóstol decía que una vez que una persona ha sido iluminada y ha gustado del don celestial, si resbala, no puede arrepentirse de nuevo de obras muertas, creer de nuevo en Dios, de nuevo ser bautizado, recibir de nuevo la imposición de manos, y creer de nuevo en la resurrección y el juicio eterno. En otras palabras, el apóstol no tenía la intención de decir que un hombre puede perecer de nuevo después de ser salvo. Lo que quiso decir es que después de que un cristiano es regenerado, no puede ser regenerado de nuevo. Cuando mucho podemos ser regenerados una sola vez. El apóstol no dijo que no es permitido arrepentirse de nuevo, sino que es imposible arrepentirse volviendo a empezar de nuevo.

La siguiente parte del versículo 6 dice: “Crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a la ignominia”. Algunos han dicho que caer es crucificar de nuevo al Hijo de Dios. ¿Quién puede crucificar de nuevo al Señor? La obra del Señor Jesús fue lograda de una vez por todas. El no era como los toros y los machos cabríos, que debían ser inmolados cuando se necesitaba. Por el lado de nosotros, no podemos renovar nuestro arrepentimiento. Por el lado del Señor, El no puede renovar la crucifixión. Si tenemos que renovar nuestro arrepentimiento, esto significa que el Señor Jesús tiene que renovar Su crucifixión. Si ése fuera el caso, entonces expondríamos al Señor a la ignominia. Estaríamos diciendo que la crucifixión que el Señor Jesús sufrió una vez por todas no fue suficiente, que tiene que haber más crucifixiones. Por lo tanto, aquí no se trata de la salvación ni de la perdición.

En los mensajes anteriores, hemos visto que la salvación eterna es un hecho que no puede ser anulado. Si hay un cristiano entre nosotros que ha caído y resbalado, quien fue una vez claramente salvo y estuvo claro con respecto a la salvación de Dios, éste no necesita tener un nuevo comienzo para levantarse de nuevo. Todo lo que necesita hacer es levantarse. No hay posibilidad de crucificar de nuevo al Señor Jesús y exponerlo a la ignominia.

En la última sección, la de los versículos 7 y 8, el apóstol no solamente dijo que no había necesidad y que no había posibilidad, sino que incluso dijo, de una manera más seria, que no tenemos derecho de hacerlo. ¿Por qué no tenemos derecho? Es debido a que echar otra vez el fundamento sería crucificar de nuevo al Señor Jesús. Si un hombre hiciera eso, habría un peligro serio delante de él; sufriría un gran castigo. “Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, participa de la bendición de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada”. Más tarde vamos a tener una comunión detallada con respecto a este pasaje. Después de leer Hebreos 6, se puede ver que este capítulo habla del asunto del progreso.

No es un asunto con respecto a la salvación o la perdición. Hebreos 6 nunca nos dice que una persona salva puede perecer.

CUATRO COSAS QUE DEBEN DISTINGUIRSE

Aquí, tenemos que considerar de nuevo las cuatro cosas mencionadas en la Biblia. Como mencionamos anteriormente, estas cuatro cosas deben distinguirse la una de la otra. Si alguien quiere entender la salvación, primeramente tiene que diferenciar entre un cristiano auténtico y un cristiano falso. Segundo, se debe diferenciar entre la disciplina de los creyentes y la salvación eterna. La salvación eterna es una cosa, y la disciplina que Dios ejerce sobre Sus hijos es otra. Es una cosa que un cristiano sea castigado en esta era, es otra que un incrédulo perezca en la eternidad. Un cristiano no perecerá eternamente, pero sí puede ser castigado. Hay muchos versículos que hablan del castigo de un cristiano. No podemos aplicar estos versículos a la salvación.

Tercero, hay una gran diferencia entre el reino y la vida eterna. En otras palabras, hay una gran diferencia entre el galardón y el don. Una cosa es que usted sea salvo. Otra cosa es que usted reine, gobierne y participe de la gloria junto con el Señor Jesús en el milenio. Hay muchas porciones de la Biblia que hablan de los que han sido quitados del reino. Debido a que muchos no entienden claramente la diferencia entre el reino y la vida eterna, la recompensa y la salvación, aplican los versículos acerca del reino al asunto de la salvación. Muchos piensan que ser quitado del reino significa perecer. Sin embargo, éstas son dos cosas completamente diferentes. Un cristiano puede perder su posición en el reino, pero no puede perder su posición en la salvación. Aunque un cristiano pueda perder su posición en cuanto a reinar juntamente con Cristo, no puede perder su posición de ser un hijo de Dios.

Cuarto, la Biblia no solamente dice que un cristiano sufrirá hoy día la disciplina, y no solamente dice que algunos cristianos pueden perder el reino, sino que en el reino también hay castigos específicos para un cristiano. La Biblia dice que muchos cristianos sufrirán disciplina en esta era. Perderán la recompensa en la era venidera y también sufrirán castigo. Un cristiano puede perder su recompensa en el futuro. También puede ser castigado con un castigo específico positivo. Pero no podemos mezclar el castigo del milenio con la perdición eterna. La perdición eterna es una cosa y el castigo que se tiene en el reino es otra. Cuando un cristiano es castigado, eso no significa que perecerá eternamente. La salvación es eterna. El castigo solamente es una disciplina que se ejerce en la familia. Si algunos de los hijos no pueden recibir bien la disciplina en esta era, tendrán que recibirla en la era venidera. Por lo tanto, hay cuatro cosas que deben distinguirse la una de la otra. Las cuatro cosas —los cristianos falsos, el castigo en esta

era, la pérdida del reino y el castigo en el milenio— difieren de la vida eterna y de la muerte eterna.

Consideremos el primer grupo, el de los cristianos falsos. En 2 Pedro 2:1 dice: “Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como también entre vosotros habrá falsos maestros, que introducirán secretamente herejías destructoras, y aun negarán al Amo que los compró, acarreado sobre sí mismos destrucción repentina”. Algunos preguntarán si este versículo indica que un cristiano puede perecer. Los que se mencionan aquí son aquellos que habían sido comprados por el Señor. Algunos dirán que este versículo obviamente dice que un cristiano puede perecer, ya que aquí dice que ellos han seguido las herejías y han negado al Amo que los compró, y que su fin será destrucción repentina.

Pero, recordemos unas pocas cosas. Aquí se menciona al Amo que los compró. La palabra *compró* se usa de una manera particular. ¿Tiene el sentido de que los comprados sean los salvos? Si estos que han sido comprados son salvos, entonces tenemos que admitir que una persona salva puede perecer. Pero si esta palabra tiene un significado diferente, entonces no podemos decir esto. Es verdad que la Biblia nos dice que somos comprados por el Señor con un precio. Pero tenemos que ver el alcance de lo que el Señor Jesús compró sobre la cruz. ¿Compró El solamente a los creyentes o compró a todo el mundo? En la Biblia podemos ver que el Señor no compró solamente a los creyentes, sino que El compró también a todo el mundo. Mateo 13:44 dice: “El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halló y luego escondió de nuevo. Y gozoso por ello, va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo”. Esto nos muestra que el Señor Jesús vendió todo lo que tenía para comprar el tesoro. Pero no solamente compró el tesoro, sino también el campo. El tesoro es una parte pequeña, pero el campo es una parte grande. El tesoro está en el campo. A fin de obtener el tesoro, el Señor compró todo el campo. El propósito de comprar el campo no era el campo mismo, sino el tesoro. Recordemos que el Señor compró la parte grande con el propósito de obtener la pequeña parte. Su propósito es obtener el tesoro, pero tuvo que comprar todo el campo. Aquellos que están en el reino de los cielos son el tesoro. Pero lo que el Señor compró fue el campo.

Por lo tanto, no podemos decir que todos los que el Señor compró son salvos. El alcance de la compra es más grande que el alcance de la salvación. La obra de la compra y la redención sobre Su cruz es diferente de Su obra de substitución. La substitución del Señor es sólo para todos los creyentes, pero El murió por todo el mundo. Su obra abarca a todos, pero eso no quiere decir que todo el mundo es salvo. Si Pedro cambiara aquí una palabra, si dijera: “negando al Amo quien los *salvó*”, eso sería muy serio. Pero Pedro usó una palabra lo suficientemente grande. El dijo: “negando al Maestro que los

compró”. Por lo tanto, podemos ver que este grupo de gente definitivamente no había sido salva. La palabra *compró* es una palabra muy amplia. Uno no puede decir que ellos son salvos solamente debido a esta palabra.

Segundo, aquí la palabra Amo, *despotes*, tampoco es una palabra común. No debe ser traducida como señor, sino como amo. No significa Señor como en el Señor Jesús, sino el Amo y se refiere a uno que temporalmente tiene el control de otro, o sea, a un maestro terrenal. Aquí no existe una relación de vida. Según la interpretación estricta de la Biblia, ésta no es una relación entre ellos y el Señor, sino una relación entre ellos y su amo. Así, es cierto que este grupo de personas no había sido salvo. Nadie puede decir: “Jesús es el Señor”, excepto en el Espíritu Santo, porque todo el que invoque el nombre del Señor será salvo. Aquellos mencionados en 2 Pedro eran como Judas; nunca habían confesado que Jesús es el Señor.

Tercero, Pedro nos dice que este grupo de personas constan de falsos maestros y falsos creyentes. Pedro también nos dice que había falsos profetas entre el pueblo. También menciona que habría falsos maestros. Los falsos profetas se refieren a los profetas falsos del Antiguo Testamento. Todos los lectores de la Biblia saben que en el Antiguo Testamento ningún profeta falso era salvo. Podemos decir con toda confianza que el grupo de personas mencionado en 2 Pedro ciertamente no es salvo. Ellos se aferraron a su inteligencia y a sus ideas, introduciendo secretamente herejías destructivas, e incluso negando al Maestro que los compró, trayendo sí ellos mismos destrucción repentina. Por tanto, 2 Pedro no se refiere a la perdición de los salvos.

En la Biblia hay más palabras como éstas. Todas ellas se refieren a creyentes nominales, y no a la perdición de los salvos. Algunos han argumentado con respecto a unas cuantas palabras mencionadas al final del capítulo dos. El versículo 20 dice: “Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero” El versículo 22 dice: “Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno”. Basándose en las palabras del versículo 20, algunos han pensado que estos versículos se refieren a los salvos, porque dicen claramente que ellos han escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo. Piensan que sin lugar a dudas los versículos hablan de personas salvas.

Pero, notemos que Pedro fue muy cuidadoso en lo que dijo aquí. El versículo 20 dice que ellos tenían el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo y que ellos habían escapado de las contaminaciones del mundo. No obstante, el versículo 22 nos dice quiénes en realidad eran estas personas. Si solamente tuviéramos el versículo 20, tal vez

pensaríamos que estas personas son salvas. Pero si leemos el versículo 22, sabremos quiénes son. “Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vomito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno”. Dice que aunque ellos han escapado de la contaminación del mundo, y externamente tienen el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, después se enredaron, y su postrer estado vino a ser peor. Estas personas simplemente son perros y puercos.

El Señor Jesús nunca dijo que da vida eterna a los perros. Tampoco dijo que Sus perros nunca perecerían. El Señor dijo que da vida eterna a las ovejas. Nunca mezcla las ovejas con los perros. El no puede decir que da vida eterna a los puercos y a los perros, ni puede decir que las ovejas han sido enredadas por la contaminación del mundo. Estas dos clases de personas nunca se pueden mezclar. Muchos que han escuchado el evangelio dirán que Jesús es el Señor y el Salvador. Pueden hablarle rápidamente acerca de doctrinas relacionadas con el Señor. Externamente no tienen ninguna contaminación. Pero realmente nunca han sido regenerados. Nunca han recibido al Señor y nunca han experimentado al Señor viviendo en ellos. Solamente confiesan al Señor temporalmente. Se han quitado un poco las contaminaciones externas, pero cuando cambian los sentimientos, regresan a sus antiguos caminos. El último estado de esta clase de personas es peor que el primero. Ellos absolutamente no son ovejas. Debido a que son perros, se vuelven a su propio vómito. Debido a que son puercos, se revuelcan en el cieno después de haber sido lavados. Esto no significa que los cristianos no pecarán, y no significa que no tocarán el cieno y que no se revolcarán en el cieno. Es posible que un cristiano toque el cieno y que se revuelque en él. Pero al cristiano le encuentra incómodo revolcarse en el cieno. Si él está cómodo revolcándose en él, entonces tiene que ser un puercos. Un cristiano quizá también vuelva a su propio vómito, pero sentirá que le da asco, y se sentirá muy incómodo si lo hace. Esta es la diferencia entre el puercos, el perro, y la oveja. Tenemos que identificar claramente la naturaleza del perro y la del puercos. En la Biblia, los puercos y los perros se refieren a los que no son salvos, y no a los salvos. Si una persona es una oveja, nunca perecerá.

CAPITULO DIECINUEVE

LA SALVACION ES ETERNA: ARGUMENTOS EN CONTRA DE ELLO

(3)

En este mensaje continuaremos viendo los versículos que parecen presentar un argumento en contra de que la salvación es eterna.

EL ARGUMENTO BASADO EN 2 CORINTIOS 2:7

En 2 Corintios 2:6-7 se dice: “Le basta a tal persona este castigo infligido por la mayoría; así que, al contrario, vosotros más bien debéis perdonarle y consolarle, para que no sea consumido de excesiva tristeza”. En algunas traducciones, en vez de las palabras “sea consumido” se usa la palabra “perezca”. Un hermano en Corinto había recibido un castigo por parte de la mayoría debido a su pecado. Pablo estaba preocupado de que los hermanos y las hermanas lo hubieran tratado con demasiada severidad. El les pidió que lo perdonaran y lo animaran, a fin de que no “perezca” de tanta tristeza. Tal vez algunos argumenten que si la tristeza excesiva puede causar que alguien perezca, ¿no es esto un indicio de que incluso un creyente puede perecer?

Debemos comprender que este hermano es el mismo que se menciona en 1 Corintios 5. Este cometió un pecado muy vil, el pecado de la fornicación incestuosa. Pablo dijo que tal hermano necesitaba ser quitado de en medio de ellos (vs. 2, 13). Los santos de Corinto obedecieron la palabra de Pablo y lo quitaron. El hermano, después de ser quitado, se dio cuenta de que era pecador, y se llenó de tristeza y agonía por su pecado. Pablo les dijo a los santos, en su segunda epístola, que ellos tenían que consolarlo y animarlo, para que no fuera consumido de excesiva tristeza. Si somos descuidados, podemos pensar que aquí “perecer” significa ir al infierno. Pero Pablo en 1 Corintios 5:5 dice: “el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que su espíritu sea salvo en el día del Señor”. Basados en esta palabra podemos decir con toda confianza que tal persona era salva. Lo que se menciona en 2 Corintios 2:7 ciertamente no se trata de que el espíritu perezca.

En segundo lugar, la palabra traducida “sea consumido” no se usa de manera común. Es una palabra especial del idioma griego. La palabra *katapino* denota algo que está siendo consumido, como un barco hundándose en el mar y siendo tragado por él. Después de que tal hermano pecó y fue excomulgado, se arrepintió. El pensaba que había sido

excomulgado y rechazado por completo y que había perdido toda esperanza. Por consiguiente, continuaba en su tristeza y agonía. El pensamiento de Pablo fue de que si la iglesia no lo perdonara y lo consolara inmediatamente, tal hermano sería consumido por la tristeza. Esto no tiene nada que ver con la salvación ni con la perdición del alma.

EL ARGUMENTO BASADO EN 2 PEDRO 3:16

Veamos otro pasaje. En 2 Pedro 3:16 dice: “En todas sus cartas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia destrucción”. Algunos argumentarían, después de leer este pasaje, que Pedro nos dice con esto que las cartas de Pablo era difíciles de entender, y que algunos que son indoctos e inconstantes, es decir, ignorantes e inestables, causan su propia destrucción al torcer el contenido de las cartas. Si ellos pueden ser destruidos, ¿no indica esto que perecerán? ¿Perecerá una persona salva? Veremos que en este caso Pedro no habla nada de la perdición eterna.

Según la Biblia, perecer o no perecer no depende de la manera en que uno interpreta la Escritura. Hoy en día, en China, he visto un número de buenos cristianos que aman al Señor y laboran en la obra del evangelio. Sin embargo, no comprenden realmente las cartas de Pablo. Cuando predicán, hacen algo más que torcer la palabra de las Escrituras. ¿Van a perecer estos cristianos? ¿Puede una exposición equivocada de las Escrituras ser un factor de perdición? La Biblia no requiere una explicación fundamental de sí misma como condición para ser salvo. Por tanto, lo dicho por Pedro aquí debe significar otra cosa.

En segundo lugar, la palabra *apoleia* en el griego no se refiere a una clase de destrucción ordinaria. Es una palabra diferente de la que se usa en 2 Corintios 2:7. También es diferente de la palabra comúnmente traducida “perdición”. En el griego, esta palabra, *apollyon*, significa destruir o ser corrupto. Si algo le es quitado a usted suavemente, esto es “tomar”; si algo le es arrebatado de las manos por la fuerza, esto es *apollyon*. Lo que Pedro quiere decir en su epístola es que algunos interpretaron mal las cartas de Pablo y no tenían la luz de Dios. Ellos torcieron lo que Pablo dijo de la misma manera que uno arrebatara algo de la mano de una persona. Al hacer eso, ellos se destruían a sí mismos y no se edificaban. La destrucción es lo opuesto a la edificación. Si usted no está siendo edificado, está siendo destruido. Al hacer eso, usted no será edificado, sino que destruirá su obra. Por lo tanto, estos dos versículos no nos dicen que un hombre puede perecer después de ser salvo. Nos hablan de aquellos cuyo vivir y obra después de la salvación no son perfectos, y quienes no son capaces de ser edificados día tras día. Si usted tuerce lo que Pablo dijo en sus epístolas, está destruyendo lo que ya tiene.

EL ARGUMENTO BASADO EN HEBREOS 10:26

Hay otra porción de la Escritura que debemos mencionar. También éste es un pasaje que muchos no entienden. Hebreos 10:26-29 dice: “Porque si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio de toros y machos cabríos por los pecados, sino una terrible expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que desecha la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos es condenado a muerte sin compasión. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotee al Hijo de Dios, y tenga por común la sangre del pacto por la cual fue santificado, y ultraje al Espíritu de gracia?” La persona mencionada en esta porción de la Palabra debe ser salva, porque ya había tenido el sacrificio por los pecados. El apóstol dijo que si tal persona que ya había tenido el sacrificio por los pecados pecara voluntariamente, no habría más sacrificio por los pecados. No tenemos problema después del versículo 27. Sin embargo, el versículo que a muchos lectores de la Biblia les encuentran difícil de entender es el 26, que dice: “Ya no queda sacrificio de toros y machos cabríos por los pecados”. Algunas personas piensan que si, desafortunadamente, un cristiano comete un pecado voluntariamente, para él no habrá más sacrificio por los pecados. En este caso, significaría que sin duda perecerá. Hebreos 10:26 es un problema para muchas personas. Cuando yo era un nuevo creyente, también pensaba que este versículo era un gran problema. Por casi un año, me consideré como no salvo debido a este versículo. Por esto, debemos dedicar un tiempo para lograr entender lo que dice Hebreos 10:26.

Lo primero que necesitamos mencionar es la palabra “voluntariamente”. ¿Qué significa “voluntariamente”? ¿Significa esta palabra “conscientemente”? Esta tal vez sería la respuesta que daríamos. Pero yo preguntaría: ¿existen muchos cristianos que pecan inconscientemente? Todos los días pecamos. Sin embargo, ¿cuántas veces pecamos inconscientemente? Creo que probablemente cada vez que pecamos, lo hacemos “voluntariamente”. Muy pocas personas cometen pecados inconscientemente. La mayoría de las veces, pecamos “voluntariamente”. En Romanos 7, Pablo dice: “Porque lo que obro, no lo admito; pues no practico lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago” (v. 15). Debido a esto sabemos que Pablo no caía en pecado por casualidad. Todos sus pecados fueron cometidos después de estar plenamente consciente de su error. Por lo tanto, podemos ver claramente en Romanos 7 que todos los pecados que Pablo cometió fueron “voluntarios”. Si Pablo pecó “voluntariamente”, entonces según Hebreos 10:26, ya no le quedaría ningún sacrificio por los pecados. Si una persona muriera y fuera al infierno, vería a Pablo allí, ya que ni siquiera Pablo tuvo más sacrificio por sus pecados. Por lo tanto, tenemos que entender que la palabra “voluntariamente” en Hebreos 10:26 no significa conscientemente. Si así fuera el caso, entonces todos los cristianos perecerían. No importa qué clase de cristiano sea usted, incontables veces en su vida

usted peca conscientemente más que inconscientemente. Si la situación anterior fuera verdad, entonces ningún cristiano sería salvo. Por lo tanto, “voluntariamente” aquí debe significar otra cosa.

En segundo lugar, debemos notar que el versículo 26 comienza con la palabra “porque”. Cuando se usa esta palabra al principio de una frase, es un indicio de que algo ha sucedido anteriormente. Esta palabra no puede ser usada sin una oración precedente. En los versículos del 26 al 29, la primera frase comienza con “porque”, lo cual significa que algo se había mencionado anteriormente. Antes de esto, el versículo 25 dice: “no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”. ¿Por qué no debemos dejar de congregarnos, sino exhortarnos unos a otros? Esto es porque cuando pecamos voluntariamente después de recibir el pleno conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados. Si no leemos esta porción cuidadosamente, no entenderemos que estos dos versículos van juntos. Si lo leemos cuidadosamente, comprenderemos que esos dos versículos están entrelazados. Son muy significativos. Debemos comprender que *no dejar de congregarnos* y *pecar voluntariamente* van juntos. No debemos dejar de congregarnos, sino exhortarnos unos a otros, porque cuando pecamos voluntariamente, ya no hay más sacrificio por los pecados. Desde el punto de vista negativo, no debemos dejar de congregarnos. Desde el punto de vista positivo, no debemos pecar voluntariamente. Si nos congregamos entonces no somos los que pecamos voluntariamente. Si nosotros tenemos como costumbre dejar de congregarnos somos los que pecamos voluntariamente. Aquí el apóstol junta el asunto de dejar de congregarse y el de pecar voluntariamente. ¿Por qué existe una relación tan estrecha entre dejar de congregarnos y pecar voluntariamente? En este momento debemos ir al tercer punto. Tenemos que conocer el trasfondo del libro de Hebreos. ¿Quiénes fueron los que se mencionaron en este libro? Fueron los judíos que creyeron en el Señor Jesús. Por lo tanto, el libro de Hebreos fue escrito a los creyentes judíos. La posición de los judíos es diferente de la de los gentiles. Los gentiles tienen solamente la posición espiritual y no la posición física y terrenal. Los judíos tienen la posición espiritual así como la física. Tienen la posición celestial así como la terrenal. Hoy día, cuando hablamos del Lugar Santísimo, inmediatamente pensamos de un lugar donde Dios mora en los cielos. Pero para los judíos, cuando ellos piensan en el Lugar Santísimo, tienen presente el Lugar Santísimo, que es la parte interior del templo en Jerusalén, en el monte Moriah. Los judíos solamente tienen un Lugar Santísimo en los cielos, sino también un Lugar Santísimo sobre la tierra. No solamente tienen un templo que está en los cielos, sino también un templo que está en la tierra. Por lo tanto, para ellos, hay un aspecto espiritual así como un aspecto físico, un aspecto celestial, así como

uno terrenal. Ellos tienen tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo Testamento. Ellos todavía tienen un Lugar Santísimo físico, con sus ofrendas.

Para nosotros, el sacrificio por los pecados es el Señor Jesucristo; El es nuestra ofrenda por el pecado. Sin embargo, los judíos todavía no estaban claros si el Señor Jesucristo o los toros y los machos cabríos eran su sacrificio por los pecados. En ese tiempo, ellos todavía tenían los sacerdotes, el altar, y el sacrificio de toros y los machos cabríos sobre el altar. No solamente tenían sacrificios espirituales por los pecados, también tenían sacrificios terrenales por los pecados. Los cristianos y los judíos no tienen la misma posición. Los creyentes gentiles son diferentes de los creyentes hebreos. En el año 70 d. de C. el príncipe romano Tito destruyó el templo que estaba en Jerusalén, y no dejó piedra sobre piedra. Sin embargo, cuando el libro de Hebreos fue escrito, el templo terrenal estaba allí, y los sacrificios estaban siendo todavía ofrecidos. Después de que muchos judíos habían creído en el Señor Jesús, tenían que tomar la decisión de si querían el altar terrenal o el celestial, los sacrificios terrenales o los celestiales. Los judíos no podían tener los sacrificios celestiales y los terrenales al mismo tiempo. Todos los que leen el libro de Hebreos saben que este libro fue escrito con el propósito de que los cristianos abandonaran el judaísmo y aceptaran el cristianismo. El propósito del libro de Hebreos es animar a los cristianos a abandonar los sacrificios terrenales y a aceptar el sacrificio celestial. Este es el trasfondo de este libro.

Por lo tanto, cuando este libro dice que uno no debe dejar de congregarse, no significa que la reunión de los cristianos puede salvarlos o calificarlos para tener vida eterna. La asamblea de los cristianos indica lo que un creyente quiere, el judaísmo o Cristo. La reunión de los creyentes llega a ser una expresión de nuestra actitud hacia Cristo. En ese tiempo, todos los que se congregaban eran cristianos. No importa si uno era un gentil o un judío, si se reunía, era un cristiano. Por lo tanto, congregarse llegó a ser una señal de aceptar a Cristo, y dejar de congregarse fue una señal de abandonar a Cristo y abrazar el judaísmo. De la misma manera, pecar voluntariamente aquí, no se refiere a cosas tales como asesinatos, incendios, glotonerías, borracheras, juegos de azar, y cosas licenciosas. Aquí pecar voluntariamente no se refiere a pecados morales; se refiere a pecados doctrinales. Esto no significa si andamos de una manera apropiada o no. Se refiere al hecho de si uno ha recibido a Cristo o al judaísmo. Congregarse significa que uno quiere a Cristo y que está basado en El como fundamento. Dejar de congregarse muestra que uno ha vuelto la espalda a Cristo y que ha vuelto su rostro hacia el judaísmo. Dejar de congregarse significa que uno desea un templo terrenal, un altar terrenal, y sacrificios terrenales, lo cual indica que desea regresar al judaísmo y abandonar a Cristo. Si este es el hecho, ya no hay más sacrificio por los pecados.

Volvamos al primer punto. El versículo 26 dice: “Después de haber recibido el conocimiento de la verdad”. Aquí no dice: “Después de haber sido regenerado”, ni tampoco: “Después de que nuestros hechos pecaminosos han sido lavados”. Si hubiera dicho: “Después de ser regenerado” o “Después de ser lavado”, entonces pecar voluntariamente hubiera estado relacionado con nuestra conducta. Sin embargo, aquí dice: “Después de haber recibido el conocimiento de la verdad”; esto es un asunto de conocimiento. ¿Sabemos cuál es la verdad? La verdad es la fe de un cristiano. La verdad es que Dios envió a Su Hijo al mundo para que El llegará a ser la ofrenda por el pecado. La verdad es que Dios envió a Su Hijo a morir por nosotros y a resucitar, satisfaciendo así todos los requisitos de Dios. Por el lado de Dios, todo esto tiene que ver con los puntos de la fe. Por lo tanto, pecar voluntariamente no está relacionado con transgresiones en la vida diaria, sino que indica pecar en contra de la verdad. Esto no es un pecado de conducta, sino un pecado doctrinal, y un pecado con respecto a la fe de uno. Esto es un pecado que se opone a la fe y a la verdad, después de recibir el pleno conocimiento de la verdad.

Los creyentes hebreos eran judíos y habían estado en el judaísmo por muchos años. Ya que ellos eran cristianos, si todavía querían regresar al judaísmo, si querían los dos, o sea, todavía querían estar parados tanto en la posición del judaísmo como en la posición del cristianismo, entonces ya no había más sacrificios por los pecados. En tiempos antiguos, los chinos adoraban ídolos. El Templo de los Cielos en Bejín era el lugar donde los emperadores ofrecían sacrificios. Allí, los hombres mataban a los toros y los ofrecían a la deidad máxima en los cielos. En ese caso el emperador terrenal ofrecía sacrificios a la deidad celestial en los cielos a fin de redimir los pecados del pueblo. Supongamos que el emperador terrenal creía en el Señor Jesús. ¿Piensa usted que él podía ir de nuevo al Templo de los Cielos para ofrecer sacrificios? Después de que él había recibido a Cristo como el sacrificio por el pecado, no podía regresar más al Templo de los Cielos a ofrecer sacrificios. Tenía que tomar al Templo de los Cielos o al Señor Jesús. Eso es lo que significa en la Biblia pecar voluntariamente. Esto no es un asunto de pecado en nuestra conducta.

El versículo 26 continúa: “Ya no queda más sacrificio por los pecados”. Las palabras “ya no queda” significa “de nuevo”. Siempre que las palabras “ya no queda” aparecen, nos muestra que debe haber algo en los versículos anteriores. Algunos entienden mal la Palabra de Dios. Piensan que la frase: “Ya no queda sacrificio de toros y machos cabríos por los pecados” implica perdición. Sin lugar a dudas, esto no es el pensamiento de Dios.

Tenemos que ver Hebreos 7:27b, que dice: “Porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a Sí mismo”. Esto nos dice que después de que el Señor Jesús se ofreció una vez para siempre delante de Dios como sacrificio por los pecados, todo está

plenamente logrado. Por favor, fíjese en la palabra “una vez para siempre”. Consideremos Hebreos 9:12b, que dice: “Entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, obteniendo así eterna redención”. Aquí, de nuevo nos dice que el Señor Jesús se ofreció solamente una vez, y entonces la obra de redención fue eternamente lograda. Consideremos de nuevo la expresión “una vez”. Hebreos 9:25-28 dice: “Y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde la fundación del mundo; pero ahora una sola vez en la consumación de los siglos, se ha manifestado para quitar de en medio el pecado por el sacrificio de Sí mismo. Y de la manera que está reservado a los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, a los que le esperan para salvación”. En estos versículos se menciona en referencia a Cristo, dos veces las palabras “muchas veces” y dos veces las palabras “una vez”. No muchas veces, sino de una vez por todas, Cristo se ofreció a Sí mismo delante de Dios como el sacrificio por los pecados y completó la obra de redención. Por favor note las palabras “muchas veces” y “una vez”.

Hebreos 10:10 dice: “Por esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre”. El versículo 12 dice: “Este, en cambio, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios”. El versículo 14 continúa: “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”. Los sacerdotes terrenales tenían que ofrecer los sacrificios a Dios vez tras vez. Sin embargo, Cristo se ofreció a Sí mismo una sola vez y nosotros fuimos santificados. Después de que Cristo se ofreció a Sí mismo una sola vez como el sacrificio eterno, se sentó a la diestra de Dios. Se sentó debido a que ya no tiene que obrar más. El se ofreció a Sí mismo una sola vez, y nosotros fuimos eternamente perfeccionados. Debido a que El ya ha logrado Su obra, ya no hay más problema.

Por lo tanto, después de leer muchos versículos, podemos conocer el significado del versículo: “Ya no queda sacrificios de toros y machos cabríos por los pecados”. La porción de Hebreos, desde los capítulos siete hasta el diez, con excepción del capítulo ocho, dice que la obra de redención, una vez terminada, está eternamente lograda. Si usted no desea a Cristo, ya no hay más sacrificio por los pecados. Cristo se ofreció a Sí mismo una sola vez por el sacrificio por los pecados. Si usted no quiere la redención de Cristo, sino que se vuelve al judaísmo, ya no encontrará ningún otro sacrificio por los pecados. Por lo tanto, esto no es un asunto de ser salvo o perecer. Lo que se dice aquí es que la obra de Cristo es terminada de una sola vez. Si usted no quiere este sacrificio, ya no tendrá un segundo sacrificio.

Si prestamos atención a las palabras “ya no habrá”, veremos a lo qué están ligadas. Los versículos anteriores repetidamente mencionan las palabras “una vez para siempre”, y el siguiente versículo dice: “Ya no queda”. Esto es equivalente a estar diciendo, por ejemplo, en el capítulo ocho: “Aquí está el único lápiz”. Entonces en el capítulo nueve repito: “Aquí está el único lápiz”. Otra vez, en el capítulo diez, digo: “Aquí está el único lápiz”. Después de esto explico: Si usted no desea este lápiz, o si usted quiere cambiarlo por otro, no habrá otro. Tome éste si lo quiere. Si no lo quiere, ya no queda otro lápiz para usted”. Así que, este versículo no significa que después de recibir el conocimiento de la verdad, y luego pecar voluntariamente, usted no recibirá el perdón nunca más. Esto no es un asunto de pecado. Esto es un asunto de la verdad, un asunto de la fe cristiana. Si usted abandona la fe cristiana y busca otro Salvador, otro sacrificio por los pecados, no lo encontrará.

Algunos de los judíos en ese tiempo, probablemente pensaron que si rechazaban la fe cristiana, podrían regresar al templo, podrían regresar al altar y tener sacerdotes ofreciendo toros y machos cabríos por ellos. Pero esto indicaría otro sacrificio por los pecados. Los judíos durante ese tiempo todavía tenían a los sacerdotes y el altar. Su fe en Cristo era diferente de nuestra fe en Cristo. Ellos podían escoger creer o no creer. No eran como los creyentes gentiles, quienes si no creían, solamente podían regresar a la adoración de ídolos. Si ellos querían a Dios, ellos podían escoger a Dios. Pero si no querían a Dios, su única alternativa era el mundo. Ellos no tenían una tercera opción. Pero era diferente en cuanto a los judíos. Ellos pensaban que si no querían a Cristo, todavía podían ser salvos. Si no querían a Cristo, todavía podían tener la redención por los pecados, debido a que todavía podían tener a los sacerdotes y las ofrendas. Si tenían suficiente dinero, podían comprar un toro. Si no tenían mucho dinero, podían comprar un macho cabrío.

Aquí el apóstol decía a los judíos que Cristo ya se había ofrecido a Sí mismo una vez para siempre y había completado delante de Dios la obra redentora eternamente. Dios ya había abolido el antiguo pacto juntamente con los antiguos sacrificios. Antes de la venida de Cristo, los toros y los machos cabríos eran la expiación por sus pecados. Pero después de la venida de Cristo, los sacrificios de los toros y los machos cabríos ya no podían quitar sus pecados; esos sacrificios habían sido en realidad abolidos. Eso es lo que indica Hebreos, en los capítulos del siete al diez. Dios no solamente dio a Su Hijo como el sacrificio, sino que abolió los sacrificios de toros y machos cabríos. La primera mitad del capítulo diez menciona que a Dios no le agradaban los toros y los machos cabríos, ni los holocaustos y los sacrificios por los pecados. Dios preparó a Su Hijo. Los toros y los machos cabríos no pueden redimir al hombre de sus pecados. Solamente Su Hijo puede redimirnos de nuestros pecados. Los sacrificios de toros y machos cabríos en el Antiguo Testamento eran solamente tipos y sombras. Se refieren al Hijo de Dios como

el único sacrificio. Dios dijo que el antiguo pacto pertenece al pasado; los tipos se terminaron, y la realidad está aquí. Ya no será aceptable si rechazan al Hijo de Dios, es decir, si rechazan la realidad y ofrecen los tipos. A los ojos de Dios, hay un solo sacrificio por los pecados. Además de El, no hay otro sacrificio por los pecados. Hebreos 10:26 nos dice que si abandonamos a Cristo para buscar otro Salvador, no lo encontraremos.

Por lo tanto, hablando con propiedad, esta porción no tiene nada que ver con nosotros. Si alguien dice que después de que un hombre recibe al Señor Jesús y peca voluntariamente, él perecerá, esto contradiría el contexto de este pasaje; también contradiría todo el libro de Hebreos. Aquí habla de un asunto doctrinal. Hebreos nos muestra que además del nombre de Jesucristo, “en ninguno otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12). Esto no significa que un cristiano irá al infierno si peca.

Hebreos 10:27 dice: “Sino una terrible expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios”. Después de recibir el conocimiento de la verdad, y después de tener un conocimiento claro de que el Señor Jesucristo es el sacrificio por los pecados ordenado por Dios, si los creyentes judíos abandonaban las reuniones y rechazaban a Cristo, y si regresaban al judaísmo a buscar otros sacrificios por los pecados, ellos solamente podían esperar una terrible expectación de juicio y el hervor de fuego que devora a los adversarios. Antes de que fueran salvos, podían confiar en los toros y los machos cabríos para expiar sus pecados. Pero después de que comprenden que el Señor Jesús es el único Salvador, ya no pueden confiar más en los toros y los machos cabríos. Si rechazan al Señor Jesús, solamente pueden esperar un horrendo juicio y hervor de fuego que consume a los adversarios. Ellos solamente pueden tomar al Señor Jesús como Salvador. Aparte de El no existe otro camino para la salvación. Todos los toros y los machos cabríos señalaban hacia Cristo. Los toros y los machos cabríos sólo eran tipos de Cristo. Cristo es la realidad de los toros y los machos cabríos. Es imposible que ellos rechacen la realidad de los toros y los machos cabríos y en su lugar pidan los tipos. Por lo tanto, Hebreos 10:26-27 nunca dice que después de que una persona es salva él todavía puede perecer. Esto es el hombre torciendo la verdad de Dios.

Cuando leamos la Biblia, tenemos que leer lo que está allí en vez de leer lo que no está. Una vez alguien me preguntó cómo podía entender la Biblia. Le respondí que para entender la Biblia, primero debemos ser los que no la entienden. Si no la entendemos, entonces la entenderemos. Si decimos que sabemos esto y aquello, entonces no somos sobrios. Si no somos sobrios, tendremos problemas. Hebreos 6 y 10 debe ser tan fácil, simple y claro como Juan 3:16. La razón por la que el entendimiento humano no está claro es que el hombre pone sus propias palabras en la Biblia. A muchas personas les

encuentran difícil leer la Biblia, no porque la Biblia no es clara, sino porque tienen prejuicios e ideas preconcebidas.

CAPITULO VEINTE

LAS MEDIDAS QUE DIOS HA TOMADO CON RESPECTO A LOS PECADOS DE LOS CREYENTES: LA DISCIPLINA Y LA RECOMPENSA

Necesitamos diferenciar dos asuntos en la Biblia: la disciplina que Dios ejerce sobre los creyentes en esta era y la salvación que les otorga en la eternidad. En el mensaje anterior vimos la primera diferencia. En este mensaje, veremos la segunda. El libro de Hebreos trata de la disciplina de los creyentes. Ahora necesitamos ver cuáles son las clases de gente que Dios disciplina y cuál es el propósito de esta disciplina.

EL MOTIVO Y EL PROPOSITO DE LA DISCIPLINA

Hebreos 12:5-6 dice: “Y habéis olvidado por completo la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: ‘Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por El; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo hijo que recibe’”. Aquí podemos ver claramente que el motivo de la disciplina es el amor de Dios. Los que reciben la disciplina de Dios son los hijos de Dios. El que no es hijo de Dios, Dios no lo disciplina. En la Biblia no se puede encontrar que Dios disciplina al incrédulo. Dios no pierde Su tiempo ni Su energía en disciplinar a todos los que viven en esta tierra. Así es en cuanto a nosotros: no disciplinamos a los niños de nuestros vecinos. Si los niños de nuestros vecinos no se visten bien o si no se portan apropiadamente, nosotros no los disciplinamos. Sólo cuando se trata de nuestros niños los disciplinamos. Por lo tanto, la esfera de la disciplina está limitada solamente a cristianos, y el motivo de la disciplina es el amor. Dios no disciplina al hombre porque lo odia. El disciplina al hombre porque lo ama. Apocalipsis 3:19 también dice que Dios disciplina por causa del amor que tiene por ellos.

Hebreos 12:7-8 dice: “Es para vuestra disciplina que soportáis; Dios os trata como a hijos. Porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos”. Así que, la disciplina está limitada solamente a hijos. El versículo 9 dice: “Además, tuvimos a nuestros padres carnales que nos disciplinaban, y los respetábamos. ¿Por qué no nos someteremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?”. Si nosotros aceptamos la disciplina de nuestros padres carnales, cuánto más aún debemos aceptar la disciplina de nuestro Padre, el Padre de los espíritus.

El versículo 10 dice: “Porque ellos, por pocos días nos disciplinaban como les parecía, pero El para lo que es provechoso, para que participemos de Su santidad”. Esto nos dice el propósito de la disciplina. Dios no nos disciplina porque le gusta hacerlo; ni tampoco porque quiere que suframos. El nos disciplina para que podamos participar de Su santidad. Si un cristiano vive de una manera muy disoluta en esta tierra, sin manifestar la naturaleza y santidad de Dios, la mano de Dios caerá fuertemente sobre éste. A Dios no le gusta disciplinarnos. Su propósito es manifestar Su santidad en nosotros. El dejará de disciplinarnos solamente cuando Su santidad se manifieste en nosotros. Por lo tanto, vemos que la disciplina no prueba que nosotros no somos del Señor. Al contrario, prueba que sí le pertenecemos. El que no pertenece al Señor no necesita la disciplina. Solamente los que le pertenecen al Señor están calificados para ser disciplinados.

Hay una gran diferencia entre el castigo y la disciplina. La disciplina que Dios ejerce sobre Sus hijos no es castigo. Aun cuando Dios los corrige, esa corrección no es castigo, sino disciplina. La disciplina tiene una meta definida, la cual es que nosotros podamos participar de la santidad de Dios para no vivir insensatamente día tras día. Después de que un cristiano crea en el Señor Jesús, aunque nunca perderá su salvación, es posible que reciba una disciplina severa de parte de Dios. Nunca debemos decir que un cristiano puede hacer lo que quiera después de ser salvo. La Biblia nos dice claramente que después que un cristiano es salvo, aunque sea derrotado y caiga, no perecerá eternamente ni perderá la vida eterna. Sin embargo, recibirá la corrección de Dios en la tierra hoy.

No debemos cometer el error de pensar que porque somos salvos eternamente, podemos vivir negligentemente en esta tierra. Nadie puede rebatir el hecho de que una vez que una persona es salva, es eternamente salva. Es un hecho. Si un cristiano desenfrena su concupiscencia, comete pecado, cae en deshonra, y no tiene la santidad de Dios, Dios extenderá Su mano y lo disciplinará usando el medio ambiente del creyente, su familia, su salud personal, y sus planes futuros. Es posible que se enfrente con problemas familiares o sufra muchas enfermedades y desgracias en su medio ambiente. El propósito de Dios al permitir que estas cosas le sucedan no es de castigarlo; no le han acontecido para crearle un mal rato, sino para hacer que participe de Su santidad y llegue a ser digno de la gracia de Su llamamiento. Este es el entendimiento apropiado de la salvación.

Uno no debe decir que si un cristiano no hace lo bueno, Dios lo negará como hijo y lo echará fuera como a un perro. Si alguien dijera tal cosa, o está ciego a la obra de la cruz de Cristo, o piensa que la obra de Cristo es un asunto muy liviano.

La Biblia nos muestra que la salvación es eterna. Al mismo tiempo, la Biblia también nos muestra que hay castigos bastante severos para los creyentes. Si nosotros fracasamos, sufriremos mucho castigo. Dios quiere que participemos de Su santidad. En esta tierra El quiere que vivamos como hijos de Dios. Dios no nos quiere intimidar con el infierno para que procuremos la santidad. La salvación viene a nosotros absolutamente por la gracia, pero Dios tiene Su manera de guiarnos hacia Su santidad. El permite que nos enfrentemos a muchas cosas en nuestras familias, en nuestros cuerpos, en nuestra carrera, y en nuestro medio ambiente para que nos volvamos de nuevo a El. Este es el propósito de la disciplina.

Ananías y Safira eran creyentes; ellos eran salvos. Cometieron el pecado de mentirle al Espíritu, y recibieron una disciplina muy severa (Hch. 5:1-10). Anteriormente, yo creía que tal vez Ananías y Safira no fueran salvos. Al leer la Biblia cuidadosamente, uno tiene que reconocer que ellos eran salvos porque estaban con los discípulos en el tiempo del Pentecostés. Además, también hicieron una ofrenda. Ellos sólo buscaban vanagloria. Sus pecados no eran tan severos como uno creería. No se embriagaron ni fornicaron. El hecho de que ellos fueron removidos del mundo fácilmente prueba que ellos eran creyentes. Si ellos hubiesen sido gente mundana, probablemente habrían vivido mucho más. El hecho de que fueron removidos rápidamente del mundo prueba que eran nuestros hermanos.

Los creyentes corintios no respetaron la reunión de la mesa del Señor. Ellos no respetaron el Cuerpo del Señor, y trataron la cena del Señor indignamente. ¿Cuáles fueron los resultados de estas cosas? Pablo dice en 1 Corintios 11:29-30: “Porque el que come y bebe, sin discernir el cuerpo, juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos debilitados y enfermos entre vosotros, y muchos duermen”. La mano disciplinaria de Dios causa que los creyentes se enfermen, se debiliten y aun mueran. Dios trató a los corintios de esta manera debido a que ellos habían tratado el Cuerpo del Señor indignamente. No vieron la muerte del Señor ni la obra de Cristo, ni vieron el Cuerpo de Cristo. No vieron el respeto que le debían rendir al Señor Jesús, ni tampoco vieron su debida posición en el Cuerpo de Cristo. Esto dio por resultado debilidad, enfermedad, y aun la muerte. Después que pecaron, Dios los disciplinó.

El versículo 32 dice: “Mas cuando el Señor nos juzga, nos disciplina para que no seamos condenados con el mundo”. Hay un propósito con la disciplina de Dios, el cual es salvarnos de la condenación en el futuro. Dios nos disciplina para que no caigamos en la condenación que recibirá el mundo. En otras palabras, la disciplina prueba que somos salvos. La disciplina preserva nuestra salvación. La manera en que Dios actúa y la nuestra son totalmente diferentes. Nosotros creemos que si les decimos a los creyentes que son salvos, ellos serán irresponsables y desenfrenados. Dios no es así. El proclama

clara y absolutamente, y sin limitaciones a todos aquellos que creen en El que todos los que creen tienen vida eterna y no perecerán. Pero al mismo tiempo tiene Su manera de salvarnos de pecar y de guardarnos de ser cristianos libertinos y desenfrenados. Su disciplina es un sustituto para condenación. Tal vez el hombre crea que la condenación es el mejor método para guardarnos de pecar, pero Dios no usa este método. Más bien, El usa el método de la disciplina. Es muy claro que Dios separa a los creyentes de la gente mundana por medio de la disciplina. Se deben distinguir claramente la disciplina y la salvación. La disciplina es ejercida solamente en el presente y no tiene nada que ver con nuestra salvación eterna.

En 1 Corintios hay un buen ejemplo que nos muestra que la disciplina de un cristiano prueba que es salvo. Aunque un cristiano haya cometido un pecado muy vil, sigue siendo salvo. En 1 Corintios 5 habla acerca de un cristiano que cometió adulterio y eso con su propia madrastra. Tal acto ni aun se encontraba entre los incrédulos. Los que conocen bien la ley de Moisés dirían que una persona así por seguro perecería e iría al infierno. Pero sorprendentemente, en 1 Corintios podemos ver claramente que en el caso de ese hermano que había cometido un pecado tan grave y vil, un pecado no cometido por gente común, Pablo dijo que con el poder del Señor Jesús lo entregó a Satanás para la destrucción de su carne. Esto se hizo con el fin de que Satanás exhibiera su poder en el cuerpo del hermano para debilitarlo, enfermarlo, y aun darle muerte. El propósito de Pablo al hacerlo fue que el hermano pudiera ser salvo en el día del Señor. La disciplina es algo que se ejerce en esta vida. No está relacionada en lo absoluto a la salvación en la eternidad. Si dependiera de nosotros, diríamos: "Se acabó para él. A pesar de que éste ha sido salvo, por seguro perecerá de nuevo por haber cometido un pecado tan vil". Sin embargo, Pablo dice que éste no perecerá a pesar de haber cometido tal pecado. Una persona salva puede sufrir una disciplina temporal, pero no puede ser castigada con la perdición eterna. Esta es la enseñanza de Pablo. Un cristiano puede ser disciplinado temporalmente en esta edad, pero no perecerá eternamente. Puede ser que necesitemos disciplina, pero aún seremos salvos en la eternidad. Muchas veces en el Nuevo Testamento Pablo hizo una distinción clara entre estas dos cosas. La destrucción que se menciona aquí y el sueño mencionado anteriormente están relacionados al cuerpo solamente; no se refieren al espíritu. Los asuntos del espíritu y de la salvación eterna ya fueron decididos cuando creímos en el Señor.

Algunas personas tienen problemas con 1 Juan 5:16, donde dice que no debemos pedir por ninguno que ha cometido un pecado de muerte. Ellos tienen este problema porque no entienden la Palabra de Dios. Creen que un pecado de muerte como el que se menciona aquí se refiere a la perdición. Pero en realidad no existe tal cosa. En 1 Juan 5:16 se habla de ciertas personas que pecaron a tal punto que Dios permitió que murieran y que su carne fuese removida de este mundo. La muerte mencionada en 1

Corintios 11, la destrucción en 1 Corintios 5, y la muerte de Ananías y Safira son muertes de la carne y no tienen nada que ver con la muerte del espíritu. La disciplina está totalmente relacionada con el cuerpo. Por lo tanto, muchos pasajes de la Biblia que parecen decir que los creyentes pueden perecer en realidad hablan de la disciplina.

RECOMPENSA Y DÁDIVA

Ahora queremos ver la tercera diferencia, es decir, la diferencia entre la recompensa y la dádiva, en otras palabras, la diferencia entre el reino y la vida eterna. Hay muchos cristianos en la iglesia hoy que no pueden diferenciar entre el reino de los cielos y la vida eterna. Creen que el reino de los cielos es la vida eterna y que la vida eterna es simplemente el reino de los cielos. Ellos han confundido la Palabra de Dios, tomando el requisito para recibir el reino como el requisito para la preservación de la vida eterna. Toman la pérdida del reino como la pérdida de la vida eterna. Sin embargo, la distinción entre estos dos asuntos está presentada claramente en la Biblia. Uno puede perder el reino de los cielos, pero no la vida eterna. Uno puede perder la recompensa, pero no la dádiva.

Entonces, ¿qué es la recompensa, y cuál es la dádiva? Nosotros fuimos salvos debido a la dádiva. Dios nos dio esta dádiva gratuitamente por Su gracia; por lo tanto, fuimos salvos. Pero la recompensa tiene que ver con la relación entre nosotros y el Espíritu Santo después que fuimos salvos. Cuando fuimos salvos, fuimos relacionados con Cristo. Esta relación nos permite obtener la dádiva que nosotros absolutamente no merecen recibir. Asimismo, después de haber sido salvos, tenemos una relación con el Espíritu Santo. Esta relación nos permite obtener la recompensa que de otra manera jamás obtendríamos por nosotros mismos. Si alguien cree en el Señor Jesús como Salvador, aceptándolo como vida, éste es salvo delante de Dios. Después de que él es salvo, Dios inmediatamente lo pone en un camino, para que corra en la carrera y obtenga la recompensa puesta delante de él. Un cristiano es salvo debido al Señor Jesús. Después de ser salvo, tiene que manifestar por el Espíritu Santo la victoria de Cristo día tras día. Si uno hace esto, al final de la carrera obtendrá la gloria celestial y la recompensa celestial de parte de Dios.

Por consiguiente, la salvación es el primer paso de este camino, y el premio es el último paso. Sólo los salvos están calificados para ganar el premio. Los que no son salvos no lo están. Dios nos ha dado dos cosas en vez de una. Dios pone la dádiva delante de la gente mundana y pone la recompensa delante de los cristianos. Cuando uno cree en Cristo, recibe la dádiva. Cuando uno sigue a Cristo, recibe la recompensa. La dádiva se obtiene por fe, y es para la gente del mundo. La recompensa se obtiene por ser fiel y hacer buenas acciones y es para los cristianos.

Hay un gran error en las iglesias hoy en día. El hombre piensa que la salvación es lo único y que no hay nada más aparte de la salvación. El considera que el reino de los cielos y que la vida eterna son la misma cosa. Considera que puesto que uno es salvo cuando cree, ya no necesita preocuparse por las obras. Pero la Biblia hace una distinción entre la parte de Dios y la parte del hombre. Una parte es la salvación que Dios nos da, y la otra parte es la gloria del reino milenarío. Ser salvo no tiene nada que ver con nuestras obras. Una vez que alguien cree en el Señor Jesús, es salvo. Pero después de su salvación, Dios inmediatamente le pone la segunda cosa por delante, diciéndole que además de la salvación hay una recompensa, una gloria venidera, una corona y un trono para él. Dios pone Su trono, corona, gloria y recompensa delante de los creyentes. Si uno es fiel, los obtendrá. Si no es fiel, los perderá.

Por lo tanto, no decimos que las buenas obras son inútiles. Sin embargo, decimos que las buenas obras son inútiles en lo que la salvación concierne. El hombre no puede ser salvo por sus buenas obras; ni tampoco puede ser excluido de la salvación por sus obras malignas. Las buenas obras se aplican a la recompensa, la corona, la gloria, y el trono. Las buenas obras son inútiles con respecto a la salvación. Dios no puede permitir que el hombre sea salvo por sus obras; ni tampoco permitirá que el hombre sea recompensado por su fe. Dios no puede permitir que el hombre perezca por sus malas obras. Dios puede determinar solamente la salvación o perdición del hombre por el hecho de que éste crea o no en Su Hijo; ni tampoco puede determinar si un hombre recibe de Su gloria por el hecho de que crea o no en Su Hijo. Si usted tiene o no tiene al Hijo de Dios dentro de usted determina el asunto de la vida eterna o la perdición. Sea que tenga buenas obras o no delante de Dios determinará el asunto de recibir la recompensa y la gloria. En otras palabras, Dios nunca salvará a una persona porque tenga méritos, y nunca recompensará a otra que no tenga méritos. Si alguien tiene méritos, no por éstos Dios lo salvará. Por otro lado, Dios nunca recompensará a uno que no tenga mérito. El hombre tiene que presentarse delante de Dios totalmente desvalido y sin méritos para que Dios lo salve. Pero después de la salvación, debemos ser fieles, y tenemos que esforzarnos por hacer buenas obras mediante Su Hijo Jesucristo para obtener la recompensa.

No pensemos que las buenas obras son inútiles. Estamos diciendo que las buenas obras son inútiles para la salvación. Las buenas obras no tienen en lo absoluto nada que ver con la salvación. La salvación depende de si uno se arrepiente o no de su posición anterior. Depende de si uno se arrepiente de su pasado y crea en la obra de la cruz y en la resurrección como evidencia de su justificación. Este es el meollo de todos los problemas. Las obras están relacionadas a la recompensa. Las obras sí son útiles, pero solamente cuando se trata de la recompensa.

El problema de hoy es que la gente no hace diferencia entre la salvación y el reino. En la Biblia hay una distinción clara entre la salvación y el reino, también entre la dádiva y la recompensa. Debido a que la gente no hace diferencia entre estas cosas, la cuestión de la salvación no se entiende ni se explica bien, ni tampoco la de la recompensa. Dios nunca ha puesto la recompensa delante de los incrédulos. Dios sólo quiere que los que no son salvos obtengan la salvación. Sin embargo, después de que son salvos, Dios pone la recompensa delante de ellos para que se esfuercen, prosigan y corran tras ella. La salvación no es el último paso de la experiencia cristiana, sino que es el primer paso. Después que hemos sido salvos, tenemos que correr tras la recompensa delante de nosotros y procurar obtenerla. El problema es que pensamos que nuestra salvación es la recompensa. Los pecadores piensan que la salvación es igual a obtener la recompensa, por lo tanto ellos confían en sus obras. Los cristianos piensan que la gloria es simplemente la gracia, y por lo tanto han llegado a ser insensatos en su vivir. Por favor, aplique las obras a la recompensa solamente y la gracia a la salvación.

Por medio de la salvación, Dios separa a los salvos de los no salvos. El separa a los que tienen vida eterna de los que han sido condenados. De igual manera, Dios también separa a Sus hijos en dos grupos conforme a Su recompensa. Así como la salvación separa a la gente del mundo, de igual manera la recompensa separa a los hijos de Dios. Dios separa a Sus hijos en obedientes y desobedientes. En cuanto a la gente del mundo, es un asunto de los que tienen fe y de los que no la tienen. Con respecto a los cristianos, es un asunto de ser fiel o infiel. Con respecto a los incrédulos, es cuestión de ser salvo o no ser salvo. En cuanto a los cristianos, es asunto de tener o no tener la recompensa. El problema que los hijos de Dios tienen hoy es que ellos magnifican mucho la salvación; todo lo que ven es solamente la salvación. Piensan que sólo cuando se ocupan de sus obras, podrán ser salvos. Como resultado, no tienen tiempo para proseguir tras la recompensa. Si uno no ha pasado la primera puerta, no puede pasar la segunda. Que Dios tenga misericordia de nosotros para que nos demos cuenta de que el asunto de la salvación está ya resuelto. Está afirmado, porque ya fue logrado por el Señor Jesús. Fue totalmente consumado. Hoy en día, tenemos que luchar por la recompensa delante de nosotros. Habrá una gran distinción en el reino: algunos tendrán gloria, y otros no.

Ahora debemos ver cuáles son las bases para dar esta recompensa. La Palabra de Dios dice que se recibe la recompensa por las obras. De la misma manera que la Biblia dice claramente que la salvación es por fe, igualmente afirma que la recompensa es por obras. La Biblia nos revela que la salvación es por la fe de los pecadores, y la recompensa es por las obras de los cristianos. La fe está relacionada con la salvación; esto está más que claro. Las obras están relacionadas con la recompensa; esto también está más que claro. Uno no debe mezclar estas dos cosas.

Romanos 4:4 dice: “Ahora bien, al que obra no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda”. Darle una recompensa a uno que labora no es gracia, sino deuda. En otras palabras, ¿cómo puede uno obtener una recompensa? La recompensa se obtiene por obras y no por gracia.

Apocalipsis 2:23 dice: “Y a los hijos de ella heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que Yo soy el que escudriña entrañas y corazones; y os daré a cada uno según vuestras obras”. Este versículo dice que el Señor hará que todas las iglesias sepan que El es quien escudriña el hombre interior y el corazón, y dará a cada uno de acuerdo a sus obras. En otras palabras, El recompensará a cada uno según sus obras. ¿Cómo recompensa El? Lo hace según nuestras obras. Por supuesto, esta obra no es nuestra propia obra. Nosotros sólo lavamos nuestras ropas en la sangre para que estén blancas. Cuando el Espíritu Santo vive a Cristo en nosotros, tenemos las obras de un cristiano. Algunos vivirán a Cristo y otros no. Todas las riquezas provienen de Cristo. Todo el poder también tiene su fuente en Cristo. Pero algunos permitirán que el Señor opere en ellos y otros no. Por lo tanto, este versículo nos muestra claramente el asunto de la recompensa. La recompensa depende de si un cristiano es digno o no. Hoy día, Dios no salvará a una persona que es digna, y en el futuro Dios no recompensará a un cristiano que no es digno.

En 1 Corintios 3:14 dice: “Si permanece la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa”. Aquí dice que si su obra permanece, él será recompensado. No dice que si su fe permanece, será recompensado. La recompensa depende de la obra de cada uno. La Biblia distingue claramente entre la salvación y la recompensa. Nunca mezcla la salvación y la recompensa, ni tampoco mezcla la fe y la obra. Sin fe, el hombre no puede ser salvo. Sin buenas obras, el hombre no puede ser recompensado. La obra de cada uno tiene que ser juzgada ante el tribunal de Cristo y pasar por el escrutinio de los ojos ardientes, antes de que exista la posibilidad de recibir una recompensa.

Lucas 6:35 dice: “Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada, y será vuestro galardón grande”. El galardón se debe completamente a la obra de cada uno. Prestarle dinero a otro sin esperanza de devolución es la obra de uno, y amar a su enemigo también es su obra. Uno tiene que hacer esto para obtener una recompensa. En ninguna parte la Biblia dice que uno tiene que amar a sus enemigos y hacer bien antes de que pueda recibir vida eterna. Ni tampoco hay un versículo que diga que uno tiene que prestar a otros antes de poder ser salvo, o que tiene que prestar a otros para evitar la perdición. Pero sí hay un versículo que dice que si uno presta a otros y les hace bien, su recompensa en el cielo será grande. La recompensa se da por obras y no por fe. La fe lo puede salvar, pero no lo puede ayudar a obtener la recompensa.

En 2 Timoteo 4:14 dice: “Alejandro el calderero me ha causado muchos males; el Señor le pagará conforme a sus hechos”. Este versículo nos da un ejemplo. Un cristiano estaba tratando de herir a Pablo; había pecado en contra de Pablo. Era un cristiano, no era alguien del mundo. En el futuro, los cristianos serán recompensados delante de Dios según sus obras.

LA RECOMPENSA ES EL REINO DE LOS CIELOS

Prosigamos adelante. Mucha gente sabe que hay una diferencia entre la salvación y la recompensa. Pero hay muchas personas que no ven lo que es la recompensa. En la Biblia, lo que el Señor Jesús o lo que los apóstoles hablaron concerniente a la recompensa y al reino no lo hablaron superficialmente, ni tampoco lo que hablaron concerniente a la dádiva y a la vida eterna. Cuando el Señor Jesús dice en el Evangelio de Juan que El da vida eterna a Sus ovejas, El habla realidad y no palabras vanas (Jn. 10:28). Romanos 6 dice que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro (v. 23). Está muy claro que la dádiva de Dios es vida eterna. Entonces, ¿qué es la recompensa? La Biblia nos muestra claramente que la recompensa es la corona, el trono y el reino de los cielos. El reino de los cielos es la recompensa. En la Biblia hay tres aspectos del reino de los cielos. En el primer aspecto, el reino de los cielos es la manifestación de la autoridad de Dios hoy; es la manifestación de la soberanía de Dios. La Biblia la llama el reino de los cielos. El segundo aspecto es la autoridad de los cielos que controla y limita al hombre. Esto también se llama el reino de los cielos. Sin embargo, hay un tercer aspecto del reino de los cielos, y éste se refiere a la recompensa.

El sermón que el Señor dio en el monte (Mt. 5—7) habla del reino de los cielos. Estas enseñanzas del Señor nos dicen cómo el hombre puede entrar en el reino de los cielos. Mateo 5—7 habla reiteradamente del asunto de la recompensa. Vemos muy claramente que las palabras “el reino de los cielos” y la palabra “recompensa” se encuentran muchas veces juntas. Muchos están familiarizados con las Bienaventuranzas. Los orientales las llaman las Ocho Bendiciones. Realmente hay nueve bendiciones en las Bienaventuranzas. Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios. También, bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. El reino de los cielos se menciona dos veces en estas bendiciones. Al final el Señor dice: “Bienaventurados sois cuando por Mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Regocijaos y exultad, porque vuestra recompensa es grande en los cielos” (Mt. 5:11-12). Aquí tenemos que

admitir que la recompensa es el reino de los cielos. El Señor empieza diciendo que todas estas clases de gente son bienaventuradas porque el reino de los cielos les pertenece. Al final, El dice que esta gente es bienaventurada porque su recompensa es grande en el cielo. Estas frases paralelas nos muestran que el reino de los cielos es la recompensa de Dios y no hay diferencia entre las dos.

En el sermón del monte, el Señor mencionó el asunto de la recompensa muchas veces porque esta porción se trata del reino. Mateo 5:46 dice: “Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis?” Mateo 6:1-2 dice: “Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando, pues, des limosna, no toques trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa”. El versículo 5 dice: “Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas ... ya tienen toda su recompensa”. El versículo 16 dice: “Y cuando ayunéis, no seáis como los hipócritas que ponen cara triste ... ya tienen toda su recompensa”. El versículo 4 dice: “para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará”. El versículo 6 dice: “Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”. La última parte del versículo 18 dice: “Y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará”. Todo lector de la Biblia está de acuerdo que el punto principal del sermón del monte en Mateo 5—7 es el reino de los cielos. Pero aquí, la recompensa se menciona también reiteradamente ya que el reino de los cielos es la recompensa.

En Mateo 16:27-28 dice: “Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de Su Padre con Sus ángeles, y entonces recompensará a cada uno conforme a sus hechos”. Dios recompensará o castigará a una persona salva conforme a sus hechos. “De cierto os digo: Hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino”. Aquí tenemos tres verdades. Primero, el hombre será recompensado conforme a sus obras. La recompensa está totalmente basada en las obras. Segundo, ¿cuándo será entregada la recompensa? Será entregada cuando Cristo venga en la gloria de Su Padre con Sus ángeles. Cuando Cristo venga en la gloria de Su Padre con Sus ángeles, El establecerá Su reino en la tierra. Por lo tanto, sólo cuando comience el reino, comenzará la recompensa. Tercero, aquí tenemos un tipo que habla de un hecho. La transfiguración del Señor en el monte tipifica Su manifestación en gloria en el reino venidero. En ese tiempo algunos creyentes serán recompensados.

Los versículos de Mateo 6 que recién leímos acerca del dar, el orar y el ayunar, todos incluyen recompensa. Algunos piensan que la recompensa por orar es que Dios contesta nuestras oraciones. Pero éste no es todo el significado. El Señor Jesús dice que tenemos

que orar a nuestro Padre quien está en secreto, y nuestro Padre quien ve en lo secreto nos recompensará. Es posible que esto se pueda interpretar como la respuesta que el Padre da a nuestras oraciones. Sin embargo, en la primera parte, donde el Señor menciona el dar limosnas, y en la segunda parte, donde menciona el ayuno, El dice: “Y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará”. Esta recompensa se refiere a algo en el futuro. Además, el Señor dice que tenemos que orar al Padre quien ve en lo secreto. No dice que el Padre oye en lo secreto, sino que ve en lo secreto. Cuando Dios entregue la recompensa en el futuro, El la dará conforme a lo que El ve. Dios ve con Sus ojos. Por lo tanto, es la recompensa lo que nos dará en el futuro.

Apocalipsis 11:15 dice: “El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: El reinado sobre el mundo ha pasado a nuestro Señor y a Su Cristo; y El reinará por los siglos de los siglos”. El versículo 18 dice: “Y se airaron las naciones, y Tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar el galardón a Tus esclavos los profetas, a los santos, y a los que temen Tu nombre, a los pequeños y a los grandes”. Este versículo nos muestra claramente que cuando el Señor llegue a ser el Rey, y el reinado sobre el mundo pase a nuestro Señor y a Su Cristo, ése será el tiempo de dar la recompensa a los santos, a los pequeños y a los grandes. En otras palabras, la edad del reino es el tiempo de la recompensa. Cuando venga el reino, también vendrá la recompensa.

Hay un punto adicional. La recompensa consiste de obtener la corona y el trono. En cierta ocasión un misionero del occidente me dijo: “Si no puedo obtener la corona, por lo menos obtendré el reino”. Pregúntele al Rey Eduardo de Inglaterra que si él perdiera su corona, ¿no perdería también el reino? ¿Qué es una corona? No es meramente oro labrado en forma de sombrero incrustado con diamantes. Esa clase de corona puede obtenerse con un poco de dinero. ¿Qué es una corona? Una corona representa posición en el reino. Además representa la gloria del reino. Si la corona fuera tan solo material, no tendría mucho significado. Si uno tuviera dinero, podría hacer una de oro. Si no tuviera dinero, podría hacer una de bronce o de hierro. Aun si uno fuera muy pobre, podría aún hacer una de tela. En el futuro, no será asunto del tamaño de una corona sobre la otra, ni tampoco de cuantos diamantes pueda tener una más que la otra. Una corona representa algo. Cuando uno pierde la corona, pierde lo que la corona representa. Tenemos que ver que la corona es un símbolo del reino.

¿Qué es el trono? La Biblia nos enseña que los doce apóstoles se sentarán en doce tronos. La corona es una recompensa para los vencedores, y el trono también es una recompensa para los vencedores. Por lo tanto, el trono también es un símbolo del reino. Representa posición, autoridad y gloria en el reino. Es imposible perder la corona y no perder el reino. De igual manera, no se puede perder el trono pero no el reino. Si uno

pierde el trono, pierde también el reino. Asimismo, si uno pierde la corona, pierde también el reino. El trono y la corona no tienen ningún valor significativo por sí solos; estos simplemente representan el reino. En otras palabras, la recompensa es el reino. La Biblia nos enseña claramente que la recompensa es simplemente el reino.

JUICIO EN EL TRIBUNAL DE CRISTO

¿Cómo nos dará Dios la recompensa? El momento para ser recompensado es cuando Cristo vuelva otra vez a ejecutar juicio. Pedro nos dice que el juicio comienza por la casa de Dios. En el futuro, Dios juzgará primero a los cristianos, antes de juzgar a la gente del mundo. ¿En cuánto a qué nos juzgará Dios? El no nos juzgará en cuanto a la salvación eterna ni en cuanto a la perdición eterna. Ese juicio ya ha sido ejecutado en la cruz. Todos nuestros pecados han sido juzgados en la cruz, y el problema de la perdición eterna ha sido resuelto. No obstante, nosotros los cristianos seremos juzgados en el futuro. Ese juicio determinará si participaremos o no en el reino. Para algunos no sólo no habrá participación en el reino, sino que además habrá castigo. Para ese tiempo, Cristo establecerá Su tribunal y juzgará a Sus creyentes.

Leamos dos versículos que hablan claramente acerca de este asunto. En 2 Corintios 5:10 dice: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba por las cosas hechas por medio del cuerpo, según lo que haya practicado, sea bueno o sea malo”. Cada uno de nosotros quien ha creído en el Señor comparecerá ante el tribunal de Cristo. La palabra “tribunal” en el idioma original es *béma* y quiere decir una plataforma elevada. *Béma* era el lugar donde se resolvían los asuntos familiares. Este versículo dice que todos compareceremos ante el tribunal para que cada cual sea recompensado según lo que haya practicado. La salvación eterna o la muerte es un asunto de creer. Sin embargo, el juicio de un cristiano se ejecuta conforme a lo que practica, ya sea bueno o sea malo. Este es el juicio ante el tribunal de Cristo.

En cuanto al reino, hay unas cuantas cosas las cuales tenemos que saber. Si uno entra o no entra al reino es una de ellas. Aun si uno puede entrar en el reino, habrán diferencias entre las posiciones en el reino. Si uno no puede entrar en el reino, irá a las tinieblas o será castigado. Por lo tanto, después que hemos creído en el Señor, aunque nuestras buenas obras no pueden salvarnos, determinarán nuestra condición en el reino. Gracias a Dios que la pregunta acerca de nuestra vida eterna o muerte está ya determinada, pero todavía seremos juzgados ante el tribunal de Cristo. Ese juicio no es para determinar nuestra vida eterna o muerte. Es para determinar nuestra posición en el reino.

Hay más versículos en la Biblia que nos enseñan que los creyentes serán juzgados por el Señor Jesús ante el tribunal de Cristo. Entre estos, 1 Corintios 3 nos enseña muy

claramente como seremos juzgados por el Señor ante el tribunal de Cristo. Primera Corintios 3:8 dice: “Ahora bien, el que planta y el que riega uno son; pero cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor”. Aquí el tema es cómo cada uno será recompensado conforme a su propia labor. El versículo 10 dice: “Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como sabio arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica”. El fundamento es Jesucristo. La obra de cada uno es la manera cómo cada uno edifica. El material que usamos determina la manera cómo edificamos. Los versículos 12-15 dicen: “Y si sobre este fundamento alguno edifica oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego es revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego mismo la probará. Si permanece la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno es consumida, él sufrirá pérdida, pero él mismo será salvo, aunque así como pasado por fuego”. Este pasaje nos enseña que cada uno que está edificando sobre este fundamento es salvo. La obra que algunos sobreedifican permanecerá, y ellos serán recompensados. La obra de otros no permanecerá, y será consumida por fuego. Ellos sufrirán pérdida, aunque estos seguirán siendo salvos. Recordemos que aún queda un juicio por delante de nosotros. Ese juicio no determinará si perecemos o no, pero determinará si recibimos o no una recompensa.

CAPITULO VEINTIUNO

LAS MEDIDAS QUE DIOS HA TOMADO CON RESPECTO A LOS PECADOS DE LOS CREYENTES: LOS REQUISITOS PARA ENTRAR EN EL REINO DE LOS CIELOS

Hemos aclarado que el reino es la edad cuando Dios recompensará a los cristianos de acuerdo con sus obras. En el reino, los creyentes fieles serán recompensados, y los creyentes infieles serán castigados. Muchos piensan que si un cristiano es infiel, aunque tenga que ocupar una posición baja, de todos modos entrará en el reino. Muchos que no entienden la palabra de Dios ni la obra de Dios, piensan que tienen garantizada la entrada al reino de los cielos. Ellos piensan que cuando el Señor Jesús venga a reinar, habrá meramente una distinción entre posiciones altas y posiciones bajas en el reino, y que ninguno estará fuera del reino de los cielos. Sin embargo, en el reino de los cielos, no sólo hay una distinción entre posiciones altas y posiciones bajas, sino que también hay otra distinción: estar adentro o afuera. La Biblia nos enseña que hay una distinción clara entre diez ciudades y cinco ciudades, entre una corona grande y una pequeña, y entre un grado mayor de gloria y un grado menor de gloria. Así como una estrella es distinta a otra, asimismo ocurre con las posiciones en el reino. No sólo hay diferencias entre posiciones bajas y altas en el reino; existe también la diferencia entre estar adentro o afuera.

HACER LA VOLUNTAD DEL PADRE

La Biblia nos habla de una verdad muy solemne. Aunque alguien pueda tener vida eterna, es posible que sea excluido del reino de los cielos. Mateo 7:21 nos dice al respecto: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”. Todas las personas a las que alude este versículo se dirigen al Señor como “Señor”. El Señor hará una distinción entre aquellos discípulos que podrán entrar en el reino de los cielos y aquellos que no. El Señor enseña claramente aquí que la condición para entrar en el reino de los cielos es hacer la voluntad de Dios. Aunque algunos han sido salvos y lo han llamado Señor, y aunque también han hecho algunas obras, no podrán entrar en el reino de los cielos por no haber hecho la voluntad de Dios. La recompensa del reino de los cielos se basa en la obediencia del hombre. Si uno es infiel mientras vive en la tierra, aunque no pierda la vida eterna, perderá el reino de los cielos. Cuando venga el tiempo para que los cielos

reinen, esto es, cuando el Señor Jesús venga por segunda vez, algunos no podrán entrar en el reino, y lo perderán.

El Señor mencionó este asunto por primera vez en el versículo 21. Enseguida, en los versículos 22 y 23, nos lo explicó por medio de una profecía. Habrá muchas personas, no solamente una o dos, que no harán la voluntad de Dios. “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en Tu nombre, y en Tu nombre echamos fuera demonios, y en Tu nombre hicimos muchas obra poderosas? y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de Mí, hacedores de iniquidad”. El Señor Jesús nos dice aquí qué pasará ante el tribunal de Cristo. El dice: “En aquel día”. Por lo tanto, esto no se refiere al presente, sino al futuro. Hay muchos que laboran arduamente pero no ven la luz de Dios en sus vidas. Cuando comparezcamos ante el tribunal de Cristo, y cuando Cristo comience a juzgar, empezando por la casa de Dios, estos cristianos tendrán luz por primera vez. Ellos se darán cuenta de que estuvieron errados en su posición y en su vivir.

En aquel día muchos dirán ante el Señor: “¿No profetizamos en Tu nombre, y en Tu nombre echamos fuera demonios, y en Tu nombre hicimos muchas obras poderosas?” En una sola frase las palabras “en Tu nombre” se repiten tres veces. Esto prueba que estas personas le pertenecen al Señor. El hecho de que dicen: “Señor, Señor”, prueba que tienen la posición de cristianos. No solamente dicen que profetizan, echan fuera demonios, y hacen muchas obras poderosas, sino que también afirman que lo hacen todo en el nombre del Señor. La repetición de las palabras “en Tu nombre” indica su relación con el Señor.

Para nuestro asombro, el Señor dice: “Y entonces les declararé: Nunca os conocí”. Debido a que muchos no entienden el significado de estas palabras, piensan que las personas a las cuales el Señor se dirige no son salvas. Pero si no fueran salvas, entonces la palabra del Señor aquí carecería de sentido. Mateo 7 es la conclusión del sermón en el monte y viene inmediatamente después de las Bienaventuranzas. El Señor Jesús habló estas palabras a los discípulos. Después que el Señor subió al monte, Sus discípulos vinieron a El, y El abrió Su boca y les enseñó todo lo abarcado en los capítulos cinco al siete.

El Señor Jesús les dijo que no debían llamarlo Señor sólo de boca. Si lo llaman Señor, deben hacer la voluntad del Padre. Aun si tuvieran obras, como por ejemplo profetizar, echar fuera demonios y hacer obras poderosas, estas obras no deberían reemplazar la voluntad del Padre. Hacer la voluntad del Padre es una cosa, mientras que profetizar, echar fuera demonios y hacer obras poderosas es algo completamente distinto. Algunas veces, uno puede profetizar, echar fuera demonios y hacer obras poderosas sin hacer la voluntad del Padre. Pero debemos recordar que no es suficiente llamarlo Señor sólo de

boca; también debemos hacer la voluntad del Padre en nuestro andar. Si el Señor hablara aquí de los incrédulos, lo que dijo perdería su significado completamente, porque si no fueran salvos, no sería de mucha importancia si los discípulos escucharan Sus palabras o no. Es posible que los discípulos dijeran que Sus palabras estaban dirigidas a los inconversos, y que no importaba si ellos hacían o no la voluntad del Padre puesto que ya eran salvos; el Señor no podrá negar que los conocía. Si este fuera el caso, entonces todos los inconversos serían los que no hacen la voluntad de Dios, y todos los que son salvos serían los que hacen la voluntad de Dios. Esto le restaría importancia a estas palabras.

El Señor Jesús debe estar advirtiéndolo a los salvos aquí ya que habla de los salvos. No puede advertir a los salvos hablando de los incrédulos. Supongamos que alguien tiene una criada y dos hijas, y que le dice a su hija menor: “¿Ves a la criada? Ella no es mi hija y la estoy castigando. Hoy tú tienes que ser obediente. Si no obedeces, te castigaré de la misma manera que la estoy castigando a ella”. ¿Tiene esto sentido? Una criada no es parte de la familia. Si desobedece, tal vez sea azotada. Sin embargo, la hija de la familia no es una criada. No se puede aplicar a la hija la misma manera que se trata a una criada. La madre debió haber dicho: “Anoche yo castigué a tu hermana por ser desobediente. Ahora bien, tú, ten cuidado. Si no eres obediente, te castigaré también a ti”. La madre debe usar a la hermana como ejemplo. La criada no puede usarse como ejemplo. No tiene sentido que el Señor use a los incrédulos como ejemplo para enseñarles a los discípulos que ellos tienen que hacer la voluntad de Dios. Si hiciera esto, los discípulos protestarían y dirían: “Ellos no son salvos, pero nosotros sí”. Si ellos dijeran esto, nadie podría replicar.

Esto es lo que el Señor Jesús decía: “Muchos son hijos de Dios. Son salvos y son iguales a vosotros. Ellos me llaman Señor, y han hecho muchas obras. No obstante, están fuera del reino. Por esta razón vosotros debéis tener cuidado. Tenéis que hacer la voluntad de Dios”. Solamente de esta manera los discípulos sabrán que no importa cuántas obras hayan hecho, si no hacen la voluntad de Dios, recibirán el mismo castigo. Si les estuviera hablando a los inconversos, Sus palabras ya no tendrían el elemento penetrante. El Señor estaba advirtiéndonos que sólo los que hacen la voluntad de Dios pueden entrar en el reino. Si alguien confiara en sus propias obras para presentarse delante de Dios, el Señor Jesús le diría: “No te conozco”.

Permítanme darles otro ejemplo. Supongamos que el hijo de un juez conduce negligentemente y choca con otro automóvil. La policía lo lleva a comparecer al tribunal. El juez le pregunta: “Joven, ¿cómo se llama? ¿Cuántos años tiene? ¿Dónde vive?” Frente al tribunal es posible que el hijo piense: “Tú deberías saber todas estas cosas mejor que yo”. Es posible que conteste las primeras preguntas. Pero después de un rato, tal vez

exclame: “Padre, ¿no me conoces?” ¿Qué debería hacer el juez? Golpearía con su martillo y diría: “No te conozco. En mi hogar, te conozco. Pero en la corte, yo no te conozco”. Si uno ve el reino, se dará cuenta de que en el reino, no es cuestión de si una persona es salva o no, si es hijo de Dios o no; lo que importa es lo que haya hecho después de convertirse. Supongamos que después de que usted es salvo, es muy diligente. Aunque no hace la voluntad de Dios, profetiza, echa fuera demonios, y hace obras poderosas en el nombre del Señor. Si usted comparece ante el Señor y le pide que lo deje entrar al reino basándose en las obras que hizo fuera del principio de la voluntad de Dios, el Señor le dirá que nunca lo conoció.

¿Por qué dice el Señor: “Nunca os conocí?” La oración que sigue lo explica: “Apartaos de Mí, hacedores de iniquidad”. Recordemos que el Señor no les dijo que se apartaran de la vida eterna. En el griego, el idioma original, hacedores de iniquidad significa los que no siguen las reglas, los que no guardan la ley ni acatan los reglamentos. Ante los ojos de Dios, hacer maldad no sólo significa hacer cosas malas. No importa cuánto haya hecho uno; mientras no haya prestado atención a las exigencias de Dios, a Su juicio, ni a Su arreglo soberano, comete maldad ante los ojos de Dios. Si la palabra “iniquidad” fuera traducida como “maldad”, como han hecho algunas versiones, muchos tendrían una base para debatir. El problema aquí no es un asunto de hacer maldad, sino de carecer de principios. ¿Cuáles son estos principios? Los principios son la palabra de Dios. ¿Pero, qué es la palabra de Dios? La palabra de Dios es Su voluntad. Si usted no hace la voluntad de Dios, no importa lo demás; el Señor Jesús dirá que usted es una persona sin principios. Aquellos que obran de acuerdo a su propia voluntad no tendrán parte en el reino de los cielos.

Mi propósito al decirles estas cosas es mostrarles la importancia de las obras cristianas. La Biblia nos enseña claramente que después de que una persona cree en el Señor, aunque nunca perderá la vida eterna, si puede perder su lugar y gloria en el reino. Si no hacemos la voluntad de Dios, sino que obramos según nuestra voluntad, seremos excluidos del reino. Tal vez pensemos que profetizar, echar fuera demonios y hacer prodigios son cosas más importantes, porque pensamos que si podemos hacer estas cosas, seremos una persona maravillosa. Pero estas cosas nunca pueden reemplazar la voluntad de Dios. Todos aquellos que nunca han aprendido a cesar de hacer obras para Dios no son dignos de trabajar para El. Aquellos que no saben cesar de sus propias obras, con seguridad no saben nada de la voluntad de Dios. Sólo los que conocen la voluntad de Dios pueden dejar de obrar. Dios quiere que primero obedezcamos Su voluntad y después obremos. Dios no quiere que nos ofrezcamos voluntariamente a trabajar para El. Cuanto más uno conoce la voluntad del Señor, más aprenderá a no laborar descuidadamente. Por lo tanto, hay una gran diferencia entre hacer obras y hacer la voluntad de Dios. Es posible que hoy valoremos las obras y estemos interesados

en profetizar, echar fuera demonios, y hacer prodigios. Pero un día, muchos serán despertados.

GOLPEAR EL CUERPO PARA AGRADAR AL SEÑOR

Otro pasaje que algunos interpretan mal pensando que se refiere a la perdición, pero en realidad se refiere a la pérdida del reino y de la recompensa es 1 Corintios 9:23-27, que dice: “Todo lo hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él. ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos corren, pero uno solo recibe el premio? Corred así, para ganar. Todo aquel que compite en los juegos, en todo ejerce dominio propio; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera lucho en el pugilato, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado”. Pablo temía, que habiendo predicado a otros, el mismo pudiera ser reprobado. Aquí Pablo dice que él mismo podía ser reprobado. ¿Qué significa aquí ser reprobado? ¿De qué está siendo uno reprobado? En estos mensajes hemos recalcado el hecho de que al leer la Biblia, debemos prestar atención al contexto. Aquí también debemos considerar el contexto.

En el versículo 24 Pablo se compara con uno de los que corren en la carrera en la cual sólo uno obtiene el premio. Por lo tanto, el problema aquí no es un asunto de salvación, sino de recibir el premio. Aquí Pablo habla de la manera en que una persona salva puede recibir el premio, y no de la manera en que un incrédulo puede ser salvo. Solamente los salvos, los que ya creyeron en el Señor Jesús, han nacido de nuevo, y han llegado a ser hijos de Dios, están cualificados para entrar en la carrera. Solamente los hijos de Dios pueden correr en la carrera y proseguir al premio que Dios espera que nosotros obtengamos. Si alguno no es hijo de Dios, ni siquiera está cualificado para entrar en la carrera. La Biblia no dice en ninguna parte que la salvación se obtiene corriendo la carrera. La Biblia nunca dice que si alguno puede correr, será salvo. Si ése fuera el caso, muy pocos podrían ser salvos, y la salvación dependería de las obras. La Biblia dice que el premio se obtiene por correr; Dios nos ha puesto en una pista para que corramos la carrera.

¿Cuál es el premio? El versículo 25 dice: “Todo aquel que compite en los juegos, en todo ejerce dominio propio; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible”. Aquí dice que el premio es una corona. Hemos mencionado que la corona significa gloria y reinado. Por lo tanto, la palabra “reprobado” no se refiere a la pérdida de la salvación. Aquí la palabra “reprobado” significa no obtener la corona y el premio. Si Pablo podía ser reprobado, entonces todos nosotros

podemos ser reprobados. Si Pablo tenía la posibilidad de perder su premio y su corona, entonces todos nosotros también podríamos perder el premio y la corona.

El versículo 26 presenta la razón por la cual somos reprobados: “Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire”. Pablo tenía un propósito y una dirección. El no golpeaba el aire. Su meta y rumbo se expresan en 2 Corintios 5, que él tenía la ambición de agradarle al Señor. Ya sea que viviera o muriera en esta tierra, su deseo era agradar al Señor. ¿Cómo corrió él en la carrera? El no corrió de una manera disoluta. El tenía un rumbo definido y una meta clara; no golpeaba el aire; no hizo lo que otros le dijeron que hiciera; y tampoco hizo algo simplemente porque surgiera la necesidad. Si hubiera laborado de acuerdo con la necesidad, habría tenido que correr día y noche, porque la necesidad era muy grande. Nosotros no vivimos para hacer obras, sino para agradar al Señor.

Si quiero recibir el premio, ¿qué debo hacer? “golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre”. Muchos escogerán su cuerpo en vez del premio. Muchos preferirán su cuerpo a la voluntad de Dios. Pero aquí Pablo dice que él sujetaba su cuerpo; él podía controlarlo. Pablo podía controlar la lujuria de su cuerpo, las exigencias excesivas y los deseos de su cuerpo. El no permitía que su cuerpo tuviera prioridad. El dijo que golpeaba su cuerpo y lo ponía en servidumbre. Si un cristiano puede agradar al Señor o no, depende del control que tenga de su cuerpo. Muchas personas no pueden controlar sus propios cuerpos. Cada vez que un pequeño estímulo viene a sus cuerpos, produce toda clase de pecados. Debemos ver que todos los que no pueden controlar sus propios cuerpos perderán su premio y su corona. Aunque ellos pueden predicar el evangelio a otros, ellos mismos serán reprobados.

Nosotros los creyentes fuimos salvos una sola vez y para siempre y nunca perderemos nuestra salvación. Pero cuando el Señor Jesús regrese en Su gloria a reinar sobre la tierra, no coronará a todos. Aunque cada persona salva recibirá la misma gloria en el cielo nuevo y la tierra nueva, cuando el Señor Jesús venga a reinar en esta tierra por mil años, algunos perderán su premio, autoridad y gloria. Algunos no podrán entrar en el reino ni podrán recibir una corona.

El Señor habla muy claramente acerca de la salvación y la vida eterna; ambos se reciben exclusivamente por la gracia. Pero entrar en el reino de los cielos depende de las obras. Hasta ahora, sólo hemos visto que debemos hacer la voluntad de Dios. Aquí vemos que nosotros tenemos que golpear nuestro cuerpo. Es posible que hagamos muchas obras, pero si no podemos restringir nuestro cuerpo, no se nos permitirá entrar en el reino.

En la Biblia parece haber un número limitado de coronas. Apocalipsis 3:11 dice: “He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”. Algunos que no entienden la Biblia no conocen la diferencia entre una recompensa y una dádiva. Ni tampoco conocen la diferencia entre la corona y la salvación. Piensan que la salvación se les puede quitar. La palabra “quitar” no se refiere a la salvación sino a la corona. Recientemente leí en el periódico la noticia de que el rey de cierto país había perdido su corona. Si una persona salva no conserva lo que tiene, si no guarda la palabra de perseverancia de Señor Jesús, y si abandona el nombre de Señor Jesús, perderá su corona algún día. Si usted es disoluto y no retiene lo que tiene, perderá su corona. Alguien puede quitársela.

En Apocalipsis 2:10 vemos algo similar: “Sé fiel hasta la muerte, y Yo te daré la corona de la vida”. Aquí no dice dar vida, sino dar la corona de la vida. La vida se obtiene por la fe; no se obtiene por la fidelidad. Si una persona no tiene fe, no puede tener vida. Pero si una persona es infiel después de que ha recibido vida, perderá la corona de vida. Por lo tanto, si un cristiano no tiene buenas obras después de haber sido salvo, perderá la corona, aunque no la vida.

EDIFICAR CON ORO, PLATA Y PIEDRAS PRECIOSAS

El pasaje más claro en la Biblia acerca de la recompensa está en 1 Corintios 3:14-15: “Si permanece la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno es consumida, él sufrirá pérdida, pero él mismo será salvo”. Esto nos muestra claramente lo que un cristiano puede perder y lo que no puede perder. Una vez que una persona es salva, es salva para siempre. Pero si esta persona recibe una recompensa o no, es algo que no podemos determinar hoy. La salvación eterna de un cristiano ya está establecida. Pero la recompensa en el futuro es una pregunta que aun está pendiente. Lo determinará la manera como cada uno edifique sobre el fundamento que es el Señor Jesús. Nuestra salvación no depende de la manera en que edificamos; depende sólo de la manera en que el Señor edifica. Si Su obra es perfecta, entonces indudablemente somos salvos. Sin embargo, si recibimos la recompensa o no, o si sufrimos pérdida o no, depende de nuestra obra de edificación. Si alguien edifica sobre el fundamento, que es el Señor Jesús, con oro, plata y piedras preciosas, cosas con valor eterno, con seguridad recibirá una recompensa. Pero si edifica con madera, heno y hojarasca, no recibirá ninguna recompensa delante de Dios. Tal persona puede tener mucho delante del hombre, sin embargo no tendrá mucho delante de Dios. Esto nos muestra que es posible que un hombre pierda su recompensa y que su obra sea quemada.

RETENER FIRME EL GLORIARNOS EN LA ESPERANZA

Hebreos 3:6 nos da una palabra similar. “Pero Cristo fue fiel como Hijo sobre la casa de Dios, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza”. Aquí parece ser incierto si somos Su casa o no. El apóstol dijo que somos Su casa si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza. ¿Cuál es esta casa y cuál es esta esperanza? Esta esperanza bendita no es otra cosa que el regreso del Señor Jesús en gloria para establecer Su reino en la tierra. Si un cristiano retiene la esperanza de que el Señor Jesús regresará para establecer Su reino en gloria, la certeza de que todos los fieles que hacen la voluntad de Dios reinarán con el Señor, él será la casa de Dios. Hoy en día, nosotros somos Su casa. Todos nosotros somos piedras vivas edificadas como casa espiritual. Esto es lo que Pedro nos dice (1 P. 2:5). Pero cómo nos irá en el reino futuro depende de que nos mantengamos firmes. Este asunto no se puede decidir de una vez y para siempre. Hay muchos versículos en la Biblia al respecto, y todos son muy claros. El problema de la eternidad ha sido totalmente resuelto, pero el asunto de la posición y de la recompensa en el reino depende de que nos mantengamos firmes hoy.

SER MAS DILIGENTE PARA HACER FIRME EL LLAMAMIENTO Y LA ELECCION

Llegamos ahora a 2 Pedro 1:10: “Por lo cual, hermanos, sed más diligentes en hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas no tropezaréis jamás”. Si alguien no conoce la verdad acerca de la elección, no verá que este versículo se refiere a la esperanza de retener firme el reino. Aquí dice que la vocación y elección de una persona no es necesariamente firme. ¿Quiere decir esto que una persona perderá su salvación? No, no quiere decir esto, porque Romanos 11 nos dice claramente que el llamamiento de Dios es irrevocable (11:29). Aquí no se habla sólo del llamamiento, sino también de la elección. Pedro puso el llamamiento y la elección juntos. La Biblia dice muchas veces que muchos fueron llamados, pero pocos escogidos. Excepto en un lugar del cual no estoy completamente seguro, todos los demás se refieren a los muchos que son salvos y a los pocos que obtienen la recompensa. Por lo tanto, la selección aquí se refiere a la posición en el reino.

Pedro dijo: “Porque haciendo estas cosas no tropezaréis jamás”. Estas cosas son las mencionadas en los versículos 5-7, tales como fe, virtud, conocimiento, dominio propio, perseverancia, piedad y amor. Si hacemos estas cosas, jamás tropezaremos. Esto es igual que decir que si somos más diligentes, nuestra vocación y elección serán firmes. Estas son expresiones análogas. La primera de estas expresiones dice que debemos ser

diligentes en hacer firme nuestra vocación y elección. La segunda de ellas dice que haciendo estas cosas, jamás tropezaremos.

El versículo 11 dice: “Porque de esta manera os será suministrada rica y abundante entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”. La Biblia nos muestra que el reino de Cristo es eterno. Pero algunos sólo entrarán en la eternidad futura, mientras que otros entrarán durante el milenio. El reinado de Cristo empezará con el reino milenario. Por lo tanto, Apocalipsis 11:15 dice: “El séptimo ángel tocó la trompeta y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de Su Cristo; y El reinará por los siglos de los siglos”. Este versículo nos muestra que el reino de Cristo está relacionado con la eternidad futura; durará para siempre. Sin embargo, comenzará con el toque de la trompeta del séptimo ángel, esto es, al principio de la tribulación. Cuando Cristo empiece Su reinado, algunos entrarán al reino. Ellos no solamente entrarán, sino que les será provista una rica y generosa entrada. Por lo tanto, hacer firme nuestra vocación y elección es recibir una rica y generosa entrada en el reino eterno.

Uno puede ver que la salvación ya ha sido resuelta, pero la entrada al reino aun no lo ha sido. Una vez que un cristiano cree en el Señor Jesús, puede inmediatamente alabar al Señor porque sabe que el asunto de la vida eterna y la muerte está resuelto. Sin embargo, después que uno cree, tiene muchas experiencias por delante; aún tiene el reino por delante y una gloria futura esperándolo. Algunos obtendrán estas cosas: el reino, la corona, la gloria y la recompensa; mientras que otros no. Algunos entrarán al reino de Cristo; otros no podrán. Algunos no sólo entrarán, sino que serán provistos de una entrada rica y generosa al reino de Cristo. Esto no quiere decir que aquellos que no puedan entrar al reino de Cristo no son salvos, sino que su recompensa y su gloria les serán quitadas. Por lo tanto, necesitamos correr y ser diligentes. Reinar con Jesús el Nazareno en el futuro es un asunto que depende de nuestro empeño hoy.

ENTRAR EN EL REINO PARA COMPARTIR EN LA GLORIA DE CRISTO

Yo me pregunto si usted ha pensado con qué clase de gloria Dios recompensará a Cristo en el milenio por lo que El sufrió hace mil novecientos años. La recompensa tiene que ser igual al sufrimiento. Si un hombre es llevado a la posición más baja, su recompensa deberá ser grandiosa. Supongamos que su casa se quema o usted se enfrenta a un gran peligro, y un sirviente de su casa arriesga todo y casi pierde la vida tratando de salvarlo. ¿Cómo lo recompensaría usted? ¿Diría usted: “Yo lo recompenso con veinte centavos”? Nadie haría esto. La recompensa debe corresponder al sufrimiento. Cristo glorificó a

Dios de cierta manera y murió de cierta forma en la cruz. ¿Cómo recompensará Dios a Cristo en el futuro? Y ¿cómo lo glorificará?

El reino será el tiempo cuando Cristo y los cristianos juntamente recibirán la gloria. El reino será el tiempo cuando Dios recompensará a Cristo. En ese tiempo, nosotros también tendremos una porción. Ser o no ser contados dignos de recibir la gloria de Dios depende absolutamente del resultado de nuestra conducta y nuestra labor. El cielo nuevo y la tierra nueva no son un asunto de si somos dignos o no. Pero en el reino sólo aquellos que son dignos recibirán la gloria. El Señor ha sufrido persecución, dificultades y deshonra. Si hoy en día sufrimos persecución, dificultades y deshonra de la misma forma, participaremos de una porción con El en el reino venidero.

CAPITULO VEINTIDOS

LAS MEDIDAS QUE DIOS HA TOMADO CON RESPECTO A LOS PECADOS DE LOS CREYENTES: LA DISCIPLINA EN EL REINO

(1)

EL CASTIGO DE DIOS EN LA EDAD VENIDERA

La Biblia nos dice que el Señor nos castiga porque nos ama (He. 12:6). Cuando el hombre ama, pasa por alto muchas cosas. Mas cuando Dios ama, castiga. Cuando el hombre ama, es disoluto. Pero cuando Dios ama, es sobrio. Si Dios no nos hubiese amado, El no habría enviado a Su Hijo a morir en la cruz por nuestros pecados. De igual manera, si Dios no nos amara, no nos disciplinaría. El amor de Dios con el cual nos disciplina es igual a Su amor salvador, por el cual envió a Su Hijo a morir por nosotros en la cruz. Fue Su amor lo que hizo que Su Hijo muriera por nosotros. También es Su amor lo que nos disciplina. Todo cristiano sabe que no existe contradicción entre el castigo de Dios y la gracia de Dios. Por el contrario, la disciplina de Dios manifiesta la gracia de Dios. Aunque hemos visto que un hombre no puede perecer después de ser salvo, no podemos decir que nunca será disciplinado por Dios. Ahora la pregunta es si Dios nos disciplina sólo en esta edad o si también lo hará en la edad venidera. Esta es una pregunta que mucha gente nunca ha considerado. Veamos ahora este asunto.

La Biblia nos muestra que el castigo de Dios no está restringido a esta edad solamente. También habrá castigo en la edad venidera. Muchas personas han confinado el castigo de Dios a esta edad. Sin embargo, en la Biblia no se encuentra base para esta enseñanza. En cuanto a la experiencia de los cristianos, existe sin duda la posibilidad de ser castigados en la edad venidera. Muchos no han sido disciplinados en esta edad. Aunque son hijos de Dios, no han llevado una vida consagrada en esta edad. Hacen todo lo que quieren y desobedecen muchas veces durante el transcurso de sus vidas hasta que mueren. Aunque muchos han tenido celo por el Señor, han laborado y hasta han visto muchos milagros y obras poderosas, han hecho todas estas cosas según su propia voluntad en contradicción con el propósito de Dios. Algunos hasta tienen pecados que son obvios y transgresiones específicas. Mas no vemos mucha disciplina sobre estos. Por el contrario, viven sosegadamente y parten de este mundo en paz. Sin embargo, además de perder la recompensa, estas personas serán disciplinadas en el reino. Ellos experimentarán una disciplina específica de parte de Dios. Por lo tanto, en cuanto a la

experiencia, si un cristiano hoy vive en esta tierra sin refrenar su lujuria y en vez de esto ama al mundo y anda por sus propios caminos, será disciplinado en la edad venidera. Tenemos muchas evidencias extensas de esto en la Biblia.

EL PROPOSITO DEL CASTIGO: LA PURIFICACION

De acuerdo con la Palabra de Dios, el castigo purifica. El hombre está contaminado; por lo tanto, necesita ser purificado. En la Biblia no existe una sólo clase de purificación. La primera es la purificación de la sangre, que es el lavamiento por la sangre del Señor Jesús. La Biblia menciona más de trescientas veces la purificación de la sangre. Aquí citaremos solamente dos versículos. Hebreos 9:22 dice: “Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no hay perdón”. Este versículo habla acerca de la purificación por la sangre. Hebreos 1:3 dice: “El cual, siendo el resplandor de Su gloria, y la impronta de Su substancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de Su poder, habiendo efectuado la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”. En la Biblia podemos ver la purificación de nuestros pecados por medio de la sangre del Señor Jesús. Después que El limpió nuestros pecados, ascendió y se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas. Esta es la primera clase de purificación que se menciona en la Biblia.

Sin embargo, aunque muchas personas han sido purificadas por medio de la sangre del Señor Jesús, mientras viven en esta tierra conservan muchos pensamientos inmundos. Todavía están muy contaminados con el mundo y tienen muchos pecados carnales. Debido a que hay todas estas otras cosas, Dios usa otros medios para purificarnos. A continuación hablaremos de la purificación por medio de la disciplina y el castigo.

En Juan 15:2 el Señor dice: “Todo pámpano que en Mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto”. Aquí vemos la limpieza. Dios corta todo lo que no es necesario o secundario, y todos los elementos que impiden que las ramas den más fruto. Este es el castigo de Dios. Por lo tanto, el propósito del castigo de Dios no es destruirnos sino perfeccionarnos, para que seamos más dignos de la gloria, la santidad y la justicia de Dios, las cuales tenemos por delante.

Por lo tanto, hay dos líneas y dos tipos de purificación en la Palabra de Dios. Una es la purificación por la sangre del Señor Jesús. La otra es la purificación que Dios trae por medio de las circunstancias, la familia, la salud personal y el trabajo. Si nos entregamos a lo que no debemos o rehusamos cortar lo que debemos cortar, la mano con la cual Dios nos disciplina estará sobre nuestras circunstancias.

LA PURIFICACION EN LA EDAD VENIDERA

¿Está restringida a esta edad solamente la purificación que Dios produce en nosotros al castigarnos, o estará también en la edad venidera? Basándonos en la Biblia sabemos que la muerte no cambia a nadie. Ninguna parte de la Biblia nos enseña de algún caso donde un hombre haya sido cambiado por la muerte. Sabemos que en el futuro estaremos con Dios para siempre. En la eternidad seremos iguales al Señor; seremos santos así como el Señor es santo. Pero ¿podemos decir que hoy en día somos santos como El Señor? ¿Podemos decir qué somos dignos de estar con el Señor por la eternidad? Es verdad que la sangre del Señor Jesús nos ha purificado y que la cuenta de nuestros pecados ha sido borrada. Esto es un hecho. Pero en el aspecto subjetivo, ¿vive Cristo en nosotros en nuestra experiencia? ¿Le hemos permitido al Cristo resucitado vivir en nuestra vida? Nuestra conducta hoy es muy diferente de la que tendremos en la eternidad; ambos son muy distintos. Hoy en día estamos muy escasos de la santidad, la justicia y la gloria del Señor. Hoy muchos cristianos siguen llenos de pecados e inmundicia.

Por consiguiente, tenemos un problema. Si las cosas hoy están tan mal, pero estarán muy bien en el futuro, y si las cosas hoy son tan imperfectas, pero serán tan perfectas en el futuro, ¿cuándo ocurrirá el cambio? En alguna parte deberá haber un cambio. Si usted no es perfecto hoy, pero lo será en aquel día, ¿cuándo ocurrirá el cambio? En la eternidad, cuando estemos con Dios y el Cordero en la Nueva Jerusalén, estaremos en la luz como Dios está en luz. Pero, ¿cuándo seremos personas así? El concepto humano es que cuando muramos cambiaremos. Pero la Biblia nunca nos dice que la muerte física santifique a la persona. Esta doctrina fue predicada hace quinientos o seiscientos años. La Biblia nunca dice que la muerte puede cambiar a una persona. Si la muerte pudiera cambiar a un cristiano, entonces la muerte también podría cambiar a una persona que no es salva. Pero la muerte no cambia a nadie. El siervo infiel seguirá siendo infiel aun cuando sea resucitado. Las vírgenes insensatas seguirán siendo insensatas aun cuando despierten. Cuando ellos despierten, su infidelidad e insensatez no habrán desaparecido. Si el hombre no cambia en esta edad y será distinto en el cielo nuevo y la tierra nueva, y si la muerte no cambia a nadie, entonces, ¿cuándo ocurrirá el cambio? La Biblia nos muestra claramente que en la edad venidera habrá castigo, y que este castigo nos podará y nos purificará.

ALGUNOS SIERVOS DE DIOS SERAN JUZGADOS EN LA EDAD VENIDERA

Necesitamos ver algunos versículos en cuanto al castigo futuro. Lucas 12:45-48 dice: “Mas si aquel esclavo dice en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comienza a golpear a los criados y a las criadas, y a comer y beber y embriagarse, vendrá el señor de aquel esclavo en día que éste no espera, y a la hora en que no sabe, y le separará, y pondrá su parte con los incrédulos. Aquel esclavo que conociendo la voluntad de su señor, no se

preparó ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco. A todo aquel a quien se le haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá”.

Lo primero que debemos determinar en estos versículos es si este esclavo pertenece al Señor o no. ¿Es él un cristiano? ¿Es salvo? Sin duda, este esclavo es salvo. ¿Por qué afirmo esto? Primeramente, en el Nuevo Testamento Dios nunca considera Sus esclavos a los que no le pertenecen. Al pasar de la edad del Antiguo Testamento a la del Nuevo, el hombre primero es un esclavo y luego un hijo. Por lo tanto, en el Antiguo Testamento hay muchos esclavos inconversos. Pero en el Nuevo Testamento se invierte el orden. Si un hombre no es hijo de Dios, no está cualificado para ser esclavo de Dios. En el Nuevo Testamento todos los esclavos de Dios son hijos. Por lo tanto, el esclavo aquí es indudablemente una persona salva.

Se puede ver una segunda prueba de que el esclavo de Lucas 12:45-48 es una persona salva. La prueba está en los versículos anteriores. En los versículos 42-44 leemos: “Y el dijo Señor: ¿Quién es, pues, el mayordomo fiel y prudente al que el señor pondrá sobre su servidumbre para que a su tiempo les dé su ración de alimento? Bienaventurado aquel esclavo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así. En verdad os digo, que él le designará sobre todas sus posesiones”. ¿Es este esclavo el mismo de los versículos 45 y 46? O ¿son dos esclavos distintos? Solamente hay un esclavo. El esclavo de los versículos 43 y 44 es el esclavo del versículo 45. La misma persona puede ser un buen esclavo o un mal esclavo. Este siervo puede tener dos formas de pensar. Si es fiel a la comisión del dueño de la casa y se dedica a darles su ración a su debido tiempo, el señor lo recompensará y lo pondrá sobre todas sus posesiones. Pero si el esclavo dice en su corazón: “Mi señor tarda en venir; puedo hacer todo lo que me plazca”, y comienza a golpear a los criados y a las criadas, el señor vendrá y juzgará sus pecados. Esto prueba que una persona salva puede ser un buen esclavo o un mal esclavo.

Si una persona llega a ser un mal esclavo, ¿cuál será su fin? El versículo 46 dice: “Vendrá el señor de aquel esclavo en un día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y le separará, y pondrá su parte con los incrédulos”. ¿Se llevará a cabo este castigo en esta edad o en la edad venidera? ¿A que se refiere el día y la hora que él no sabe? Se deben de referir al tiempo en que el Señor regresará. Esto es algo futuro. El Señor dice que un esclavo puede ser fiel o infiel y que un esclavo infiel no sólo perderá su recompensa, sino que también será condenado y recibirá un castigo definido. Los versículos 47 y 48 están basados en el versículo 46. Estos versículos nos hablan del futuro de aquellos que pertenecen al Señor y que laboran para El. “Aquel esclavo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el

que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco. A todo aquel a quien se le haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá”. Estos versículos no dicen que aquellos que no conocen no recibirán azotes; solamente dicen que serán azotados poco. De todos modos recibirán azotes. Dios no excusa a los que no conocen, ya que Su palabra está disponible. Aquellos que conocen tienen que ser responsables delante de Dios; aquellos que no conocen y que han hecho cosas dignas de azotes, serán azotados; sin embargo, recibirán pocos azotes. Porque a todo aquel a quien se le haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá. Este es el principio del castigo futuro que Dios infligirá. Lucas 12:47-48 contesta la pregunta acerca del castigo futuro de los cristianos cuando estén delante de Dios.

Amigos, estoy aquí predicando el evangelio de la gracia. Cuando un hombre es salvo, es salvo para siempre. Este es un hecho inmutable. Sin embargo, si después de ser salvos nuestra conducta no es digna de un cristiano, seremos castigados en el futuro. Solamente soy un predicador de la Palabra de Dios. Yo solamente soy responsable por hablar lo que dice la Biblia. Yo no soy responsable por lo que la Biblia podría decir. Hoy en día, algunos se preguntarán por qué los cristianos necesitan ser castigados en el futuro. Yo no sé. Usted mismo le puede preguntar al Señor. Yo sólo proclamo lo que la Biblia dice. Esta es la palabra del Señor.

Leamos Colosenses 3:23-25: “Y todo lo que hagáis, hacedlo con el alma, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la herencia por recompensa. Es al Señor Cristo a quien servís. Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hizo, y no habrá acepción de personas”. El contexto de este pasaje nos aclara que estos versículos se refieren a los cristianos, y no a inconversos. Los versículos anteriores hablan de la manera en que un cristiano debe comportarse como esposa o esposo, como padre o madre, como hijo o hija, y como amo o esclavo. Luego Pablo dice que si un cristiano hace injusticia, recibirá lo que hizo injustamente, porque no hay acepción de personas. Esto nos muestra claramente que la recompensa a los cristianos se asignará en el tribunal de Cristo. Si el cristiano actúa injustamente hoy en día, recibirá una recompensa de acuerdo a la injusticia que haya hecho. Si actúa con justicia, recibirá su recompensa de acuerdo a su justicia. Por lo tanto, no podemos decir que los cristianos no recibirán cierta medida de disciplina y corrección.

RECIBIR LAS COSAS HECHAS POR MEDIO DEL CUERPO

Ahora leamos 2 Corintios 5:10: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba por las cosas hechas por medio del cuerpo, según lo que haya practicado, sea bueno o sea malo”. Todos los que leen la

Biblia saben que el tribunal de Cristo tendrá lugar en los aires. Por lo tanto, ante el tribunal comparecerán los que hayan sido arrebatados. ¿Quién puede ser arrebatado? La Biblia nos dice que sólo los cristianos pueden ser arrebatados. Los que no son cristianos no pueden ser arrebatados. Si un hombre no es salvo ni es hijo de Dios, ni siquiera está calificado para ser juzgado en este juicio. Este es el juicio que Dios trae sobre Su propia familia. Aquí se nos relata lo que enfrentaremos en el tribunal futuro de Cristo. Seremos recompensados por las cosas que hayamos hecho por medio del cuerpo. En otras palabras, seremos recompensados por las cosas que hayamos hecho mientras estábamos en el cuerpo, o sea, por las cosas que hayamos hecho mientras vivimos en la tierra, sean buenas o sean malas. Si usted hace el bien estando en el cuerpo, recibirá el bien como recompensa. Si usted, en su cuerpo, hace lo malo, recibirá como recompensa el mal que haya hecho. La Palabra de Dios nos muestra claramente que en el tribunal aquellos que han hecho el bien recibirán una recompensa y aquellos que no han hecho el bien perderán su galardón y se les pagará conforme a su maldad.

El apóstol Pablo oró acerca de la misericordia en el futuro debido a que habrá un juicio. En 2 Timoteo 1:18 dice: “Concédele el Señor que halle misericordia de parte del Señor en aquel día. Y cuántos servicios me prestó en Efeso, tú lo sabes mejor”. Aquí Pablo expresa el deseo de que Onesíforo encontrara misericordia del Señor en ese día. Si en el futuro cuando un cristiano comparezca ante el tribunal, lo único que podría perder fuera su recompensa y no hubiera castigo ni disciplina, entonces estas palabras no tendrían sentido. Pablo tenía la esperanza de que el Señor tuviera compasión de Onesíforo cuando le juzgara, ya que éste había ayudado mucho a Pablo y había propagado el evangelio con él. Si había algo en contra de Onesíforo, Pablo tenía la esperanza de que el Señor tendría misericordia de él. Por lo tanto vemos que los cristianos no sólo necesitan perdón, sino también la misericordia de Dios en el juicio que se efectúa al comienzo del milenio; de otra manera, caerán bajo el castigo de Dios.

En 2 Timoteo 4 hay otro versículo relacionado con este tema. El versículo 16 dice: “En mi primera defensa ninguno se puso de mi parte, sino que todos me abandonaron; no les sea tomado en cuenta”. Esta fue otra oración. Mientras Pablo estaba en Asia, todos los de Asia lo abandonaron. Mientras él estaba siendo juzgado delante del rey, muchos cristianos temían morir y se escondieron. Sin embargo, aunque ellos lo habían abandonado, Pablo oró pidiendo que este pecado no les fuera contado en su contra. Por lo tanto, vemos que en el futuro Dios juzgará nuestros pecados. Aquí Pablo oró que este pecado no les fuera tomado en cuenta. La luz de la Biblia es suficiente para mostrarnos que si una persona salva no es disciplinada en esta edad por su conducta disoluta, y si ni se arrepiente después de haber sido disciplinada, no sólo perderá su recompensa, sino que también será castigada de una manera definida.

En Mateo 12 el Señor Jesús menciona específicamente la blasfemia en contra del Espíritu Santo. Todos los pecados pueden ser perdonados. Todas las injurias en contra del Hijo del Hombre pueden ser perdonadas. Mas el pecado de blasfemar en contra del Espíritu Santo no puede ser perdonado. No habrá perdón en esta edad, ni lo habrá en la próxima (v. 32). En la Biblia la edad venidera siempre se refiere al reino. En el lenguaje original la palabra traducida siglo es *aión*, no *cosmos*. Si la palabra fuera *cosmos*, se referiría al sistema del mundo. Pero ya que es *aión*, se refiere a un lapso de tiempo. Por lo tanto, se traduce edad. Hoy día estamos en la edad de la gracia. La próxima edad es la edad cuando el Señor reina por mil años. Cuando lea Mateo 12, verá que el perdón de pecados está dividido en dos períodos. Algunos pecados son perdonados en esta edad, y otros serán perdonados en la edad venidera. Por medio de la disciplina, algunas personas son perdonadas en esta edad. Otras pueden no haberse comportado muy bien hoy en día, pero serán perdonadas en la edad del reino. Algunas personas son perdonadas cuando son salvas, pero sus pecados posteriores no les serán perdonados en la edad del reino; en vez serán castigadas muy severamente en esta era. Esto es lo que enseña la Biblia acerca del castigo. Está claro que los cristianos son castigados en esta edad. Aquellos cristianos que pecan, cuyos problemas no son resueltos delante de Dios hoy en día, recibirán castigo en el futuro.

EL REINO: LA EDAD DEL CASTIGO FUTURO

¿Exactamente cuándo ocurrirá el castigo futuro? Está claro que habrá un castigo en el futuro después que el Señor regrese, pero, ¿cuánto tiempo después de que el Señor venga sucederá? Consideremos tres edades en la Biblia. La edad actual puede ser llamada la edad de la gracia; también puede ser llamada la edad del evangelio o de la iglesia. La edad venidera puede llamarse la edad del reino o del milenio, porque sólo durará mil años (Ap. 20:6). Después de esa edad, todavía habrá otra edad, que es eterna. Es la edad del cielo nuevo y la tierra nueva.

La Biblia nos presenta estas tres edades. La edad de la iglesia es la edad de la gracia porque la gracia de Dios y Su amor se manifiestan en ella. En esta edad Dios salva a los injustos y da la gracia del Señor Jesús al hombre. Todo en esta edad se recibe por gracia. La edad venidera es la edad de la justicia. La edad eterna es también una edad de gracia. Hoy día es una edad de gracia, al igual que lo será también la edad del cielo nuevo y la tierra nueva. Pero el reino será de justicia. Si usted no tiene un entendimiento claro acerca de estas edades, al leer la Biblia, su teología y su comprensión bíblica estarán equivocadas. Ambas edades, la edad de la iglesia y la edad del cielo nuevo y la tierra nueva son edades de gracia. Pero la edad del milenio es una edad parentética especialmente preparada por Dios para recompensar a los fieles y castigar a los infieles. Es un período especial.

Tanto el Nuevo Testamento como el Antiguo nos dicen que en este período, Dios juzga al hombre con justicia (Sal. 72:2; 85:10-13; 96:13; 97:2; Is. 11:5; 26:9; 33:5; 62:1; Jer. 33:15; Dn. 7:27). Podemos citar por lo menos doscientos versículos del Antiguo Testamento y del Nuevo acerca del justo juicio que habrá en el reino.

¿Cuál es la diferencia entre el reino y el cielo nuevo y la tierra nueva? La Biblia hace una distinción clara entre las dos. Consideremos Apocalipsis 19:6-8: “Y oí como la voz de una gran multitud, como el estruendo de muchas aguas, y como el estruendo de grandes truenos, que decía: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!” Observemos que aquí comienza el reino. “Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos”. Aquí vemos que el lino fino le es dado a la novia. Pero a pesar de que es dado, es sin duda alguna obtenido por medio de justicia. El lino fino es las acciones justas de los creyentes. En el lenguaje original, la justicia mencionada aquí se refiere a la justicia en las acciones. La palabra tiene el sentido de acciones. Por lo tanto, se refiere a nuestros actos de justicia.

Ahora leamos 20:4-6: “Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los demás muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con El mil años”. Estos versículos nos dicen quienes serán los reyes que reinarán con Cristo por mil años. El reino no es para todos; es sólo para los mártires, para aquellos que rechazan a Satanás y al anticristo. Sólo estos pueden reinar por mil años. Por lo tanto, sólo los mártires pueden reinar; sólo aquellos que rechazan a Satanás y al anticristo serán reyes. Esto nos demuestra que el reino milenario no es un regalo gratuito, sino que se obtiene por medio de las buenas obras delante de Dios. A pesar de que en otros pasajes vemos otras clases de personas reinantes, en Apocalipsis vemos que debe de haber una justicia especial antes de que pueda uno participar en la fiesta de bodas del Cordero. Sólo los mártires pueden ser reyes. Sin tener una justicia específica y sin haber sido martirizado, nadie puede tener parte en el reinado. Este es el milenio.

LA EDAD DEL CIELO NUEVO Y LA TIERRA NUEVA

Ahora consideremos Apocalipsis 21. Los versículos del 1 al 7 dicen: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía. Y vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz que salía del trono que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y El fijará Su tabernáculo con ellos; y ellos serán Su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, Yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin. Al que tenga sed, Yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El que venza heredará estas cosas, y Yo seré su Dios, y él será Mi hijo”.

La descripción del reino en Apocalipsis 19 y 20 es completamente diferente a la descripción del cielo nuevo y de la tierra nueva que aparece en el capítulo veintiuno. Cuando la Biblia describe el reino, habla de lo que el hombre ha hecho. Mas cuando describe el cielo nuevo y la tierra nueva, no hay mención de lo que el hombre ha hecho. Del capítulo veintiuno en adelante, la Biblia habla simplemente de lo que Dios ha hecho. Dios dijo que El lo ha hecho todo nuevo. Dios dijo que el primer cielo y la primera tierra han pasado y que el mar ya no existe. Dios lo ha hecho todo. El tabernáculo de Dios estará con el hombre. El fijará Su tabernáculo con el hombre. Nosotros somos Su pueblo; y Dios mismo morará con nosotros y será nuestro Dios. El enjugará todas nuestras lágrimas, y ya no habrá más muerte, dolor, llanto ni dolor, porque las primeras cosas habrán pasado y todas las cosas serán hechas nuevas. Dios dijo que todas estas palabras son fieles. El dijo que El es el Alfa y la Omega. El hombre no tiene ningún lugar aquí. Estos versículos continúan diciéndonos lo que Dios ha hecho. No hay condición ni requisito. Si usted quiere saber cómo obtener ese maravilloso cielo nuevo y esa tierra nueva, sólo escuche lo que El dice: “Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin” (v. 6a). En otras palabras, todo lo hace Dios. “Al que tenga sed, Yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida” (v. 6b). Después que todas estas cosas han sido dichas, todo se resume en una oración: “Al que tenga sed, Yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida”. Mientras haya sed y necesidad, Dios dará gratuitamente de la fuente del agua de la vida. Esta es la gracia. La gracia consiste en dar a beber gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El cielo nuevo y la tierra nueva es de gracia. Dios es el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin. El cielo nuevo y la tierra nueva provienen exclusivamente de El.

El siguiente versículo dice: “El que venza heredará estas cosas”. ¿Quiénes son los vencedores a quienes Juan alude? Estos vencedores son diferentes de los vencedores mencionados en las epístolas a las siete iglesias al principio de Apocalipsis. Al hacer aquí

uso de la expresión *vencedores* se establece una distinción entre la gente mundana y los cristianos. La distinción aquí no es entre dos clases distintas de cristianos. El vencer al que se refieren los primeros tres capítulos de Apocalipsis es el vencer de algunos cristianos entre ellos mismos. Sin embargo, el vencer del capítulo veintiuno es el vencer de los cristianos que están entre la gente mundana. ¿Cómo podemos beber del agua de la vida gratuitamente? Por medio de la fe. Aquellos que creen pueden beber. Para beber del agua de la vida gratuitamente, tenemos que creer. Es la fe lo que nos capacita para vencer el mundo. Todos los cristianos son vencedores comparados con la gente mundana. Mas al compararlos con otros cristianos, muchos no lo son. Todos nosotros somos vencedores si nos comparamos a la gente del mundo, porque tenemos fe para con Dios, la cual los del mundo no tienen. Los que vencen y los que beben del agua de la vida heredarán todas las cosas, Dios será su Dios y ellos serán hijos de Dios.

El capítulo veintidós también menciona el cielo nuevo y la tierra nueva. Los versículos del 1 al 5 dicen: “Y me mostró un río de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero, en medio de la calle. Y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol son para la sanidad de las naciones. Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y Sus esclavos le servirán, y verán Su rostro, y Su nombre estará en sus frentes. No habrá más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos”. Lo principal en la Nueva Jerusalén es el río de agua de vida. Este río procede del trono de Dios y del Cordero. Junto al río está el árbol de la vida el cual produce el fruto de la vida. En Apocalipsis 22 después que todo ha sido dicho, una cosa es prominente, el río de vida. Este río de agua de vida fluye por toda la ciudad. ¿Cómo podemos disfrutar el río de agua de vida? Al final de Apocalipsis, después de terminada la edad del reino y terminada la edad de la iglesia, el versículo 17 dice: “Y el Espíritu y la novia dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”. En otras palabras, todos son recibidos en el cielo nuevo y en la tierra nueva. En el cielo nuevo y la tierra nueva hay un trono, y debajo del trono hay un río. El río procede de Dios, y el trono es su origen. El trono es el centro del cielo nuevo y la nueva tierra.

Además, la palabra *Cordero* nunca se menciona con relación al reino. Pero en el cielo nuevo y la tierra nueva, sí se menciona el Cordero. El trono es de Dios y del Cordero (22:1); el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son el templo de la ciudad (21:22); y el Cordero es la lámpara de la ciudad (21:23). La mención del Cordero en relación con el cielo nuevo y la tierra nueva indica, que ésta será una edad de gracia. Cuando llegamos al fin de Apocalipsis, la iglesia, el reino y la tribulación no se vuelven a mencionar. Sólo encontramos que todos los sedientos pueden venir y tomar del agua de la vida

gratuitamente. Esto quiere decir que usted está invitado al cielo nuevo y a la tierra nueva. Todo esto es gratis. Y todo lo que es gratis significa que se da por gracia. Por lo tanto, el cielo nuevo y la tierra nueva son totalmente diferentes al reino. El cielo nuevo y la tierra nueva se nos dan gratuitamente. De acuerdo con lo que enseña el libro de Apocalipsis, podemos decir que en el cielo nuevo y la tierra nueva Dios se relaciona con el hombre basándose en la gracia. Sin embargo, en el reino El se relaciona con los cristianos basándose en la justicia. Por lo tanto, tenemos que admitir que es en el reino donde Dios nos castiga. En el cielo nuevo y la tierra nueva todo se recibe gratuitamente.

Por medio de esto vemos la relación entre el presente y el futuro. Si hoy amamos al mundo, si andamos según la carne y llevamos una vida liviana, en la edad venidera seremos disciplinados por Dios. Pero si hoy amamos al Señor y lo abandonamos todo por amor al Señor, recibiremos la gracia de Dios y Su recompensa. Esto es lo que la Biblia enseña en cuanto a estas tres edades. No me culpen a mí por mis palabras; solamente estoy proclamando la Palabra de Dios. La Palabra de Dios dice que en la edad venidera sucederán estas cosas. Dios es el que dice esto en Su palabra. Sólo sé que el Hijo de Dios ha dicho estas palabras. Es cierto que hoy el hombre puede disfrutar de la vida eterna. Pero cuando venga el reino será cuando Dios juzgará a Sus hijos. Si hoy usted vive una vida desenfrenada, será disciplinado en el futuro. Por lo tanto, tenemos la seguridad eterna, pero también existe un peligro temporal. Tenemos la certeza de que estaremos en el cielo nuevo y la tierra nueva. Pero con relación al reino corremos peligro. En el reino es posible que suframos un castigo y una disciplina severa. Aunque la salvación fue resuelta por la obra del Señor, la recompensa es determinada por nuestras obras. La salvación es producto de la obra del Señor Jesús. La recompensa es producto de nuestras obras. Somos recompensados porque obedecemos la voluntad de Dios y no obramos de acuerdo con nuestra propia voluntad. ¡Valoremos la gracia que hemos recibido, recibamos la advertencia de Dios y prosigamos a la recompensa del reino!

CAPITULO VEINTITRES

LAS MEDIDAS QUE DIOS HA TOMADO CON RESPECTO A LOS PECADOS DE LOS CREYENTES: LA DISCIPLINA EN EL REINO

(2)

RECIBIR VIDA EN EL REINO EN LA EDAD VENIDERA

Cuando predicamos el evangelio, proclamamos que recibimos vida eterna al creer en Jesucristo. Si una persona cree en El, tendrá vida eterna. Todos los que entienden la Palabra de Dios saben que hoy en la edad de la iglesia, cuando un hombre cree, recibe vida eterna. Este es nuestro mensaje. Pero existe la siguiente pregunta: ¿Cuándo se manifiesta, se revela y se disfruta esta vida eterna? Hoy en día nuestras mentes y espíritus son acosados constantemente por la muerte. Satanás es aún muy fuerte. Entonces, ¿cuándo se manifestará completamente la vida eterna? ¿Será durante la edad del cielo nuevo y la tierra nueva? O, ¿será en la edad del reino? Leamos Juan 5:24-29: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no está sujeto a juicio, mas ha pasado de muerte a vida. De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán. Porque como el Padre tiene vida en Sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en Sí mismo; y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre. No os maravilléis de esto; porque vendrá la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán Su voz y saldrán: los que hicieron lo bueno, a resurrección de vida, y los que practicaron lo malo, a resurrección de juicio”. El versículo 24 dice que cuando una persona cree, recibe vida eterna y no está sujeto a juicio. El que oye la palabra del Señor y cree al Padre que envió al Señor tiene vida eterna. Pero el versículo 29 dice que los que han hecho lo bueno saldrán a resurrección de vida, mientras que los que han hecho lo malo saldrán a resurrección de juicio. La palabra *vida* (gr. *zoé*) del versículo 29 es la misma palabra que aparece en el versículo 24. Los que han hecho lo bueno saldrán a resurrección de *zoé*, los que han hecho lo malo, a la resurrección de juicio. El versículo 24 dice claramente que nosotros ya tenemos vida eterna. Pero el versículo 29 dice que algunos no tendrán vida eterna hasta después de la resurrección. ¿Pueden ver la diferencia aquí?

El versículo 25 trata de la edad de la iglesia. Dice que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios. Todos nosotros somos estos muertos. Hemos oído la voz del Hijo de Dios, y

como resultado vivimos. Los versículos 28-29 dicen: “No os maravilléis de esto; porque vendrá la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán Su voz y saldrán”. El versículo 25 dice: “Viene la hora, y ahora es”. El versículo 28, sin embargo, omite la frase “y ahora es”, y solamente dice que vendrá la hora. Por lo tanto, se refiere al futuro, no al presente. También, el Señor Jesús dice que en el futuro todos los que están en los sepulcros saldrán de los sepulcros. En el versículo 25, El menciona “los muertos”. El versículo 28 menciona los muertos que están en los sepulcros. El versículo 25 habla acerca de los muertos, refiriéndose a los que están muertos en sus delitos y pecados. Cuando el Señor habla de los muertos que están en los sepulcros, no se refiere a la muerte del alma que está en pecado; más bien, se refiere a los que están muertos físicamente. Todos los que están muertos físicamente, es decir, los que están en los sepulcros, oirán la voz del Hijo de Dios por segunda vez. Los que han hecho lo bueno saldrán a resurrección de vida, y los que han hecho lo malo saldrán a resurrección de juicio. Esta segunda vez es la ocasión cuando todos los que están en los sepulcros se levantarán.

Leamos Marcos 10:30: “Que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna”. Aquí el Señor Jesús menciona otra vez la vida eterna. Tenemos que averiguar qué clase de vida eterna es ésta. La vida eterna de Marcos 10:30 no es la vida eterna de la edad de la iglesia que se describe en el Evangelio de Juan ni la vida eterna en el cielo nuevo y la tierra nueva. Por favor, noten que esta vida eterna se tiene en la edad venidera. La frase *la edad venidera* en el idioma original significa la próxima edad o la edad subsiguiente. Hoy nosotros estamos en la edad de la gracia. La próxima edad es la edad del reino, esto es, la edad del milenio. Aquí el Señor dice que una persona puede recibir vida eterna en la edad venidera. Esto no se refiere a la vida eterna que recibimos cuando creemos en el Señor.

Antes que el Señor dijera estas palabras, un hombre vino a Jesús a preguntarle qué tenía que hacer para heredar la vida eterna. Esta fue una pregunta acerca de obras. Por lo tanto, el Señor Jesús le habló de una vida eterna que se obtiene por medio de obras. Le dijo al joven que tenía que guardar la ley y vender todo lo que tenía antes de poder heredar esta vida eterna. En el Evangelio de Juan, el Señor Jesús nos muestra claramente que la vida eterna se obtiene por gracia y no por obras. Entonces, ¿por qué dice aquí que tenemos que guardar la ley y vender todo lo que tenemos, antes de poder heredar la vida eterna? Porque la vida eterna descrita en Marcos 10 es diferente a la vida eterna descrita en Juan. La vida eterna de Marcos 10 se recibe por medio de obras. La vida eterna de Juan se obtiene por medio de la fe.

Después que el joven se fue, el Señor Jesús miró a Su alrededor y dijo a Sus discípulos: “¡Cuán difícilmente entrarán en *el reino de Dios* los que tienen riquezas!” (v. 23). Al decir esto, el Señor puso juntos la vida eterna y el reino. Después que el Señor dijo esto, los discípulos se asombraron de Sus palabras. El Señor volvió a decirles: “Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios” (vs. 24-25). Los discípulos se asombraban y preguntaron quién entonces podría ser salvo. El Señor dijo: “Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios” (v. 27). Pedro entonces le preguntó qué recibiría por haberlo dejado todo para seguirle, y el Señor les habló de las cosas venideras. “Jesús dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casas, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o tierras, por causa de Mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna” (vs. 29-30). Ellos recibirán vida eterna en el reino.

Por lo tanto, la vida eterna de la que se habla aquí es la vida eterna que está en el reino. La vida eterna del reino se obtiene mediante las obras. Se adquiere con la consagración y el sufrimiento y al sobrellevar el desprecio por el Señor. Para el cristiano, la cuestión de la vida eterna en esta edad está resuelta. La cuestión de la vida eterna en la eternidad también está resuelta. Ahora bien, si tendrá o no la vida eterna en el reino depende de si ama al Señor, lo abandona todo por causa del evangelio, se niega a sí mismo en todo, y rechaza el mundo. Depende de si su vida está dedicada al dinero, la ganancia material, su familia o la gente mundana. El Señor prometió que si ama al Señor y lo abandona todo por causa del evangelio, él no perderá estas cosas ni aun en esta edad, sino que, al contrario, ganará cien veces más. Si alguien deja pocas cosas por el Señor hoy, segará ciento por uno en el banco celestial. ¿Quién puede obtener un interés tan alto? El depósito de un peso ganará cien pesos. Usted no puede encontrar un banco así en el mundo. Además, hay vida eterna en la edad venidera.

En muchos lugares en Mateo, la frase “vida eterna” se usa intercambiamente con la palabra “reino”. En estos lugares los vivientes son los que entran en el reino. Por ejemplo, Mateo 7:14 dice que la puerta es estrecha, y el camino que lleva a la vida es angosto, y pocos son los que la hallan. Hoy muchos predicán el evangelio usando este pasaje y exhortan a la gente a entrar por la puerta estrecha y a tomar el camino angosto. Pero si alguien fuera salvo por entrar por la puerta estrecha y por tomar el camino angosto, la salvación no sería por gracia, sino por obras. La salvación vendría a ser la recompensa de entrar por la puerta estrecha y tomar el camino angosto. La vida eterna revelada en el libro de Mateo no se refiere a la vida eterna de hoy, sino a la vida del reino milenar. Para reinar con Cristo en el reino, uno tiene que entrar por la puerta estrecha

y tomar el camino angosto. Si uno no obedece los mandamientos ni la voluntad de Dios, perderá la vida eterna. Sin embargo, esto no quiere decir que perecerá. Sin embargo, perderá la vida eterna en el reino.

Si este problema se resuelve, entonces el problema de las edades que se mencionan en la Biblia quedará completamente resuelto. En la edad de la iglesia, todo es por gracia. Al final de la edad de la iglesia, Dios establecerá Su reino por medio de Su Hijo. En el reino sólo los siervos fieles reinarán con Cristo al ser resucitados de entre los muertos. La Biblia nos muestra esto claramente.

EL CASTIGO EN EL REINO MILENARIO

La Biblia dice que muchos de los hijos de Dios recibirán un castigo específico. Muchos cristianos andan de manera indebida. No viven de una manera santa. Aman el mundo y andan en conformidad con su voluntad. Adoran a Dios según la voluntad del hombre. Ellos no han obedecido la Palabra de Dios al tomar cuidado de la obra de Dios, sino que han hecho lo que les parece. Tratan de agradar al hombre. Buscan la gloria del hombre en lugar de la gloria de Dios y no están dispuestos a permanecer en el mismo lugar de deshonra en el cual el Señor permaneció. Ellos cometen muchos errores y muchos pecados. No han sido disciplinados por Dios en esta edad. Después que mueran y sean resucitados en aquel día, ¿podrán reinar con el Señor? La Biblia dice que primero tenemos que sufrir y soportar el oprobio con El antes de poder reinar y ser glorificados con El (2 Ti. 2:12). Muchos creyentes nunca han sufrido y tienen muchos pecados. Aman el mundo y andan de acuerdo a la carne. Cuando ellos dejen este mundo, todavía tendrán muchas injusticias y muchos pecados que no fueron quitados. La Biblia nos enseña que esta clase de creyentes recibirá un castigo específico y definido.

Mateo 18:23-35 habla de un siervo cuyas deudas le fueron perdonadas por su rey. Otro conservo tenía una deuda con este siervo. Pero el siervo a quien se le perdonó la deuda no perdonó a su conservo. El primer siervo indiscutiblemente representa una persona salva, ya que imploró al señor para que lo perdonara, y el señor, que fue movido a misericordia, le libró y le perdonó la deuda. Todos nosotros somos personas impotentes que venimos al Señor a procurar Su gracia. El Señor nos ha perdonado nuestra deuda y nos ha dejado libres. Si este siervo representa un cristiano, entonces lo que él tiene que afrontar representa lo que nosotros tenemos que afrontar. El Señor nos tratará a nosotros de la misma manera que a este siervo.

Los versículos 28-30 dicen: “Pero saliendo aquel siervo”. El salió porque ya era un hombre libre. “Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus conservos, que le debía cien denarios; y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes. Entonces

su conservo, cayendo a sus pies, le rogaba, diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré. Mas él no quiso, sino que fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda”. Este pasaje tiene que ver con un cristiano que no le perdona a otro. Usted es una persona perdonada, pero usted no está dispuesto a perdonar. El Señor le ha perdonado la deuda de diez mil talentos. Ahora bien, su hermano le debe meramente cien denarios, pero usted en su corazón dice que él tiene que pagarle. El tiene que pagarle hasta el último centavo. ¿Cuál será entonces el resultado? Los versículos 31-33 agregan: “Viendo sus conservos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y explicaron a su señor todo lo que había pasado. Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu conservo, como yo tuve misericordia de ti?” El hecho de que el Señor tuvo misericordia de él prueba una vez más que esta persona es salva. El Señor dijo: ¿No debes tú también tener misericordia de tu conservo, como Yo tuve misericordia de ti? ¿No debiste tú perdonar a tu conservo así como Yo te perdoné a ti? Esto prueba que éste representa uno que ha recibido la misericordia y el perdón de Dios. El debe de ser alguien que ya tiene la vida. No obstante, no está dispuesto a perdonar a otros cristianos. “Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía” (v. 34). Este, a quien se le había mostrado misericordia y que había sido perdonado, fue puesto en las manos de los verdugos hasta que pagó todo lo que le debía al Señor. Si él podía pagar todo lo que debía o no es otro asunto. El hecho es que él tenía que sufrir. Esto nos muestra que si un cristiano no está dispuesto a perdonar a otro, en aquel día el Señor le tratará de la misma manera que él trato a otros. Si usted no perdona a su hermano, el Señor lo tratará a usted conforme a su actitud rencorosa.

MISERICORDIA Y JUICIO

Sabemos que nuestro Dios es un Dios justo. En el futuro, en el tribunal, El nos juzgará de acuerdo a la justicia. Sin embargo, aunque hay justicia en el tribunal de Cristo, también hay misericordia. Si usted tiene misericordia de otros, el Señor será misericordioso con usted. Si usted no perdona a otros, y si usted es muy justo e inflexible con los fracasos y debilidades de otros, el Señor lo tratará con justicia en aquel día. Si usted muestra misericordia a otros, el Señor le mostrará misericordia. Lucas 6:37 dice que si no condena a otros, no será condenado; si no juzga a otros, no será juzgado, y si perdona a otros, será perdonado. Algunos cristianos hoy en día son muy bienintencionados. Cuando ellos critican a otros, examinan a fondo cada error que los demás cometen. Cuando ellos se esfuerzan por criticar y juzgar a otros, tienen que tener mucho cuidado. En el futuro Dios los tratará de la misma manera que ellos tratan a otros. Con la medida que usted mide a otros, será medido. Si usted da a otros una buena medida, apretada, remecida y rebosando, el Señor le dará de la misma manera. El que perdona será perdonado, y al que tiene misericordia, se le tendrá misericordia.

Por lo tanto, la Biblia dice que la misericordia triunfa sobre el juicio (Stg. 2:13). Hay una cosa sobre la cual ni aun el juicio puede triunfar: una persona que tiene misericordia de otros toda su vida. No estamos exentos de cometer errores. Pero si tenemos misericordia de otros hoy, Dios no nos juzgará. Muchos cristianos no están dispuestos a ceder cuando se relacionan con otros. Siempre discuten con otros. Ceden poco terreno a otros mientras que ellos lo toman todo. Pero nosotros debemos tener misericordia de otros hoy en día. Cuando venga el juicio, habrá algunos contra quienes el Señor del juicio no tendrá nada. Esto no quiere decir que el hombre puede cambiar el mandamiento de Dios a propósito. Simplemente quiere decir que si usted es misericordioso con otros mientras vive en esta tierra, Dios será misericordioso con usted. Su misericordia hoy triunfará sobre el juicio en el futuro. Será juzgado de la misma manera que juzga a otros. Esta gracia es justa. El Señor lo tratará a usted de la misma manera que usted trata a otros. La manera en que usted trata a otros moldeará un vaso con el cual Dios le medirá su juicio. Santiago 2:13 dice: “Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no haga misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio”. Aquellos que no tienen misericordia de otros, serán juzgados sin misericordia. Mas aquellos que tienen misericordia de otros, triunfarán sobre el juicio. Su misericordia sobrepasará el juicio. Este es un hecho maravilloso.

Mateo 18 nos muestra claramente que los hijos de Dios pueden caer en las manos de los verdugos. Si caen, tendrán que permanecer allí hasta que paguen todas sus deudas. Por supuesto que no hay forma de pagar todas las deudas. Pero por lo menos algún día aprenderán a ser misericordiosos con otros y a perdonarles de la misma manera que el Señor tuvo misericordia de ellos y los perdonó. Para entonces tendrán que ser misericordiosos con otros. Por lo tanto, en el versículo 35 el Señor dice: “Así también Mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano”. Este pasaje no se dirigió a incrédulos, sino a cristianos y nos muestra la relación entre el Padre celestial y Sus hijos, y la relación entre los hermanos.

En el pasaje anterior, Pedro le preguntó al Señor: “¿Cuántas veces pecará mi hermano contra mí y yo le tendré que perdonar? ¿Hasta siete?” (Mt. 18:21). El Señor le dijo que él debía perdonar hasta setenta veces siete. Luego el Señor habló acerca de los dos siervos. Pedro sería castigado si no perdonaba a su hermano. Lo que el Señor dio a Pedro, le muestra que existe la posibilidad de que sea entregado a los verdugos y de que sea echado en la cárcel. Si existe la posibilidad de que Pedro sea entregado a los verdugos y encarcelado, también existe la posibilidad que nosotros seamos tratados de igual manera. Es por eso que el Señor usó el plural “vosotros” en el versículo 35. Su palabra no se dirigió sólo a Pedro, sino a todos. Si no perdonamos de corazón a cada uno de nuestros hermanos, el Padre celestial hará lo mismo con nosotros. Recordemos que nuestra salvación eterna en el cielo nuevo y la tierra nueva es firme. Demos gracias al

Señor que todo es por gracia. Mas si nuestros problemas de hoy no son resueltos, seremos castigados específicamente en el reino futuro.

CAPITULO VEINTICUATRO

LAS MEDIDAS QUE DIOS HA TOMADO CON RESPECTO A LOS PECADOS DE LOS CREYENTES: LA GEHENA DE FUEGO EN EL REINO

La Biblia menciona en muchos versículos el juicio que Dios traerá en el reino milenario sobre los cristianos derrotados. Examinemos estos versículos. Luego, llegaremos a una conclusión acerca de ellos.

LA ENTRADA AL REINO Y LA POSICION EN EL REINO

Primero consideremos a Mateo 18:1-3. “En aquel tiempo los discípulos vinieron a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”. En estos versículos los discípulos preguntaron acerca del reino de los cielos. Es una pregunta acerca de quién sería el mayor en el reino. No es una pregunta acerca de la salvación ni la perdición, sino una pregunta acerca de quién sería el mayor o el menor o el más importante o el menos importante en el reino. El Señor Jesús nos enseña que si no nos volvemos como niños, no entraremos en el reino de los cielos. El versículo 4 añade: “Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos”. El versículo 3 nos muestra la condición para entrar en el reino, mientras que el versículo 4 nos enseña cómo ser el mayor en el reino. El versículo 3 dice que tenemos que hacernos como niños para entrar en el reino, y el versículo 4 dice que si nos humillamos como niños, seremos el mayor en el reino de los cielos. Esto demuestra que en el reino debemos continuar de la misma manera que comenzamos. En el reino debemos continuar en la misma dirección que comenzamos. Para entrar en el reino de los cielos, tenemos que hacernos como niños; y para ser el mayor en el reino de los cielos, debemos seguir siendo humildes como niños. Aquí el Señor menciona de nuevo el asunto de ser como niños.

Después de esto, el Señor dice: “Y cualquiera que reciba en Mi nombre a un niño como éste, a Mí me recibe” (v. 5). Cualquiera que recibe a un niño en el nombre de Cristo, es decir, alguien que se hace como un niño y continúa humildemente como un niño, recibe a Cristo. “Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en Mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino, y que se le hundiese en lo

profundo del mar” (v. 6). Estas palabras indican que hacer tropezar a otros es más serio que sufrir y morir de una manera innoble. Supongamos que alguien lo mata a usted y echa su cuerpo al mar. En tal caso, ni siquiera es sepultado como es debido. En efecto, esto sería una desafortunada tragedia. Sin embargo si usted hace tropezar a otros, su destino será peor. El versículo 7 dice: “¡Ay del mundo por los tropiezos! porque es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!”

LA GEHENA DEL FUEGO EN EL REINO

Los versículos del 1 al 7 son palabras generales del Señor. Sólo las mencionaremos brevemente. Queremos prestarle más atención a las palabras que empiezan con el versículo 8. Aquí el Señor Jesús señala que no sólo es erróneo hacer tropezar a otros, sino que también es un asunto serio y grave causarnos tropiezo a nosotros mismos. El versículo 8 dice: “Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti”. ¿A quién se refiere cuando dice “tu”? En los versículos del 3 al 7 “tu” se refiere a los discípulos que hicieron la pregunta en el versículo 1. Después que el Señor Jesús les contestó, les dijo que estuvieran alerta y no hicieran tropezar a otros. Las palabras del Señor en el versículo 8 están dirigidas a las mismas personas. Si una mano o un pie te es ocasión de caer, es mejor cortarlo y echarlo. Por supuesto, esto no debe tomarse literalmente. Si sus manos roban y sus pies caminan por senderos impropios, eso es, si hay pecado y lujuria en usted, tiene que resolver tales cosas. “Mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno” (v. 8).

El Señor aquí nos enseña que si los cristianos pecan, serán echados en el fuego eterno con ambas manos y ambos pies, o entrarán en la vida con una mano o con un pie. Esto nos demuestra claramente que existen personas que se deshacen de sus pecados y sus lujurias en esta edad y que entrarán en el reino con una mano o con un pie. Hay también personas que no refrenarán sus lujurias y serán echados en el fuego eterno. Este es el fuego eterno, pero no dice que permanecerán en el fuego eterno para siempre. Lo que el Señor Jesús no dijo es tan significativo como lo que dijo. Si una persona se convierte pero sus manos y pies siguen pecando todo el tiempo, sufrirá el castigo del fuego eterno en el reino de los cielos. No sufrirá este castigo eternamente sino que lo sufrirá en la edad del reino.

¿Qué significa cortarse la mano o el pie? Si un hombre se corta una mano o un pie, es posible que siga pecando. Si se corta un pie, puede viajar en carro. Si se corta una mano, puede seguir pecando con la otra mano. La intención del Señor no es necesariamente que nos cortemos un miembro del cuerpo, porque aun si nos cortamos una mano, no podemos quitarnos nuestra lujuria. Por lo tanto, esta palabra no se refiere al cuerpo

físico, sino a la lujuria interior. Lo que tenemos que cortar es aquello que nos conduce a pecar.

También tenemos que darnos cuenta de que la persona de quien se habla aquí debe ser un cristiano, porque sólo un cristiano está completamente limpio en su cuerpo y puede entonces entrar en la vida después de haberse deshecho de la lujuria que haya en uno de sus miembros. No sería suficiente que los incrédulos se cortaran una mano o un pie. Aun si se cortaran ambas manos y ambos pies, de todos modos irían al infierno. Para entrar en el reino de los cielos, más le vale a un cristiano tener su cuerpo incompleto que ir al fuego eterno por no haber resuelto completamente sus asuntos.

Según lo anterior, el versículo 9 dice: “Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en la Gehena de fuego”. Esto nos enseña que si una persona salva no se deshace de su lujuria, no podrá entrar en la vida, e irá al fuego eterno. El fuego eterno se refiere a la Gehena de fuego. La Biblia nos enseña que es posible que un cristiano caiga en la Gehena de fuego. Por supuesto, aunque es posible que sea echado en la Gehena de fuego, no la sufrirá para siempre; sólo estará allí durante la edad del reino.

Mateo 18 no es la única porción de las Escrituras que dice esto. Otras porciones de la Biblia también contienen la misma enseñanza. Por ejemplo, el sermón del monte de Mateo 5—7 contiene las mismas palabras. Mateo 5:21-22 dice: “Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que mate será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto a la Gehena de fuego”. Al principio del capítulo cinco, leemos que el Señor Jesús vio la multitud. No obstante, El no dirigió Su enseñanza a la multitud, sino a Sus discípulos (v. 1). El sermón del monte está dirigido a los discípulos. Por lo tanto el que se enoja contra otros en el versículo 22 es un hermano. El llama necio a su hermano, es decir, inútil, lo llama fatuo, es decir, tonto. Cuando se dirige a su hermano de esta manera, quedará expuesto a la Gehena del fuego. Esto no se refiere a un incrédulo, porque un incrédulo irá al infierno aunque no le diga fatuo a nadie. Cada vez que la Biblia habla de obras, se refiere sólo a aquellos que pertenecen a Dios. Si la persona no pertenece a Dios, no hay necesidad de mencionar tales cosas. Esta es una persona salva, un hermano, pero por haberse enojado con su hermano, es culpable de la Gehena de fuego.

El versículo 23 dice: “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti”. Muchas veces hay personas que guardan resentimientos en contra de nosotros a propósito, y no podemos hacer nada al respecto; pero si otros se

quejan debido a nuestra injuria, tenemos que tener cuidado cuando traemos nuestra ofrenda al altar. Si usted piensa mal de un hermano y ha hablado algo en contra de él, tiene que ir a él y resolver el asunto. “Deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcílate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (v. 24). Lo importante es reconciliarse con el hermano. El versículo 25 dice: “Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino”. Su hermano es el demandante y usted es el acusado. Ahora lo lleva al tribunal: “No sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel” (v. 25). Esto sucederá en el reino. El reino es muy estricto.

Esta noche hablaré con franqueza y sobriedad. No podrán aparecer juntos en el reino dos hermanos ni dos hermanas que estén en disputa el uno con el otro. En el reino venidero sólo habrá amor y misericordia; sólo aquellos que se aman y se tienen misericordia podrán estar en el reino de los cielos. Si tengo un pleito con un hermano, y si este asunto no es resuelto en esta edad, entonces en el futuro, tal vez ambos seamos excluidos del reino o sólo uno de nosotros entre. No será posible que ambos entremos. No es posible que nosotros tengamos un problema con otro y aún así reinemos al mismo tiempo en el milenio en el futuro. En el reino todos los creyentes son unánimes. No existe absolutamente ninguna barrera entre dos personas. Mientras estamos en la tierra hoy, si tenemos roces con algún hermano o alguna hermana, o si le causamos un impedimento a algún hermano o hermana, tenemos que tener cuidado. Entraremos nosotros y el otro será excluido, o el otro entrará y nosotros seremos excluidos, o ambos seremos excluidos. El Señor dice que mientras uno vaya con un adversario en el camino uno debe reconciliarse con él. Eso quiere decir que mientras usted y él estén vivos, usted tiene que reconciliarse con él antes que el Señor Jesús regrese. El Señor Jesús no tolerará en el reino a dos enemigos que se quejan el uno del otro. Hoy tal vez sea fácil tener quejas acerca de otros; pero estas quejas nos dejarán fuera, mantendrán a otros fuera, o nos mantendrán a nosotros y a otros fuera del reino. Parece que actualmente la iglesia tiene mucha libertad, pero no será así en aquel día. “Mientras estés con él en el camino”, dice el Señor. Si usted muere, o si él muere, o si el Señor Jesús regresa, este camino terminará. Por lo tanto, usted tiene que solucionar este problema rápidamente antes de que el Señor regrese y mientras que el otro y usted estén en el camino. “No sea que el adversario te entregue al juez”. El juez es el Señor Jesús. “Y el juez al alguacil”. El alguacil es el ángel. “Y seas echado en la cárcel”. Esto nos demuestra claramente que un hermano que ha ofendido a otro hermano sufrirá un castigo severo.

Si usted estudia este pasaje cuidadosamente, verá que esta cárcel es la Gehena de fuego mencionada en el versículo 22, ya que el versículo 23 comienza con “por tanto”. Las palabras de los versículos 23 en adelante son la explicación de lo dicho en el versículo 22. El versículo 22 dice que cualquiera que le diga fatuo a su hermano será sometido a la

Gehena de fuego. Los versículos 23-25 dicen que todo aquel que no se reconcilie con su hermano será echado en la cárcel. Por lo tanto, la cárcel del versículo 25 es la Gehena de fuego mencionada en el versículo 22. Estamos seguros de que no existe la posibilidad de que un cristiano perezca eternamente, pero si un cristiano tiene pecados de los que no se ha arrepentido, y que no ha confesado ni han sido perdonados, él sufrirá la Gehena del fuego. Note cuán severas son las palabras del Señor en el versículo 26: “De cierto te digo que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante”. Existe la posibilidad de salir si uno lo ha pagado todo. En la edad venidera, existe aún la posibilidad de ser perdonado, pero nadie puede salir hasta que haya pagado el último cuadrante y aclare todo con el hermano.

Los versículos del 27 al 30 componen otra sección. Esta sección es semejante a la anterior: “Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”. El mandamiento del Antiguo Testamento dice que no debemos cometer adulterio, pero el mandamiento del Nuevo Testamento dice que ni siquiera podemos tener pensamientos de adulterio. La palabra que aquí se traduce “mujer” en el lenguaje original se refiere a la mujer de otro. Si la mujer no es la esposa de otro hombre, no existe la posibilidad de cometer adulterio, ya que el adulterio es infidelidad en el matrimonio. Si ésta no es la esposa de otro hombre, esto no puede considerarse como adulterio sino fornicación. La Biblia condena la fornicación, pero no tanto como condena el adulterio. Aquí vemos que un pensamiento de adulterio está dirigido a la esposa de otro.

En segundo lugar, el significado de la palabra *mirar* en el lenguaje original no es tan amplio como nuestra palabra *mirar*. La palabra *mirar* lleva a muchos bajo esta categoría de pecado. En el lenguaje original no implica una mirada casual sino una mirada intencionada. Mirar podría ser simplemente echar un vistazo accidental a algo en la calle. *Fijarse* sería una mejor palabra ya que observar es un mirar intencional. Además, en el lenguaje original observar aquí se hace con un propósito específico. Podríamos traducir esta frase como sigue: “cualquiera que se fija en una mujer con una intención lasciva”. Lo que el Señor condena no son los pensamientos repentinos que entran en la mente. El se refiere a la segunda mirada, que se hace en codicia, después de que entra en nuestra mente un pensamiento repentino. En otras palabras, nuestros pecados no radican en la incitación de nuestra carne por Satanás de poner en nosotros pensamientos sucios. Nuestros pecados radican en esa segunda mirada que echamos después que Satanás nos ha traído un pensamiento repentino. Eso es adulterio. Los pensamientos repentinos proceden de Satanás. Mirar proviene de usted. Los pensamientos repentinos son tentaciones. La mirada es la aceptación de la tentación. Tenemos que saber distinguir entre estas dos cosas.

El versículo 29 dice: “Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti”. Si tu ojo derecho te hace mirar, sácalo y échalo de ti. “Pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno”. Si la lujuria no es quitada, si no se resuelve ese pecado, la persona será “echada en la Gehena”. Luego el versículo 30 dice: “Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno”. Estas son las palabras que el Señor Jesús habló a los discípulos. Cristo le dijo a los que le pertenecían, los que querían que su justicia superara a la de los fariseos y de los escribas (v. 20), que tenían que deshacerse de sus pecados. Si permiten que el pecado se desarrolle en ellos, aunque no perecerán eternamente, existe la posibilidad de que sean “echados a la Gehena”. Esto es lo que el Señor nos muestra en el libro de Mateo.

TEMOR A AQUEL QUE TIENE POTESTAD PARA ECHAR EN LA GEHENA

Ahora veamos lo que otros pasajes de la Biblia dicen acerca de este tema. Lucas 12:1 dice: “En esto, juntándose por millares la multitud, tanto que unos a otros se atropellaban, comenzó a decir a Sus discípulos, primeramente”. El no se dirigió a la multitud primero sino a los discípulos. “Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía”. Lo que dijo el Señor aquí, comprueba que los discípulos son el pueblo del Señor; no son los hipócritas. Luego en los versículos 4 y 5 el Señor dijo: “Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después de eso nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a Aquel que después de haber quitado la vida, tiene potestad para echar en la Gehena”. La Palabra de Dios es suficientemente clara. Nos dice, no una sola vez sino muchas, que es posible que un cristiano sea echado “en la Gehena”. Aquí lo dice claro. El Señor dijo a los discípulos que no temieran a los que matan el cuerpo y después nada más pueden hacer. Ellos no deben temer lo que algunos puedan hacer a sus cuerpos, siempre y cuando esto sea todo lo que les pueden hacer. Ellos deben temer a Aquel que los puede echar en la Gehena.

Los versículos siguientes también demuestran que se habla de los discípulos, los creyentes. Los versículos 6 y 7 dicen: “¿No se venden cinco pajarillos vendidos por dos cuartos? Con todo, ninguno de ellos está olvidado delante de Dios. Pero aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; más valéis vosotros que muchos pajarillos”. Sólo los cristianos son los pajarillos. Los que no son salvos no son pajarillos sino cuervos. En Mateo los lirios del campo y las aves se refieren a los cristianos. Las aves ni siembran ni cosechan ni almacenan en graneros (Mt. 6:26). Esto se refiere a los cristianos y no a los incrédulos. Aquí se nos dice claramente que es posible que “los pajarillos” de Dios sean “echados en la Gehena”. Note que también dice

que los cabellos de ellos están contados. Dios no se preocuparía tanto por los incrédulos. Por lo tanto, esto significa que los que pertenecen al Señor no deben atemorizarse por lo que otros le hagan a sus cuerpos. Al que deben temer es a Dios, porque Dios tiene la potestad de enviarlos “a la Gehena”. Debemos temer a Dios quien tiene autoridad sobre nuestras almas. No tememos a aquellos que sólo pueden matar nuestros cuerpos.

Los próximos dos versículos, los versículos 8 y 9, son muy valiosos. “Os digo que aquel que me confiese delante de los hombres, el Hijo del Hombre también le confesará delante de los ángeles de Dios; mas el que me niegue delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios”. Los cristianos pueden ser divididos en dos clases: los que confiesan el nombre del Señor y los que no lo hacen. Algunos confiesan el nombre del Señor mientras que otros no. Algunos están preparados para ser perseguidos mientras que otros no. Algunos sólo serán cristianos secretamente. Ellos desean la gloria del hombre. Otros confiesan al Señor públicamente y están listos para ser mártires. Por lo tanto, usted puede ver de quién está hablando el Señor en estos versículos de Lucas 12. No debemos atemorizarnos de ningún sufrimiento que nos venga por confesar el nombre del Señor. Si no confesamos Su nombre, nuestro pecado es más serio que todos los demás pecados. Consecuentemente, El no confesará nuestro nombre delante de los ángeles de Dios. Cuando usted considera los versículos del 1 al 9 como un todo, usted puede ver que el “echar en la Gehena” que se menciona en el versículo 5 equivale al hecho de que el Señor no confiese el nombre de uno delante de los ángeles del versículo 9. La confesión delante de los ángeles puede ser explicada con un ejemplo. Suponga que un adolescente ha cometido un error y termina en la cárcel. Sus padres u otros miembros de la familia pueden pagar la fianza por su delito y se lo perdonan. Pero supongamos que el joven es muy malo, y sus padres piensan que él necesita un poco de escarmiento. Como resultado, sus padres no lo sacan de la cárcel. Lo mismo sucede con los creyentes. A menos que el Señor confiese nuestro nombre, seremos castigados.

Hay una palabra maravillosa en Apocalipsis 3:5: “El que venza será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de Mi Padre, y delante de Sus ángeles”. Al comienzo del reino, frente al tribunal, los ángeles de Dios llevarán a los cristianos delante de Dios. El libro de la vida estará allí. En el libro de la vida están escritos todos los nombres de los cristianos. Habrá muchos ángeles y muchos cristianos. El Señor Jesús también estará allí. Uno o más ángeles leerán los nombres del libro de la vida, y el Señor Jesús confesará algunos de los nombres. Aquellos nombres que El confiese entrarán en el reino. Cuando los nombres de otros sean leídos, el Señor no dirá nada. En otras palabras, El no confesará sus nombres. Los ángeles entonces marcarán estos nombres. Por lo tanto, los nombres de los vencedores estarán limpios en el libro de la vida, mientras que los nombres de los derrotados tendrán una marca. Con respecto a los que no son salvos, sus nombres no aparecen en el

libro de la vida. Un grupo no tiene sus nombres inscritos en el libro. Otro grupo tiene sus nombres escritos, pero sus nombres están marcados. Y el tercer grupo, en la edad del reino tienen sus nombres preservados en la misma forma en que fueron escritos la primera vez.

Si su nombre es marcado en el tribunal, no significa que usted está terminado y ya no es salvo. Apocalipsis 20:15 dice: “Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego”. Esto nos muestra que las personas cuyos nombres no están registrados en el libro de la vida estarán por la eternidad en el lago de fuego. Aquellos cuyos nombres no aparezcan en el libro de la vida serán lanzados al lago de fuego. Esto ocurre cuando vengan el cielo nuevo y la tierra nueva. No podemos decir que los que están en Apocalipsis 3 no tienen sus nombres escritos en el libro de la vida. Sólo podemos decir que sus nombres han sido marcados. Para entonces ellos no serán arrojados al lago de fuego porque sus nombres están ya en el libro de la vida. La salvación eterna está asegurada; no se puede perder. Por otro lado, hay un peligro. Si toleramos el pecado, si no perdonamos a otros, si cometemos adulterio, si difamamos a los hermanos, si tenemos miedo de sufrir, de ser avergonzados, de ser perseguidos y de confesar al Señor, tenemos que tener cuidado, porque Dios nos arrojará “a la Gehena” para que seamos castigados temporalmente.

EL DAÑO DE LA SEGUNDA MUERTE

En la Biblia hay pasajes similares que hablan de estos asuntos. Apocalipsis 2:11 nos dice que aquellos que venzan no sufrirán daño de la segunda muerte, y Apocalipsis 20:6 dice que un grupo de personas no morirán nuevamente y que la segunda muerte no tendrá potestad sobre ellos. La segunda muerte es el lago de fuego al final de Apocalipsis 20. Esto significa que los derrotados van a sufrir el daño de la segunda muerte, aunque ellos no sufrirán la segunda muerte en sí, sino el daño de la segunda muerte. Una vez que una persona es salva, no sufrirá la segunda muerte. Pero esto no garantiza que no sufrirá el daño de la segunda muerte.

Sabemos que la edad del lago de fuego y azufre es la edad cuando el cielo nuevo y la tierra nueva comiencen. Satanás, el mundo y la muerte serán arrojados al lago de fuego en ese tiempo (Ap. 20:10, 14). Al mismo tiempo toda persona cuyo nombre no esté en el libro de la vida será arrojada en el lago de fuego. Ese será el tiempo cuando los incrédulos serán oficialmente echados en el lago de fuego. Sin embargo, durante el milenio, los cristianos derrotados sufrirán el daño de la segunda muerte. Por supuesto, este castigo no será como el que recibirán los incrédulos; no será por la eternidad. Si un cristiano se une al mundo y ama al mundo y las cosas del mundo, el Señor le permitirá que se corrompa, que sufra un poco de lo que los incrédulos sufrirán. Esto es lo que

significa sufrir el daño de la segunda muerte en Apocalipsis 2, y esta palabra está dirigida a los cristianos. La palabra “daño” en el lenguaje original significa perjudicarlo y herir. La segunda muerte les causará dolor a algunos. Después del juicio ante el gran trono blanco, hay una segunda muerte, la cual es el sufrimiento en el lago de fuego y azufre por la eternidad. Pero en el milenio, sólo vemos el daño de la segunda muerte. Si algunos cristianos no se han deshecho de sus pecados, sufrirán el daño y el dolor de la segunda muerte.

EL FIN ES SER QUEMADO

Leamos ahora dos pasajes del libro de Hebreos. Hebreos 6:4-6 dice: “Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento”. Estos versículos describen una persona que llena muchos requisitos. Es imposible que tal persona sea un incrédulo. El ha visto la luz. El ha visto al Dios revelado, el Unigénito del Padre. El ha conocido el amor de Dios y ha gustado del don celestial, el don único, Cristo Jesús. En la Biblia, *dones* como un sustantivo plural se refiere a los dones del Espíritu Santo, y el *don* como sustantivo singular se refiere al don único, el Hijo unigénito de Dios como en Juan 3:16. Este don es diferente de los dones del Espíritu Santo. Esta persona no sólo tiene a Dios y al Señor Jesús, sino que también ha llegado a ser partícipe del Espíritu Santo. Conoce a Dios, ha gustado del Señor Jesús y el Espíritu Santo mora en ella. Además, ha gustado de la buena palabra de Dios y del poder del siglo venidero. Los poderes del siglo venidero son los poderes del reino milenario. Los dones y los poderes del Espíritu Santo abundan en el reino milenario. El reino milenario estará lleno de milagros, obras poderosas, maravillas y cosas similares. Decir que uno ha gustado los poderes del siglo venidero es como decir que uno ha gustado las cosas del reino milenario. Por lo tanto, esta persona es sin duda una persona salva.

Si tal persona deja la palabra de los comienzos de Cristo hoy en día y cae, no hay arrepentimiento para ella. No puede empezar de nuevo a creer en el Señor Jesús. Tiene ya mucha historia en el Señor. Ya ha recibido mucha lluvia. Al caer tal persona, no trae buenas cosas para Dios sino espinos y abrojos. Dicha persona, como “la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe la bendición de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima a ser maldecida, y su fin es el ser quemada” (vs. 7-8).

Note tres cosas acerca de este hombre y de su fin. Primero, él es reprobado. La palabra “reprobado” aquí es la misma palabra usada en 1 Corintios 9:27, donde Pablo dice que

tiene temor de que a pesar de haber predicado el evangelio a otros, él mismo podría ser descalificado y no ser más usado por Dios en esta edad ni en la del reino. Ser reprobado y rechazado significa que Dios lo rechaza y no lo usa en el reino. Segundo, tal persona está “próxima a ser maldecida”. El versículo no dice que recibirá una maldición, pero el castigo que recibirá es parecido a una maldición. No perecerá para siempre, pero sí sufrirá el daño de la segunda muerte y sufrirá la Gehena de fuego en el reino. Tercero, “su fin es el ser quemado”. ¿Qué es esto? Por ejemplo, hace pocas semanas intenté quemar un pedazo de tierra en Yen-ru. ¿Podría quemar la tierra eternamente? ¿Podría quemar la tierra por cinco años? La quema aquí se refiere a algo temporal.

Aquí habla acerca de la quema, mientras que en Mateo 5 dice que algunos serán echados a la Gehena de fuego. Si junta estos dos pasajes, uno es igual al otro. Si un cristiano recibe todas estas cosas maravillosas pero no da fruto para Dios sino espinos y abrojos, él será quemado. Sin embargo, esta quema sólo será por un tiempo. Aun un niño de la escuela elemental sabe que si uno quema un pedazo de tierra, el fuego terminará después que los espinos sean quemados. La Gehena en el reino durará cuando mucho mil años. Cuanto tiempo realmente dure depende de uno. Si uno ha producido muchos espinos y abrojos, será quemado más tiempo. Si ha traído pocos espinos y abrojos, será quemado menos tiempo.

¿Cuántas cosas hay en nosotros que aún no han sido depuradas? ¿Cuántas cosas no han sido limpiadas con la sangre del Señor y cuántas no han sido confesadas, traídas a la luz ni reconciliadas con relación a los hermanos y hermanas? Estos son los espinos y abrojos a los que se refiere el Señor. En Mateo 5 el Señor dijo que uno no puede salir de allí hasta que pague el último cuadrante. Todas las deudas deben ser pagadas. Cuando todo sea quemado, todas las deudas serán pagadas.

Un cristiano es como una labranza, y su comportamiento inapropiado es como los espinos y los abrojos. Supongamos que tengo un terreno de cinco acres. ¿Es posible que sólo queden dos acres y tres se pierdan después que todo haya sido quemado? Esto es imposible. Lo que se quema son los espinos y los abrojos. El terreno en sí no se quema. En otras palabras, sólo aquellas cosas que están bajo maldición en Adán, las que deben ser quitadas pero las que todavía no han sido erradicadas, serán quemadas. Ellas son el objeto de la quema de la Gehena de fuego. La vida que Dios nos ha dado no es afectada por el fuego. Por lo tanto, después de que los espinos y los abrojos sean quemados, la tierra aún permanecerá. Nada de ella será eliminada. No hay absolutamente ningún problema con nuestra salvación, pero muchas cosas han crecido sobre ella, todo lo que ha salido de la carne. Si estas cosas no han sido eliminadas con la sangre de Jesús, debemos pasar por una gran cantidad de castigo.

Ahora miremos en otro lugar, Hebreos 10:26-29: “Porque si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio de toros y machos cabríos por los pecados, sino una terrible expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que menosprecia la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos es condenado a muerte sin compasión. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotee al Hijo de Dios, y tenga por común la sangre del pacto por la cual fue santificado”. Estos versículos se refieren a alguien que ha rechazado a Cristo y que ha vuelto al judaísmo. El piensa que con algo de dinero puede comprar un toro o un macho cabrío como ofrenda por el pecado. Pero si alguien que ha llegado a conocer a Cristo vuelve al judaísmo, está pisoteando al Hijo de Dios y tiene por común la sangre del pacto. El trata al Señor como si fuese un toro o un macho cabrío. Para él no hay diferencia entre el Señor y el toro o el macho cabrío. El versículo concluye: “Y ultraje al Espíritu de gracia”. Mientras el Espíritu Santo le imparte gracia, él lo está insultando al volver al judaísmo. Estos versículos nos muestran el camino de un apóstata. Yo no diría que tal persona es salva; más bien, sólo diré que es posible que esa persona sea salva. Quizás no lo sea. El apóstol no nos dice si tal persona es salva o no. Sólo dice que si una persona ha venido a Cristo y vuelve al judaísmo, sufrirá un castigo peor. Su fin es una expectación de juicio y hervor de fuego. Aquí vemos una clase de fuego.

Además de todos estos pasajes, tenemos también las propias palabras del Señor en Juan 15. El versículo 2 dice: “Todo pámpano que en Mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto”. Estas no son ramas que no tienen nada que ver con El; estas son ramas que permanecen en El. Lo que aquí se indica quizá no se refiera a un castigo temporal, sino al castigo de esta edad. Miren al versículo 6: “El que en Mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen y los echan en el fuego y arden”. Algunas ramas serán echadas al fuego y quemadas. Algunas ramas brotarán y echarán hojas verdes, pero no darán fruto. A pesar de tener vida interior, no dan fruto exteriormente. El Señor Jesús dijo que serían cortadas, secadas, y quemadas en el fuego. Aquí vemos claramente que es posible que los cristianos pasen por el fuego.

Después de haber leído estos pasajes, podemos concluir que si un cristiano no se limpia de sus pecados apropiadamente, le espera un castigo. La Biblia nos muestra claramente qué clase de castigo será éste. No es un castigo común y corriente sino el castigo de “la Gehena de fuego”. Sin embargo, es el fuego del reino, no de la eternidad.

Debemos preguntarnos: ¿Qué clase de pecado nos llevará a este estado? Una vez que una persona es salva, es importante que salga de sus pecados. Ninguno de los pecados que él ha confesado, que se ha arrepentido, que ha eliminado, y ha resuelto bajo la

sangre del Señor Jesús volverá a él en el tribunal de Cristo. Todos estos pecados serán borrados. Aun los pecados más grandes serán borrados. Hay muchos pecados que no serán pasados por alto. Estos son los pecados que uno guarda en su corazón. El salmo 66:18 dice: “Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado”. ¿Cuáles son los pecados que uno guarda en su corazón? El corazón es donde residen nuestro amor y nuestros deseos. El corazón representa la parte afectiva. Representa el hombre psicológico. Si el corazón guarda iniquidad, el Señor no nos oirá. Muchas personas se confiesan sólo porque saben que han pecado. No odian el pecado ni lo condenan. El Señor no oirá a tales personas. Más aún, si tenemos un problema con otra persona, y éste no ha sido resuelto, o si hay cosas que tenemos que perdonar pero que no han sido perdonadas, o si hemos agraviado a otros o al Señor, tendremos que resolver esto de una manera específica. Al mismo tiempo, tenemos que poner estas cosas bajo la sangre del Señor. Sólo entonces serán resueltas estas cosas, y nosotros seremos librados del juicio venidero.

RESUMEN

Ahora sinteticemos lo que hemos visto. El futuro de un cristiano es muy simple. Para un cristiano salvo, la cuestión del cielo nuevo y la tierra nueva, inclusive toda la eternidad, está resuelta. Pero la edad del reino está pendiente. Nadie se atreve a decir nada acerca de lo que sucederá. Lo que tenemos que resolver hoy día es el problema del reino. En el reino hay muchas clases de cristianos. Muchos reinarán con Cristo porque han trabajado fielmente y han padecido persecución, vituperio y sufrimiento. Algunos tal vez no hayan sido perseguidos, vituperados ni hayan sufrido, pero tampoco tienen pecados. Ellos han vivido una vida limpia. A pesar de que no han hecho nada que merezca un mérito especial, por lo menos le han dado un vaso de agua a un pequeñito por amor al nombre del Señor (Mt. 10:42). Ellos también recibirán una recompensa, pero su recompensa será pequeña.

En la edad del reino, algunos cristianos recibirán una recompensa en el reino. Algunos recibirán una gran recompensa; otros recibirán una recompensa pequeña.

Aquellos que no reciben una recompensa están también divididos en varias categorías. Un grupo ni siquiera podrá entrar al reino. La Biblia no nos dice a dónde irán. Sólo dice que quedarán fuera del reino, en las tinieblas (Mt. 8:12; 22:13; 25:30; Lc. 13:28). Ellos serán dejados fuera de la gloria de Dios. En segundo lugar, habrá muchos que además de no haber laborado, tienen pecados específicos que todavía no han sido resueltos. Ellos son salvos, pero cuando mueran, aún tendrán pecados de los cuales no se han arrepentido ni se han limpiado. Aún tienen consigo el problema del pecado. Estos serán temporalmente puestos en el fuego. Saldrán solamente cuando hayan pagado todas sus

deudas. Esto durará cuando mucho hasta al final del reino. Yo no sé que tan largo será este período.

Quedan muchas cosas que no vemos muy claramente acerca del futuro, pero la Biblia nos ha mostrado lo suficiente. A pesar de que hay detalles que todavía no hemos entendido, sí sabemos lo que enfrentarán los hijos de Dios. Algunos recibirán una recompensa; otros irán a la corrupción; otros serán echados en la cárcel, y aún otros serán echados al fuego para ser quemados.

El asunto de nuestra salvación está bastante claro. Cuando un hombre confía en el Señor Jesús, ya está resuelto para él el asunto de la salvación y la vida eterna. Pero después que uno es salvo y hasta su muerte, sus obras, es decir, sus fracasos o victorias, determinarán su destino en el reino. Nuestro Dios es un Dios justo. Por un lado, nuestra salvación es gratuita, y los que creen tendrán vida eterna. Nadie puede debatir este hecho. Por otro lado, no por haber recibido vida eterna podemos pecar a voluntad. Si nosotros producimos cardos y espinos, seremos quemados. Si el Señor Jesús no nos puede separar de nuestros pecados y si no hemos arreglado nuestros asuntos mientras vivimos, Dios no tiene otra alternativa que castigarnos en el futuro. El no puede hacer otra cosa que purificarnos con castigos específicos, para que así podamos estar con El en el cielo nuevo y la tierra nueva. Dios es un Dios justo. Lo que El ha preparado también es justo. Una vez que hemos visto estas cosas, tenemos que aprender la lección y recibir las advertencias de Dios.

LA ACTITUD APROPIADA AL LEER LA BIBLIA

Quisiera mencionar unas cuantas cosas acerca de la forma en que estudiamos la Biblia. Primero, hay un grupo de personas que sólo creen en la gracia. Cuando leen en la Biblia acerca de las cosas relacionadas con el reino, lo aplican a los judíos. Si uno escucha sus sermones y lee sus libros, siempre aplican a los judíos todo lo relacionado con el reino. Todo lo que tiene que ver con la gracia lo aplican a la iglesia, y todas las cosas terribles, a los judíos. Para ellos, todo lo gravoso, difícil y estricto está dirigido a los judíos, no a nosotros. Esto es una insensatez. La Palabra de Dios es para Sus hijos, ya sean judíos o gentiles. Algunos dicen que Pablo nunca dijo específicamente que sus epístolas fueron escritas a los gentiles, y por lo tanto no son para los gentiles. Cuando dicen esto se autojustifican y trazan mal la Palabra de Dios. Otros dicen que la porción de las Escrituras que citamos anteriormente se refiere a incrédulos solamente. Pero ¿cómo puede existir entre los pecadores una distinción entre los que son vencedores y los que no lo son? Esta es una necesidad. La Palabra de Dios nos muestra estos asuntos en una forma clara y definitiva. Nosotros tenemos que comer lo que Dios nos ha dado, ya sea dulce o amargo. Cuando los hombres escuchan acerca de la gracia, son felices; cuando

escuchan acerca del reino, se entristecen; mas la Palabra es equilibrada. Por un lado, vemos la gracia; y por otro, vemos la justicia.

Hay una fábula acerca del águila y el gato. Una vez un gato se encontró con un águila. El águila le dijo al gato: “El cielo es verdaderamente magnífico. Tiene esto y tiene lo otro. ¿Te gustaría que yo te llevara al cielo?” El gato dijo: “No, a mí no me interesa ir allí”. Cuando el águila le preguntó por qué no, el gato le dijo: “No hay ratones en el cielo. Si hubiese allí ratones, yo iría. Pero como no hay, no iré”. El cielo es muy santo; el pecado, el mundo y Satanás no están allí. Si Dios lo lleva a usted al cielo, ¿podría usted vivir allí? Si nosotros no cambiamos hoy, tendremos que esperar hasta ser dignos de entrar. Es cierto que el Señor Jesús nos salvó, pero en el aspecto subjetivo, si no permitimos que el Espíritu Santo forje al Señor Jesús en nosotros, Dios tendrá que castigarnos para que recibamos el beneficio y seamos contados dignos de estar con El. Si nosotros sólo predicamos la gracia y no el reino, la iglesia sufrirá y los hijos de Dios sufrirán; y cuando venga el reino, habrá aun más sufrimiento. Yo tengo que hablar como debo.

Admito que después de hablar estos pocos días, algunos se opondrán más a mí. Si éstas fueran mis palabras, yo estaría de acuerdo con esta oposición. Hasta yo me opondría. Mas si estas cosas son la Palabra de Dios, y si Dios las ha dicho, ¿qué puedo hacer yo? Cuánto quisiera no tener que hablar de estas cosas. Como desearía poder predicar algo que a todos les gustara oír. Yo no soy Mateo ni Marcos ni Pablo; no escribí el libro de Hebreos ni el Apocalipsis. Si yo fuera el escritor, yo podría cambiar ciertas cosas. Pero estas cosas son la Palabra de Dios. Dios las dijo, y determinó que así deben ser. Amigos, cuando ustedes leen la Biblia, tienen que leer lo que Dios ha dicho. Ustedes no deben considerar lo que el hombre ha dicho. Sólo les debe importar lo que Dios ha dicho.

La dificultad más grande que se tiene hoy al estudiar la Biblia es el prejuicio de los hijos de Dios. Ellos ya tienen decidido lo que consideran la verdad y lo que consideran herejía. Creen que todo lo que concuerda con ellos es la verdad, y todo lo que no concuerda con sus conceptos o difiere de ellos es herejía. Cualquier pensamiento o concepto contrario al de ellos lo consideran herejía, sin importarles qué base tenga en las Escrituras. Pero si ésta es su actitud, usted ya está acabado. Lo que nos importa hoy es lo que Dios ha dicho.

Yo estoy contento en mi corazón porque puedo predicar la “herejía” de la Palabra de Dios y puedo oponerme a la “verdad” de la enseñanza del hombre. Hoy debemos tener certeza delante del Señor. No podemos estar bajo ninguna otra autoridad que no sea la Palabra de Dios. Yo no conozco ninguna otra autoridad. Yo no sé qué es la teología; no sé qué es la palabra del hombre; no sé qué es la tradición de la iglesia. Yo sólo sé lo que la Biblia dice, y para mí sólo cuenta lo que en ella está escrito. Nos debemos sujetar sólo

a esto. No podemos cambiar la Palabra de Dios. La Palabra de Dios nos muestra el destino de Sus hijos. Nos dice lo que experimentaremos en el reino. Debemos prestarle atención a estos asuntos porque tarde o temprano los confrontaremos. Si les prestamos atención tendremos cuidado de la manera en que vivimos en la tierra hoy.

La segunda cosa que debemos entender es que sólo los que entienden la verdad pueden oponerse a la herejía. Una herejía no puede contradecir otra herejía. Pero no todas las herejías son puramente herejías; están constituidas de verdad y de algo erróneo. La herejía consiste en agregar cosas incorrectas a cosas correctas. Agregue un poco del pensamiento del hombre al pensamiento de Dios, y obtendrá una herejía.

El catolicismo predica la doctrina del purgatorio debido a que no conoce plenamente la verdad de la Biblia. Si usted no conoce la verdad que hemos expresado en las últimas reuniones, no podrá discernir si la doctrina del purgatorio es correcta o incorrecta. Ahora que ha escuchado estos mensajes, se dará cuenta de que la doctrina del purgatorio es absolutamente incorrecta. Podrá decir que es herejía. En la Biblia vemos que la disciplina de Dios a los cristianos sucede en el milenio, pero los católicos dicen que hay un castigo que se está llevando a cabo hoy en día. Ellos dicen que si la vida de un cristiano no satisface los requisitos hoy en día, no podrá ir al cielo. Por lo tanto, deberá ir al purgatorio. Así que, dicen que cuando un cristiano muere, comienza a ser purgado y permanece en el purgatorio hasta que el trabajo es terminado. Sin embargo, esta enseñanza no está en la Biblia. La Biblia nunca dice que tan pronto un cristiano muere, empieza a ser purgado en el Hades. La Biblia nos muestra que se tendrá el castigo futuro en el reino, y que no hay castigo en el Hades hoy en día.

En segundo lugar los católicos cometen otro error grave. Ellos creen que si obtienen indulgencias para sí mismos mientras viven, o si los sacerdotes oran por ellos después que mueren, serán aliviados un poco del sufrimiento que padecen en el purgatorio. Pero la Biblia no enseña tales cosas. La Biblia sólo dice que el que tiene misericordia de otros obtendrá misericordia. La oración del sacerdote no hará nada por el muerto. La Biblia nunca nos enseña a orar por los muertos.

En tercer lugar, los católicos le dicen a la gente que un hombre sólo es salvo cuando es totalmente purificado en el purgatorio. Esto es diametralmente opuesto a la enseñanza de la Biblia. La Biblia nos enseña que no hay otro nombre en el cielo o en la tierra fuera del nombre del Señor Jesús en el cual podemos ser salvos (Hch. 4:12). Solo El nos puede salvar. Aparte del Señor Jesús no hay salvación. La disciplina y el castigo no salvan sino que santifican. El asunto de nuestra salvación fue resuelto mucho antes de que Dios nos disciplinara, pero aún hay cosas en nosotros que no están a Su nivel. Todavía hay

imperfecciones y áreas que no alcanzan la norma. Por lo tanto, hay un castigo en esta edad y otro en el reino venidero.

Una vez que una persona entiende claramente esta verdad bíblica, verá la herejía del Catolicismo Romano. La Iglesia Católica Romana toma unos cuantos versículos y los utiliza en su propio beneficio. Pero si nosotros conocemos la verdad bíblica, nos daremos cuenta de que la doctrina del purgatorio anula la gracia. Gracias a Dios que aunque era un pecador sucio, ahora soy salvo por medio del Señor Jesús. Cuando muera, ya no tendré que ser purgado, porque la salvación no proviene de mí, sino del Señor Jesús. Indudablemente soy salvo. Ahora sabemos lo que es el castigo. Es el medio que Dios usa para hacernos perfectos como El. El nos castiga para que seamos como El, iguales a El. Esto no tiene nada que ver con nuestra salvación. Es un asunto dentro de Su familia.

Finalmente, sólo si sabemos esto podemos confrontar la herejía del protestantismo. Hoy en día entre los protestantes se han propagado dos errores. Primero, un grupo de teólogos protestantes dice que un hombre puede hacer todo lo que quiera puesto que “una vez salvo, salvo para siempre”. Ellos dicen que él puede ser malo hasta el día que muera y de todos modos estar en el reino puesto que un cristiano es salvo eternamente; sin embargo, ocuparía una posición baja en el reino. Su pérdida más grande sería ocupar una posición baja en el reino. Este tipo de enseñanza hará que un hombre sea disoluto e irresponsable. ¿Entonces, qué es la gracia para ellos? Para ellos la gracia es un pretexto para ser disolutos y libertinos.

Hay otro grupo de protestantes que afirma que después de que un hombre cree, es posible que pierda la salvación. Tal vez puede ser salvo tres o cuatro veces en un día, y no ser salvo otras tantas. Si ese fuera el caso, el libro de la vida sería muy desordenado. En cierta ocasión un hermano dijo que si no somos eternamente salvos una vez que creemos, el libro de la vida sería extremadamente grueso. Un solo nombre, el mío por ejemplo, sería borrado e insertado no sé cuántas veces. Si un hombre es condenado tan pronto peca y si él está condenado al infierno tan pronto comete una transgresión, nos debemos preguntar si la salvación es por gracia o por obras.

Estos dos grupos se van a los extremos, a pesar de que ambos tienen bases bíblicas. La Biblia nos muestra claramente que cuando un hombre es salvo, es eternamente salvo. La Biblia también nos muestra claramente que es posible que un cristiano sea “echado en la Gehena” temporalmente. Pero el problema radica en que algunos hermanos se aferran a un lado, y alegan que la salvación es eterna y que no existe el castigo del reino, mientras que otros hermanos se van al otro extremo, y afirman que nosotros podemos ser “echados en la Gehena” y, por ende, la vida eterna es inestable, y podemos ir a la

perdición eterna. Pero si vemos la diferencia entre la edad del reino y la edad eterna, y la diferencia entre el castigo temporal del milenio y el castigo eterno, entenderemos con claridad que un cristiano puede recibir castigo en el futuro, pero al mismo tiempo, Dios le ha dado a Sus ovejas vida eterna, y nunca la podrán perder. Este conocimiento nos da la osadía para decir que una vez que somos salvos, somos eternamente salvos. Después que un hombre ha sido salvo por gracia, él nunca perecerá. Por lo tanto, no sólo hemos resuelto apropiadamente el problema del purgatorio del catolicismo, sino que también hemos hecho una distinción clara entre la salvación eterna y el castigo. Que el Señor nos conceda gracia esta noche y nos muestre que el asunto de la salvación eterna está resuelto debido a la obra de Jesús de Nazaret, pero nuestra situación en el reino la determinamos nosotros mismos.

CAPITULO VEINTICINCO

LAS MEDIDAS QUE DIOS HA TOMADO CON RESPECTO A LOS PECADOS DE LOS CREYENTES: LA LIMPIEZA Y LA CONFESION

Cuando un hombre cree en el Señor Jesús, todos sus pecados pasados son perdonados por medio de la obra redentora del Señor. Pero ¿qué debe hacer si peca después de creer y ser salvo? Pecar es un error, pero es también una realidad en la vida. Es una vergüenza que un cristiano peque, pero también es un hecho innegable que los cristianos pecan. Sabemos que no debemos fracasar ni cometer errores. Pero tenemos que admitir que en ocasiones sí fracasamos y cometemos errores. ¿Qué haremos entonces con estos pecados? O mejor dicho: ¿qué hará Dios con estos pecados? Anteriormente mencionamos el castigo temporal. Dios nos advierte que si apostatamos, seremos castigados en el reino milenar. Pero si estamos dispuestos a acabar con nuestros pecados y si queremos ser limpios de ellos, ¿qué debemos hacer? ¿Cómo pueden ser lavados y perdonados nuestros pecados? Aunque solamente tres o cuatro versículos en toda la Biblia mencionan este problema, éstos nos proporcionan una luz clara. Si queremos solucionar este problema, lo único que debemos hacer es leer estos escasos pasajes.

UNA LIMPIEZA POR MEDIO DE LA SANGRE

Esta noche comencemos desde el principio. Sabemos que cuando el Señor Jesús fue crucificado en la cruz, El derramó Su sangre para lavar todos nuestros pecados. Después de haber lavado nuestros pecados, El se sentó a la diestra de Dios (He. 1:3). Si después de ser salvos y limpiados de nuestros pecados, pecamos y nos ensuciamos de nuevo, ¿volverá a lavarnos de nuestros pecados la sangre del Señor Jesús? El hombre cree que si él peca, la sangre del Señor Jesús tendrá que limpiar sus pecados de nuevo. Pero no existe tal verdad en la Biblia. La sangre nos limpia de nuestros pecados una sola vez; nunca limpia dos veces. No existe tal cosa como la repetición de la limpieza de los pecados del hombre.

El libro de Hebreos nos muestra claramente que existe una sola limpieza del pecado. Hebreos 10:1-14 dice: “Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente año tras año, perfeccionar a los que se acercan. De otra manera, ¿no habrían cesado de ofrecerse, por no tener ya los adoradores, una vez purificados,

conciencia de pecado? Pero en estos sacrificios año tras año se hace memoria de los pecados; porque es imposible que la sangre de toros y de machos cabríos quite los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo, dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer Tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de Mí. Habiendo dicho antes: Sacrificios y ofrendas y holocaustos y sacrificios por el pecado no quisiste, ni te agradaron” (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: “He aquí que vengo para hacer Tu voluntad; quita lo primero, para establecer lo segundo. Por esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y todo sacerdote está de pie, día tras día, ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; Este, en cambio, habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado para siempre a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que Sus enemigos sean puestos por estrado de Sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”.

Vemos que el Señor Jesús se ofreció a Sí mismo una sola vez como la ofrenda de pecado por nuestros pecados. El llevó a cabo la redención eterna una sola vez y para siempre. Por medio de Su obra única somos eternamente perfeccionados. El versículo 2 implica que aquellos que fueron purificados ya no tienen conciencia de los pecados. Por lo tanto, existe una sola ofrenda del Señor Jesús. No puede haber otra. Si alguien rechaza esta ofrenda de pecado, no habrá otra ofrenda de pecado para él. Esta es la razón por la cual el versículo 26 dice que si pecamos voluntariamente, no hay más sacrificios por los pecados. Los pecados de un incrédulo son perdonados a través de la cruz del Señor Jesús. Aunque un cristiano peque después de ser salvo, el Señor Jesús no puede morir otra vez por estos pecados. Su obra única lo ha consumido todo por la eternidad. En El todo está incluido.

Leamos ahora algunos versículos del capítulo nueve. Los versículos 25, 26, y 28 dicen: “Y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo año tras año con sangre ajena. De otra manera le hubiera sido necesario padecer muchas veces desde la fundación del mundo; pero ahora, una sola vez en la consumación de los siglos se ha manifestado para quitar de en medio el sacrificio de Sí mismo ... Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, a los que le esperan para salvación”. Su segunda venida no tiene nada que ver con los pecados de ellos, sino que está relacionado con su salvación. Los versículos del 12 al 14 dicen: “Y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por Su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, obteniendo así eterna redención. Porque si la sangre de los machos cabríos y de los toros, y las cenizas de la becerro rociadas a los contaminados,

santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a Sí mismo sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de obras muertas para que sirvamos al Dios vivo?” El versículo 9 habla del primer tabernáculo, y lo describe como “figura para el tiempo presente”. Según este tabernáculo, se presentan ofrendas y sacrificios que no pueden perfeccionar, en cuanto a la conciencia, al que rinde culto.

Al leer los capítulos nueve y diez vemos que los creyentes del Antiguo Testamento difieren de los del Nuevo. Si yo estuviera en el Antiguo Testamento y cometiera un pecado, yo tendría solamente una manera de quitar mi pecado. Si yo tuviera suficiente dinero, compraría un toro. Si no fuera el caso, compraría un macho cabrío. Si no tuviera suficiente dinero, compraría una tórtola. Luego le pediría al sacerdote que ofreciera el sacrificio por mí para expiar mi pecado. Cuando mirase al toro o al macho cabrío, me alegraría en mi corazón, porque sabría que la ofrenda sirvió como sustituto por mi castigo, porque la sangre del toro y del macho cabrío vendría a ser como mi propia sangre, y Dios me perdonaría. Me iría a casa contento y lleno de alegría en mi corazón. Y sería la persona más alegre en la tierra, porque mis pecados fueron perdonados. Ya no tendría más pecados. En mi conciencia, la oscuridad desaparecería, y no sufriría más. Pero a los dos días, comenzaría a preguntarme: ¿Qué pasaría si el sacrificio ofrecido aquel día no fue adecuado? o ¿qué pasaría si el sacerdote no hizo lo correcto aquel día? A causa de estos pensamientos, comienzo a preocuparme y a sufrir otra vez. Finalmente, compraría otro toro o macho cabrío, lo llevaría al sacerdote, y le diría que la ofrenda anterior por mis pecados no fue hecha correctamente; y le pediría que volviese a ejecutar la ofrenda. Luego el sacerdote sacrificaría el toro o el macho cabrío y le ofrecería una vez más a Dios, y me aseguraría que el toro o el macho cabrío fuese ofrecido por mis pecados.

Cuando la conciencia estaba perturbada en el Antiguo Testamento, alguien siempre podía traer otro toro o macho cabrío para ofrecer una ofrenda por el pecado a través del sacerdote. Es lo que vemos en Hebreos 9. Este capítulo enseña que la sangre de toros y machos cabríos no puede completar el trabajo. El capítulo diez dice que si hubiera realizado un trabajo completo, no tendríamos más conciencia de pecados. Dios considera que el sacrificio de toros y machos cabríos era incompleto según la conciencia, porque cada vez que se turbaba la conciencia de una persona, ésta sentía que sus pecados no fueron eliminados completamente, y surgía la necesidad de más ofrendas.

Sin embargo, el apóstol nos muestra que un cristiano no debe hacer lo mismo. El sacrificio propiciatorio que Dios ha establecido en el Nuevo Testamento no es un toro ni un macho cabrío sino Su Hijo mismo. Cuando Su Hijo vino a la tierra, El dijo claramente que Dios no desea ni se deleita en toros ni en machos cabríos. Por el contrario, Dios le

preparó un cuerpo para que El pudiera morir y llevar a cabo la obra de la redención eterna. En la cruz, el Señor ha consumado el sacrificio por la redención eterna. Ahora nosotros podemos obtener esta redención eterna. El ofreció un sacrificio de redención eterna, cumpliendo así una redención eterna. A causa de esta redención eterna, nosotros somos perfeccionados eternamente. El es el Hijo de Dios. A causa de Su obra eterna, cumplida una sola vez, no necesitamos ofrecer más ofrendas por el pecado. No podemos ofrecer otra ofrenda de pecado por el mismo pecado, porque el Señor Jesús cumplió toda la obra.

El Hijo de Dios no puede ser crucificado nuevamente por nuestros pecados. Nadie puede pisotear la sangre del Hijo de Dios y convertirla en algo común. Lo que es único es precioso, pero lo que es reproducido es común. Tratar la sangre del Hijo como si fuera algo común equivale a rebajarla al nivel de la sangre de toros y machos cabríos. Pero si usted honra Su sangre y la considera como algo único, se convertirá en algo precioso para usted. He aquí la ofrenda por el pecado, la cual El cumplió. Cuando el Señor llevó a cabo esta obra, Dios dijo que no puede haber otra obra. El Hijo de Dios no puede morir otra vez. Su obra ha terminado. Si usted la desea, tiene que confiar en El. Usted no le puede agregar nada. Usted tiene que depender de El; de otro modo, no obtendrá nada. Después de ser iluminado por la verdad, un hombre necesita hacer otros sacrificios por sus pecados. Existe una sola ofrenda por el pecado. Esta es nuestra predicación a los demás. Aquellos que adoran a través de este sacrificio único tendrán sus conciencias limpias. Dejarán de tener conciencia de sus pecados. Todos sus pecados fueron lavados, y no tienen más conciencia de sus pecados. Además, no se necesita otra limpieza. La Biblia no enseña la doctrina de una segunda limpieza. La sangre del Señor Jesús no nos puede limpiar otra vez. Cuando somos limpiados, lo somos para siempre.

RECIBIR LA LIMPIEZA CONTINUA DESPUES DE HABER CREIDO

Ahora nos podemos preguntar: ¿Qué debemos hacer si pecamos otra vez? ¿Qué debemos hacer si nos ensuciamos otra vez? Todos los pecados que cometimos antes de ser salvos fueron lavados por Su sangre. ¿Pero qué debemos hacer con los pecados que cometemos después de ser salvos? No queremos ser castigados. No queremos perdernos el reino. No queremos sufrir el daño de la segunda muerte. ¿Qué podemos hacer ante Dios? Consideremos 1 Juan 2:1: “Mis hijitos, estas cosas os escribo para que no pequéis”. La meta de un cristiano es no pecar. Juan nos escribió estas palabras para que nosotros no pecáramos. Conforme a la condición que poseen los cristianos, podemos evitar el pecado. Desafortunadamente, pecamos a menudo como lo muestra nuestra experiencia. Por la posición que ocupamos, no deberíamos pecar, pero en nuestra

experiencia, pecamos a menudo. No tenemos necesidad de pecar, pero el pecado es un hecho inquebrantable.

Juan continúa: “Y si alguien peca”. Aquí estamos viendo el problema de un cristiano que peca. El es un hijito de Dios; le pertenece a Dios. Y si el peca, ¿qué debemos hacer? “Tenemos un Abogado con el Padre, a Jesucristo el Justo”. No dice que tenemos un Abogado con Dios; más bien, dice que tenemos un Abogado con el Padre. De esta manera, este versículo se refiere a los hijos de Dios. Se refiere a aquellos que han sido salvos. Si entre los salvos, los hijos de Dios, alguien peca, éste tiene un Abogado con el Padre. Esto no es un caso que se presenta en la corte, sino un asunto familiar.

En el lenguaje original, la palabra *Abogado* es *paracletos*. *Para* significa “al lado de”. Estar al lado de significa que otro está al lado de usted. Por ejemplo, usted está en Shanghai, y este otro también está en Shanghai. Cuando usted va a Cantón, este otro también va a Cantón. Esto es semejante a la línea del tren. Usted no puede tener un riel en Szechwan y otro en Nanking. *Cletos* significa ayudante. Por consiguiente, un *paracletos* es alguien que está al lado de otro para ayudarlo. Usted puede escaparse. Pero adondequiera que usted vaya, el *paracletos* estará allí también. Muchos de los que ayudan son muy buenos, pero algunas veces vienen muy tarde. Puede que haya mucho arroz en Shanghai, pero los hambrientos en Szechwan no lo pueden comer, porque no está al lado de ellos. Los griegos usaban la palabra *paracletos* para referirse a un abogado defensor en la corte. Supongamos que usted no entiende la ley, y otros lo acusan. Otros pueden demandarlo o tomar ventaja de usted. Pero usted no tiene la manera de defenderse. Ahora hay un *paracletos* que responde por usted. Otros lo acusan a usted de haber pecado. Pero su *paracletos* dirá que usted no ha pecado. El responderá por usted como un abogado defensor. Esto quiere decir que alguien está al lado suyo para responder por usted. Si un cristiano peca, alguien está con el Padre para hablar por él.

Satanás nunca parará sus acusaciones en contra de los cristianos. En Apocalipsis 12:10 vemos que él acusa a los hermanos día y noche. Día y noche nosotros somos los acusados y él es el acusador. Pero nosotros tenemos un Abogado, quien es Jesús el Justo. En este versículo, vemos que El es el Abogado. Aquí El no es el Misericordioso, sino el Justo. ¿Por qué no se menciona que El es el Misericordioso? Porque en la ley de la corte celestial no se habla de gracia, de la misma manera que no se habla de la gracia en la ley de la corte terrenal. Un juez que desea perdonar a otros es un juez injusto. Solo aquellos que están a favor de la justicia pueden ser jueces. Dios anhela la justicia. El no nos perdonó nuestros pecados injustamente. El no pasó por alto nuestros pecados, ni los encubrió ni pasaron inadvertidos delante de El. Por el contrario, El juzgó nuestros pecados justamente.

Al defendernos, el Señor Jesús no se basa en el hecho de que la tentación fue muy grande y que como niños pequeños no pudimos controlarla, y por lo tanto Dios nos tiene que conceder gracia. El Señor Jesús tampoco dice que los cristianos son niños pequeños con conocimiento reducido, que la carne es muy débil y que el mundo atrae demasiado. El no dice que las artimañas de Satanás son muy sutiles y que no hay manera de rechazar a Satanás. El Señor Jesús no nos defiende de esta manera. El no implora gracia por nosotros. El tampoco está ahí como dispensador de gracia. Juan dice que Jesucristo es el Justo. El le dice a Dios que por causa de El y por lo que El ha hecho, Dios tiene que perdonarnos.

¿Cómo presenta este Abogado su defensa por nosotros? Leamos el versículo siguiente: “Y El mismo es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2). El Señor Jesús presenta Su defensa por nosotros basándose en Su obra consumada, la cual es Su propiciación en la cruz por nosotros. Como resultado, somos capaces de venir a Dios. Esto es un sacrificio propiciatorio completo e incluye todos los pecados de todos los cristianos en todo tiempo y en todas partes. Cuando este sacrificio propiciatorio es presentado a Dios, El ya no tiene ninguna razón por castigar a los cristianos. El sacrificio propiciatorio del Señor no se aplica solamente a los pecados pasados, sino también a todos los pecados presentes y futuros. En este versículo el verbo está en presente, no en pasado. Dios no puede basarse en las acusaciones de Satanás para condenarnos, porque la obra redentora que Cristo cumplió en la cruz incluye todos los pecados de hoy y todos los pecados que serán cometidos hasta el día de Su regreso. Todos nuestros pecados están incluidos en Su obra. Dios tiene que perdonarnos. El no puede hacer otra cosa, porque este perdón tiene un fundamento.

EL SEÑOR JESUS COMO EL ABOGADO DE LOS CRISTIANOS

La obra del Señor Jesús como Salvador es destinada a los pecadores. La obra del Señor Jesús como Abogado es destinada a los cristianos. Como Salvador, el Señor Jesús llevó a cabo la obra de la cruz. Como Abogado, el Señor Jesús aplica la obra de la cruz. Los pecados de los pecadores son perdonados mediante la redención de la cruz. Los pecados de los cristianos son perdonados por medio de la defensa que se basa en la redención de la cruz. Esta defensa presenta a Dios la obra de la cruz, muestra a Dios lo que el Señor Jesús ha logrado, por lo cual, Dios no puede castigar al hombre por sus pecados. Nosotros tenemos un Abogado delante de Dios. Su muerte es presentada a Dios.

El Señor Jesús ha llegado a ser el Abogado de todos los cristianos que pecan, de la misma manera que El ha llegado a ser el Salvador de todos los pecadores.

Cronológicamente, primero no nos arrepentimos, creemos, somos regenerados y luego el Señor Jesús muere por nosotros. Por el contrario, mientras aún éramos pecadores, Cristo se hizo Salvador nuestro (Ro. 5:8). De la misma manera, no empezamos por arrepentirnos, y luego El viene a ser nuestro Abogado. Al contrario, cuando pecamos, El se hace nuestro Abogado. No se convierte en nuestro Abogado cuando confesamos nuestros pecados delante de Dios, sino cuando pecamos. Esta es la razón por la cual Juan dice que si algún hombre peca, tenemos un Abogado para con el Padre. El no dice que primero nos arrepentimos, confesamos nuestros pecados y oramos por el perdón, y entonces El llega a ser nuestro Abogado. Más bien, Juan dice que si alguien peca, ya tenemos un Abogado con el Padre. Cada vez que usted peca, en ese mismo instante el Señor Jesús ya es su Abogado delante de Dios. En ese mismo momento, el Señor Jesús le mostrará a Dios Su obra de la cruz, y Dios tendrá que perdonar el pecado de usted. Un cristiano puede confesarse y arrepentirse porque el Señor Jesús es su Abogado. Como abogado nuestro, el Señor Jesús nos defiende y habla por nosotros mientras pecamos; por esta razón, finalmente nos arrepentimos, confesamos nuestros pecados, y pedimos perdón. La abogacía del Señor Jesús no ocurre en el momento en que nos arrepentimos. Más bien, se ejerce mientras estamos pecando. Cuando pecamos, el Señor Jesús ya es nuestro Abogado. Más tarde, somos conducidos al arrepentimiento y a la confesión. El Señor Jesús cumplió toda la obra en un solo día. Todo eso está incluido en esa obra. Hoy el Señor puede presentar esta obra a Dios. Dios ya no nos puede castigar, porque todas las deudas fueron pagadas. Todas las deudas, pasadas y futuras están pagadas. Todos nuestros pecados fueron limpiados por la sangre de Jesús.

CAMINAR EN LA LUZ COMO EL ESTA EN LA LUZ

El es el Abogado. Pero, ¿qué debemos hacer de nuestra parte? Leamos ahora 1 Juan 1:7: “Pero si andamos en luz como El está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado”. ¿Qué significa estar en la luz? El hombre piensa que estar sin pecado y ser santo significa estar en la luz. Pero ese no es el sentido aquí. Juan no dice que nosotros debemos caminar en la luz así como Dios *camina* en la luz. No dice que Dios *camina*. Si ese hubiera sido el caso, el significado sería totalmente diferente. Aquí dice que debemos caminar en la luz como El *está* en la luz.

¿Cuál es el significado de esta diferencia? Por ejemplo, en este lugar de reunión hay muchas bombillas, pero nosotros las llamamos la luz. Nosotros estamos ahora sentados en la luz. Por otro lado, mientras nos reunimos, muchas personas a menudo se sientan en las gradas a los lados. Ellos están en la oscuridad. Tal vez no hayan pecado allí, quizás no hayan robado a otros allí. Posiblemente sean mejores y más santos que nosotros. Pero los que se sientan en la luz pueden ver, mientras que aquellos que se sientan en la

oscuridad no pueden ver. Dios está en la luz; esto significa que ahora Dios puede ser visto.

En el Antiguo Testamento, Dios estaba rodeado de oscuridad. El estaba en el Lugar Santísimo, y el hombre no lo podía ver. En el Lugar Santo había una lámpara, y en el atrio resplandecía el sol, pero en el Lugar Santísimo, no había ninguna luz. Allí Dios era desconocido. El hombre sólo podía hacer conjeturas acerca de El. Pero gracias al Señor que hoy Dios ha sido manifestado en Jesús de Nazaret. Dios está ahora en la luz; no está más en la oscuridad. Hoy día, Dios es un Dios conocido, un Dios revelado. Cuando usted mira a Dios hoy, usted sabe que El es Dios. El evangelio de Jesús de Nazaret es la revelación de Dios. El resplandor del evangelio es el resplandor de Dios. Cuando la luz del evangelio resplandece, vemos a Dios. No quiero decir que no debemos ser santos o que no debemos rechazar el pecado. Estoy diciendo que este versículo nos muestra que Dios está en la luz; por lo tanto, nosotros debemos caminar en la luz. Así como Dios se ha manifestado a Sí mismo en la luz del evangelio, nosotros también debemos ver a Dios en la luz del evangelio. No buscamos más a Dios en el Antiguo Testamento. Hoy Dios se ha manifestado a Sí mismo. Si El no se hubiera manifestado, nosotros estaríamos sin esperanza. Si El no se hubiera manifestado, nosotros aun estaríamos desconcertados, sin saber qué clase de Dios es El. Aun estaríamos en conjeturas acerca de El. Gracias a Dios que El se ha manifestado. Hoy nuestro Dios ha dejado de estar “fuera del escenario”. Ahora El está en el “escenario” es el Dios revelado. La palabra *revelación* es *apocalipsis* en griego. *Apo* significa quitar, y *calipsis* significa velo. Por lo tanto *apocalipsis* significa quitar el velo. Yo acostumbraba asistir a presentaciones teatrales. En el escenario hay siempre una cortina gruesa. Usted no sabe lo que se encuentra detrás de la cortina. Un *apocalipsis* es la apertura de la cortina.

Ahora Dios está en la luz. El es un Dios que está revelado. Entonces, ¿qué debemos hacer? Debemos caminar en la luz. Esto quiere decir que veremos y conoceremos a Dios en la luz. Hoy nosotros no conocemos a Dios por medio de conjeturas como les pasaba a los creyentes del Antiguo Testamento. Hoy Dios ha hablado. Ya no necesitamos recurrir a suposiciones. Hoy Dios está en la luz. El ya se ha revelado a Sí mismo en el evangelio. Si caminamos en esta revelación, el resultado será la comunión. Habrá comunión entre cristianos, y habrá comunión con Dios.

Ya que nosotros somos participantes en el evangelio y ya que Dios es también un participante en el evangelio, la sangre de Su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado. Si conocemos verdaderamente a Dios en el evangelio, veremos que la sangre de Su Hijo Jesús nos está limpiando de todo pecado continua y eternamente (1 Juan 1:9). En el lenguaje original, este versículo dice que la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia continuamente de todo pecado. La Biblia no nos indica que la sangre del Señor Jesús

limpia por segunda vez. Lo que sí enseña es que la sangre de Jesús nos limpia todo el tiempo. No hay limpiezas múltiples. Sólo hay una limpieza continua. En la Biblia no existe el concepto de limpiezas múltiples. La verdad bíblica enseña un limpiar continuo.

El limpiar continuo de todos nuestros pecados por la sangre del Hijo de Dios es la obra del Abogado. La obra de la cruz se cumplió de sola una vez y para siempre. Pero la operación de Su limpiar y de Su sangre es continua. La cruz quitó nuestros pecados y nos limpió de ellos una sola vez, pero su eficacia es eterna. ¿Por qué es siempre eficaz? ¿Por qué nos limpia continuamente? Se debe al hecho de que el Hijo de Dios le presenta continuamente a Dios la obra consumada. No es una limpieza repetida, sino una demostración continua a Dios de que El ha muerto y que todos nuestros pecados ya han sido quitados. Hoy, El está limpiando continuamente todos nuestros pecados. Todos nuestros pecados están incluidos aquí. La eficacia de Su sangre dura por siempre porque el Señor Jesús es nuestro Abogado en el cielo continuamente. Su obra como Abogado es una continuación y una extensión de Su obra como Salvador. La obra del Salvador aconteció una sola vez, pero continúa en la obra del Abogado. Esta es la parte de la obra que le corresponde a Dios.

PERDON POR MEDIO DE LA CONFESION

Nunca debemos descuidar el lado de Dios. Sin embargo, nosotros tampoco debemos olvidar la parte que nos corresponde a nosotros hacer. Es cierto que el Señor Jesús le presenta continuamente a Dios Su sangre y Su obra consumada. Mas si pecamos intencional y continuamente, sin arrepentirnos, sin rechazar nuestros pecados o intentar eliminarlos, la obra de la sangre del Señor perderá su efecto y eficacia para con nosotros. La obra de la crucifixión del Señor no es sólo para nosotros, sino también para todo el mundo. La obra única del Señor Jesús nos ha incluido a todos. Pero la obra del Señor puede llevarse a cabo sólo en aquellos que creen en El. En principio, pasa lo mismo con Cristo. Es una obra continua. Que un cristiano se confiese o no, que se arrepienta o no de sus pecados, la obra limpiadora de Cristo es continuamente eficaz. Pero la manera de llevarla a cabo en los creyentes es otro asunto.

En 1 Juan 1:7 vemos que un cristiano es perdonado de sus pecados delante de Dios a causa de la obra de Cristo. Por otro lado, el versículo 9 nos muestra lo que tenemos que hacer de nuestra parte. “Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda injusticia”. En 1 Juan 2:1 vemos que el Señor Jesús es nuestro Abogado. Pero 1 Juan 1:9 dice que por nuestra parte tenemos que confesar nuestros pecados. Esto no quiere decir que nuestra confesión nos concede el perdón. Si la confesión por sí sola nos diera el perdón, el perdón sería injusto. Supongamos que le robara cien dólares a un hermano, y voy y le confieso mi pecado. Si

él me perdona a causa de esa confesión, ¿sería él justo? Si este fuera el caso, podría otra vez robarle otros cien dólares al hermano, hablar con él y confesar mi pecado. Si la confesión fuese lo único que nos otorga el perdón, esto sería muy injusto. Si ese fuera el caso, no podríamos decir que Dios es fiel y justo. Tendríamos que decir que Dios es injusto y descuidado que pasa por alto nuestros pecados.

¿Por qué dice Juan que Dios es justo para perdonar? Sencillamente porque el Señor Jesús ha venido a ser nuestro Abogado. Su sangre nos ha limpiado de todos nuestros pecados. Nuestros pecados fueron juzgados y condenados en Cristo. Por tanto, cuando nosotros confesamos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonarnos. Si yo le he robado dinero a mi hermano y alguien lo paga por mí, entonces la confesión me traerá verdaderamente el perdón. Sin la sangre del Hijo de Dios, el perdón de Dios sería injusto. Hoy la sangre del Hijo de Dios ha sido derramada. El Hijo de Dios ha venido a ser el Abogado delante de Dios. Ahora Dios tiene que perdonarnos. Si El no nos perdonara, sería injusto. Hoy, cuando confieso mis pecados, Dios es fiel y justo para perdonar mis pecados. La Palabra de Dios me dice que el Señor Jesús ha muerto. Dios tiene que ser fiel a Su propia Palabra. El también tiene que ser justo en cuanto a la obra del Señor Jesús. Esta es la razón por la cual El tiene que perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda injusticia.

El perdón de Dios por nuestros pecados está basado completamente en la sangre del Señor Jesús. Los pecados de los pecadores son perdonados por medio de la sangre del Señor Jesús. Los pecados de los cristianos son también perdonados por medio de la sangre del Señor Jesús. Dios puede perdonar los pecados de los pecadores porque Jesús es el Salvador, y Dios puede perdonar los pecados de los creyentes porque Jesús es el Abogado. Debido a que el Señor Jesús es a la vez Abogado y Salvador, Su sangre es la que nos concede el perdón de pecados y la justificación.

LA CONFESION

¿Qué es entonces la confesión? El apóstol no dijo que la confesión significa orar para que Dios perdone nuestros pecados. Muchas oraciones y súplicas hechas delante de Dios para el perdón de nuestros pecados no constituyen confesiones. Ni tampoco dijo el apóstol que la confesión era simplemente articular algo con nuestras bocas. Lo que el apóstol dijo fue que nosotros tenemos que reconocer el pecado, tratar el pecado como tal. La confesión consiste en pararnos donde Dios se para, admitiendo delante de Dios que nuestra acción es realmente un pecado. En el momento en que usted confiesa su pecado, será perdonado. Confesar no significa implorar el perdón. El perdón es un asunto del Señor Jesús. Lo que usted tiene que hacer es juzgar el pecado y considerarlo pecado. Tiene que juzgarlo, reconocerlo y confesar que es algo malo. Usted tiene que

aceptar que el pecado es pecado y tratar el pecado como tal. Lo que usted tiene que confesar delante de Dios es que un pecado es realmente un pecado. Si confiesa sus pecados, Dios es fiel y justo para perdonar todos sus pecados e injusticias. De la misma manera que un pecador recibe el perdón de pecados por medio de la obra del Señor Jesús, así también un cristiano recibe de Dios el perdón de pecados al juzgar su pecado y considerarlo pecado y por medio de la obra de Cristo sobre él. Dicho simplemente, la confesión consiste en que nosotros digamos que algo es pecado, porque Dios dice que es pecado. Por ejemplo, supongamos que el hijo de un hermano sale a la calle a jugar con niños malos. Debido a que aprende a hablar sucio y se mete en problemas el hermano se lleva a su casa los niños que han estado conduciendo a su hijo por mal camino y les dice que ellos están mal y que no deben jugar más con su hijo. El también le dice a su hijo que no juegue más con ellos. El niño dice que desea confesar que está errado y pide perdón. Aunque él dice esto con su boca, en su corazón él está tramando la forma de escaparse por la puerta trasera de la casa para volver a jugar. El no está de acuerdo con su padre. La cuestión aquí no es el perdón, sino nuestro reconocimiento de si algo es pecado o no lo es.

La confesión significa que nosotros consideramos como pecado todo lo que Dios considera pecado. Esto significa que yo digo lo que Dios ha dicho. Si Dios dice que algo está mal, yo también digo lo mismo. La confesión es reconocer y declarar el pecado. Cuando usted lo hace, Dios le perdona sus pecados y lo limpia de toda injusticia. El no lo está perdonando por su confesión, sino por la obra del Señor Jesús. Su sangre es el fundamento de todo eso. No obstante, por medio de la confesión, la sangre produce el perdón. La salvación viene por fe mediante la sangre. Pero el perdón viene por la sangre mediante la confesión. Esto es lo mismo que decir que el agua potable viene de la fuente a través de los tubos del acueducto. De la misma manera, el perdón viene por la sangre mediante la confesión.

LA VACA ROJA: UNA FIGURA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

En el Antiguo Testamento, vemos una clase de limpieza que representa el perdón de los creyentes neotestamentarios. Las palabras en 1 Juan 1 y 2 son tipificadas en el Antiguo Testamento. Leamos lo que puede ser considerado como la porción única en el Antiguo Testamento acerca del perdón de los pecados de los cristianos.

Números 19:1-13 dice: “Jehová habló a Moisés y a Aarón, diciendo: Esto es el estatuto de la ley que Jehová ha prescrito, diciendo: Di a los hijos de Israel que te traigan una vaca roja, perfecta, en la cual no haya falta, sobre la cual no se haya puesto yugo; y la daréis a Eleazar el sacerdote, y él la sacará fuera del campamento, y la hará degollar en su

presencia. Y Eleazar el sacerdote tomará de la sangre con su dedo, y rociará hacia la parte delantera de la tienda de reunión con la sangre de ella siete veces; y hará quemar la vaca ante sus ojos; su cuero y su carne y su sangre, con su estiércol, hará quemar. Luego tomará el sacerdote madera de cedro, e hisopo, y escarlata, y lo echará en medio del fuego en que arde la vaca. El sacerdote lavará luego sus vestidos, lavará también su cuerpo con agua, y después entrará en el campamento; y será inmundo el sacerdote hasta la noche. Asimismo el que la quemó lavará sus vestidos en agua, también lavará en agua su cuerpo, y será inmundo hasta la noche. Y un hombre limpio recogerá las cenizas de la vaca y las pondrá fuera del campamento en lugar limpio, y se guardará para la asamblea de los hijos de Israel para el agua de purificación; es agua para purificar por el pecado. Y el que recogió las cenizas de la vaca lavará sus vestidos, y será inmundo hasta la noche; y será estatuto perpetuo para los hijos de Israel, y para el extranjero que mora entre ellos. El que tocara cadáver de cualquier persona será inmundo siete días. Se purificará con aquella agua [el agua de purificación] el día tercero y el día séptimo, y será limpio; pero si no se purificare el día tercero y el día séptimo, no será limpio. Todo aquel que tocara cadáver de cualquier persona, y no se purificare, el tabernáculo de Jehová contaminó, y aquella persona será cortada de Israel; por cuanto el agua de la purificación no fue rociada sobre él, inmundo será, y su inmundicia será sobre él”.

Números 19 describe un sacrificio. Este sacrificio es el sacrificio más singular del Antiguo Testamento. El libro de Números no es un libro acerca de las ofrendas. El libro sobre las ofrendas es Levítico. Sin embargo, este sacrificio no se menciona en Levítico. Más bien, se menciona en Números. Sabemos que el cordero pascual fue sacrificado en Egipto. Esto tipifica la muerte del Señor Jesús por nuestros pecados. En el monte Sinaí Dios volvió a enseñarnos lo que representa el cordero pascual. Las cinco ofrendas en Levítico son un análisis y una descripción detallada del cordero pascual. Estas ofrendas nos presentan aspectos diferentes del Señor Jesús y la manera en que El satisface las demandas de Dios en la redención de los pecados del hombre. Todas estas ofrendas sirven para los pecadores y se habló de ellas en el Monte Sinaí. Sin embargo, el libro de Números es un libro que habla de la peregrinación en el desierto. Relata la peregrinación de los hijos de Israel en el desierto de Parán. Allí los hijos de Israel vivieron como peregrinos en el desierto. Eran una nación que peregrinaba en el mundo. Allí Dios les dio otro sacrificio, el de la vaca roja.

Todas las ofrendas son destinadas a Dios, y por lo tanto la sangre de ellos tiene que ser derramada. Este es el único sacrificio cuya sangre es primeramente rociada directamente delante del altar y luego quemada. La mayoría de las ofrendas son toros y machos cabríos. Pero este sacrificio es el único que requiere una hembra, una vaca roja. La mayoría de los sacrificios no especifican el color. Pero este sacrificio tiene que ser de un color específico; debe ser una vaca roja. La mayoría de los sacrificios se ofrecen en el

altar. Solo este sacrificio es quemado fuera del campamento. Otros sacrificios sirven para el perdón de los pecados. Pero la segunda mitad de este sacrificio sirve para limpiar. Las cinco ofrendas de Levítico describen el cordero pascual. Son preparadas para los pecadores. Esta es la razón por la cual las encontramos en Exodo y Levítico. Sin embargo, este sacrificio es preparado para el pueblo de Dios. Esta es la razón por la cual aparece en Números. Es un sacrificio para la experiencia del pueblo de Dios en su peregrinación por el desierto. Los demás sacrificios están relacionados con el pecado. Solo este sacrificio nos purifica de la suciedad en el desierto. Otros sacrificios son de animales machos. Este sacrificio es femenino. Todo lo que se relaciona con los pecadores es masculino, y todo lo que se relaciona con el pueblo de Dios es femenino (Dt. 21:3-9). Levítico 5:6 dice que una cabra puede ser ofrecida como una ofrenda por la transgresión del pecado. La ofrenda por la transgresión no es sólo para pecadores, sino que frecuentemente sirve para los creyentes. No es como la ofrenda de pecado, la cual es exclusivamente para los pecadores. La ofrenda por la transgresión es destinada a pecadores y creyentes. Cuando se ofrece algo por el pueblo de Dios puede ser femenino. Esta es la regla en el Antiguo Testamento.

Aunque este sacrificio elimina los delitos del hombre en contra de Dios, en realidad es ofrecido por los creyentes. El color rojo representa la redención delante de Dios. Este sacrificio no se ofrece sobre el altar, porque no purifica los pecadores. Un pecador tiene que pasar por el altar antes de venir a Dios. Este sacrificio es quemado fuera del campamento. El campamento es el lugar donde está el pueblo de Dios. Por lo tanto, el campamento es un tipo de la iglesia. Estar fuera del campamento equivale a ser cortado de la comunión. Pero si usted es cortado de la comunión, hay un sacrificio que lo espera. Este sacrificio sirve para quitar los pecados de los creyentes. Su propósito es restaurar la comunión.

Ahora consideremos al sacrificio en sí. El sacrificio se divide en dos partes. En la primera parte, se ofrece la sangre del sacrificio. En la segunda parte, se quema el sacrificio. La primera parte empieza desde la segunda parte de Números 19:2: "Di a los hijos de Israel que te traigan una vaca roja, perfecta, en la cual no haya falta, sobre la cual no se haya puesto yugo". Todos los que entienden la Biblia saben que esto se refiere al Señor Jesús. Hebreos 10 indica que esta vaca roja se refiere al Señor Jesús. ¿Cuáles son las cualificaciones del Señor Jesús para llegar a ser este sacrificio? Números 19:2 dice que este sacrificio tenía que ser perfecto y sin falta y nunca bajo yugo. El ser perfecto y sin falta se refiere a Su vida. El no haber estado nunca bajo yugo se refiere a Su obra. En vida El es perfecto. En el obrar El nunca ha estado bajo yugo. En Su vida y Su persona, el Señor Jesús es perfecto y sin falta. No sólo es perfecto, sino que en Su experiencia El es puro, esto es, El nunca ha estado bajo yugo. El es un hombre puro, y tiene una experiencia pura. Son muchas las personas que no tienen falta, pero que han

estado bajo yugo. Sin embargo, en Su experiencia, el Señor Jesús nunca estuvo bajo yugo. El nunca tocó las cosas pecaminosas. El nunca fue oprimido ni dominado por el pecado. El nunca cedió ante el pecado. El está completamente libre. Esta noche no podemos decir lo mismo acerca de nosotros, ya que no somos personas libres. Nosotros fuimos oprimidos por el pecado y dominados por el pecado. Cedimos al pecado y no somos nuestros propios amos. El Señor Jesús no tiene manchas. Solo el Señor Jesús nunca estuvo bajo el yugo del pecado.

Esto es una vaca, una hembra, lo que significa que era un sacrificio ofrecido por los creyentes. Es roja. Eso significa que es ofrecida para la redención del pecado. En la Biblia, el color rojo significa la redención por el pecado. Cada vez que la Biblia menciona el color escarlata o rojo, implica pecado. La mujer en Apocalipsis 18 está montada sobre una bestia escarlata y viste de color escarlata. Esto se refiere a sus pecados.

Números 19:4 nos narra lo que sucede después de que la vaca es sacrificada. “Y Eleazar el sacerdote tomará de la sangre con su dedo, y rociará hacia la parte delantera de la tienda de reunión con la sangre de ella siete veces”. El sacerdote no hacía muchas cosas. El sólo rociaba parte de la sangre delante de Dios en el tabernáculo. Esto nos enseña que la muerte del Señor Jesús ha satisfecho los requisitos de Dios. La sangre no era rociada sobre los hijos de Israel. Era rociada directamente delante de la tienda de reunión. El tabernáculo es el lugar donde Dios se encontraba con los israelitas. Es un tipo de la comunión entre Dios y el hombre. Donde está el tabernáculo de Dios, ahí también está Dios. Cristo es el tabernáculo; El es Dios viviendo entre los hombres. El está lleno de la gracia y realidad de Dios. El fijó tabernáculo entre nosotros (Juan 1:14). Esta es la comunión. ¿Cómo podemos tener comunión? Debe de haber sangre, es decir, el pecado tiene que ser juzgado. Si no hay sangre, el hombre no puede acercarse a Dios.

Sólo existen dos maneras que le permiten al hombre acercarse a Dios. El hombre viene sin pecado, o viene con la sangre. Si usted está libre de pecado, puede acercarse a Dios con atrevimiento. Dios no le hará nada. Pero si tiene pecado, tiene que haber derramamiento de sangre (He. 9:22), ya que Dios tiene que juzgar el pecado. Si el pecado no es juzgado, el hombre no puede tener comunión con Dios. Dios no puede pasar por alto el pecado del hombre. Dios no puede dejar pasar el pecado del hombre. Si el hombre tiene pecado, tiene que venir a Dios con la sangre. Dios es un Dios que juzga. Sin pasar por juicio, el pecado no puede ser removido. El juicio demanda la sangre. Por lo tanto, tiene que haber derramamiento de sangre antes de que la comunión sea restaurada. La sangre fue rociada siete veces. El número siete significa perfección. La muerte del Señor Jesús ha satisfecho a Dios; Su sangre es suficiente para lavar nuestros pecados. Aquí todos los problemas están completamente solucionados. Los requisitos de la justicia de Dios son satisfechos. Dios dijo que la obra estaba cumplida. Esta es la obra

del Señor Jesús en la cruz. Fue hecha una vez y para siempre. No hay necesidad de que muera otra vaca roja. Es suficiente que sólo muera una vaca roja. En la primera parte de esta ofrenda vemos que la aspersión de la sangre significa que el problema del pecador está ya resuelto. Esta parte de la ofrenda es la misma que las demás ofrendas en el Antiguo Testamento. Todas estas ofrendas son el cordero de la Pascua.

Ahora tenemos que considerar la segunda parte de la ofrenda que nos muestra lo que se debe de hacer por los pecados de los creyentes. Números 19:5 dice: “Y hará quemar la vaca ante sus ojos”. Esto es algo único, porque la vaca no era quemada simplemente, sino que “su cuero y su carne y su sangre, con su estiércol, hará quemar. Luego tomará el sacerdote madera de cedro, e hisopo, y escarlata, y lo echará en medio del fuego en que arde la vaca”. Dios juzgó el pecado. Después de haber rociado un poco de la sangre, el resto de la sangre era echado en el fuego. Luego toda la vaca también era echada al fuego. El sacerdote quemaba toda la vaca: piel, carne, sangre, estiércol y el resto. Además, se echaba madera de cedro, hisopo, y escarlata en medio del fuego. El versículo 9 nos relata lo que sucedía después de que la vaca era quemada: “Y un hombre limpio recogerá las cenizas de la vaca y las pondrá fuera del campamento en lugar limpio, y se guardará para la asamblea de los hijos de Israel para el agua de purificación; es agua para purificar por el pecado”. Después de degollar la vaca, se aplicaba la sangre. Pero después de quemar la vaca y de convertirla en cenizas, se aplicaban las cenizas.

¿Qué son las cenizas? Las cenizas son el estado final de todo lo que se encuentra en el mundo. No me refiero a hechos químicos, sino a nuestra experiencia diaria. Las cenizas son el estado en el cual se encontrarán todas las cosas. Si una mesa se deteriora continuamente, se convertirá finalmente en cenizas. Por lo tanto, las cenizas representan el estado final. Cuando algo llega a su fin, y ya no puede convertirse en algo distinto, queda reducido al estado de ceniza.

Toda la vaca es quemada. Aquí en particular note la sangre. En estas cenizas está la piel, la carne, y la sangre. Esto quiere decir que en estas cenizas está la redención de Cristo y la eficacia eterna de Su redención. Cristo delante de Dios es eternamente eficaz. El se ha convertido en cenizas. El derramamiento de Su sangre es eternamente eficaz. Aun la sangre se ha convertido en cenizas. Se cumplió la obra de redención. La vaca roja tipifica la obra redentora del Señor, y ahora esta obra se ha convertido en cenizas.

Se han agregado tres otras cosas a la ofrenda: madera de cedro, hisopo y escarlata. En la Biblia, cuando la madera de cedro y el hisopo son puestos juntos, se denota todo el universo creado. En 1 Reyes 4:33 vemos que Salomón tenía gran sabiduría. El habló de todos los árboles, desde el cedro hasta el hisopo. El abarcó todo, desde el alfa hasta el omega. El agotó todo el tema. La Biblia usa el cedro y el hisopo para representar todo el

mundo. Poner la madera de cedro y el hisopo en el fuego significa que cuando el Señor Jesús fue juzgado por el pecado, no solo El fue quemado, sino que todos nosotros fuimos quemados también. Dios ha juzgado a todo hombre en la persona de Jesús de Nazaret. Cuando el fuego pasó sobre El, usted y yo, la madera de cedro y el hisopo, todo pasó por el mismo fuego. Todo en el mundo, ya sea grande o pequeño, dulce o amargo, rico o pobre, fue puesto sobre El y juzgado por Dios. La escarlata también fue echada al fuego. En Isaías 1:18 vemos que nuestros pecados son semejante a la escarlata. Por lo tanto, la escarlata denota el pecado. Dios no sólo nos juzgó, sino que juzgó también nuestros pecados. Todos los pecados fueron incluidos con el Señor Jesús. Cuando El fue juzgado por Dios, nuestros pecados fueron juzgados también. Todos los problemas relacionados con el pecado fueron también juzgados. Por lo tanto, el echar madera de cedro, hisopo, y escarlata al fuego indica que todo el mundo y todos los pecados del mundo han pasado por el fuego junto con el Señor Jesús y se han convertido en cenizas. Las cenizas incluyen toda la obra del Señor Jesús. También nos incluyen a nosotros y a nuestros pecados. Estas cenizas tienen una eficacia eterna. Por lo tanto, esta obra tiene una eficacia que llena todos los requisitos de Dios. Estas cenizas son guardadas fuera del campamento en un lugar limpio.

De Números 19:11 en adelante, vemos la función de las cenizas. “El que tocara cadáver de cualquier persona será inmundo siete días. Se purificará con aquella agua el día tercero...” El versículo 9 nos habla de esta agua de purificación. “Y un hombre limpio recogerá las cenizas de la vaca y las pondrá fuera del campamento en lugar limpio, y se guardará para la asamblea de los hijos de Israel para el agua de purificación; es agua para purificar por el pecado”. La impureza de la que se habla aquí se refiere a la impureza de tocar un cadáver. ¿Por qué es considerado impuro el tocar un cadáver? Sencillamente porque la muerte es la evidencia de pecado. Sin el pecado no existiría la muerte. Por lo tanto, donde hay muerte, hay también pecado. Un cadáver quiere decir que el pecado ha cumplido su obra. El resultado de la obra del pecado es la muerte. Por esta razón, el Antiguo Testamento usa la lepra como símbolo del pecado curable y un cadáver como símbolo del pecado incurable. Cuando un hombre muere en delitos y pecados y está muerto en su carne, él es un cadáver. El Señor Jesús habla de estos muertos. El nos dijo que dejáramos que los muertos enterraran a sus muertos (Mt. 8:22). Si usted toca a estos muertos, tiene relación con el mundo, desarrolla una amistad con él y vive en el mundo, es decir, está tocando cadáveres. Si usted toca cadáveres, indudablemente se infectará, y se ensuciará con impurezas. Cuando los cristianos pecan y fracasan por tocar el mundo, necesitan las cenizas.

Las cenizas son la obra de la cruz. Son puestas en el agua corriente (Nm. 19:17) y llegan a ser el agua para la impureza. El agua viviente tipifica al Espíritu Santo. Cuando los hijos de Israel viajaban, en una ocasión golpearon la peña y salió de ella agua viviente (Ex.

17:6). En 1 Corintios 10:4, vemos que la roca era Cristo. Por lo tanto, el agua viviente se refiere a lo que fluye de Cristo, lo cual es el Espíritu Santo. Tomar el agua viviente y convertirla en agua para la impureza quiere decir que existe la necesidad de que el poder del Espíritu Santo esté sobre nosotros. Sin la obra del Espíritu Santo, la obra del Señor sería en vano. Si sólo tenemos las cenizas de la vaca roja sin el agua viviente, no serían de mucha utilidad. Con la obra del Señor Jesús, todavía existe la necesidad del Espíritu Santo. La mezcla de las dos obras es lo único que nos permite ser purificados y limpiados. El Señor Jesús no tiene que morir de nuevo. Solamente aplicamos la eficacia de la obra que el Señor hizo una vez y para siempre para nuestra limpieza. Las cenizas de la vaca roja representan la eficacia eterna e inmutable de la obra del Señor en la cruz. Esta es la eficacia que nos limpia. Debido a que el Señor Jesús murió, la eficacia de Sus cenizas es eterna, y por medio del Espíritu Santo El nos está aplicando esta eficacia.

Cada vez que pecamos, no tenemos que traerle de nuevo un toro a Dios. La eficacia de la obra del Señor de hace dos mil años continúa hasta hoy. Por medio de esas cenizas somos limpios.

¿Qué sucede si un hombre no está limpio? Números 19:12 dice: “Se purificará con aquella agua el día tercero y el día séptimo, y será limpio; pero si no se purificare el día tercero y el día séptimo, no será limpio”. ¿Por qué no está limpia esta persona sino hasta el séptimo día? Este hombre se limpia en el tercer día, pero no está limpio hasta el séptimo día. El no estará limpio hasta el séptimo día porque la meta es el séptimo día, no el tercero. El tercer día es el día que el Señor Jesús resucitó. Después de resucitar, El Señor nos dio la palabra del perdón de pecados. ¿Qué es entonces el séptimo día? En la Biblia el séptimo día es el sábado. Hebreos 4:9 nos dice que existe otro sábado. Este es el gran sábado universal que acontecerá en el milenio. Esto quiere decir que una persona que no esté limpia en la edad de la resurrección del Señor no estará limpia en la edad del reino. Si está limpia hoy en la edad de la resurrección del Señor, estará limpia en el séptimo día, la edad del reino. El tercer día es para el séptimo día. El problema está relacionado con el séptimo día. El problema de la eternidad ya está resuelto. El problema de ser hijos de Dios en esta era también está resuelto. Todos los demás problemas están resueltos. Hoy el único problema es el siguiente: ¿estaremos limpios en el reino?

Leamos el final de esta porción, Números 19:13: “Todo aquel que tocare cadáver de cualquier persona, y no se purificare, el tabernáculo de Jehová contaminó”. ¿Qué es el tabernáculo de Jehová [del Señor]? Hoy el tabernáculo de Jehová no es un salón de reuniones ni una capilla. Hoy el tabernáculo de Jehová es nuestro cuerpo. Si un hombre destruye su cuerpo, Dios lo destruirá a él (1 Co. 3:17). Si un hombre contamina su cuerpo, Dios dirá: “Aquella persona será cortada de Israel” (Nm. 19:13b). Tal persona

será cortada de Israel. No dice que será cortada de Egipto, sino de Israel. Esto quiere decir que durante el tiempo en que los hijos de Dios reinen en el reino, tal persona será dejada fuera. Si una persona no está limpia hoy, se quedará fuera del reino en el futuro.

A continuación leemos: “Por cuanto el agua de la purificación no fue rociada sobre él, inmundo será, y su inmundicia será sobre él”. Todos los pecados no confesados y todos los pecados que no han pasado a través de la sangre del Señor Jesús dejan su suciedad en la persona. Esta suciedad hará perder a tal persona su parte en el reino venidero. A la inversa, aquellos que han sido limpiados por el agua de la purificación estarán limpios en el reino. Permítanme decirle algo: ningún pecado del cual nos hemos arrepentido, que ha sido confesado y puesto bajo la sangre del Señor Jesús, y sobre el cual fueron aplicadas las cenizas, podrá levantar cabeza en el tribunal de Cristo. El agua de la purificación es capaz de remover impurezas porque el poder de la sangre está en ella. Es el poder de la redención en esta agua la que capacita a esta persona para sacar la inmundicia. Todo pecado sobre el cual no se ha aplicado la eficacia de la redención del Señor dejará inmunda a la persona hasta el “séptimo día”. Por lo tanto no permita que sus pecados permanezcan en usted. Tiene que remover la inmundicia con las cenizas del Señor Jesús. Le doy gracias al Señor por el hecho de que el Hijo de Dios no tiene que morir otra vez por mí. Estoy limpio por Sus cenizas. Pero es insensato y también peligroso permitir que cualquier impureza permanezca.

CAPITULO VEINTISEIS

LAS MEDIDAS QUE DIOS HA TOMADO CON RESPECTO A LOS PECADOS DE LOS CREYENTES: EL LAVADO DE LOS PIES

LAS CENIZAS DE LA VACA ROJA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

En Números 19 Dios nos muestra que si un hombre toca un cadáver, será inmundo y deberá lavarse con las cenizas de la vaca roja. Aplicar las cenizas consiste en echarlas en agua corriente (Nm. 19:17). Si un hombre tiene alguna impureza, el agua con las cenizas puede ser rociada sobre él, y será limpio. La obra de Cristo está completa. No es necesario que Cristo sea crucificado de nuevo. Nuestra necesidad ahora consiste en aplicar las cenizas, esto es, aplicar la eficacia de esa obra sobre nosotros. Se aplica al mezclarla con el Espíritu Santo. Solamente la obra del Espíritu Santo nos puede comunicar su eficacia.

Por lo tanto, hoy en día lo que se cuestiona no es la obra del Señor Jesús, sino la obra del Espíritu Santo. Indudablemente el Señor murió por nosotros. Pero podemos preguntarnos: ¿esa obra ha dado resultado en nosotros? o ¿el Espíritu Santo nos ha aplicado la obra del Señor Jesús? Cuando confesamos nuestros pecados, el Espíritu Santo nos aplica la obra redentora del Señor. El nos recordará al Señor y permitirá que nos demos cuenta de cuán completa es Su obra. El Espíritu Santo nos hace recordar en nuestro corazón la obra redentora del Señor. El nos hace recordar esta verdad y nos hace entrar en ella. Así nuestro corazón tendrá paz y gozo. El Espíritu Santo viene y nos aplica la obra de las cenizas, es decir, la obra eterna del Señor Jesús. El Señor ha cumplido toda la obra. No es necesario pedir ni hacer nada. Ahora, cuando confesamos nuestros pecados, el Espíritu Santo viene y nos hace considerar esta verdad para que podamos recibir los beneficios de la redención del Señor.

EL LAVADO DE LOS PIES EN EL NUEVO TESTAMENTO

En el Antiguo Testamento vemos la limpieza por medio de la muerte del Señor Jesús, y descubrimos también que en el Nuevo Testamento el Señor Jesús hizo algo para mostrarnos esto. Juan 13 da una ilustración de lo que un cristiano tiene que hacer cuando peca. Leamos Juan 13:1: “Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que Su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, habiendo amado a los Suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”. Después de esta palabra, el Señor Jesús

hizo algo que muestra no solamente Su amor, sino Su amor hasta el fin. Juan 13 es diferente de Juan 3. Juan 3 habla del amor inicial de Dios. Juan 13 revela el amor supremo de Dios. Una vez que Dios ama a Sus hijos, El los ama a lo sumo.

Leamos Juan 13:3-10: “Jesús, sabiendo que el Padre le había dado todo en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó Su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido. Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿Tú me lavas los pies? Respondió Jesús y le dijo: Lo que Yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavo, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio”.

El lavado de pies tiene dos significados en la Biblia. El lavado de pies de los discípulos por Jesús tiene un significado, y el lavado de pies mutuo entre los discípulos tiene otro significado. El lavado mutuo de pies es para recobrarlos recíprocamente y avivarnos los unos a los otros. El lavado de pies de los discípulos por Jesús tiene otro significado.

Todos nosotros tenemos zapatos y calcetines; por lo tanto, el lavado de pies no es tan necesario para nosotros. Pero algunos de nosotros venimos de los países del sudeste de Asia. Allá el lavado de pies es necesario porque muchos usan sólo sandalias. No usan calcetines. En este aspecto, los judíos se parecían a la gente del sudeste de Asia; ellos usaban sandalias sin calcetines. Frecuentemente ellos caminaban por tierra desértica, y sus pies se ensuciaban constantemente. No sólo se ensuciaban cuando viajaban, sino que también se ensuciaban en seguida al atravesar el corredor después de bañarse. Aun cuando su cuerpo ya estaba limpio; sus pies todavía necesitaban ser lavados antes de poder estar totalmente limpios.

¿Qué nos quiere mostrar el Señor Jesús con este cuadro? Leamos el versículo 10: “Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio”. ¿Quiénes son los que están lavados? Ananías le dijo a Pablo que se levantara y fuera bautizado para lavar sus pecados (Hechos 22:16). El lavado en la Biblia significa la limpieza total del pecado de una persona cuando cree en el Señor Jesús. Anoche vimos el degollamiento y el holocausto de la vaca. El degollamiento sirve para nuestra redención, y el holocausto para nuestra limpieza. Esta noche tenemos que considerar también dos clases de limpiezas. Una es el lavado de los pies. La otra es el lavado total. La obra del Señor tiene dos aspectos: el degollar y el holocausto; y cuando aplicamos a nosotros el efecto de esta obra, vemos también dos aspectos: el lavado de pies y el lavado total. El nos limpió con Su propia sangre. Esta obra de redención fue llevada a cabo de

una vez y para siempre. Cuando creemos en El y le recibimos, somos lavados en el estanque de Su sangre y somos totalmente limpios. Le damos gracias al Señor porque todos nos hemos bañado. Todos nuestros pecados han sido lavados por el Señor Jesús. Pero ahora que hemos creído en el Señor y hemos sido lavados, mientras estamos en nuestra peregrinación por el desierto no podemos evitar el contacto con el mundo. No podemos evitar recoger impurezas. En nuestra peregrinación por el desierto, estamos espontáneamente en contacto con el mundo, y espontáneamente el polvo de la tierra ensucia nuestros pies.

EL LAVADO TOTAL Y EL LAVADO DE LOS PIES

Aunque nosotros los cristianos fuimos lavados totalmente una sola vez, la Biblia nos muestra que el lavado de pies ocurre muchas veces. Sólo existe un lavado total, pero hay muchos lavados de pies. Esto parecido a la limpieza: sólo existe una limpieza por medio de la sangre, pero hay muchas limpiezas por medio del agua de las cenizas. La redención cumplida por Cristo ocurrió una sola vez. Pero son muchas las aplicaciones de esta obra consumada que recibimos por el Espíritu Santo. Somos totalmente lavados una sola vez, y todos nuestros pecados son lavados. Pero se requiere muchos lavados de pies para lavar toda la suciedad que recogemos en nuestra peregrinación por el desierto. Sólo se necesita un lavado total. Pero el lavado de pies es una obra diaria delante del Señor. El lavado de pies es un lavado que se lleva a cabo por la Palabra de Dios, a través de la obra del Espíritu Santo, y se basa en la obra del Señor Jesús. Si hemos sido limpiados una vez por medio de Su sangre, debemos también dejarnos limpiar diariamente por medio de Su sangre. El Señor Jesús no necesita venir y hacer otra obra. Somos limpios una y otra vez con base en esa obra única. No son las cenizas las que nos están limpiando sino el agua de las cenizas. Las cenizas de la vaca roja son la marca de nuestro juicio.

Dios no substituyó nuestro juicio con el juicio del Señor Jesús. Más bien, El nos juzgó en Cristo Jesús. Hoy en día el hombre cree que el Señor Jesús murió en lugar del hombre; pero en realidad, nosotros morimos en y con el Señor Jesús. En otras palabras, somos juzgados en Cristo. Esto es lo único que nos limpiará. Mi limpieza diaria se basa en la muerte del Señor Jesús.

Sabemos que hemos sido lavados, es decir, nuestros pecados han sido limpiados. Una vez que somos salvos, somos salvos eternamente. Todos los problemas están solucionados. Entonces ¿qué debemos hacer si tocamos la suciedad y estamos en contacto con el mundo a diario mientras vivimos en la tierra? No todos podemos ser como el ladrón en la cruz, quién fue directamente al Paraíso sin que sus pies tocaran la tierra después de que él quedase limpio por la sangre. La mayoría de la gente no es salva en su lecho de muerte. La mayoría todavía tiene que peregrinar por el desierto. Y cada

uno de nosotros sabe que mientras peregrinamos por el desierto, no debemos pecar. Pero todos nosotros experimentamos el pecado. A causa de esto, nuestros pies se ensucian. A menudo somos impetuosos y hablamos palabras que no debemos pronunciar. Muchas veces nos vienen malos pensamientos. Por lo tanto, tenemos que admitir que estamos contaminados. Pero Dios ha preparado el lavado de los pies del Señor Jesús para con nosotros. Esto no es solamente una señal de Su amor para nosotros, sino una señal de Su amor supremo. El nos amó; por lo tanto, El fue crucificado por nosotros. Ahora El nos ama a lo sumo; por lo tanto, El lava nuestros pies. Figurativamente hablando, el lavado de pies no se parece al amor antes del matrimonio. El lavado de los pies es semejante al amor después del matrimonio. Nos mantiene continuamente limpios delante de El. Esta es la razón por la cual el Señor dijo que todo aquel que fuese lavado estará totalmente limpio una vez que sus pies son lavados. Le damos gracias al Señor por Su Hijo que ya nos ha lavado totalmente.

El Señor permitió que la necedad de Pedro se manifestara para darnos una lección. Cuando El vino a Pedro, Pedro dijo: “¿Tú me lavas los pies?” Pedro pensó que esto era un asunto de cortesía. El Señor dijo que lo que El hizo, Pedro no lo podía entender; sino que lo entendería más tarde. Aquí hay mucha verdad espiritual. Cuando el Espíritu Santo viene, vemos. Ahora estamos perplejos. Sólo vemos un recipiente de agua y al Señor lavando. No vemos lo que significa eso. Sin embargo, en el futuro lo entenderemos. Pedro siempre tuvo sus opiniones. El exclamó que el Señor nunca lavaría sus pies. El Señor le dijo que el lavado de pies era muy importante. Si el Señor no lavaba los pies de Pedro esa noche, Pedro no tendría parte con El.

No piense que es suficiente lavarse totalmente una sola vez y ser limpios por la sangre del Señor una sola vez. No piense que podemos seguir adelante cuando nos contaminamos con la suciedad en nuestra peregrinación por el mundo. El Señor dijo que si nuestros pies no eran lavados, no tendríamos parte con El. Esto quiere decir que la comunión que El tiene ahora con nosotros se terminará. También perderemos Su comunión con nosotros en el reino futuro. ¡Cuán importantes son las limpiezas diarias! Debemos permitir que el Señor lave nuestros pies cada día. Debemos regresar diariamente para ser recobrados y obtener la aplicación del poder de la redención de Cristo. No necesitamos que la sangre del Señor Jesús nos lave de nuevo delante de Dios. La obra del Señor delante de Dios ha sido terminada de una vez y para siempre. Pero podemos experimentar el lavado muchas veces. La sangre de Su Hijo lava nuestros pecados una y otra vez continuamente. Por lo tanto, nuestros pies tienen que ser lavados diariamente. Debemos cuidar la limpieza de nuestros pies diariamente.

Pedro se parece a nosotros. Siempre tomaba medidas extremas. En cierta época iba a un extremo y luego pasaba al extremo opuesto. En cierta ocasión, dijo que el Señor nunca

lavaría sus pies. Luego, cuando oyó que el Señor le dijo que no tendría parte con El si no le lavaba los pies, él pidió que también fueran lavadas su cabeza y sus manos. El Señor Jesús le mostró que el otro extremo también estaba erróneo. El Señor dijo que una persona totalmente lavada necesita solamente lavar sus pies. Nadie puede arrepentirse y creer en el Señor dos veces. Nadie puede ser regenerado dos veces. Nadie puede recibir al Señor dos veces. Cuando usted va al Señor Jesús y lo acepta como su Salvador, eso es suficiente. Quizás piense que cuando lo aceptó como su Salvador la última vez, no fue suficiente, y quizás empiece a dudar después de algunos días; y quiera aceptarle de nuevo. Pero, el Señor dijo que no era necesario. La cabeza no necesita ser lavada de nuevo, y las manos tampoco necesitan ser lavadas de nuevo. El Señor Jesús dijo que aquellos que están lavados totalmente sólo necesitan lavar sus pies para quedar completamente limpios. Sólo necesitamos un baño para todo el cuerpo. Aunque tocamos el mundo y nos ensuciamos frecuentemente los pies, esto no afecta la limpieza de todo nuestro cuerpo. Sólo se necesita un baño para todo el cuerpo. No se puede repetir el baño. ¡Aleluya! Aun si usted camina en el lodo y sus pies se enmugrecen, esto no afectará la limpieza de todo su cuerpo. Su cuerpo no necesita ser limpiado de nuevo. Una vez que ha recibido al Señor Jesús como el Salvador, su cuerpo es limpio. De allí en adelante, no necesita lavar su cuerpo de nuevo. Cuando un hombre es limpiado una vez, es limpiado para siempre. Nadie puede negarlo. Una persona puede ensuciarse los pies, y quedar cortada de la comunión con el Señor. Puede que no tenga parte en el reino, pero su cuerpo todavía está limpio. Todos los que están lavados totalmente sólo necesitan lavarse los pies, y estarán totalmente limpios. Lo que hacemos día tras día es volvernos para mirar a nuestro Salvador. El Señor Jesús ha hecho una obra eterna. Día tras día, mientras vivimos en la tierra, sólo necesitamos mantener nuestros pies limpios y libres de suciedad. Si nos ensuciamos accidentalmente, aún podemos recibir un lavado diario, a fin de disfrutar una comunión ininterrumpida con el Señor y reinar con El mañana. Este es nuestro camino. Que el Señor mantenga nuestros pies limpios día tras día, a fin de que podamos glorificar Su nombre aquí en la tierra.

